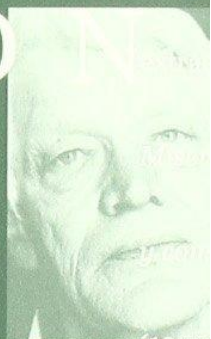


CRÍTICA

OBRAS ESENCIAL

# HOMPSON



Edwa  
de los  
Su ob  
funda  
en Ing  
(Críti

(1988  
para

Dorot  
duran  
de obr  
Gende

# EDWARD PALMER THOMPSON

---

EDICIÓN DE  
DOROTHY THOMPSON

Obra esencial

**CRÍTICA**

Barcelona



Título original:  
THE ESSENTIAL E. P. THOMPSON  
The New Press, Nueva York

Los títulos originales figuran, junto con su respectivo traductor,  
a pie de página de los distintos ensayos que forman este volumen.

Revisión general de Alberto Clavería

El editor agradece a Editorial Alfons El Magnànim el permiso concedido para la publicación  
de «La "Anti-Scrape"», «El río de fuego» y «Post scriptum de 1976», extraídos de  
*William Morris. De romántico a revolucionario* (© E. P. Thompson, 1955, 1977)

Diseño de la cubierta: Pedro Arjona  
Fotocomposición: Pacmer, S.A.

Compilation and Introduction © 2001 by Dorothy Thompson  
Artículos extraídos de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*,  
© 1980: E. P. Thompson

Artículos extraídos de *Agenda para una historia radical*,  
© 1994: Herederos de E. P. Thompson  
Artículos extraídos de *Tradición, revuelta y consciencia de clase*,  
© 1979: Edward P. Thompson

Artículos extraídos de *Miseria de la teoría*,  
© 1978: Edward P. Thompson

Artículos extraídos de *Costumbres en común*,  
© 1991: E. P. Thompson

© 2002 de la traducción castellana para España y América:  
CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
e-mail: [editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
<http://www.ed-critica.es>

ISBN: 84-8432-379-X  
Depósito legal: B. 40.701-2002  
Impreso en España  
A & M Gràfic, S.L.,  
Santa Perpètua de la Mogoda  
(Barcelona)

# INTRODUCCIÓN\*

**E**dward Palmer Thompson (1924-1993) fue uno de los historiadores más influyentes de su generación. Además de libros de primer orden sobre historia social publicó obras de política contemporánea, buscapiés, debates y polémicas sobre una amplia variedad de temas académicos y no académicos. La selección de sus escritos que hay en este volumen se limita en general a su obra como historiador de la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, si bien el texto final, extracto de un estudio parcialmente basado en papeles familiares, corresponde al campo más amplio del imperio y abarca el período correspondiente al siglo XX. Cierran la recopilación dos piezas breves escritas a casi una generación de distancia en las que ofrece su propio criterio sobre las tradiciones en que se inscribía su escritura y sobre otra obra por la que sentía simpatía.

Thompson no se consideraba a sí mismo principalmente un escritor erudito o académico o, si vamos a eso, solamente un historiador. Además de sus obras históricas publicó una novela y cierto número de poemas, la mayoría de ellos recogidos en un volumen de publicación póstuma. También escribió extensamente sobre los escritores del romanticismo temprano, y su última obra acabada fue un estudio sobre William Blake.

La familia en que nació E. P. Thompson en 1924 hasta entonces había vivido y trabajado principalmente fuera de Gran Bretaña. Su padre, Edward John Thompson, estaba llegando al final de su carrera como misionero docente metodista, ejercida sobre todo en la India. Era poeta y erudito. Durante la primera guerra mundial había servido como capellán castrense en Mesopotamia y había sido premiado con la Military Cross por su valor en el frente de batalla. Durante la guerra, estando de permiso en Palestina había conocido y se había casado con Theodosia Jessup, hija de una familia de misioneros estadounidenses que había crecido en Beirut, aunque

\* Traducción de Alberto Clavería.



durante un breve período había vuelto a Estados Unidos para estudiar y para dar clases en el Vassar College.

Cuando volvieron a la India Edward reanudó sus estudios de literatura y cultura bengalíes y sus relaciones con muchos escritores y artistas. Cuando nació su hijo menor estaban de vuelta en Inglaterra con un hijo de cuatro años, William Frank, y Edward padre acababa de aceptar un puesto para enseñar bengalí en la universidad de Oxford. En los años de entreguerras mantuvo y acrecentó sus relaciones con la cultura y la política indias, llegando a ser una de las principales voces que apoyaban en Gran Bretaña el movimiento por la independencia de la India.

Así pues, E.P. Thompson se crió en un ambiente cosmopolita. Siendo niño estuvo algún tiempo en Líbano y en Estados Unidos, además de pasar en Estados Unidos las habituales vacaciones familiares. El ejército le llamó a los diecisiete años y en 1942 fue enviado a África, y de allí a Italia, donde intervino en la batalla de Montecasino. El día de su veintiún aniversario lo pasó de servicio en las laderas de una montaña italiana. Volvió a Inglaterra en 1945 y en otoño del mismo año ingresó en el Corpus Christi College de la universidad de Cambridge.

Su educación, su experiencia bélica y probablemente su temperamento le hicieron profundamente crítico respecto del estado y sus instituciones. Con sólo dos años de estudios universitarios se podía obtener un título de tiempo de guerra, de modo que optó por un Bachelor of Arts de tiempo de guerra y aplicó la beca que le valieron sus destacadas calificaciones al estudio personal con vistas al tercer año de su carrera. Dedicó este año al estudio de la literatura y la historia de las épocas isabelina y de Jacobo I, así como a explorar un amplio abanico de filósofos de la historia, Vico y Marx incluidos. Aunque se tituló en historia, probablemente su primer amor fue siempre la literatura, en especial la poesía y el teatro. Cuando empezó a impartir clases de enseñanza de adultos, en 1946 y 1947, enseñó literatura con tanta frecuencia como historia. Jamás consideró que la historia fuera un «telón de fondo» para el estudio de la literatura o la literatura mera fuente de referencia de datos históricos. Sin embargo consideraba que el contexto era tan esencial para la comprensión de las obras de arte como lo era para el estudio de cualquiera de los demás aspectos de las sociedades del pasado.

Su primer libro de dimensiones normales, *William Morris: Romantic to Revolutionary*, se publicó en 1955. Fue una de las primeras y sigue siendo una de las más concienzudas revisiones de los aspectos políticos de Morris, y consideraba su poesía y su dibujo inseparables de sus ideas políticas y filosóficas. Fue además el inicio de lo que llegó a ser una dedicación de por vida: la exploración del romanticismo inglés en el arte y la política. La

obra sobre Morris fue su primer paso hacia un compromiso con ciertas formas mecanicistas y teleológicas de presentación histórica que encontró no sólo en la historia económica y política dominante, sino también en aspectos de la tradición marxista en cuyo seno escribía. Muchos años más tarde, mirando hacia atrás, en una entrevista publicada en *Radical History Review* respondió a la pregunta «¿Cómo el autor de una biografía de William Morris ha llegado a escribir en *Whigs and Hunters* sobre la ecología del bosque de Windsor?» como sigue:

Surge de una preocupación que recorre toda mi obra incluso desde antes de que viera su ... significado. ... Preocupación referente a lo que considero un auténtico silencio en Marx, que afecta a lo que los antropólogos llamarían sistemas de valores.

El problema, tal como él lo veía, radica en:

La degeneración del vocabulario teórico de la principal corriente del marxismo, el empobrecimiento de su sensibilidad. ... el moldeado (por así decirlo) de esa área entera de pasión imaginativa que informa los últimos escritos de William Morris. ... El daño que hizo el capitalismo industrial avanzado y que hizo la sociedad de mercado era definir las relaciones humanas como primordialmente económicas. Marx ... propuso un hombre económico revolucionario. Pero también está implícito, en especial en el Marx temprano, que el daño consiste en definir al hombre como completamente «económico».<sup>1</sup>

Cuando Edward escribió *William Morris* llevaba cinco años en su primer trabajo como tutor/organizador en el departamento externo de la universidad de Leeds. Inicialmente lo consideró una ocupación a corto plazo —al principio le destinó cinco años— para obtener unos ingresos mientras se hacía con la experiencia y los contactos para llegar a ser un escritor por cuenta propia. En realidad se quedó durante diecisiete años, durante los cuales nacieron sus tres hijos.

La enseñanza de adultos en West Riding de Yorkshire, la política de izquierdas, la experiencia del ejército en tiempo de guerra y su profundo interés y respeto por la cultura hablada y escrita a todos los niveles hallaron expresión en su segundo libro, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, que se publicó en 1963. Sigue siendo su obra mejor conocida y desde su publicación nunca ha estado agotada.

Tras la publicación de *La formación*, Thompson aceptó un puesto universitario interno en la recientemente fundada universidad de Warwick, donde fue el primer director del Centre for the Study of Social History. Tras pasar siete años en Warwick, donde ejerció su más concentrada enseñanza

a licenciados y estudiantes, finalmente estuvo capacitado para convertirse en trabajador por cuenta propia al hacerse sus hijos suficientemente mayores para que su mujer tomara un trabajo a tiempo completo. Pero una vez libre de las exigencias de un puesto de enseñanza se dedicó al movimiento por la paz nacido a finales de los años setenta, y cuando pudo volver a su trabajo la salud le había empezado a fallar. Sus últimos cinco años fueron una lucha contrarreloj en la que tuvo que publicar trabajos que no le parecían terminados y reeditar obras que había esperado ampliar en estudios de más enjundia.

Los fragmentos que figuran a continuación dan cierta idea de la calidad de su obra. Escribió muy poco sobre historiografía o teoría de la historia, prefiriendo dejar que la teoría surgiese de los propios escritos históricos y literarios. La excepción fue el largo ensayo «The Poverty of Theory», sugerido por la moda de cierto tipo de textos teóricos que a su ver estaban inhibiendo gravemente la exploración creativa del tema, del que hemos incluido dos breves fragmentos. El título del ensayo «La historia desde abajo», de 1966, puesto por el editor, llegó a ser el nombre habitual del tipo de historia que Edward escribió, si bien a él le suscitaba dudas, pues siempre había opuesto resistencia a todo tipo de historia que no atendiera a las estructuras del poder en la sociedad. Siempre reconoció la deuda que él y los historiadores profesionales en general tenían con Marx, si bien cada vez dudaba más de denominarse a sí mismo marxista. Prefería decir que escribía dentro de una tradición marxista. Siempre insistió en que la clase era un concepto y una herramienta de análisis de las estructuras sociales de inmenso valor, si bien desconfiaba mucho de los sistemas teóricos cerrados y autojustificatorios que lo utilizaban. En una ocasión dijo: «Ciertamente sería extraño que todo aquello de que llevamos siglos hablando haya sido la lucha del pobre contra el rico. ...». De todos modos, como muestra su obra la definición de conflicto de clases de Marx le parecía válida para el análisis de muchas áreas de la historia, aunque había otras —él solía poner el ejemplo del fascismo— para las que a su parecer carecía de capacidad explicativa.

Hay varios libros a la venta que tratan de la obra de Edward Thompson, y la mayoría de sus obras principales todavía están en venta. Esta breve introducción pretende aportar cierto contexto a los fragmentos aquí publicados. En la página 569 se incluye una lista de lecturas de ampliación.

DOROTHY THOMPSON

## Nota

1. MARHO, The Radical Historians Organization, *Visions of History*, Pantheon Books, Nueva York, 1984, pp. 20-22.

I

---

## Política y cultura



# PREFACIO

De *LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA*\*

Este libro tiene un título un tanto tosco, pero que cumple su cometido. *Formación* porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación.

*Clase*, en lugar de *clases*, por razones cuyo examen es uno de los objetivos del libro. Existe, por supuesto, una diferencia. «Clases trabajadoras» es un término descriptivo, que elude tanto como define. Pone en el mismo saco de manera imprecisa un conjunto de fenómenos distintos. Aquí había sastres y allí tejedores, y juntos componían las clases trabajadoras.

Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una «categoría», sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no puede dárnosla de la deferencia o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas *en* relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes ni deferencia sin *squires* ni braceros. Y la clase cobra existencia cuando algunos hom-

\* *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, 1989, I, pp. XIII-XVIII. («Preface», en *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963.)



bres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos de (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria.

La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge *exactamente* de la misma forma.

Hoy día existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. No fue tal el sentido que le dio Marx en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos «marxistas». Se supone que «ella», la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener «ella» (pero que raras veces tiene) si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos «atrasos» culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde ésta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase no tal como es, sino como debería ser.

Pero en el otro lado de la divisoria ideológica se comete diariamente un error parecido. En cierto sentido es una simple impugnación. Puesto que la tosca noción de clase que se atribuye a Marx se puede criticar sin dificultad, se da por supuesto que cualquier idea de clase es una construcción teórica perjudicial que se impone a los hechos. Se niega que la clase haya existido alguna vez. De otro modo, y mediante una curiosa inversión, es posible pasar de una visión dinámica de la clase a otra estática. «Ella» —la clase obrera— existe, y se puede definir con cierta exactitud como componente de la estructura social. Sin embargo la conciencia de clase es una mala cosa inventada por intelectuales desplazados, puesto que cualquier cosa que perturbe la coexistencia armoniosa de grupos que representan diferentes «papeles sociales» (y que de ese modo retrasan el desarrollo económico) se debe lamentar como un «indicio de perturbación injustificable». <sup>1</sup> El problema reside en

determinar cuál es la mejor forma de condicionarla para que acepte su papel social y cuál es el mejor modo de «manejar y canalizar» sus quejas.

Si recordamos que la clase es una relación, y no una cosa, no podemos pensar de este modo. «Ella» no existe para tener un interés o una conciencia ideal ni para yacer como paciente en la mesa de operaciones del ajustador. Ni podemos poner las cosas boca abajo como ha hecho un autor que (en un estudio sobre la clase que manifiesta una preocupación obsesiva por la metodología hasta el punto de excluir del análisis cualquier situación de clase real en un contexto histórico real) nos informa de lo siguiente:

Las clases se basan en las diferencias de poder legítimo asociado a ciertas posiciones, es decir, en la estructura de papeles sociales con respecto a sus expectativas de autoridad ... Un individuo se convierte en miembro de una clase cuando desempeña un papel social relevante desde el punto de vista de la autoridad ... Pertenecer a una clase porque ocupa una posición en una organización social; es decir, la pertenencia de clase se deriva de la posesión de un papel social.<sup>2</sup>

El problema es, por supuesto, cómo ese individuo llegó a tener este «papel social» y cómo la organización social determinada (con sus derechos de propiedad y su estructura de autoridad) llegó a existir. Y estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases, sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia, y al fin y al cabo ésta es su única definición.

Si he mostrado una comprensión insuficiente de las preocupaciones metodológicas de ciertos sociólogos, espero sin embargo que este libro sea considerado como una contribución a la comprensión de la clase. Porque estoy convencido de que no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable. En los años que van de 1780 a 1832 la mayor parte de la población trabajadora inglesa llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos. Esta clase gobernante estaba muy dividida, y de hecho sólo ganó cohesión a lo largo de dichos años porque se superaron ciertos antagonismos (o perdieron su importancia relativa) frente a una clase obrera insurgente. De

modo que en 1832 la presencia de la clase obrera era el factor más significativo de la vida política británica.

El libro está escrito del siguiente modo. En la primera parte estudio las tradiciones populares con continuidad en el siglo XVIII que tuvieron influencia en la agitación jacobina de la década de 1790. En la segunda parte paso de las influencias subjetivas a las objetivas: las experiencias de grupos de obreros durante la Revolución industrial, que en mi opinión tienen una significación especial. También intento hacer una estimación del carácter de la nueva disciplina del trabajo industrial y de su relación con la iglesia metodista. En la tercera parte recojo la historia del radicalismo plebeyo y la llevo a través del ludismo hasta la época heroica del final de las guerras napoleónicas. Al final trato algunos aspectos de teoría política y de la conciencia de clase en las décadas de 1820 y 1830.

Esta obra es más un conjunto de estudios sobre temas relacionados entre sí que una narración continuada. Al seleccionar estos temas he sido consciente, a veces, de que escribía contra la autoridad de ortodoxias predominantes. Está la ortodoxia fabiana, que considera a la gran mayoría de la población obrera como víctimas pasivas del *laissez faire*, con excepción de un puñado de organizadores clarividentes (señaladamente, Francis Place). Está la ortodoxia de los historiadores de la economía empírica, que considera a los obreros como fuerza de trabajo, como inmigrantes o como datos de las series estadísticas. Está la ortodoxia del *Pilgrim's Progress*, según la cual el período está salteado por los pioneros-precursores del Welfare State, los progenitores de una Commonwealth socialista o (más recientemente) las primeras muestras de relaciones industriales racionales. Cada una de estas ortodoxias tiene cierta validez. Todas han añadido algo a nuestro conocimiento. Mi desacuerdo con la primera y la segunda se debe a que tienden a oscurecer la acción de los obreros, el grado en que contribuyeron con esfuerzos conscientes a hacer la historia. Mi desacuerdo con la tercera es que interpreta la historia a la luz de preocupaciones posteriores, y no como de hecho ocurrió. Sólo se recuerda a los victoriosos (en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente). Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores se olvidan.

Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor de telar manual, al artesano «utópico» e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero

ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, al condenarse sus propias vidas siguen siéndolo.

Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre están o no justificadas a la luz de la evolución posterior. Al fin y al cabo, nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la Revolución industrial podemos descubrir percepciones de males sociales que todavía tenemos que sanar. Además se trata de un período que actualmente llama la atención por dos motivos concretos. El primero, que era una época en que el movimiento plebeyo valoraba de modo sumamente elevado los valores igualitarios y democráticos. Aunque con frecuencia nos jactamos de nuestro democrático modo de vivir, los acontecimientos de aquellos años críticos con harta frecuencia están lejos de haber sido olvidados. Y el segundo, que la mayor parte del mundo todavía está sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogos en muchos aspectos a nuestra propia experiencia durante la Revolución industrial. Todavía se podrían ganar, en Asia o en África, causas que se perdieron en Inglaterra.

Finalmente una nota de disculpa para los lectores de Escocia y de Gales. He omitido sus historias no por chauvinismo, sino por respeto. Precisamente porque la clase es una formación tanto cultural como económica, he sido cauteloso en cuanto a generalizar más allá de la experiencia inglesa. (He tomado en consideración a los irlandeses no en Irlanda, sino como inmigrantes en Inglaterra.) La historia de Escocia, en particular, es tan terrible y atormentada como la nuestra. La agitación jacobina en Escocia fue más intensa y más heroica. Pero la historia escocesa es sensiblemente diferente. El calvinismo no era lo mismo que el metodismo, aunque es difícil decir cuál era peor a principios del siglo XIX. En Inglaterra no teníamos un campesinado comparable a los emigrantes de las Highlands y la cultura popular era muy distinta. Es posible, al menos hasta la década de 1820, considerar como algo distinto las experiencias inglesas y escocesa, puesto que los vínculos de tipo sindical y político eran pasajeros e inmaduros.

Este libro se escribió en el Yorkshire, y a veces está ilustrado con fuentes del West Riding. Mis más efusivos agradecimientos a la Universidad de Leeds y al profesor S. G. Raybould por permitirme, hace algunos años, iniciar la investigación que ha dado lugar a este libro; y a los administradores de Leverhulme por la concesión de una beca de investigación que me ha permitido completar el trabajo. También he aprendido mucho de los que participaban en mis clases reducidas, con quienes he discutido muchos de los temas que aquí se tratan. También merecen mis agradecimientos los

autores que me han permitido citar fuentes manuscritas y con derechos de autor.

Tengo que dar también las gracias a muchos otros. Christopher Hill, el profesor Asa Briggs y John Saville criticaron partes del libro cuando aún era un borrador, aunque no son responsables en modo alguno de mis opiniones. R. W. Harris mostró una gran paciencia editorial cuando el libro sobrepasó el límite de páginas de la colección para la que inicialmente había sido encargado. Perry Anderson, Denis Butt, Richard Cobb, Henry Collins, Derrick Crossley, Tim Enright el doctor E. P. Hennock, Rex Russell, el doctor John Rex, el doctor E. Sigsworth y H. O. E. Swift me han ayudado en diferentes aspectos. También tengo que dar las gracias a Dorothy Thompson, historiadora con quien estoy relacionado por el accidente del matrimonio. He discutido con ella cada uno de los capítulos y he estado en situación inmejorable para tomar prestadas no sólo sus ideas, sino también material de sus cuadernos de notas. Su colaboración no se encuentra en este o aquel aspecto particular, sino en la forma en que se ha enfocado todo el problema.

E. P. THOMPSON

*Halifax, agosto de 1962.*

## Notas

1. Un ejemplo de este enfoque, que abarca el período de este libro, se encuentra en la obra de un colega del profesor Talcott Parsons: N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959.
2. R. Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, 1959, pp. 148-149.

# EXPLOTACIÓN

De *LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA*\*

**J**ohn Thelwall no era el único que veía en cada «manufactura» un centro potencial de rebelión política. Un viajero aristocrático que visitó los valles del Yorkshire en 1792 se alarmó al descubrir una nueva hilandería en el «valle pastoril» de Aysgarth:

Ahora, hay aquí una fábrica grande y ostentosa, cuyo arroyo ha acaparado la mitad del agua de los saltos de más arriba del puente. Con el tañido de la campana y el griterío de la fábrica, todo el valle está trastornado; la traición y los sistemas igualitarios son los temas de conversación; y la rebelión puede estar próxima.

La fábrica parecía un símbolo de energías sociales que estaban destruyendo el mismo «curso de la Naturaleza». Encarnaba una doble amenaza al orden establecido. En primer lugar la de los propietarios de la riqueza industrial, aquellos advenedizos que gozaban de una injusta ventaja sobre los terratenientes cuyo ingreso dependía de los libros del registro de sus rentas:

Cuando los hombres acceden así a las riquezas, o cuando las riquezas que provienen del comercio se consiguen con demasiada facilidad, el infortunio se cierne sobre nosotros, hombres de ingresos medianos y renta fija; como lo hizo sobre todos los Nappa Halls y la *Yeomanry* de la tierra.

En segundo lugar, la amenaza de la población obrera industrial, a la que nuestro viajero describía con una aliterada hostilidad\*\* que revela una reacción no muy alejada de la que tienen los racistas blancos, hoy en día, hacia la población de color:

\* *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, 1989, I, pp. 197-282. («Exploitation», en *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963.)

\*\* En la versión inglesa, el final del texto es como sigue: «... they issue out to poaching, profligacy and plunder ...» (N. de la t.)



La gente, es cierto, tiene trabajo; pero todos ellos se abandonan al vicio propio de la muchedumbre ... En los ratos que las gentes no trabajan en la fábrica se aplican a la caza furtiva, al libertinaje y al pillaje ...<sup>1</sup>

La correlación entre la fábrica de algodoneros y la nueva sociedad industrial, y la correspondencia entre nuevas formas de relaciones de producción y sociales era algo común entre los observadores entre 1790 y 1850. A fin de cuentas es lo que expresaba Marx, con una energía poco corriente, cuando decía: «el molino de agua lo asociamos con el señor feudal; la fábrica a vapor, con el capitalista industrial». Y no sólo era el propietario de la fábrica lo que les parecía «nuevo» a los contemporáneos, sino también la población obrera que se había establecido en las fábricas y alrededor de ellas. «Nada más llegar a las lindes de las zonas manufactureras del Lancashire —escribió un magistrado rural en 1808— encontramos una nueva estirpe de seres, tanto por lo que se refiere a las costumbres y la ocupación como a la subordinación ...»; mientras que Robert Owen afirmaba en 1815 que «la difusión generalizada de manufacturas por todo un país da lugar a un nuevo carácter en sus habitantes ... un cambio esencial en el carácter general del grueso de la población».

En las décadas de 1830 y 1840 los observadores todavía se sorprendían ante la novedad del «sistema fabril». Peter Gaskell, en 1833, hablaba de la población manufacturera como de «un Hércules todavía en la cuna», que «sólo desde la introducción del vapor como fuerza motriz ha adquirido su importancia primordial». La máquina de vapor había «reunido a la población en densas masas» y Gaskell había visto ya en las organizaciones de la clase obrera un «*imperium in imperio* de la más detestable descripción».<sup>2</sup> Diez años más tarde Cooke Taylor escribía en términos similares:

La máquina de vapor no tenía precedente, la *spinning-jenny*\* no tiene ascendencia, la *mule*\*\* y el telar mecánico iniciaron un patrimonio imprevisto: surgieron de forma repentina como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Pero lo que más inquietud causaba a este observador eran las consecuencias humanas de esas «innovaciones»:

Cuando un extraño atraviesa las masas de seres humanos que se han aglomerado alrededor de las hilanderías y estampaciones ... no puede contemplar esas

\* La *spinning-jenny* era una máquina de hilar con varios husos; fue inventada por James Hargreaves en 1764. (N. de la t.)

\*\* La *mule* era una variante de la *spinning-jenny* inventada por Samuel Crompton en 1797. En España se le conocía como «mula». (N. de la t.)

«atestadas colmenas» sin sentimientos de ansiedad y aprensión que llegan a consternarle. La población, como el sistema al que pertenece, es *nueva*; pero está creciendo por momentos en extensión y fuerza. Es un agregado de multitudes que nuestras ideas expresan con términos que sugieren algo amenazador y pavoroso ... como el lento crecimiento y la plenitud de un océano que, en un futuro no lejano, tiene que arrebatar a todos los elementos de la sociedad en la cresta de sus olas y transportarlos Dios sabe dónde. Hay poderosas energías que yacen inactivas en esas masas ... La población manufacturera no es nueva únicamente en su formación: es nueva en sus hábitos de pensamiento y acción, que han sido conformados por las circunstancias de su condición, con poca instrucción, y menos gufa, a partir de influencias exteriores ...<sup>3</sup>

Cuando Engels describía *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* le parecía que «los primeros proletarios estaban relacionados con la manufactura, fueron engendrados por ella ... los trabajadores fabriles, primogénitos de la Revolución industrial, han formado desde el comienzo hasta el presente el núcleo del Movimiento Obrero».

Por muy distintos que fuesen sus juicios de valor, los observadores conservadores, radicales y socialistas sugerían la misma ecuación: la energía del vapor y la fábrica de algodoneros era «igual a» la nueva clase obrera. Se veía a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Al mismo tiempo, la historia de la agitación popular durante el período 1811-1850 parece confirmar esa imagen. Es como si la nación inglesa entrara en un crisol en la última década del siglo XVIII y surgiera con una nueva forma después de las guerras. Entre 1811 y 1813, la crisis ludista; en 1817 el motín de Pentridge;\* en 1819, Peterloo; durante toda la década siguiente, proliferación de la actividad de las *trade unions*, propaganda owenita, periodismo radical, el movimiento por las diez horas, la crisis revolucionaria de 1831-1832; además de multitud de movimientos que constituyeron el cartismo. Quizá sea la escala e intensidad de esa agitación popular multiforme lo que, más que cualquier otra cosa, ha dado lugar (tanto entre los observadores contemporáneos como entre los historiadores) a la sensación de algún cambio *catastrófico*.

Casi todo fenómeno radical de la década de 1790 se puede encontrar reproducido, diez veces mayor, después de 1815. El puñado de panfletos jacobinos dio lugar a una multitud de publicaciones ultrarradicales y owenitas. Donde Daniel Eaton cumplía prisión por publicar a Payne, Richard Carlile y sus tenderos cumplieron un total de más de doscientos años de cárcel por delitos similares. Donde las Sociedades de Correspondencia

\* Sublevación que tuvo lugar en junio de 1817. (*N. de la t.*)

mantenían una precaria existencia en muchas ciudades, los Clubs Hampden de la posguerra o las organizaciones políticas echaban raíces en las pequeñas poblaciones industriales. Y cuando toda esa agitación popular se asocia al espectacular ritmo de cambio de la industria del algodón, es natural suponer una relación causal directa. La fábrica de algodoneros aparece no ya como el agente de la Revolución industrial, sino también de la social; produce no sólo las mercancías, sino también el propio «Movimiento Obrero». La Revolución industrial, que empezó como una descripción, se invoca hoy como una explicación.

Desde la época de Arkwright hasta los tumultos de Plug\* y más allá, la imagen que domina nuestra reconstrucción visual de la Revolución industrial es la «sombria fábrica Satánica». En parte, quizá, porque es una imagen visual dramática: los edificios parecidos a cuarteles, las grandes chimeneas, los niños trabajando en la fábrica, los chanclos y las pañoletas, las viviendas arracimadas en torno a las fábricas como si éstas las hubieran parido. (Es una imagen que nos obliga a pensar primero en la industria, y sólo en segundo lugar en la gente relacionada con ella o que está a su servicio.) En parte, porque a los contemporáneos les parecía que la fábrica de algodoneros y la nueva ciudad fabril —lo repentino de su crecimiento, la ingeniosidad de sus técnicas y la novedad o severidad de su disciplina— eran espectaculares y portentosas: un indicador más satisfactorio para el debate sobre el problema de la «condición-de-Inglatera»\*\* que aquellos *distritos* manufactureros, anónimos y dispersos, que aún más a menudo figuran en los «libros de disturbios» del Ministerio del Interior. Y de ambos se derivó una tradición literaria e histórica. Casi todos los relatos clásicos de los contemporáneos acerca de las condiciones de vida en la Revolución industrial se basan en la industria del algodón; y en su mayoría en el Lancashire: Owen, Gaskell, Ure, Fielden, Cooke, Taylor, Engels, por mencionar a unos pocos. Novelas como *Michael Armstrong*, *Mary Barton* o *Tiempos difíciles*\*\*\* perpetúan la tradición. Y el mismo énfasis se encuentra, de manera notable, en la literatura posterior de historia económica y social.

Pero quedan muchos puntos oscuros. El algodón fue, desde luego, la industria puntera de la Revolución industrial,<sup>4</sup> y la fábrica de algodón sirvió de modelo básico para el sistema fabril. Sin embargo, no deberíamos

\* Los cartistas recogieron 3.315.752 firmas para su segunda petición de 1842. El Parlamento se negó de nuevo a tomarla en consideración. Este mismo año hubo serias huelgas y motines en el norte de Inglaterra y en las áreas industriales. (N. de la t.)

\*\* Se refiere a la larga polémica sobre las condiciones de vida de la población obrera inglesa durante la Revolución industrial. (N. de la t.)

\*\*\* *Michael Armstrong* fue escrita por Throllope, *Mary Barton* por Gaskell y *Tiempos difíciles* es de Dickens (trad. cast. en Orbis S. A., 1982. N. de la t.)

dar por sentada cualquier correspondencia automática, o demasiado directa, entre la dinámica del crecimiento económico y la dinámica de la vida social o cultural. Porque medio siglo después del «avance decisivo» de la fábrica de algodón (alrededor de 1780) los trabajadores fabriles seguían siendo una minoría de la fuerza de trabajo adulta en la propia industria del algodón. A principios de la década de 1830 los tejedores manuales del algodón eran todavía, ellos solos, más numerosos que todos los hombres y las mujeres empleados en el hilado y el tejido de las fábricas algodoneras, laneras y sederas reunidas.<sup>5</sup> El hilador adulto no era aún, en 1830, más representativo de aquella figura esquiva, el «obrero medio», de lo que, en la década de 1960, lo es el obrero de Coventry.

La cuestión es importante, porque el énfasis exagerado en la novedad de las fábricas de los algodoneros puede conducir a una subestimación de la continuidad de las tradiciones políticas y culturales en la formación de las comunidades obreras. Los trabajadores fabriles, lejos de ser los «primogénitos de la Revolución industrial», eran los recién llegados. Muchas de sus ideas y formas de organización ya habían sido adoptadas por los trabajadores a domicilio, como los cardadores de lana de Norwich y el West Country o los tejedores de cintas de Manchester. Y es discutible si la mano de obra fabril —excepto en los distritos algodoneros— «formó el núcleo del movimiento obrero» antes de los últimos años de la década de 1840 (y, en algunas ciudades del norte y las Midlands, en los años 1832-1834, que conducen a los grandes cierres patronales). Como hemos visto, el jacobinismo echó raíces muy profundas entre los artesanos. El ludismo fue obra de obreros cualificados en pequeños talleres. Desde 1817 hasta el cartismo, los trabajadores a domicilio, en el norte y las Midlands, jugaron un papel tan destacado como la mano de obra fabril en todas las agitaciones radicales. Y en muchas ciudades, el núcleo real de donde el movimiento obrero extrajo ideas, organización y líderes estaba constituido por zapateros, tejedores, talabarteros y guarnicioneros, libreros, impresores, obreros de la construcción, pequeños comerciantes y otros por el estilo. El vasto mundo del Londres radical, entre 1815 y 1850, no sacó su fuerza de las principales industrias pesadas (la construcción naval tendía a declinar, y los mecánicos no dejarían sentir su influencia hasta más avanzado el siglo), sino de la multitud de oficios y ocupaciones menores.<sup>6</sup>

Esa diversidad de experiencias ha llevado a algunos autores a poner en duda tanto la noción de una «Revolución industrial» como la de una «clase obrera». El primer reparo no requiere que nos detengamos.<sup>7</sup> El término es bastante útil en su connotación habitual. En cuanto al segundo, muchos autores prefieren el término *clases* trabajadoras, que subraya la gran disparidad por lo que se refiere a posición, adquisiciones, calificaciones y cir-

cunstancias, que incluye en su seno aquella híbrida expresión. Y en este sentido se hacen eco de las quejas de Francis Place:

Si el carácter y la conducta de la gente trabajadora han de deducirse a partir de los estudios, revistas, folletos, diarios e informes de las dos Cámaras del Parlamento y de los Comisionados fabriles, los encontraremos a todos mezclados en los «órdenes inferiores»; los trabajadores más cualificados y los más prudentes con los obreros más ignorantes e imprudentes y los mendigos, aunque la diferencia es muy grande y, en realidad, en muchos casos apenas admitirá comparación.<sup>8</sup>

Por supuesto, Place tiene razón: el marinero de Sunderland, el bracero irlandés, el baratillero judío, el asilado de un pueblo de East Anglia obligado a trabajar en una *workhouse*, el cajista de *The Times*; todos podrían ser considerados por sus «superiores» como pertenecientes a las «clases bajas», aunque ni siquiera pudiesen entenderse en el mismo dialecto.

Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de la «clase obrera». Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase: la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. Hacia 1832 había instituciones obreras —sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas— sólidamente arraigadas, tradiciones intelectuales obreras, pautas obreras de comportamiento colectivo y una concepción obrera de la sensibilidad.

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa —la «Revolución industrial»— que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una «nueva estirpe de seres». Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calcetero era también el heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanas. Era el objeto de un adoctrinamiento religioso a gran escala y el creador de tradiciones políticas. La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros.

Considerar a la clase obrera de ese modo es defender una visión «clásica» del período frente a la actitud predominante de las escuelas contemporáneas de historia económica y sociología. Porque el territorio de la Revolución industrial, que fue primero acotado y examinado por Marx, Arnold Toynbee, los Webb y los Hammond, hoy parece un campo de batalla académico. La conocida visión «catastrófica» del período ha sido discutida punto por punto. En lugar de contemplar esa etapa al modo habitual, como de desequilibrio económico, intensa miseria y explotación, represión política y agitación popular heroica, hoy se dirige la atención hacia la tasa de crecimiento económico (y las dificultades del «despegue» en la reproducción tecnológica autosostenida). Ahora, el proceso de las *enclosures*\* importa menos por su rigor en desplazar a los pobres de las aldeas, que por su éxito en alimentar una población que crecía con rapidez. Se considera que los infortunios del período se deben a las convulsiones que trajeron las guerras, a las comunicaciones defectuosas, a la inmadurez bancaria y crediticia, a los mercados inseguros y al ciclo comercial, más que a la explotación o a la competencia salvaje. El malestar popular se ve como resultado de la coincidencia inevitable de los elevados precios del trigo y las depresiones comerciales y es explicable en términos de un cuadro de «tensión social» elemental derivado de esos datos.<sup>9</sup> En general, se sugiere que la situación del obrero industrial en 1840 era, en muchos aspectos, mejor que la del trabajador a domicilio de 1790. La Revolución industrial no sería ya una época de catástrofe o de grave conflicto y opresión de clase, sino de mejora.<sup>10</sup>

La ortodoxia catastrófica clásica ha sido reemplazada por una nueva ortodoxia anticatastrófica, que se distingue de forma muy clara por su prudencia empírica y, entre sus exponentes más notables (sir John Clapham, doctora Dorothy George, profesor Ashton), por una crítica adusta de la imprecisión de ciertos autores de la vieja escuela. Los estudios de la nueva ortodoxia han enriquecido la erudición histórica y han modificado y revisado el trabajo de la escuela clásica en aspectos importantes. Pero como hoy en día la nueva ortodoxia está, a su vez, envejeciendo y se encuentra atrincherada en la mayoría de los centros académicos, está expuesta, también, al desafío de la crítica. Y los sucesores de los grandes empiristas manifiestan con demasiada frecuencia una complacencia moral, una estrechez de miras y un conocimiento insuficiente de los movimientos reales de la población obrera de la época. Están más enterados de las posturas empíricas ortodoxas que de los cambios en las relaciones sociales y en las formas culturales que provocó la Revolución industrial. Lo que se ha perdido es un senti-

\* Proceso de aplicación del principio de propiedad absoluta de la tierra, cuya manifestación externa era el cercado de los campos. (*N. de la t.*)



do de todo el proceso: el contexto político y social global del período. Lo que surgió como aportaciones valiosas se ha convertido, a través de imperceptibles etapas, en nuevas generalizaciones (que los hechos pocas veces pueden confirmar), y de generalizaciones en actitudes arbitrarias.

La ortodoxia empírica se define a menudo en función de una crítica sistemática de la obra de J. L. y Barbara Hammond. Es cierto que los Hammond eran propensos a moralizar la historia y a organizar en exceso sus materiales desde el punto de vista de la «sensibilidad ofendida».<sup>11</sup> Muchos aspectos de su obra han sido criticados o modificados a la luz de investigaciones posteriores y nosotros pretendemos también señalar otros. Pero una defensa de los Hammond tiene que basarse no sólo en el hecho de que sus volúmenes sobre los trabajadores, con sus copiosas citas y amplia documentación, seguirán siendo una de las fuentes más importantes para estudiar este período, sino también en que a través de su narración nos aproximaron al contexto político en el que tuvo lugar la Revolución industrial. Para un investigador que examina los libros contables de una fábrica de algodón, las guerras napoleónicas sólo aparecen como una influencia anormal que afecta a los mercados exteriores y que hace fluctuar la demanda. Los Hammond no habrían olvidado, ni por un momento, que también fue una guerra contra el jacobinismo. «La historia de Inglaterra en la época de la que se ocupan estas páginas aparece como una historia de guerra civil.» Tal es el comienzo del capítulo introductorio de *The Skilled Labourer*. Y en la conclusión a *The Town Labourer*, entre otros comentarios de mediocre valor, hay una perspicacia que realza con imprevista claridad todo el período:

En la época en que media Europa estaba embriagada y la otra media aterrorizada por la nueva magia de la palabra ciudadano, la nación inglesa estaba en manos de hombres que contemplaban la idea de la ciudadanía como un desafío a su religión y su civilización; que pretendían convertir deliberadamente las desigualdades de la vida en la base del Estado, y acentuar y perpetuar la posición de los obreros como una clase sometida. De ahí el hecho de que la Revolución francesa haya dividido menos al pueblo francés de lo que la Revolución industrial ha dividido al pueblo de Inglaterra. ...

«De ahí el hecho ...» se puede poner en duda el juicio. Y sin embargo, es en esa intuición —que la revolución que no tuvo lugar en Inglaterra fue tan completamente devastadora, y en algunos aspectos más lacerante, que la que tuvo lugar en Francia— donde encontramos una clave para la naturaleza verdaderamente catastrófica del período. En toda esa época hay tres grandes influencias, y no dos, que actúan simultáneamente. Está el tremen-

do crecimiento demográfico (en Gran Bretaña, de 10,5 millones en 1801 a 18,1 millones en 1841, con el mayor índice de crecimiento entre 1811-1821). Está la Revolución industrial en sus aspectos tecnológicos. Y está la *contra-revolución* política de 1792 a 1832.

Al final, tanto el contexto político como la máquina de vapor tuvieron una influencia determinante sobre la conciencia y las instituciones de la clase obrera que se estaban configurando. Las fuerzas que contribuían a la reforma política a finales del siglo XVIII —Wilkes, los negociantes de la City, la pequeña *gentry* de Middlesex, la «muchedumbre»; o Wyvill y la pequeña *gentry* y *yeomen*, los pañeros, los cuchilleros y los artesanos— estuvieron en vísperas de conseguir al menos algunas victorias aisladas en la década de 1790: a Pitt le correspondió el papel de primer ministro reformista. Si los hechos hubieran seguido su curso «natural», hubiera sido lógico esperar algún conflicto, mucho antes de 1832, entre la oligarquía agraria y comercial y los fabricantes y la pequeña *gentry*, con la clase obrera a remolque de la agitación de la clase media. E incluso en 1792, cuando los industriales y los profesionales liberales destacaban en el movimiento de reforma, el equilibrio de fuerzas aún era ése. Pero después del triunfo de *Los derechos del hombre*, la radicalización y el terror de la Revolución francesa y la arremetida de la represión de Pitt, sólo la plebeya Sociedad de Correspondencia se mantuvo firme contra las guerras contrarrevolucionarias. Y esos grupos plebeyos, a pesar de lo pequeños que eran en 1796, formaron una tradición «subterránea» que actuó hasta el fin de las guerras. La aristocracia y los fabricantes, alarmados por el ejemplo francés y en el fervor patriótico de la guerra, hicieron causa común. El *ancien régime* inglés recobró su vigor no sólo en los asuntos nacionales, sino también en la perpetuación de las antiguas corporaciones municipales que administraban mal las abultadas poblaciones industriales. Los fabricantes recibieron a cambio importantes concesiones; y señaladamente la derogación o revocación de la legislación «paternalista» que protegía el aprendizaje, la regulación de los salarios o las condiciones de trabajo en la industria. La aristocracia estaba interesada en reprimir las «conspiraciones» jacobinas del pueblo, los fabricantes estaban interesados en frustrar sus «conspiraciones» para aumentar los salarios: las *Combination Acts* servían para ambos propósitos.

De ese modo, los obreros se vieron abocados al *apartheid* político y social durante las guerras (en las que, en parte, también tuvieron que combatir). Es cierto que eso no era completamente nuevo. Lo que era nuevo era que coincidiese con una Revolución francesa; con una conciencia creciente de la propia identidad y unas aspiraciones más amplias (puesto que se había plantado el «árbol de la libertad» desde el Támesis al Tyne); con un aumento demográfico, en el que la pura sensación de cantidad, en Lon-

dres y en los distritos industriales, se volvió más impresionante de año en año (y a medida que crecían en cantidad, probablemente disminuía el respeto hacia el patrono, el magistrado o el párroco); y con unas formas de explotación económica más intensas y transparentes. Más intensivas en la agricultura y en las viejas industrias domésticas, más transparentes en las nuevas fábricas y quizá en las minas. En la agricultura, los años comprendidos entre 1760 y 1830 son los años de la generalización de las *enclosures*, durante los cuales se pierden los derechos comunales, pueblo tras pueblo, y al que no tiene tierra y —en el sur— al trabajador empobrecido no le queda más remedio que sustentar a los arrendatarios, los terratenientes y los diezmos de la Iglesia. En las industrias domésticas, desde 1800 en adelante, se consolida la tendencia de que los menestrales dejen paso a los patronos más grandes (ya sean fabricantes o intermediarios) y de que la mayoría de los tejedores, calceteros o los que hacían clavos se convirtiesen en trabajadores a domicilio asalariados con un empleo más o menos precario. Estos son los años del empleo de niños (y de mujeres, de forma clandestina) en las fábricas y en muchas áreas mineras; y la empresa a gran escala, el sistema fabril con su nueva disciplina, las comunidades de las fábricas —donde el fabricante no sólo se enriquecía con el trabajo de la «mano de obra», sino que se podía *ver* cómo se enriquecía en una generación—, todo contribuía a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados.

Podemos ver ahora algo de la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución industrial, así como algunas de las razones por las cuales en esos años se conformó la clase obrera inglesa. El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables; las de explotación económica y las de opresión política. Las relaciones entre patrón y obrero se volvían más estrictas y menos personales; y aunque es cierto que eso aumentaba la libertad potencial del trabajador, puesto que el jornalero agrícola o el oficial en la industria doméstica estaba (en palabras de Toynbee) «situado a medio camino entre la condición del siervo y la condición del ciudadano», esa «libertad» hacía que percibiese más su *no* libertad. Pero en cada uno de los aspectos que buscarse para resistir la explotación, se enfrentaba con las fuerzas del patrono o del Estado, y normalmente con las dos.

La mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación. Esta no es una idea anacrónica extraída abusivamente de la documentación. Podemos describir algunas partes del proceso de explotación tal como las veía un notable operario de la industria del algodón en 1818, el año en que nació Marx. El relato —una declaración diri-

gida al público de Manchester, que estaba al borde de una huelga, firmada por «Un Oficial Hilandero de Algodón»— comienza describiendo a los patronos y a los obreros como «dos clases distintas de personas»:

En primer lugar, pues, por lo que se refiere a los patronos: con muy pocas excepciones, son un grupo de hombres que han surgido del negocio del algodón sin educación ni preparación, excepto la que hayan podido adquirir, gracias a su relación con el pequeño mundo de comerciantes en la lonja de Manchester; pero para contrarrestar ese defecto, dan unas apariencias, gracias a un ostentoso despliegue de mansiones elegantes, ajuares, libreas, parques, caballos, perros de caza, etc., que se cuidan de exhibir ante el comerciante extranjero de la forma más fastuosa. Por supuesto, sus casas son elegantes palacios que superan con mucho, en volumen y extensión, las residencias refinadas y fascinantes que se pueden ver en los alrededores de Londres ... pero el observador puro de las bellezas de la naturaleza y el arte combinados advertirá en ellas una deplorable falta de gusto. Educan a sus familias en las escuelas más caras, decididos a dar a su descendencia una doble ración de lo que a ellos les falta. Así, sin que apenas haya en sus cabezas una segunda intención, son materialmente pequeños monarcas, absolutos y despóticos en sus distritos particulares; y para que todo eso se mantenga, ocupan todo su tiempo en maquinari cómo obtener la mayor cantidad de trabajo a cambio del menor gasto. ... En resumen, me atreveré a decir, sin miedo a la contradicción, que se observa una mayor distancia entre el amo y el hilandero aquí, de la que hay entre el mayor comerciante de Londres y su último criado o el más humilde artesano. Desde luego no se puede comparar. Sé que es un hecho que la mayor parte de los patronos de hilanderos desean mantener bajos los salarios con el propósito de mantener a los hilanderos indigentes y sin ánimos ... así como con el propósito de llevarse el beneficio a sus bolsillos.

Los patronos de hilanderos son una clase de hombres distinta de todos los demás maestros artesanos del reino. Son ignorantes, orgullosos y tiránicos. ¿Cómo deben ser los hombres, o mejor dicho los seres, que son los instrumentos de tales amos? Porque, durante años y años, han sido, con sus esposas y sus hijos, la paciencia personificada, esclavos y esclavas para sus crueles amos. Es inútil ofender nuestro sentido común con la observación de que aquellos hombres son libres; de que la ley protege por igual a los ricos y a los pobres, y que un hilandero puede abandonar a su amo si no le gustan los salarios que paga. Es cierto, puede, pero ¿dónde debe ir?; por supuesto, a otro amo. De acuerdo, va; le preguntan dónde trabajó antes, «¿te despidieron?» No, no nos poníamos de acuerdo acerca de los salarios. Bueno, no puedo darte empleo a ti ni a nadie que deje a su amo por este motivo. ¿Por qué ocurre esto? Porque existe un abominable *pacto vigente entre los amos*, que se estableció por primera vez en Stockport, en 1802, y desde entonces se ha generalizado tanto, que abarca a todos los grandes amos en una área de muchas millas alrededor de Manchester, aunque no a los pequeños patronos; éstos están excluidos. En opinión de

los grandes, son los seres más detestables que se puedan imaginar ... Cuando se estableció el pacto, uno de sus primeros artículos fue que ningún amo debía emplear a un hombre hasta que hubiese averiguado si su último patrono le había despedido. ¿Qué debe hacer entonces el hombre? Si va a la parroquia, que es la tumba de toda independencia, le dicen: No podemos ayudarte, si riñes con tu amo te mandaremos a prisión, y no vamos a mantener a tu familia; de modo que el hombre se ve obligado, debido a una combinación de circunstancias, a someterse a su amo. No puede viajar y encontrar trabajo en cualquier ciudad como zapatero, ensamblador o sastre, está confinado en el distrito.

En general, los obreros son un grupo inofensivo de hombres instruidos y sin pretensiones, aunque es casi un misterio para mí cómo adquieren esa instrucción. Son dóciles y tratables, si no se les irrita demasiado; pero esto no es sorprendente, si tenemos en cuenta que están acostumbrados a trabajar, a partir de los 6 años, desde las cinco de la mañana hasta las ocho y las nueve de la noche. Dejad que uno de los defensores de la obediencia al amo se aposte en la avenida que conduce a una fábrica, un poco antes de las cinco de la mañana, y que observe el aspecto miserable de los pequeñuelos y de sus padres, arrancados de sus camas a una hora tan temprana y en todo tipo de tiempo; dejadle que examine la miserable ración de comida, compuesta básicamente de gachas y torta de avena troceada, un poco de sal, y a veces coloreado con un poco de leche, junto con unas pocas patatas y un trocito de tocino o manteca para comer; ¿comería esto un trabajador manual de Londres? En la fábrica están encerrados hasta la noche (si llegan algunos minutos tarde, se les descuenta una cuarta parte del salario) en estancias con una temperatura más elevada que la de los días más calurosos de este verano, y no se les deja tiempo, excepto tres cuartos de hora para comer, en todo el día: cualquier otra cosa que coman en otro momento la deben ingerir mientras trabajan. El esclavo negro que trabaja en las Indias Occidentales, cuando trabaja bajo un sol abrasador, tiene probablemente una pequeña brisa, de vez en cuando, para airearse; tiene un trozo de tierra y un tiempo permitido para cultivarlo. El esclavo hilander inglés no disfruta de un espacio abierto ni de las brisas del cielo. Encerrado en fábricas de ocho pisos de altura, no tiene descanso hasta que el pesado motor se detiene, y entonces se va a su casa a recuperarse para el día siguiente; no hay tiempo para mantener una agradable relación con su familia; todos están igual de fatigados y agotados. No se trata de una imagen exagerada, es literalmente cierto. Yo pregunto de nuevo, ¿se someterían a esto los trabajadores manuales del sur de Inglaterra?

Cuando la hilatura del algodón estaba en sus inicios, y antes de que se utilizaran esas terribles máquinas, llamadas máquinas de vapor, destinadas a suplir la necesidad de trabajo humano, había gran número de lo que luego se llamaron *pequeños patronos*; hombres que con un pequeño capital se podían procurar unas pocas máquinas y emplear a unos pocos trabajadores, hombres y muchachos (es decir, de 20 a 30 años), el producto de cuyo trabajo se llevaba

todo al mercado central de Manchester y se ponía en manos de los agentes de negocios ... Los agentes lo vendían a los comerciantes, gracias a los cuales el patrono de hilanderos podía seguir trabajando en su casa y ocuparse de sus trabajadores. En aquellos días, el algodón en rama siempre se distribuía en pacas a las esposas de los hilanderos en casa, donde lo calentaban y lo limpiaban a punto para los hilanderos de la fábrica. Con ello podían ganar 8, 10 o 12 chelines a la semana, y cocinar y atender a sus familias. Pero ahora nadie tiene ese trabajo, porque todo el algodón se desmenuza con una máquina, accionada por la máquina de vapor, que se llama diablo; de modo que las esposas de los hilanderos no tienen trabajo, a no ser que vayan a trabajar todo el día en la fábrica en lo que pueden realizar niños a cambio de unos pocos chelines, 4 o 5 por semana. En aquel momento, si un hombre no se ponía de acuerdo con su amo, le dejaba y podía emplearse en cualquier otro sitio. Sin embargo, hace pocos años cambió el cariz de las cosas. Se empezaron a utilizar las máquinas de vapor, y se requería un gran capital para comprarlas y para construir edificios suficientemente grandes para que cupiesen aquéllas y 600 o 700 trabajadores. La máquina producía artículos más vendibles (aunque no mejores) que los que podía hacer el pequeño patrón por el mismo precio. El resultado fue su ruina en poco tiempo; y los prósperos capitalistas triunfaron con su caída, puesto que aquéllos eran el único obstáculo que quedaba entre ellos y el absoluto control de los obreros.

Luego surgieron diversas disputas entre los obreros y los patronos con respecto a la pulcritud del trabajo, puesto que los obreros cobraban de acuerdo con el número de maderas o yardas de hebra que producían a partir de una cantidad de algodón dada, que siempre debía ser verificada por el supervisor, cuyo interés le obligaba a inclinarse en favor del patrono y a considerar el material como más burdo de lo que era. Si el obrero no se sometía *debía emplazar a su patrón ante un magistrado*; el conjunto de magistrados en activo de aquel distrito, con la excepción de dos honestos clérigos, eran caballeros cuyo origen era el mismo que el de los patronos de hilanderos del algodón. El patrono, en general, se contentaba con enviar a su supervisor para que respondiese a cualquiera de esos requerimientos, considerando que situarse frente a frente con su sirviente era rebajarse. La decisión del magistrado era, por lo general, favorable al patrono, aunque sólo se basaba en la declaración del supervisor. El obrero no se atrevía a apelar a los tribunales a causa del gasto ...

Estos males que se infligen a los hombres han surgido de aquel terrible monopolio que existe en aquellos distritos, en donde la riqueza y el poder están en manos de unos pocos, que, con la arrogancia en sus corazones, se creen los señores del universo.<sup>12</sup>

Esta lectura de los hechos, en su lógica notable, es una manifestación *ex parte* tanto como lo es la «economía política» de lord Brougham. Pero el «Oficial Hilandero de Algodón» describía hechos de una clase diferente. No es necesario que nos preocupemos por la solidez de todas sus afirma-



ciones. Lo que hace esta declaración es especificar, una detrás de otra, las injusticias que los obreros sentían como cambios en el carácter de la explotación capitalista: la ascensión de una clase de patronos que no tenía autoridad tradicional ni obligaciones; la creciente distancia entre el patrono y el hombre; la transparencia de la explotación en el origen de su nueva riqueza y poder; el empeoramiento de la condición del trabajador y sobre toda su pérdida de independencia, su reducción a la dependencia total con respecto a los instrumentos de producción del patrono; la parcialidad de la ley; la descomposición de la economía familiar tradicional; la disciplina, la monotonía, las horas y las condiciones de trabajo; la pérdida de tiempo libre y de distracciones; la reducción del hombre a la categoría de un «instrumento».

El hecho de que los obreros sintiesen esas injusticias de alguna manera —y que las sintiesen de forma apasionada— es suficiente en sí mismo para merecer nuestra atención. Y nos recuerda, a la fuerza, que algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años versaron sobre temas que no están englobados por las series del coste-de-la-vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimiento fueron aquellos en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, «justicia», «independencia», seguridad o economía familiar, más que los simples temas de «pan-y-mantequilla». Los primeros años de la década de 1830 están encendidos por agitaciones que versaban sobre temas en los que los salarios tenían una importancia secundaria: los alfareros contra el *Truck System*;\* los trabajadores de la industria textil en favor del proyecto de ley de las diez horas; los obreros de la construcción, en favor de la acción directa cooperativa; todos los trabajadores en favor del derecho a afiliarse a las *trade unions*. La gran huelga de la cuenca minera del noreste, en 1831, se hizo por la seguridad de empleo, los «*tommy shops*»\*\* y el trabajo de los niños.

La relación de explotación es más que la suma de injusticias y antagonismos mutuos. Es una relación que puede verse que adopta formas distintas en contextos históricos diferentes, formas que están en relación con las formas correspondientes de propiedad y poder del Estado. La relación de explotación clásica de la Revolución industrial es despersonalizada, en el sentido de que no se admiten obligaciones durables de reciprocidad: de paternalismo o deferencia, o de intereses del «Oficio». No hay indicios del

\* Sistema de pago de salarios en vales intercambiables por productos, en lugar de dinero. (N. de la t.)

\*\* Almacenes en los que pueden cambiarse los vales que obtienen los trabajadores, en lugar de dinero, por productos. (N. de la t.)

precio «justo», o de un salario justificado en relación con las sanciones sociales o morales, como algo opuesto a la actuación de las fuerzas del libre mercado. El antagonismo se acepta como intrínseco a las relaciones de producción. Las funciones de dirección o supervisión exigen la represión de todos los atributos excepto aquellos que promueven la expropiación del máximo valor excedente del trabajo. Esta es la economía política que Marx analizaba minuciosamente en *El capital*. El trabajador se ha convertido en un «instrumento», o una entrada entre las demás partidas del coste.

De hecho, ninguna empresa industrial compleja se podría dirigir con esa filosofía. La necesidad de paz industrial, de una fuerza de trabajo estable y de un cuerpo de trabajadores cualificados y con experiencia exigía la modificación de las técnicas de dirección —y, por supuesto, el desarrollo de nuevas formas de paternalismo— en las fábricas de los algodonereros hacia la década de 1830. Pero en las industrias que tenían un exceso de trabajo externo, donde siempre había una cantidad suficiente de «mano de obra» desorganizada que competía por el empleo, esas consideraciones no afectaban. Ahí, dado que las viejas costumbres se habían erosionado y se había desechado el viejo paternalismo, la relación de explotación surgía omnipotente.

Eso no significa que podamos echar la «culpa» de cada una de las penurias de la Revolución industrial a «los patronos» o al *laissez faire*. El proceso de industrialización debe acarrear sufrimiento en cualquier contexto social que podamos concebir, y la destrucción de las formas de vida más antiguas y apreciadas. Muchas investigaciones recientes han arrojado luz sobre las dificultades particulares de la experiencia británica: los riesgos de los mercados, las múltiples consecuencias comerciales y financieras de las guerras, la deflación de la posguerra, los movimientos en la relación real de intercambio y las presiones resultantes de la «explosión» demográfica. Además, las preocupaciones del siglo xx nos han hecho tener conciencia de la magnitud de los problemas de crecimiento económico. Se puede argüir que Gran Bretaña, en la Revolución industrial, se tropezó con los problemas del «despegue»: la fuerte inversión a largo plazo —canales, fábricas, vías férreas, fundiciones, minas, infraestructura— se hizo a costa del consumo cotidiano; las generaciones de trabajadores situadas entre 1790 y 1840 sacrificaron al futuro parte de, o todas, sus perspectivas de aumento del consumo.<sup>13</sup>

Todos estos argumentos merecen una atención cuidadosa. Por ejemplo, los estudios de la fluctuación de la demanda del mercado sudamericano, o la crisis bancaria en el país, nos pueden decir mucho acerca de las razones del crecimiento o retraso de determinadas industrias. La crítica que se hace a la ortodoxia académica predominante no se dirige a los estudios

empíricos *per se*, sino a la fragmentación de nuestra comprensión del proceso histórico completo. En primer lugar, el empirista separa determinados hechos de este proceso y los examina de forma aislada. Como se dan por sentadas las condiciones que dan lugar a los hechos, éstos aparecen no sólo como explicables en sus propios términos, sino como inevitables. Las guerras se debían pagar con una fuerte imposición fiscal; aceleraron el crecimiento de ese modo y lo retrasaron en aquel otro. Dado que esto se puede demostrar, también quería decir que *necesariamente* fue así. Pero miles de ciudadanos ingleses de la época estaban de acuerdo con la condena que Thomas Bewick hacía de «esta guerra extremadamente malvada». <sup>14</sup> El peso desigual de los impuestos, los inversores en deuda pública que sacaban beneficios de la deuda nacional, el papel moneda, no eran aceptados por muchos contemporáneos como datos dados, sino que eran el punto central de una agitación radical intensiva.

Pero hay un segundo nivel en el que el empirista puede volver a juntar de nuevo todos esos estudios fragmentarios, construyendo un modelo del proceso histórico compuesto de una multiplicidad de elementos inevitables entrelazados, una sucesión fragmentaria. Cuando examinamos las facilidades de crédito o la relación real de intercambio, en las que cada hecho es explicable y además aparece como una causa, suficiente en sí misma, de otros hechos, llegamos a un determinismo *post facto*. Se pierde la dimensión de la intervención humana y se olvida el contexto de las relaciones de clase.

Es absolutamente cierto que existía aquello que señala el empirista. Las Órdenes Reales llevaron, en 1811, a ciertos oficiales a la casi paralización; los precios crecientes de la madera, después de las guerras, aumentaron excesivamente los costes de la construcción; un cambio pasajero en la moda (encaje en vez de cinta) podía silenciar los telares de Coventry; el telar mecánico competía con el telar manual. Pero incluso estos hechos evidentes, con sus limpias credenciales, merecen ser cuestionados. ¿Consejo de quién, y por qué las Órdenes? ¿Quién sacaría más beneficio del acaparamiento con la escasez de madera? ¿Por qué deberían permanecer ociosos los telares, si decenas de miles de muchachas del país suspiraban por las cintas, pero no se podían permitir comprarlas? ¿Por medio de qué alquimia social se convertían los inventos para ahorrar trabajo en máquinas de empobrecimiento? El hecho en sí —una mala cosecha— parece estar más allá de la elección humana. Pero la forma en que aquel hecho se desarrollaba tenía que ver con las condiciones de un complejo particular de relaciones humanas: ley, propiedad, poder. Cuando nos tropezamos con alguna frase sonora como ésta: «el intenso flujo y reflujo del ciclo del comercio», debemos ponernos en guardia. Porque detrás de este ciclo del

comercio hay una estructura de relaciones sociales que fomenta algunas clases de expropiación (renta, interés y beneficio) y proscribire otras (el robo, derechos feudales), que legitima algunos tipos de conflicto (la competencia, la guerra armada) e inhibe otros (el tradeunionismo, los motines de subsistencia, las organizaciones políticas populares); una estructura que, a los ojos del futuro, puede parecer a la vez bárbara y efímera.

Plantear esas amplias preguntas podría ser innecesario, puesto que el historiador no puede estar cuestionando siempre las credenciales de la sociedad que estudia. Pero, de hecho, todas esas preguntas fueron planteadas por los contemporáneos; no sólo por hombres de las clases más elevadas (Shelley, Cobbett, Owen, Peacock, Thompson, Hodgskin, Carlyle), sino por miles de obreros organizados. Sus portavoces pusieron en cuestión no sólo las instituciones políticas, sino la estructura social y económica del capitalismo industrial. Opusieron sus propios hechos y sus propios cálculos a los hechos que presentaba la economía política ortodoxa. Así, en fecha tan temprana como 1817, los tejedores de punto de Leicester propusieron, en una serie de resoluciones, una teoría del subconsumo de las crisis capitalistas:

Que el consumo de nuestros fabricantes se debe reducir en la misma proporción en que la Reducción de los Salarios hace a la gran Mayoría del Pueblo pobre y desgraciado.

Que si, en general, se dieran salarios abundantes a los Trabajadores Manuales de todo el País, el Consumo Interior de nuestras manufacturas sería, de inmediato, más del doble, y en consecuencia todo trabajador encontraría empleo pronto.

Que Reducir el Salario del Trabajador Manual en este País a un nivel tan bajo que no puede vivir de su trabajo, para vender Manufacturas Extranjeras a un precio inferior en un Mercado Extranjero, es ganar un cliente fuera y perder dos en el país ...<sup>15</sup>

Si los que tienen empleo trabajaran menos horas, y si se restringiera el trabajo de los niños, habría más trabajo para los trabajadores manuales y los desempleados podrían trabajar por su cuenta y cambiar los productos de su trabajo de forma directa, sustrayéndose a los caprichos del mercado capitalista; las mercancías serían más baratas y el trabajo estaría mejor remunerado. Oponían, a la retórica del libre mercado, el lenguaje del «nuevo orden moral». El hecho de que el historiador sienta, todavía hoy, la necesidad de tomar partido se debe a que, entre 1815 y 1850, se enfrentaban puntos de vista alternativos e irreconciliables respecto del orden humano.

Apenas es posible escribir la historia de la agitación popular durante esos años, a no ser que hagamos al menos el esfuerzo imaginativo de en-

tender cómo interpretaba la realidad un hombre como el «Oficial Hilandero de Algodón». Él hablaba de los «patronos» no como de un agregado de individuos, sino como de una clase. Como clase, «ellos» le denegaban sus derechos políticos. Si había una recesión comercial, «ellos» recortaban sus salarios. Si el comercio mejoraba, tenía que luchar contra «ellos» y su Estado para obtener cualquier porción de la mejora. Si la comida era abundante, «ellos» sacaban beneficio. Si era escasa, algunos de «ellos» sacaban más beneficio. «Ellos» conspiraban, no sobre este o aquel hecho aislado, sino sobre la relación esencial de explotación, dentro de la cual todos los hechos tenían validez. Verdaderamente había fluctuaciones de mercado, malas cosechas y todo lo demás; pero mientras que la experiencia de la explotación intensificada era constante, las causas de las penurias eran variables. Éstas afectaban a la población obrera no de forma directa, sino a través de la refracción de un sistema particular de propiedad y poder que distribuía las ganancias y las pérdidas con una gran parcialidad.

Estas consideraciones más amplias han estado recubiertas, durante algunos años, por el ejercicio académico conocido como la «controversia acerca del nivel de vida» (por la cual los estudiantes pasan y vuelven a pasar). ¿Aumentó o disminuyó el nivel de vida del grueso de la población entre 1780 y 1830, o entre 1800 y 1850?<sup>16</sup> Para entender el significado de la discusión, debemos repasar brevemente su desarrollo.

El debate sobre valores es tan viejo como la Revolución industrial. La controversia acerca del nivel de vida es más reciente. La *confusión* ideológica es todavía más reciente. Podemos empezar por uno de los puntos más lúcidos de la controversia. Sir John Clapham escribió en su prefacio a la primera edición de su *Economic History of Modern Britain*, en 1926:

La leyenda de que todo empeoró para el obrero, a partir de una fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición [1837 y 1851: E.P.T.], tarda en morir. El hecho de que, después de la caída de los precios de 1820-1821, el poder adquisitivo de los salarios en general —por supuesto, no de todos los salarios— fuera claramente mayor de lo que había sido antes de las guerras revolucionarias y napoleónicas, encaja tan mal con la tradición que pocas veces se menciona; los historiadores sociales ignoran constantemente el trabajo de los estadísticos acerca de los salarios y los precios.

J. L. Hammond dio, en la *Economic History Review* (1930), una respuesta de dos tipos: en primer lugar, criticó las estadísticas de ingresos agrícolas que utilizaba Clapham. Éstas se basaban en la suma de los promedios del país, y luego su división por el número de condados, para llegar a un pro-

medio nacional; como sea que la población con bajo nivel de salarios de los condados del sur era más numerosa que la de los condados con altos niveles salariales (en los que los ingresos de la agricultura se hinchaban por la proximidad de la industria), Hammond pudo demostrar que el «promedio nacional» ocultaba el hecho de que el 60 por 100 de la población trabajadora se encontraba en condados donde los salarios estaban por debajo de la cifra «promedio». La segunda parte de su respuesta consistió en una desviación hacia las discusiones de valor (felicidad) en su forma más nubosa e insatisfactoria. Clapham aceptó la primera parte de esta respuesta en el prefacio a la segunda edición de su libro (1930); refutó la segunda parte con una seca prudencia («un rodeo en palabras», «asuntos más importantes») pero, sin embargo, reconoció: «Estoy profundamente de acuerdo ... en que las estadísticas sobre bienestar material nunca pueden medir la felicidad de la población.» Además, afirmaba que cuando había criticado el punto de vista de que «todo empeoró», «no quería decir que todo mejorase. Sólo quería decir que los historiadores actuales han subrayado demasiado a menudo ... los empeoramientos y omitido o ignorado las mejoras». Los Hammond, por su parte, en una posterior revisión de *The Bleak Age*, edición de 1947, hicieron las paces: «Los estadísticos nos dicen que ... están convencidos de que los salarios aumentaron y de que la mayoría de los hombres y mujeres eran menos pobres cuando ese descontento era ruidoso y activo, que cuando el siglo XVIII empezaba a envejecer en un silencio como el del otoño. Los datos, por supuesto, son insuficientes y su significado no es muy sencillo, pero esta visión general es más o menos correcta.» La explicación al descontento «se debe buscar fuera de la esfera de las condiciones estrictamente económicas».

Hasta aquí, bien. Los historiadores sociales del período, más fecundos —pero menos consistentes—, se han tropezado con la severa crítica de un notable empirista; y finalmente ambas partes han cedido terreno. Y a pesar del acaloramiento que más tarde se ha generado, la divergencia real entre las firmes conclusiones económicas de los protagonistas es insignificante. En la actualidad, si bien ningún investigador serio está dispuesto a sostener que todo iba peor, tampoco ninguno que lo sea sostendrá que todo iba mejor. Tanto el doctor Hobsbawm (un «pesimista») como el profesor Ashton (un «optimista») coinciden en que los salarios reales disminuyeron durante las guerras napoleónicas y sus consecuencias inmediatas. El doctor Hobsbawm no afirma que haya con seguridad un aumento notable del nivel de vida hasta mediados de la década de 1840; mientras que el profesor Ashton observa un clima económico «más benigno» después de 1821, un «acusado movimiento hacia arriba sólo interrumpido por los retrocesos de 1825-1826 y 1831»; y en vista de las crecientes importaciones de

té, café, azúcar, etc., «es difícil creer que los obreros no participaron de la ganancia». Por otra parte, su propia lista de precios de los distritos de Oldham y Manchester muestra que «en 1831 la dieta normal de los pobres apenas podía costar mucho menos que en 1791», aunque no ofrece ninguna tabla de salarios correspondiente. Su conclusión consiste en sugerir la existencia de dos grupos principales dentro de la clase obrera: «una amplia clase situada muy por encima del nivel de la mera subsistencia» y «masas de trabajadores no cualificados o poco cualificados —obreros agrícolas empleados de manera estacional y tejedores manuales, en particular— cuyos ingresos quedaban casi por completo absorbidos con el pago de las escuetas necesidades de subsistencia». «Mi suposición sería que el número de los que podían compartir los beneficios del progreso económico era mayor que el número de los que estaban excluidos de esos beneficios y que aquél crecía constantemente.»<sup>17</sup>

De hecho, por lo que se refiere al período 1790-1830, hay muy pocas mejoras. La situación de la mayoría era mala en 1790, y siguió siendo mala en 1830 (y 40 años son mucho tiempo), pero existe algún desacuerdo en cuanto al tamaño de los grupos relativos dentro de la clase obrera. Y en la década siguiente el asunto no está mucho más claro. Sin duda, los salarios reales aumentaron entre los obreros organizados, durante el estallido de actividad de las *trade unions* mediante los esfuerzos conjugados del gobierno, los magistrados y los patronos; mientras que los años 1837-1842 son de depresión. De modo que, ciertamente, en «alguna fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición» la marcha de los acontecimientos empieza a cambiar; digamos, con el *boom* del ferrocarril en 1843. Por otra parte, incluso a mediados de la década de los cuarenta la situación de grupos muy grandes de obreros continúa siendo desesperada, en tanto que la quiebra del ferrocarril condujo a los años de depresión de 1847-1848. Esto no se parece mucho a la «historia de un triunfo»; durante medio siglo del más pleno desarrollo del industrialismo, el nivel de vida todavía se mantenía —para grupos muy grandes aunque indeterminados de población— en el límite de subsistencia.

Sin embargo, no es ésta la impresión que se da en muchas obras contemporáneas. Ya que, del mismo modo que una generación anterior de historiadores, que también eran reformadores sociales (Thorold Rogers, Arnold Toynbee, los Hammond), dejaban que su solidaridad con los pobres les condujera en ocasiones a una confusión de la historia con la ideología, hoy encontramos que la solidaridad de algunos historiadores de la economía hacia el patrón capitalista les ha conducido a una confusión de la historia con las disculpas.<sup>18</sup> El punto de transición estuvo marcado por

la publicación, en 1954, de un simposio sobre *Capitalism and the Historians*, compilado por el profesor F. A. Hayek, que era el trabajo de un grupo de especialistas «que durante algunos años se han venido reuniendo con regularidad para tratar los problemas de la salvaguardia de una sociedad libre contra la amenaza totalitaria». Puesto que este grupo de especialistas internacionales consideraba que «una sociedad libre» era, por definición, una sociedad capitalista, los resultados de una mezcla tal de teoría económica y argumentos especiosos fueron deplorables; y no lo fueron menos en la obra de uno de los colaboradores, el profesor Ashton, cuyos prudentes descubrimientos de 1949 se han trasmutado ahora —sin nuevos datos— en la categórica afirmación de que «en general, hoy día se reconoce que, para la mayoría, el aumento de los salarios reales fue substancial».<sup>19</sup> En este punto la controversia degeneró en una confusión. Y a pesar de los intentos más recientes de rescatarla para la investigación,<sup>20</sup> la controversia sigue existiendo desde muchos puntos de vista como una confusión de aseveraciones y argumentos especiosos.

La controversia se divide en dos partes. En primer lugar, está la auténtica dificultad de construir series de salarios, de precios e índices estadísticos a partir de los abundantes pero desiguales datos. Cuando tratemos de los artesanos examinaremos algunas de las dificultades que existen al interpretar los datos. Pero en este punto empieza una serie adicional de dificultades, puesto que el término «nivel» nos conduce desde los datos susceptibles de medición estadística (salarios o artículos de consumo) hacia aquellas satisfacciones de las necesidades que los estadísticos describen a veces como «imponderables». De la alimentación pasamos a las viviendas, de las viviendas a la salud, de la salud a la vida familiar, y de aquí al ocio, a la disciplina del trabajo, la educación y el juego, la intensidad del trabajo, etc. De un estándar de vida pasamos a un modo de vida. Pero las dos cosas no son lo mismo. La primera es una medición de cantidades, la segunda una descripción (y a veces una valoración) de calidades. Mientras que los datos estadísticos son apropiados para la primera, en cuanto a la segunda debemos apoyarnos ampliamente en los «testimonios literarios». Sacar conclusiones para una de ellas en base a los datos apropiados sólo para la otra da lugar a un importante foco de confusión. A veces parece que los estadísticos sostuvieran lo siguiente: «los índices revelan un aumento del consumo *per cápita* de té, azúcar, carne y jabón, *por consiguiente* la clase obrera era más feliz», mientras que los historiadores sociales respondían: «las fuentes literarias demuestran que el pueblo no era feliz, *por consiguiente* su nivel de vida debió empeorar».

Esto es una simplificación. Pero se deben establecer argumentos sencillos. Es perfectamente posible que los promedios estadísticos y las expe-



riencias humanas vayan en direcciones opuestas. Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento *per cápita* de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo en la forma de vida, las relaciones tradicionales y las legitimaciones de la población. La población puede consumir más bienes y a la vez ser menos feliz y menos libre. Junto con los obreros agrícolas, el grupo uniforme de población trabajadora más numeroso, durante todo el período de la Revolución industrial, era el de los criados. Muchos de ellos eran criados domésticos que vivían con la familia que los había empleado, compartían estrechas habitaciones y trabajaban excesivas horas a cambio de unos pocos chelines. Sin embargo, los podemos catalogar, con seguridad, entre los grupos más favorecidos, cuyos niveles de vida (o de consumo de alimento y vestido) por término medio mejoraron un poco durante la Revolución industrial. Pero el tejedor manual y su esposa, en el límite de la miseria, seguían considerando que su posición social era superior que la de un «lacayo». O de nuevo, podríamos citar aquellos oficios, como la minería del carbón, en los que los salarios reales mejoraron entre 1790 y 1840, pero lo hicieron a costa de más horas y mayor intensidad de trabajo, de modo que la persona que mantenía a la familia estaba «acabada» antes de los 40 años. En términos estadísticos esta realidad revela una curva ascendente. Para las familias implicadas podía significar la depauperización.

Así, es perfectamente posible sostener dos proposiciones que, vistas por encima, parecen ser contradictorias. A lo largo del período 1790-1840 hubo una pequeña mejora en la media del nivel de vida material. A lo largo del mismo período hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente. Hacia 1840 la mayor parte de la población estaba «más acomodada» que sus predecesores 50 años antes, pero había sufrido y seguía sufriendo esa pequeña mejora como una experiencia catastrófica. Con el fin de explorar esta experiencia, sobre la base de la cual surgió la expresión política y cultural de la consciencia de la clase obrera, debemos hacer lo siguiente: primero, estudiar la experiencia vital cambiante de tres grupos de trabajadores: los trabajadores rurales, los artesanos urbanos y los tejedores manuales;<sup>21</sup> segundo, hablar de algunos de los elementos menos «ponderables» del nivel de vida de la población; tercero, examinar las coacciones más íntimas que provocó la forma de vida industrial y la relación que el metodismo tiene con ellas. Por último, analizar algunos de los elementos que hay en las nuevas comunidades de la clase obrera.

## Notas

1. *The Torrington Diaries*, compilado por C. B. Andrews, 1936, III, pp. 81-82.
2. P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, 1833, p. 6; Asa Briggs, «The Language of "Class" in Early Nineteenth-century England», en *Essays in Labour History*, compilado por Briggs y Saville, 1960, p. 63.
3. W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 4-6.
4. Para una admirable exposición de las razones de la primacía de la industria del algodón en la Revolución industrial, véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 1962, cap. 2. (Hay trad. cast. *La era de la revolución, 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 1997.)
5. Estimación para el Reino Unido de 1833. Total de la fuerza de trabajo adulta en todas las fábricas textiles, 191.671. Número de tejedores manuales, 213.000. Véase más adelante, p. 84.
6. Cf. Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 11.
7. Hay un resumen de esta controversia en E. E. Lampard, *Industrial Revolution*, American Historical Association, 1957. Véase también Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.
8. Citado por M. D. George, *London Life in The Eighteenth Century*, 1930, p. 210.
9. Véase W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century*, 1948, especialmente las pp. 122-125.
10. Algunas de las visiones que aquí se han bosquejado se encuentran, de forma implícita o explícita, en T. S. Ashton, *Industrial Revolution*, 1984 (hay trad. cast., Fondo de Cultura Económica, México) y A. Radford, *The Economic History of England*, 2.ª edición, 1960. Una variante sociológica es desarrollada por N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, y una confusa popularización se encuentra en John Vaizey, *Success Story*, WEA, sin fecha.
11. Véase E. E. Lampard, *op. cit.*, p. 7.
12. *Black Dwarf* (30 de septiembre de 1818).
13. Véase S. Pollard, «Investment, Consumption, and the Industrial Revolution», en *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XI (1958), pp. 215-226.
14. T. Bewick, *Memoir*, edición de 1961, p. 151.
15. H. O. 42.160. Véase también Hammond, *The Town Labourer*, p. 303, y los datos de Oastler sobre los tejedores manuales más adelante, pp. 70-71.
16. La inutilidad de una parte de esta discusión se demuestra por el hecho de que tomando distintos grupos de datos puede llegarse a diferentes respuestas. Los del período 1780-1830 favorecen la visión de los «pesimistas»; los de 1800-1850 favorecen la de los «optimistas».
17. La cursiva es mía. T. S. Ashton, «The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830», en *Capitalism and the Historians*, compilado por F. A. Hayek, pp. 217 ss.; E. J. Hobsbawm, «The British Standard of Living, 1790-1850», en *Economic History Review*, X (agosto 1957). (De este último hay trad. cast. «El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 84-121.)
18. Para que el lector no juzgue con demasiada severidad al historiador, podemos recordar la explicación de sir John Clapham respecto de la forma en que el principio selectivo puede organizar la información. «Es muy fácil hacerlo de manera involuntaria. Hace 30 años leí y subrayé el libro de Arthur Young *Travels in France*, e impartí mis clases a partir de los párrafos señalados. Hace 5 años volví a leerlo y descubrí que siempre que Young hablaba de un francés desgraciado, yo lo había subrayado, pero que muchas de sus referencias a los franceses felices o prósperos las había dejado sin señalar.» Tengo la sospecha de que durante 10 o 15 años, la mayor parte de los historiadores de la economía se han dedicado a subrayar la información próspera y feliz del texto.

19. T. S. Ashton. «The Treatment of Capitalism by Historians», en *Capitalism and the Historians*, p. 41. El ensayo del profesor Aston sobre «The Standar of Life of the Workers in England», que está reimpreso en este volumen, apareció originariamente en el *Journal of Economic History* (1949).
20. La valoración más constructiva de la controversia se encuentra en A. J. Taylor, «Progress and Poverty in Britain, 1780-1850. *History*, febrero, 1960.
21. He seleccionado estos grupos porque parece que su experiencia tiñe más la conciencia social de la clase obrera durante la primera mitad del siglo. La influencia de los mineros y los obreros del metal no se sentirá plenamente hasta más avanzado el siglo. Los otros grupos clave —los hilanderos del algodón— son el tema de un estudio admirable en la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*.

# LOS TEJEDORES

De *LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA*\*

La leyenda de los mejores tiempos está constantemente presente en la historia de los tejedores del siglo XIX. Los recuerdos más intensos son los del Lancashire y el Yorkshire. Pero los recuerdos prevalecen en la mayor parte de Gran Bretaña y en la mayoría de las ramas de la industria textil. Por ejemplo, de los calceteros de las Midlands, en la década de 1780: «Para la víspera de fiesta, el calcetero tenía guisantes y judías en su abrigado huerto, y un buen barril de espumosa cerveza.» Tenía «un traje de diario y uno para los domingos y tenía mucho tiempo libre».<sup>1</sup> De los tejedores de Gloucester:

Sus pequeños *cottages* parecían felices y contentos ... ocurría a menudo que un tejedor pedía ayuda a la parroquia. ... La paz y la satisfacción perduraban en la frente del tejedor.<sup>2</sup>

Del barrio de tejedores de lino de Belfast:

... un barrio que en una época fue notable por su pulcritud y su orden; recordaba sus casas blanqueadas y sus pequeños jardines floridos, y el aspecto decente de sus familias en los mercados o en el culto público. Esas casas eran ahora un montón de suciedad y miseria ...<sup>3</sup>

La doctora Dorothy George, en su lúcida y persuasiva obra *England in Transition*, ha argumentado que la «época dorada», en general, fue un mito. Y sus argumentos se han impuesto.

Quizá lo han hecho con demasiada facilidad. Al fin y al cabo, si erigimos el bulo de una «edad de oro» no será difícil derribarlo. Verdaderamente, la situación de los tejedores de seda de Spitalfields en el siglo XVIII no era en-

\* *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, 1989, I, 292-346. («The Weavers», en *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963.)

vidiable. Y es cierto que la organización capitalista de las industrias de la lana y el estambre del sudoeste y de Norwich pronto dio lugar a muchas formas de antagonismo que mostraban de antemano procesos desarrollados de forma más tardía en el Lancashire y el Yorkshire. Es cierto que las condiciones de las comunidades de tejedores del siglo XVIII fueron idealizadas por Gaskell en su influyente obra *Manufacturing Population of England* (1833); y por Engels cuando (siguiendo a Gaskell) evocó una imagen que los abuelos de los obreros de las fábricas de 1844 «llevando una vida virtuosa y pacífica con toda devoción y honradez».

Pero la realidad de un siglo XVIII con penuria y conflicto por un lado, y la idealización del siglo XIX por el otro, no acaban con el problema. Los recuerdos perduran. Y lo mismo ocurre con la abundante información que no permite una fácil interpretación. La existencia de ingresos complementarios que provenían de la agricultura en pequeña escala o simplemente de estrechas franjas de huerta, del hilado, del trabajo durante la cosecha, etc., está confirmada para la mayor parte del país. Han llegado pruebas arquitectónicas hasta nuestros días que testimonian la solidez de muchas pequeñas aldeas de tejedores de finales del siglo XVIII, situadas en los Peninos. Hoy día el error más común no es el de Gaskell y Engels, sino el del optimista que emborrona la naturaleza difícil y dolorosa del cambio de posición social, desde la de artesano a la de trabajador a domicilio deprimido, con algunas frases consoladoras como las siguientes:

La visión de que el período anterior a la Revolución industrial fue una especie de edad de oro es un mito. Muchos de los males de la primera época de la fábrica no fueron peores que los de un período anterior. Los hilanderos y los tejedores domésticos del siglo XVIII habían sido «explotados» por los pañeros de manera tan despiadada como los obreros de las fábricas fueron «explotados» por los fabricantes en la década de 1840.<sup>4</sup>

De entre las relaciones tejedor-patrono que se encuentran en el siglo XVIII, podemos distinguir cuatro tipos: 1) La relación cliente-tejedor, el Silas Marner\* que vivía en una situación de independencia en un pueblo o ciudad pequeña, de forma muy parecida a un maestro en sastrería, realizando los encargos para los clientes. Su número era decreciente, y aquí no debemos preocuparnos de él. 2) El tejedor, con la categoría de artesano superior, que trabajaba por cuenta propia, y lo hacía por piezas para una selección de patronos. 3) El oficial tejedor, que trabajaba en el taller del maes-

\* Personaje principal de una novela de George Eliot que tiene por título el mismo nombre. Hay trad. cast. en Fontamara, Barcelona, 1980. (N. de la t.)

tro pañero o, más comúnmente, en su propia casa y con su propio telar para un solo patrono. 4) El agricultor o pequeño propietario que también era tejedor y sólo trabajaba a tiempo parcial en el telar.

Los tres últimos grupos se interseccionan unos con otros, pero es útil hacer las distinciones. Por ejemplo, a mediados del siglo XVIII, en Manchester los oficios de la mercería y el tejido de telas de cuadros eran ampliamente controlados por tejedores-artesanos (grupo 2) con un elevado grado de organización. A medida que la industria del algodón se expandía, en la segunda mitad del siglo, más y más agricultores con pequeños trozos de tierra (grupo 4) se sentían tentados, gracias a los elevados salarios, de convertirse en tejedores a tiempo parcial. Al mismo tiempo, la industria lanera del West Riding seguía estando ampliamente organizada sobre la base de pañeros con pequeños talleres, en donde ellos mismos trabajaban, que empleaban a un puñado de mancebos y aprendices (grupo 3) en su propia unidad doméstica. Podemos simplificar las diversas experiencias de los años que van de 1780 a 1830 si decimos que estos años presenciaron la fusión de los tres grupos en uno solo cuya categoría se degradó en gran medida: el grupo de los proletarios a domicilio, que trabajaban en su propia casa, unas veces eran propietarios y otras veces alquilaban el telar, y tejían el hilo según las órdenes del agente o representante de una fábrica o de algún intermediario. Perdieron la categoría y la seguridad que podían esperar los grupos 2 y 3, y los ingresos complementarios del grupo 4; se vieron expuestos a condiciones que, a juicio del artesano de Londres, eran completamente «deshonrosas».

Entre los tejedores del norte, los recuerdos de la condición perdida se basaban en experiencias auténticas y persistieron mucho más tiempo. En el West Country, hacia finales del siglo XVIII, los tejedores eran ya trabajadores a domicilio, empleados por el gran *gentleman* pañero que «compra la lana, paga por el hilado, tejido, batanado, teñido, tundido y apresto, etc.» y que podía dar trabajo hasta a 1.000 obreros que trabajasen en esos procesos. Un testimonio del Yorkshire, de 1806, comparaba los dos sistemas. En el West Country,

no existe lo que nosotros, en el Yorkshire, denominamos el sistema doméstico; al decir sistema doméstico me refiero a los pañeros con pequeños talleres que viven en pueblos o en lugares aislados, con todas sus comodidades, sosteniendo el negocio con su propio capital ... Tengo entendido que en el oeste de Inglaterra ocurre exactamente lo contrario, allí el pañero es igual que el obrero común de una fábrica en el Yorkshire, excepto en que vive en una casa independiente; en el oeste le entregan la lana para que la teja, en el Yorkshire es propiedad del propio trabajador.<sup>5</sup>

Pero en la industria doméstica del Yorkshire, en el siglo XVIII, la lana era propiedad, no del tejedor, sino del maestro pañero que tenía un pequeño taller. La mayor parte de los tejedores eran oficiales que trabajaban para un solo pañero y (por mucho que luego se haya idealizado) estaban en una situación de dependencia. En un «Poema Descriptivo de las Costumbres de los Pañeros, escrito hacia el año 1730»<sup>6</sup> encontramos una imagen «idílica» de la vida de los pañeros. Nos muestra a los tejedores —no sabemos si Tom, Will, Jack, Joe y Mary son mancebos, aprendices o hijos e hijas del «Maestro»— comiendo en una misma mesa, después de haber empleado el «tiempo con las manos y los pies/¡Desde las cinco de la madrugada hasta las Ocho de la *noche!*»

Dice el Maestro: «Muchachos, os ruego que trabajéis con ahínco,  
el paño debe estar listo el próximo día de Mercado.  
Y Tom tiene que ir mañana a casa de los hilanderos,  
y Will tiene que ir a buscar las bobinas;  
y Jack, mañana debe levantarse pronto,  
e ir a la casa de aprestos para aprestar los paños,  
y hacer que os preparen el urdido de la pieza  
para que podáis montarla en el telar.  
Joe, ve a darle pienso a mi caballo  
pues mañana quiero ir a los Wolds;  
así que encárgate de limpiar mis botas y mis zapatos,  
porque mañana me levantaré ¡muy *temprano!*  
Mary, aquí hay lana, cógela y tífiela  
¡es aquella que está en el hatillo!»

Ama: «Tal y como me estás diciendo qué trabajo debo hacer,  
creo que es más necesario que zurza tu camisa,  
te ruego que me digas, ¿quién debe sentarse en el torno de hilar?  
¡Y nunca hay un bizcocho en la cesta!  
Y nosotras tenemos que cocer al horno, amasar y mezclar,  
y ordeñar y mandar a los niños a la escuela,  
y hacer pastelitos de frutas para los muchachos,  
e ir a buscar levadura enferma y todo  
y fregar platos mañana, tarde y noche,  
y lavar las escudillas con agua caliente y desnatar la leche,  
¡e ir otra vez a por los niños cuando anochece!»\*

Quoth Maister - 'Lads, work hard, I pray, /'Cloth mun be peaked next Market day. / 'And Tom mun go to-morn to t'spinners, / 'And Will mun seek about for t'swingers; / 'And Jack, to-morn, by time be rising, / And go to t'sizing house for sizing, / 'And get you web, in warping, done / 'That ye may get it into t'loom. / 'Joe -go give my horse some corn / 'For I design for t'Wolds to-morn; / 'So mind and clean my boots and shoon, / 'For I'll be up it 'morn right

La imagen nos induce a establecer una comparación con la nostálgica reconstrucción de Cobbett de las relaciones patriarcales que se establecían entre el agricultor del sur con pocas tierras y sus braceros, que compartían su mesa y su suerte en el siglo XVIII. Es una imagen creíble de una época en que, en los distritos de Halifax y Leeds, casi todos los procesos de la fabricación del paño tenían lugar en una sola unidad doméstica. Hacia finales del siglo XVIII serían necesarias algunas modificaciones. El patrono ya no compraría la lana en los *Wolds*\* (ahora podía comprar el hilo directamente a una hilandería) y los procesos de acabado se encargarían a talleres especializados. Ni era tan «libre» el mercado para sus piezas, aunque la última de las grandes Lonjas de Paños del *yeoman* se construyese en Halifax en fecha tan tardía como 1779, y en la década de 1790 se estableciera una nueva lonja pirata en Leeds, en la que los comerciantes no autorizados, los «zapateros y hojalateros» que no habían hecho el aprendizaje y los tejedores que trabajaban por cuenta propia vendían sus paños. El pañero con un pequeño taller se iba haciendo progresivamente dependiente de los comerciantes, los agentes comerciales o las fábricas. Si tenía éxito, podía convertirse en un pequeño capitalista, que emplease a 15 o 20 tejedores, muchos de los cuales trabajaban en sus propias casas. Si no lo tenía, podía encontrarse en la situación de perder su propia independencia; si perdía su beneficio al hacer un simple pago del trabajo encargado, podía quedar reducido a tejer el hilo bajo las órdenes de un intermediario. En los períodos malos para el oficio podía quedar endeudado con el comerciante. Estaba en camino de convertirse en un simple tejedor manual y, a medida que la competencia se hacía más intensa, la economía doméstica del ama de casa se perdió debido a las exigencias del oficio.

Estos procesos fueron lentos y al principio no fueron excepcionalmente dolorosos. Entre quienes cabalgaron hacia York para votar por Wilberforce en 1807, había cientos de pañeros *yeomen*. Las complicadas subdivisiones de la industria permitieron a algunos menestrales sostenerse todavía durante 50 años más, mientras otros creaban pequeños talleres de acabado y de tundido. Además, el gran aumento de la producción de hilo forzaba una demanda especial sobre el trabajo del tejedor; entre 1780 y

---

*soon!* / 'Mary -there's wool- tak thee and dy it / 'It's that 'at ligs i th'couted sheet! / Mistress: 'So thou's setting me my wark, / 'I think I'd more need mend thy sark, / 'Prithie, who mun sit at' bobbin wheel? / 'And ne'er a cake at top o' the' creel! / 'And we to bake, and swing, to blend, / 'And milk, and barns to school to send, / 'And dumplins for the lads to mak, / 'And yeast to seek, and 'syk as that! / 'And washing up, morn, noon and neet, / 'And bowls to scald, and milk to fleet, / 'And barns to fetch again at neet!

\* Se usa en designaciones específicas de ciertas regiones montañosas de Inglaterra, por ejemplo, la zona montañosa del este y North Riding (Yorkshire Wolds). (*N. de la t.*)



1820 la pérdida de independencia y de categoría del pañero se vio paliada hasta cierto punto por la abundancia de trabajo. Y, si bien la categoría del Maestro, en algunos casos, estaba descendiendo hacia la de sus oficiales, la de Tom, Will, Jack y Joe parecía estar ascendiendo. A medida que los agentes comerciales y las fábricas buscaban tejedores, el oficial ganaba alguna independencia respecto del maestro pañero. Ahora podía elegir cuidadosamente a sus patronos. Ésa fue, tanto por lo que se refiere a la lana como al algodón, la «época dorada» del oficial tejedor.

Las relaciones que se describen en el poema, para los primeros años del siglo XVIII, son idílicas sólo en un sentido patriarcal. En el debe, el mancebo no gozaba de mucha más independencia, con respecto a su amo, que la mano de obra con contrato anual en la explotación agrícola. El aprendiz de la parroquia, si se colocaba con un mal amo, estaba durante años en una situación cercana a la servidumbre. En el haber, el mancebo se consideraba más un «pañero» que un simple tejedor; su trabajo era variado, la mayor parte de él se realizaba en el telar, pero alguno tenía lugar fuera; tenía alguna esperanza de obtener crédito para comprar lana y convertirse en un menestral por cuenta propia. Si trabajaba en su propia casa en vez de hacerlo en el taller del amo, no estaba sujeto a disciplina alguna excepto la de su forma de hacer. Las relaciones entre los menestrales y sus trabajadores eran personales y algunas veces estrechas: seguían las mismas costumbres y eran fieles a los mismos valores comunitarios:

Los «*little makers*»\* ... eran hombres que no se descubrían ante nadie, y no reconocían derecho alguno, por parte del *squire* ni del párroco, a hacer preguntas o entrometerse en sus asuntos. ... Su brusquedad y su forma simple de expresarse podía resultar a veces ofensiva. ... Si el *little maker* ... se elevaba alguna vez lo suficiente como para emplear a unos pocos de sus vecinos, no por ello dejaba de trabajar con sus propias manos, sino que trabajaba tan duro o quizá más que cualquiera de los que había empleado. No pretendía tener ninguna superioridad en la forma de hablar ni en la de vestir.<sup>7</sup>

El maestro pañero fue el campesino, o pequeño *kulak*, de la Revolución industrial; y con respecto a él se puede establecer la fama de franqueza e independencia del Yorkshire.

En la industria del algodón la historia es distinta. En ésta, la unidad de producción media es mayor y se pueden encontrar relaciones parecidas a las de Norwich y el oeste de Inglaterra desde finales del siglo XVIII. Hacia la década de 1750 los merceros y los tejedores de tela de cuadros de Man-

\* Fabricantes con pequeños talleres, equivalente a menestrales. (*N. de la t.*)

chester habían organizado poderosas sociedades del oficio. Estaban ya intentando mantener su posición a base de resistir el influjo de la mano de obra que no había hecho el aprendizaje. Los trabajadores «ilegales» empezaron a «multiplicarse tan deprisa que aparecían uno detrás de otro». En verano, se quejaban los tejedores, esos hombres «acudían a trabajar al campo, por ejemplo a jornal», y en otoño

volverían de nuevo al Telar, y estarían satisfechos de trabajar a cualquier Precio, o conformarse con hacer cualquier Tipo de Trabajo servil, antes que morir de hambre en Invierno; y las condiciones a las que se resignaban, se convirtieron pronto en Norma general ...<sup>8</sup>

Cuando los tejedores de telas a cuadros de Oldham intentaron, en 1759, asegurar la imposición legal de las restricciones al aprendizaje, el juez de Assize dictó una sentencia desfavorable en la que se dejaban de lado las leyes del país en favor de las todavía-no-establecidas doctrinas de Adam Smith. Si se imponía el aprendizaje, «aquella Libertad de establecer Oficios (el Fundamento de la actual Condición floreciente de Manchester) [sería] destruida»:

En los Inicios del Oficio, las Leyes de la Reina Elizabeth podían estar bien pensadas para el Bienestar público; pero ahora, cuando han alcanzado la Perfección que podemos observar, quizá sería Útil revocar dichas Leyes, porque tienden a estorbar y a restringir aquel Conocimiento que al principio era necesario obtener como Norma ...

Y en cuanto a las asociaciones, «si los Inferiores tienen que dar órdenes a sus Superiores, si el Pie aspira a ser la Cabeza ... ¿con qué Fin se promulgan las Leyes?». Era el «Deber indispensable de cada uno, como Amigo de la Comunidad, esforzarse por reprimirlas en sus Inicios».<sup>9</sup>

Este notable veredicto se anticipaba en más de medio siglo a la revocación real del *Statute of Artificers*. Aunque de ningún modo desaparecieron sus organizaciones, los tejedores quedaron sin la menor sombra de protección legal, cuando el gran crecimiento de la producción de hilo que provenía de las primeras hilanderías condujo a la asombrosa expansión del tejido por todo el sudeste del Lancashire. Es bien conocida la descripción hecha por Radcliffe de estos años en las tierras altas de los Peninos:

... como los talleres de tejido eran insuficientes, todos los trasteros, incluso los graneros viejos, los almacenes para carretas y los cobertizos de cualquier tipo se separaron, se abrieron ventanas en las paredes y se adecuaron todos para ser talleres de tejido. Al agotarse por fin este modo de hacer espacio, surgieron en todas direcciones nuevos *cottages* de tejedores con sus telares...<sup>10</sup>

Fue el telar y no la hilandería lo que atrajo a los inmigrantes por miles. A partir de la década de 1770 en adelante, empezó la gran colonización de las tierras altas: Middleton, Oldham, Mottram, Rochdale. Bolton pasó de tener 5.339 habitantes en 1773 a tener 11.739 en 1798; al principio de las guerras,

a pesar del gran número que se han enrolado, no se consiguen con facilidad casas para la clase obrera; y el verano pasado se construyeron muchas casas en las afueras de la ciudad, que ahora ya están ocupadas.<sup>11</sup>

Los agricultores con pequeñas explotaciones se transformaron en tejedores, y los braceros agrícolas y los artesanos inmigrantes ingresaron en el oficio. Radcliffe describió los 15 años que van desde 1788 a 1803 como «la época dorada de este gran oficio» para las comunidades tejedoras:

Sus viviendas y pequeños huertos limpios y bien arreglados; toda la familia bien vestida; los hombres cada uno con un reloj en su bolsillo, y las mujeres vestidas cada una a su gusto; la iglesia llena a rebosar todos los Domingos; todas las casas bien amuebladas con un reloj de pared de elegante caoba o una caja lujosa; distinguidos servicios de té de Staffordshire ... Alfarería de Birmingham y baterías de Sheffield para uso cotidiano u ornamento ... muchas de las familias de los *cottages* tenían su vaca ...<sup>12</sup>

Aquí la experiencia y el mito se encuentran entrelazados, al igual que en el relato de Gaskell acerca de las familias de tejedores que ganaban 4 libras a la semana en el cambio de siglo y en la descripción de Bamford de sus propios *Early Days* en Middleton. A través de un viejo diarista de Oldham sabemos que la prosperidad no se extendía hasta los tejedores de fustán, que constituían la rama más burda del oficio.<sup>13</sup> De hecho, probablemente sólo una minoría de tejedores alcanzaba el nivel descrito por Radcliffe, pero muchos aspiraban a él. Durante esos 15 o 20 años de prosperidad moderada surge en las comunidades de tejedores un modelo cultural diferenciado; un ritmo de trabajo y ocio; en algunos pueblos, un wesleyanismo más suave y más humanizado de lo que sería en las primeras décadas del siglo XIX (en la escuela dominical de Bamford le enseñaron tanto a escribir como a leer), con líderes de clase y predicadores locales entre los tejedores; una agitación de radicalismo político y una profunda adhesión a los valores de la independencia.

Pero la prosperidad ocasionada por el vertiginoso aumento de producción de hilo hecho a máquina enmascaraba una pérdida de categoría más esencial. Es precisamente en la «época dorada» cuando el artesano, u oficial tejedor, se convierte en el genérico «tejedor manual». Excepto en algu-

nas ramas especializadas, los viejos artesanos (habiendo sido totalmente derribados los muros del aprendizaje) quedaron equiparados con los nuevos inmigrantes; a la vez que muchos agricultores-tejedores abandonaron sus pequeñas explotaciones agrícolas para centrar su actividad en el telar. Reducidos a una dependencia completa respecto de la hilandería o de los «putters-out»\* que llevaban hilo a las tierras altas, los tejedores estaban ahora expuestos a las reducciones salariales una vez tras otra.

La reducción de los salarios había sido sancionada desde hacía tiempo no sólo por la codicia del patrono, sino por la teoría ampliamente difundida de que la pobreza era un estímulo fundamental para la industria. El autor de *Memoirs of Wool* estaba probablemente pensando en la industria del oeste de Inglaterra cuando escribió:

Es un hecho bien conocido ... que la escasez, hasta cierto punto, fomenta la industria, y que el fabricante que subsiste con tres días de trabajo estará ocioso y borracho el resto de la semana. ... Los pobres que viven en los condados manufactureros nunca trabajarán, en general, más tiempo del que les es exactamente necesario para vivir y mantener sus vicios semanales. ... Podemos afirmar con justicia que la reducción de salarios en la manufactura de la lana sería una bendición nacional y una mejora, y no sería un perjuicio real para los pobres. Gracias a ello, podríamos mantener nuestra industria, sostener nuestras rentas, y reformar al pueblo por añadidura.<sup>14</sup>

Pero esta teoría la encontramos, de manera casi universal, entre los patronos, así como entre muchos magistrados y clérigos, y también la encontramos en los distritos algodoneros.<sup>15</sup> La prosperidad de los tejedores generó sentimientos de viva alarma en las mentes de algunos patronos y magistrados. «Hace algunos años —escribía un magistrado en 1818—, los tejedores recibían unas retribuciones tan excesivas que trabajando tres o cuatro días a la semana se podían mantener con un relativo nivel de lujo.»

Gastaban gran parte de su tiempo y su dinero en las cervecerías, y en su casa la mesita del té estaba provista, dos veces al día, con una botella de ron y el mejor pan de trigo con mantequilla.<sup>16</sup>

Durante las guerras napoleónicas las reducciones las impusieron a veces los grandes patronos, a veces los patronos menos escrupulosos y a veces los menestrales o los tejedores que trabajaban por cuenta propia y que pro-

\* Término derivado del verbo *to put out*: dar trabajo para que se realice fuera del establecimiento industrial, o para que lo haga alguien que no tiene un empleo regular. (*N. de la t.*)

ducían para las «*commission houses*».\* Cuando los mercados estaban inactivos, los fabricantes sacaban partido de la situación dando trabajo a los tejedores que estaban desesperados por encontrar cualquier trabajo a cualquier precio; por esa razón les obligaban a «fabricar gran cantidad de productos en un momento en que no eran en absoluto necesarios.»<sup>17</sup> Cuando volvía a haber demanda, entonces lanzaban los productos al mercado a precio de saldo; de modo que después de cada recesión menor había un período en que el mercado se hallaba abarrotado de mercancías baratas que, de ese modo, mantenían bajos los salarios al mismo nivel que tenían en la época de recesión. Las prácticas de algunos patronos eran sumamente desaprensivas, tanto por lo que hace a la deducción de penalizaciones por trabajo defectuoso como a la estafa en el peso del hilo. Sin embargo, a la vez que los salarios eran presionados más y más abajo, el número de tejedores siguió creciendo durante las tres primeras décadas del siglo XIX; porque el tejido, junto con el trabajo no cualificado en general, constituía el gran recurso de los desempleados del norte. El tejido del fustán era pesado, monótono, pero se aprendía con facilidad. Los obreros agrícolas, los soldados desmovilizados, los inmigrantes irlandeses: todos seguían engrosando la mano de obra disponible.

Las primeras reducciones fuertes generalizadas tuvieron lugar en el cambio de siglo: se produjo una mejora en el último año o dos de las guerras, seguida por una nueva reducción después de 1815 y una disminución ininterrumpida después. La primera petición de los tejedores, desde 1790 en adelante, fue un salario mínimo legal; demanda a la que dieron apoyo algunos patronos como forma de imponer unas condiciones justas de competencia con sus rivales menos escrupulosos. Al rechazo de esta petición por parte de la Cámara de los Comunes siguió una huelga durante la cual de 10.000 a 15.000 tejedores se manifestaron en días sucesivos en St. George's Fields, Manchester. La manifestación fue dispersada, por orden de los magistrados, con efusión de sangre; y la actitud plenamente vengativa de las autoridades se hizo patente con el juicio y posterior encarcelamiento, por parte del Estado, de un destacado fabricante, el coronel Joseph Hanson de los Voluntarios, quien había prestado su apoyo al proyecto de ley de salario mínimo, por el delito de cabalgar entre los tejedores profiriendo «palabras rencorosas e incendiarias»:

Persiste en tu causa y seguro que triunfarás. Hoy, ni Nadin ni nadie de su banda te impedirán nada. *Gentlemen*, no podéis vivir de vuestro trabajo ... Mi padre era tejedor; a mí me enseñaron el oficio de tejer; soy un auténtico amigo de los tejedores.

\* Casas que subcontrataban trabajo, llamadas también «mataderos». (*N. de la t.*)

Más tarde, los tejedores rindieron homenaje al coronel Hanson en forma de una copa de plata, en la compra de la cual contribuyeron 39.000 personas. «Los efectos de ese desafortunado juicio —comentaba el historiador de Manchester, Archibald Prentice— se dejaron sentir durante mucho tiempo como una ofensa. Introdujeron aquel resentimiento de los empleados contra los patronos que se manifestó en 1812, 1817, 1819 y 1826 ...»<sup>18</sup>

Las fechas que ha escogido Prentice son las de la destrucción de telares mecánicos (1812, 1826), de la marcha de los tejedores de mantas (1817) y de Peterloo (1819). Sin esperanza alguna de protección legal, los tejedores se dirigieron de manera más directa hacia los canales del radicalismo político. Pero durante algunos años después de 1800, una alianza entre el metodismo y el gamberrismo de los partidarios de la «Iglesia y el Rey» mantuvo a la mayor parte de los tejedores como «legitimistas» políticos. Se dijo que 20.000 de ellos se alistaron en los Voluntarios al principio de las guerras, y que hubo un tiempo en que a uno le podían derribar de un golpe si criticaba la monarquía o la lista de los que cobraban una pensión real. «Tengo a la vista a dos o tres individuos —declaró un testigo de Bolton ante la Comisión Especial que investigaba sobre los tejedores manuales en 1834— que estuvieron en grave peligro por el hecho de ser reformadores de la vieja escuela.» Después de las guerras fue cuando se inició la verdadera corriente radical; y en 1818 tuvo lugar una segunda confrontación crítica entre los tejedores y sus patronos. Fue el año de la gran huelga de hilanderos de algodón de Manchester, y del primer intento impresionante de sindicalismo generalizado (la «*Philanthropic Hercules*»). Una vez más los tejedores se pusieron en huelga, reunieron las lanzaderas y las encerraron en las capillas o los talleres, y no sólo lo hicieron en Manchester, sino en todas las ciudades de tejedores: Bolton, Bury, Burnley. La huelga finalizó con unas concesiones efímeras por parte de los patronos y con el procesamiento y el encarcelamiento de varios de los líderes de los tejedores.<sup>19</sup> Fue el último movimiento de huelga general eficaz de los tejedores del Lancashire; después de esto, en la mayoría de las ramas los salarios siguieron siendo rebajados —9s., 6s., 4s., 6d. e incluso menos semanalmente por un trabajo sin regularidad— hasta la década de 1830.

Atribuir la causa de la degradación de las condiciones de los tejedores al telar mecánico constituye una simplificación excesiva.<sup>20</sup> La situación social de los tejedores se había quebrantado hacia 1813, en un momento en que el número total de telares mecánicos en el Reino Unido se estimaba en 2.400 y en que la competencia de los mecánicos con lo manual era en gran parte psicológica. El cálculo de telares mecánicos aumenta a 14.000 en 1820, pero incluso entonces el telar mecánico era lento y tosco y todavía no se había adaptado al sistema Jacquart, de modo que no podía tejer difíciles modelos con

dibujos. Puede argumentarse que el mismo bajo precio y la abundancia de mano de obra para el telar manual *retrasó* la inversión mecánica y la inversión de capital en el tejido. La degradación de los tejedores se parece mucho a la de los obreros de los oficios artesanos deshonrosos. Cada vez que se les rebajaban los salarios, su situación era más indefensa. Ahora el tejedor tenía que trabajar más horas por la noche para ganar menos; al trabajar más aumentaba la posibilidad de que otros quedaran sin empleo. Incluso los partidarios de la nueva «economía política» estaban horrorizados. «¿Ha visto alguna vez el doctor A. Smith un estado de cosas como éste?», exclamó un patrono humanitario, cuya honorable práctica fue la causa de su propia ruina:

Es inútil leer su libro para encontrar remedio a una enfermedad que ni siquiera se imaginaba que existía, a saber: 100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000 cuando no había demanda (como se dice), y lo hacían por la mitad de la manutención y el resto pagado con los impuestos para asistir a los pobres, ¿podía imaginarse que los beneficios de una Manufactura fueran lo que un Patrono pudiera exprimir, más que otro, de los fatigosos ingresos de los pobres?<sup>21</sup>

«100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000»: ésta es la esencia de los oficios deshonrosos, como más tarde observó Mayhew para Londres: una reserva de la mano de obra excedente, empleo a tiempo parcial, indefensión y la rebaja continua de los salarios de unos y otros. Las mismas circunstancias del trabajo de los tejedores, especialmente las de las pequeñas aldeas de las tierras altas, constituían un obstáculo adicional para el sindicalismo. Un tejedor de Salford explicaba esas condiciones ante la Comisión Especial de 1834:

Las mismas circunstancias particulares en que se encuentran los tejedores manuales excluyen la posibilidad de que tengan el menor control sobre el valor de su propio trabajo. ... El hecho de que incluso los tejedores de un mismo patrono estén diseminados por un vasto distrito ofrece a ese patrono la continua oportunidad, si está dispuesto a hacerlo, de utilizar a sus tejedores como medios para reducir los salarios de unos y otros de manera alternativa; a algunos les dirá que otros están tejiendo por mucho menos y que no deben cobrar más o se quedarán sin trabajo, y a su vez les dice lo mismo a los demás. ... Ahora bien, la dificultad y la pérdida de tiempo que les acarrearía a los tejedores el descubrir la verdad o falsedad de esa afirmación, el miedo de que, en el ínterin, otros se entrometieran y le dejaran sin el trabajo que se le había ofrecido en aquellas condiciones ... la envidia y el resentimiento encendidos en todos los espíritus, con su tendencia a dividirlos por lo que hace a sentimientos y opiniones, todo se confabula para que la reducción se lleve a cabo, con seguridad ...

El declive de los tejedores de lana y estambre del Yorkshire siguió un curso paralelo, aunque se rezagaran unos quince años o más con respecto a los cambios en el algodón. Las pruebas que se presentaron ante la Comisión del Oficio de la Lana de 1806 ponían de manifiesto que el sistema doméstico todavía dominaba la industria lanera. Pero los «*little makers*» iban disminuyendo: «muchas de las casas que antes eran ocupadas por patronos, ahora son casas de obreros»; mientras que al mismo tiempo los fabricantes comerciantes reunían una cantidad de telares manuales, así como de procesos de acabado, bajo un solo techo en «fábricas» no mecanizadas. («Una fábrica —decía un testigo— es el lugar en el que trabajan quizá unos 200 obreros en un solo y mismo edificio.») Las fábricas —en particular las de Benjamin Gott de Leeds— dieron lugar a un acerbo disgusto tanto entre los menestrales como entre los oficiales, puesto que les estaban quitando los mejores clientes y estaban contratando trabajadores «ilegales» en los procesos de acabado, en los que los aprestadores o los tundidores estaban sumamente organizados. La riqueza, declaraba un testigo, «ha ido cada vez más a los contratistas». Los oficiales se quejaban de que las fábricas daban más trabajo a los tejedores a domicilio en las épocas de actividad, y les dejaban sin trabajo en las épocas de inactividad sin el menor escrúpulo, mientras que los maestros pañeros que tenían pequeños talleres todavía intentaban encontrar trabajo para sus propios mancebos. Además, incluso antes de la mecanización, las «fábricas» que tenían telares manuales vulneraban prejuicios morales profundamente arraigados. Entre los tundidores y los tejedores existía una *trade union* —la Comunidad de los Pañeros o «la Tradición»— cuyo objetivo declarado era unirse con los pañeros que tenían pequeños talleres para solicitar la restricción de las fábricas y la obligatoriedad del aprendizaje.

Ni los «*little makers*», ni los oficiales recibieron respuesta satisfactoria alguna que proviniese de la Cámara de los Comunes: sus peticiones sólo sirvieron para llamar la atención sobre su asociación y sobre los viejos estatutos paternalistas que un poco después fueron abolidos. En los distritos pañeros de Leeds y Spen Valley, los pañeros que tenían pequeños talleres fueron tenaces y su declive se prolongó durante unos cincuenta años más. En los distritos de Bradford y Halifax, que trabajaban mayoritariamente el estambre, y en el distrito lanero suntuario al sur de Huddersfield, fue donde el *putting-out-system*\* se desarrolló más plenamente hacia la década de 1820; y, al igual que en el algodón, los tejedores fueron víctimas del recor-

\* Organización de una red de trabajo a domicilio por parte de los comerciantes empresarios o *putters-out*. (N. de la t.)



te de los salarios, y de los comisionistas que almacenaban existencias de productos de precios rebajados.

Del mismo modo que los tundidores eran la élite artesana de la industria lanera, los cardadores eran los trabajadores de élite del estambre. Al controlar un cuello de botella en el proceso de fabricación, estaban en situación de mantener su posición tanto tiempo como pudiesen limitar la entrada a su oficio. Y esto lo habían conseguido con bastante éxito gracias a su extraordinaria organización de *trade union* que se remontaba por lo menos a la década de 1740. A principios del siglo XIX, a pesar de las *Combination Acts*, tenían una organización nacional eficaz, una constitución imponente, con todos los inconvenientes de una *union* clandestina, y la fama de rebeldía e indisciplina en cuanto a la organización del tiempo:

Vienen el Lunes por la mañana, y cuando hayan encendido el fuego de la marmita de la carda, a menudo se irán y quizá no volverán hasta el miércoles, o incluso el jueves. ... Siempre hay un banco de más en el taller, en el que pueden descansar los *ambulantes* ...<sup>22</sup>

En febrero de 1825, la fiesta en honor del obispo Blaize, el santo patrón de los cardadores, se celebró en Bradford con una gran magnificencia. En junio, como si fuera para señalar la transición hacia el nuevo industrialismo, se inició la huelga más dura de la historia de Bradford, en la que participaron 20.000 cardadores y tejedores, que tuvo una duración de 23 semanas y acabó en una derrota total de los huelguistas.<sup>23</sup> Las *Combination Acts* habían sido revocadas el año anterior. Habiendo empezado en demanda de mejoras salariales y racionalización, la huelga devino una lucha por el reconocimiento de la *union*, y los patronos llegaron al punto de despedir de las hilanderías a todos los niños cuyos padres se negasen a firmar un documento de renuncia a la *union*. La contienda fue considerada como algo crucial en todo el país, y se recogieron más de 20.000 libras de ayuda para los fondos de la huelga. Después de la derrota, el cardador, de la noche a la mañana, pasó de ser un artesano privilegiado a ser un trabajador a domicilio indefenso. Las restricciones en el aprendizaje se habían acabado y durante los años anteriores a 1825 miles de trabajadores se habían sentido atraídos hacia el oficio debido a los elevados salarios. Aunque algunos cardadores trabajaban en grandes talleres, para otros lo acostumbrado había sido reunirse en grupos de tres o cuatro que compartían un taller independiente. Ahora veían cómo aumentaba su número debido a cientos de recién llegados cuyo insalubre oficio se llevaba a cabo en sus propias casas. Aunque hacia 1825 existía ya maquinaria para el cardado,

su utilidad era dudosa para el cardado de calidad; y el hecho de que la mano de obra para la carda fuera barata permitió que la amenaza de la maquinaria se mantuviera durante más de 20 años sobre sus cabezas. Durante este tiempo los cardadores siguieron distinguiéndose por su independencia y su política «democrática». La *union* calculó que en 1825 había 7.000 u 8.000 empleados en el oficio, en Bradford; 20 años más tarde todavía había 10.000 cardadores manuales en el distrito. Muchos de ellos llegaron, durante la década de 1820, desde los distritos agrícolas:

Venían de Kendal, North Yorkshire, Leicester, Devonshire e incluso de Emerald Isle; de modo que si se permanecía una hora en una taberna (el cardador la llamaba la hora sedienta) se podía oír una perfecta Babel de dialectos diferentes. ... Su apego a la vida rural estaba claro por el hecho de que durante la siega del heno y la cosecha, abandonaban sus cardas, cogían su guadaña ... y se iban a segar a su propia tierra. ... También eran aficionados a los pájaros, y a menudo transformaban sus talleres de carda en perfectos aviarios. ... Algunos cardadores tenían talento para la elocución y podían recitar con una capacidad maravillosa. ... Otros eran tan hábiles en la representación dramática que llegaban al extremo de constituir compañías ...

así reza un relato de Bradford.<sup>24</sup> Un relato que proviene de Cleckheaton se expresa en términos más sombríos:

Quizá no existió jamás una clase de trabajadores más desgraciados que los viejos cardadores de lana. Todo el trabajo se hacía en sus propias casas, ocupando la mejor parte de sus *cottages*. Toda la familia, de seis u ocho miembros a veces, tanto hombres como mujeres, trabajaban juntos alrededor de una «marmita de carda» calentada con carbón vegetal, cuyos humos tenían un efecto nocivo sobre su salud. Si a eso añadimos que el taller era a la fuerza el dormitorio, no nos sorprenderá que los cardadores de lana estuviesen ojerosos de manera casi invariable ... y que muchos de ellos no viviesen ni la mitad de sus días ...

También sus esposas debían

permanecer a menudo atadas a la tarea y trabajar desde las seis de la mañana a las diez de la noche como sus maridos. Otra peculiaridad de los cardadores de lana era que sin excepción eran políticos exaltados. ... El movimiento cartista no tuvo otros partidarios más entusiastas que ellos; su único libro de estudio era el «*Northern Star*».<sup>25</sup>

Quizá ningún otro grupo fue arrojado, de forma tan precipitada, de las condiciones «honrosas» a las «deshonrosas» como los cardadores de lana. Los tejedores de estambre y de lana no habían conocido una posición tan

privilegiada como la de los cardadores del siglo XVIII; y en un primer momento resistieron de manera menos resuelta a medida que sus salarios disminuían. En fecha tan tardía como 1830, el mayor patrono de tejedores manuales de Bradford escribía:

Los tejedores son, de todos los tipos con los que tenemos que tratar, los más disciplinados y trabajadores, nunca en ningún momento, que yo sepa, han forzado un aumento de salarios, sino que se han resignado a todas las privaciones y sufrimientos con una paciencia y un dominio de sí mismos casi sin igual.<sup>26</sup>

Dos años más tarde, Cobbett fue a caballo por el distrito de Halifax e informó de que:

Es verdaderamente lamentable contemplar a tantos miles de trabajadores, que anteriormente ganaban 20 o 30 chelines por semana, obligados ahora a vivir con 5s., 4s. o incluso menos. ... Es de lo más pesados contemplar a esos trabajadores en esta situación, porque todavía conservan el carácter franco y valiente que adquirieron en los días de su independencia.<sup>27</sup>

La depresión en el oficio «de lujo» de Huddersfield había continuado sin interrupción desde 1825. En 1826 había 3.500 familias en el registro de pobres de Delph, en el distrito de Saddleworth, y se dio cierta extensión del sistema «Spenhamland industrial» (que ya se aplicaba en algunos distritos algodoneros del Lancashire), por el cual los tejedores que todavía tenían trabajo recibían ayuda que provenía de los impuestos para asistir a los pobres, reduciendo de ese modo sus salarios todavía más. (En Saddleworth, los tejedores recibían por dos días de trabajo a la semana, 12 libras diarias de harina de avena.) En Huddersfield, una comisión de los patronos verificó que, en 1829, de una población de 29.000 personas había más de 13.000 que —cuando dividían el salario entre todos los miembros de la familia— subsistían con 2d. al día por cabeza. Pero ésta fue una curiosa «depresión» en que la producción real de paño de lana sobrepasó la de cualquier período anterior. Las condiciones de los tejedores se atribuyeron abiertamente al «abominable sistema de reducir los salarios».<sup>28</sup>

Una vez más el declive precedió a la competencia seria con el telar mecánico. La mecanización no se introdujo en el tejido del estambre, a cualquier escala, hasta finales de la década de 1820; en los géneros de lana «de lujo» hasta finales de la década de 1830 (y entonces sólo parcialmente); mientras que el telar mecánico no se adaptó de manera eficaz al tejido de alfombras hasta 1851. Incluso donde se daba una competencia directa con el telar mecánico, la velocidad de tejido aumentó sólo muy lentamente

hasta conseguir triplicar o cuadruplicar la producción del telar mecánico.<sup>29</sup> Pero se produjo sin duda una reacción en cadena, a medida que los tejedores eran sacados a la fuerza de los algodones y fustanes bastos empezaron a hacer tejidos de calidad seda o estambre, y de ahí a la ropa de lana «de lujo» o a las alfombras.<sup>30</sup> Durante 10, 15 o 20 años, el tejido mecánico, en realidad, siguió siendo en muchas ramas del textil un auxiliar del tejido manual. Informó un testigo a la Comisión Especial (de forma un tanto ilógica):

En Halifax hay dos fábricas muy grandes, de dos hermanos [los señores Akroyd]; el uno teje con telares mecánicos y el otro con telares manuales. ... tienen que vender sus mercancías compitiendo el uno con el otro, por lo tanto tienen que situar sus salarios en un punto de comparación tan cercano como sea posible ... para tener beneficio.<sup>31</sup>

En este caso el telar mecánico podría aparecer como un recurso para reducir los salarios de los tejedores manuales y viceversa. Desde otro punto de vista, el fabricante estaba satisfecho con un arreglo que le permitiera sostener el negocio regular con sus naves de telares mecánicos, y en las épocas de mayor actividad en el negocio dar más trabajo a los trabajadores manuales que soportaban por sí mismos los costes de los gastos fijos debido al alquiler, el telar, etc. «En el caso de que haya una demanda decreciente —informaba el comisario auxiliar que investigaba en el West Riding en 1839—, el fabricante que emplea telares mecánicos a la vez que telares manuales hará trabajar por supuesto su capital fijo tanto como sea posible. De ahí que prescinda en primer lugar de los servicios del tejedor manual.»

Las condiciones de la mayor parte de los tejedores, desde la década de 1820 a la de 1840 y más allá, se mencionan como «indescriptibles» o como «conocidas». Sin embargo, merecen ser descritas y mejor conocidas. Había grupos escogidos de tejedores que mantuvieron su categoría de artesanos gracias a alguna habilidad especial hasta la década de 1830; los tejedores de paños de Leeds estaban mejor situados que la mayoría, mientras que los tejedores de estambre de Norwich, cuyas tradiciones jacobinas y sindicales eran excepcionalmente fuertes, consiguieron mantener altos los salarios en la década de 1830 gracias a la combinación de formar piquetes, intimidar a los patronos y a los trabajadores «ilegales», la política municipal y la violenta oposición a la maquinaria; todo lo cual contribuyó a la sustitución de la industria de Norwich por parte de la del West Riding.<sup>32</sup> Pero la gran mayoría de los tejedores vivía al borde —y algunas veces más allá del borde— de los límites del hambre. La Comisión Especial sobre

Emigración (1827) recibió información respecto a las condiciones de vida en algunos distritos del Lancashire que parecen una anticipación de la hambruna irlandesa de las patatas:

Mientras visitábamos a los pobres, una persona casi famélica nos pidió, a la señora Hulton y a mí, que entráramos en una casa. Allí encontramos a un lado del fuego a un hombre muy viejo, que parecía moribundo, al otro lado a un joven de unos 18 años con un crío en sus rodillas, cuya madre acababa de morir y ser enterrada. Ya nos íbamos de esta casa, cuando la mujer dijo: «Señor, no lo ha visto todo». Subimos las escaleras, y, bajo algunos andrajos, encontramos a otro hombre joven, el viudo; y al doblar los harapos, que él mismo era incapaz de retirar, descubrimos a otro hombre que estaba muriendo, y que murió durante el día. No tengo la menor duda de que la familia estaba realmente muriendo de hambre en aquel momento ...

La información provenía de West Houghton, donde la mitad de los 5.000 habitantes estaban «totalmente desprovistos de vestidos». Seis de ellos fueron descritos en el proceso real de morir de hambre.

Es cierto que los salarios citados para esos años (de 10s. a 4s.) quizá sólo representan uno de los varios salarios de la misma familia, puesto que muchas viudas, niñas o jóvenes trabajaban en un segundo o tercer telar. Pero los salarios también escondían pagos o deducciones adicionales. Los tejedores de estambre de Bradford, en 1835, afirmaban que de un salario medio de 10s. habría un desembolso de 4d. por aprestar, 3d. por montar la urdimbre en el telar, 9 1/2d. por devanar la trama, 3 1/2d. para luz y aún se deberían añadir 4d. por la inversión, el desgaste y las reparaciones del telar. Si a eso se añadía el desembolso por el alquiler (1s. 9d.) y el fuego y la colada (1s. 6d.), las deducciones sumaban en total 5s. 3d., aunque cuando la esposa o el hijo también trabajaban en un segundo telar, esos gastos generales se podían repartir entre dos salarios.<sup>33</sup> En algunos casos el mismo tejedor alquilaba el telar, en otros casos era propietario, pero tenía que alquilar al patrono los engranajes o lizos para tejer según la muestra. Muchos tejedores estaban en un perpetuo estado de endeudamiento respecto del «*putter-out*», deshaciéndose de la deuda mediante entregas de su trabajo, y en una situación en la que eran incapaces de rechazar cualquier salario por bajo que fuera.

A medida que empeoraban sus condiciones, debían invertir más y más tiempo en trabajos no remunerados: llevando y yendo a buscar trabajo, y una serie de cosas más. «Aún recuerdo el tiempo», escribía un observador en 1844,

en que los fabricantes alquilaban habitaciones en los distritos, y las tramas y las urdimbres se las llevaban a caballo o en carro, para facilitar el trabajo de los

tejedores, y el patrono preguntaba por el empleado; pero hoy la situación es diametralmente opuesta, el trabajador no sólo emprende largos viajes en busca de trabajo, sino que está condenado a tener muchas contrariedades.<sup>34</sup>

Y de Pudsey proviene una descripción todavía más gráfica de todo este trabajo adicional no remunerado:

Cuando el oficio no iba mal, era muy común ver a los tejedores y los hilanderos yendo de un lugar a otro en busca de trabajo. ... Si lo conseguían era, en general, a condición de que a cambio ayudasen a desempaquetar la lana; es decir, abrían los fardos, luego seleccionaban los vellones de lana, sacando las partes más bastas que se llamaban el *britch*, lo ponían en grandes sábanas y luego iban al molino y ayudaban a limpiarlo y luego a «tintarlo» o teñirlo. ... Todo esto se hacía a cambio de nada, a no ser en algunas ocasiones una pequeña paga para un poco de cerveza o pan y queso. ... Cuando el torcedor había sacado la primera tanda de hilaza, a menudo se convertía en un serio problema saber a quién le tocaba quedársela, y con frecuencia el modo de decidirlo sería echarlo a suertes. ... Cuando la tela estaba deformada se llevaba a cabo el proceso de aprestado y, por norma, los tejedores tenían que comprar su propio apresto. ... Después de aprestar la tela, uno de los procesos más críticos es tenderla al aire libre para el secado. ... Se escoge un lugar, se sacan los bastidores de la tela, y si hiela, se coge un pico con el fin de hacer agujeros en el suelo para poner estacas que sirvan para atar los extremos de la tela. ... A veces se puede ver a un hombre y a su esposa de rodillas sobre la nieve, con una tela para secar: ...

Después, el trabajo de tejer, a última hora de la tarde a la luz de una vela o una lámpara de aceite, con

un muchacho o una muchacha o quizá la esposa del tejedor, de pie a un lado del telar atentos para ver cuándo se rompía un hilo, mientras el tejedor vigilaba el otro lado, puesto que si se rompía un hilo y arrancaba otro se podían romper una docena más.

Y después de tejer, había que volver a hacer media docena de trabajos más antes de que el trajinero se llevase la pieza a Leeds:

Toda esa labor de más, afirmamos, se hacía a cambio de nada. ... Además, no era extraño que, cuando ya habían hecho el trabajo, los tejedores no consiguieran cobrarlo hasta algún tiempo después. ... No podemos asombrarnos de que al tejedor manual se le llegase a llamar «aldaba de la pobreza».<sup>35</sup>

Algunas de esas prácticas no se daban en el algodón, o en todo caso, en el estambre se habían incorporado, desde hacía tiempo, a los procesos espe-

cializados. Son un indicador de lo anticuado del oficio de la lana en pequeña escala. Pero en los distritos tejedores del estambre y los productos laneros de lujo había también formas de trabajo que suponían pérdidas de tiempo. Entre las pequeñas aldeas dispersas de la tierra alta era conocido el «caballo de carga humano»: el hombre o la mujer que alquilaba su trabajo para transportar las pesadas piezas acabadas, 5 o incluso 10 millas, por los caminos de los páramos. Las mayores poblaciones de trabajadores a domicilio, deprimidas en extremo, se encontraban en los distritos tejedores situados en los alrededores de centros como Bradford, Keighley, Halifax, Huddersfield, Todmorden, Rochdale, Bolton, Macclesfield. La Comisión Especial de 1834 informó de que consideraba que

no sólo no se habían exagerado los sufrimientos de ese amplio y valioso grupo de trabajadores, sino que durante años habían continuado hasta llegar a un extremo y una intensidad que apenas se podía creer o imaginar.

Cuando John Fielden testificó ante la misma Comisión en 1835, declaró que gran número de tejedores no podían obtener suficientes alimentos del tipo más sencillo y barato; iban vestidos con harapos y estaban avergonzados de mandar a sus hijos a la escuela dominical; no tenían muebles y en algunos casos dormían sobre paja; trabajaban «a menudo 16 horas al día»; estaban desmoralizados por el abatimiento y debilitados por la subalimentación y la mala salud. Las adquisiciones que habían conseguido en la «época dorada» se habían desvanecido de los hogares de los tejedores. Un testimonio de Bolton declaraba:

Por lo que puedo recordar, casi todos los tejedores que yo conocía tenían una cómoda en su casa y un reloj y sillas y camas con somier y candelabros e incluso cuadros, artículos de lujo; y ahora me encuentro con que aquello ha desaparecido, ha ido a parar a las casas de los obreros o de las personas de clase más alta.

El mismo testigo, un fabricante, sólo podía «recordar un caso en que uno de mis tejedores se comprase una chaqueta, durante muchos años». Un basto cobertor, que valía 2s. 6d. cuando era nuevo, servía a menudo como manta; «he visto muchas casas que sólo tenían dos o tres taburetes de tres patas y he visto algunas sin un taburete o una silla, sólo con un cajón de té para guardar sus ropas y sentarse encima».

Por lo que se refiere a la dieta del tejedor pobre y su familia, hay unanimidad: harina de avena, torta de avena, patatas, gachas de avena y cebolla, leche fermentada, melaza o cerveza elaborada en casa, y como cosas de

lujo té, café, tocino entreverado. «Muchos de ellos —afirmaba Richard Oastler— no saben lo que es probar carne fresca de año en año ... y sus hijos irán a veces a Huddersfield a mendigar y traerán un trozo a casa, y esto constituye un verdadero lujo. ...» Si hacía falta una confirmación, la aportaron las cuidadosas investigaciones de los Comisarios Auxiliares que viajaron por el país después del nombramiento de la Comisión Real en 1838. Quizá las peores condiciones fueran las que encontraron en los sótanos de las viviendas de las grandes ciudades —Leeds y Manchester—, donde los desempleados irlandeses intentaban ganarse unos pocos chelines con el telar.

Pero es fácil suponer que los tejedores de las zonas rurales que vivían en sólidos *cottages* de piedra, con amplias ventanas divididas por el parte-luz de los talleres de tejido, en las hermosas tierras altas de los Peninos —en la zona alta del valle del Calder o Wharfedale, Saddleworth o Clitheroe— gozaban de atractivos que les compensaban por su pobreza. Un cirujano que investigó una epidemia de tifus en una pequeña aldea cerca de Hep-tonstall (un pequeño pueblo lanero que era floreciente durante la Guerra Civil) nos ha dejado una imagen terrible de la muerte de una de esas comunidades. Aunque estaba situada arriba en los páramos, las provisiones de agua estaban contaminadas: un riachuelo que discurría por la superficie, contaminado por un matadero, se convertía en verano en «un criadero de nauseabunda vida animal». La alcantarilla pasaba directamente por debajo de las losas de uno de los *cottages* de los tejedores. Las casas eran húmedas y frías, los pavimentos estaban por debajo del nivel de la tierra: «Se puede decir con justicia que la harina de avena y las patatas son casi lo único que les permite subsistir», junto con la leche vieja y la melaza. Si no podían conseguir té o café, se preparaban una infusión de menta, tanacetto o hisopo. Pero incluso de esta dieta «de ningún modo tienen suficiente ... Los habitantes están sufriendo un rápido deterioro». La atención médica y los gastos del entierro se pagaban, en general, con los impuestos para asistir a los pobres; sólo una de cada diez mujeres recibía atención médica durante el parto:

¿Cuál es la situación de la esposa del tejedor manual durante los esfuerzos del parto? Está de pie, con una mujer a cada lado, sus brazos alrededor de los cuellos de aquéllas; y, en los dolores de dar a luz, casi derriba a sus sostenes; y en estas condiciones tiene lugar el nacimiento. ... ¿Y por qué se hace así? La respuesta es, porque no hay mudas de ropa de cama ...

«Cómo consiguen subsistir —exclamaba ese humanitario cirujano— es algo que desconcierta a las propias facultades de ver y oír.»<sup>36</sup>



La reacción contemporánea contra «los Hammond» ha llegado tan lejos que es casi imposible citar estas fuentes, de las que hay superabundancia esos años, sin ser acusado de intenciones peyorativas. Pero es necesario hacerlo porque, sin ese pormenor, es posible que la mirada pase por encima de la frase «la decadencia de los tejedores manuales» sin darse en absoluto cuenta de la escala de la tragedia que tenía lugar. Las comunidades de tejedores —algunas situadas en el West Country y los Peninos, con 300 y 400 años de existencia ininterrumpida, algunas de fecha mucho más reciente pero, sin embargo, con sus propias pautas y tradiciones culturales— se estaban literalmente extinguiendo. Los patrones demográficos de Heptonstall-Slack eran extraordinarios: en una población de 348 personas, más de la mitad tenían menos de 20 años (de éstos, 147 estaban por debajo de los 15), mientras que sólo había 30 por encima de los 25 años; estos datos no representan una comunidad creciente, sino una baja esperanza de vida. Durante los catastróficos años de las décadas de 1830 y 1840, cuando el telar mecánico, la afluencia irlandesa y la nueva *Poor Law* remataron lo que ya había iniciado el recorte de los salarios, se produjeron —junto con las esperanzas insurreccionales de los tejedores cartistas— las historias más horripilantes: los clubs de entierro de los niños (en los que cada alumno de la escuela dominical contribuía con 1*d.* a la semana a su propio funeral o al de un compañero); la difusión y seria discusión de un folleto (firmado por «Marcus») que estaba en favor del infanticidio. Pero ésta no es toda la historia. Hasta que tuvieron lugar esos sufrimientos finales, los miembros de las comunidades más antiguas de tejedores preferían con mucho la forma de vida que éstas les ofrecían, frente a los niveles de vida material más elevados de las ciudades fabriles. El hijo de un tejedor del distrito de Heptonstall, que en la década de 1820 era un chiquillo, recordaba que los tejedores «tuvieron sus buenos tiempos». «El humo de la fábrica ... no ensuciaba la atmósfera.»

No había sirena alguna que les llamase a las cuatro o a las cinco ... había libertad para empezar y dejar de trabajar cuando quisieran. ... Por las tardes, mientras trabajaban, en las celebraciones de las escuelas dominicales, los hombres y mujeres jóvenes se unían con entusiasmo al canto de los himnos, mientras el ritmo musical de las lanzaderas marcaría el tiempo ...

Algunos tejedores obtenían frutas, hortalizas y flores de sus huertos. «Mi trabajo estaba al lado del telar, y cuando no devanaba, mi padre me enseñaba a leer, a escribir y aritmética.» Un niño de la fábrica de Keighley, que a la edad de 18 años había dejado la fábrica por un telar manual, informó a la Comisión Sadler (1832) que prefería «con mucho» el telar a la fábrica:

«Estoy más relajado; puedo mirar a mi alrededor y salir y refrescarme un poco.» En Bradford, los tejedores tenían la costumbre de reunirse en el descanso de la comida a mediodía:

... y charlar con otros tejedores y cardadores sobre las noticias o contar chismes del momento. Algunos de estos grupos pasarían una hora hablando del engorde del cerdo, de la cría de la gallina y de la caza de pájaros y de vez en cuando habría disputas muy acaloradas sobre la gracia redentora, o acerca de si el bautismo de los niños o la inmersión de los adultos era la forma correcta y bíblica de realizarlo. Más de una vez he visto a varios hombres dispuestos a pelear unos contra otros por este ... tema.<sup>37</sup>

Una mezcla única de conservadurismo social, orgullo local y elaboración cultural componía la forma de vida de la comunidad tejedora del Yorkshire o el Lancashire. Estas comunidades eran, en un sentido, ciertamente «atrasadas»; se adherían con igual fuerza a sus tradiciones dialectales y a sus costumbres regionales que a la enorme ignorancia médica y a las supersticiones. Pero cuanto más de cerca observamos su modo de vida, más inadecuadas nos parecen las nociones simples de progreso económico y de «atraso». Además, entre los tejedores del norte había verdaderamente un fermento de hombres autodidactas y organizados que habían alcanzado logros considerables. Cada distrito tejedor tenía sus tejedores poetas, biólogos, matemáticos, músicos, geólogos, botánicos: el tejedor viejo de *Mary Barton* está sacado con certeza de la vida real. Hay museos del norte y sociedades de historia natural que todavía poseen relaciones o colecciones de lepidópteros hechas por tejedores; a la vez que existen relatos sobre tejedores de aldeas aisladas que se enseñaban geometría dibujando con tiza sobre las losas del suelo y que ansiaban discutir sobre cálculo diferencial.<sup>38</sup> En algunos tipos de trabajo sencillo con hilo resistente se podía realmente apoyar un libro en el telar y leer mientras se trabajaba.

También existe poesía de los tejedores, alguna de tipo tradicional, otra más sofisticada. Las baladas de «Jone o' Grinfilt» del Lancashire atravesaron un ciclo patriótico al principio de las guerras (con contrabaladas jacobinas) y continuaron durante la época cartista hasta la guerra de Crimea. La más conmovedora es la canción de «Jone o' Grinfilt el joven», al final de las guerras:

Soy un pobre tejedor, como muchos ya sabéis,  
no tengo qué comer ni ropa que vestir;  
todo lo que hay en casa no vale ni seis peniques,  
mis zuecos y mis botas están rotos y voy sin calcetines;  
y que luego te manden a la guerra  
a reventar y hacerlo lo mejor que puedas.

El cura de la parroquia hace mucho que nos dice,  
que vendrán días mejores si tengo la lengua quieta,  
la he tenido tanto tiempo que no puedo ni respirar,  
tal vez me quiera decir que al final reventaré;  
    él se lo pasa muy bien, maldiciendo al diablo,  
pero sin dar golpe en su vida.

Llevamos seis semanas y cada día nos parece el último,  
esperando y dando vueltas, y hasta la fecha en ayunas;  
viviríamos de agujas, si se pudiesen tragar,  
las gachas de Waterloo son lo mejor que comimos;  
    y a decir verdad, poca gente veo  
    que viva mejor que yo ...\*

Irrumpen los alguaciles y después de un forcejeo se llevan el mobiliario.

Le he dicho a mi Marget, acostado con ella en el suelo,  
«nunca estaremos peor en este mundo, estoy seguro ...»\*\*

Cuando le lleva la pieza al patrono, le dicen a Jone que está en deuda porque por la última pieza le dieron sobrepaga. Sale del almacén desesperado y vuelve con su mujer.

Mi Marget dice: si tuviésemos ropa que ponernos,  
nos iríamos a Londres para ver la gran ciudad;  
y, si una vez allí, las cosas no nos fuesen mejor,  
quién sabe lo que haríamos, luchando hasta el final,  
no tenemos nada contra el rey, pero queremos justicia,  
y quién sabe a lo que puedes llegar cuando te hieren.<sup>39</sup>

El otro tipo de tejedor poeta era el autodidacta. Un ejemplo notable fue Samuel Law, un tejedor de Todmorden, que publicó un poema en 1772 si-

\* Aw'm a poor cotton-wayver, as mony a one knows, / Aw've nowt t'ate i' th' heawse, um' aw've worn eawt my cloas, / Yo'd hardly gie sixpence fur o' aw've got on, / Meh clogs ur' booath baws'n un' stockings aw've none; / You'd think it wur hard, to be sent into th'ward / To clem un' do best 'ot yo' con. / Eawr parish-church pa'son's kept tellin'us lung, / We'st see better toimes, if aw'd but howd my tung; / Aw've howden my tung, toll aw con hardly draw breoth, / Aw think i' my heart he meons t'clem me to deoth; / Aw know he lives weel, wi'-backbitin' the de'il, / Bur he never pick'd o'er in his loife. / Wey tooart on six weeks, thin-kin' aich day wur th' last, / Wey tarried un' shifted, till neaw wey're quite fast; / Wey liv't upo' nettles, whoile nettles were good, / Un' Wayterloo porritch wur' the best o' us food; / Aw'm tellin' yo' true, aw con foind foak enoo. / Thot're livin' na better nur me ...

\*\* Aw said to eawr Marget, as wey lien upo' th' floor; / 'Wey ne'er shall be lower i' this wo'ald, aw'm sure...

guiendo el modelo de las *Seasons* de Thomson. El poema tiene poco valor literario, pero revela un conocimiento de Virgilio, Ovidio y Homero (en sus versiones originales), y también conocimientos de biología y astronomía:

Sí, el largo día, y en cada melancólico atardecer,  
meditaba en el telar..  
Mientras tanto, tejía la florida y ondeante tela,  
con dedos más fríos que el témpano de hielo;  
y a menudo, mi entera complexión de hombre,  
la recorrían oscuros y fríos horrores, y un malestar.<sup>40</sup>

Otros tejedores poetas posteriores transmiten a menudo poco más que patetismo, los tímidos esfuerzos por emular las formas literarias ajenas (en particular la «poesía de la naturaleza») que poco recoge de la experiencia real de los tejedores. Un tejedor, que de 1820 a 1850 trabajó en un telar manual y luego obtuvo trabajo en una fábrica con telares mecánicos, lamentaba las consecuencias que el cambio había operado en sus versos:

Entonces trabajaba en una habitación pequeña, dominando con la vista el cementerio de Luddenden. Solía salir por los campos y los bosques ... durante las horas de las comidas, y escuchar los sonidos de los pájaros veraniegos, o contemplar las temblorosas aguas del Luddon ... Algunas veces me despertaba de esos ensueños alguna doncella abandonada, enferma de amor; que ... había lanzado los lamentos de su corazón al ingrato viento. Entonces iba a casa y escribía. ... Pero todo esto se acabó; tengo que continuar trabajando en medio del estruendo de la maquinaria.

Es triste que los años de autodidaxia sólo tuviesen como resultado una pátina de tópico. Pero era el logro en sí mismo lo que producía satisfacciones auténticas; como persona joven a finales de la década de 1820, sus observaciones de la naturaleza parecen tener una base mucho más sólida que sus observaciones de doncellas enfermas de amor:

Coleccionaba insectos junto con varios jóvenes del pueblo. Creamos una biblioteca. ... Creo que un compañero y yo ... reunimos 22 grandes cajas de insectos; 120 tipos diferentes de huevos de pájaros británicos; además de una gran cantidad de conchas (de tierra y de agua), fósiles, minerales, monedas antiguas y modernas ...<sup>41</sup>

Samuel Bamford hace las veces de puente entre las tradiciones populares de las comunidades del siglo XVIII (que persistieron largo tiempo en el siguiente siglo) y los logros de tipo intelectual con una mayor conciencia de

sí mismos que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XIX. Entre estos dos períodos se dan dos experiencias profundamente transformadoras: la del metodismo y la del radicalismo político. Pero por lo que se refiere al fermento intelectual, deberíamos recordar también la cantidad de pañeros con pequeños talleres que quedaron reducidos a la categoría de tejedores,<sup>42</sup> y que trajeron consigo libros educativos y pequeñas bibliotecas.

La expresión más completa de los valores de las comunidades de tejedores pertenece a la historia del movimiento cartista. Una elevada proporción de los dirigentes cartistas locales del norte y las Midlands eran trabajadores a domicilio, cuyas experiencias formativas tuvieron lugar en los años que van de 1810 a 1830. Entre ellos se encuentran Benjamin Rushton de Halifax, nacido en 1785 y que en 1832 era ya un «veterano» reformador. O William Ashton, un tejedor de lino de Barnsley nacido en 1806, deportado en 1830 por supuesta complicidad en tumultos sucedidos durante las huelgas, puesto en libertad en 1838 y retornado de Australia gracias a las suscripciones de sus compañeros tejedores, para jugar un papel dirigente en el movimiento cartista y sufrir un nuevo período de encarcelamiento. O Richard Pilling, un tejedor manual que había pasado a los telares mecánicos, y al que se conocía como el «Padre» de los motines de Plug en el Lancashire. O John Skevington, predicador local de los metodistas primitivos, calcetero y dirigente cartista de Loughborough; William Rider, un tejedor de paño de Leeds, y George White, un cardador de lana de Bradford.<sup>43</sup>

La trayectoria de estos hombres nos conduciría más allá de los límites de este estudio. Pero el radicalismo del Lancashire de los años 1816-1820 fue en gran medida un movimiento de tejedores, y la *formación* de estos últimos dirigentes se dio en las comunidades de ese tipo. Lo que aportaron al primer movimiento obrero apenas si se puede valorar en exceso. En la medida en que se mantenían los recuerdos de su «época dorada» tenían, al igual que los artesanos de la ciudad, una sensación de posición social perdida, y con ella fomentaban los valores de la independencia. En este sentido, en 1816 proporcionaron un público natural para Cobbett. Aparte de la enojosa cuestión del desfalco de hilo, casi todos los testimonios hablaban en favor de la honradez y la independencia de los tejedores: «tan leales, honrados y dignos de confianza como cualquier cuerpo colectivo entre los súbditos de su Majestad. ....»<sup>44</sup> Pero poseían, en mayor medida que los artesanos de la ciudad, un profundo igualitarismo social. Del mismo modo que su forma de vida, en los mejores años, había sido compartida por la comunidad, los sufrimientos eran de toda la comunidad; y quedaron tan degradados que no existía clase alguna de trabajadores no cualificados o eventuales que estuviese por debajo de ellos y frente a la cual hubiesen erigido muros protectores de tipo económico y social. Esto confería a su pro-

puesta una resonancia moral particular, cuando se expresaba en lenguaje owenita o bíblico; hacían un llamamiento a los derechos fundamentales y a las nociones elementales de solidaridad y de comportamientos humanos, más que a intereses sectoriales. Al pedir mejoras lo hacían como comunidad entera, y las ideas utópicas de volver a crear la sociedad de nuevo, de golpe —las comunidades owenitas, la huelga general universal, el Land Plan carlista— se extendieron entre ellos como fuego en un pajar. Pero en esencia el sueño que surgió con formas muy distintas era el mismo: una comunidad de pequeños productores independientes, que intercambiasen sus productos sin la distorsión de los patronos y los intermediarios. En fecha tan tardía como 1848, un tejedor de lino de Barnsley (un compañero que había sido deportado junto con William Ashton) declaró ante la Convención Carlista Nacional que cuando se ganara la Carta «dividirían la tierra en pequeñas casas de labranza, y darían a todos los hombres la oportunidad de ganar su sustento con el sudor de su frente».<sup>45</sup>

Llegados a este punto deberíamos informarnos con mayor rigor acerca de la situación real de los tejedores en la década de 1830 y de los posibles remedios. Se acostumbra a describir su situación como «sin esperanzas», en un oficio «enfermo» u «obsoleto», librando una «batalla perdida» y encaminado a una «decadencia inevitable». Por otra parte, puede afirmarse que hasta finales de la década de 1820 se utilizó el telar mecánico como una *excusa* para desviar la atención de otras causas de su decadencia.<sup>46</sup> Hasta 1830 es difícil dar una razón fundada para la competencia *directa* entre el telar mecánico y el manual; aunque los telares mecánicos se multiplicaban, se olvida a veces que el consumo de algodón estaba aumentando al mismo tiempo.<sup>47</sup> Algo parecido es cierto para la industria del estambre hasta 1835; y en otras ramas de la lana hasta la década de 1840.<sup>48</sup> Así, hubo dos fases en el declive de los telares manuales. La primera, hasta 1830 o 1835, en la que el telar mecánico fue una excusa secundaria que avanzaba con lentitud, aunque en términos psicológicos jugaba un papel más importante (y, en ese sentido, era un mecanismo para reducir los salarios); la segunda, en la que los productos del telar mecánico realmente desplazaron los productos manuales. La mayor reducción de salarios (digamos, de 20s. a 8s.) tuvo lugar en la primera fase.

¿Eran inevitables las dos fases? En opinión de la mayor parte de los historiadores parecía que lo fueron, aunque a veces se apunta que los tejedores podrían haber recibido una mayor asistencia o consejo. En opinión de muchísimos contemporáneos —incluyendo a los tejedores y a sus representantes— no lo eran. A la primera fase del declive contribuyeron una docena de factores, que comprendían las consecuencias generales de la década deflacionaria de la posguerra; las causas subyacentes serían, al pare-

cer: primero, el deterioro tanto de la tradición como de la protección de las *trades unions*; segundo, el hecho de que los tejedores estuviesen expuestos a las peores formas de recorte de salarios; tercero, la sobresaturación del oficio por parte de los desempleados para quienes se había convertido en «el último refugio de los fracasados». Un fabricante de Bolton definía la causa eficiente de forma sucinta:

... Opino que desde el mismo principio de la fabricación de muselinas en Bolton, el oficio de tejer ha estado sujeto a reducciones arbitrarias que empezaron a un ritmo muy rápido. Se suponía que la remuneración del trabajo encontraría un nivel adecuado; pero ya desde el principio, cualquier fabricante ha podido ofrecer un ejemplo de reducción de salarios; y sé de cierto, que cuando no podían obtener por las mercancías un precio como el que pensaban que debían obtener, inmediatamente empezaban a reducir los salarios de los tejedores.

Pero al mismo tiempo, en Bolton, en 1834 —que fue un buen año— «no hay tejedores sin empleo; no hay peligro de que alguien esté sin empleo en esta época».<sup>49</sup>

La intervención del Estado tuvo una influencia directa en la desintegración de la tradición y el sindicalismo. Ésta fue «inevitable» sólo si aceptamos la ideología dominante y el tono contrarrevolucionario de esos años. Los tejedores y sus defensores oponían a esta ideología un análisis contrario y políticas contrarias, que se centraban en la demanda de un salario mínimo regulado que se impusiera desde comisiones del oficio compuestas por fabricantes y tejedores. Daban una negativa directa a los sermones de «la oferta y la demanda». A la pregunta de por qué no se debía dejar que los salarios encontrasen su propio «nivel», un tejedor de seda de Manchester respondió que entre «lo que se llamaba capital y trabajo» no había semejanza alguna:

En cuanto al capital, puedo afirmar que no es otra cosa que la acumulación de los productos del trabajo. ... Siempre llevan el trabajo al mercado quienes no tienen nada más que guardar o que vender y que, por lo tanto, deben desprenderse de él inmediatamente. ... ¿Puedo embotellar el trabajo que ... podría realizar esta semana, si, a imitación del capitalista, me niego a desprenderme de él ... porque me ofrecen un precio inadecuado por ello? ¿Puedo conservarlo en salmuera? ... Estas dos distinciones entre la naturaleza del trabajo y del capital (a saber, que el trabajo siempre lo venden los pobres y siempre lo compran los ricos, y que el trabajo no se puede almacenar de ningún modo, sino que se debe vender o perder en cada momento), son suficientes para convenirme de que el trabajo y el capital jamás pueden, en justicia, estar sujetos a las mismas leyes ...<sup>50</sup>

Los tejedores veían con claridad, declaraba Richard Oastler, que «*el capital y la propiedad están protegidos y su trabajo se deja a la suerte*». El testimonio de Oastler ante la Comisión Especial, al ser asediado a preguntas por uno de los partidarios de la «economía política», pone de manifiesto los puntos de vista alternativos acerca de la responsabilidad social:

[Oastler.] Se debería reducir el tiempo de trabajo, y ... el Gobierno debería crear una comisión ... escogida por los patronos y los trabajadores ... que decidieran la cuestión de cómo se deben regular los salarios. ...

P. ¿Pondría usted fin a la libertad de trabajo?

R. Pondría fin a la libertad para el asesinato, y a la libertad de emplear trabajadores más allá de su fuerza; pondría fin a todo aquello que impide que el trabajador pobre se gane bien la vida con un trabajo justo y razonable; y le pondría fin, porque destruye la vida humana.

P. ¿Tendría el resultado deseado?

R. Estoy seguro de que el resultado actual del trabajo libre es la pobreza, el dolor y la muerte. ...

P. Suponga que tuviera que aumentar el precio de forma muy considerable, y ... ¿podría dejar de exportar mercancías?

R. Podemos consumirlas en el país.

P. No consumirían tantas, ¿no es cierto?

R. El triple y mucho más, porque los trabajadores estarían mejor pagados y ellos las consumirían. Los capitalistas no consumen la mercancía, y ahí está la gran equivocación ... Si los salarios fueran más elevados, el trabajador podría vestirse ... y alimentarse ... y aquellos trabajadores son, después de todo, los grandes consumidores de la producción agrícola e industrial, y no el capitalista, porque un gran capitalista, por muy rico que sea, sólo viste un abrigo cada vez, a lo sumo, en verdad rara vez viste dos abrigos a la vez; pero 1.000 obreros que se pudiesen comprar mil abrigos, mientras que ahora no pueden comprar ni uno, aumentarían sin duda el comercio ...

Por lo que se refiere a las *commission-houses* o «mataderos», Oastler abogaba por la intervención legislativa directa:

Jamás hacéis una ley en esta Cámara que no limite la libertad; hacéis leyes para impedir a la gente que robe, esto es una limitación de una libertad del hombre; y hacéis leyes para impedir que los hombres asesinen, esto es una limitación de una libertad del hombre ... Y yo debería afirmar que los trabajadores de los mataderos no deben hacer lo mismo ...

Los capitalistas «parecen ser seres de un orden privilegiado, pero nunca supe por qué lo eran».<sup>51</sup>



«Ahí está la gran equivocación»: los tejedores que tejían telas mientras ellos mismos vestían harapos eran educados a la fuerza en el error corruptor de la economía política ortodoxa. Antes de que se diera la competencia del telar mecánico —y mientras todavía aumentaban numéricamente— los tejedores del Lancashire ya cantaban su triste «Lamento»:

Vosotros caballeros y hombres de negocios, que os enseñoreáis por doquier a voluntad,  
dignaos mirar a esa pobre gente; es suficiente para haceros llorar;  
dignaos mirar a esa pobre gente, cuando cabalgáis arriba y abajo,  
creo que hay un Dios por encima de todos que rebajará vuestro orgullo.

*Coro:* Vosotros tiranos de Inglaterra, quizá vuestra estirpe desaparezca pronto,  
quizá se os pidan cuentas de todo lo que habéis hecho de forma abusiva.

Bajáis nuestros salarios, da vergüenza contarlo;  
vais a los mercados y decías que no podéis vender;  
y cuando os preguntamos cuándo se arreglarán los malos tiempos,  
nos respondéis con rapidez, «Cuando se acaben las guerras».\*

Los vestidos de los hijos de los tejedores son harapos, mientras «los vuestros visten tan monos como micos de feria»:

Los domingos vais a la iglesia, estoy seguro que no es otra cosa que arrogancia,  
no puede haber religión donde la humanidad se deja de lado;  
si el lugar del cielo va a ser como el de la Bolsa,  
nuestras pobres almas no deben acercarse allí, sino vagar como oveja perdida.

Vuestras mesas están cubiertas de los más exquisitos manjares,  
con buena cerveza y coñac fuerte, para que vuestros rostros se pongan colorados;  
invitáis a una serie de visitas —lo cual constituye todo vuestro placer—  
y conspiráis juntando vuestras cabezas para que nuestros rostros palidezcan.

Decís que Bonyparty ha sido la ruina total,  
y que tenemos motivo para rezar por su derrota;

\* You gentlemen and tradesmen, that ride about at will, / Look down on these poor people; it's enough to make you crill; / Look down on these poor people, as you ride up and down, / I think there is a God above will bring your pride quite down. / *Chorus:* You tyrants of England, your race may soon be run, / You may be brought unto account for what you've sorely done / You pull down our wages, shamefully to tell; / You go into the markets, and say you cannot sell; / And when that we do ask you when these bad times will mend, / You quickly give an answer, 'When the wars are at an end'.

ahora Bonyparty está muerto y ha desaparecido, y se ha visto claramente que nuestros mayores tiranos son nuestros propios Boneyes.<sup>52</sup>

A su ira y a sus sufrimientos se añadía la transparencia de su explotación: nada del sistema que llevaba tropas a Peterloo o permitía a sus patronos erigir grandes mansiones en los distritos manufactureros les parecía «natural» o «inevitable».

Los historiadores que dan por sentado que la regulación de los salarios era «imposible» no se han molestado en presentar un ejemplo que pudiese ser contestado. Las propuestas de John Fielden de un salario mínimo estudiado en cada distrito por comisiones del oficio no eran más «imposible» que el proyecto de ley de las 10 horas que sólo se ganó después de tres décadas de agitación intensiva y frente a una oposición igual. Fielden tenía a su favor no sólo a los tejedores, sino a muchos de los patronos que deseaban poner límite a los menos escrupulosos y a los «mataderos». La dificultad residía no (como ha señalado el profesor Smelser) en el «sistema de valores dominante en la época», sino en la fuerte oposición de una minoría de patronos y en el carácter del Parlamento (al cual clogia el profesor Smelser por su éxito en «manejar» y «canalizar» los «injustificados síntomas de alboroto» de los tejedores).<sup>53</sup> En 1834 la Cámara nombró una Comisión Especial presidida por un comprensivo fabricante de Paisley, John Maxwell. Él y John Fielden (que era miembro de la Comisión) aseguraron que estuviese provista de testigos comprensivos. La Comisión, aunque expresando una profunda preocupación por la situación de los tejedores, no llegó a ninguna recomendación firme en 1834; pero en 1835, después de recoger pruebas adicionales, se pronunció con un inequívoco informe en favor de la propuesta de ley sobre el salario mínimo de Fielden: «el resultado de la medida sería quitarles a los patronos que pagan peor; el poder que tienen en la actualidad de regular los salarios». Era imprescindible hacer una prueba de la aplicación de esta medida, y «se demostrará al menos, que el Parlamento se ha compadecido de su dolor; y ha prestado oídos a sus súplicas de ayuda»:

En cuanto a la opinión de que el Parlamento no puede y no debe intervenir en casos de esta naturaleza, Vuestra Comisión se opone decididamente. Por el contrario, cuando el bienestar y la felicidad de cualquier número considerable de súbditos británicos está en juego, Vuestra Comisión cree que el Parlamento no debería perder un momento para informarse y, si es posible, poner en marcha el remedio.

Vuestra Comisión, por lo tanto, sugiere que se presente inmediatamente un proyecto de ley de la naturaleza del que proponía el señor Fielden ...<sup>54</sup>

Siguiendo estas recomendaciones, John Maxwell presentó realmente un proyecto de ley el 28 de julio de 1835. La fuerza de la oposición se expresó en un discurso de Poulett Thomson: «¿Era posible que el Gobierno del país fijara una tarifa para los salarios? ¿Era posible que el trabajo del hombre no debiera ser libre?» Una medida como aquella constituiría «un acto de tiranía». El doctor Bowring y Edward Baines (del *Leeds Mercury*) aconsejaban a los tejedores que se ayudasen a sí mismos haciendo que sus hijos aprendieran otros oficios. El *Hansard* consideró que John Fielden era «inaudible». Se rechazó el proyecto de ley por 41 votos contra 129. Propuesto de nuevo por Maxwell en 1836, su segunda lectura fue pospuesta repetidas veces y finalmente abandonada. Vuelto a presentar en mayo de 1837 por Maxwell en una moción por la suspensión, se negó el permiso de presentar una propuesta de ley por 39 votos contra 82. En las garras de una legislatura del *laissez faire*, los fabricantes de Paisley y Todmorden (muchos de cuyos miembros estaban al borde del hambre) siguieron luchando. John Fielden propuso presentar un nuevo proyecto de ley el 21 de diciembre de 1837; rechazado por 11 votos a 73. Pero entonces Fielden se mantuvo firme e hizo saber que se opondría a cualquier proyecto de ley referente a dinero hasta que la Cámara hiciese algo. Esta vez fue «audible». Se nombró una Comisión Real, que estaba firmemente controlada por aquel decano de la «economía política» ortodoxa, Nassau Senior, y se inició otra etapa de «manejo y canalización». En 1838 los comisarios auxiliares recorrieron los distritos afectados, prevenidos por Senior de que deberían «combatir muchas teorías predilectas, y puede defraudar esperanzas imprecisas o exageradas, pero abrigadas durante mucho tiempo». Por muy humanos e inteligentes que, en algunos casos, fueran esos hombres que investigaron minuciosamente las condiciones de los tejedores, eran, sin embargo, ideólogos del *laissez faire*. Sus informes —y el informe final de la Comisión— se publicaron en 1839 y 1840. El árido informe del comisario auxiliar para el West Riding indica que —a menos que fuera para el uso de futuros historiadores sociales— no había necesidad alguna de encargar su trabajo:

La conclusión general que me he esforzado por establecer es que es labor de la legislación acabar con todas las restricciones que afectan a la acumulación de capital, y aumentar de ese modo la *demand*a de trabajo; pero en cuanto a la *oferta* del mismo no tiene por qué intervenir.

Pero éste era ya su punto de partida. «Ni el poder del zar de Rusia», se decía,

pudo aumentar los salarios de los trabajadores en una situación similar ... lo único que queda por hacer, por lo tanto, es instruir a los tejedores manuales

respecto de su situación real, aconsejarles que abandonen el oficio y que se guarden de dirigir a sus hijos hacia él, del mismo modo que se guardarían de cometer los crímenes más atroces.<sup>55</sup>

Todo este «manejar y canalizar» tuvo por lo menos dos resultados: convirtió a los tejedores en cartistas partidarios inveterados de la «fuerza física», e hizo que hubiesen, sólo en el algodón, 100.000 tejedores menos en 1840 que en 1830. Sin duda alguna, la propuesta de ley de Fielden sólo hubiese sido parcialmente eficaz, sólo hubiese proporcionado un ligero alivio a medida que la competencia del telar mecánico aumentaba en la década de 1830, y podría haber trasladado el aumento del empleo a tiempo parcial hacia alguna otra industria. Pero debemos ser escrupulosos en cuanto a las palabras: el «ligero alivio» en la década de 1830 podría haber sido la diferencia entre la muerte y la supervivencia. «Pienso que ha habido ya una demora demasiado larga —dijo Oastler ante la Comisión Especial de 1834—, creo que la demora ocasionada en este problema ha enviado a muchos cientos de operarios británicos a sus tumbas.» De los 100.000 tejedores que perdió el Lancashire en aquella década, es probable que sólo una minoría encontrara otros empleos: una parte de la mayoría murieron dentro de su plazo natural, mientras que la otra parte simplemente «murieron» prematuramente.<sup>56</sup> (A algunos de ellos los debieron mantener sus hijos que habían entrado a trabajar en las fábricas.) Pero fue en 1834 cuando la misma legislatura que se había considerado incapaz de ofrecerles cualquier medida de apoyo golpeó directa y activamente sus condiciones de vida mediante la propuesta de enmienda a la *Poor Law*. La beneficencia —que era el recurso de muchas comunidades, a veces en una escala del tipo de «Speenhamland»— fue (por lo menos en teoría) reemplazada por las «Bastillas»\* a partir de los últimos años de la década de 1830. El resultado fue verdaderamente catastrófico. Si el profesor Smelser analizase el «sistema de valores dominante» de los tejedores, descubriría que les disgustaba *todo* tipo de subsidio para los pobres, pero para el asilo malthusiano los valores de la independencia y del matrimonio eran un tabú absoluto. La nueva *Poor Law* no sólo le negó la ayuda al tejedor y a su familia, y le *mantuvo* en el oficio hasta el fin, sino que en realidad condujo a otros —como a algunos de los irlandeses pobres— al seno del oficio. «No puedo contemplar este estado de cosas sin perder la paciencia», dijo un tejedor de muselinas de Bolton a la Comisión de 1834:

Mi situación es la siguiente: en este momento, dentro de un año cumpliré 60 años, y calculo que en el lapso de ocho años me habré convertido en un po-

\* En inglés, sinónimo de cárcel. Eran los nuevos asilos para los pobres. (*N. de la t.*)

bre. Me es imposible, por mucho que me esfuerce, ganar un chelín más; y cuando tengo salud necesito todos mis esfuerzos para mantener el alma y el cuerpo juntos. ... hablo con sentimiento sobre este tema, como lo haría cualquier hombre en las mismas circunstancias; veo el presente proyecto de enmienda de la *Poor Law* como un sistema de coerción sobre el pobre, y que dentro de muy poco tiempo estaré bajo su terrible actuación. No he merecido esto. Soy un hombre leal, con un gran cariño por las instituciones de mi país, y soy un amante de mi país. «Inglaterra, con todos sus defectos, y sin embargo, te amo», es el lenguaje de mi alma ...<sup>57</sup>

En estos distritos tejedores como Ashton (donde el párroco cartista, Joseph Rayner Stevens, hacía discursos insurreccionales), Todmorden (donde Fielden desafió abiertamente la ley), Huddersfield y Bradford la resistencia a la *Poor Law* fue violenta, prolongada e intensa.

Pero cuando se inició la segunda fase del declive de los tejedores, es decir, la competición plena con los telares mecánicos, ¿qué soluciones había? «Es difícil decir qué decreto —escribió Clapham— que no fuesen pensiones del Estado para los tejedores, la prohibición del telar mecánico, o la prohibición del adiestramiento en el tejido con telar mecánico, hubiese tenido la más mínima utilidad.»<sup>58</sup> Éstas no se encontraban entre las peticiones de los mismos tejedores, aunque ellos protestaban contra:

...el uso sin restricción (o, más bien, el abuso) de maquinaria mejorada y perfeccionada continuamente ...

... el descuido en cuanto a proporcionar empleo y manutención de los irlandeses pobres, que se ven obligados a invadir el mercado de trabajo inglés en busca de un pedazo de pan.

... La adaptación de las máquinas, en cada uno de sus perfeccionamientos, a los niños, los jóvenes y las mujeres, lo cual supone la expulsión de quienes deberían trabajar: los hombres.<sup>59</sup>

La respuesta de los tejedores a la maquinaria fue, como indican estas resoluciones, más perspicaz de lo que se supone a menudo. Rara vez tuvo lugar la destrucción directa de telares mecánicos excepto cuando su introducción coincidía con una desgracia extrema y el desempleo (West Houghton, 1812; Bradford, 1826). Desde finales de la década de 1820, los tejedores hicieron tres propuestas consistentes:

Primero, proponían un impuesto sobre los telares mecánicos para igualar las condiciones de la competencia, parte del cual se podría destinar a la ayuda de los tejedores. No se debe olvidar que el tejedor manual no sólo estaba él mismo gravado por los impuestos para asistir a los pobres, sino que pagaba una pesada carga en impuestos indirectos:

El telar mecánico les ha quitado el trabajo; su pan está gravado; su malta está gravada; su azúcar, su jabón y casi todas las cosas que usan y consumen están gravadas. Pero el telar mecánico no paga impuesto alguno ...

Así rezaba una carta de los tejedores de paños de Leeds, en 1835.<sup>60</sup> Cuando tratamos los detalles de los asuntos financieros, a veces olvidamos las disparatadas y explotadoras bases del sistema impositivo posterior a las guerras, así como su función redistributiva, de los pobres hacia los ricos. Entre otros artículos gravados con impuestos se encontraban los ladrillos, el lúpulo, el vinagre, las ventanas, el papel, los perros, el sebo, las naranjas (que eran un artículo de lujo para los niños pobres). En 1832, de unos ingresos de 50 millones de libras, recaudados en su mayor parte mediante los impuestos indirectos sobre artículos de consumo corriente, se gastaron más de 28 millones de libras esterlinas en la Deuda Nacional y 13 millones de libras en el ejército, en contraste con las 356.000 libras gastadas en servicios civiles y las 217.000 libras en la policía. Un testigo dio el siguiente resumen de los impuestos que probablemente recaían cada año sobre el trabajador, ante la Comisión Especial en 1834:

N.º 1. Impuesto sobre la malta, 4 libras 11s. 3d. N.º 2. Sobre el azúcar, 17s. 4d. N.º 3. Té o café, 1 libra 4s. N.º 4. Sobre el jabón, 13s. N.º 5. Sobre la vivienda, 12s. N.º 6. Sobre los víveres, 3 libras. N.º 7. Sobre los vestidos, 10s. Total de los impuestos que pesan sobre el trabajador anualmente, 11 libras 7s. 7d. Suponiendo que un trabajador gana al día 1s. 6d., y calculando que trabaja 300 días al año (cosa que muchos trabajadores hacen), el ingreso será de 22 libras 10s.; así, se reconocerá que por lo menos se le extrae, 100 por 100, o la mitad de sus ingresos mediante los impuestos ... porque haga lo que haga, comer, beber o dormir paga impuestos de un modo u otro.<sup>61</sup>

El resumen abarca artículos que pocos tejedores podían comprar, incluyendo, demasiado a menudo, el mismo pan:

Tejedor que tienes el pan tasado, todos pueden ver  
en qué te ha beneficiado este impuesto,  
y tus hijos, con un destino infame,  
cantando himnos por un vergonzoso mendrugo de pan,  
hasta que las piedras de todas las calles  
conozcan sus pequeños pies desnudos.\*

así reza una de las «*Corn Law Rhymes*» de Ebenezer Elliott.<sup>62</sup>

\* Bread-tax'd weaver; all can see / What that tax hath done for thee, / And thy children, vilely led, / Singing hymns for shameful bread, / Till the stones of every street / Know their little naked feet.

No es sorprendente que los ataques de Cobbett a los inversores en deuda pública encontrasen una buena acogida, y que Feargus O'Connor se ganara en primer lugar el aplauso de los que llevan «chaquetas de fustán y barbas sin afeitar» del norte, pulsando la misma nota:

Pensáis que no pagáis nada, cuando, en realidad, todo lo pagáis vosotros. Sois vosotros quienes pagáis seis u ocho millones en impuestos para mantener el ejército; ¿y, para qué? para mantener los impuestos. ...<sup>63</sup>

Ciertamente, no parece más «imposible» poner un impuesto sobre los telares mecánicos que sobre las ventanas, las naranjas o los ladrillos.

Las otras dos propuestas eran relativas a la limitación de horas de trabajo en las fábricas que tenían telares mecánicos, y al empleo de tejedores masculinos adultos en los telares mecánicos. La primera de ellas constituyó un poderoso influjo que condujo a muchos tejedores de telares manuales a apoyar la agitación en favor de las diez horas. Sobre este tema se creó una difícil situación, desde la década de 1830 hasta la actualidad, con la acusación hecha a los hombres de «refugiarse en las faldas de las mujeres» o de utilizar la situación de los niños como pretexto para su propia demanda de una jornada laboral más corta. Pero, de hecho, los operarios y los tejedores declararon abiertamente su objetivo. En su modelo alternativo de economía política se hallaba intrínseco el hecho de que una jornada laboral de menos horas en la fábrica aligeraría el trabajo de los niños, permitiría hacer una jornada de trabajo más corta a los obreros adultos y extendería el trabajo disponible de manera más amplia entre los trabajadores manuales y los desempleados. En el segundo caso, mientras que el hilado con *mule* estaba en general reservado a los obreros, el telar mecánico estaba atendido más a menudo por mujeres o jóvenes. Y aquí debemos observar con más detención las razones de los tejedores para oponerse al sistema fabril.

«Razón» no es la palabra apropiada, ya que el conflicto se da entre dos modos o formas de vida distintos desde el punto de vista cultural. Hemos visto que incluso antes de la aparición del telar mecánico, a los tejedores de lana les disgustaban las fábricas con telares manuales. En primer lugar, se resentían por la disciplina: la campana o la sirena de la fábrica; el cronometraje que hacía caso omiso de la mala salud, la organización doméstica o la elección de ocupaciones más variadas. William Child, un oficial tejedor que fue castigado por sus actividades con «la Tradición» de 1806, se negó a entrar en una fábrica con telares manuales debido a sus reparos a «estar obligado a ir con exactitud a tal hora y tal minuto, y al mal comportamiento que allí se tenía. ...»

Cuando un trabajador auxiliar trabajaba en casa podía hacer el trabajo en sus ratos libres; aquí debes llegar a la hora: la campana suena a las cinco y media, y luego de nuevo a las seis, luego se daban diez minutos para que la puerta estuviera abierta; cuando expiraba el minuto undécimo, se cerraba la puerta ante cualquiera, ya fuese hombre, mujer o niño; tienes que esperar ahí en la puerta o volver a casa hasta las ocho.<sup>64</sup>

En la «época dorada» una queja frecuente de los patronos había sido que los tejedores celebraban «San Lunes» —y algunas veces hacían fiesta los martes— acabando el trabajo los viernes y los sábados por la noche. Según la tradición, los primeros días de la semana el telar iba al ritmo lento de «tiempo-de-sobra. Tiempo-de-sobra».\* Pero durante el fin de semana el telar repiqueteaba, «Queda un día. Queda un día».\*\* Sólo una minoría de tejedores del siglo XIX habrían tenido una vida tan variada como el tejedor pequeño propietario cuyo diario, en la década de 1780, le describe tejiendo en los días húmedos y faenando —acarreando, cavando y drenando, segando, batiendo mantequilla— en los días de buen tiempo.<sup>65</sup> Pero debió de existir variedad de algún tipo, hasta en los peores tiempos: aves de corral, algunos huertos, las «vigilias» o las fiestas e incluso un día de caza con perros:

Venga, todos vosotros tejedores de algodón, debéis levantaros muy temprano, porque tenéis que trabajar en las fábricas desde la mañana hasta la noche; no podéis ir dos o tres horas al día a vuestros huertos, porque tenéis que estar a sus órdenes, y mantener sus lanzaderas en movimiento.<sup>66</sup>

«Estar a sus órdenes, ésta era la afrenta que más profundamente se resentía. Porque, en el fondo, el tejedor sentía que era el verdadero hacedor de la tela (y sus padres recordaban la época en que el algodón o la lana se hilaban también en casa). Hubo un tiempo en que se creyó que las fábricas serían una especie de asilos para los niños pobres; e incluso cuando desapareció este prejuicio, entrar en la fábrica suponía descender, en cuanto a posición social, desde la del trabajador con interés propio, por muy pobre que fuese, a la del empleado o «mano de obra».

Además, se resentían por los efectos del sistema fabril sobre las relaciones familiares. El tejido había ofrecido un empleo a toda la familia, incluso cuando el hilado se había alejado del hogar. Los niños pequeños devanando las bobinas, los muchachos más mayores vigilando las imperfecciones, repasando la tela o ayudando a tirar la lanzadera en el telar an-

\* Plen-ty of time. Plen-ty of time.

\*\* A day t'lat. A day t'lat.



cho; los adolescentes trabajando en un segundo o tercer telar; la esposa alternando el tejido con sus tareas domésticas. La familia estaba junta, y por muy pobres que fuesen las comidas, al menos se podían sentar juntos en momentos escogidos. Alrededor de los talleres de tejido se había desarrollado un modelo completo de vida familiar y comunitaria; el trabajo no impedía conversar y cantar. Las hilanderías —que sólo daban empleo a sus hijos— y más adelante las naves de telares mecánicos, que en general sólo empleaban a las esposas o a los adolescentes, fueron resistidas hasta que la pobreza derribó todas las defensas. Aquellos lugares se consideraban «inmorales»: lugares de licencia sexual, lenguaje soez, crueldad, accidentes violentos y costumbres extrañas.<sup>67</sup> Los testigos ante la Comisión Especial destacaban ahora una objeción y después otra:

... a nadie le gustaría trabajar en un telar mecánico, no le gusta, hay tal martilleo y estruendo que podría volver locos a algunos hombres; y además, tendría que estar sujeto a una disciplina que ningún tejedor de telar manual estaría dispuesto a aceptar jamás.

... todas las personas que trabajan en el telar mecánico lo hacen a la fuerza, porque no pueden vivir de otra forma; en general son personas que han tenido aflicciones familiares y cuyos negocios han fracasado ... tienen tendencia a ir como pequeñas colonias a colonizar las fábricas ...

Un testigo de Manchester, que había perdido un hijo en un accidente en la fábrica, declaró:

He tenido siete hijos, pero si tuviera 77 nunca mandaría a uno de ellos a una hilandería. ... Uno de los reparos que tengo contra ellas es que su moralidad está muy corrupta. ... Tienen que estar en las fábricas desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, por consiguiente no tienen medios de instrucción ... no se les da buen ejemplo ...

«Por mi parte estoy resuelto a que si inventan máquinas para sustituir el trabajo manual, deban encontrar muchachos de acero para atenderlas.»<sup>68</sup>

Por último, tenemos todas estas objeciones, no tomándolas por separado, sino tomándolas como indicadores del «sistema de valores de la comunidad. Éste sería un material verdaderamente valioso para un estudio de sociología histórica; puesto que, en la Inglaterra de la década de 1830, tenemos una «sociedad plural», con comunidades de fábrica, de tejedores y agrícolas que se influyen unas a otras, con diferentes tradiciones, normas y expectativas. La historia de los años que van desde 1815 a 1840 es, en parte, la historia de la confluencia de las dos primeras en una agitación política común (radicalismo, reforma de 1832, owenismo, campaña en favor

de las 10 horas, cartismo); mientras que la última etapa del cartismo es, en parte, la historia de su frágil coexistencia y su disociación final. En las grandes ciudades como Manchester o Leeds en donde los tejedores manuales compartían muchas de las tradiciones de los artesanos, se casaban entre ellos y pronto enviaron a sus hijos a las fábricas, estas distinciones eran menos marcadas. En los pueblos de tejedores de las tierras altas, las comunidades tenían un sentido de clan mucho más fuerte; despreciaban a la «gente de la ciudad», todos ellos hechos de «desperdicios y mendrugos hervidos». <sup>69</sup> Durante años, en áreas como Saddleworth, Clitheroe, la zona alta del valle del Calder los tejedores de las aldeas de las laderas se mantuvieron alejados de las fábricas situadas en el fondo de los valles, adiestrando a sus hijos para que ocupasen sus lugares en el telar.

Verdaderamente, luego, hacia la década de 1830, podemos empezar a hablar de una ocupación «condenada», que en parte estaba autocondenada por su propio conservadurismo social. Pero incluso en los lugares en que los tejedores aceptaban su destino, el consejo de la Comisión Real de «abandonar el oficio» a menudo no venía al caso. Los niños podían encontrar un puesto de trabajo en las fábricas, o las hijas crecederas empezar a trabajar en el telar mecánico:

Si entráis en un taller de tejido, en el que hay tres o cuatro pares de telares, todos están desocupados, son estorbos en las habitaciones; y si preguntáis la razón, la vieja madre os dirá sencillamente, mis hijas los han abandonado, y se han ido a tejer con vapor.<sup>70</sup>

Pero esto no siempre era posible. En muchas fábricas, los hilanderos o la mano de obra existentes tenían prioridad para sus propios hijos. Donde eso tenía lugar, a la vergüenza de los tejedores se añadía su dependencia respecto de su esposa y sus hijos, la forzada y humillante inversión de los papeles tradicionales.

Hay que recordar la falta de equilibrio entre trabajo juvenil y adulto en el primer sistema fabril. A principios de la década de 1830, entre una tercera parte y una mitad de la mano de obra (para todo tipo de trabajo) de las hilanderías tenía menos de 21 años. En el estambre, la proporción de mano de obra juvenil era bastante más elevada. De los adultos, bastante más de la mitad eran mujeres. El doctor Ure hacía una estimación de una mano de obra adulta en todas las fábricas textiles del Reino Unido, a partir de los informes de los inspectores de fábrica en 1834, de 191.671, de los cuales 102.812 eran mujeres y solamente 88.859 eran hombres.<sup>71</sup> El modelo de empleo masculino está bastante claro:

En las fábricas de los algodoneros del Lancashire, los salarios de los hombres en el grupo de edad en que hay el mayor número de empleados —de los 11 a los 16 años— son de una media de 4s. 10<sup>3</sup>/<sub>4</sub>d. a la semana; pero en el siguiente grupo de edad de 5 años, de los 16 a los 21, el promedio aumenta a 10s. 2<sup>1</sup>/<sub>2</sub>d. por semana; y por supuesto, el fabricante tendrá tan pocos como pueda a ese precio. ... En el siguiente grupo de edad de 5 años, de 21 a 26, el promedio de salarios semanales son 17s. 2<sup>1</sup>/<sub>2</sub>d. Aquí hay un motivo todavía más fuerte para no seguir empleando hombres en la medida que ello sea posible. En los dos grupos de edad subsiguientes el promedio salarial todavía aumenta más, hasta 20s. 4<sup>1</sup>/<sub>2</sub>d., y 22s. 8<sup>1</sup>/<sub>2</sub>d. En este nivel salarial sólo se empleará a aquellos hombres que son necesarios para realizar un trabajo que requiera una gran fuerza física, o una gran cualificación en algún arte, oficio o misterio ... o personas empleadas en cargos de confianza.<sup>72</sup>

Debemos señalar dos aspectos evidentes, pero importantes, acerca de este modelo de empleo. El primero —que ya hemos apuntado con relación a los oficios «deshonrosos»— es que no podemos separar de manera artificial en nuestras mentes los salarios «buenos» de las fábricas, de los salarios malos de las industrias «anticuadas». En un sistema que se basa en la discontinuidad del empleo de los varones adultos «en la medida en que ello sea posible», el salario del obrero fabril cualificado y el salario del obrero no cualificado desplazado de la fábrica a los 16 o los 21 años se debe inscribir en las dos caras de la misma moneda. En realidad, en las industrias textiles laneras, los trabajadores jóvenes desplazados de las fábricas a veces se veían obligados, antes de cumplir los 20 años, a volver al telar manual. El segundo punto es que el tejedor de telar manual, varón y adulto, incluso cuando las privaciones vencían sus prejuicios, tenía pocas oportunidades más que el trabajador agrícola de encontrar empleo en una fábrica. Pocas veces se adaptaba al trabajo de la fábrica. No tenía ni una «gran fuerza física» ni cualificación en cualquier oficio de la fábrica. Uno de los patronos mejor dispuesto, John Fielden, recordaba respecto del año 1835:

Semanalmente acudían a mí multitud de tejedores de telar manual que se hallaban en una situación tan apremiante como para verse obligados a buscar un trabajo como aquél, y tanto a mí como a mis compañeros nos causaba un gran dolor estar ... obligados a negarles el trabajo a la mayoría de los que lo pedían.<sup>73</sup>

En los oficios artesanos del Lancashire, a principios de la década de 1830, los salarios eran razonablemente elevados: entre los fundidores de hierro, los mecánicos, los zapateros, los sastres y los trabajadores de la construcción cualificados oscilaban entre 15s y 25s. (y en las industrias mecánicas eran todavía más altos). Pero esos sueldos se habían alcanzado sólo gracias a la fuerza de la organización, uno de cuyos objetivos era mantener

alejados de la fábrica a los despedidos jóvenes y a los tejedores de telar manual. Si el tejedor hubiese podido cambiar de ocupación hacia otro oficio *artesano* —o hubiera podido colocar a sus hijos de aprendices—, el conservadurismo social no lo hubiese impedido. Había cierto prejuicio comprensible contra el trabajo no cualificado, era considerado como una pérdida definitiva de categoría:

Pero dejaré este oficio, y trabajaré con una azada.

O iré a picar piedra a la carretera ...\*

declara «Jones o Grinfilt» en el punto culminante de sus tribulaciones.

Pero incluso aquí había dificultades. El tejedor de seda de Manchester que expuso los elementos de una teoría obrera del valor a la Cámara de los Comunes había fracasado en su intento de obtener trabajo como mozo de cuerda (con unos salarios de 14s. a 15s.). La constitución física de los tejedores pocas veces era apta para realizar trabajos pesados no cualificados (los salarios de los peones de albañil y los «paleadores» eran de 10s o 12s.), y competían con los braceros irlandeses que eran más fuertes y estaban dispuestos a trabajar por menos dinero.<sup>74</sup> Y mientras que los tejedores de las grandes ciudades encontraban sin duda trabajos sueltos mal pagados muy variados, el tejedor rural de mediana edad no podía trasladar su casa y su familia:

El cambio tuvo un efecto terrible en los espíritus de algunos tejedores viejos de telar manual. ... Vimos a un viejo tejedor de Pudsey con lágrimas en los ojos mientras ... contaba las buenas cualidades de su telar. Sí, estaba sujeto como debe estar un telar, y se balanceaba de un lado a otro como un telar debe hacerlo, la lanzadera volvía con facilidad y hacía su trabajo sin trabas y admitía cualquier cantidad de trama. Cuando el telar llegó desde uno de los mejores talleres de construcción de telares de Inglaterra ... todos los vecinos vinieron a verlo, lo admiraron y lo codiciaron. Pero ahora durante algún tiempo tanto este telar como otro ... han enmudecido y están cubiertos de polvo y de telarañas ...<sup>75</sup>

La historia de los tejedores de telar manual afecta en multitud de aspectos a la cuestión general de los niveles de vida durante la Revolución industrial. En sus primeras etapas parece proporcionar pruebas al lado «optimista»: las hilanderías son los multiplicadores que atraen a miles de trabajadores a domicilio y aumentan su nivel de vida. Pero a medida que su nivel de vida aumenta, su posición social y sus defensas disminuyen; y desde 1800 a 1840 el balance es casi absolutamente «pesimista». Si vamos a

\* But aw'll give o'er this trade, un work wi' a spade. / Or goo un' break stone upo' th' road ...

enjuiciar los niveles de vida de esos años, no en términos «futuristas», sino en los términos de las generaciones vivas que los experimentaron, entonces debemos ver a los tejedores como un grupo que no sólo no «compartió los beneficios» del progreso económico, sino que sufrió una decadencia drástica. Puesto que las textiles fueron las principales industrias de la Revolución industrial, y puesto que había muchos más adultos involucrados en las ramas del tejido que en las del hilado, esta parecería ser una forma tan válida de describir la experiencia de esos años como cualquier otra. La historia tradicional quizá debido a cuestiones de estilo dramático, fija su atención sobre el multiplicador (la *mule*, la fábrica y el vapor); nosotros hemos observado a la gente que se multiplicó.

Los «optimistas» reconocen, por supuesto, la situación de los tejedores; en todos los relatos hay alguna salvedad, que exceptúa a «unos pocos y reducidos grupos de población especialmente infelices, como los tejedores de telar manual», «un pequeño grupo en una comunidad que florece», o «bolsas de desempleo tecnológico».<sup>76</sup> Pero como muy bien sabía Clapham, los tejedores no se pueden describir de ningún modo como un «pequeño» grupo antes de los últimos años de la década de 1840. Los tejedores eran, y probablemente lo habían sido durante algunos cientos de años, el mayor grupo singular de trabajadores industriales de Inglaterra. Fueron los labradores de nuestras principales industrias. En algún momento entre 1820 y 1840 llegaron a ser los terceros en las listas de ocupación, después de los braceros agrícolas y los criados domésticos, y sobrepasando con mucho cualquier otro grupo industrial. «Nunca se hizo un censo de ellos [por ejemplo, de telares en el Reino Unido]; pero no pudieron ser menos de 500.000 y debieron ser muchos más.»<sup>77</sup> Las estimaciones para el Reino Unido, incluyendo los telares de algodón, lana, seda, hilo, lino, así como las ramas especializadas como el tejido de cintas (pero excluyendo a los tejedores de punto), se elevaban algunas veces hasta 740.000. Pero en muchas familias habría dos, tres y cuatro telares. La estimación de la Comisión Especial de 1834-1835 de que de 800.000 a 840.000 personas eran completamente dependientes del telar debe ser lo más exacto que podemos obtener.

El persistente mito de la libertad en una ideología anticuada permite que no hacer nada y dejar que las fuerzas económicas «naturales» infligjan daño a una parte de la comunidad constituya una justificación completa para una legislatura. El telar mecánico proporcionó una excusa de oro tanto al Estado como a los patronos. Pero, del mismo modo, podríamos considerar la historia de los tejedores como la expresión de la situación sumamente anormal que existía durante la Revolución industrial. En la historia de los tejedores tenemos un caso paradigmático de la actuación de un sis-

tema represivo y explotador sobre un grupo de trabajadores sin las defensas de las *trade unions*. El gobierno no sólo intervino contra sus organizaciones políticas y sus *trade unions*, también impuso a los tejedores el dogma negativo de la libertad del capital de forma tan intransigente como lo iba a hacer sobre las víctimas del hambre irlandesa.

Hoy en día todavía está presente el fantasma de este dogma. El profesor Ashton lamenta que los factores financieros retrasaran la inversión en telares mecánicos:

A veces se sugiere que los «males» de la Revolución industrial se debieron a la rapidez con que aquélla se produjo: el caso de los trabajadores textiles a domicilio indica exactamente lo contrario. Si en el tejido hubiese habido un hombre como Arkwright, si los tipos de interés se hubiesen mantenido bajos, si no hubiese habido inmigraciones ni subsidios con la *Poor Law*, la transferencia a la fábrica se hubiese realizado con rapidez y con menos sufrimientos. Tal y como se produjo, grandes cantidades de trabajadores siguieron, durante más de una generación, librando una batalla perdida contra la energía del vapor.<sup>78</sup>

Pero, como hemos visto, para los patronos de los telares mecánicos no era una «batalla», sino una gran ventaja tener una fuerza de trabajo barata adicional, como recurso en los buenos tiempos y como medio de mantener bajos los salarios de las mujeres y las chicas (de 8s. a 12s. en Manchester, en 1832) que atendían los telares. Además, apenas había «transferencia hacia la fábrica». Si la introducción del telar mecánico hubiese sido más rápida, sus consecuencias —siendo todo lo demás igual— habrían sido incluso más catastróficas.

Algunos historiadores de la economía parecen no estar dispuestos (quizá debido a un «progresismo» encubierto, que iguala el progreso humano con el crecimiento económico) a afrontar el hecho evidente de que la innovación tecnológica durante la Revolución industrial, hasta la época del ferrocarril, desplazó (excepto en las industrias del metal) al obrero cualificado adulto. Los obreros desplazados de ese modo pasaban a engrosar la provisión ilimitada de mano de obra barata que se empleaba en los penosos trabajos de pura fuerza humana muscular, que eran tan pródigos en la época. Había poca mecanización o ninguna en las minas, en los muelles, las ladrillerías, las fábricas de gas, la construcción, en la construcción de canales y tendidos de ferrocarril, en el acarreamiento y el porteo. El carbón todavía se subía a hombros por las largas escaleras de las bodegas de los barcos: en Birmingham todavía se podían alquilar hombres, en la década de 1830, por 1s. al día para acarrear arena en carretillas nueve millas por carretera y nueve millas de vuelta sin carga. La disparidad de salarios

de un mecánico (de 26s. a 30s.) o un carpintero (24s.) y el paleador (de 10 a 15s.) o el tejedor (digamos 8s.) en 1832 es tal que no podemos dejar que la explique sólo el conservadurismo social. Indica que los trabajos cualificados son los excepcionales, y que las condiciones en el trabajo manual no cualificado o en las industrias domésticas, lejos de ser «especialmente infelices» eran características de un sistema diseñado por los patronos, los legisladores y los ideólogos para abaratar el trabajo humano de todas las formas posibles. Y el hecho de que el tejido llegara a estar sobresaturado en un momento en que las circunstancias eran de rápido declive es una confirmación elocuente. En las industrias domésticas, escribió Marx, era donde la explotación era más

desvergonzada, porque en esos últimos reductos de las masas que se han vuelto «superfluos» debido a la industria y a la agricultura modernas, la competencia por el trabajo alcanza sus máximas cotas.<sup>79</sup>

Por supuesto, hay un argumento «futurista» que merece atención. De hecho, es un argumento que muchos obreros, que vivieron hasta llegar a tiempos mejores, aceptaron. Unos de esos obreros comentaba, a pesar de haber sufrido plenamente la transición:

... los tejedores del telar mecánico no tienen que comprarse los telares y una *jenny* que hile para ellos; o las bobinas, frascos y canastos; o pagar renta e impuestos para establecerse; tampoco tienen que pagar velas, o gas y carbón para iluminar y calentar el taller. No tienen que pagar las reparaciones, por el desgaste ... no tienen que comprar lanzaderas, recogedores, aparadores, mostradores, guáñilos, estacas, mallas y cuerdas. ... No tienen que atarse a los pedales y bancos ... ni deben vendar su muñeca para reforzarla. ... No tienen que ir a buscar hilazas ni preparar el urdido, reforzar los orillos, aprestar, sacar los tejidos a secar, estirarlos en el tendedero, sacarlos, humedecerlos y teñirlos; ni, además de todo, tendrían que seleccionar la lana, limpiarla y teñirla y *hacerlo todo a cambio de nada*.<sup>80</sup>

Si contemplamos el trabajo de los tejedores de telar manual bajo esta perspectiva, éste era verdaderamente penoso y obsoleto, y cualquier transición, por muy llena de sufrimientos que estuviese, estaría justificada. Pero este es un argumento que desestima el sufrimiento de una generación a cuenta de las ganancias del futuro. Para quienes sufrieron, este consuelo retrospectivo no sirve de nada.

## Notas

1. W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 43. Véase también M. D. George, *England in Transition*, Penguin, 1953, p. 63.
2. T. Exell, *Brief History of the Weavers of Gloucestershire*, citado en E. A. L. Moir, «The Gentlemen Clothiers», en H. P. R. Finberg (comp.), *Gloucestershire Studies*, Leicester, 1957, p. 247.
3. Emmerson Tennant, miembro del Parlamento por Belfast, en la Cámara de los Comunes, el 28 de julio de 1835.
4. Introducción de W. O. Henderson y W. H. Chaloner a F. Engels, *Condition of the Working Class in England in 1844*, 1958, p. xiv.
5. Citado por E. A. L. Moir, *op. cit.*, p. 226. Para la industria del oeste de Inglaterra, véase también D. M. Hunter, *The West of England Woollen Industry*, 1910, y J. de L. Mann, «Clothiers and Weavers in Wiltshire during the Eighteenth Century», en L. S. Presnell (comp.), *Studies in the Industrial Revolution*, 1960.
6. La copia del manuscrito que se encuentra en la Leeds Reference Library ha sido transcrita por F. B. en *Publications of the Thoresby Society*, XLI, Parte 3, n.º 95 (1974), pp. 275-279; hay resúmenes en H. Heaton, *Yorkshire Woollen and Worsted Industries*, 1920, pp. 344-347. El libro del profesor Heaton sigue siendo la principal autoridad sobre la industria doméstica en el Yorkshire durante el siglo XVIII.
7. Frank Pell, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril de 1884). Peel, historiador local de gran precisión, escribía hacia la década de 1830 en una zona del West Riding, en donde los maestros pañeros persistieron durante más tiempo.
8. Véase A. P. Wadsworth y J. de L. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire*, Manchester, 1931, p. 348.
9. *Ibid.* pp. 366-367.
10. W. Radcliffe, *Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828, p. 65.
11. J. Aikin, *A Description of the Country ... round Manchester*, 1795, p. 262. Obsérvese el temprano uso del término «clase obrera».
12. Radcliffe, *op. cit.*, p. 167.
13. Véase S. J. Chapman, *The Lancashire Cotton Industry*, Manchester, 1904, p. 40. Hay indicaciones de reducciones generalizadas alrededor de 1797. Una Asociación de Tejedores de Algodón, con sede en Bolton, afirmaba que los salarios se habían reducido a una tercera parte entre 1797 y 1799; reverendo R. Bancroft, 29 de abril de 1799, P. C. A. 155; A. Weaver, *Address to the Inhabitants of Bolton*, Bolton, 1799; Radcliffe, *op. cit.*, pp. 72-77. Pero los salarios parecen haber alcanzado su máximo de 45s. a 50s., por semana, en Blackburn en 1802; *Blackburn Mail* (26 de mayo de 1802).
14. J. Smith, *Memoirs of Wool*, 1747, II, p. 308.
15. Véase Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 387 y ss.
16. Aspinall, *op. cit.*, p. 271.
17. Petición de los tejedores en favor de un proyecto de ley de salario mínimo, 1807, suscrito —según se afirma— por 130.000 tejedores de algodón; véase J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, p. 74.
18. *State Trials* de Howell, vol. XXXI, pp. 1-98; Prentice, *op. cit.*, p. 33.
19. Hammond, *op. cit.*, pp. 109-121. Los documentos del Ministerio del Interior sobre la huelga de 1818, utilizados por los Hammond, son ahora plenamente asequibles en Aspinall, *op. cit.*, pp. 246-310.
20. Se pueden ver procesos similares en la industria del tejido de la seda de Spitalfields, en el siglo XVIII, en los que el telar mecánico no intervino para nada. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, p. 187.
21. Hammond, *op. cit.*, p. 123. Véase también la impresionante declaración de los tejedores de Manchester en 1823, en el libro de los Hammond, *Town Labourer*, pp. 298-301.



22. *Book of English Trades*, 1818, p. 441.
23. Para conocer relatos de la huelga, véase J. Burney, *History of Wool and Woolcombing*, 1889, pp. 166 y ss.; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, 1857, pp. 400 y ss.; *Trades Newspaper* (junio-septiembre de 1826); W. Scruton, «The Great Strike of 1825», *Bradford Antiquary*, 1888, I, pp. 67-73.
24. W. Scruton, *Bradford Fifty Years Ago*, Bradford, 1897, pp. 95-96.
25. Frank Peel, *op. cit.* La situación de los cardadores en la década de 1840 se describe en J. Burney, *op. cit.*, pp. 175-185; su repentina desaparición debido al perfeccionamiento de la maquinaria del cardado, en Bradford a finales de la década de 1840, es descrita por E. Sigsworth en C. Fay, *Round About Industrial Britain, 1830-1850*, 1952, pp. 123-128; para su extinción en Halifax en 1856, véase E. Baines, *Yorkshire Past and Present*, II, p. 415.
26. Citado en W. Cudworth, *Condition of the Industrial Classes of Bradford & District*, Bradford, 1887.
27. *Political Register*, 20 de junio de 1832.
28. W. B. Crump y G. Ghorbal, *History of Huddersfield Woollen Industry*, Huddersfield, 1935, pp. 120-121.
29. Éste es un argumento técnico difícil. Los testigos que comparecieron ante la *Comisión Especial para las Demandas de los Tejedores del Telar Manual* no coincidían en cuanto a si se debía estimar la proporción media de producción de tejidos de algodón sencillos en telares mecánicos y manuales en 3 a 1 o 5 a 1. Se afirmaba que el *dandy-loom*, un tipo de telar manual que funcionaba mecánicamente por lo que se refiere al movimiento de la tela en el telar, y a cuyo ritmo se debía adaptar el tejedor mediante acelerados movimientos de la lanzadera manejada de forma manual, trabajaba al mismo ritmo que el telar mecánico, pero con unos grandes costes en cuanto a la salud del tejedor. En el estambre, J. James estimaba que en el West Riding había 2.768 telares mecánicos en 1835, en comparación con los 14.000 telares manuales que se estimaban en el distrito de Bradford en 1838; hacia 1841 había 11.458 telares mecánicos en el West Riding. Las estimaciones que aparecen en el *Leeds Times* (28 de marzo, 11 de abril de 1835) indican que el tejedor de estambre que trabajaba en un telar mecánico (en general una muchacha o mujer que atendía dos telares) podía producir de dos y media a tres veces más que el tejedor manual. Pero durante los 15 años siguientes la velocidad de los movimientos de la lanzadora de un *six-quarter loom* pasó a ser más del doble (H. Forbes, *Rise, Progress, and Present State of the Worsted Manufactures*, 1852, p. 318). El telar mecánico Crossley para alfombras, patentado en 1851, podía tejer a una velocidad de 12 a 14 veces mayor que el telar manual («Reminiscences of Fifty Years by a Workman», *Halifax Courier*, 7 de julio de 1888).
30. Véase S. C. *on Handloom Weavers' Petitions*, 1835, p. 148 (2066).
31. *Ibid.*, 1835, p. 60 (465-466).
32. En el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 135-146, aparece una descripción de la fuerza del Comité de Tejedores de Norwich durante su resistencia a «esa cosa sucia que se llama trabajo a bajo precio» (desde el punto de vista de los patronos). Véanse también J. H. Clapham «The Transference of the Worsted Industry from Norfolk to the West Riding», *Econ. Journal*, XX.
33. *Leeds Times* (7 de marzo dd 1835).
34. R. Howard. Cirujano, *History of the Typhus of Hepstonstall-Slack*, Hebden Bridge, 1844.
35. J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, pp. 26-30.
36. R. Howard, *op. cit.*, *passim*.
37. J. Greenwood, «Reminiscences», *Todmorden Advertiser* (10 de septiembre de 1909); J. Hartley, «Memorabilia», *Todmorden and District News* (1903); W. Scruton, *op. cit.*, p. 92.
38. Véase también J. F. C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, p. 45; y M. D. George, *op. cit.*, p. 188, para los tejedores de Spitalfields. Esas tradiciones también eran fuertes en el West

- Country, Norwich y, de forma más señalada, entre los tejedores escoceses. En Spitalfields, los tejedores de seda daban apoyo a sociedades de matemáticas, historia, floricultura, entomología, recitación y música; G. I. Stigler, *Five Lectures on Economic Problems*, 1949, p. 26.
39. J. Harland, *Ballads and Songs of Lancashire*, 1865, pp. 223-227. («Eawr Marget declares, if hoo'd cloos to put on, / Hoo'd go up to Lunnon to see the great mon; / Un'if things didno' awter, when theere hoo had been, / Hoo says boo'd begin, un' feight blood up to th' e'en, / Hoo's nout agen th'king, bur hoo loikes a fair thing, / Un' hoo says hoo con tell when boo's hurt.»)
  40. *A Domestic Winter-piece* ... de Samuel Law, natural de Barewise, cerca de Todmorden, tejedor del Lancashire (Leeds, 1772). («Yes, the day long, and in each evening gloom, / I meditated in the soundign loom... / Meanwhile, I wove the flow'ry waved web, / With fingers colder than the icy glebe; / And oftentimes, thro' the whole frame of man, / Bleak chilling horrors, and a sickness ran.»)
  41. W. Heaton, *The Old Soldier*, 1857, pp. xix, xxiii.
  42. John Fielden declaró ante la Comisión Especial de 1835: «Pienso que por lo menos las tres cuartas partes de los fabricantes del vecindario en el que vivo han sido reducidos a la pobreza»...
  43. Para Ashton, diversas fuentes en Barnsley Reference Library. Para Pilling, véase *Chartist Trials*, 1843. Para Skevington, véase J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», en A. Briggs, *Chartist Studies*, 1959, pp. 130-131. Para White y Rider, véase Harrison, «Chartism in Leeds», *ibid.*, pp. 70 y ss.
  44. Radcliffe, *op. cit.*, p. 107.
  45. *Halifax Guardian* (8 de abril de 1848).
  46. G. H. Wood, *History of Wages in the Cotton Trade*, 1910, p. 112, ofrece salarios medios para los tejedores de algodón que fluctúan desde 18s. 9d. (1979); 21s. (1802); 14s. (1809); 8s. 9d. (1817); 7s. 3d. (1828); 6s. (1832). Estos datos, probablemente, subestiman el declive: en muchos distritos, en la década de 1830, el promedio era verdaderamente de 4s. 6d. En la mayoría de las ramas de estambre y la lana, el declive era el mismo, empezando un poco después y cayendo pocas veces con tal lentitud. Quienes prefieran las estadísticas pueden consultar las voluminosas pruebas de los Informes de la Comisión Especial y de los Comisarios Auxiliares; se encuentran útiles cuadros estadísticos en S. C. *on Hand-loom Weaver's Petitions*, 1834, pp. 432-433, 446; y en J. Fielden, *National Regeneration*, 1834, pp. 27-30.
  47. Estimación de telares mecánicos de algodón en Inglaterra: 1820, 12.150; 1829, 55.000; 1833, 85.000. Estimación del consumo de torzal en libras de peso: 1820, 87.096 millones de libras; 1829, 149.570 millones de libras. Estimación del número de tejedores manuales de algodón en el Reino Unido: 1801, 164.000; 1810, 200.000; 1820, 240.000; 1830, 240.000; 1833, 213.000; 1840, 123.000. Véase N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, pp. 137, 148-149, 207.
  48. En la parroquia de Halifax, en donde predominaba el estambre, el consumo de lana dio un salto desde los 3.657.000 de libras, en 1830, a los 14.423.000 de libras en 1850. Durante el mismo período, los telares mecánicos para estambre pasaron de ser algunos cientos a 4.000. En el sector del estambre de Bradford, la proporción de telares mecánicos respecto de telares manuales, en 1836, era todavía de 3.000 a 14.000, más o menos.
  49. S.C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 381 (4901), p. 408 (5217).
  50. *Ibid.*, 1835, p. 188 (2686).
  51. S.C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 283-288.
  52. J. Harland, *op. cit.*, pp. 259-261. («You go to church on Sunday, I'm sure it's nought but pride, / There can be no religion where humanity's thrown aside; / If there be a place in heaven, as there is in the Exchange, / Our poor souls must not come near there; like lost sheep they must range. / With the choicest of strong dainties your tables overspread, / With good ale and strong brandy, to make your faces red; You call'd a set of visitors —it is you whole delight— / And you lay your heads together to make our faces white. / You say that Bony-

party he's been the spoil of all, / And that we have got reason to pray for his downfall; / Now Bonyparty's dead and gone, and it is plainly shown / That we have bigger tyrants in Boneyes of our own.»)

53. Véase N. J. Smelser, *op. cit.*, p. 247. Para hacer justicia al profesor Smelser, debería añadirse que su libro, aunque profundamente insensible en sus argumentos generales, contiene algunas valiosas ideas sobre el efecto de los cambios tecnológicos en las relaciones familiares de los obreros del algodón.
54. S. C. on *Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1835, p. xv. He citado esta parte del Informe con el fin de corregir las informaciones incorrectas que hay en Smelser, *op. cit.*, pp. 263-264 y Clapham, *op. cit.*, I, p. 552.
55. *Journals of House of Commons and Hansard, passim; Reports of Hand-Loom Weavers Commissioners*, 1840, parte III, p. 590; A. Briggs, *Chartist Studies*, pp. 8-9.
56. Véase el diario de W. Varley, un tejedor, en W. Bennett, *History of Burnley*, Burnley, 1948, III, pp. 379-389; (febrero, 1827): «el mal y la enfermedad imperan por todas partes, y es normal que así sea, el helor y el hambre y el duro trabajo a que están sometidos los pobres. ... la viruela y el sarampión se llevan a los niños a razón de dos o tres por casa.»
57. *Op. cit.*, 1834, pp. 456-460.
58. Clapham, *op. cit.*, I, p. 552.
59. *Report and Resolutions of a Meeting of Deputies from the Hand-Loom Worsted Weavers residing in and near Bradford, Leeds, Halifax, &c.*, 1835.
60. *Leeds Times* (25 de abril de 1835).
61. S.C. on *Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 293 y ss. El testigo, R. M. Martin, fue autor de *Taxation of the British Empire*, 1833.
62. E. Elliott, *The Splendid Village, &c.*, 1834, I, p. 72.
63. *Halifax Guardian* (8 de octubre de 1836).
64. *Committee on the Woolen Trade*, 1806, p. 111 *et passim*.
65. T. W. Hanson, «Diary of a Grandfather». *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916.
66. I. Harland, *op. cit.*, p. 253. («So, come all you cotton-weavers, you must rise up very soon, / For you must work in factories from morning until noon: / You mustn' walk in your garden for two or three hours a-day, / For you must stand at their command, and keep your shuttles in play.»)
67. Véase la declaración de los tejedores de Manchester (1832): «Los males de la vida fabril son incalculables. ... Allí se mezcla la juventud, ignorante y sin control, de ambos sexos ... sin ningún tipo de vigilancia de los padres. ... Confinados en un calor artificial en perjuicio de su salud. ... El espíritu expuesto a la corrupción, y la vida y los miembros expuestos a la Maquinaria ... consumiendo una juventud en la que los 40 años de edad equivalen a los 60 en constitución física ... » (Hammond, *The Town Labourer*, p. 300).
68. S.C. on *Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 428 (5473), p. 440 (5618); p. 189 (2643-6).
69. Edwin Waugh, *Lancashire Sketches*, 1869, p. 128.
70. J. Harland, *op. cit.*, p. 253. («If you go into a loom-shop, where there's three or four pairs of looms, / They all are standing empty, encumbrances of the rooms; / And if you ask the reason why, the old mother will tell you plain, / My daughters have foresaken them, and gone to weave by steam.»)
71. A. Ure, *The Philosophy of Manufactures*, 1835, p. 481; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, pp. 619-620; James, *Continuation of the History of Bradford*, 1866, p. 227. Los informes subestiman, a menudo, a la mano de obra juvenil.
72. Ure, *op. cit.*, p. 474.
73. J. Fielden, *The Curse of the Factory System*, 1836, p. 68.
74. Los salarios que aquí se apuntan son los que dio como promedio la Cámara de Comercio de Manchester en 1832: véase *First Annual Report P. L. C.*, 1836, p. 331, y *British Almanac*, 1834, pp. 31-61.

75. J. Lawson, *Progress in Pudsey*, pp. 89-90.
76. Clapham, *Economic History*, I, p. 565; F. A. Hayek en *Capitalism and the Historians*, p. 28; R. M. Hartwell, «The Rising Standard of Living in England, 1800-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.<sup>a</sup> serie, XIII (abril 1961).
77. Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.
78. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution*, p. 117.
79. *El capital*, edición de 1938, p. 465. (Trad. cast. en OME (Obras de Marx y Engels), 40 (1976), 41 (1970), 42 (1980), Crítica, Barcelona.)
80. J. Lawson, *op. cit.*, p. 91.

# LA CONSCIENCIA DE CLASE

De *LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA*\*

## 1. La cultura radical

La década de 1820 parece extrañamente tranquila, comparada con los años radicales que la precedieron y los años cartistas que la siguieron: una meseta de paz social ligeramente próspera. Pero muchos años después un vendedor ambulante de Londres advertía a Mayhew:

La gente se imagina que cuando todo está tranquilo, todo está paralizado. Así y todo se sigue haciendo propaganda. Cuando todo está tranquilo germinan las semillas. Los Republicanos y los Socialistas están inculcando sus doctrinas.<sup>1</sup>

Esos tranquilos años fueron los años de la lucha de Richard Carlile a favor de la libertad de prensa; de la creciente fuerza de las *trade unions* y de la revocación de las *Combination Acts*; del desarrollo del librepensamiento, de la experimentación cooperativa y de la teoría owenita. Son años en que tanto los individuos como los grupos intentaron teorizar las experiencias gemelas que hemos descrito: la experiencia de la Revolución industrial, y la experiencia del radicalismo popular insurgente y derrotado. Y hacia el final de la década, cuando se produjo el punto álgido de la lucha entre la Vieja Corrupción y la Reforma, se puede hablar de una forma nueva por lo que se refiere a la consciencia de la población obrera en cuanto a sus intereses y su condición como clase.

En cierto modo podemos describir el radicalismo popular de esos años como una cultura intelectual. La consciencia articulada del autodidacta era, por encima de todo, una conciencia política. Porque la primera mitad

\* *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, 1989, II, pp. 313-452. («Class Consciousness», en *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963.)

del siglo XIX, cuando la educación formal de una gran parte de la población suponía poco más que el aprendizaje de las cuatro reglas, de ningún modo fue un período de atrofia intelectual. Las ciudades e incluso los pueblos bullían con la energía desplegada por los autodidactas. Una vez aprendidas las técnicas elementales de la lectura y la escritura, los peones, artesanos, tenderos, oficinistas y maestros de escuela procedían a instruirse, ya fuese individualmente o en grupos. Y muy a menudo los libros y los profesores eran los que la opinión reformadora aprobaba. Un zapatero que hubiese aprendido a leer en el Antiguo Testamento avanzaría penosamente leyendo *La edad de la razón*; un maestro de escuela cuya educación alcanzase poco más allá de las homilías respetables, intentaría leer a Voltaire, Gibbon, Ricardo; aquí y allá los líderes radicales locales, tejedores, libreros, sastres, acumularían estantes llenos de periódicos radicales y aprenderían cómo manejar los *Blue Books* parlamentarios; los trabajadores analfabetos irían, sin embargo, cada semana a una taberna en la que se leyese en voz alta y se discutiese el editorial de Cobbett.

De este modo los obreros se formaron una imagen de la organización de la sociedad a partir de su propia experiencia y con la ayuda de su educación desigual y a duras penas conseguida, que era, sobre todo, una imagen política. Aprendieron a contemplar sus propias vidas como parte de una historia general del conflicto entre, por una parte, las «clases industriales», imprecisamente definidas, y por otra la Cámara de los Comunes no reformada. Desde 1830 hacia adelante maduró una conciencia de clase, en el sentido marxista tradicional, definida con mayor claridad, en la que la población obrera se responsabilizó de seguir adelante por sí misma con las viejas y las nuevas batallas.

Es difícil hacer generalizaciones respecto de la difusión de la alfabetización en los primeros años del siglo. Las «clases industriales» estaban en contacto, por un extremo, con el millón o más de analfabetos o personas cuya instrucción superaba en poco la aptitud para deletrear unas pocas palabras o para escribir sus nombres. En el otro extremo había hombres con una considerable formación intelectual. El analfabetismo (deberíamos recordarlo) de ningún modo excluye a los hombres del discurso político. En la Inglaterra de Mayhew los cantores de baladas y los «charlatanes» tenían todavía una ocupación floreciente, con sus farsas callejeras y sus parodias de esquina que variaban según el humor popular y daban un aire radical o antipapal a sus monólogos satíricos o recitados, según la situación del mercado.<sup>2</sup> El trabajador analfabeto podía caminar millas para escuchar a un orador radical, igual que el mismo hombre (u otro) podía andar para no perderse un sermón. En momentos de agitación política los analfabetos harían que sus compañeros de trabajo les leyese en voz alta los periódicos.

cos; mientras que en los locales de reunión se leía el diario y en las reuniones políticas se dedicaba un tiempo enorme a leer discursos y a aprobar largas retahílas de resoluciones. El radical apasionado podía incluso atribuir una virtud de talismán a la posesión de obras predilectas que no podía leer por sí mismo. Un zapatero de Cheltenham que acudía puntualmente cada lunes a casa de W. E. Adams para que le leyese la «carta de Feargus», era sin embargo el orgulloso poseedor de varios de los libros de Cobbett, que tenía guardados cuidadosamente en una caja forrada de piel.<sup>3</sup>

Estudios recientes han aclarado muchas cosas acerca de la condición del lector de la clase obrera durante esos años.<sup>4</sup> Para simplificar una discusión difícil, podemos decir que más o menos dos de cada tres obreros podían leer de algún modo a principios de siglo, aunque bastantes menos podían escribir. A medida que se empezaron a notar los resultados de las escuelas dominicales y las escuelas diurnas, al igual que la voluntad de mejora personal entre la población obrera, el número de analfabetos disminuyó, aunque en las áreas donde se daban las peores condiciones de trabajo para los niños esta disminución sufrió un retraso. Pero la desventaja para leer era sólo la técnica elemental. La destreza para manejar argumentos abstractos y coherentes no era en absoluto innata; se debía adquirir afrontando dificultades casi insalvables: la falta de tiempo libre, el coste de las vendas (o de las gafas), así como las privaciones educativas. En el primer movimiento radical se utilizaban a veces ideas y términos que para algunos de los ardientes seguidores es evidente que tenían un valor más fetichista que racional. Varios de los rebeldes de Pentridge pensaban que un «Gobierno Provisional» aseguraría un abastecimiento más copioso de «provisiones»; mientras que, según un relato de los mineros del nordeste en 1819, «muchos de ellos creen que Sufragio Universal significa sufrimiento universal ... «si un miembro sufre, todos deben sufrir».<sup>5</sup>

La información relativa a los logros en cuanto a alfabetización de los obreros durante las dos primeras décadas del siglo, tal y como nos ha llegado, sólo sirve para ilustrar la locura de la generalización. En la época lúdica (cuyas acciones recibirían apoyo de pocas personas pero todas ellas obreras) los mensajes anónimos varían desde tímidos apóstrofes dedicados a la «Libertad con sus Risueños Atributos», a escritos en los muros que apenas se pueden descifrar. Podemos poner ejemplos de ambos tipos. En 1812 se le advirtió al juez de primera instancia Salford, que había pronunciado un veredicto de «homicidio justificado» sobre el cuerpo de un hombre muerto en el ataque a la fábrica de Burton,

... entérate, maldito insidioso, si la infame acción de Burton era «justificable»; las Leyes de los Tiranos son Dictados de la Razón. ¡Ten Cuidado, Estate Atento!

Un baño de un mes en la Laguna Estigia no borraría este sanguinario acto de nuestras mentes, al contrario aumenta la causa que nos ha sido legada y que provoca nuestra indignación.<sup>6</sup>

La carta acaba con «*Ludd finis est*», recordatorio de que Manchester se enorgullecía de poseer una escuela de gramática\* (a la que asistió el propio Bamford durante un corto período de tiempo), así como escuelas privadas en las que los hijos de los artesanos podían aprender suficiente latín para escribirlo. El otro papel se encontró en el mercado de Chesterfield. Su objetivo es el mismo, pero (a pesar de la desventaja del escritor) posee, de algún modo, una mayor convicción:

Le informo de que hay Seis Mil hombres que vendrán a por usted en abril y luego Iremos a Volar el edificio del Parlamento y Volaremos todo lo que se nos ponga por delante / el pueblo trabajador No Puede Aguantar Más / malditos sean todos Esos Canallas que gobiernan Inglaterra pero no os preocupéis cuando se dé la contraseña general y llegue Ned Lud con su ejército en seguida se producirá la gran Revolución y luego rodarán las cabezas de todos esos hombres importantes.

Otros de los prometidos desenlaces de la «contraseña general» eran: «Derumbaremos las Prisiones y asesinaremos al Juez cuando duerma.»<sup>7</sup>

No se trata sólo de una diferencia de estilo (nos dirán los críticos) sino también de sensibilidad. Podemos suponer que el primer texto fue escrito por un artesano canoso y con gafas, un zapatero remendón (o un sombrero o constructor de instrumentos) que tuviese a Voltaire, Volney y Paine en su anaquel y un gusto por los grandes trágicos. Entre los prisioneros del Estado de 1817 había otros hombres de esa clase procedentes del Lancashire: William Ogden, impresor de 70 años, que escribió a su esposa desde la prisión: «aunque lleve grilletes, haré frente a mis enemigos como el Gran Caractacus cuando se encontró en la misma situación»; Joseph Mitchell, otro trabajador de imprenta, cuyas hijas se llamaban Mirtilla, Carolina y Cordelia, y que —al nacer otra hija suya mientras estaba en prisión— escribió apresuradamente a su esposa para proponerle que la niña se llamase Porcia; o el mismo Samuel Bamford, cuyas instrucciones para su esposa eran más precisas: «la esposa de un Reformador debería ser una heroína».<sup>8</sup> La segunda carta (podemos estar casi seguros) es obra de un minero del carbón o un tejedor de medias de una aldea. Es del mismo tipo que la carta, más irónica, que dejó un minero de la cuenca del

\* Tipo de escuelas fundadas en el siglo xvi, o antes, en Inglaterra, para enseñar la gramática latina. (N. de la t.)



nordeste en casa de un vigilante de la mina en 1831, en la que él y algunos compañeros habían irrumpido en un alboroto producido durante una huelga:

La otra noche estuve en su casa y me encontré muy cómodo. No tiene familia, y es sólo un hombre de la mina, vi que tiene muchas habitaciones, y grandes bodegas, y abundancia de vino y cerveza en ellas, de los cuales me bebí mi parte. Ahora bien, conozco a algunos de nuestra mina de carbón que tienen tres o cuatro muchachos y pequeños, y que viven en una estancia ni la mitad de amplia que vuestra bodega. No pretendo saber mucho, pero sé que no deberían existir tantas diferencias. El único lugar donde podemos ir los fines de semana es a la cervecería a beber una jarra de cerveza. No pretendo ser un aprovechado, pero sé, y muchos de mis compañeros te conocen, que no se nos trata como debería, y un gran filósofo dice, adquirir conocimiento es saber que somos ignorantes. Pero nosotros hemos empezado ya a enterarnos y vosotros patronos y propietarios podéis tener cuidado, porque no vais a seguir haciendo tanto lo que queráis, ahora vamos nosotros a hacerlo ...<sup>9</sup>

«Aunque las sociedades bíblicas y las escuelas dominicales no sirvieran para otra cosa —observó Sherwin— al menos produjeron un efecto benéfico: fueron el medio para que miles y miles de niños aprendiesen a leer.»<sup>10</sup> Las cartas de Brandreth y su esposa, de los conspiradores de la calle Cato y de otros acusados del Estado nos dan cierta idea de esta gran área que se encuentra entre los logros de los artesanos cualificados y los de aquellos que apenas sabían leer y escribir. En algún punto intermedio podemos situar a la señora Johnston, dirigiéndose a su marido («Mi querido Johnston»), oficial de sastrería, que estaba en prisión:

... créeme Querido mío si te digo que no hay un solo día ni una hora durante el día en que mi mente no esté más o menos ocupada pensando en ti. Puedo invocar al todopoderoso para afirmar que es cierto y cuando me retiro a descansar le rezo a Dios para que perdone a todos mis enemigos y cambie sus corazones ...

Junto a ésta podemos colocar la carta que el carpintero de Sheffield, Wolsstenholme, escribió a su esposa:

Nuestro Ministro me ha prestado cuatro volúmenes del Almanaque Misionero que me proporcionan la gran satisfacción de ver cómo el Señor prosigue su obra de gracia en países lejanos.

Esta carta la escribió con dificultades, puesto que «se me han roto las gafas».<sup>11</sup> Estas cartas están escritas en momentos en que se disponía de un tiempo libre desacostumbrado. Casi podemos imaginar a Wolstenholme deletreando laboriosamente sus palabras y deteniéndose para consultar a un prisionero más «letrado» cuando tropezó con el obstáculo de «satisfacción». La señora Johnston pudo haber consultado (pero probablemente no lo hizo) a uno de los escritores «profesionales» de cartas que se encontraban en la mayor parte de ciudades y pueblos y que escribían las cartas de forma correcta por 1d. cada vez. Porque, incluso entre los que sabían leer y escribir, la comunicación epistolar era una ocupación poco habitual. Sólo el coste del franqueo hacía que fuese algo prohibitivo a menos que se hiciese a intervalos irregulares. Ya que una carta que tuviese que ir desde el norte hasta Londres podía costar 1s. 10d., y sabemos que tanto la señora Johnston como la señora Wolstenholme padecían privaciones en ausencia de sus esposos; los zapatos de la señora Johnston estaban llenos de agujeros y no se había podido comprar otros desde que habían detenido a su marido.

Todos los acusados de la calle Cato, al parecer, eran capaces de escribir de algún modo. Brunt, el zapatero, salpicaba algunos versos sarcásticos con palabras francesas, mientras James Wilson escribía:

La Causa que dio valor al brazo de Bruto  
para matar a un Tirano con temor  
la causa por la cual murió el valeroso Hamden  
por la cual el Intrépido Tell desafió  
la insolencia y el orgullo de los Tiranos.\*

En el otro extremo, Richard Tidd, otro zapatero, sólo pudo juntar las siguientes palabras: «Señor Tengo una Letra muy Mala para Escribir».<sup>12</sup> Por supuesto, no podemos coger a estos hombres como «muestra», puesto que su implicación en la actividad política indica que pertenecían a la minoría más consciente de seguidores de la prensa radical. Pero nos pueden servir para prevenirnos contra la *subestimación* de la difusión real de la lectura y la escritura.<sup>13</sup> Los artesanos son un caso especial, la *élite* intelectual de la clase. Pero dispersas por todas partes de Inglaterra, había muchas instituciones educativas para la población obrera, aunque «institución» es una palabra demasiado formal para denominar a la escuela de señoras, la escuela nocturna de un penique a la semana en la que trabajaban un tullido

\* The Cause wich nerved a Brutus arm / to strike a Tirant with alarm / the cause for wich brave Hamden died / for wich the Galant Tell defied / a Tirants insolence and pride.

de la fábrica o un minero herido, o las mismas escuelas dominicales. En los valles de los Peninos, donde los hijos de los tejedores eran demasiado pobres para pagar pizarras o papel, se les enseñaban las letras dibujándolas con los dedos en una superficie de arena. Aunque miles de ellos perdiesen estos aprendizajes elementales cuando llegaban a la edad adulta por otra parte, el trabajo de las iglesias inconformistas, de las sociedades de socorro mutuo y de las *trade unions*, y las necesidades de la misma industria, todo exigía que esos conocimientos se consolidasen y avanzasen.

Me he dado cuenta de que, explicaba en 1824 Alexander Galloway, el patrono mecánico, debido a la forma de organizar mi trabajo, mediante dibujos y descripciones escritas, si un trabajador no sabe leer y escribir no me sirve de mucho; si un hombre solicita trabajo y dice que no sabe leer y escribir no se le hacen más preguntas ...<sup>14</sup>

En la mayoría de los oficios, los oficiales y los pequeños patronos se encontraban con que algunas nociones de lectura y manejo de números eran una necesidad profesional.

Por los distritos obreros no sólo circulaba el cantor de baladas, sino también el «contador» o «calendarista» vendiendo libritos,<sup>15</sup> almanaques, oraciones mortuorias y (entre 1816 y 1820 y en diversos intervalos a partir de entonces) periódicos radicales. Uno de esos «calendaristas», que viajaba en representación de Cowdrey y Black, los «impresores sediciosos [es decir *whigs*] de Manchester», fue detenido por los magistrados en 1812 porque se encontró escrito en sus catálogos: «Abajo el rey ciego; viva Ned Ludd».<sup>16</sup> Una de las características más impresionantes del radicalismo de la posguerra fue su esfuerzo continuado por ampliar esos logros y elevar el nivel de conciencia política. En enero de 1816 se formó ya en Barnsley un club de tejedores, con una cuota de un penique al mes, con el objetivo de comprar diarios y periódicos radicales. Los clubs Hampden y las *political unions* se preocuparon de crear «Sociedades de lectura» y en los centros urbanos más grandes abrieron salas de periódicos o de lectura, como la de Hanley en las Potteries. Esta sala estaba abierta al público desde las 8 de la mañana hasta las 10 de la noche. Se imponían multas por blasfemar, utilizar lenguaje soez y por embriaguez. Cada tarde se «leían públicamente» los periódicos de Londres. Según Joseph Mitchell, en las salas de la unión de Stockport en 1818, los lunes por la noche había reunión de los jefes de clase; los martes, «lecturas morales y políticas»; los miércoles, «una conversación o debate»; los jueves, se enseñaba «gramática, aritmética, etc.»; la tarde del sábado se dedicaba a la relación social; mientras que el domingo había una escuela diurna tanto para los adultos como para los niños.

En Blackburn los miembros de la Sociedad Femenina en favor de la Reforma se comprometieron «a hacer el máximo esfuerzo para inculcar en el espíritu de nuestros hijos un odio profundo y enraizado hacia nuestros corruptos y tiránicos gobernantes.» Uno de los medios utilizados para ello era «El Mal Alfabeto para el uso de los Hijos de las Mujeres Reformadoras»: la B era para *Bible*, *Bishop* y *Bigotry*; la K para *King*, *King's evil*, *Knave* y *Kidnapper*; la W para *whig*, *Weakness*, *Wavering* y *Wicked*.\*

A pesar de la represión que se produjo después de 1819, la tradición de tener estas salas de periódicos (que algunas veces estaban contiguas a la tienda de algún librero radical) siguió durante la década de 1820. En Londres, después de la guerra hubo un *boom* de los cafés, muchos de los cuales tenían esta doble función. Hacia el año 1833, en el famoso «Café y Sala de Lectura» de John Doherty anejo a su librería de Manchester, se recibían cada semana por lo menos 96 periódicos, incluyendo los ilegales «*unstamped*».\*\* En las ciudades más pequeñas y en los pueblos los grupos de lectura eran menos formales pero no por ello eran menos importantes. Se reunían a veces en las tabernas, los «despachos ilegales» o en casas privadas; algunas veces el periódico se leía y discutía en el taller. El elevado coste de los periódicos, en la época en que los «impuestos sobre los conocimientos» fueron más gravosos, hizo que cientos de pequeños grupos llegasen a acuerdos *ad hoc* y se asociasen para comprar el periódico elegido. Durante la agitación en favor del proyecto de ley de reforma, Thomas Dunning, un zapatero de Nantwich, se unió con sus compañeros de taller y «nuestro ministro unitarista ... para suscribirnos al *Weekly Dispatch*, cuyo precio era 8<sup>1</sup>/<sub>2</sub>d., y como el impuesto de sellado era de 4d., resultaba demasiado caro para un crispín\*\*\* mal pagado ...»<sup>17</sup>

La tirada de la prensa radical fluctuaba notablemente. El segundo *Register* de Cobbett oscilaba, en su momento de auge, de octubre de 1816 a febrero de 1817, entre aproximadamente 40.000 y 60.000 ejemplares a la semana, cifra que estaba muy por encima de la de cualquier competidor.<sup>18</sup> El *Black Dwarf* alcanzaba unos 12.000 en 1819, aunque esta cifra probablemente aumentó después de Peterloo. Después, el impuesto del timbre (y la recesión del movimiento) restringieron severamente la circulación, aunque los periódicos de Carlile se mantuvieron en la cifra de los miles durante la mayor parte de la década de los veinte. Con la agitación relativa al

\* *Bible*, Biblia; *Bishop*, obispo; *Bigotry*, intolerancia; *King*, rey; *King's evil*, maldad real; *Knave*, bellaco; *Kidnapper*, raptor; *Weakness*, falta de voluntad; *Weavering*, inconstancia; *Wicked*, malvado. (N. de la t.)

\*\* Sin timbre oficial porque no habían pagado los impuestos correspondientes. (N. de la t.)

\*\*\* Forma de denominar a un zapatero, en alusión a san Crispín, patrono de los zapateros. (N. de la t.)

proyecto de ley de reforma, la prensa radical pasó a tener una vez más una mayor tirada; tanto el *Voice of the People* de Doherty, 30.000, como el *Gauntlet* de Carlile, 22.000; el *Poor Man's Guardian* de Hetherington, 16.000, así como una docena de periódicos menores, como el *Destructive*, llegaban a varios miles. El descenso en la venta de los costosos semanarios (cuyos precios iban de 7d. a ls.), durante la década del impuesto del timbre, fue subsanado en gran medida por el aumento de las ventas de libros baratos y folletos individuales, que abarcaban desde *The Political House that Jack Built* (100.000), hasta el *Cottage Economy* de Cobbett (50.000, entre 1822-1828), *History of the Protestant «Reformation»* y *Sermons* (211.000, entre 1821 y 1828). En el mismo período, en la mayor parte de los grandes centros urbanos había uno o más (y en Londres había una docena) diarios o semanarios que, aunque no eran reconocidamente «radicales», sin embargo iban dirigidos a ese amplio público radical. Grupos tan influyentes como la Sociedad para la Promoción del Saber Cristiano y la Sociedad para la Difusión del Conocimiento útil, especialmente reconocieron el crecimiento de este muy amplio público de lectores, de carácter *petit-bourgeois* y obrero, e hicieron esfuerzos extremos y fueron pródigamente subvencionados para dirigir a los lectores hacia asuntos más saludables y edificantes.<sup>19</sup>

Esta era la cultura —con sus vehementes disputas alrededor de los puestos de los libreros, en las tabernas, talleres y cafés— que Shelley saludó en su «Canción para los Hombres de Inglaterra» y en el seno de la cual maduró el genio de Dickens. Pero es equivocado considerarlo como un «público lector» único e indiferenciado. Podemos afirmar que había varios «públicos» distintos que se influían y se solapaban mutuamente, organizados sin embargo según principios diferentes. Entre los más importantes se encontraba el público comercial, pura y simplemente, que se podía explotar en momentos de excitación radical (los juicios de Brandreth o de Thistlewood eran tan vendibles como otras «confesiones en el lecho de muerte»), pero que interesaba siguiendo el simple criterio de la rentabilidad; los diversos públicos más o menos organizados alrededor de las iglesias o los institutos de trabajadores manuales; el público pasivo, al que las sociedades edificantes intentaban captar y redimir; y el público activo, el radical, que se organizaba frente a la implantación de las *Six Acts* y de los impuestos sobre el conocimiento.

La lucha por crear y mantener a este último tipo de público se encuentra admirablemente explicada en la obra de W. D. Wickwar *The Struggle for the Freedom of the Press*.<sup>20</sup> Quizá en ningún otro país del mundo se produjo una lucha por los derechos de la prensa tan encarnizada, tan claramente victoriosa y tan particularmente identificada con la causa de los artesa-

nos y los obreros. Si Peterloo (por una paradoja de los sentimientos) estableció el derecho de manifestación pública, los derechos de una «prensa libre» se ganaron en una campaña de cincuenta años o más de duración, que no tiene parangón en cuanto a su testarudez, su virulencia y su atrevimiento indomable. Carlile (un hojalatero que sin embargo había recibido un año o dos de educación en una escuela de gramática en Ashburton, en Devon) percibió correctamente que la represión de 1819 convertía los derechos de la prensa en el punto de apoyo del movimiento radical. Pero, a diferencia de Cobbett y Wooler, que cambiaron de tono para enfrentarse a las *Six Acts* con la esperanza de vivir para luchar más adelante (y que por consiguiente perdieron público), Carlile enarboló la bandera negra del desafío incondicional y, al igual que una lancha pirata, arremetió derecho hacia el centro de las flotas coordinadas del Estado y la Iglesia. Ahora bien, puesto que en las secuelas de Peterloo compareció en un juicio (por publicar las obras de Paine), toda la prensa radical saludó su valentía, pero le dio por perdido. Cuando por fin apareció tras años de encarcelamiento, las flotas coordinadas habían desaparecido desordenadamente por el horizonte. Había agotado las municiones del gobierno y había convertido a éste en el hazmerreír por sus informaciones *ex officio* y sus jurados especiales. Había hundido claramente las sociedades de acusación privadas, la Asociación Constitucional (o «Grupo de la calle Bridge») y la Sociedad contra el Vicio, que se sostenían gracias al patrocinio y a las aportaciones monetarias de la nobleza, los obispos y Wilberforce.

Por supuesto, Carlile no consiguió este triunfo por sí solo. El primer *round* de la batalla se libró en 1817, cuando se hicieron 26 procesos por sedición y libelo blasfemo y 16 informaciones *ex officio* presentadas por los representantes legales de la Corona.<sup>21</sup> En aquel año, los laureles de la victoria les correspondieron a Wooler y Hone y a los jurados de Londres que se negaron a condenar. Wooler dirigió su propia defensa; era un orador dotado, con cierta experiencia en los tribunales, y se defendió con habilidad utilizando el estilo libertario grandilocuente. Los resultados de los dos juicios contra él (5 de junio de 1817) fueron: un veredicto de «Inocente» y un confuso veredicto de «Culpable» (con la objeción de tres jurados) que más tarde fue alterado en el tribunal de la jurisdicción real.<sup>22</sup> Los tres procesos de William Hone, en diciembre de 1817, se cuentan entre los más divertidos procesos legales que jamás se han registrado. Hone, un pobre librero y antiguo miembro de la London Corresponding Society, fue encausado por publicar libelos blasfemos en forma de parodias sobre el catecismo, la letanía y el credo. De hecho, Hone sólo era un exponente particularmente ingenioso de una forma de buscapiés político que existía desde hacía mucho tiempo entre los vendedores de periódicos y los charlatanes, y que practi-

caban de forma más sofisticada los hombres de todos los partidos, desde Wilkes a los que escribían en el *Anti-Jacobin*. Desde luego Hone no pensaba que sus parodias fuesen dignas de poner en peligro su libertad. Cuando empezó la represión de febrero de 1817, intentó deshacerse de ellas; y fue Carlile, al volverlas a publicar, quien obligó al gobierno a actuar. Aquí hay una muestra:

Señor Nuestro que estás en el Tesoro, sea cual sea tu nombre, prolongado sea tu poder y hágase tu voluntad en todo el imperio, como ocurre en cada sesión. Danos las dádivas de cada día y perdónanos nuestras ocasionales faltas debidas a las discordias; así como nosotros prometemos no perdonar a aquellos que actúan contra ti. No nos saques de nuestros escaños, manténnos en la Cámara de los Comunes, tierra de Pensiones y de Abundancia; y líbranos del Pueblo. Amén.

Hone estuvo en prisión, con poca salud, desde mayo hasta diciembre, porque no pudo conseguir la fianza de 1.000 libras. Había despertado la furia particular y personal de miembros del gabinete a quienes atribuyó nombres que ya no se olvidaron: «Old Bags» (el lord canceller Eldon), «Derry Down Triangle» (Castlereagh) y «The Doctor» (Sidmouth). Cuando se supo que pretendía dirigir su propia defensa no se tuvieron muchas esperanzas. Pero Hone se había estado preparando durante el tiempo que estuvo en prisión, recogiendo ejemplos, del pasado y del presente, de otros escritores de parodias; y en su primer juicio ante el juez Abbott, consiguió la absolución. Los dos días siguientes, los juicios estuvieron presididos por el viejo, enfermo y malhumorado *Lord Chief Justice* Ellenborough en persona. Una página tras otra de la transcripción están llenas de las interrupciones de Ellenborough, de las imperturbables reconvenções de Hone a la conducta del *Chief Justice*, la lectura de ridículas parodias entresacadas de diversas fuentes y las amenazas del sheriff de detener «a la primera persona que vea reír». A pesar de la inquebrantable acusación de Ellenborough («...en obediencia a su conciencia y a su Dios, declaraba que aquello era un libelo extremadamente impío y profano...») el jurado pronunció dos veredictos más de «Inocente», con la consecuencia de que (se dice) Ellenborough se retiró a su habitación de enfermo para no volver a salir jamás. A partir de aquel momento —incluso en 1819 y 1820— todas las parodias y las provocaciones fueron inmunes al procesamiento.<sup>23</sup>

No es fácil mantener la persecución frente al ridículo. Ciertamente, hay dos cosas que sorprenden con relación a las batallas de la prensa de estos años. La primera, no la solemnidad, sino el placer con que Hone, Cruikshank, Carlile, Davison, Benbow y otros acosaban a la autoridad. (Hetherington

continuó esta tradición, paseándose ante las narices de los policías, en su trabajo como editor del *unstamped Poor Man's Guardian*, con el inverosímil disfraz de cuáquero.) El encarcelamiento motivado por ser un editor radical no acarreaba odio, sino honor. Una vez que los editores hubieron decidido que estaban dispuestos a ir a la cárcel, se superaban unos a otros con recursos nuevos para mostrar a sus oponentes bajo sus aspectos más ridículos. La Inglaterra radical estuvo encantada (y Hazlitt más que nadie) cuando Sherwin resucitó el *Wat Tyler*, la impertinencia republicana de la juventud de Southey. Southey, que ahora era poeta laureado, tuvo un papel destacado en el clamor levantado para reprimir la licencia sediciosa de la prensa, e intentó imponer una interdicción contra Sherwin por violación de los derechos de autor. Lord Eldon rechazó la interdicción: el tribunal no podía darse por enterado de la propiedad en los «beneficios profanos de las publicaciones difamatorias». «¿No es un poco extraño —preguntaba Hazlitt— que mientras este *gentleman* intenta conseguir una interdicción contra sí mismo como autor de *Wat Tyler*, aconseje leyes que nos amordacen, compensando así por la fuerza la debilidad de su argumento?»<sup>24</sup> Por otra parte, Carlile (que se había hecho cargo de los negocios de Sherwin) estaba más que contento de que se hubiese rechazado la interdicción, puesto que las ventas del poema eran una fuente de beneficios estable en aquel difícil momento de los inicios del negocio. «¡Glorioso tú, Oh Southey! —escribió 6 años más tarde—: *Wat Tyler* siguió siendo una fuente de beneficio cuando otras publicaciones políticas dejaron de serlo. El mundo no sabe cuánto le debe todavía a Southey.»<sup>25</sup>

Los incidentes de la publicación pirata de *Queen Mab* y la *Vision of Judgement* forman parte de la misma estrategia de exaltación. Nunca se había retratado a un monarca británico en actitudes tan ridículas ni en términos tan odiosos como a Jorge IV durante la agitación de la reina Carolina, y particularmente en las obras de Hone y Cruikshank *Right Divine of Kings to Govern Wrong*, *The Queen's Matrimonial Ladder*, *Non Mi Ricordo* y *The Man in the Moon*. La obra de los mismos autores *Slap at Slop and the Bridge-Street Gang*, 1822, apareció con el formato del *New Times* subvencionado por el gobierno, completado con un remedo de sellado de periódico con el dibujo de una zarpa de gato y la divisa: «Pone su Garra en Todas las Cosas», y con anuncios burlescos y listas de nacimientos y defunciones grotescos:

#### BODA

Su Majestad Imperial el Príncipe Despotismo, tísico, con Su Suprema Antigüedad, la IGNORANCIA de Dieciocho Siglos, en decadencia. Los trajes nupciales fueron extremadamente espléndidos.



Mientras Carlile seguía luchando desde la cárcel, los escritores satíricos atormentaban con fuego a sus acusadores.

El segundo aspecto es la auténtica tenacidad de la tradición libertaria y constitucional, a pesar del asalto por parte del gobierno. No son sólo los apoyos que encontramos en lugares inesperados —la lista de aportaciones monetarias en favor de Hone estaba encabezada por las donaciones de un duque *whig*, un marqués y dos condes— lo que indicaba la existencia de un malestar en la propia clase dirigente. Lo que es manifiesto en los informes de los representantes legales de la Corona, en todos los juicios políticos, es la cautela con que actuaban. Eran conscientes en particular de la poca fiabilidad (para sus fines) del sistema de jurado. Por la *Libel Act* de Fox, de 1792, el jurado juzgaba tanto el libelo como el hecho de haberlo publicado; y por mucho que los jueces intentasen dejar esto último de lado, en realidad esto significaba que 12 ingleses debían decidir si creían que el «libelo» era lo bastante peligroso como para merecer la cárcel o no. El rechazo de una acusación del Estado suponía un golpe moral para la autoridad, que sólo se podía reparar con tres que tuviesen éxito. Incluso en los años 1819-1821, cuando el gobierno y las sociedades de acusación ganaban casi todos los casos<sup>26</sup> (en parte debido a su mejor despliegue de recursos legales y su influencia sobre los jurados, en parte porque Carlile estaba en su momento más provocativo y había cambiado su campo de batalla desde la sedición a la blasfemia), no se puede todavía hablar de despotismo «totalitario» o «asiático». Los informes de los juicios, que contenían los mismos pasajes —algunas veces, por cierto, libros enteros que los abogados defensores leían ante el tribunal— por los que se condenaba al acusado, se divulgaban ampliamente. Carlile siguió editando el *Republican*, de forma imperturbable, desde la cárcel; algunos de sus trabajadores, por cierto, emprendieron en la prisión la edición de otro periódico, como forma de perfeccionamiento. Si bien el *Black Dwarf* de Wooler desapareció en 1824, Cobbett siguió en pie. De todos modos, en los primeros años de la década de 1820 estuvo muy suavizado. No le gustaban el republicanism y el deísmo de Carlile, ni su influencia sobre los artesanos de los grandes núcleos urbanos; y progresivamente volvía hacia el campo y se distanciaba del movimiento obrero. (En 1821 emprendió el primero de sus *Rural Rides*, en el que parece que su genio haya al fin encontrado la forma y el contenido adecuados.) Pero, incluso a esta distancia, el *Political Register* siempre estuvo allí, con sus columnas —al igual que las del *Republican*— abiertas para explicar cualquier caso de persecución, desde Bodmin hasta Berwick.

Los honores de esta lucha no pertenecen a una sola clase. John Hunt y Thelwall (que ahora se encontraban firmemente entre los moderados de la clase media) se contaban entre los perseguidos por el «Grupo de la calle

Bridge»; sir Charles Wolseley, Burdett y el reverendo Joseph Harrison estaban entre los encarcelados por sedición. Pero Carlile y los que trabajaban en su taller fueron los que llevaron más lejos el desafío. Hacia 1823 se había ganado la primera batalla, aunque se produjesen nuevos procesamiento a finales de los años veinte y principios de los treinta, y los casos de blasfemia llegasen hasta la época victoriana. El mayor delito de Carlile fue seguir con la publicación completa de los *Political Works* y los *Theological Works* de Tom Paine; porque estas obras, aunque circulaban clandestinamente en los enclaves de los *old Jacks* en las ciudades, habían sido prohibidas después del juicio *in absentia* de Paine en 1792, y los sucesivos procesos a Isaac Eaton durante las guerras. A ello añadió otros muchos delitos a medida que la lucha avanzaba, y a medida que él mismo pasaba del deísmo al ateísmo, y lanzaba provocaciones —como la defensa del asesinato—<sup>27</sup> que desde cualquier punto de vista eran incitaciones al procesamiento. Era un hombre indómito pero escasamente simpático, y los años que pasó en la cárcel no mejoraron su carácter. Su fuerza residía en dos cosas. Primera, no admitía siquiera la posibilidad de la derrota. Y segunda, tenía a su espalda la cultura de los artesanos.

La primera característica no es tan evidente como parece. A menudo, hombres enérgicos habían sido silenciados y derrotados (como en la década de 1790). Aunque es cierto que la divisa de la determinación de Carlile («EL TALLER DE LA CALLE FLEET NO SE CERRARÁ CON UNA DILIGENCIA RUTINARIA») era particularmente difícil de encarar por parte de las autoridades. No importa cuánta ley tuviesen de su lado, con los procesamiento siempre provocarían odio. Pero, con las *Six Acts*, se habían dotado con el poder de *desterrar* a los autores de la sedición, por ofensas mucho menores que las que Carlile cometía y de las que se enorgullecía. El hecho de que ni siquiera en 1820 se utilizase esta disposición de la ley testimonia el delicado equilibrio del momento y los límites que se le imponían al poder por parte del consenso de la opinión constitucional. Aparte del destierro, era imposible silenciar a Carlile, a no ser que se le decapitase o, más posiblemente, se le sometiese a un confinamiento solitario. Pero hay dos motivos que explican que el gobierno no tomase medidas extremas: primero, ya hacia 1821 les parecía menos necesario, puesto que los mayores impuestos del timbre estaban dando resultados. Segundo, después de los primeros enfrentamientos parecía que si se silenciaba a Carlile, aparecerían media docena de nuevos Carliles en su lugar. Las dos primeras que lo hicieron *eran*, de hecho, Carliles: su esposa y su hermana. Después, aparecieron los «trabajadores del taller». Según un cálculo, antes de que hubiese terminado la batalla, Carlile había recibido la ayuda de 150 voluntarios, que entre todos —trabajadores del taller, impresores y vendedores de periódicos— cum-

plieron 200 años de cárcel. En el *Republican* salió el anuncio pidiendo voluntarios, hombres «que fuesen libres y deseosos de servir en el Cuerpo del General Carlile»:

Debe quedar muy claro que el motivo de crear estos voluntarios NO ES EL BENEFICIO ... sino la dedicación a propagar los principios y el sacrificio de la libertad para este propósito; porque, aunque R. Carlile se compromete a ... prestarles todo el apoyo que esté en su mano, en caso de que encarcelen a muchos de ellos, no cuenta con tanta propiedad o posibilidades como para poder prometer cualquier suma semanal ...<sup>28</sup>

Desde aquel momento en adelante, el «Templo de la Razón» de la calle Fleet apenas estuvo desocupado más de un día. Los hombres y las mujeres que se presentaron a Carlile eran, casi todos, completamente desconocidos para él. Simplemente venían de Londres, o llegaban en el coche desde el Lincolnshire, Dorset, Liverpool y Leeds. Procedían de una cultura.

No se trataba de la cultura «obrera» de los tejedores o de los mineros del Tyneside. Entre las personas más destacadas en la lucha encontramos oficinistas, dependientes, el hijo de un labrador; Benbow, el zapatero convertido en librero; James Watson, el almacenista de Leeds que «tenía a su cargo un caballo de montar» en la tienda de un droguero; James Mann, el tundidor que se había hecho librero (también de Leeds). La tradición intelectual se derivaba en parte de la época jacobina, el círculo que en un tiempo se había movido alrededor de Godwin y Mary Wollstonecraft, o los miembros de la SCL, cuyo auténtico portavoz —John Gale Jones— fue uno de los partidarios más constantes de Carlile. En parte era una tradición nueva, que debía algo a la creciente influencia de Bentham y algo a los «cristianos librepensadores» y a los unitaristas, como Benjamin Flower y W. J. Fox. Tenía contacto con esa vigorosa subcultura de los «editores de los periódicos dominicales y los conferenciantes del Instituto de Surrey» a quienes tanto despreciaban el *Blackwood* y la cultura oficial: maestros de escuela, estudiantes de medicina pobres o funcionarios del Estado que leían a Byron, a Shelley y el *Examiner*, y no eran *whigs* ni *tories*, sino que «acostumbraban a considerar cada uno por sí mismo lo que era correcto e incorrecto».<sup>29</sup>

De poco sirve etiquetar esta cultura como *bourgeois* o *petit-bourgeois*, aunque Carlile tenía buena parte del individualismo que (en general, se supone) caracteriza a esta última. Se acercaría más a la verdad afirmar que los artesanos y algunos obreros cualificados (como muchos hilanderos de algodón) se habían apoderado del impulso de ilustración racional que (durante los años de las guerras) había estado en gran parte confinado en manos de la intelectualidad radical; y lo habían hecho con un entusiasmo

evangelista para extenderlo a un «número ilimitado» de personas, con un celo propagandista que difícilmente se encontraría en Bentham, James Mill o Keats. Las listas de aportaciones económicas para la campaña de Carlile contaron mayoritariamente con el apoyo de Londres, y a continuación de Manchester y Leeds. La cultura artesana era, sobre todo, la de la autodidaxia. «Durante estos doce meses —recordaba Watson respecto de su encarcelamiento— leí con profundo interés y mucho provecho *Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, *History of England* de Hume y la *Ecclesiastical History* de Mosheim.»<sup>30</sup> Los artesanos que formaban los núcleos de las «Sociedades de Investigación», seguidoras de Carlile (así como los de la posterior Rotunda) eran altamente sospechosos para una cultura oficial que les había excluido del poder y el conocimiento, y que había contestado con homilías y tratados a sus protestas. Las obras de la Ilustración llegaron a ellos con la fuerza de la revelación.

De esta forma, un público lector de carácter crecientemente obrero se vio obligado a *organizarse a sí mismo*. Durante los años de la guerra y los inmediatamente posteriores hubo, por una parte, una prensa «contenida» y por la otra, una prensa radical. Durante la década de 1820 gran parte de la prensa de la clase media se liberó de la influencia directa del gobierno y utilizó algunas de las ventajas que habían conseguido Cobbett y Carlile. *The Times* y lord Brougham, a quienes quizá disgustaba tanto la «prensa pobre» como a lord Eldon (aunque por razones diferentes), confirieron un significado completamente diferente al término «radicalismo»: libre comercio, gobierno barato y reforma utilitarista. Hasta cierto punto (aunque de ningún modo por completo) se llevaron a la clase media —los maestros de escuela, médicos y tenderos, algunos de los cuales en otro momento habían apoyado a Cobbett y Wooler—, de modo que hacia 1832 existían dos tipos de público radical: el público de clase media, que anticipaba con placer la Liga contra las *Corn Laws*, y el de la clase obrera, cuyos periodistas (Hetherington, Watson, Cleave, Lovett, Benbow, O'Brien) estaban madurando ya el movimiento cartista. A lo largo de la década de los veinte la prensa obrera luchó bajo el peso abrumador de los impuestos del timbre,<sup>31</sup> mientras Cobbett seguía afiliado, de forma imprecisa y temperamental, al movimiento plebeyo más que al de la clase media. La línea divisoria iba a ser, de manera creciente, no las estrategias de «reforma» alternativas (puesto que los reformadores de la clase media en ocasiones podían ser tan revolucionarios en el tono como sus equivalentes obreros), sino las ideas alternativas respecto de la economía política. La piedra de toque se puede ver durante la «revuelta» de los jornaleros rurales en 1830, cuando *The Times* («el viejo maldito *Times*», de Cobbett) encabezó la demanda de un saludable castigo ejemplar para los alborotadores, mien-

tras que tanto Cobbett como Carlile eran procesados una vez más bajo la acusación de escritos incendiarios.

En los años 1830 y 1831 se enarboló de nuevo la bandera del desafío. Cobbett descubrió una rendija en la ley y volvió a iniciar sus *Twopenny Trash*. Pero esta vez quien realizó el ataque frontal fue Hetherington, un obrero impresor. Su *Poor Man's Guardian* exhibía el emblema de una prensa manual, la divisa «El Saber es Poder» y el encabezamiento: «Publicación contraria a la "Ley" para poner a prueba el poder de la "Fuerza" frente al del "Derecho"». La declaración de presentación citaba cláusula por cláusula las leyes que pretendía desafiar:

... el *Poor Man's Guardian* ... contendrá «noticias, información y ocurrencias», y «a continuación comentarios y observaciones», y «por lo que se refiere a los asuntos de la Iglesia y el Estado, tenderá», decididamente, «a excitar el aborrecimiento y el desprecio del Gobierno y la Constitución de ... este país, puesto que han sido establecidos POR DECRETO», y también, «a vilipendiar los ABUSOS de la Religión» ...

También desafiaría todas las cláusulas de la legislación del impuesto del timbre, «o cualquier otro tipo de disposiciones y a pesar de las leyes o la voluntad o el placer de cualquier tirano o grupo de tiranos, sin que importe cualquier cosa que a partir de ahora o en cualquier lugar pueda determinarse en contra». En el cuarto número aparecía el siguiente anuncio, «SE BUSCAN varios cientos de POBRES sin empleo que no tengan NADA QUE PERDER ... para vender a los pobres e ignorantes» este periódico. No sólo se encontraron los voluntarios, sino que aparecieron multitud de periódicos *unstamped*, entre los cuales destacan el *Gauntlet* de Carlile y *Voice of the West Riding* de Joshua Hobson. Hacia 1836 la batalla en gran parte había terminado, y había quedado abierto el camino para la prensa cartista.

Pero, sin ningún género de dudas, la «gran *unstamped*» era una prensa obrera de clase. El *Poor Man's Guardian* y el *Working Man's Friend* eran, en realidad, órganos de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras; el *Poor Man's Advocate* era un órgano del Movimiento de la Fábrica; Joshua Hobson era un ex tejedor manual que había construido una prensa manual de madera con su propio trabajo; el *Destructive* de Bronterre O'Brien intentaba conscientemente desarrollar la teoría obrera radical. Estos pequeños semanarios, de impresión compacta, publicaban noticias de la gran lucha en favor del *General Unionism* de esos años, los cierres patronales de 1834 y las protestas relativas al asunto del Tolpuddle, o debates y exposiciones penetrantes acerca de la teoría socialista y de las *trade unions*. Un análisis de este período nos llevaría más allá de los límites de este estudio, hasta una época en que la clase obrera no estaba ya en formación sino cons-

tituida ya (en su forma cartista). El aspecto que queremos destacar es hasta qué punto la lucha por la libertad de la prensa ejerció una influencia formativa central en el movimiento que se estaba configurando. Se procesó quizá a unas 500 personas por la producción y venta de los «*unstamped*».<sup>32</sup> Desde 1816 (en realidad, desde 1792) hasta 1836 la lucha comprometió no sólo a los editores, libreros e impresores, sino también a muchos cientos de vendedores de periódicos, buhoneros y representantes voluntarios.<sup>33</sup>

Los anales de la persecución siguen año tras año. En 1817 son dos hombres que vendían los folletos de Cobbett en el Shropshire, a quienes un magistrado eclesiástico «hizo ... detener y aplicar la *Vagrant Act* [Ley de vagabundos] ... y mandó que les diesen una buena azotaina en el poste de *flagelar*»; en el mismo año se persigue también a los vendedores ambulantes en Plymouth, Exeter, el Black Country, Oxford y el norte; en 1819, la persecución alcanza incluso a un ambulante que tenía un espectáculo de exhibición de imágenes, que enseñó un grabado de Peterloo en un pueblo de Devon. Pocas veces los períodos de cárcel superaban el año (a menudo los vendedores de periódicos estaban confinados unas pocas semanas en prisión y luego se les dejaba en libertad sin juicio), pero sus efectos sobre las víctimas podían ser más serios que el encarcelamiento de los editores, que recibía una mayor publicidad. Se les ponía en «Casas de Corrección» insalubres, a menudo encadenados y con grilletes, a menudo sin el menor conocimiento de la ley y sin medios para defenderse. A no ser que Cobbett, Carlile o alguna sección de los radicales tuviesen noticia del caso, sus familias se quedaban sin ingreso alguno y podían verse obligadas a entrar en un asilo.<sup>34</sup> Por supuesto que en las poblaciones pequeñas fue donde se dio una lucha por la libertad más encarnizada. En Manchester, Nottingham o Leeds había enclaves y lugares de reunión radicales que estaban dispuestos a prestar ayuda a los que habían sido castigados. El zapatero o profesor que en una ciudad con mercado o una población industrial acogiese a Cobbett o Carlile, durante la década de 1820, podía estar seguro de que le vigilarían y estaría sometido a persecución de forma indirecta. (A menudo los paquetes postales de *Registers* que Cobbett mandaba a los suscriptores de las provincias, simplemente no llegaban; se habían «perdido» en el correo.) Alrededor de la prensa militante se desarrolló un modelo completo de distribución con su propio folklore. Los vendedores ambulantes (según le contaron a Mayhew) para evitar «vender» el *Republican*, vendían pajitas y luego regalaban el periódico a sus clientes. En el valle del Spen, en la época de los «*unstamped*», se tiraba un penique a través de una reja y «aparecía» el periódico. En otros lugares, la gente se deslizaba sigilosamente por las callejuelas o los campos por la noche hasta el lugar de cita convenido. Más de una vez los «*unstamped*» fueron transportados ante las narices de

las autoridades dentro de un ataúd y con un piadoso cortejo de librepensadores.

Podemos dar dos ejemplos de tenderos y vendedores. El primero, una tendera, es útil para recordarnos que, en estos círculos racionalistas y owenitas, se volvía a retomar la reivindicación de los derechos de las mujeres (que habían enmudecido desde la década de 1790), y se extendía con lentitud desde la intelectualidad hacia los artesanos. Las mujeres parientes de Carlile, que soportaron juicio y cárcel, lo hicieron más por lealtad que por convicción. Muy diferente era el caso de la señora Wright, zurcidora de encajes de Nottingham, que fue una de las voluntarias de Carlile y se vio sometida a juicio por vender una de las *Addresses* de aquél, que contenía opiniones expresadas en su forma característica:

Un Sistema de Gobierno Representativo pronto se daría cuenta de lo acertado de convertir nuestras Iglesias y Capillas en Templos de la Ciencia y ... de proteger a los Filósofos en lugar de los Sacerdotes. Sostengo que las artimañas del Rey y los Sacerdotes son la ruina de la Sociedad. ... Estos dos males actúan conjuntamente contra el bienestar tanto del cuerpo como del espíritu, y para mitigar nuestras miserias en la vida presente, la última intenta embaucarnos con la esperanza de la felicidad eterna.

Ella misma dirigió su larga defensa<sup>35</sup> y se la interrumpió poco. Hacia el final de su defensa,

la señora Wright solicitó permiso para retirarse y amamantar al hijo que estaba criando. Se le concedió y estuvo ausente del tribunal durante unos veinte minutos. Al pasar de un lado a otro, hacia el Café del Castillo, miles de personas allí reunidas la aplaudieron y la vitorearon ruidosamente, todos la animaron a seguir de buen humor y a perseverar.

Un poco más tarde, una noche de noviembre, se la confinó en Newgate con su bebé de seis meses y sin nada para echarse excepto una estera. Mujeres como la señora Wright (y la señora Mann de Leeds) tuvieron que enfrentarse no sólo a las acusaciones acostumbradas, sino también al insulto y las insinuaciones de una prensa legitimista que se sentía ofendida. «Esa infeliz y desvergonzada mujer», escribió el *New Times*, recibió ayuda de «varias mujeres. ¿No son suficientes estas circunstancias para escandalizar a cualquier espíritu con capacidad de reflexión?» Era una «criatura abandonada» (epíteto convencional para las prostitutas) «que había perdido toda la vergüenza, el miedo y la decencia propios de su sexo». Con su «horrible ejemplo» había pervertido los espíritus de otras madres:

esos monstruos con forma de mujer se levantan, con endurecidos rostros, en pleno día, para dar su pública aprobación y apoyo —*por primera vez en la historia del mundo Cristiano*— a la blasfemia grosera, vulgar y horrible.

Carlile escribió que era una mujer «de salud muy delicada y verdaderamente todo espíritu, no materia.»<sup>36</sup>

Las condenas más largas que tuvo que sufrir un vendedor de periódicos probablemente fueron las que cumplió Joseph Swann, sombrerero de Macclesfield. Le detuvieron en 1819 por vender folletos y un poema sedicioso:

Sácate los grilletes, sacúdete el yugo de la esclavitud;  
Ahora, ahora o nunca, se puede romper tu cadena;  
Levántate con rapidez y asesta el golpe mortal.\*

Enviado de prisión en prisión y encadenado con los criminales, fue condenado finalmente a dos años de cárcel por conspiración sediciosa, a dos años por libelo blasfemo, y a seis meses más por libelo sedicioso, a cumplir de manera consecutiva. Cuando se habían aprobado ya estas monstruosas condenas, Swann se quitó el sombrero blanco y le preguntó al magistrado: «¿Habéis acabado? ¿Esto es todo? Pensaba que habíais traído un trozo de cuerda y me ibais a colgar.» También su esposa estuvo detenida por un breve espacio de tiempo (por seguir vendiendo folletos); ella y sus cuatro hijos sobrevivieron con un subsidio parroquial de 9s. a la semana, con alguna ayuda de Carlile y Cobbett. Cobbett, por cierto, se interesó particularmente por el caso de Swann, y cuando Castlereagh se suicidó, le dedicó a Swann sus triunfantes deshonras fúnebres: «¡CASTLEREAGH SE HA CORTADO EL CUELLO Y ESTÁ MUERTO! Que este sonido te llegue a la profundidad de tu mazmorra ... y lleve consuelo a tu alma sufriente.» Después de cumplir sus cuatro años y medio, Swann «atravesó la puerta del Castillo de Chester ... con el espíritu tan inquebrantable como siempre», y reanudó su oficio de sombrerero. Pero todavía no había acabado de cumplir todas las condenas. En noviembre de 1831, el *Poor Man's Guardian* informaba acerca de los procesos del tribunal del magistrado de Stockport, ante el que Joseph Swann estaba acusado de vender aquel «*unstamped*». El presidente del tribunal, capitán Clarke, le preguntó qué tenía que decir en defensa propia:

ACUSADO: Bien, señor, durante algún tiempo he estado sin trabajo, y tampoco lo encuentro ahora; mi familia está muriendo de hambre. ... Y por otra razón, la más importante de todas, los vendo por el bien de mis compatriotas; para que

\* Off with your fetters; spurn the slavish joke; / Now, now, or never, can your chain be broke; / Swift then rise and give the fatal stroke.



se den cuenta de lo mal que se les representa en el Parlamento ... Quiero que el pueblo sepa cómo se le engaña ...

TRIBUNAL: Cállese un momento.

ACUSADO: ¡No pienso callarme! porque quiero que todo el mundo lea estas publicaciones ...

TRIBUNAL: Es usted muy atrevido, por lo tanto queda condenado a tres meses de cárcel en la Casa de Corrección de Knutsford, a realizar trabajo forzado ...

ACUSADO: No tengo que agradecerle nada; y cada vez que salga volveré a venderlos. Y *le advierto* (dirigiéndose al capitán Clark) que el primer lugar donde iré a vender es a su casa ...

Entonces se llevaron a Joseph Swann a la fuerza del banquillo de los acusados.<sup>37</sup>

La mayoría de estos hombres y mujeres han quedado olvidados en la retórica de la democracia del siglo XX, porque eran descarados, vulgares y excesivamente fervorosos o «fanáticos». A continuación, los vehículos de «regeneración» que estaban subvencionados, el *Penny Magazine* y el *Saturday Magazine* (a cuyos vendedores nadie procesaba), avanzaron; y más tarde, la prensa comercial, con sus recursos mucho mayores, aunque no empezó realmente a captar al público lector radical hasta los años cuarenta y cincuenta. (E incluso entonces la prensa popular —las publicaciones de Cleave, Howitt, Chambers, Reynolds y Lloyd— procedía de este antecedente radical.) Pueden destacarse particularmente dos consecuencias de la lucha. La primera (y más evidente) es que la ideología obrera que maduró en los años treinta (y que, a través de diversas traslaciones, ha perdurado desde entonces) confirió un valor excepcionalmente elevado a los derechos de la prensa, de la palabra, de reunión y de libertad personal. Por supuesto, la tradición del «inglés libre por nacimiento» es mucho más antigua. Pero la idea que encontramos en algunas de las interpretaciones «marxistas» tardías, según la cual estas reivindicaciones aparecen como una herencia del «individualismo burgués», apenas se sostienen. Durante la lucha que se desarrolla entre los años 1792 y 1836, los artesanos y los obreros convirtieron esta tradición en algo particularmente suyo, añadiendo a la petición de libertad de palabra y pensamiento su propia demanda de propagación sin trabas, de la forma más barata posible, de los productos de su pensamiento.

En esto, es cierto, compartían una ilusión característica de la época, empleándola con fuerza en el contexto de la lucha de la clase obrera. Todos los ilustrados y regeneradores de la época pensaban que el único límite que se imponía a la difusión de la razón y el conocimiento era el que imponía la insuficiencia de medios. Las analogías que se hacían eran con frecuen-

cia mecánicas. El método educativo de Lancaster y Bell, que pretendía la multiplicación barata del aprendizaje mediante niños monitores, recibió el nombre (que le puso Bell) de la «MÁQUINA DE VAPOR DEL MUNDO MORAL». Peacock acertó con una exactitud absoluta cuando denominó a la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil de Brougham, «Sociedad del Vapor del Intelecto». Carlile estaba sumamente convencido de que «la lectura de folletos está destinada a realizar los grandes cambios morales y políticos necesarios para la humanidad»:

La prensa impresa puede en rigor recibir el nombre de Tabla de Multiplicar aplicable a la mente humana. El arte de imprimir es una multiplicación de la mente. ... Los vendedores de folletos son los resortes más importantes de la maquinaria de la Reforma.<sup>38</sup>

Owen contemplaba la implantación en el futuro de un NUEVO MUNDO MORAL, por medio de la propaganda, con un optimismo mesiánico, pero mecánico.

Pero si bien ésta era, en parte, la ilusión racionalista, debemos recordar la segunda —y más inmediata— consecuencia: entre los años 1816 y 1836 pareció *producirse* esta «multiplicación». Porque los periodistas radicales y de los «*unstamped*» estaban utilizando la máquina de multiplicar en favor de la clase obrera; y en el cuarto de siglo anterior, las mentes de los hombres de todas las zonas del país habían recibido la preparación necesaria para lo que ahora podían leer. Se puede ver la importancia de la propaganda en la continua extensión de la organización radical desde las grandes ciudades y áreas fabriles hacia los pequeños municipios y ciudades con mercado. Una de las *Six Acts* de 1819 (la que autorizaba los registros en busca de armas) estaba específicamente limitada a los denominados «distritos turbulentos» de las Midlands y el norte.<sup>39</sup> Hacia 1832 —y de ahí en adelante hasta la época cartista— podemos encontrar un núcleo radical en cada condado, en las ciudades con mercado más pequeñas e incluso en los pueblos rurales de mayor tamaño; y en casi todos los casos su base social son los artesanos locales. En núcleos como Croydon, Colchester e Ipswich, Tiverton y Taunton, Nantwich o Cheltenham, había fuertes y militantes grupos de radicales o cartistas. En Ipswich encontramos tejedores, talabarteros, guarnicioneros, sastres, zapateros; en Cheltenham zapateros, sastres, albañiles, ebanistas, jardineros, un yesero y un herrero: «gente seria y honrada, con una inteligencia muy por encima de la media.»<sup>40</sup> Ésta era la gente a quien Cobbett, Carlile, Hetherington y sus vendedores de periódicos habían «multiplicado».

«Gente seria y honrada ...», esta cultura autodidacta nunca se ha analizado de manera suficiente.<sup>41</sup> La mayoría de esta gente habían recibido al-

gún tipo de educación elemental, aunque muchas fuentes dan testimonio de su insuficiencia:

Recuerdo bien la primera *half-time school*\* de Bingley. Era una casita a la entrada del patio de la fábrica. El profesor era un pobre hombre viejo, que había realizado todo tipo de trabajos extraños de carácter simple por 12s. a la semana, a quien habían puesto a enseñar a los niños de media jornada. No obstante, para que no enseñase demasiado o para que el proceso no fuese muy costoso, debía troquelar arandelas de paño con un pesado mazo de madera sobre un bloque de madera, durante las horas de clase.<sup>42</sup>

Este ejemplo quizá corresponde al peor tipo de «escolaridad» de los primeros años de la década de 1830. En la década anterior se podían encontrar escuelas de pueblo mejores o escuelas en las que se pagaba una cuota muy baja, que estaban patrocinadas por artesanos. En este momento, también las escuelas dominicales se estaban librando (aunque de forma muy lenta) del tabú acerca de la enseñanza de la escritura, mientras que las primeras escuelas británicas y nacionales (a pesar de todas sus insuficiencias) estaban empezando a tener algunos resultados. Pero, para alcanzar cualquier educación de nivel secundario, los artesanos, tejedores o hilanderos debían adquirirla por sí solos. El nivel de ventas de las obras educativas de Cobbett es un indicador de hasta qué punto lo hacían; en particular de su *Grammar of the English Language*, publicada en 1818, se vendieron 13.000 ejemplares en seis meses, y 100.000 más en los siguientes 15 años.<sup>43</sup> Y al traducir las cifras de venta (o de tirada de los periódicos) en estimaciones de lectura, debemos recordar que el mismo libro o periódico se prestaba, se leía en voz alta y pasaba por muchas manos.

Pero la «educación secundaria» de los trabajadores adoptó muchas formas, de las cuales el estudio privado en solitario sólo era una. Los artesanos en particular no estaban tan arraigados en comunidades ignorantes como se supone con facilidad. Viajaban libremente por el país en busca de trabajo; además de los viajes que hicieron obligados por las guerras, muchos trabajadores manuales viajaban fuera del país, y la relativa facilidad con la que miles y miles emigraron a Norteamérica y las colonias (no sólo guiados por la pobreza, sino también por el deseo de hallar una oportunidad o de libertad política) indican la existencia de una fluidez general en la vida social. En las ciudades coexistían una vigorosa y obscena cultura plebeya con tradiciones más refinadas entre los artesanos. Muchas recopilaciones

\* Escuela cuyo funcionamiento permitía que los niños asistieran a la misma la mitad del tiempo acostumbrado y empleasen la otra mitad en realizar un trabajo remunerado. (N. de la t.)

ciones de baladas de los primeros años del siglo XIX testimonian con qué fervor se trasladaba a las canciones la batalla entre legitimistas y radicales. Quizá lo que mejor se ajustaba al gusto de los jacobinos y de los «viejos radicales» de los años 1816-1820 era el teatro melodramático popular. A partir de los primeros años de la década de 1790 el teatro, en especial en los núcleos urbanos de provincias, fue un foro en el que se enfrentaban facciones opuestas y se provocaban «cantando sus tonadas» en los entreactos. Un «Revolucionario Jacobino y *Leveller*» describió una visita al teatro, en 1795, en un puerto del norte:

... y como el teatro es el campo en el que normalmente los Oficiales Voluntarios llevan a cabo sus Campañas, esos héroes militares ... entonaron la melodía de *God Save the King*, y ordenaron a la audiencia que se levantara y se descubriese ... Yo permanecí sentado y con el sombrero puesto desafiando a los militares.<sup>44</sup>

Durante los años de la represión esta canción (con su denuncia de las «viles argucias» de los jacobinos) sustituyó a *The Roast Beef of Old England* como «himno nacional». Pero a medida que avanzaban las guerras, la audiencia demostró dejarse intimidar con menor facilidad por los matones de la «Iglesia y el Rey» que las generaciones posteriores. En 1812, en Sheffield se inició un motín cuando

los oficiales de South Devon insistieron en que se cantase «*God Save the King*», y las clases bajas de la galería insistieron en que no se cantase. ... Ha sido encarcelado un alborotador.<sup>45</sup>

La mayoría de los motines que se produjeron en los teatros a principios del siglo XIX tuvieron cierto tinte radical, aunque sólo expresasen el simple antagonismo entre la platea y el gallinero. La envidia que sentían los exclusivos *patent theatres*\* hacia sus pequeños rivales, con sus «farsas musicales» y sus espectáculos «deslucidos ... por la introducción de Caballos, Elefantes, Monos, Perros, Espadachines, Saltimbanquis y Funámbulos»,<sup>46</sup> se vio reforzada por el desagrado que sentían los empresarios hacia la peligrosa exaltación de la audiencia. En 1798, los «opulentos Comerciantes, Constructores Navales, Cordeleros» y otros empresarios de los alrededores de los muelles de Londres presentaron un memorial al gobierno, quejándose de que las representaciones del teatro Royalty, cercano a la Torre, fomentaban «hábitos de disipación y libertinaje» entre «sus nume-

\* Teatros que habían recibido autorización real para establecerse. (*N. de la t.*)

rosos Manufactureros, Obreros, Criados, etc.<sup>47</sup> (La queja había sido continuada durante más de doscientos años.) En 1819 se desencadenó el desorden por todo el centro de Londres, noche tras noche y semana tras semana, en las conocidas revueltas «O.P.», cuando se subieron los precios en Drury Lane. El particular desagrado que experimentaban las autoridades hacia la mezcla de desorden y sedición que se producía en los teatros hizo que los *patent theatres* conservasen al menos las formas de su monopolio hasta fecha tan tardía como 1843.

La vitalidad del teatro plebeyo no iba emparejada con su mérito artístico. La influencia más positiva sobre la sensibilidad de los radicales no provino tanto de los pequeños teatros como del resurgimiento shakespeariano; no sólo Hazlitt, también Wooler, Bamford, Cooper y otros muchos periodistas radicales y cartistas autodidactas acostumbraban a rematar sus argumentos con citas de Shakespeare. Wooler había realizado su aprendizaje en la crítica teatral; y el *Trades Newspaper*, que era una publicación estrictamente sindicalista, empezó en 1825 publicando una crítica teatral además de una columna de deportes (con una crónica sobre boxeo profesional y la pelea entre «el León Negro y Seis Perros»).<sup>48</sup> Pero había un arte popular que alcanzó el punto culminante, en cuanto a complejidad y excelencia, durante los años que van de 1780 a 1830: la viñeta política.

Fue la época primero de Gillray y de Rowlandson, y luego de George Cruikshank y de multitud de otros caricaturistas, algunos de ellos competentes, otros terriblemente ordinarios. El suyo era, sobre todo, un arte metropolitano. Los modelos de los dibujantes pasaban con sus coches por delante de los talleres de imprenta en los que se satirizaban sin piedad sus pecados políticos (o personales). No se dejaba títere con cabeza en ninguno de los dos lados. Los legitimistas retratarían a Thelwall, Burdett o Hunt como salvajes incendiarios, con una llameante antorcha en una mano, una pistola en la otra y los cinturones repletos de cuchillos de carnicero; mientras que Cruikshank retrataba al rey (en 1820) completamente borracho repantingado en el trono, rodeado de botellas rotas y frente a un biombo decorado con sátiros y meretrices de grandes pechos. (Los obispos no salían mejor parados.) La viñeta popular no era, en modo alguno, un arte para analfabetos, como lo demuestran los globos llenos de diminutas letras de imprenta que salen de las bocas de las figuras. Pero también los analfabetos podían participar de esta cultura pasándose horas frente a la ventana del taller de impresión y descifrando los intrincados detalles visuales en el último dibujo de Gillray o Cruikshank; esto ocurría en la imprenta de Knight, en Sweeting's Alley, la de Fairburn frente a Lud Hill o en la de Hone en Fleet Street (Thackeray recordaba):

solía haber una multitud ... de peones sonrientes y joviales que deletreaban las canciones y lo hacían en voz alta para que el grupo lo entendiese y que recibían las muestras de humor con un rugido general de comprensión.

Algunas veces el impacto era sensacional; Fleet Street podía quedar bloqueado por la concurrencia; Cruikshank creía que su «Billete Bancario Restringido» (1818) había motivado la abolición de la pena de muerte por pasar dinero falsificado. En la década de 1790 el gobierno sobornó realmente a Gillray para que trabajase en las filas antijacobinas. Durante las guerras la mayoría de las viñetas eran patrióticas y antigalas (en esos años John Bull adquirió su forma clásica), pero las viñetas referentes a temas domésticos eran furiosamente polémicas y con frecuencia tenían simpatía por Burdett. Después de las guerras se desató una oleada de viñetas radicales que permaneció inmune al procesamiento incluso durante la agitación relativa a la reina Carolina, porque el procesamiento hubiese supuesto un ridículo mayor. Con todas sus transformaciones (y a pesar de las ordinariíces de algunos de sus practicantes) siguió siendo un arte ciudadano sumamente sofisticado: podía ser agudamente chistoso o cruelmente franco y obsceno, pero en ambos casos contaba con un marco de referencia de chismorreos compartido y de conocimiento íntimo de las formas y las manías de todos los que participaban en los asuntos públicos, incluso los personajes menores; el grabado poseía una pátina de complejas alusiones.<sup>49</sup>

La cultura del teatro y la imprenta era popular en un sentido más amplio que la cultura literaria de los artesanos radicales. Puesto que la piedra de toque de la cultura autodidacta de los años veinte y treinta era la sobriedad moral. Es tradicional atribuirlo a la influencia del metodismo, y sin duda se puede detectar esta influencia tanto de forma directa como indirecta. La estructura del carácter puritano subyace a la seriedad moral y la autodisciplina que permitía a los hombres estudiar a la luz de una vela, después de un día de trabajo. Pero tenemos que hacer dos salvedades importantes. La primera es que el metodismo fue una influencia fuertemente *antiintelectual*, de la cual la cultura popular británica no se ha recuperado jamás por completo. El círculo al cual Wesley hubiese reducido las lecturas de los metodistas (según Southey) «era bastante reducido: sus propias obras y sus series de compendios hubiesen constituido la parte más importante de la biblioteca de un metodista».<sup>50</sup> A principios del siglo XIX se animó a los predicadores locales y a los jefes de clase a que leyesen más: reimpressiones de la obra de Baxter, la hagiografía del movimiento, o «volúmenes del Almanaque Misionero». Pero la poesía era sospechosa y la filosofía, la crítica bíblica o la teoría política eran tabú. Todo

el peso de la enseñanza metodista recaía en la bendición de los «limpios de corazón», sin importar cuáles fuesen su rango o sus logros. Esto le confería a la Iglesia su atractivo espiritual igualitario. Pero también alimentaba (algunas veces en proporciones enormes) las defensas filisteas de los que apenas sabían leer y escribir. «Se da *carte blanche* a la ignorancia y la locura —estalló Hazlitt—. A aquellos ... que o bien son incapaces o no quieren pensar de forma conexa o racional sobre ningún tema, se les libra de toda obligación de este tipo, diciéndoles que la fe y la razón son mutuamente opuestas.»<sup>51</sup> Los ministros metodistas defendieron a su grey de los sucesivos impactos de Paine, Cobbett y Carlile: existían abundantes pruebas de que la capacidad de leer y escribir sin una guía era la «trampa del diablo».

Algunas de las ramas del principal tronco metodista —los Metodistas Unitarios (una extraña conjunción) y particularmente la Nueva Conexión— tenían una inclinación más intelectual, y sus congregaciones se parecían a las iglesias disidentes más antiguas. Pero la principal tradición metodista respondió de formas diferentes al ansia de ilustración. Hemos señalado ya las afinidades subterráneas que existían entre el metodismo y el utilitarismo de la clase media. Por muy extraño que pueda parecernos, cuando pensamos en Bentham y su odio hacia la «estúpida» superstición, el espíritu de los tiempos llevaba a una conjunción de las dos tradiciones. Si bien el metodismo desalentaba todo tipo de investigación intelectual, la adquisición de conocimiento útil se podía considerar piadosa y llena de valor. El acento, por supuesto, se ponía sobre el uso. No había suficiente sólo con la disciplina de trabajo, era necesario que la mano de obra avanzase hacia niveles más sofisticados de conquista. El viejo argumento baconiano oportunista —de que no podía haber mal en el estudio de la naturaleza, que es la prueba visible de las leyes divinas—, ahora había sido asimilado dentro de la apologética cristiana. De ahí surgió ese fenómeno peculiar de la cultura victoriana primitiva: el pastor inconformista con la mano sobre el Viejo Testamento y el ojo puesto en el microscopio.

Los efectos de esta conjunción pueden detectarse ya en la cultura obrera de la década de los veinte. Los metodistas veían con buenos ojos la ciencia —botánica, geología, química, matemáticas y, en particular, las ciencias aplicadas— siempre que no se mezclasen esas ocupaciones con la política o la filosofía especulativa. El mundo intelectual sólido, estadístico, que estaban construyendo los utilitaristas le era simpático incluso a la Conferencia Metodista. También ellos recopilaban sus cuadros estadísticos de asistencia a la escuela dominical, y Bunting (da la sensación) hubiese sido feliz al poder calcular los grados de gracia espiritual con la misma exactitud con que Chadwick calculaba la dieta mínima que podía mantener a

un pobre con fuerza suficiente para trabajar. De ahí la alianza entre inconformistas y utilitaristas por lo que se refiere a esfuerzos educacionales y también a la difusión de conocimientos «edificantes» junto con la exhortación piadosa. En la década de los veinte se ha consolidado ya este tipo de literatura en que los consejos morales (y los relatos de las orgías alcohólicas de Tom Paine en su solitario lecho de muerte) aparecen al lado de pequeñas notas sobre la flora de Venezuela, estadísticas del número de víctimas del terremoto de Lisboa, recetas para hortalizas hervidas y notas sobre hidráulica:

Cada especie ... necesita un tipo diferente de comida. ... Linneo ha observado que la vaca come 276 especies de plantas y rechaza 218; la cabra come 449 y rechaza 126; la oveja come 387 y rechaza 141; el caballo come 262 y rechaza 212; y el cerdo, que tiene un gusto más refinado que todos aquéllos, sólo come 72 plantas y rechaza todas las demás. Y sin embargo la generosidad del Creador es tan ilimitada, ¡que las incontables miríadas de seres sensibles reciben y se nutren con abundancia gracias a su bondad! «Los ojos de todos ellos se alzan hacia Él, y él abre su mano y satisface el deseo de cada ser vivo.»<sup>52</sup>

Y ya en la década de los veinte se puede ver la economía política como el tercer elemento, junto con la moralidad y el conocimiento útil, en la configuración de los sermones acerca de las leyes divinas e inmutables de la oferta y la demanda. El capital, más refinado incluso que el cerdo, sólo seleccionaría a los obreros más laboriosos y obedientes, rechazando a todos los demás.

Así pues, el metodismo y el evangelismo aportaron pocos ingredientes intelectuales activos a la cultura articulada de la población obrera, aunque pueda afirmarse que añadieron cierta seriedad a la búsqueda de información. (Arnold consideraría más adelante que la tradición inconformista era profundamente filisteo e indiferente a «la armonía y la razón».) Y hay que hacer una segunda salvedad cuando se atribuye este origen a la sobriedad del mundo artesano. De hecho puede demostrarse que la sobriedad moral fue un producto de la misma agitación radical y racionalista, y que debía muchas cosas a las tradiciones de la vieja disidencia y jacobina. Esto no significa que no hubiera radicales borrachos ni manifestaciones turbulentas. Wooler sólo era uno de los líderes radicales de quien se decía que le daba mucho a la botella; y por otra parte hemos visto que las tabernas de Londres y los despachos clandestinos del Lancashire eran importantes lugares de reunión. Pero los radicales intentaban rescatar al pueblo de la acusación de ser una «muchedumbre»; y sus líderes intentaban permanentemente dar una imagen de sobriedad.

Había otros motivos adicionales para insistir en este aspecto. Una de las normas de la *Bath Union Society for Parliamentary Reform* (que se fundó en enero de 1817) es característica:



Se recomienda encarecidamente a todos los Miembros que no gasten Dinero en los bares, puesto que la mitad del susodicho dinero se lo quedan los Impuestos, para alimentar a los Gusanos de la Corrupción.<sup>53</sup>

Durante los años de la posguerra, Hunt y Cobbett contribuyeron en gran medida al llamamiento en favor de abstenerse de todos los artículos gravados con impuestos, y en particular en favor de las virtudes del agua frente a los alcoholes o la cerveza. La sobriedad de los metodistas era el atributo (el único) de la «secta» que Cobbett encontraba digno de alabanza: «considero que la embriaguez es la raíz de mucho más de la mitad de los males, la miseria y los crímenes que afligen a nuestra sociedad.»<sup>54</sup> No siempre era éste el tono de Cobbett; otras veces podía lamentarse del precio que la cerveza tenía para el trabajador. Pero en la mayoría de las opiniones encontramos una gazmoñería moral general. En particular, era la ideología del artesano o del obrero cualificado la que había mantenido su posición frente a la turbulenta marea de los no cualificados. Lo encontramos en el relato de Carlile referente a su primera edad viril:

Era regular, activo y laborioso, trabajaba desde temprano hasta tarde ... y cuando salía del taller en ningún lugar era tan feliz como en casa con mi esposa y mis hijos. Siempre detesté las cervecerías ... Tenía la convicción de que un hombre ... que no utilizase correctamente cada chelín era un tonto.<sup>55</sup>

Muchas veces dejaba de hacer una comida y «llevaba a su casa alguna publicación de seis peniques para leer por la noche». Lo mismo encontramos en la obra de William Lovett *Life and Struggles ... in Pursuit of Bread, Knowledge and Freedom*, un título que condensa, en sí mismo, todo lo que estamos intentando describir.

Esta actitud se reforzaba entre los republicanos y los librepensadores, debido al carácter de los ataques que recibían. Denunciados en las sátiras legitimistas y desde los púlpitos de la iglesia como escandalosos exponentes de todos los vicios, intentaban mostrarse como poseedores, junto a sus opiniones heterodoxas, de un carácter irreprochable. Luchaban contra las leyendas legitimistas de la Francia revolucionaria, a la que presentaban como una sangrienta cueva de ladrones, cuyos Templos de la Razón eran burdeles. Eran particularmente sensibles a cualquier acusación de indecencia sexual, irregularidad financiera o falta de apego a las virtudes familiares.<sup>56</sup> En 1830 Carlile publicó un pequeño libro de sermones, *The Moralists*, mientras que el libro *Advice to Young Men* era simplemente un ensayo más simpático y leíble sobre los mismos temas de la laboriosidad, la perseverancia y la independencia. Por supuesto, los racionalistas esta-

ban especialmente ansiosos por contrarrestar la acusación de que el rechazo de la fe cristiana debía entrañar inevitablemente la disolución de todas las limitaciones morales. Junto a la influyente obra de Volney, *Ruinas del Imperio*, se tradujo y se divulgó como tratado su *Ley de la Naturaleza* que se utilizó para argumentar —en forma de diálogo— que las virtudes respetables debían cumplirse todas de acuerdo con las leyes de la utilidad social:

P. ¿Por qué decís que el amor conyugal es una virtud?

R. Porque la concordia y la unión, que son el resultado del afecto que subsiste entre las personas casadas, establecen en el seno de su familia una multitud de hábitos que contribuyen a la prosperidad y la conservación de ésta ...

Y así sigue a lo largo de la mayor parte de la página. Y del mismo modo en los capítulos que tratan sobre el Conocimiento, la Continencia, la Templanza, el Aseo, las Virtudes Domésticas que rezan como un programa para la época victoriana. Allí donde la heterodoxia hacía su aparición en cuestiones de relaciones sexuales, como ocurría entre los miembros de las comunidades owenitas, tenía lugar, en general, con un celo característico del temperamento puritano.<sup>57</sup> El pequeñísimo grupo de neomalthusianos que propagaban, con una valentía considerable, conocimientos acerca de los medios de contracepción entre la población obrera, a principios de la década de los veinte, lo hacían con el convencimiento de que la única forma que permitiría elevar los niveles de salud física y de cultura de las «clases trabajadoras» era la limitación de su número. Place y sus compañeros se hubiesen sentido sumamente sorprendidos si se les hubiese sugerido que esos medios contribuyeran a la liberación sexual o personal.<sup>58</sup>

La frivolidad o el hedonismo eran tan ajenos a la actitud radical o racionalista como lo eran a la metodista, y esto nos recuerda cuánto debían los jacobinos y los defistas a las tradiciones de la vieja disidencia. Pero es posible que juzguemos demasiado a partir de los documentos escritos y la imagen pública del orador. En el movimiento real, el buen humor sigue irrumpiendo, no sólo con Hone, sino, de forma creciente, con Hetherington, Lovett y su círculo, que eran más flexibles, más festivos, más sensibles hacia la gente, menos didácticos, pero no menos decididos que su maestro Carlile. Es tentador presentar la paradoja de que los artesanos racionalistas que seguían el modelo de Carlile o Volney mostraban las mismas pautas de comportamiento que sus análogos metodistas; mientras en un caso se recomendaban la sobriedad y la pulcritud en obediencia a Dios y a la autoridad, en el otro eran virtudes que exigían a aquellos que componían el ejército que derrocaría a los obispos y al rey. Para un observador que

desconociese los atributos morales de ambos, podían parecer indistinguibles. Pero esto sólo ocurría en parte. Ya que los títulos de los capítulos de Volney siguen siendo «De las Virtudes Sociales y de la Justicia». Había una profunda diferencia entre las disciplinas que se recomendaban para salvar la propia alma y las mismas disciplinas recomendadas como medios para la salvación de una clase. El artesano radical y librepensador era sumamente serio en su creencia de los deberes *activos* de la ciudadanía.

Además, junto con la mencionada sobriedad, la cultura artesana alimentaba los valores de la investigación intelectual y de la solidaridad. La primera cualidad la hemos visto ampliamente desplegada en la lucha por la libertad de prensa. El autodidacta tenía a menudo un conocimiento desigual y torpe, pero era *propio*. Puesto que se había visto obligado a descubrir su propia trayectoria intelectual, se fiaba menos; su mente no se movía dentro de los senderos oficiales de una educación formal. Muchas de sus ideas desafiaban a la autoridad, y la autoridad había intentado suprimirlas. Por lo tanto estaba deseoso de prestar oído a cualesquiera ideas antiautoritarias nuevas. Esta es una de las causas que explican la inestabilidad del movimiento de la clase obrera, en especial durante los años que van entre 1825 y 1835; también nos ayuda a comprender la rapidez con que se extendió el owenismo y la disposición de la gente a oscilar entre los diversos proyectos utópicos y comunitarios que se les presentaba. (Esta cultura se puede ver también, como una levadura que actúa todavía en la época victoriana, por cuanto los hombres que habían prosperado gracias a su propio esfuerzo y los hijos de los artesanos de la década de los veinte contribuyeron al vigor y la diversidad de la intelectual de aquélla.) Con solidaridad nos referimos a la tradición de estudio, discusión y superación en común. Algo de ello lo vimos ya en los días de la SCL. La costumbre de leer en voz alta los periódicos radicales, en beneficio de los analfabetos, también entrañaba —como consecuencia necesaria— que cada lectura diese lugar a una discusión *ad hoc* en grupo: Cobbett había expuesto sus argumentos de forma tan sencilla como podía, y ahora los tejedores, los calceteros o los zapateros los debatían.

Las sociedades de aprendizaje colectivo eran grupos parientes de los anteriores; de manera formal o informal, se reunían semana tras semana con la intención de adquirir conocimientos, en general bajo la dirección de uno de sus miembros.<sup>59</sup> Aquí y en los institutos de trabajadores manuales se producía una cierta convergencia de las tradiciones de los templos y las radicales. Pero la coexistencia no era fácil y tampoco era siempre pacífica. La historia temprana de los institutos de trabajadores manuales, desde la formación del instituto de Londres en 1823 hasta la década de 1830, es una historia de conflicto ideológico. El entusiasmo del doctor Birkbeck y de al-

gunos clérigos disidentes y profesionales benthamitas por ayudar a establecer centros para la promoción del conocimiento iba a encontrar una acogida muy buena por parte de los artesanos radicales y los sindicalistas. Pero verdaderamente no estaban dispuestos a obtener esta ayuda a *cualquier precio*. Si bien Brougham aparece en algunos escritos recientes como un gran radical, aunque oportunista, ésta no era en absoluto la visión que de él tenían los «viejos radicales» de 1823. Le habían visto en 1817 excusando el sistema de espías (en un discurso que Cobbett sacaba a relucir una y otra vez); y le iban a ver levantarse en la Cámara, en el momento culminante de la campaña de Carlile, y declarar que se «alegraba del resultado de algunos juicios recientes» y consideraba que los acusados habían publicado «un montón de cosas sobre los temas más groseros y delictivos».<sup>60</sup> El entusiasmo de Brougham por los institutos fue suficiente para hacerlos sospechosos al principio; y los intentos de Place de actuar como intermediario entre Brougham (a quien despreciaba en secreto) y los sindicalistas de Londres (que le despreciaban a él de forma menos secreta) no tenían muchas posibilidades de dispersar las sospechas. Los conflictos cruciales se centraron en las cuestiones de control, independencia financiera y en si el instituto debería discutir sobre economía política o no (y, en caso de que lo hiciese, economía política *de quién*). En este último conflicto, Thomas Hodgskin fue derrotado por Place y Brougham. En los conflictos anteriores Birkbeck, en su celo por reunir dinero para aumentar las facilidades del instituto, rechazó el consejo de Robertson, Hodgskin y John Gast de que —si el asunto se emprendía con menor ambición— los mismos artesanos podrían aportar los fondos necesarios, serían los dueños y lo controlarían todo.

Estas dos derrotas y la inauguración de las conferencias de Brougham sobre economía política (1825) significaron que el control pasó a manos de los miembros de la clase media, cuya ideología también dominaba la economía política del programa de estudios. Hacia 1825 el *Trades Newspaper* consideraba al instituto de Londres como una causa perdida, que dependía de «los grandes y ricos»:

Cuando se fundó, se había despertado un sentimiento tan generalizado en su favor, entre los Trabajadores Manuales de la Metrópoli, que estábamos perfectamente convencidos de que si este sentimiento no se hubiese desalentado ... los mismos trabajadores manuales podrían y hubiesen aportado todos los medios necesarios para asegurarle el éxito más espléndido ...

En las provincias, la historia de los institutos de trabajadores manuales tiene más altibajos. En Leeds (como ha demostrado el doctor Harrison) el

instituto estuvo controlado desde el principio por patrocinadores de la clase media, y en particular por fabricantes inconformistas; en Bradford y en Huddersfield durante un período de tiempo estuvo controlado por los artesanos radicales. En la segunda mitad de la década de los veinte hubo una tendencia general a que el público de artesanos diese paso al público de la clase media baja, y a que la economía política ortodoxa estuviese presente en el programa de estudios. Pero todavía en 1830 el movimiento tenía una apariencia lo bastante poco ortodoxa (debido a la pléyade de patrocinadores utilitaristas y unitarios) para que muchos miembros del clero anglicano y wesleyano se mantuviesen alejados de él. En 1826, un vicario del Yorkshire consideraba a los institutos como agentes del sufragio universal y el «librepensamiento universal», que «con el tiempo degenerarían en clubes jacobinos y se convertirían en semilleros del descontento». A principios de la década de 1830 un cura atacó a la dirección del instituto de trabajadores manuales de Leicester por pervertirlo y convertirlo en un escuela «para la difusión de los principios paganos, republicanos e igualadores». Entre los papeles que se encontraron en su biblioteca se hallaba *Gauntlet* de Carlile.<sup>61</sup>

Hemos hablado de la cultura *artesana* de los años veinte. Éste es el término más acertado que se puede utilizar, y sin embargo sólo es aproximado. Hemos visto que el término «*petit-bourgeois*» (con sus asociaciones peyorativas habituales) no sirve; mientras que hablar de una cultura de «la clase obrera» sería prematuro. Pero por artesano podemos entender un término medio que limitaría por un lado con los carpinteros de navío de Londres y los obreros de las fábricas de Manchester, y por el otro con los artesanos degradados y los trabajadores a domicilio. Para Cobbet abarcaba a los «oficiales y braceros» o, dicho más brevemente, «al pueblo». «Creo —le escribió al obispo de Llandaff en 1820— que vuestra Señoría está muy equivocado al suponer que el pueblo, o el vulgo, como a usted le gustaba llamarles, es *incapaz de comprender razonamientos*.»

Le aseguro a vuestra Señoría, que al pueblo no le gustan sólo las pequeñas historias simples. Ni tampoco se deleita en el lenguaje declamatorio o en las declaraciones poco serias; durante los últimos diez años, sus mentes han sufrido una grandísima revolución. ...

Permítame ... decirle que ... estas clases son, a ciencia cierta, en este momento, más ilustradas que otras clases de la comunidad. ... Tienen una visión de futuro de mayor alcance que el Parlamento y los Ministros. Su búsqueda de conocimiento está asistida por la siguiente ventaja: no tienen un interés particular en responder y, por lo tanto, su juicio no está ensombrecido por el prejuicio y el egoísmo. Además, tienen una comunicación perfectamente libre entre ellos. Las ideas de un hombre dan lugar a otras ideas en otro hombre. Se

intercambian las ideas sin las limitaciones que imponen la sospecha, el falso orgullo o la falsa delicadeza. Y de este modo se llega a alcanzar la verdad con rapidez.<sup>62</sup>

¿De qué razonamiento, de qué verdad se trata?

## 2. William Cobbett

Cobbett extiende su influencia a lo largo de los años que van desde el final de las guerras hasta la aprobación del proyecto de ley de reforma. Decir que no fue un pensador sistemático en ningún sentido, no significa afirmar que no constituyese una influencia intelectual seria. Fue Cobbett quien creó esta cultura intelectual radical, no porque aportase sus ideas más originales, sino en el sentido de que encontró el tono, el estilo y los argumentos que podían conducir al tejedor, al maestro de escuela y al carpintero de navío a un discurso común. A partir de la diversidad de quejas e intereses formuló un discurso radical. Su *Political Register* era como un intermediario circulante que proporcionaba medios de intercambio común entre las experiencias de hombres con conocimientos muy dispares.

Esto lo podremos ver si observamos más su tono que sus ideas. Y una forma de hacerlo es contrastar su estilo con el de Hazlitt, el más «jacobino» de los radicales de clase media, el único que —durante un largo período de años— se mantuvo muy cerca del movimiento de los artesanos. Hazlitt aplica su bisturí a los inversores en deuda pública y los detentores de sinecuras:

Los Gobiernos Legítimos (halaguémosles como queramos) no son otra mitología Pagana. No son ni tan baratos ni tan espléndidos como la edición Delphin de las Metamorfosis de Ovidio. Desde luego, son «Dioses que castigan», pero desde otros puntos de vista son «hombres con nuestras mismas debilidades». No se alimentan de ambrosía ni beben néctar; sino que viven de los sencillos frutos de la tierra, de los cuales obtienen la mayor parte, y la mejor. El vino que beben está hecho de uva; la sangre que derraman es la de sus súbditos; las leyes que hacen no son contra ellos; los impuestos que aprueban, los devoran luego. Tienen las mismas necesidades que nosotros y, de forma muy natural, al tener la posibilidad, se prestan ayuda a sí mismos en primer lugar, sacándola de los bienes comunes, sin pensar que otros les van a suceder. ... Nuestros pobres-del-Estado ponen su cuchara en todos los platos, y viven todos los días de forma suntuosa. Moran en palacios y van repantigados en coches. Sus caballerizas consumen el producto de nuestros campos, sus jaurías se sacian con el alimento que mantendría a los hijos de los pobres. ¡Nos cuestan al año tanto en vestido

y mobiliario, tanto en estrellas y charreteras, bandas azules y grandes cruces; tanto en desayunos comidas y cenas, y tanto en cenas, desayunos y comidas! Esos héroes del Impuesto sobre la Renta, Personajes de la *Civil List*, Santos del Calendario de la Corte (*compagnons du lys*) tienen sus más y sus menos como el resto del mundo, pero con un coste más elevado ... Os será más soportable mantenerles una semana que un mes; y cuando pase este tiempo, al despertar del dulce sueño de la Legitimidad, podéis decir junto con Calibán: «Diantre, qué loco debí estar para tomar a ese monstruo borracho por un Dios». <sup>63</sup>

Hazlitt tenía una sensibilidad compleja y admirable. Fue uno de los pocos intelectuales que recibió de lleno la conmoción de la experiencia de la Revolución francesa, y, aunque rechazaba las ingenuidades de la Ilustración, reafirmaba las tradiciones de la *liberté* y la *égalité*. En todos los aspectos de su estilo se revela no sólo que se estaba midiendo con Burke, Coleridge y Wordsworth (y, de forma más inmediata, con *Blackwood's* y el *Quarterly Review*), sino que era consciente de la fuerza de algunas de las posiciones de aquéllos y compartía algunas de sus respuestas. Incluso cuando practicaba el periodismo más comprometido desde un punto de vista radical (del cual el que acabamos de ver es un ejemplo) dirigía su polémica, no hacia la cultura popular, sino hacia la cultura refinada de su época. Hone podía publicar sus *Political Essays*, <sup>64</sup> pero mientras los escribía, tenía menos presente la audiencia de Hone que la esperanza de hacer sufrir a Southey, enfurecer al *Quarterly* o incluso dejar a Coleridge a medio pronunciar una frase.

Esto no es de ningún modo una crítica. Hazlitt tenía un amplio marco de referencia y un sentido de compromiso con relación a un conflicto *europé*o de importancia histórica que hacía aparecer a los radicales plebeyos como fenómenos provinciales, tanto por lo que se refiere a espacio como a tiempo. Es una cuestión del papel desempeñado. Cobbett jamás podría haber escrito una sola frase de este párrafo. No podría haber aceptado (ni siquiera como figura retórica) que *estuviésemos dispuestos* a halagar a la Legitimidad; ni haber aceptado las reglas «del mundo», que Hazlitt da por supuestas, aunque sólo fuese para castigar; ni haber escrito «*nuestros* pobres-del-Estado», puesto que todas sus fibras se esforzaban para que sus lectores considerasen a los agiotistas y los *placemen* como *ellos*; y, como corolario, no podría haber escrito, con esa sensación de distancia, acerca de los «hijos de los pobres»; hubiese dicho (a sus lectores) «*vuestros* hijos» o hubiese puesto un ejemplo particular. No es probable que hubiese dicho «nos cuestan al año tanto», hubiese puesto una cifra concreta, aunque fuese al azar. «Esos héroes del Impuesto sobre la Renta» están más cerca del recurso de *bautizar* que utilizaba Cobbett; <sup>65</sup> pero en el caso de Hazlitt encontramos todavía la expresión lenta y pesada del patricio Amigo del Pueblo (al

igual que Wilkes o Burdett, un polvo de rapé justo en el momento de prepararse, en la Cámara, para el ataque definitivo); en Cobbett no hay una afectación irónica ceremoniosa, los nombres salen, el *párroco* Malthus, Fletcher de Bolton, *the Thing*, con una espontaneidad que hacía palidecer al mismo Shelley («el rapé de Cobbett, la venganza»).

Es una cuestión de tono; y sin embargo, en el tono se encuentra al menos la mitad del significado político de Cobbett. El estilo de Hazlitt, con sus ritmos contenidos y controlados y sus movimientos antiestéticos, pertenece a la refinada cultura del ensayista. No podemos pensar fácilmente en Cobbett como ensayista, a pesar de sus *Rural Rides*. En cambio, el estilo lleno de alusiones y de estudiadas formas de Hazlitt, puesto que pertenecía a una cultura no asequible para los artesanos, podía muy bien despertar su hostilidad. Cuando Cobbett escribía acerca de las sinecuras, lo hacía más o menos en estos términos:

De estos puestos y pensiones los hay de todas las medidas, ¡desde veinte libras a treinta mil y casi cuarenta mil libras al año! ... Hay varios *placemen* que con los beneficios que obtienen *cada uno* de ellos por sí solo podría mantener a mil familias. ... EL SEÑOR PRESTON ... que es un *Miembro del Parlamento* y tiene una gran hacienda dice, sobre este tema, «Cada familia, incluso la de los jornaleros más pobres, que se componga de cinco personas, se puede considerar que paga en impuestos indirectos, al menos diez libras al año, ¡o sea más de la mitad de sus salarios de siete chelines a la semana!». Y todavía, esos mercenarios insolentes, os llaman la *muchedumbre*, la *chusma*, la *cochina multitud*, y dicen que vuestra voz no sirve para nada ...<sup>66</sup>

Aquí todo es sólido y está en relación, no con una cultura literaria, sino con la experiencia asequible para todos. Incluso el señor Preston está situado. Cobbett trasladaba los ritmos del habla a la prosa; pero eran los ritmos de un discurso oral enfático y con una argumentación enérgica.

Observémosle escribiendo sobre el conocido tema de que el clero debería ser juzgado, no por sus declaraciones, sino por sus acciones:

Hay algo desafortunado, para decirlo del modo más suave, en esta perfecta unidad de acción entre la Iglesia y la Asamblea Metodista. La religión no es una idea abstracta. No es algo metafísico. Si no sirve para influir en la conducta de los hombres, no sirve para nada. Debe tener ascendencia sobre las acciones de los hombres. Debe tener un influjo benéfico en los asuntos y en la condición de los hombres. Ahora bien, si la religión de la Iglesia ...<sup>67</sup>

La afinidad de Cobbett con su público en párrafos como éste (y el ejemplo se puede sacar del primer *Register* que nos caiga en las manos; casi cada



*Register* nos proporcionaría el mismo) es tan palpable que parece que uno pudiese alargar el brazo y tocarlo. Es un argumento. Hay una intención. Cobbett escribe «metafísico», mira hacia su público y se pregunta si la palabra comunica algo. Explica la importancia del término. Repite su explicación en el lenguaje más sencillo posible. La repite de nuevo, pero esta vez amplía la definición para recoger implicaciones sociales y políticas más amplias. Luego, cuando ha acabado con estas frases cortas, retoma una vez más la exposición. Percibimos que con las palabras «Ahora bien» se sobreentiende: «si todos habéis comprendido, vamos a proseguir conjuntamente ...».

Es fácil mostrar que Cobbett tenía algunas ideas muy estúpidas y contradictorias, y algunas veces aporreaba a sus lectores con argumentos especiosos.<sup>68</sup> Pero tales demostraciones no vienen al caso a menos que se comprenda la profunda, verdaderamente profunda, influencia democrática que la actitud de Cobbett tuvo sobre su público. Paine había anticipado el tono; pero Cobbett durante 30 años habló a su público de ese modo, hasta que los hombres hablaron y argumentaron como Cobbett por todo el país. Daba por supuesto, como una cuestión que apenas requería demostración, que todos los ciudadanos cualesquiera que fuesen tenían la capacidad de razonar, y que los asuntos debían resolverse mediante argumentaciones dirigidas al entendimiento común. A lo largo de los 10 años anteriores (escribió en 1820):

No he dicho nada [a la gente] que no estuviese, por fortuna, basado en hechos, y en los mejores argumentos que era capaz de discurrir. En general, mis temas han sido de la más intrincada naturaleza. ... No he utilizado ningún recurso para atraer la curiosidad o complacer a la fantasía. Todo ha sido una llamada a la inteligencia, la perspicacia y la justicia del lector.

No es cierto, por supuesto, que Cobbett no utilizase estratagemas para «atraer la curiosidad». Si bien trataba a sus lectores como iguales, trataba a los ministros, obispos y lores como algo menos. (Una de sus cartas abiertas empezaba: «Wilberforce, te tengo ante mí en un folleto hipócrita.») A éste podemos añadir dos recursos más. El primero es la analogía casera y práctica que de forma muy común se hacía con la vida rural. En esto tenía un sentido infalible de la experiencia que estaba al alcance de todo el conjunto de sus lectores. Tales imágenes, en él, no tenían una función decorativa ni eran alusiones de pasada. Las cogía, las sopesaba, les daba la vuelta, las desplegaba de forma deliberada para hacer avanzar el argumento, y luego las depositaba. Podemos poner el ejemplo de la famosa descripción que Cobbett hizo de Brougham y los reformadores mode-

rados, comparándoles con espantapájaros o *shoy-hoys*; «y voy a deciros ahora por qué»:

Un *shoy-hoy* es un hombre o una mujer fingidos, hechos de paja u otros materiales enrollados alrededor de una estaca clavada en el suelo ... que llevan un palo o una pistola en la mano. Estos *shoy-hoys* se izan con el fin de alejar a los pájaros que podrían picotear el trigo o las semillas y algunas veces para ahuyentarles de las cerezas a otros frutos. El pueblo quiere una reforma del parlamento, y un pequeño grupo ha manifestado, desde hace mucho tiempo, el deseo de alcanzar la reforma parlamentaria. Han presentado mociones, hecho discursos y separaciones con el fin de mantener vivas las esperanzas del pueblo, y de ese modo han conseguido mantenerle tranquilo de vez en cuando. Jamás han deseado *triunfar*, porque el triunfo hubiese acabado con sus esperanzas de retribución; pero han distraído al pueblo. El grueso de las facciones, conociendo la realidad de sus opiniones, se han divertido de lo lindo con sus fingidos esfuerzos, que jamás han interrumpido en lo más mínimo su disfrute del pillaje general. Exactamente igual que ocurre con los pájaros y los *shoy-hoys* en los campos y los huertos. Primero, los pájaros toman a los *shoy-hoys* por hombres o mujeres reales; y mientras lo creen se abstienen de su tarea de pillaje; pero después de observar durante algún tiempo al *shoy-hoy* con sus rápidos y penetrantes ojos, y darse cuenta de que jamás mueve una mano o un pie, dejan de hacerle caso y no les estorba más que si fuese un poste. Lo mismo ocurre con esos *shoy-hoys* políticos; pero ... *hacen mal* ... recuerdo un ejemplo ... que ilustra de manera muy apropiada las funciones de esos estafadores políticos. Los pájaros estaban haciendo estragos en algunas semillas de nabos que tenía en Botley. «Ponga un *shoy-hoy*», le dije a mi administrador: «No servirá de nada, señor» ... contestó ... diciéndome que aquella mañana, en el jardín de su vecino Morell ... había visto realmente un gorrión posado, con *una vaina*, sobre el sombrero del *shoy-hoy*, y que allí, como si estuviese en la mesa del comedor, picoteaba los guisantes y se los comía de verdad, todo ello podía hacerlo con mayor seguridad desde allí, porque podía mirar a su alrededor y ver si se acercaba algún enemigo, que desde el suelo, donde podían cogerle por sorpresa. Exactamente éstas son las funciones de nuestros *shoy-hoys* políticos. Los *shoy-hoys* agrícolas ... engañan por poco tiempo a los pájaros depredadores; pero siguen engañando a los que los clavan y confían en ellos, aquellos que en lugar de levantarse por la mañana y salir a perseguir a los depredadores con pólvora y tiros, confían en los miserables *shoy-hoys* y pierden de ese modo su grano y sus semillas. Lo mismo ocurre con la gente que es víctima de todos los *shoy-hoys* políticos. En Suffolk y otros condados del este, se les llama *gusanos*...<sup>69</sup>

¿Qué se puede decir de este escrito? Desde un punto de vista, es la escritura imaginativa del genio. La analogía empieza con un poco de rigidez; la política y la agricultura discurren por líneas convergentes, pero tenemos

la sensación de que la imagen está traída por los pelos. Luego —en «rápidos y penetrantes ojos»— se funden los dos argumentos en una corriente ascendente de placer polémico. Cobbett medio bromea, la imagen adquiere proporciones surrealistas; Brougham con un gorrión en su sombrero, los reformadores con pólvora y tiras, las semillas de nabo y el vecino Morell (que probablemente no volverá a aparecer jamás). Desde otro punto de vista, ¡qué cosa tan extraordinaria, forma parte de la tradición política inglesa! Es más que polémica, es también teoría política. Cobbett ha definido, en unos términos que puede comprender perfectamente un bracero o un artesano, la función de una forma muy inglesa de adaptación reformista. Más que esto, desenmascara, para más de un siglo, a los *gusanos* de otros partidos y otras épocas.

El otro recurso, que hemos señalado ya, es la personalización de los temas políticos; personalización que se centra en el propio Cobbett de Botley. Pero si bien Cobbett era su propio sujeto, manejaba este sujeto con una objetividad poco corriente. Su egoísmo le superaba hasta el punto de que el lector tiene conciencia, no del ego de Cobbett, sino de una sensibilidad vigilante, que se expresa de forma sencilla, prosaica, con la que se le anima a identificarse. Se le pide que mire, no *a* Cobbett, sino *junto con* Cobbett. El triunfo de este estilo puede observarse en sus *Rural Rides*, en los que, no sólo sus contemporáneos, sino generaciones sucesivas han sentido su presencia palpable mientras hablaba con los jornaleros en los campos, cabalgaba por los pueblos y se detenía para dar comida a sus caballos. La fuerza de su indignación era tanto más convincente por cuanto se deleitaba con cualquier cosa que le complaciese. En Tenterden,

la tarde era muy hermosa y en el mismo momento que llegué a lo alto de la colina y entré en la calle, la gente salía de la iglesia y se iba hacia su casa. Constituía una bella visión. *La gente desaharrapada no va a la iglesia*. En resumen, apareció ante mí la indumentaria y la belleza de la ciudad; y vi a muchas muchachas muy, muy bonitas; y además la vi con sus mejores galas. Me acuerdo de las muchachas en el *Pays de Caux* y, verdaderamente, pienso que aquellas de Tenterden se les parecen. No sé por qué no deberían parecerseles, si al fin y al cabo el *Pays de Caux* está sólo al otro lado del agua, justo frente a este lugar.

O, en un pueblo de Surrey, la ausencia de pobreza se convierte en recurso eficaz para hablar de su extensión generalizada:

Cuando iba de Upwaltham a Eastdean, le pedí a un joven, que junto con otros cavadores de la cosecha de nabos estaban sentados al abrigo de un seto desayunando, que se acercase. Vino corriendo con las provisiones en la mano; y me alegré de ver que su alimento consistía en un buen pedazo de pan casero y un

trozo de *tocino* nada pequeño. ... Al despedirme de él, le dije: «Entonces, tenéis algo de *tocino*, ¿no es así?» «¡Oh, sí! Señor», contestó con un acento y una sacudida de la cabeza que parecía decir, «*Debemos y queremos tenerlo*». Vi con gran placer que en casi cada casa de jornalero había un cerdo. Las casas eran buenas y cálidas, y los huertos algunos de los mejores que he visto en Inglaterra. ¡Qué diferencia, buen Dios! entre esta región y los alrededores de aquellas degradadas zonas de *Great Bedwin* y *Cricklade*. ¿Qué alimento hubiesen obtenido esos hombres de un rancho de *patatas frías*? ¿Podrían haber *trabajado*, y haberlo hecho en la humedad además, después de comer un alimento como aquél? ¡Monstruoso! No debería existir ninguna sociedad en la que los braceros viviesen como puercos.

«El *Pays de Caux* está ... justo frente a este lugar», «esta región», «este hombre»; dondequiera que estuviese, Cobbett obligaba siempre a sus lectores, con la inmediatez de su visión, la confusión entre reflexión y descripción, la solidez del detalle y la sensación física de lugar, a identificarse con su propio punto de vista. «Punto de vista» es la denominación adecuada, porque Cobbett se situaba con firmeza en algún marco físico —en su granja de Botley o en la carretera de Tenterden— y luego se dirigía desde lo que captaban sus sentidos hacia las conclusiones generales. Incluso durante su exilio norteamericano (1817-1819) era importante para él comunicar esta sensación de espacio físico:

Uno de los lados de mi habitación da al patio de una granja, lleno de forraje y de ganado, ovejas, puercos y multitud de aves de corral, mientras que a unos pocos pasos, más allá del patio, discurre el río Susquehannah, que es más ancho que el Támesis y tiene innumerables islas de una extensión que varía entre un cuarto de acre a cinco o seis acres. El otro lado de mi habitación da a un Huerto de Manzanos y Melocotoneros que tiene cuarenta acres, situado en un estrecho valle entre dos montañas, de un cuarto de milla de altas, que tienen la forma de la arista de un tejado, con los aguilonos descendiendo hacia el río. La última noche llovió, antes de la mañana heló y el hielo aprisionó las gotas que colgaban de los árboles; de modo que el sol, que ahora brilla como en Inglaterra en el mes de mayo, presenta esos carámbanos como incontables millones de brillantes centelleantes.

Pero este marco servía para dramatizar al máximo los sentimientos (expresados en una carta dirigida a Hunt) que le inspiraron las noticias de la ejecución de Brandreth y sus compañeros:

Querido Hunt, en este momento los pequeños *cottages* con techo de paja de Waltham Chase y Botley Common llenan por completo los ojos de mi espíritu, y en este día siento, con más fuerza que nunca, aquella pasión que me haría

preferir ocupar la más insignificante de las más humildes moradas, acompañado con el carácter del inglés, que el dominio sobre, y la posesión real de, todo lo que he descrito más arriba, sin la compañía de aquel carácter. Sigo diciendo lo mismo que dije cuando dejé Inglaterra, jamás podré querer tanto a un pueblo como quiero al pueblo inglés.

Cobbett creó, a partir de la lucha del movimiento en favor de la reforma, algo parecido a un martirologio y una demonología, y él mismo fue la figura central del mito. Pero deberíamos dudar antes de acusarle de algo más que de vanidad personal. Porque el mito exigía también que William Cobbett fuese visto como un simple inglés, excepcionalmente beligerante y perseverante, pero no especialmente dotado; un hombre como pudiese pensar el lector que él mismo era, o el bracero del campo de nabos, o (dadas estas o aquellas circunstancias) como pudiese ser el hijo de la dueña de una pequeña fonda en un pueblo de Sussex:

La patrona mandó a su hijo a buscar un poco de nata para mí, y era un chico igual que yo a su edad, e iba vestido del mismo modo, su principal prenda era un guardapolvo azul, descolorido por el uso, remendado con trozos de tela nueva. ... La visión de ese guardapolvo me trajo el recuerdo de cosas muy queridas. Este muchacho quizá cumplirá su papel en Billingshurst o en algún lugar no muy lejano. Si un accidente no me hubiese sacado de un sitio similar, ¡cuántos villanos e imbéciles, que han sido justamente mortificados y atormentados, hubiesen dormido tranquilamente por la noche, y se hubiesen contoneado con audacia durante el día!

Su compasión por los pobres siempre tuvo este tono: «Ahí va Will Cobbett, pero sólo por la gracia de Dios». Su afectación aparentaría ser más «normal» de lo que era. Jamás permitió que sus lectores olvidasen que una vez había ido tras el arado, y había servido como soldado raso. A medida que fue prosperando, imitó progresivamente el atuendo, no de un periodista (cosa que no pretendía ser), sino de un *gentleman* dedicado a la agricultura, chapado a la antigua. Según la descripción de Hazlitt, vestía «un chaleco de velarte, con las carteras de los bolsillos caídas, como era costumbre entre los *gentlemen* agricultores durante el siglo anterior»; según la de Bamford,

vestido con una chaqueta azul, un chaleco de franela de algodón amarillo, calzones de punto grises, y botas de campaña ... era la perfecta imagen de lo que siempre había deseado ser: un *gentleman* inglés dedicado a la agricultura.

Hazlitt es quien hace una caracterización más ajustada de Cobett por lo que a su vanidad se refiere:

Su egoísmo es delicioso, porque en él no hay afectación. No habla de sí mismo por falta de algo sobre lo que escribir, sino porque algo de lo que a él mismo le ha ocurrido es la mejor ilustración posible del tema, y él no es del tipo de personas que se privan de ofrecer la mejor de las ilustraciones posibles del tema por una delicadeza remilgada. Aprecia demasiado el tema y a sí mismo para hacerlo. No se sitúa él delante y dice, «Admiradme a mi primero», sino que nos pone en la misma situación que él y nos hace ver lo mismo. No hay ... una autocomplacencia estúpida y abstracta, ni una escondida admiración de su propia persona por poderes: todo es sencillo y sin rebozo. Se escribe a sí mismo simple William Cobbett, se desnuda de forma tan completa como cualquiera podría desear; en una palabra, su egoísmo está lleno de personalidad y deja lugar para muy poca vanidad en él.<sup>70</sup>

Ésta es una opinión literaria generosa. Pero un juicio político debe ser más cualificado. El gran cambio en el tono y el estilo del radicalismo popular, que se ejemplifica en el contraste entre Paine y Cobbett, lo definió (una vez más) en primer lugar Hazlitt:

Paine fingía reducir las cosas a principios originales, anunciar verdades evidentes. Cobbett se preocupa por poco más que detalles y circunstancias locales. ... Los escritos de Paine son una especie de introducción a la aritmética política basada en un nuevo programa; Cobbett escribe un diario y hace una entrada para absolutamente todos los acontecimientos y problemas difíciles que ocurren durante el año.

La personalización de la política —este jornalero en el jardín de su *cottage*, este discurso en la Cámara de los Comunes, este ejemplo de persecución— se adaptaba muy bien al pragmático acercamiento de una audiencia que justo estaba despertando a la conciencia política. También tenía un valor oportunista en el sentido de que, al fijar la atención en circunstancias efímeras y en quejas particulares y al renunciar a los absolutos teóricos, permitía que los realistas y los republicanos, los defistas y los hombres de iglesia, se comprometiesen en un movimiento común. Pero podemos llevar el argumento más lejos. La obra *Los derechos del hombre* de Paine había encontrado la misma respuesta en un público que no era más culto, y había fomentado una teoría de los derechos populares basada más en principios; a la vez que el éxito contemporáneo de periódicos más teóricos demuestra la existencia de un público obrero más amplio que podía captar su interés político. De hecho, Cobbett ayudó a crear y a nutrir el antiintelectualismo y el oportunismo teórico (enmascarado de empirismo «práctico») que seguía siendo una importante característica del movimiento obrero inglés.

«Recordaba que mi madre acostumbraba a leer el *Register* de Cobbett y decía que no entendía por qué la gente hablaba tan mal de él; no veía nada malo en él, al contrario apreciaba muchas cosas buenas.»<sup>71</sup> La madre de James Watson era criada doméstica en casa de un sacerdote y profesora de una escuela dominical. «Los *Weekly Political Pamphlets* de Cobbett —escribió Hone en 1817— deberían estar estrechamente relacionados, y estar en el mismo estante que la *History of England* el *Pilgrim's Progress*, *Robinson Crusoe* y el *Young Man's Book of Knowledge*. Cualquier biblioteca de *cottage* y de cocina del reino está incompleta sin él ...» Debería ser «tan corriente y familiar» como el *Housekeeper's Instructor* y la *Domestic Medicine* de Buchan.<sup>72</sup> Esto es realmente lo que ocurriría en gran medida. Wooler o Carlile, con su aire más sofisticado e intelectual, podrían haber dado expresión al radicalismo de los artesanos de la ciudad; pero sólo Cobbett logró, en 1816, que los calceteros y los tejedores participasen en el mismo diálogo.

La curiosa forma en que Cobbett se había desplazado gradualmente desde el torysmo hacia el radicalismo entrañaba cierto oportunismo en su actitud. Había sido capaz de evitar el prejuicio antigalo y antijacobino de los años de guerra. Fue capaz de renegar de la Revolución francesa y de Tom Paine como cosas en cuya defensa había tomado parte. Finalmente (como él mismo reconoció en términos generosos) llegó a aceptar muchos de los argumentos de Paine. Pero siempre escapó al intransigente rechazo jacobino de cualquier forma de principio hereditario, y de este modo fue capaz de presentarse a sí mismo a la vez como un reformador radical y como constitucionalista. En la *Adress to Journeymen and Labourers* advertía contra los hombres que «os persuadirían de que, puesto que las cosas se han desviado de sus verdaderos fines, no hay *nada bueno* en nuestra *constitución* y nuestras *leyes*. ¿Para qué murieron entonces Hampden en el campo de batalla y Sydney en el cadalso?» Los norteamericanos, al separarse de Gran Bretaña, habían tenido cuidado de conservar «la Carta Magna, la Declaración de Derechos el Hábeas Corpus» y el cuerpo de la Ley Común:

Queremos una *gran alteración*, pero no queremos *nada nuevo*. Alteración, modificación para adecuarse a los tiempos y a las circunstancias; pero los grandes principios deberían, y deben ser, los mismos, o de lo contrario se producirá mayor confusión.

Incluso cuando (durante el último año de su vida) incitó al pueblo a resistir la *New Poor Law* con fuerza, lo hizo en nombre de los derechos constitucionales y de la inviolabilidad de la tradición. Su actitud hacia los racionalistas mostraba la misma combinación de radicalismo y tradicionalismo. Con la misma fuerza defendía su derecho a publicar argumen-

tos en contra de la religión cristiana. Pero cuando Carlile fue más allá e incurrió en lo que (a los ojos de Cobbett) era una blasfemia injuriosa al datar el *Republican* «en el año 1822 del hijo de la esposa del Carpintero», apeló a la ley de la muchedumbre. Si esto hubiese ocurrido en Norteamérica (rugió):

Le hubiesen ... emplumado inmediatamente, y ... le hubiesen paseado *con el culo desnudo sobre un raíl*, hasta que cayese cerca de algún bosque o ciénaga, y allí le habrían dejado para que rumiase acerca de la prudencia (por no decir nada de la modestia) de instituir a un creador de un nuevo entramado de gobiernos y religiones.<sup>73</sup>

Apenas hay en nuestra historia otro escritor que haya hecho tantos ataques y tan fuertes al clero anglicano (y en particular al clero rural) como Cobbett. Y sin embargo, sin haber dado nunca una explicación seria para ello, con frecuencia anunciaba su lealtad, no sólo al Trono (que estuvo a punto de derribar durante la agitación de la reina Carolina) y a la Constitución (a la que sus partidarios casi asesinaron en 1819 y 1832), sino también a la Iglesia oficial. En una ocasión, fue incluso capaz de escribir acerca de «nuestro deber de mantener el odio hacia los turcos y judíos», porque la cristiandad era «parte integrante de la ley».

Un oportunismo como éste hacía imposible que a partir del cobbettismo se desarrollase cualquier teoría política sistemática. Y sus preocupaciones económicas eran coherentes con este tipo de evasiva. Precisamente porque no desarrolló una crítica de un *sistema* político, ni siquiera de la «Legitimidad», sino una invectiva contra la «Vieja Corrupción», redujo el análisis económico a la polémica contra el *parasitismo* o contra ciertos intereses creados. No podía permitirse una crítica que se centrase en la propiedad; por consiguiente exponía (con muchas repeticiones) una demonología en la que los males del pueblo eran consecuencia de los impuestos, la deuda nacional y el sistema monetario, y de las hordas de parásitos —inversores de la deuda, *placemen*, corredores de bolsa y recaudadores de impuestos— que vivían a costa de aquellos tres. No puede afirmarse que su crítica careciese de fundamento; en el modelo fiscal enormemente explotador, y en las actividades parasitarias de la Compañía de las Indias Orientales y de los bancos, había combustible suficiente para el fuego de Cobbett. Pero, de modo característico, los prejuicios de Cobbett casaban con las quejas de los pequeños productores, tenderos, artesanos, pequeños agricultores y consumidores. La atención se desviaba del terrateniente o el capitalista industrial y se enfocaba sobre el intermediario: el agente o el corredor que acaparaba en los mercados, sacaba beneficio de la escasez de los pobres o vivía, de cualquier forma que no estuviese estrechamente relacionada con



la tierra o la industria, de ingresos que no se había ganado. Los argumentos eran tanto morales como económicos. Los hombres tenían derecho a la riqueza, pero sólo si se les podía *ver* trabajando con ahínco. Junto con los detentores de sinecuras Cobbett odiaba a los especuladores cuáqueros.

Además de ser deficiente en el terreno de la teoría, algunas veces era sencillamente perjudicial en su influencia inmediata sobre la estrategia política, mientras que en los asuntos personales y públicos de ningún modo era siempre tan recto como pedía que lo fuesen los demás. No era completamente responsable de sus fallos como líder político. Era un periodista y no un líder u organizador, y sólo por el accidente de la situación (la ilegalización de las organizaciones políticas efectivas) se vio obligado a cumplir el otro papel. Pero, si bien no escogió ser un líder político, era (como otros hombres en esa difícil situación) remiso a contemplar cómo el movimiento iba en cualquier otra dirección distinta a la que él recomendaba. Cuando se han considerado estos —y otros— defectos, es fácil subestimarle como un romántico nostálgico o un fanfarrón.

Pero la opinión común, con la que tan a menudo nos tropezamos, de que Cobbett era «verdaderamente un *Tory*», es inútil. Hemos examinado bastante una razón: el carácter democrático de su tono. La relación que mantenía con su público era particularmente íntima; debemos recordar que estaba continuamente hablando con sus lectores. Se dirigía a ellos en los mítines en favor de la reforma. Realizaba giras de lectura. Incluso cuando estuvo en Norteamérica su correo era voluminoso y en las riberas del Susquehannah le presentaban sus respetos delegaciones de obreros escoceses y reformadores emigrados. Cabalgaba por el campo para averiguar cómo pensaban y hablaban las gentes. De ahí que las ideas de Cobbett deban considerarse menos un flujo propagandístico de una sola dirección que la incandescencia de una corriente alterna entre sus lectores y él mismo. «Siempre digo que del pueblo he sacado ... diez veces más luz que la que yo le he transmitido»:

Un escritor comprometido en la instrucción de un pueblo como éste recibe un apoyo constante, no sólo del aplauso que aquél le da, y de la percepción de que sus esfuerzos surten efecto; sino también de la ayuda que obtiene continuamente de las ideas nuevas que sus ideas provocan en las mentes de aquéllos. Es el encuentro del pedernal y el acero lo que produce el fuego.<sup>74</sup>

¡Qué conmovedora es esta penetración en la naturaleza dialéctica del mismo proceso de formación de sus propias ideas! Se pueden encontrar pocos autores que fuesen hasta tal punto la «voz» de su público. El ánimo de Cobbett se puede seguir como indicador del movimiento que representa-

ba. En los momentos de crisis está su brillante incandescencia. En los momentos en que el movimiento languidecía, se vuelve más estrafalario y particular: su estilo tiene sólo un brillo apagado. Y esto es cierto hasta para sus últimos años; a medida que su público cambiaba, él cambiaba con aquél.

Esto es lo que describió bien Raymond Williams como la «extraordinaria certeza instintiva» de Cobbett. Pero ¿instinto para *qué*? En primer lugar era un instinto que revelaba la naturaleza *real* de las relaciones de producción cambiantes, que juzgaba como contrarias a un pasado patriarcal idealizado, y en parte contrarias a la afirmación del valor de cada trabajador individual, lo cual de ningún modo es nostálgico. En segundo lugar, Cobbett era la encarnación del «inglés libre por nacimiento». Recogió todo el vigor de la tradición del siglo XVIII y lo proyectó hacia adelante, con un énfasis nuevo, en el siglo XIX. Su punto de vista se aproximaba muy de cerca a la ideología de los *pequeños productores*. Los valores que respaldaba con todo su ser (y hay que tener en cuenta que cuando escribía mejor era cuando daba rienda suelta a sus prejuicios) eran los de un fuerte individualismo e independencia. Lamentaba la desaparición de los agricultores con pequeñas explotaciones; las gentes de oficio con pequeños talleres; el drenaje de los recursos del campo hacia las «grandes aglomeraciones»; la pérdida del «carácter franco y osado» de los tejedores «formado en los días de su independencia». <sup>75</sup> Entre su público natural se encontraban: el pequeño agricultor que protestaba contra la gran fortuna del cervecero o del lord absentista; el pañero con un pequeño taller que presentaba peticiones contra el crecimiento del sistema de fábrica; el sastre o zapatero con pequeños negocios que se encontraban con que el gobierno daba contratos a los intermediarios o que éstos se quedaban con lo mejor del mercado. También sentía la misma hostilidad difusa hacia la «especulación» y el «sistema comercial»; pero (al igual que Cobbett) se detenía mucho antes de hacer cualquier crítica radical de los derechos de propiedad.

Si esto hubiese sido todo, Cobbett podría haber quedado como el portavoz político de la pequeña burguesía. Pero su público —el mismo movimiento radical— le llevó más lejos. «Estamos avanzando diariamente hacia la situación en la que sólo habrá dos clases de hombres, los *patrones*, y los *miserables subordinados*.» Cuando Cobbett consideraba la situación del artesano o el hilandero, la extrapolaba de la experiencia de los pequeños menestrales que se veían abocados a engrosar la clase obrera. Consideraba que los proletarios de Manchester eran menos un tipo de hombres aparecidos recientemente que pequeños productores despojados de su independencia. Y como tales, la disciplina laboral de las fábricas suponía un ultraje para su dignidad. Tenían derecho a rebelarse, como él se

hubiera rebelado en la misma situación. Y por lo que se refiere al trabajo de los niños, simplemente, era «antinatural».

Su actitud hacia los jornaleros del campo era algo diferente. Aunque se esforzaba por entender una sociedad comercial e industrial, el principal modelo de economía política que tenía en mente se basaba en la agricultura. Y en éste aceptaba una estructura social en la que el propietario, el buen arrendatario, el pequeño terrateniente y el bracero, todos tuviesen su parte, siempre que esas relaciones productivas y sociales estuviesen gobernadas por ciertas obligaciones y sanciones mutuas. Al defender su propia conducta como propietario, citaba el caso de un *cottager*, que vivía retirado en la granja de Botley y cuando tomó posesión de ella:

El viejo no me pagaba renta; cuando murió hice poner una lápida en su tumba para dejar constancia de que había sido un trabajador honrado, diestro y laborioso; y durante todo el tiempo que estuve en Botley, le di a su viuda un chelín a la semana.<sup>76</sup>

En este pasaje aparece indistinguible del mejor tipo de *squire*, cuya desaparición lamentaba tan a menudo. Pero esto no es todo. También está esta molesta frase: «No debería existir ninguna sociedad en la que los braceros viviesen como puercos.» *No debería existir ninguna sociedad*: la verdadera piedra de toque de su crítica social es la condición de los trabajadores. Cuando, como ocurrió en la época de la revuelta de los jornaleros o la de la *New Poor Law*, consideró que esta situación era insoportable, entonces estuvo decidido a desafiar el orden social heredado:

Dios hizo que viviesen en esta tierra; tienen tanto derecho como vosotros a habitar sobre ella; tienen un derecho evidente a mantenerse de los frutos de la tierra, a cambio de su trabajo; y si no sois capaces de administrar vuestras tierras de modo que les déis trabajo, a cambio de que se puedan ganar la vida, dadles la tierra ...<sup>77</sup>

Esto lo escribió seis meses antes de morir.

Esto es lo que hizo que Cobbett (y John Fielden, su amigo y compañero diputado por Oldham después de 1832) estuviese tan cerca de ser un portavoz de la clase obrera. Una vez que la condición real de la población trabajadora —para Cobbett, el bracero, para Fielden, los niños que trabajaban en las fábricas— se convierte, no en *uno*, sino en *el* indicador de todos los demás aspectos políticos, entonces estamos cerca de alcanzar conclusiones revolucionarias. Bajo la aparentemente «nostálgica» idea de «derechos históricos de los pobres», que de formas diferentes expresaron

Cobbett, Oastler y Carlile, se escondían también nuevas demandas que estaban madurando, para que la comunidad socorriese a los necesitados y los indefensos, no por caridad, sino por derecho.<sup>78</sup> Cobbett abominaba del «reconfortante sistema» de la caridad y la salvación moral, y en su *History of the Protestant «Reformation»* se preocupó sobre todo de dar respaldo histórico a su idea de los derechos sociales. Las tierras de la Iglesia medieval eran administradas en nombre de los pobres. Ilegalmente malversadas o dispersadas, sin embargo los pobres tenían todavía un derecho sobre ellas, que (en opinión de Cobbett) se reconocía por mediación de las viejas *Poor Laws*. La revocación de aquellas leyes fue el último acto de una serie vergonzosa de robos por la cual se había defraudado a los pobres en sus derechos:

Entre esos derechos se encontraba el derecho a vivir en nuestra región de nacimiento; el derecho a obtener lo necesario para vivir de la tierra donde hemos nacido, a cambio de nuestro trabajo realizado debida y honestamente; el derecho, en caso de que nos veamos hundidos en la miseria, de tener mitigadas nuestras necesidades con el producto de la tierra, tanto si la miseria es consecuencia de la enfermedad, de la decrepitud, la vejez o la incapacidad para encontrar empleo. ... Durante mil años, la necesidad fue mitigada con el producto de los Diezmos. Cuando la aristocracia sacó los Diezmos, y se los reservó para ella, o los cedió por completo a los párrocos, se establecieron provisiones de la tierra, como compensación a lo que se había sacado. Esta compensación se financiaba con las contribuciones que establecía la ley de pobres. Quitar estas contribuciones suponía violar el acuerdo, según el cual se tenía tanto derecho a recibir, en caso de necesidad, ayuda con los productos de la tierra, como se le daba al propietario derecho a recibir su renta.<sup>79</sup>

Este mito histórico, que supone la existencia de algún pacto social medieval entre la Iglesia y la *gentry*, por un lado, y los braceros por el otro, se utilizó para justificar demandas de nuevos derechos sociales, del mismo modo que la teoría de la Constitución libre de Alfredo y del yugo normando se había utilizado para justificar la exigencia de nuevos derechos políticos. De acuerdo con este punto de vista, la posesión de la tierra por parte de los terratenientes no era un derecho absoluto, sino que dependía del cumplimiento de sus obligaciones sociales. Ni Cobbett ni Fielden partían del supuesto de que la población obrera tuviese derecho alguno a expropiar a los propietarios de la tierra o del capital; pero ambos aceptaban que si las relaciones de propiedad existentes violaban derechos esenciales para la realización humana del obrero o su hijo, entonces se podía poner en discusión cualquier tipo de remedio, por muy drástico que fuese. (Para Fielden esto significó que —siendo el tercer gran «Señor del Torzal» del Lan-

cashire— estuvo dispuesto a colaborar con John Doherty para conseguir una huelga general en favor de la jornada laboral de ocho horas.)

La piedra de toque de Cobbett fue a la vez una barrera insuperable entre su clase de economía política y la ideología de los utilitaristas de la clase media. Si las conclusiones de Malthus conducían a predicar la emigración o las restricciones en el matrimonio de los pobres, entonces su piedra de toque los declaraba culpables. Si los «filósofos escoceses» y Brougham no podían hacer otra cosa que destruir los derechos que los pobres tenían bajo la antigua *Poor Law*, dejar que los tejedores muriesen de hambre y aprobar el trabajo de los niños pequeños en las fábricas, entonces su piedra de toque proclamaba que eran unos canallas intrigantes. Algunas veces se trata menos de un argumento que de una afirmación, una imprecación, un arranque de sentimiento. Pero era suficiente. Cobbett hizo más que cualquier otro autor para impedir que los radicales y los cartistas se convirtiesen en los vivanderos de los utilitaristas o las ligas contrarias a la *Corn Law*. Alimentó la cultura de una clase cuyos males comprendía pero cuyos remedios no pudo entender.

### 3. Carlile, Wade y Gast

Sin embargo no podemos olvidar las incoherencias, las bravuconadas, el antiintelectualismo, las profesiones de lealtad al trono y a la iglesia, el oportunismo teórico y los subterfugios de las efímeras obras políticas de Cobbett. Todas estas debilidades eran más que evidentes para los radicales más articulados. Ya en 1817 se vio sometido a duras críticas desde otros periódicos. Hacia 1820 muchos artesanos radicales habían dejado de considerar a Cobbett como un pensador serio, aunque no habían dejado de deleitarse con sus grandes polémicas. Seguían leyéndole, pero además empezaron a leer otros periódicos. Entre esos periódicos menores, entre 1817 y 1832, existían ideas originales y rigurosas, que conformarían la conciencia política de la clase, después de 1832. Podemos distinguir cuatro tendencias entre ellos: la tradición Paine-Carlile; los utilitaristas obreros y el *Gorgon*; los sindicalistas que estaban alrededor del *Trades Newspaper* de John Gast; y la diversidad de tendencias asociadas con el owenismo.

Hemos examinado ya el principal núcleo de ideas del primero en *Los derechos del hombre* y su contribución fundamental en la lucha de Carlile por los derechos de la prensa. La derivación de Paine es explícita. No se trata sólo del reconocimiento de una deuda, sino de la afirmación de una ortodoxia doctrinal:

Sólo las obras de Thomas Paine constituyen un modelo para cualquier cosa digna de ser denominada Reforma Radical. No existen Reformadores Radicales que no se acerquen al conjunto de principios políticos de Thomas Paine. ... No puede haber Reforma Radical sin ... una forma de Gobierno Republicana.<sup>80</sup>

A partir del relato de una reunión de la sección cartista de Cheltenham, cuyo presidente era un viejo herrero, captamos la sensación de fuerza y de lealtad con que esta doctrina se mantuvo:

Una noche ... alguien habló de Tom Paine. El presidente se puso de pie de un salto. «No estoy dispuesto a seguir presidiendo —gritó encolerizado— y escuchar cómo se vilipendia a ese gran hombre. Tened presente que no era un pugilista. No existe otra persona como Tom Paine. El señor Thomas Paine, si sois tan amables.»<sup>81</sup>

Entre sus virtudes se encontraban la hostilidad intransigente hacia el principio hereditario y la superstición «gótica» y otras reliquias, afirmación retadora de los derechos del ciudadano privado. Pero en Inglaterra, la tradición de Paine-Carlile había adquirido, al menos hacia finales de la década de los veinte, cierta estridencia y un aire de irrealidad. El grito *à bas les aristos* tiene menos fuerza cuando tomamos en consideración la estructura real de poder en Inglaterra a medida que avanzaba la Revolución industrial, y la compleja interpenetración del privilegio aristocrático y la riqueza comercial e industrial. Tanto las sátiras racionalistas sobre el «clero» como los defensores a sueldo del privilegio y los emisarios de una ignorancia pensada para mantener al pueblo en la esclavitud, no aciertan en modo alguno a dar en el blanco; podían hacer mella en párrocos rurales que cazaban el zorro o en los magistrados eclesiásticos, pero pasaban de largo por los oídos de los pastores evangélicos e inconformistas que estaban ya en activo en las escuelas británicas y nacionales. La polémica tiende a dispersarse en abstracciones; no absorbe la atención ni compromete, como casi siempre hace la de Cobbett. El «cura» de Carlile se describía ocupado en «Hincarse de rodillas, los diezmos, las peregrinaciones, los exorcismos, las bendiciones, las cruces, los sacramentos, las abluciones, la circuncisión y la jerga ininteligible» en los intervalos de «lascivia ... y borrachera».<sup>82</sup> Aunque Carlile sabía más de las cárceles inglesas que cualquier otro radical, seguía confundiéndolas con la Bastilla. Si Jorge IV hubiese sido estrangulado con las tripas del obispo de Llandaff hubiese sido un triunfo, pero no el triunfo que él suponía. Hubiese tenido que tratar todavía con el último concejal de la ciudad y el último predicador local.

Como es característico de los doctrinarios, a veces intentaba manipular la realidad para que confirmase sus doctrinas. Alimentaba a sus perseguidores con renovadas provocaciones:

Como considero que la mayoría de los Ministros actuales son tiranos y enemigos de los intereses y el bienestar del pueblo de este país, también me atrevo a confesar que, si cualquier hombre que haya sufrido de forma injusta bajo su administración fuese tan indiferente hacia su propia vida, que asesinasen a uno cualquiera o más de ellos, yo templaría mi lira para cantar sus alabanzas.

Pero si un tiranicida como éste buscase compañeros para llevar a cabo su acción, mostraría una «falta de virtud»; debería tener la resolución de hacerlo él solo: «Condeno la asociación para tales fines.»<sup>83</sup> Y el pasaje nos conduce a otras de sus debilidades. En primer lugar está la irresponsabilidad de su individualismo. Es una instigación que podía publicar (como publicaba otras) simplemente *como* instigación, sin pensar en las consecuencias. Al igual que otros hombres que han codificado ideas en una ortodoxia, no es cierto que simplemente transmitiese las ideas de su maestro. Las osificó *al* transformarlas en doctrina; tomó una parte de las ideas de Paine (la doctrina de los derechos individuales) y omitió las otras. Y la parte que adoptó, la empujó hasta un extremo, el *non plus ultra* del individualismo.

Ningún ciudadano debía respeto a la autoridad, y debía actuar como si no existiese. Esto es lo que él mismo hacía, y estaba dispuesto a afrontar las consecuencias. Sostenía que el ciudadano sólo se debía a su propia razón; no tenía que consultar a los demás, ni siquiera a los de su propio partido, ni someterse a las opiniones de aquéllos. Desde luego, la misma idea de partido le era ofensiva. El único organizador que aceptaba era la fuerza de la razón, y la prensa era el único multiplicador:

Cuando los principios políticos establecidos por Thomas Paine sean bien comprendidos por la gran mayoría de la población, todo lo que es necesario para ponerlos en práctica surgirá por sí mismo, y entonces no serán necesarios ni los complotos ni las reuniones de representantes. ... En la actual situación de este país, el pueblo no tiene otro deber verdadero que familiarizarse individualmente con lo que constituye sus derechos políticos. ... En el ínterin, cada individuo debería prepararse y mantenerse dispuesto, como un individuo armado, sin mantener relación ni consultar a sus vecinos, para el caso de que las circunstancias requiriesen que tomase las armas para preservar la libertad y la propiedad que pueda poseer contra cualquier intento tiránico de reducirlas. ... Que cada uno cumpla con su deber, y que lo haga abiertamente, sin guiarse por lo que hace su vecino ...

Al poder del conocimiento popular le llamaba el «principio de investigación»:

Vamos pues a esforzarnos para progresar en el terreno del conocimiento, puesto que está demostrado que el conocimiento es poder. El poder del conocimiento pone freno a los crímenes de los gabinetes y los tribunales; el poder del conocimiento debe poner fin a las guerras sangrientas y a los terribles efectos de los ejércitos devastadores.<sup>84</sup>

El primer fragmento está escrito en el funesto año 1820, y Carlile estaba ansioso en parte por proteger a los radicales del tipo de organización en la que tan fácilmente se infiltraban los *provocateurs*. Pero se da aquí esta ausencia de lo concreto: «libertad», «conocimiento», «guerras sangrientas», y «gabinetes y tribunales». Y también se da ese concepto erróneo de su público: «Que cada uno cumpla con su deber ... sin guiarse por lo que haga su vecino ...» ¿No sabía que la esencia del movimiento radical de la clase obrera consistía en que cada hombre «consultase con sus vecinos»?

Sin estas consultas, los trabajadores de su taller no hubiesen avanzado, sus representantes en las provincias no se hubiesen mantenido en sus puestos. La clave de su ceguera reside quizá en la frase: «preservar la libertad y la propiedad que pueda poseer contra cualquier intento tiránico ...». Porque esto no es sólo Paine, también es Locke.

Una vez más acude a nuestra mente el término «individualismo pequeñoburgués». Y si hacemos el difícil esfuerzo de desechar algunas de las asociaciones peyorativas del término, veremos que en el caso de Carlile es útil. El modelo que se encuentra en el fondo de su mente es quizá el del menestral, el sombrerero, el bracero, el librero; en Carlile podemos encontrar no sólo las limitaciones de la pequeña burguesía, sino también, en su época de rebeldía, su fuerza. Si Bewick hubiese sido algo más joven, habría leído el *Republican*. Lo que Carlile hacía era adoptar el recelo burgués hacia el poder de la Corona, en defensa de sus derechos políticos y de propiedad, y extenderlo al sombrerero de Shoreditch o al fabricante de juguetes de Birmingham y a sus artesanos.

En términos de derechos de prensa y expresión oral, los resultados fueron tan dramáticos como democrático era el tono de Cobbett. Pero en términos de teoría política y económica, la posición era o bien estéril, o errónea. La fuerza de la ideología de Locke reside en el hecho de que los burgueses eran hombres con grandes propiedades; la demanda de que finalizase el control o la interferencia del Estado era (para ellos) una demanda liberadora. Pero el sombrerero tenía poca propiedad y los artesanos todavía menos. Pedir una ausencia de regulación por parte del Estado significaba



simplemente dar rienda suelta a sus mayores competidores (o «fuerzas del mercado»). Y esto era tan evidente que Carlile, al igual que Cobbett, se vio obligado a hacer una demonología de sinecuristas, *placemen* y devoradores de impuestos. Debemos tener en cuenta que el gran mal que afligía a los menestrales eran los impuestos. El gobierno debía ser el menor posible, y ese poco debía ser barato.

Era cercano al anarquismo, pero sólo en su sentido más negativo y defensivo. Todos los hombres debían ser libres para pensar, escribir, comerciar o llevar una pistola. Los dos primeros eran su preocupación principal, hasta el punto de que la libertad de prensa dejó de ser un medio para convertirse en un fin en sí misma. El panorama de propuestas sociales que se ofrecía en la segunda parte de *Los derechos del hombre* fue la parte de la obra del maestro que menos le conmovió. Poseía el desprecio del hombre que ha prosperado por su propio esfuerzo hacia los irreflexivos y la impaciencia del autodidacta respecto de aquellos que no aprovechan las oportunidades de progreso personal que se les ofrecen. Cumplió prisión para abrir las puertas de la razón, y si los obreros no se agolpaban para cruzarlas era por su culpa: «Lo sé, la Cervecería tiene un encanto irresistible para la gran mayoría de los obreros manuales.»<sup>85</sup> Era un hombre de mentalidad elitista.

Su racionalismo, al igual que su teoría política, se componía de negaciones. Sentía placer mostrando absurdidades bíblicas y publicando pasajes obscenos que se podían encontrar en la Biblia. Cuando exponía la lista de virtudes elementales, resultaba ser (como hemos visto) una tibia apología racionalista de las virtudes de un hombre de familia burgués. En su actitud hacia la poesía (o hacia cualquier facultad imaginativa) mostraba una «visión simple» tan estrecha como la de Bentham. Aunque publicó de forma clandestina *Cain* y *The Vision of Judgement*, se tomó la molestia de señalar que lo hacía «no porque sintiese admiración alguna por las obras, sino porque veía que mis enemigos las amenazaban». La media docena de cantos de *Don Juan* que había leído eran «en mi opinión simples bobadas, que no tenían nada útil para la humanidad». (No parece haber notado que todas ellas eran ingeniosas): «No soy poeta, ni admiro la poesía más allá de aquellas cualidades que podría tener en común con la prosa: el poder de instruir a la humanidad con conocimiento útil.»<sup>86</sup>

«En mi opinión ...»: esto nos recuerda que la cultura del autodidacta también puede ser filisteo. La democracia del intelecto corría el peligro de convertirse en una especie de Feria de Bartolomé. Allí todo el mundo podía montar su tenderete, las opiniones de cualquiera valían tanto como las de cualquier otro, las más extrañas casetas —con mujeres sin cabeza y pobres osos viejos bailando— podían ofrecer su espectáculo. Los artesanos

que vagaban por la feria acudían y pagaban sus peniques; inmediatamente se les animaba a montar su propio puesto para argumentar y debatir antes de que hubiesen pasado aprendizaje alguno del oficio. Los pareceres más sólidos —Hodgskin o Thompson, O'Brien o Bray— que ofrecían su trabajo en el mismo mercado más de una vez debieron de maldecir a los porfiados buhoneros que gritaban a su alrededor.

Sin embargo, cuando se han hecho todas estas críticas —que son muchas y van lejos para explicar la estridencia de la tradición racionalista militante del siglo XIX—, cuando se ha dicho todo esto, hay que afirmar que Carlile creó el mercado. No se trata de una figura literaria. Sus publicaciones constituían un mercado; fue quien publicó a Paine, Volney, Palmer, Holbach y muchos otros. Pero también creó el mercado para el debate oral. En 1830 fundó Rotunda, donde tenían lugar los debates educativos de la clase obrera londinense. Su calendario de actos se publicaba con regularidad en el *Prompter*. El periódico se debería haber llamado, de forma más adecuada, *Promoter*, puesto que, de hecho, Carlile se había convertido en eso [en un promotor]. Era el empresario del librepensamiento, y nadie tenía más derecho que él a ocupar este puesto. Lanzaba miradas a su alrededor para encontrar personajes destacados que atrajesen a las masas. John Gale Jones, el veterano cirujano jacobino, todavía despertaba interés entre sus seguidores. Pero su mayor éxito fue la promoción del reverendo Robert Taylor, un apóstata anglicano que había sido capellán del rey, y que predicaba —con todos los atuendos canónicos— sermones ateos atacando al «clero egoísta y malvado». Taylor era un hombre serio y erudito, que también cumplió su turno en la cárcel, y que contribuyó en algo al declive de «su Divina Majestad, la *ignorancia* del Siglo Dieciocho». Pero sus sermones, copiosamente ilustrados de crítica lingüística del texto hebraico, eran algo jocoso y extraño para el público: una mujer sin cabeza. Lo mismo ocurría con otro de los objetos de interés de Rotunda, Zion Ward, un heredero del manto southcottiano que tenía a sus oyentes embelesados con arengas sobre la revelación y la reforma que causaban estupor. A pesar de tales atracciones, Carlile registraba un triste descenso en la asistencia a los debates religiosos semanales (agosto de 1831). En aquel momento, los miércoles por la tarde había un nuevo inquilino en Rotunda, la *National Union of the Working Classes*. Carlile (que estaba una vez más en prisión) se sentía un poco irritado con el hecho de que esta *union* propusiese *organizar* el siguiente asalto en la lucha por la libertad de prensa, los «*unstamped*». «No tengo nada que ver con asociación alguna —escribió— y no busco ... la asistencia de nada por el estilo.» Al igual que otros individualistas, su egoísmo había absorbido la causa, y le ofendía la idea de que otros la pudiesen hacer suya. «Tened cuidado con los Clubs Políticos», escribió un mes más

tarde. Albergaba el rencor más profundo contra los clubs, las sociedades e incluso las *trade unions* y las sociedades de socorro mutuo.

Casi todos los horrores de la primera Revolución francesa provinieron de los clubs políticos. ... Declaro que todas son asociaciones miserables, viles, frívolas y despreciables ceros a la izquierda.

A medida que, semana tras semana, la lucha a favor del proyecto de ley de la reforma se hizo más crítica, Carlile publicaba informaciones acerca de barricadas, granadas de mano y ácidos ardientes: «QUE CADA HOMBRE SE ORGANICE POR SU CUENTA.» Pero la *National Union* siguió reuniéndose en Rotunda, y muchos de sus líderes más importantes —Watson, Hetherington, Lovett, Cleave, Hibbert— eran hombres que se habían nutrido de la tradición de Carlile, que le habían dejado atrás hacía tiempo, aunque se asían todavía firmemente a su primer principio: «La Discusión Libre es la única Constitución necesaria, la única Ley necesaria para la Constitución.»<sup>87</sup>

Veinte años de homilías de Hannah More y el obispo de Llandaff, Wilberforce y la Conferencia Metodista, habían levantado un frente anticlerical entre los radicales. El *Gorgon* podía escribir con toda naturalidad acerca de «el sumiso y amable Moisés, que condujo fuera de Egipto a los sarnosos y roñosos israelitas»:

No afirmaremos que Moisés fuese un impostor tan grande y tan astuto como Mahoma. No diremos que Aarón, el sumo sacerdote, le era tan necesario a Moisés, como Périgord Talleyrand lo fue una vez para Bonaparte. No diremos que Josué fue un canalla militar tan grande como el viejo Blucher o Suvaroff, y que las crueldades y carnicerías que se cometieron en Canaán fueron diez veces más atroces que cualquiera de las que se cometieron durante los veinticinco años de guerra revolucionaria ...<sup>88</sup>

Y sin embargo, esto es lo que el *Gorgon* pretendía decir. En este punto entra en contacto con la tradición de Carlile; y las dos están relacionadas por sus afinidades también con el utilitarismo. En Carlile ello está implícito: incluso la poesía debe ser *útil* e impartir *conocimiento*. La historia intelectual del *Gorgon* es más emocionante. Era un intento explícito de realizar una confluencia entre el benthamismo y la experiencia de la clase obrera. No se trataba simplemente de un intento de transmitir (como hubiese hecho Place de haberlo controlado) las ideas de los utilitaristas de la clase media a un público obrero. John Wade, el antiguo oficial clasificador de lana que lo editaba (en los años 1818-1819), era un hombre original y de gran aplicación, que no adoptaba sus ideas con los ojos cerrados. El resultado era que el *Gorgon* no parecía tanto aceptar esas ideas como luchar con

ellas al plantear la siguiente pregunta: ¿se puede *aplicar* el utilitarismo en el contexto de la experiencia de la clase obrera?

Puesto que la influencia de Place era importante, debemos acercarnos más para entender al hombre. A lo largo de este estudio hemos mantenido una mirada vigilante sobre él puesto que, como archivista e historiador (de la SCL, del radicalismo de Westminster, de la revocación de las *Combination Acts*), sus prejuicios han sido gravemente engañosos. Pasó de ser un oficial pantalonero a ser un tendero y patrono próspero, el confidente más cercano de Bentham y los Mill, y consejero de diputados. Desde principios de la década de 1800 insistió en tender puentes entre los artesanos y la clase media; prestó su apoyo al movimiento de escuelas lancasterianas y al Instituto de Trabajadores Manuales; su preocupación se centró en el artesano juicioso y respetable y en sus esfuerzos de mejora personal. Pero puesto que era tan claramente padre fundador de la tradición fabiana (y Graham Wallas lo tomó de manera acrítica como tal) no deberíamos verle simplemente como un «cautivo» de la clase media, ni deberíamos suponer que fuese incapaz de adoptar las posiciones más intransigentes. En cuestiones de libertad de pensamiento y expresión era todavía medio jacobino; había ayudado a publicar la primera edición en Inglaterra de *La edad de la razón*, y a pesar de que llegó a considerar a Carlile como un «fanático», le prestó mucha ayuda en sus primeras luchas. Hemos visto su furor ante la represión de 1817 y 1819, y con qué gran dedicación trabajó por los derechos de las *trade unions*, aunque su entusiasmo por la causa de los sindicalistas se combinaba curiosamente con la economía política de McCulloch. En términos intelectuales, hacia 1818 era realmente un cautivo de Bentham: más que investigar las doctrinas de Bentham y del Mill maduro, se las *aprendió*, y en sus propias obras apenas les añadió nada excepto los hechos ilustrativos que con tanta laboriosidad había reunido. Pero en términos políticos, era una fuerza por derecho propio; proporcionó a los utilitaristas no sólo un escaño en Westminster, que estaba dentro de sus manejos, sino un punto de contacto con el mundo de los artesanos y las gentes de oficio radicales. El mismo hecho de que un hombre como él pudiese representar ese papel, tanto desde el punto de vista ideológico como político, es un fenómeno nuevo.

La principal contribución de Place al *Gorgon* fue la recogida de material empírico sobre los oficios de Londres (en particular los sastres).<sup>89</sup> John Wade daba el tono y el acento del periódico. Wade (junto con Place) fue el investigador más importante de entre los radicales. Su *Black Book* es muy superior a cualquier otra investigación radical del mismo tipo. Se nota que le atraían los benthamitas por la solidez de su investigación y su preocupación por los detalles prácticos de la reforma: en la ley, las cárce-

les, la educación. Desde el principio, el *Gorgon* expresó su irritación ante la retórica que predominaba en el radicalismo popular. Por una parte asestó duros golpes a los argumentos especiosos de la antigüedad constitucional, que se encontraban con mucha frecuencia en el *Black Dwarf*, en el que el comandante Cartwright escribía todavía acerca de las *witenagemots* y perpetuaba la teoría del yugo normando: «Creo sinceramente que no podemos avanzar en la causa de la Reforma si no es excluyendo de la consideración del tema todas las alusiones a un anterior estado de la sociedad ...». Wade señalaba que, de un modo extraño, los argumentos que se derivaban de los «buenos viejos tiempos» procedían de las bocas de los reformadores de la clase obrera. En gran medida la «*antigua tradición* que con tanta dificultad se ha reunido» era parte integrante de una legislación gravemente represiva *contra* los trabajadores. ¿Pueden los líderes de los reformadores (preguntaba),

no tener nada que alegar contra el viejo sistema de trapicheo de los *rotten boroughs* más que mohosos pergaminos, *black letter*\* y citas en latín? ¿No hay nada en la situación de nuestras finanzas, en nuestro atrasado sistema monetario, en el número de pobres ...

que se pueda comentar o denunciar? Pero si bien rechazaba la especiosa apelación al precedente, también rechazaba la confianza de Paine en la demanda de «derechos naturales». Si se argumentaba que todos los hombres tenían un derecho *natural* al voto, ¿cómo, entonces, se podía negar el mismo derecho a las mujeres? Para Wade (como para Cobbett) esto era la *reductio ad absurdum*. Se les negaba el derecho a voto a los locos y a los asilados (al igual que a las mujeres) por razones evidentes de utilidad social; y éstas parecían ser las bases más sólidas sobre las cuales los radicales de la clase obrera (o al menos la mitad masculina de ellos) deberían asentar sus demandas:

La *utilidad general* es el único y último objetivo de la sociedad; y no debemos considerar sagrado o valioso ningún derecho natural o legal que se pueda oponer a ella.<sup>90</sup>

Sobre esta base no era difícil justificar el derecho a voto. Pero aquí empezaba el problema. Wade estaba preocupado, de forma alentadora, por la reforma social y la organización de las *trade unions*. Si el utilitarismo debía extenderse como ideología de la clase obrera, era necesario que tu-

\* Nombre que a partir de 1600 se dio al tipo de letra que utilizaban los primeros impresores. (N. de la t.)

biese alguna teoría de la estructura social y de la economía política. ¿Cómo se podía determinar lo bueno para la gran mayoría, y podría ocurrir que aquello que era útil para los patronos pudiese ser opresivo para la población obrera? La teoría de la estructura social de Wade era impresionista y poco original, pero al menos ofrecía algo más que la «Vieja Corrupción» de Cobbett o la retórica acerca del «sistema de caciquismo local». Dividía la sociedad entre las clases parasitarias y las productivas. En el primer grupo estaban: a) las clases altas, incluyendo a los dignatarios de la Iglesia y la ley, y la nobleza; y b) las «clases intermedias»: párrocos legitimistas, comisarios de impuestos, cargos de los departamentos de contribuciones. A éstos los identificaba con la corrupción. En el segundo grupo se encontraban las «clases productivas»: el término era lo bastante amplio para incluir a los profesionales y a los patronos, pero el acento recaía sobre «aquellos que con sus esfuerzos incrementan los fondos de la comunidad, como son los labradores, los trabajadores manuales, los jornaleros, etc.». Debajo de este grupo situaba a los inclasificables, como los pobres y los acreedores del Estado:

Las clases laboriosas pueden compararse con el suelo, del cual surge y se desarrolla todo; las otras clases con los árboles, las arvejas, la mala hierba y las hortalizas, que sacan el alimento ... de su superficie ...

Cuando la humanidad alcanzase un estado de «mayor perfectibilidad», entonces sólo deberían existir las clases industriales.

Las otras clases se han originado en su mayor parte por causa de nuestros vicios e ignorancia ... al no tener ocupación, su nombre y su cargo dejarán de existir en el estado social.<sup>91</sup>

En este punto Wade consiguió la ayuda de Place, y el *Gorgon* empezó a ofrecer cada semana material sobre la situación de las clases trabajadoras. No queda claro qué mano tenía mayor influencia. Por una parte, se pone un fuerte acento en el trabajo como la fuente de valor, un acento reforzado quizá por los *Principios de Economía* de Ricardo, publicados el año anterior.<sup>92</sup> «El trabajo es un producto superabundante en este país —escribía el *Gorgon*— y es la principal mercancía que exportamos»:

La materia prima quizá no alcanza, por promedio, ni la décima parte del valor de nuestras cuatro principales manufacturas, a saber, algodón, lino, paño y hierro, las nueve décimas partes restantes las crea el trabajo del tejedor, el hilandero, el tintorero, el herrero, el cuchillero y cincuenta más. ... El trabajo de esos

hombres constituye el principal artículo de circulación en este país. Nuestros comerciantes han extraído sus riquezas, y el país su gloria, comerciando con la sangre y los huesos de los oficiales y los braceros de Inglaterra ...

La exposición es más emotiva que exacta. Nos recuerda que la noción del trabajo como fuente de todo valor se encontraba no sólo en *Rights of Nature* de Thelwall, sino también, en un tono enérgico, en *Address to the Journeymen and Labourers* de Cobbett, de 1816. Tenemos la sensación de que Cobbett, mientras escribía, tenía presente su propia granja y a los jornaleros atareados con el ganado, con el arado, reparando edificios. Wade (o Place) se imaginaban al artesano y al trabajador a domicilio, al clasificador de lana o al sastre, que recibían la materia prima en un estado determinado y, mediante su trabajo y su destreza, procesaban el material. Para la materia prima, una décima parte; para el trabajo y el conocimiento del oficio, el resto.<sup>93</sup>

Pero el mismo artículo del *Gorgon* empezaba, al propio tiempo, a instruir a los sindicalistas en los tópicos de la economía política. La recompensa por el trabajo se regulaba por la oferta y la demanda. «Un aumento del salario de los oficiales supone una disminución proporcional del beneficio de los patronos»: el fondo salarial. Cuando el precio del trabajo aumenta tiene «tendencia a sacar al capital de esa rama de la industria». Y (muy a tono con el lenguaje de Place, que actuó como asesor en la revocación del *Statute of Artificers*):

Tanto los patronos como los obreros deberían actuar, en todos los casos, *individualmente, no colectivamente*. Cuando cualquiera de las dos partes recurre a mecanismos *antinaturales o artificiales*, provoca resultados antinaturales.

La teoría de las leyes o derechos naturales, a la que Wade cerró la puerta principal, ha sido invitada a entrar por la puerta trasera. Porque en aquel momento es casi imposible pensar en el utilitarismo de la clase media sin pensar también en Malthus y en la economía política ortodoxa: la doctrina de la utilidad sólo se podía interpretar a la luz de las «leyes» de la población y las de la oferta y la demanda. Si el utilitarismo penetraba en la ideología de la clase obrera, la convertiría en cautiva de la clase de los patronos.

Y sin embargo el asunto no se resolvería tan fácilmente. En los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1818, el *Gorgon* publicó análisis detallados de la situación de algunos de los oficios de Londres: sastres, maticeros, ópticos, cajistas. Al mismo tiempo hacía una defensa de los hilanderos de algodón de Manchester, cuya huelga se estaba ganando los más

duros ataques en la prensa legitimista y en la prensa de nuevo tipo de la clase media radical (en particular *The Times*). La comparación de los índices salariales de los 20 años anteriores, en oficios con organización y oficios desorganizados, llevaba a una conclusión ineludible. Fuese «natural» o «artificial», la organización *surtía efecto*:

... siempre habíamos pensado que la prosperidad de los patronos y la de los obreros eran simultáneas e inseparables. Pero en realidad no ocurre eso, y no dudamos en decir que la causa del *deterioro* de la situación de los obreros en general, y de los diversos grados de deterioro entre las diferentes clases de oficiales, depende por completo del grado de madurez que predomine entre ellos, lo cual ha sido declarado delito por la ley, a saber, ORGANIZACIÓN. La situación de los obreros no depende en lo más mínimo de la prosperidad o los beneficios de los patronos, sino del poder de *imponer* que tienen los obreros; mejor dicho, de *obtener* por la fuerza un precio elevado por su trabajo ...<sup>94</sup>

Hay pocas posibilidades de que fuera Place quien escribió esto, teniendo en cuenta los argumentos que sabemos utilizó en 1814 y 1824.<sup>95</sup> Pero si el autor fue Wade, no mantuvo por mucho tiempo esta posición. Con posterioridad adoptó la ideología de los utilitaristas de la clase media, y su conocida *History of the Middle and Working Classes* (1835) posee esa mezcla característica de la política radical y la economía ortodoxa, junto con una laboriosa recopilación de hechos. Sin embargo, es una obra decepcionante por ser del autor del *Black Book* y editor del *Gorgon*.

La historia de Gast es diferente. Junto con Gravener Henson y John Doherty fue uno de los tres líderes importantes de las *trade unions*, que surgieron en esos primeros años. Procedían de industrias con experiencias muy diferentes, y por esta razón la contribución característica de cada uno de ellos fue diferente. Henson ejemplifica la lucha de los trabajadores a domicilio, rozando los márgenes del ludismo, organizando su *union* ilegal, compartiendo su radicalismo político avanzado e intentando, hasta 1824, poner en vigor o promulgar una legislación protectora en su favor. Doherty, de los hilanderos de algodón, fue capaz de dar más relevancia al propio poder de los obreros para mejorar sus condiciones, o para cambiar el sistema por completo, gracias a la fuerza de la organización; hacia 1830 se encontraba en el corazón de los grandes movimientos de los obreros del norte en pro de un sindicalismo general, de la reforma de las fábricas, de la organización cooperativa y de la «regeneración nacional». Gast, que procedía de un oficio cualificado menor pero altamente organizado, estuvo constantemente preocupado por los problemas de organización y solidaridad mutua entre los *oficios* de Londres y a nivel nacional.



Gast era un carpintero de navío, que había realizado su aprendizaje en Bristol (donde había nacido en 1772) y llegó a Londres más o menos en 1790. De los «30 o 40» años que trabajó en el Támesis (dijo en 1825) pasó 28 en un astillero de Deptford, en el que era «capataz» y tenía unos 16 hombres a su cargo: «allí participé en la construcción de por lo menos 20 o 30 buques de guerra ... sin contar los barcos mercantes.» En 1793 los carpinteros de navío se habían organizado en la sociedad de socorro mutuo Santa Elena: «en el río no había ni diez hombres que no formasen parte de ella». La sociedad fracasó, pero en 1812 hubo una huelga de carpinteros de navío y se formó la sociedad de socorro mutuo Corazones de Roble, en la cual Gast tuvo un papel dirigente. La sociedad tuvo tanto éxito que no sólo prestó la asistencia habitual, por enfermedad, muerte y accidente, también construyó de sus fondos 13 asilos para carpinteros retirados. Cuando, en agosto de 1824, se formó la *Thames Shipwrights Provident Union*, Gast fue su primer secretario. En aquel momento debía tener unos 55 años.<sup>96</sup>

Después de la revocación de las *Combination Acts*, los carpinteros de navío se vieron implicados en una lucha particularmente encarnizada con sus patronos, que dirigían el grupo de presión que influía para que se hiciera una nueva legislación contraria a las *trade unions* en 1825.<sup>97</sup> De este modo Gast y su *union* cobraron importancia. Pero mucho antes ya se había ganado el respeto de los círculos de las *trade unions* londinenses. Hemos visto que se le asociaba al *Gorgon*, aunque al mismo tiempo se destacaba en los intentos (en Manchester y Londres) de formar el «Hércules Filantrópico», la primera *union* general de todos los oficios.<sup>98</sup> Está claro que hacia 1818, Gast era la figura dirigente de más de un comité de los «oficios» de Londres. Además, entre 1819 y 1822 tuvo lugar una interesante traslación en el radicalismo obrero de Londres. En el año anterior, un comité en el que destacaban hombres como el doctor Watson, Gale Jones, Evans y Thistlewood —en su mayoría antiguos jacobinos, profesionales, pequeños patronos y artesanos— había preparado la entrada triunfal de Hunt en Londres, después de Peterloo. Cuando Hunt salió de la cárcel de Ilchester, a finales de 1822, John Gast le dio la bienvenida a Londres en representación de «El Comité de las Clases Útiles».<sup>99</sup> A partir de este momento en adelante, el radicalismo obrero de Londres adquiere una nueva lógica: es más fácil ver de qué industrias saca su fuerza. En el comité de Gast podemos distinguir un incipiente «consejo de los oficios». En 1825, con la revocación de las *Combination Acts* y la amenaza de su reimplantación, los oficios se sintieron bastante fuertes para fundar su propio semanario, *Trades Newspaper*.<sup>100</sup>

El *Trades Newspaper*, con su divisa, «Cada uno ayudó a su vecino», no es importante sólo porque proyecta un torrente de luz sobre la fuerza del

sindicalismo que, hasta aquel momento, debemos indagar a través de las sombras de los tribunales y los documentos del Ministerio del Interior. También indica un punto de ruptura completa entre el utilitarismo de la clase media, por una parte, y la «teoría de las *trade unions*» por la otra. El conflicto fue completamente explícito. Fue como si las partes ortodoxas del *Gorgon* hubiesen seguido adelante con Place y Wade, mientras que las demandas no ortodoxas que reivindicaban el valor de la organización se hubiesen convertido en la base de la nueva empresa de Gast. Algunas de las polémicas iban dirigidas específicamente contra Place, y de una forma a la vez desafortunada e injusta; y esto puede ayudarnos a explicar por qué Gast y los oficios de Londres figuran tan poco en el relato del propio Place de estos años. De hecho, la controversia se había iniciado el año anterior en las páginas del *Black Dwarf* de Wooler, que ahora se encontraba en el último año de su vida.<sup>101</sup> La había provocado el maridaje entre malthusianismo y economía política, solemnizado en las páginas de James Mill. Dicho escuetamente, declaraban que el problema del desempleo<sup>102</sup> era más un problema natural que artificial, que tenía como causa el «excedente» de población; como tal era insoluble; al ser insoluble, era el determinante fundamental de los índices salariales, puesto que —por mucho que grupos de obreros cualificados pudiesen alcanzar una posición privilegiada mediante la restricción de la entrada en su oficio— la masa de los obreros se encontraría con que las leyes naturales de la oferta y la demanda abaratarían el valor de un servicio que tenía una oferta excesiva.

Hacía tiempo que Cobbett había dado una apasionada y explosiva negativa a esto («¡Párroco Malthus! ¡*Feelosofers* escoceses!»). El «Enano Negro» ofrecía argumentos más enérgicos. «La cantidad de empleo es ilimitada», escribía:

En este gran país fabril, he visto hombres y mujeres sin medias, que proveen de medias a todos los rincones del mundo ... sólo con que todos y cada uno de los habitantes de estas islas fuesen tan bien vestidos como podrían desear, el consumo interior sería diez veces mayor.

«Para mejorar la condición de la raza humana —concluía (en réplica a las objeciones de Place)— no se trata de disminuir su número, sino de agudizar sus intelectos.»<sup>103</sup>

La discusión se retomó en el primer número del *Trades Newspaper*, cuyo primer editor fue el radical avanzado J. C. Robertson, precursor del *London Mechanic's Institute* y compañero de Thomas Hodgskin.<sup>104</sup> El editorial disenta de McCulloch por adoptar una teoría malthusiana y aconse-

jar a los obreros: «Restringid vuestro número si no queréis sobresaturar la demanda de trabajadores.» «Eso —comentaba el editorial— es conspirar contra la naturaleza, contra la moralidad y contra la felicidad.» Los medios que estaban al alcance para llevar a cabo tal restricción eran o bien la abstinencia del matrimonio o, de otro modo, el uso de anticonceptivos. Ahora Place aprobaba firmemente la posición malthusiana y se había propuesto propagarla entre la clase obrera; pero como no confiaba en la capacidad de ésta para la abstinencia sexual, había participado además en la distribución secreta de folletos que proporcionaban información relativa a los medios de control de la natalidad.<sup>105</sup> Place intentaba ahora defender a M'Culloch en las columnas del *Trades Newspaper*.

Si bien Place había participado en una osada acción en favor de la más contumaz de las razones utilitaristas, el *Trades Newspaper* le atacó encarnizadamente basándose en ambas acusaciones. Por una parte, se insinuó que Place estaba asociado a una defensa «nefanda» e inmoral demasiado repugnante para describirla. (Deberíamos recordar que esta respuesta a la anticoncepción la compartían todos los bandos, y no hay razón alguna para pensar que Gast no estuviese sinceramente escandalizado.) Por otra parte, inició una crítica de mucha mayor significación:

Si tenemos que creer a los señores Malthus, M'Culloch, Place y Cía, las clases trabajadoras sólo tienen que estudiar la manera más eficaz de restringir su número, para solucionar por completo todas sus dificultades ... Malthus y Cía. ... reducirían todo el asunto a una cuestión entre los Obreros manuales y sus novias y esposas [más que] una cuestión entre los empleados y sus patronos —entre el Obrero manual y el cultivador de grano y monopolista— entre el contribuyente y el que impone las contribuciones.<sup>106</sup>

La observación es completamente clara. Gast había rechazado el modelo de una economía política «natural» y autorregulada, que, si se dejaba funcionar libremente, actuaría en beneficio tanto de los empleados como de sus patronos. Se da por supuesto un antagonismo fundamental en los intereses, y que su regulación o resolución debe ser una cuestión de fuerza. Lo que podría ser beneficioso para el capital, bien podría ser opresivo para el trabajo. Y para la conformación de esta teoría obrera de clase, se dieron importantes refuerzos intelectuales. En 1825 se publicó *Labour Defended Against the Claims of Capital* (bajo el seudónimo «Un Peón») de Thomas Hodgskin, un teniente de navío retirado con media paga. Gast y Hodgskin habían estado ya asociados al Instituto de Obreros Manuales, en el cual el último había conferenciado sobre economía política. Durante la segunda mitad de 1825 se publicó resumida en el *Trades Newspaper*

la mayor parte de *Labour Defended*, y una serie de artículos editoriales le dieron una cálida, pero no acrítica, bienvenida, seleccionando de la obra de Hodgskin, con particular aprobación, los elementos de la teoría del valor trabajo: «la *única* cosa que podemos afirmar que se acumula es la cualificación *del trabajador*»: «Todos los capitalistas de Europa, con todo su capital circulante, no pueden proporcionar por sí mismos lo necesario para vestir y comer durante una semana ...»<sup>107</sup>

La primitiva teoría socialista de Hodgskin se adaptaba particularmente bien a la experiencia de los oficios de Londres; y de hecho se derivaba en gran parte de la experiencia de aquéllos. Frente a las renovadas amenazas de legislación, defendía el sindicalismo con argumentos sólidos y de sentido común: «La organización no es un crimen en sí misma; por el contrario, es el principio gracias al cual las sociedades se mantienen unidas.» Su particular vehemencia se dirigía contra el capitalista en su papel de contratista o intermediario:

Entre el que produce alimentos y el que produce paño, entre el que hace instrumentos y el que los utiliza, se coloca el capitalista, que ni los hace ni los utiliza, y se apropia del producto de ambos. ... Se ha introducido entre ellos de forma gradual y sucesiva, aumentando de volumen a medida que se ha ido nutriendo por los crecientes esfuerzos productivos de aquéllos, y los ha separado tanto, que ninguno de ellos sabe de dónde procede el suministro que cada uno recibe a través del capitalista. Mientras los despoja a ambos, elimina tan completamente a uno de la visión del otro que ambos creen que le deben la subsistencia.

Se consideraba que el capitalista era productivo en su papel técnico de dirección; en este papel también él era un trabajador y debía recibir su recompensa por ello. Pero como intermediario o especulador era simplemente un parásito:

La organización con mayor éxito y más extendida posible con el fin de obtener un aumento de salario no tendría otro efecto nocivo que el de reducir los ingresos de aquellos que viven del beneficio y el interés y que no tienen ningún justo derecho, sino la tradición, a parte alguna del producto nacional.

Hodgskin no ofrecía un *sistema* alternativo (a menos que fuese la supresión de todos los sistemas en un sentido godwiniano) y en cierto sentido eludía la cuestión de los derechos de propiedad. Lo que aprobaba era una presión organizada creciente, con toda la fuerza y los recursos intelectuales y morales de la clase obrera, para confiscar la enorme riqueza del capitalista intruso. Esta guerra entre capital y trabajo, entre la «ho-

nesta laboriosidad» y la «disoluta ociosidad», no finalizaría hasta que los obreros recibiesen todo el producto de su propio trabajo, y «hasta que el *hombre* merezca mayores honores que la tierra que pisa o la máquina que maneja».

## 4. El owenismo

La publicación de *Labour Defended*, y su acogida en el *Trades Newspaper*, representa el primer punto de confluencia claro entre los «economistas laboristas» u owenitas y una parte del *movimiento* de la clase obrera.<sup>108</sup> Pero, por supuesto, Owen le había precedido; e incluso en el caso de que Owen, Gray, Pare y Thompson no hubiesen escrito, la obra de Hodgskin conducía forzosamente a plantear la siguiente cuestión adicional: si el capital era en gran parte parásito sobre el trabajo, ¿no podía el trabajo simplemente prescindir de él o sustituirlo por un nuevo sistema? Además, por un curioso giro, a los utilitaristas les era posible desembocar en la misma cuestión: si el único criterio por el cual se podía juzgar un sistema social era la *utilidad*, y puesto que la mayoría de la sociedad eran trabajadores, sin duda ningún respeto por la tradición o por las ideas góticas impediría inventar el *plan* más útil posible por el cual las masas pudiesen intercambiar y disfrutar sus propios productos. De ahí que el socialismo owenita siempre contuviese dos elementos que jamás fusionó por completo: la filantropía de la Ilustración, que inventaba «sistemas completamente nuevos» según los principios de la utilidad y la generosidad, y la experiencia de aquellos sectores obreros que escogían ideas del modelo owenita y las adaptaban o las desarrollaban para afrontar su contexto particular.

La historia de Robert Owen de New Lanark es bien conocida e incluso legendaria. El modelo de propietario de fábrica paternalista y hombre que ha triunfado con su propio esfuerzo, que puso en cuestión la realceza, los cortesanos y los gobiernos de Europa con sus propuestas filantrópicas; la creciente exasperación en el tono de Owen a medida que recibía el aplauso cortés y la desaprobación práctica; su propaganda dirigida a todas las clases, y su proclamación del milenio, el creciente interés, entre algunos obreros, por sus ideas y sus promesas; el surgimiento y el fracaso de las primeras comunidades experimentales, en particular Orbiston; la partida de Owen hacia Norteamérica para realizar más experimentos relativos a la construcción de nuevas comunidades (1824-1829); el crecimiento del número de seguidores del owenismo durante su ausencia, el enriquecimiento de su teoría gracias a Thompson, Gray y otros, y la adopción de una forma de

owenismo por parte de algunos sindicalistas; la iniciativa del doctor King en Brighton con su *Co-operator* (1828-1830) y los experimentos ampliamente extendidos de cooperativas comerciales; la iniciativa de algunos artesanos de Londres, entre los que destacaba Lovett, de fomentar la propaganda, a nivel nacional, de los principios cooperativos (la *British Association for Promoting Cooperative Knowledge*), en los dos años 1829-1830; la marea creciente después del regreso de Owen, cuando se encontró, casi a pesar suyo, a la cabeza de un movimiento que condujo al *Grand National Consolidated Trades Union*.

Es una historia extraordinaria; y sin embargo, en cierto sentido partes de ella *tenían* que ser así. Podemos empezar en el punto de partida; con la tradición paternalista. Y debemos observar que los grandes experimentos de New Lanark se iniciaron para afrontar las mismas dificultades de disciplina laboral y de adaptación de los ingobernables obreros escoceses a las nuevas normas de trabajo industrial que ya hemos encontrado en la discusión acerca del metodismo y el doctor Ure. «En aquel momento las clases más bajas de Escocia ... tenían grandes prejuicios contra los extranjeros ...», «por lo tanto las personas empleadas en ese obrador tenían fuertes prejuicios contra el nuevo director ...»:

... poseían casi todos los vicios y muy pocas de las virtudes de una comunidad social. El robo y la recepción de bienes robados era su oficio, la ociosidad y la embriaguez su hábito, la falsedad y el engaño su cobertura, las disensiones civiles y religiosas su práctica diaria; sólo se unían en una apasionada y sistemática oposición a sus patronos.

Estos pasajes, sacados de *A New View of Society* (1813), son en gran parte la experiencia común a los nuevos propietarios de fábricas o patronos de las fundiciones de hierro. El problema era adoctrinar a los jóvenes en los «hábitos de atención, presteza y orden». Hay que decir por completo en favor de Owen que para conseguir estos objetivos no escogió ni los terrores físicos del metodismo ni la disciplina del vigilante y las multas. Pero debemos tener siempre presente que el socialismo tardío de Owen retuvo las señales de su origen. Le dieron el papel de papa bondadoso del socialismo: el señor Owen, el filántropo que consiguió una entrada en la corte y el salón del consejo de ministros durante los años de la posguerra (hasta que cometió su *faux pas* al rechazar, con amable tolerancia, todas las religiones heredadas cualesquiera que fuesen por considerarlas irracionalismo dañino), se van convirtiendo sin ninguna sensación de crisis en «el benévolo señor Owen», a quien los obreros se dirigen y que publica escritos dirigidos a las clases trabajadoras. En un sentido era el *non plus ultra* del uti-

litarismo, proyectando una sociedad como un *panopticon*\* industrial gigantesco en otro sentido, muy admirable y bondadoso, fue un Hanway\*\* industrial que pensaba mucho en los niños, le gustaba verlos felices y pensaba que la cruel explotación a que estaban sometidos era un ultraje. Pero la idea de avance de la clase obrera hacia sus propios objetivos, gracias a la actividad que desplegaba por sí misma, era ajena a Owen, a pesar de que, entre 1829 y 1834, se vio arrastrado precisamente hacia este tipo de movimiento. Lo podemos ver en el tono de todos sus escritos. Su deseo era (dijo en 1817) «remoralizar a las Clases Bajas». Junto con el término «benévolo», las palabras que encontramos más a menudo en los primeros escritos owenitas son «previsto para ellos». La educación debería «inculcar a los jóvenes ideas y hábitos que contribuirán a la felicidad futura de los individuos y del Estado; y esto sólo puede conseguirse enseñándoles a convertirse en seres racionales»: Cuarto: ¿Cuáles pueden ser las mejores disposiciones para que estos hombres y sus familias puedan estar bien y económicamente *alojados, alimentados, vestidos, adiestrados, educados, empleados y gobernados*?<sup>109</sup>

Este tono constituía una barrera casi insuperable entre Owen y los radicales populares, además del movimiento sindical. «En aquel momento, los obreros y las clases trabajadoras eran ajenos para mí y para todos mis puntos de vista e intenciones», anotó Owen (en su *Autobiography*) acerca de los años de la inmediata posguerra. «Sus democráticos y muy equivocados líderes les enseñaban que yo era su enemigo, y que quería hacerles esclavos en esos pueblos de unidad y cooperación mutua.» Pero en aquellas circunstancias no era muy sorprendente. El filántropo señor Owen se sumergió en su propia visión durante los desesperados años de depresión de la posguerra. Muchos miembros de la *gentry* estaban horrorizados ante la extensión del desempleo y la miseria, aunque también se sentían ansiosos respecto de la disposición insurreccional de los desempleados. Todavía más, los impuestos para asistir a los pobres se habían elevado a seis millones de libras en un momento en que la agricultura había decaído en relación con la prosperidad de los años de guerra. Los pobres eran repulsivos, una fuente de vergüenza, una pesada carga para el país y un peligro. Las columnas de las revistas estaban llenas de discusiones acerca de la enmienda de las *Poor Laws*, y todas ellas tenían como objetivo una mayor economía. El señor Owen (cuyas extensas propiedades en New Lanark se

\* Nombre que dio Bentham a un proyecto de prisión de forma circular con las celdas alrededor de un patio central, desde donde los vigilantes podrían ver en todo momento a los reclusos. (*N. de la t.*)

\*\* Jonas Hanway fue un filántropo del siglo XVIII que se preocupó especialmente de la suerte de los niños. (*N. de la t.*)

convirtieron en un añadido de moda a los viajes elegantes) se presentó entonces con un plan que realmente no podía haber sido mejor. Proponía confinar a los pobres en «Pueblos de Cooperación», donde —después de recibir un capital inicial sacado de los impuestos— *se mantendrían por sí mismos*, y se volverían «útiles», «laboriosos», «racionales», autodisciplinados y también abstemios. Al arzobispo de Canterbury le gustó la idea, y lord Sidmouth la examinó minuciosamente junto con el señor Owen. «Lord Sidmouth me perdonará —escribió Owen en una de sus cartas públicas sobre la beneficencia para los pobres, que apareció en la prensa de Londres en el verano de 1817— porque sabe que no tengo intención de ofenderle personalmente. Es de todos conocido que su disposición es apacible y amable ...» Esto se publicó 15 días antes de la sublevación de Pentridge y del desenmascaramiento de Oliver.

El plan olía a Malthus y a aquellos rigurosos experimentos de magistrados (como los que extrañamente se denominaban «Reformadores de Nottingham») que estaban ya elaborando el plan de Chadwick de beneficencia económica mediante asilos para pobres. Incluso en el caso de que Owen (como algunos de los radicales estaban deseosos de aceptar) estuviese profunda y seriamente consternado por la miseria del pueblo, su plan sería orientado en esta dirección si el gobierno lo adoptaba. A Cobbett se le había acusado con demasiada facilidad de tener «prejuicios al denunciar los «pueblos de Cooperación» de Owen como «paralelogramos de pobres». No sólo le sabían a «reconfortante sistema» de protección y caridad que detestaba, sino que probablemente su instinto era certero en cuanto que si las ideas de Owen *hubiesen* sido adoptadas por las autoridades en 1817, probablemente hubiesen dado lugar a una extensión de «empleo productivo» dentro del sistema de asilos. Pero Cobbett sólo estaba expresando la respuesta radical general. Las instituciones que proponía (escribía Sherwin) serían «cárceles», «una comunidad de vasallos»:

Creo que el objetivo del señor Owen es cubrir la superficie del país de asilos para pobres, erigir una comunidad de esclavos, y en consecuencia hacer que la parte trabajadora de la población quede absolutamente dependiente de los propietarios.<sup>110</sup>

Cuando Owen intentó interesar a los dirigentes radicales en sus propuestas, en una populosa reunión celebrada en la Taberna de la City de Londres, uno detrás de otro los líderes radicales —Cartwright, Wooler, Alderman, Waithman— se opusieron en términos similares. Cuando Gale Jones sugirió que el plan al menos merecía ser examinado, le hicieron callar a gritos y le acusaron de apostasía.<sup>111</sup>



El debate sólo sirvió para poner de manifiesto la debilidad de ambos bandos. Por una parte, Owen tenía un vacío en su mente donde la mayoría de hombres tienen respuestas políticas. Una parte del *New View* estaba dedicada al príncipe regente, la otra a Wilberforce. Quince años más tarde su documento, *Crisis*, navegaba apaciblemente por las aguas de 1831 y 1832, cargado de informes sobre congresos cooperativos y almacenes comerciales en Slaithwaite, sin darse cuenta de que el país estaba *de hecho* en una situación de crisis revolucionaria. Este vacío, sin embargo, tenía sus aspectos simpáticos: cuando al señor Owen se le ocurrió que la realeza era una institución irracional y que los obispos eran un tributo costoso e innecesario a la ignorancia gótica, no dudó ni un minuto en decírselo a los interesados de aquel momento, con la seguridad de que se darían cuenta de que no pretendía infligir «ninguna ofensa personal» y se liquidarían debidamente ellos mismos sometiéndose a la persuasión racional. Pero esto apenas era atractivo para los «viejos radicales» de 1817. Los puntos flacos de éstos, por otra parte, consistían en una falta de cualquier tipo de teoría social constructiva, en cuyo lugar se utilizaba una retórica que atribuía todos los males a los impuestos y las sinecuras y según la cual todo se remediaba mediante la reforma.

La respuesta de Hazlitt a la *New View* fue la más compleja, y nos muestra al contusionado jacobino que había en él luchando contra el peso de Burke: «¿Por qué el señor Owen pone la palabra «Nuevo» en *black-letter* en el encabezamiento del anuncio de su plan de reforma?» «La doctrina de la Generosidad Universal, la creencia en la Omnipotencia de la Verdad y en la Perfectibilidad de la Naturaleza Humana no son nuevas, sino «Viejas, viejas», Maestro Robert Owen»:

¿No sabe el señor Owen que el mismo plan, los mismos principios, la misma filosofía de motivos y de acciones ... de virtud y felicidad, fueron muy comunes en el año 1793, fueron divulgados entonces, fueron pregonados a los cuatro vientos, fueron susurrados en secreto, fueron publicados en cuarto y doceavo, en tratados políticos, en obras de teatro, poemas, canciones y romances; se paseaban por los tribunales, se deslizaban sigilosamente en la iglesia, subían a la tribuna, vaciaban las aulas de las universidades ... que esas «Nuevas Visiones de la Sociedad» penetraron en los corazones de los poetas y en los cerebros de los metafísicos, se apoderaron de los sueños de los muchachos y las mujeres, y trastornaron las cabezas de casi todo el reino; pero que hubo una cabeza de la que jamás se apoderaron y que volvió a poner al revés todas las cabezas del reino de nuevo ...?

Rechazada de este modo (se burlaba Hazlitt) parece que *filosofía* hubiese sido expulsada del país,

y obligada a refugiarse y situarse cómodamente durante veinte años en las fábricas de New Lanark, con el consentimiento del benemérito propietario, entre la estopa y los husos; desde donde nos da a entender que volverá a la escalera de Whitehall, como una marea viva en tiempo de luna llena, y flotando sobre la sangre que se ha derramado para la restauración de los Borbones, bajo el patrocinio de la nobleza, la *gentry*, el señor Wilberforce y el Príncipe Regente, y todos los gobernados, al igual que los grandes personajes, ¡sin otro principio que la verdad y ningún otro deseo que el bien de la humanidad! No conseguirán engañarnos; somos gatos demasiado viejos para que nos tomen el pelo ...

La perspicacia de Hazlitt es extremadamente aguda. Ya que, en verdad, Owen no fue el primero de los teóricos socialistas modernos (Hodgskin estuvo mucho más cerca de serlo) sino uno de los últimos racionalistas del siglo XVIII; en realidad, era un Godwin, procedente ahora de New Lanark para reclamar la presidencia del comité de directores de la Revolución industrial. Con su nuevo disfraz, de hombre práctico y con mucho éxito, tuvo entrada allí donde los viejos filósofos eran vilipendiados y rechazados. «Un hombre que procede directamente de las orillas del Clyde adquiere una fuerza de proyectil que lo hace irresistible:

Tiene acceso, opinamos, a los que tienen un cargo, a los miembros del parlamento, a los lores y los *gentlemen*. Viene ... para derribar a palos todos sus efectivos, viejos o nuevos, de la iglesia o el estado ... y entra tranquilamente en sus cámaras con las credenciales en el bolsillo, y hace que se resignen a la construcción de innumerables Casas de la Industria en lugar de sus actuales sinecuras ...

«No deseamos —segufá Hazlitt— que altere su tono.» Pero a continuación profetizaba, con extraordinaria precisión, algunas de las consecuencias, si no lo hacía:

Sus proyectos se toleran tanto, porque son remotos, visionarios e inaplicables. Ni el gran mundo ni el mundo en general se preocupan en absoluto por New Lanark, no les importa si allí los obreros se acuestan borrachos o sobrios, o si las muchachas tienen hijos antes o después de la ceremonia matrimonial. Lanark está lejos, Lanark es insignificante.

A nuestros estadistas no les asusta el sistema de reforma perfecto del que habla y, mientras tanto, su decantamiento contrario a la reforma en el parlamento ... les sirve como desviación práctica en su favor. Pero dejad que el bien que el señor Owen afirma que ha hecho en un pueblo pobre corra el peligro de generalizarse ... y sus sueños de elevado mecenazgo se desvanecerán. ... Dejad simplemente que su «Nueva Visión de la Sociedad» consiga tantos adeptos como la Investigación relativa a la Justicia Política», y veremos cómo cambia la ma-

rea. ... Se le señalará como jacobino, como *leveller*, como incendiario por todas partes de los tres reinos; sus amigos le evitarán y será objeto de burla para sus enemigos ... y descubrirá que hacer comprender a la humanidad sus propios intereses, o hacer que aquellos que les gobiernan se preocupen por el interés de alguien excepto ellos mismos, es una tarea mucho más difícil y arriesgada de lo que se podía imaginar.<sup>112</sup>

La cualidad de Owen que sus protectores descubrieron con consternación (y que Hazlitt captó de algún modo) fue la de un absoluto entusiasmo propagandista. Creía, al igual que Carlile, en la multiplicación de la «razón» por medio de su difusión. Gastó su pequeña fortuna enviando por correo sus escritos a hombres influyentes de todo al país; y una fortuna todavía mayor en las comunidades experimentales. Hacia 1819 sus mecenases se habían cansado de él, y él a su vez se dirigía cada vez más particularmente a la clase obrera. Durante largo tiempo había sostenido que los obreros eran criaturas de las circunstancias; deploraba su «grosera ferocidad de carácter» y se tiene la sensación de que (al igual que Shaw) su principal razón para ser socialista era el deseo de que aquéllos fuesen abolidos. Pero en este punto se produce un giro en su pensamiento, que tuvo grandes consecuencias. Si los obreros eran criaturas de las circunstancias, lo mismo ocurría —este pensamiento pudo ocurrírsele mientras paseaba por el parque después de una entrevista poco satisfactoria— con lord Sidmouth y el arzobispo. Este pensamiento lo comunicó en una proclama dirigida a las clases trabajadoras (1819):

Desde la infancia, se ... os ha enseñado a despreciar y a odiar a aquellos que se diferencian de vosotros en sus modales, su lenguaje y sus sentimientos. ... Estos sentimientos de odio deben alejarse de vosotros antes de que cualquier ser que lleve en el corazón vuestros auténticos intereses pueda poner poder en vuestras manos. ... Entonces os daréis clara cuenta de que no existe ningún fundamento racional para el odio. ... Una infinita multitud de circunstancias, sobre las cuales no tenéis el más mínimo control, os han situado donde estáis. ... Del mismo modo, otros de vuestros semejantes han sido formados por las circunstancias, también incontrolables para ellos, para convertirse en vuestros enemigos y crueles opresores. ... Por muy espléndido que pueda parecer su exterior, este estado de la cuestión a menudo les hace sufrir de forma incluso más aguda que vosotros. ... Mientras vuestra conducta muestre cualquier deseo de desposeerlos de manera violenta de este poder, estos emolumentos y privilegios, ¿no es evidente que ellos deberán seguir mirándoos con sentimientos de recelo y hostilidad ...?

«Los ricos y los pobres, los gobernantes y los gobernados tienen, en realidad, un solo interés», formar una nueva sociedad cooperativa. Pero los ri-

cos, igual que los pobres, al ser criaturas de las circunstancias, eran incapaces de darse cuenta de sus verdaderos intereses. (La «súbita potente iluminación» gracias a los escritos de Owen corría el peligro de destruir sus «incipientes capacidades de visión».) Los obreros (o aquellos de entre ellos que hubiesen vislumbrado la luz de la razón) deberían desvincularse de los conflictos de clase. «Esta lucha irracional e inútil debe cesar» y, la *avant garde* (estableciendo comunidades modelo y mediante la propaganda) debería abrir una senda gracias a la cual la población obrera pudiera simplemente *conjurar* los derechos de propiedad y el poder de los ricos.<sup>113</sup>

Por muy admirable que fuese Owen como hombre, era un pensador absurdo, y aunque tenía el valor de los excéntricos, era un dirigente político dañino. De los teóricos del owenismo Thompson es más sensato y desafiante, mientras que Gray, Pare, el doctor King y otros tenían un sentido de la realidad más firme. En sus escritos no se percibe el más mínimo sentido de los procesos dialécticos de cambio social, de «práctica revolucionaria»:

La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y la educación y de que, por lo tanto, unos hombres transformados son producto de otras circunstancias y de una educación transformadas, olvida que precisamente son los hombres quienes transforman las circunstancias y que el educador debe, él mismo, ser educado. De ahí que esta doctrina llegue necesariamente a dividir la sociedad en dos partes, de las cuales una descuella por encima de la sociedad (por ejemplo, en el caso de Robert Owen)...

Así rezaba la tercera tesis de Marx sobre Ludwig Feuerbach. Si el carácter social (tal como Owen sostenía) era el producto involuntario de «una infinita multiplicidad de circunstancias», ¿cómo se podía cambiar? Una respuesta recaía en la educación, en la que se puede observar una de las influencias más creativas de la tradición owenita. Pero Owen sabía que hasta que las «circunstancias» cambiasen no podría tener acceso a la instrucción de una generación. La respuesta debía recaer por lo tanto en el cambio súbito de disposición, el salto milenario. El mismo rigor de su materialismo mecánico y ambientalista significaba que o bien debía desesperar o debía proclamar un milenarismo secular.

El señor Owen, el filántropo, puso sobre sus espaldas el manto de Joanna Southcott. No sólo Hazlitt, sino otros de sus contemporáneos percibieron el tono del *ranter*. Un escritor del *Register* de Sherwin le comparaba con Joanna, que

engañó a miles en aquel momento, diciéndoles que estaba cercano el momento en que Silo iba a venir al mundo; un Príncipe de la Paz bajo cuyo estandarte se

iban a unir a todas las naciones de la tierra; diciéndoles que ... las espadas se convertirían en arados.<sup>114</sup>

También Engels y Marx le examinaron, y la divulgación reciente de su descubrimiento en círculos académicos no es original.<sup>115</sup> Owen prometía, en 1820, «*hacer que brotara la prosperidad en el país*», y en sus comunidades ofrecía nada menos que el «paraíso». Hacia 1820 se formó una sociedad owenita en la metrópoli, y el folleto que anunciaba su periódico, el *Economist*, declaraba: «¡La abundancia se extenderá por el país! ¡Aumentará el conocimiento! ¡Florecerá la virtud! La felicidad será reconocida, asegurada y disfrutada.» Owen utilizaba a menudo analogías sacadas del gran avance de las técnicas productivas durante la Revolución industrial: algunos individuos «olvidan que el hecho de que un hombre pueda realizar, con la ayuda de una pequeña máquina de vapor, el trabajo de 1.000 hombres, constituye una invención moderna». ¿No podrían avanzar al mismo ritmo el conocimiento y el progreso moral? Sus seguidores adoptaron la misma metáfora: «... la construcción de una gran máquina social y moral, calculada para producir riqueza, conocimiento y felicidad, con una precisión y rapidez sin precedentes ... Un corresponsal del *Economist* observaba que «el tono de júbilo y exultación que impregna vuestros escritos es realmente muy contagioso».

Los miembros de la sociedad de Londres eran conscientes «de que sus procedimientos deben ser comparativamente imperfectos, mientras permanezcan en sus viviendas actuales, distantes ... unos de otros». Con un entusiasmo que recuerda el de los primeros moravos, adquirieron algunas casas nuevas en Spa Fields (que ya no era un lugar de reunión), con una escuela y un comedor comunes. Las páginas del *Economist* y otros primitivos periódicos estaban llenas de especulaciones acerca de cómo se podía reunir el capital: si se suponía (extraña suposición) que en la metrópoli había 50.000 familias pertenecientes a las clases trabajadoras, éstas tendrían, si se asociaban, unos ingresos promedio de 50 libras cada una o de 2,5 millones de libras colectivamente. Y cosas por el estilo. Los comunitarios de Orbiston se inscribieron en una «Sociedad de la Revelación Divina». Hacia 1830, cuando Owen, al volver de Norteamérica, se encontró a la cabeza de un movimiento de masas, ese tono mesiánico tenía la fuerza de una religión secular. El primero de mayo de 1833, Owen pronunció una conferencia en el *National Equitable Labour Exchange* «denunciando el Viejo Sistema del Mundo y anunciando el Comienzo del Nuevo». No sólo se desplazarían el móvil del beneficio mediante la cooperación, y los vicios del individualismo mediante las virtudes de la reciprocidad, sino que *todas* las instituciones sociales darían paso a las federaciones de pueblos mixtos agrícolas e industriales:

Desechamos ... todas las disposiciones a que han dado lugar los intereses (sectoriales), como son las grandes urbes, las ciudades, los pueblos y las universidades ...

En un sistema social racional no puede haber ... tribunales de justicia y toda la parafernalia y la locura de la ley ...

Hasta entonces el mundo había estado «en una gran oscuridad». Todo el culto ceremonial de un poder desconocido era «mucho peor que inútil». Los matrimonios serían reconocidos como una «unión sólo de tipo afectivo». «El celibato, en ambos sexos, más allá del período designado por la naturaleza, no será ya considerado como una virtud», sino como «un crimen contra la naturaleza». La nueva sociedad ofrecería un equilibrio entre el esfuerzo físico y el intelectual, la diversión y el cultivo de las capacidades físicas al igual que en Grecia y en Roma. Todos los ciudadanos abandonarían toda ambición, envidia, celos y otros vicios reconocidos: «Por consiguiente, anuncio ahora al mundo el comienzo, en este día, del prometido milenio, fundado en principios racionales y una práctica consecuente.»<sup>116</sup>

Esta proclamación podría hoy en día alarmar a algunas asociaciones cooperativas de mujeres. También parece, a primera vista, una ideología con pocas probabilidades de ser aceptada por la población trabajadora, cuya experiencia formativa ha sido el tema de este estudio. Y sin embargo, si observamos más de cerca, descubriremos que no fue un delirio psíquico o una «paranoia colectiva» lo que dio lugar a la rápida propagación del owenismo. En primer lugar, el *owenismo* de los últimos años de la década de los veinte hacia adelante era algo muy distinto de las obras y las proclamas de Robert Owen. Sin embargo, la misma imprecisión de sus teorías ofrecía una imagen de un sistema de sociedad alternativo y era lo que las hacía adaptables a distintos grupos de población trabajadora. Los artesanos, tejedores y obreros cualificados seleccionaban aquellas partes de las obras de los owenitas que tenían una relación más estrecha con su propia situación y las modificaban a través de la discusión y la práctica. Si los escritos de Cobbett deben considerarse como una relación con sus lectores, los de Owen deben ser considerados como material ideológico en bruto difundido entre los trabajadores y elaborado por ellos dando lugar a diversos productos.

Los artesanos son el caso más claro. El editor del *Economist* reconoció, en 1821, que pocos de sus lectores se encontraban entre las clases trabajadoras. Pero a partir de una carta circular enviada a la nobleza y a la *gentry*, solicitando protección para sus mercancías, nos hacemos una idea de los primeros miembros de la «Sociedad Económica y Cooperativa» de

Londres que establecieron la comunidad de Spa Fields. Se ofrecían para realizar trabajos de talla y sobredorado, botas y zapatos, ferretería (incluyendo parrillas y hornillos), cuchillería, pañería, cosido y confección, ebanistería, venta y encuadernación de libros, dibujos en acuarela y terciopelo y toldos para ventanas con paisajes transparentes. Esto nos sugiere que eran artesanos y artistas que trabajaban por su cuenta, y que eran abundantes en dos de los mayores centros cooperativos: Londres y Birmingham. El espíritu de estos intentos (de los cuales había bastantes, algunos anteriores a Owen) se expresa en una carta enviada al *Economist*:

... si las clases trabajadoras están decididas a emplearse de forma *emprendedora*, no tienen necesidad de pedir la más mínima ayuda de cualquier *otra* clase, sino que en ellas mismas tienen ... recursos sobrantes.<sup>117</sup>

Éste no es el tono de Owen. Pero es el tono que hemos encontrado repetidamente al reseguir el radicalismo *político* de los artesanos. El individualismo era sólo una parte de su perspectiva; también eran herederos de largas tradiciones asociativas: las sociedades de socorro mutuo, los clubs de oficios, el templo, los clubs sociales o de lecturas, las sociedades de correspondencia o las *union* políticas. Owen enseñó que el móvil del beneficio era equivocado e innecesario: esto sintonizaba con el sentido de la costumbre y del precio justo del artesano. Owen confirmó la opinión, que también habían sostenido Cobbett, Carlile y Hodgskin, de que el capitalista tenía una función en gran parte parasitaria; «de que el trabajo manual, dirigido de forma apropiada, es la fuente de toda riqueza»; esto sintonizaba con las quejas de los artesanos o pequeños patronos con talleres artesanos contra los contratistas e intermediarios. Owen enseñó que «*la medida natural del trabajo humano*» se debería tomar como «*la medida práctica del valor*»,<sup>118</sup> y que los productos deberían ser intercambiados según el trabajo incorporado en ellos; esto sintonizaba con la perspectiva del zapatero, el ebanista y el bracero que vivían en el mismo patio de vecinos y en cualquier caso, de vez en cuando, intercambiaban sus servicios.

El germen de la mayor parte de las ideas de Owen se puede ver, por supuesto, en prácticas que son anteriores, o que existen independientemente de sus obras.<sup>119</sup> No sólo las sociedades de socorro mutuo extendían, a veces, sus actividades a la construcción de clubs sociales y asilos para ancianos; también existen varios ejemplos de *trade unions* preowenitas que durante las huelgas empleaban a sus propios miembros y vendían el producto.<sup>120</sup> El artesano iba perdiendo, sólo de forma muy lenta, su situación como trabajador por cuenta propia o como trabajador para varios patronos; y al realizar este o aquel contrato podía reclutar la ayuda de otros artesanos con

distintas habilidades. El mercado cubierto, o bazar, con sus centenares de pequeños puestos, era una institución antigua; pero al final de las guerras se abrieron nuevos bazares, que atrajeron la atención de los círculos filantrópicos y owenitas, en donde se alquilaba un tramo de mostrador (por pies de longitud) para una semana, un día e incluso parte de un día. Se buscaba la presencia de todo tipo de mercancías —incluso los artistas podían exponer sus obras.<sup>121</sup> Hacia 1827 se iba a inaugurar un nuevo bazar que actuara como centro de intercambio para los productos realizados por los miembros de los oficios de Londres que no tuviesen empleo: carpinteros, sastres, zapateros y otros que trabajaban con materias compradas con los fondos de las *trade unions*.<sup>122</sup>

Así pues las *Equitable Labour Exchanges* fundadas en Londres y Birmingham en 1832-1833, con sus vales de trabajo y el intercambio de pequeños productos, no cayeron del cielo gracias a profetas paranoicos. Si hacemos una lista de los productos que se llevaron para intercambiar al Congreso Cooperativo de Liverpool en octubre de 1832, también podremos ver el tipo de gente que acudió. Procedentes de Sheffield, cuchillería y cafeteras; de Leicester, medias y encaje; de Huddersfield, chalecos y manteletas; de Rochdale, franelas. Había pañales de Barnsley, telas de Halifax, zapatos y zuecos de Kendal y estampas de Birkacre. Un orador de la *Equitable Labour Exchange* de Birmingham dijo que la población de aquel distrito «no sabía qué hacer con las grandes cantidades de hierro, latón, acero y lacas japonesas»: ¿por qué no podían intercambiarlas con los algodones del Lancashire y las medias de Leicester? La extensa lista de oficios que propusieron llevar sus mercancías a la lonja de Birmingham incluye (en la «B») fabricantes de betún, campaneros, fabricantes de escobas, fabricantes de botones y adornos, fabricantes de fuelles, fabricantes de cujas, cesteros. En la «S»\* encontramos confeccionadores de sombreros de paja y gorros, constructores de balanzas, fabricantes de hornillos y parrillas, tejedores de seda, herreros y hojalateros y papeleros. No hay (y difícilmente podía haber) caldereros, trabajadores de los altos hornos o constructores, carpinteros de navío o hilanderos de algodón, mineros o mecánicos.<sup>123</sup>

La lista incluye no sólo a los patronos con pequeños talleres y a los artesanos, sino también a trabajadores a domicilio. A medida que su situación (la de tejedores y calceteros) se volvía más desesperada, el owenismo era sólo una de las soluciones a las que se agarraron en la década de los treinta. El atractivo de la bolsa de trabajo no fue tan inmediato en las cercanías de Huddersfield o Burnley, por la razón evidente de que en los dis-

\* Lógicamente, en el original inglés los oficios de la primera parte empiezan por B y los de la segunda parte por S. (*N. de la t.*)



tritos en que el producto principal era el tejido y donde había cientos de semiempleados o empleados con sueldos de hambre en la producción de los mismos productos, no existía un mercado claro. De ahí que los del norte se viesan impulsados, en el primer momento, a pensar en un plan nacional de cooperación. «Si nuestros amigos de Birmingham se comprometen a vestirse con nuestras telas», escribió un cooperador de Halifax:

Nosotros nos comprometeremos a cortar nuestro cordero y nuestro budín (cuando podamos comernos alguno) con sus cuchillos y tenedores, y a tomar-nos la sopa y las gachas de avena con sus cucharas; y si nuestros hermanos de Londres hacen lo mismo nos pondremos, tan pronto como sea posible, sus pañuelos de seda alrededor del cuello.<sup>124</sup>

El Lancashire y el Yorkshire son los lugares donde encontramos un desarrollo más rápido de una *teoría general* de un «sistema» nuevo, según el cual era posible a nivel nacional un intercambio equitativo, y también encontramos algunos de los apoyos más fuertes y prácticos a los experimentos «utópicos» de construcción de comunidades. La *Association for the Promotion of Cooperative Knowledge* de Manchester y Salford, fundada en 1830, recibió un apoyo inmediato. Los tejedores esperaban encontrar en la cooperación la fuerza necesaria para competir con el telar mecánico. Una de las grandes causas de los males sociales, escribió el *United Trades' Co-operative Journal*, era

la errónea organización de nuestros asuntos domésticos, sociales y comerciales debido a lo cual se ha hecho que la maquinaria compita con y contra el trabajo humano en lugar de colaborar con él.

«Podemos deducir enteramente que todos los sufrimientos que afligen a la sociedad se deben en su mayor parte a la injusta distribución de la riqueza», escribía el *Lancashire and Yorkshire Co-operator*.<sup>125</sup> En aquellos distritos, con sus largas tradiciones de sindicalismo y ayuda mutua, la cooperación ofrecía un movimiento en el que podían trabajar juntos racionalistas y cristianos, radicales y gentes políticamente neutrales. El movimiento reunía también las tradiciones de superación personal y esfuerzo educativo, ya que proporcionaba salones de lectura, escuelas y conferenciantes itinerantes. Hacia el año 1832 existían quizá 500 sociedades cooperativas en todo el país, que tenían al menos 20.000 miembros.<sup>126</sup>

Mientras Owen (algo contusionado, a pesar de su optimismo, por los fracasos de Orbiston y Nueva Armonía) esperaba grandes donaciones de capital antes de arriesgarse a emprender nuevos experimentos, los coope-

radores de multitud de centros, desde Brighton a Bacup, estaban impacientes por establecerse inmediatamente con sus propios esfuerzos. En el congreso de Liverpool de 1832 las actas reflejan el contraste entre largas arengas evangelizadoras e intervenciones como ésta:

El señor Wilson, delegado de Halifax, afirmó que en mayo de 1829, él y otras ocho personas pusieron un chelín cada una, y ... empezaron su negocio en una pequeña habitación de una trastienda. Su número había aumentado; ahora ... tenían reunidas 240 libras y habían empezado a encontrar trabajo para algunos de sus miembros. (*¡Muy bien, bien!*)<sup>127</sup>

Esta yuxtaposición del pequeño almacén y el plan milenarista forma parte de la esencia de la disposición cooperativa entre los años 1829 y 1834. (También la encontramos en la diversidad de quejas particulares y organizaciones que, durante un breve período, mantuvieron el edificio del *Grand National Consolidated Trades Union*.)

En el vecindario de Huddersfield y Halifax, donde tan rápidamente se extendió la cooperación entre los tejedores, había la esperanza de que el almacén pudiese comprar la trama y la urdimbre para el tejedor y luego vender el producto, provocando de este modo un corte en el circuito de los patronos. Los cooperadores podían también acumular el capital para emplear a los miembros en paro, estableciendo una cuota de un penique a la semana. Pero la mayor parte de estos móviles pueden expresarse mejor citando los estatutos de una sociedad que se fundó en 1832 en Ripponden, pueblo tejedor de los Peninos:

Debido a los asombrosos cambios que en el curso de unos años se han producido para las clases trabajadoras ... debido a la competencia y al desarrollo de la maquinaria que reemplaza a la mano de obra, junto con otras varias causas, sobre las cuales, todavía, las clases trabajadoras no tienen control; las inteligencias de los pensadores se han perdido en un laberinto de ideas acerca de qué plan se podría adoptar para mejorar, si es posible, sus condiciones ...

Con el crecimiento del capital las clases trabajadoras pueden mejorar su situación sólo si *se unen* y arriman el hombro al trabajo; por unirse no entendemos huelgas y manifestaciones por los salarios, sino esforzarse, como hombres de una sola familia, para empezar a trabajar por nuestra cuenta. ...

El plan de cooperación que aconsejamos al público no es un plan visionario, sino que se está siguiendo en diversas partes del Reino; todos vivimos del producto de la tierra e intercambiamos trabajo por trabajo, que es el objetivo de todas las Sociedades Cooperativas: Nosotros obreros hacemos todo el trabajo y producimos todas las comodidades de la vida; ¿por qué entonces no deberíamos trabajar por nuestra cuenta y esforzarnos para mejorar nuestras condiciones de vida?

### *Principios Fundamentales*

Primero. Que el trabajo es la fuente de toda riqueza; en consecuencia las clases trabajadoras han creado toda la riqueza.

Segundo. Que las clases trabajadoras, aunque son las productoras de la riqueza, en lugar de ser la más ricas, son las más pobres de la comunidad; por lo tanto, no están recibiendo una justa recompensa por su trabajo.

Entre los objetivos de la sociedad estaban la protección mutua de todos los miembros contra la pobreza y el «logro de la independencia por medio de un capital común». Los medios para obtener estos objetivos incluían una cuota semanal para un fondo común, el empleo del capital en el comercio, el empleo de sus miembros «según permitan las circunstancias», y

Finalmente. Viviendo en comunidad unos con otros, según los principios de la cooperación mutua, la unión de los bienes, la igualdad de esfuerzos y de los medios de disfrute.<sup>128</sup>

No se trata simplemente de la traslación de las doctrinas de Owen al contexto de un pueblo de tejedores. Las ideas se han conformado laboriosamente en los términos de la experiencia de los tejedores; los acentos han cambiado; en lugar de la estridencia mesiánica, hay esta simple pregunta: ¿por qué no? Uno de los pequeños periódicos cooperativos se llamaba acertadamente *Common Sense* y ponía el acento en las «Asociaciones Comerciales»:

El objetivo de una Asociación Comercial resumido es el siguiente: abastecer a sus miembros de la mayor parte de los artículos de alimentación de consumo cotidiano, y acumular un fondo con el propósito de arrendar una tierra de cultivo y formar acto seguido una comunidad cooperativa.

Una cantidad semanal procedente de los salarios podía utilizarse para adquisición al por mayor de té, azúcar, pan o harina de avena.<sup>129</sup> Desde Brighton el *Co-operator* del doctor King era partidario de esto con más venta al por menor.<sup>130</sup> La idea sintonizaba con otras necesidades: la necesidad de escapar de los «*tommy shops*» o del acaparador; la necesidad de comprar más baratos los alimentos básicos y librarse de la adulteración delictiva que era moneda demasiado corriente: la harina mezclada con «yeso de París, huesos quemados y una sustancia terrosa ... llamada Blanco del Derbyshire».<sup>131</sup>

Pero esta idea también tenía atractivo para los obreros cualificados y organizados de las industrias mayores, cuyo acercamiento al owenismo era más circunspecto. En 1825, el *Trades Newspaper* publicaba algunas no-

tas sobre Orbiston, pero los planes de Owen para las comunidades se consideraban «impracticables debido a que al hombre libre por nacimiento e independiente no podía gustarle que le dijese qué debía comer ... y qué debía hacer.»<sup>132</sup> Además, la misma idea de alcanzar una independencia económica, que era atractiva para algunos artesanos con pequeños talleres y algunos trabajadores a domicilio, presentaba un problema para el carpintero de navío o el obrero de la industria a gran escala: ¿qué utilidad tenía para él un Pueblo de Cooperación?

A fines de la década de los veinte, sin embargo, Gast se había declarado en favor del owenismo.<sup>133</sup> Más importante fue la adhesión de los hilanderos de algodón de Manchester después de seis meses de huelga en 1829. Doherty fue pionero, en 1830, de la *National Association for the Protection of Labour*, cuyo órgano, el *United Trades Co-operative Journal*, pronto se convirtió en *Voice of the People*. Poco después de esto, otro grupo de obreros cualificados, la *union* de los constructores, cuyos productos posiblemente no podían ser llevados a la *Equitable Labour Exchange*, puso rumbo hacia el que sería el mayor de todos los experimentos de acción cooperativa directa. ¿En qué consistía la diferencia?

Una respuesta podría ser simplemente que hacia fines de la década de los veinte una u otra variante de la teoría cooperativa o de la teoría económica «laborista» se había apoderado de la plana mayor del movimiento de la clase obrera. Cobbett no ofrecía ninguna teoría coherente. El individualismo de Carlile era repelente. Hodgskin, por deducción, apuntaba hacia la teoría socialista madura, pero sus análisis se detenían antes de alcanzar aquel punto, y en cualquier caso era compatible con la teoría cooperativa, como mostró William Thompson. La propaganda racionalista de la década anterior había sido eficaz, pero también había sido estrecha y negativa, y había dado lugar a un ansia de doctrina moral positiva, que el mesianismo de Owen colmó. La imprecisión de pensamiento de Owen permitió que dentro del movimiento coexistiesen diferentes tendencias intelectuales. Y debemos insistir de nuevo en que el owenismo fue más sensato, y más vigoroso, en términos intelectuales, que el pensamiento de su maestro. Para los obreros cualificados, el movimiento que empezó a configurarse en 1830 parecía por fin dar cuerpo a su antigua aspiración: un sindicalismo general de ámbito nacional. Desde la *Philanthropic Hercules* de 1818 hasta el grupo de presión de las *Combination Acts* de 1825, se habían tendido muchas manos para conseguir la unidad de acción. Durante el verano y el otoño de 1825 el *Trades Newspaper* informó sobre cada una de las fases de la huelga de los cardadores de lana de Bradford y sobre el apoyo que recibía a raudales de todas las zonas del país. Declaraba con énfasis: «Son todos los obreros de Inglaterra contra unos pocos patronos de Bradford.»<sup>134</sup>

Del fracaso de la huelga de los hilanderos de algodón, en 1829, Doherty extrajo otra lección: «Se demostró entonces que ningún oficio por sí solo podía resistir contra los esfuerzos combinados de los patronos de aquel oficio determinado: se intentaba por lo tanto coordinar todos los oficios.»<sup>135</sup> Uno de los resultados fue la formación de los *Operative Spinners of England, Ireland and Scotland*, cuya primera conferencia, en la isla de Man en diciembre de 1829, puso de manifiesto un impresionante intento de superar las complejidades organizativas de una organización unitaria en tres zonas dispares.<sup>136</sup> Sobre estas bases, la *National Association for the Protection of Labour* reunió durante un breve período de tiempo a obreros textiles laneros, obreros manuales, alfareros, mineros, constructores y muchos otros oficios;

pero después de haberse extendido unas cien millas alrededor de esta ciudad (Manchester) le sobrevino una fatalidad que casi amenazó su existencia.<sup>137</sup>

La «fatalidad» tuvo su origen en las divisiones y los celos en el seno de los propios obreros hilanderos; divisiones excesivas o prematuras de los fondos de huelga de la asociación; y el intento imprudente, por parte de Doherty, de trasladar la oficina del *Voice of the People* a Londres. Pero a pesar de su fracaso, la asociación nacional aportó nuevos matices a la idea de cooperación; y aunque el movimiento de Manchester entró en una fase de recriminaciones, el movimiento siguió floreciendo en las Potteries y en el Yorkshire.<sup>138</sup> Quizá Doherty intentó llevar el movimiento hacia adelante de forma demasiado precipitada, pero en la creciente popularidad de las ideas owenitas percibió acertadamente la existencia de un medio para reunir a todos los obreros organizados del país en un movimiento común. Desde aquel momento en adelante, la historia del owenismo y del sindicalismo general pueden tomarse como un conjunto.<sup>139</sup>

Las comunidades experimentales fracasaron, aunque una o dos —como la de Ralahine— tuvieron un éxito parcial. Mientras las empresas más ambiciosas, como la de los constructores, se derrumbaban, algunas de las empresas cooperativas menores seguían de hecho avanzando con dificultades. La mayor parte de las sociedades y tiendas de los primeros años de la década de los treinta se hundieron, sólo para volver a reaparecer unos pocos años más tarde, según el modelo de Rochdale. La bolsa de trabajo o bazar, situada en Gray's Inn Road, era una confusión espectacular. Y sin embargo no hay nada que sea inexplicable en el fermento owenita. Hemos visto de qué modo los artesanos, los trabajadores a domicilio y los sindicalistas, todos tenían un lugar dentro de él. Sus elementos milenarios más inestables procedían en gran medida de dos fuentes: los bienhechores y los

muy pobres. Por lo que a la primera se refiere, el owenismo (puesto que declaraba no ser una doctrina del conflicto de clase o la expropiación) atrajo en cierta cantidad a *gentlemen* filántropos y a clérigos: godwinianos, cuáqueros, intelectuales rebeldes y chiflados. Algunos de ellos, como el doctor King y, más señaladamente, William Thompson, el terrateniente irlandés y autor de *Inquiry into the Distribution of Wealth* (1824), *Labour Rewarded* (1827), y (junto con Anna Wheeler) *An Appeal of One-Half of the Human Race, Women, against the Pretensions of the Other Half, Men, to retain them in Political and thence in Civil and Domestic Slavery* (1825), enriquecieron muchísimo el movimiento. Otros dieron dinero sin el cual no se hubiesen podido llevar a cabo los experimentos. Sin embargo, en la mayoría de las comunidades está la figura de uno o más *gentlemen* chiflados, cuya inexperiencia en la práctica de cualquier colectividad, y cuyo experimentalismo utópico, enfurecían a los artesanos owenitas. Declarar que los hombres debían construir un nuevo sistema social era una cosa, y declarar que los hombres podían hacer cualquier tipo de sistema nuevo que quisiesen era otra. Un artesano socialista, Allen Davenport, que había sido spenceano, nos dejó una descripción un tanto sardónica de la bolsa de trabajo de Londres:

El espíritu del público quedaba completamente electrizado por este movimiento nuevo y extraordinario. ... La gran sala de reunión, instalada originariamente en el estilo más elegante ... el techo tenía unos magníficos relieves y las partes ornamentales estaban ricamente sobredoradas; y tenía una capacidad suficiente para dos mil individuos. Pero esto, no era suficiente para satisfacer las ideas de belleza del señor Owen. Se construyó una plataforma elevada, en la que se situó un espléndido y majestuoso órgano. ... Las noches de fiesta ... se iluminaban las avenidas con gran brillantez con ... costosas lámparas griegas. Se tocaban diez o doce instrumentos musicales; y las señoras y los caballeros cantaban las tonadas más dulces. ...

Las fiestas se inauguraban con una lectura corta sobre los temas del amor social, la caridad universal y las ventajas de la cooperación. ... A la lectura seguía un concierto, y al concierto un baile. ...

Mientras tanto todas las avenidas de la Bolsa, durante toda la semana, estaban literalmente bloqueadas por las muchedumbres de gentes que se reunían constantemente, algunas atraídas por la novedad de la institución, algunas para ver cómo progresaba ...; algunas para hacer depósitos e intercambios. ... Pero ¡ay! pronto se descubrió que los hermosos vales de trabajo ... no se podían poner de ningún modo en la circulación general, debido a lo cual falló el abastecimiento de provisiones y el resultado de uno de los movimientos más extraordinarios que jamás se había intentado en este o en cualquier otro país fue el completo fracaso. Con todo, los principios en los que se fundamentaba el sistema siguen siendo irreprochables y se deberían mantener en la memoria pública ...

El Owen de este relato es el Owen que Peacock ridiculizaba en *Crotchet Castle*. Demasiadas aventuras owenitas se excedían a sí mismas y acababan en esta especie de confusión, despilfarro, buenas intenciones y pésima planificación. Owen era el mayor propagandista del owenismo, pero también era uno de sus peores enemigos. Si la bolsa de trabajo se hubiese dejado en manos de hombres como Lovett, el resultado podría haber sido distinto.<sup>140</sup>

El otro aspecto de esa inestabilidad milenaria procedía, de forma más directa, del milenarismo de los pobres. Al igual que en la época de la Revolución francesa, se produce un resurgimiento de los movimientos mesiánicos durante el entusiasmo de la agitación del proyecto de ley de reforma y sus secuelas. Seguían existiendo muchos vástagos del movimiento southcottiano, cuyas sectas tomaban ahora formas peculiares y perversas<sup>141</sup> que quizá requieren más atención por parte del psiquiatra que del historiador. Pero deben señalarse tres ejemplos de esta inestabilidad milenaria que se prolonga.

El primero es el enorme séquito que entre los años 1829 y 1836 consiguió un zapatero lisiado, «Zion» Ward, uno de los herederos del manto de Joanna. Ward, que había sido con anterioridad un metodista entusiasta, se había convencido a sí mismo mediante acrobacias alegóricas de que era «Silo», cuyo nacimiento la anciana Joanna había ya anunciado. Poco tiempo después, llegó a creer que era Cristo (y había sido antes Satanás), y que toda la Biblia era una profecía alegórica de su anunciación. (La historia de la vida de Cristo en el Nuevo Testamento era falsa; si el redentor había venido, «¿por qué no se ha redimido el hombre?») Lo que era insólito en la paranoia de Ward (aparte de su solipsismo surrealista) era, en primer lugar, que la reforzaba con argumentos sacados de Carlile y los deístas; y, en segundo lugar, que dirigía su llamada mesiánica hacia la dinámica del radicalismo. Su séquito creció en Southwark, Hackney, Walworth; en Chatham, Nottingham, Birmingham, Derby, Chesterfield y Leeds; muchos de esos lugares habían sido baluartes southcottianos. En Barnsley provocó un estruendoso aplauso cuando lanzó un ataque contra todo el clero «que desde el arzobispo hasta el último son personas perjuras y los Falsos Profetas que la Biblia menciona». Esta fue, cada vez más, la tónica de sus profecías: «¡Descubrid los malos oficios de los curas! ¡Preparad su destrucción!» El rey debe «acabar con los enormes salarios de los obispos y gastar el dinero para el bienestar público». Publicaba un semanario, *The Judgment Seat of Christ*; quizá la única ocasión en que se ha atribuido a Cristo la dirección editorial, semana tras semana, de un periódico popular. Durante el verano de 1831, reunió enormes masas de público en sus conferencias, llenando a menudo las 2.000 plazas de la Rotunda de Carlile:

«N.B. Las obras del Mesías se venden en ... Rotunda, calle Blackfriars. Prédica en Rotunda, los jueves por la tarde a las 7.30 y los domingos por la tarde a las 3.» A principios de 1832 le declararon culpable de blasfemia en Derby («Los Obispos y el Clero son Impostores Religiosos, y como tales están expuestos, por la Ley Inglesa, a Castigos Corporales»: ¿no se trata, ciertamente, de un terreno demasiado peligroso para ponerlo a discusión?) y le encarcelaron durante dos años junto con un compañero profeta. A pesar de la enfermedad y de una parálisis parcial, continuó su misión hasta su muerte en 1837.<sup>142</sup>

El segundo ejemplo es el del extraordinario «Sir William Courtenay» (o J. N. Tom) que llegó en 1832 a un Canterbury alarmado, vestido con ropas orientales y acompañado de rumores de que era muy rico, recibió 400 votos fortuitos en la elección general y, después de ser condenado por perjurio, publicó su *Lion*, con los títulos de:

Sir William Courtenay ... Rey de Jerusalén, Príncipe de Arabia, Rey de los Gitanos, Defensor de su Rey y su Patria ... que ahora se encuentra en la Cárcel de la City, Canterbury.

Tom, que era un tratante de vinos que procedía originariamente del West Country de Joanna Southcott, había sido spenceano durante un corto período de tiempo. Su *Lion* denunciaba por igual a todos los infieles y al clero:

La Raíz de todo Mal está en la Iglesia.  
¡el Lucro! ¡el Lucro! ¡el Lucro!!!  
Dios proteja a la Viuda, al Huérfano y al Desdichado.

Cuando salió de la cárcel y del manicomio, se fue a vivir a las casas de los campesinos de los pueblos cercanos a Canterbury. En mayo de 1838 empezó a rondar por los pueblos montado a caballo y armado con pistolas y una espada, a la cabeza de un grupo de 50 a 100 jornaleros armados con cachiporras. Llevaban una hogaza de pan en el extremo de una vara debajo de una bandera azul y blanca con un león rampante, y se supone que Tom leyó a sus seguidores el siguiente fragmento del capítulo V de Santiago:

Y ahora vosotros los ricos llorad y aullad por las desgracias que os sobrevendrán. ...

Contemplad el salario de los jornaleros que os han segado vuestros campos, salario que retenéis con fraude, pregonado: ...



En particular, las mujeres creían que tenía poderes milagrosos. Más adelante, un jornalero dijo que «amaba a Sir William»: «Les hablaba de tal manera, y siempre leía las Escrituras, que no le miraban como a un hombre cualquiera y hubiesen muerto con alegría por él.» Al igual que Oastler y Stephens en el norte, denunciaba la *New Poor Law* como una violación de la ley divina. Finalmente, Courtenay (o Tom) mató a un policía que habían mandado para que le detuviese. Pero los jornaleros no le abandonaron. Más de cincuenta de ellos se retiraron al bosque de Blean, donde esperaron al ejército escondidos en la densa maleza. Tom enseñaba las llagas de los clavos en manos y pies, y anunciaba que si le mataban resucitaría de nuevo: «Es el día del juicio; es el primer día del Milenio; y ese día pondré la corona sobre mi cabeza. ¡Contemplad, uno más fuerte que Sansón está con vosotros!». Les prometió tierra a sus seguidores, quizá unos 50 acres para cada uno. Cuando los soldados se acercaron, tocó una trompeta y dijo que ésta se oía en Jerusalén donde había 10.000 hombres dispuestos a obedecer sus órdenes. Al fin tuvo lugar la batalla, quizá la más desesperada que se desarrollaba en tierra inglesa desde 1745. Frente a las armas de fuego y las bayonetas, los jornaleros de Kent sólo tenían cachiporras: «Jamás presencié una resolución mayor en mi vida —dijo un testigo—. Jamás en la vida vi hombres más furiosos o enloquecidos cuando nos atacaban.» Un oficial resultó muerto, así como Courtenay y once o doce de sus seguidores. El saldo de muertos fue más elevado que el de Pentridge o Peterloo.<sup>143</sup>

Los hechos del bosque de Blean pertenecen más a los modelos culturales antiguos que a los nuevos. Fue la última revuelta de los campesinos. Es interesante constatar que los bryanitas «*ranting*», o Cristianos de la Biblia, tenían uno de sus baluartes en Kent; y en un momento en que el mundo psíquico de los hombres estaba repleto de imágenes del fuego del infierno y de la revelación, y su mundo real lleno de pobreza y opresión, lo sorprendente es que este tipo de explosiones no fuesen más frecuentes. El tercer ejemplo, que nos acerca más al owenismo, es el del extraordinario éxito de la propaganda mormona en los distritos industriales de Inglaterra, a finales de la década de 1830 y durante la década de los cuarenta. En pocos años se bautizaron miles de conversos, y miles de estos «Santos del Último Día» zarparon desde Liverpool hacia la Ciudad de Sión. Los primeros conversos eran «principalmente obreros fabriles y otros trabajadores manuales ... extremadamente pobres, la mayoría de los cuales no tenía siquiera una muda de ropa para ser bautizados». Muchos de ellos, que habían recibido ayuda para el dinero del pasaje, fueron andando y empujando carros manuales desde los riscos de Bluff hasta la ciudad de Salt Lake.<sup>144</sup>

Todos estos ejemplos sirven para subrayar que, para la década de 1830, es prematuro pensar que la población obrera inglesa estaba completamente abierta a la ideología secular. La cultura radical que hemos estudiado era la cultura de trabajadores cualificados, artesanos y algunos trabajadores a domicilio. Por debajo de esa cultura (o coexistiendo con ella) había niveles de respuesta más oscuros, de los cuales sacaban algo de su apoyo los líderes carismáticos como Oastler y O'Connor. (En el movimiento cartista, los hombres como Lovett jamás encontrarían por completo una estrategia y un punto de vista común con los trabajadores «barbudos y con chaqueta de fustán» del norte.) La inestabilidad se encontraba particularmente donde los nuevos modelos racionalistas y los modelos metodistas o baptistas de corte más antiguo se influían unos a otros, o cuando se encontraban en conflicto en el mismo espíritu. Pero, mientras que la disidencia y el metodismo parecen haber ordenado y amasado el carácter de los artesanos del sur, en aquellas partes en que predominaba el modelo metodista durante los años de las guerras parece que las energías emocionales hayan sido almacenadas o reprimidas. Si se hincan una pala en la cultura de la clase obrera del norte en cualquier momento de la década de los treinta parece que la pasión brote del suelo.

De ahí que el owenismo también reuniese algo de esta pasión. Si tenemos en cuenta que Owen y sus conferenciantes profetizaban que «se desencadenaría la prosperidad», era inevitable que reuniesen a su alrededor a los hijos de Israel. Revivió el anhelo comunitario y el lenguaje de la racionalidad se transformó en el de la hermandad. Como en todos los momentos de fermento, también revivió el antinomianismo, con sus equivalentes místicos de las ideas seculares de liberación sexual que se sostenían entre algunos de los comunitarios owenitas: «Si os amáis el uno al otro —les decía Zion Ward a los jóvenes en sus “templos”— juntaos en cualquier momento sin ninguna ley ni ceremonia.» (Ward también tenía un proyecto de Colonia Agrícola, «donde quienes deseen abandonar el mundo puedan vivir juntos como una familia».) Además, para los pobres, el owenismo tocaba una de sus aspiraciones más íntimas: el sueño de que, de algún modo, gracias a algún milagro, podrían de nuevo tener *algún derecho sobre la tierra*.

Tenemos la sensación de que, en la década de 1830, muchos ingleses percibían que la estructura del capitalismo industrial sólo estaba parcialmente construida, y que a esta estructura todavía no se le había puesto el tejado. El owenismo sólo fue uno de los impulsos gigantescos, pero efímeros, que captaron el entusiasmo de las masas, al presentar la visión de una estructura completamente diferente, que se podía construir en cuestión de años o meses, sólo con que el pueblo estuviese suficientemente uni-

do y decidido. Se ha desarrollado un espíritu de organización, escribió Bronterre O'Brien en 1833, cuyo objetivo:

es el más sublime que se pueda imaginar, a saber, establecer un completo dominio, por parte de las clases productivas, sobre los frutos de su propio trabajo ... Las clases trabajadoras proyectan un cambio total de la sociedad, un cambio que supone la subversión completa del «orden del mundo» existente. Aspiran a estar a la cabeza de la sociedad en lugar de estar en la cola; o, mejor dicho, que no debería haber cola ni cabeza.<sup>145</sup>

En retrospectiva es fácil considerar que este espíritu es ingenuo o utópico. Pero no hay nada en él que nos autorice a contemplarlo con superioridad académica. Los pobres eran desesperadamente pobres, y las perspectivas de una comunidad en la que no sólo pudiesen mezclar la cultura intelectual con los objetivos de Grecia y Roma, sino también *comer*, eran atractivas. Además, entre el owenismo y los anteriores credos que reunían ímpetus milenarios, había la siguiente diferencia importante: con los owenitas el milenio no iba a llegar, se *haría*, con sus propios esfuerzos.

Y a partir de aquí podemos juntar todas las líneas del owenismo: los artesanos con sus sueños de provocar un cortocircuito en la economía de mercado general; la *gentry* filantrópica, con su deseo de una sociedad racional y planificada; los pobres, con sus sueños de tierra o de Sión; los tejedores, con sus esperanzas de trabajo independiente; y todos ellos con la imagen de una comunidad hermanada y equitativa, en la que la ayuda mutua sustituyese la agresión y la competición. Maurice escribió en 1838:

Cuando los pobres dicen: «nosotros, también, reconoceremos que las circunstancias lo son todo, abandonaremos toda creencia en lo invisible, este mundo será el único hogar en el que moraremos», el lenguaje puede muy bien aterrozar a todo aquel que escuche ... Sin embargo ... es el «nosotros queremos» ... lo que infunde la apariencia de vitalidad a las secas astillas de la teoría del señor Owen.<sup>146</sup>

Este «nosotros queremos» es la prueba de que los obreros se estaban acercando a la madurez, estaban adquiriendo conciencia de sus propios intereses y aspiraciones como clase. No había nada de irracional o de mesiánico en el hecho de que hiciesen una crítica del capitalismo como sistema, o en el de proyectar ideas «utópicas» acerca de un sistema alternativo y más racional. Desde el punto de vista de los obreros, no era Owen el que estaba «loco», sino un sistema social en el que el vapor y la nueva maquinaria desplazaban y degradaban claramente a los obreros, y en el que los mercados podían estar «saturados» mientras el tejedor descalzo se sentaba

al telar y el zapatero estaba en su taller sin una chaqueta que ponerse a la espalda. Esos hombres sabían por experiencia que Owen estaba en su sano juicio cuando decía que:

... la actual organización de la sociedad es la más antisocial, impolítica e irracional que se pueda imaginar; que bajo su influencia se reprimen desde la infancia las cualidades superiores y más valiosas de la naturaleza humana, y que se utilizan los medios más antinaturales para acentuar las tendencias más nocivas ...<sup>147</sup>

Lejos de tener un punto de vista encarado hacia el pasado, el owenismo fue la primera de las grandes doctrinas sociales que dominó la imaginación de las masas en este período, y que partía de una aceptación de los poderes productivos ampliados del vapor y la fábrica. Lo que se cuestionaba no era tanto la máquina como el móvil del beneficio; no el tamaño de la empresa industrial sino el control del capital social que había detrás de ella. Los artesanos constructores y los pequeños patronos, que se resentían del control y de la parte del león de los beneficios que se apropiaban los patronos constructores y los contratistas, no creían que la solución residiese en la existencia de multitud de pequeños empresarios.<sup>148</sup> Por el contrario, deseaban que la cooperación de los oficios implicados en la construcción quedase reflejada en el control social cooperativo. Es irónico que un movimiento del que se supone que sacó la mayor parte de su fuerza de los *«petit-bourgeois»* hiciese intentos mucho más serios que ningún otro de nuestra historia en cuanto a iniciar nuevas formas de vida comunitaria. «Todo el fervor y la seriedad de las primeras Sociedades Cooperativas —escribió Holyoake muchos años después— tenía que ver ... con la vida comunitaria. Los “Socialistas” ... esperaban fundar ciudades industriales libres, independientes y autónomas, en las que la riqueza que se crease fuese repartida de forma equitativa entre todos aquellos que la producían con su trabajo.»<sup>149</sup> Quienes ven en el fracaso de esos experimentos sólo una prueba de su locura, quizá confían demasiado en que la «historia» ha demostrado que son un callejón sin salida.

Lo que era irracional en el owenismo (o «utópico» en el habitual sentido peyorativo) era la impaciencia de la propaganda, la fe en la multiplicación de la razón mediante lecturas y tratados, la atención inadecuada a los medios. Y sobre todo estaba la funesta evasiva de Owen respecto de las realidades del poder político, y su intento de pasar por alto la cuestión de los derechos de propiedad. El socialismo cooperativo consistía simplemente en desplazar al capitalismo, sin causar dolor y sin enfrentamiento, mediante el ejemplo, la educación y mediante el desarrollo en su seno

desde sus propias poblaciones, talleres y almacenes. El *Economist* estaba ansioso por asegurar a sus lectores que la cooperación no posee ninguna «tendencia igualadora». Su objetivo era «*elevarlo todo*»; su riqueza no sería tomada de los poseedores actuales, sino que sería «*riqueza producida de nuevo*».<sup>150</sup> «Nosotros ... no venimos como *levellers* —declaraba un clérigo de Warrington—. No venimos a privar a ningún ser humano, hombre o mujer, de cualquiera de sus propiedades.»<sup>151</sup> En 1834, en el punto más extremo del movimiento owenita, un «Fuero de los Derechos de la Humanidad» declaraba:

La actual propiedad de todos los individuos, adquirida y poseída según las costumbres y las prácticas de la vieja sociedad, se mantendrá sagrada hasta que ... no tenga ya ningún uso o valor de cambio...<sup>152</sup>

Esta era la debilidad que le quitaba valor al owenismo. Incluso el pequeño grupo de filántropos spenceanos, al final de las guerras, podían vislumbrar que el socialismo entrañaba la expropiación de los grandes terratenientes. «Es pueril», había escrito Spence en su *Restorer of Society to its Natural State* (1800):

... esperar ver alguna vez de nuevo Pequeñas Granjas, o ver alguna vez cualquier cosa que no sea la máxima extorsión y opresión de los pobres, hasta que derrumbéis el actual sistema de Propiedad de la Tierra. Porque ellos han adquirido por completo, ahora más que nunca, el espíritu y el poder de la opresión. ... Por lo tanto nada que no sea la Destrucción total del poder de esos Sanzones servirá ... Nada que no sea el Exterminio completo del actual sistema de propiedad de la Tierra ... hará que el Mundo vuelva a estar en una situación en la que merezca la pena vivir en él.

Esto era lo que levantaba la singular furia de los gobernantes británicos, que tuvieron detenido al apacible Thomas Evans, autor de *Christian Policy*, durante un año sin juicio, en el mismo momento en que lord Sidmouth discutía las propuestas del ilustrado señor Owen. En aquel año, uno de los últimos spenceanos, un pintoresco sastre llamado Robert Wedderburn, promovió un pequeño periódico mal impreso *The «Forlorn Hope»*: «El señor Owen ... descubrirá que las clases más bajas están casi convencidas de que él es un instrumento de los terratenientes, y los Ministros ...»<sup>153</sup> Los spenceanos y los viejos radicales de 1817 demostraron estar equivocados en su estimación de Owen; y la preocupación de Spence y Evans en relación al socialismo agrario era inadecuada para la Inglaterra industrial. Pero los spenceanos estaban, por lo menos, deseosos de plantear los problemas de la propiedad y el poder de clase.

Precisamente porque Owen se negó a afrontar ninguno de los dos problemas, pudo mantenerse completamente indiferente respecto del radicalismo político y conducir al movimiento, con frecuencia, por caminos ilusorios. El movimiento cooperativo siguió teniendo durante años esta coexistencia de filántropos y radicales obreros. Sin embargo, hacia 1832, hombres como Hetherington, O'Brien y James Watson tenían acentos completamente diferentes, y rechazaban el desprecio que Owen tenía hacia todos los medios políticos. El owenismo constituyó siempre para ellos una influencia constructiva. De él habían aprendido a considerar al capitalismo, no como una serie de sucesos discontinuos, sino como un *sistema*. Habían aprendido a proyectar un sistema de solidaridad utópico alternativo. Habían superado la nostalgia de Cobbett por un mundo antiguo y adquirido la confianza de proyectar uno nuevo. Habían comprendido la importancia de la educación y de la fuerza del condicionamiento ambiental. Habían aprendido, de Thompson y Anna Wheeler, a formular nuevas demandas por los derechos de las mujeres. A partir de entonces ninguna cosa de la sociedad capitalista pareció dada e inevitable, producto de la ley «natural». Todo esto se expresa en la Última Voluntad y Testamento de Henry Hetherington:

Estas son mis opiniones y mis sentimientos al dejar una existencia que ha sido turbada por las plagas y los placeres de un sistema competitivo, agresivo y egoísta; un sistema que anula las aspiraciones morales y sociales de los seres humanos más nobles mediante el incesante trabajo y las privaciones físicas; por el cual, verdaderamente, todos los hombres aprenden a ser esclavos, hipócritas o criminales. De ahí mi adhesión incondicional a los principios de ese gran y buen hombre: ROBERT OWEN.

## 5. «Una especie de máquina»

«El mal que han hecho esos hombres [Owen y Hodgskin] en algunos aspectos es incalculable, observaba Francis Place.»<sup>154</sup> El «mal» está escrito a lo largo de los años 1831-1835. Y hasta aquí llegan los límites de este estudio; porque en un sentido la clase obrera no está ya en formación sino que está formada. Atravesar el umbral que separa 1832 de 1833 significa entrar en un mundo en el que la presencia de la clase obrera se percibe en todos los condados de Inglaterra y en la mayoría de los aspectos de la vida.

La nueva conciencia de clase de la clase obrera puede contemplarse desde dos puntos de vista. Por un lado, había la conciencia de identidad de intereses entre trabajadores de las más diversas ocupaciones y niveles

de consecución, que se encarnaba en diversas formas institucionales, y que quedó expresada, en una escala sin precedentes, en el sindicalismo general de los años 1830-1834. Esta conciencia y estas instituciones se encontraban sólo en forma fragmentaria en la Inglaterra de 1780.

Por otro lado, existía una consciencia de la identidad de intereses de la clase obrera, o las «clases productivas», frente a los de otras clases; y dentro de ésta maduraba la aspiración a un *sistema* alternativo. Pero la definición final de esta consciencia de clase fue consecuencia, en gran parte, de la respuesta de la clase media ante la fuerza de la clase obrera. La línea quedó trazada, con extremo cuidado, con las restricciones del derecho a votar de 1832. La característica particular del desarrollo inglés había sido que, donde esperaríamos encontrar un movimiento creciente de la clase media en favor de la reforma, con la clase obrera a la cola, sucedido luego por una agitación independiente de la clase obrera, de hecho nos encontramos con el proceso trastocado. El ejemplo de la Revolución francesa había iniciado tres procesos simultáneos: la aterrorizada respuesta contrarrevolucionaria de la aristocracia terrateniente y comercial; una retirada por parte de la burguesía industrial y una acomodación (en términos favorables) con el *statu quo*; y una rápida radicalización del movimiento popular en favor de la reforma hasta el punto de que los cuadros jacobinos que fueron bastante resistentes para sobrevivir a lo largo de las guerras eran en su mayoría pequeños patronos, artesanos, calceteros y tundidores, además de otros trabajadores. Los 25 años que siguieron a 1795 pueden considerarse como los años de la larga contrarrevolución, y en consecuencia el movimiento radical siguió siendo en su mayor parte de carácter obrero, con un populismo democrático avanzado como teoría. Pero el triunfo de un movimiento como éste difícilmente recibiría la bienvenida de parte de los propietarios de las hilanderías, los dueños de los altos hornos o los industriales. De aquí la ideología particularmente represiva y antiigualitaria de las clases medias inglesas (Godwin dando paso a Bentham, Bentham dejando paso a Malthus, M'Culloch y el doctor Ure, y éstos dando lugar a Baines, Macaulay y Edwin Chadwick). De aquí también el hecho de que la más suave medida de reforma para hacer frente a las irracionalidades manifiestas de la Vieja Corrupción se *aplazasen* en realidad, debido a la resistencia del viejo orden por un lado, a la timidez de los industriales por el otro.

La crisis del proyecto de ley para la reforma de 1832 —o, para ser más precisos, las sucesivas crisis desde principios de 1831 hasta los «días de mayo» en 1832— ilustran esas tesis en casi todos los aspectos. La agitación surgió entre «el pueblo» y acusó rápidamente el consenso de opinión más asombroso en relación a la imperiosa necesidad de la «reforma». Mirado

desde un punto de vista, Inglaterra atravesó, sin ningún género de dudas, una crisis, durante esos doce meses, en la cual la revolución fue posible. La rapidez con que se extendió la agitación indica hasta qué punto estaba presente entre el pueblo la experiencia de todo tipo de agitación constitucional y cuasilegal:

La forma sistemática con que procedía el pueblo, su firme perseverancia, su actividad y destreza sorprendía a los enemigos de la reforma. En las capitales, las ciudades y las parroquias se celebraban reuniones en las que participaban casi todo tipo de personas; también se reunían los mancebos de los menestrales en sus clubs y los obreros sencillos que no tenían clubs de oficios o asociaciones de ningún tipo ...

Esto lo escribía Place el otoño de 1830, añadiendo (referente a febrero de 1831): «... sin embargo no había la menor comunicación entre lugares del mismo vecindario; cada parte del pueblo parecía entender qué era lo que se debía hacer ...»<sup>155</sup> «La gran mayoría» de aquellos que asistían a las abultadas manifestaciones se quejaba a Grey, el secretario privado del rey en marzo de 1831, «pertenecen a las clases más bajas». Las enormes manifestaciones, que superaron la cifra de 100.000 personas en Birmingham y Londres en el otoño de 1831 y mayo de 1832, tenían una abrumadora mayoría de artesanos y obreros.<sup>156</sup>

«Nosotros no hemos provocado la agitación en torno a la reforma —le escribió Grey con cierto malhumor al rey, en marzo de 1831—. La encontramos en pleno apogeo cuando llegamos al cargo.» Y, si lo miramos desde otro punto de vista, podemos ver por qué, de hecho, era altamente improbable que la revolución se produjese durante esos meses de crisis. La razón la debemos buscar en la misma fuerza del movimiento obrero radical; en la habilidad con que los líderes de la clase media, Brougham, *The Times*, el *Leeds Mercury* utilizaron la amenaza de la fuerza de la clase obrera y negociaron una línea de retirada aceptable para todos excepto para los defensores más acérrimos del *ancien régime*; y en la conciencia por parte de los *whigs* y los menos intransigentes de los *tories* de que, aunque Brougham y Baines sólo les estaban chantajeando, sin embargo si no se alcanzaba un compromiso, los reformadores de la clase media no serían capaces ya de mantener bajo control la agitación que se producía a sus espaldas.

La burguesía industrial deseaba de todo corazón que no se produjese una revolución, porque sabían que el mismo día que empezase una revolución se produciría un proceso de radicalización dramático, en el que los huntitas, los sindicalistas y los líderes owenitas cobrarían un apoyo creciente en casi todos los centros industriales. «Las clases medias y los pe-



queños patronos utilizan las amenazas de una «revolución», escribía el *Poor Man's Guardian*. Pero ...

una revolución violenta no sólo no está al alcance de los medios de aquellos que amenazan con ella, sino que para ellos es el mayor objeto de alarma; porque saben que una revolución como ésta sólo la pueden realizar los millones de pobres y menospreciados, los cuales, si se excitan hasta tal punto, podrían utilizarla para su propio beneficio, además de para el de aquéllos, que de este modo verían amenazados ... sus queridos derechos de propiedad; podéis estar seguros de que una revolución es lo que más temen ...<sup>157</sup>

Los reformadores de la clase media luchaban hábilmente en los dos frentes. Por una parte, *The Times* aparecía como el organizador real de la agitación de masas: «Confiamos en que no haya un solo condado, ciudad o pueblo en el Reino Unido que no se reúna y formule peticiones en favor de la reforma...» Incluso instaba al pueblo a cumplir «el solemne deber de constituirse en sociedades políticas por todo el reino». Daba apoyo —como lo había hecho Edward Baines ante las multitudes que le aclamaban— a medidas de fuerza que conducían directamente a la revolución: asaltar los bancos, negarse a pagar impuestos y armar a los miembros de las *political unions*. Por otra parte, las revueltas de Nottingham, Derby y Bristol en octubre de 1831 subrayaron la función dual de las *political unions* según el modelo de Birmingham:

Estas *Unions* tenían como objetivo la promoción de la causa de la reforma, la protección de la vida y la propiedad frente a los atropellos irregulares pero por menorizados de la muchedumbre, así como para el mantenimiento de *otros* grandes intereses frente a las sistemáticas violencias de una oligarquía ...<sup>158</sup>

Estos incendiarios de la clase media llevaban en sus mochilas un bastón de guardia especial. En algunas ocasiones los *tories* mismos creyeron burlarlos, alentando al movimiento obrero independiente en favor de la reforma a exhibirse de una forma tan alarmante que Brougham y Baines recurrieron a la Vieja Corrupción en busca de protección. Cuando la *National Union of the Working Classes* propuso convocar una manifestación en Londres a favor del sufragio universal y en resistencia al proyecto de ley de reforma *whig*, el propio rey escribió (4 de noviembre de 1831):

Su Majestad no está de ningún modo disgustado de que las medidas contempladas en el mitin en cuestión sean tan violentas, y ... desagradables, puesto que confía en que la manifestación de tales intenciones y propósitos puede dar la oportunidad ... de reprimir el progreso de las *Political Unions* ...<sup>159</sup>

Por todo el país, los reformadores de la clase media y los de la clase obrera maniobraban para controlar el movimiento. En los primeros momentos, hasta el verano de 1831, los radicales de la clase media llevaban ventaja. Siete años antes, Wooler había cerrado el *Black Dwarf* con una declaración final tristemente desilusionada. No había (en 1824) «público vinculado fielmente a la causa de la reforma parlamentaria». Cuando una vez cientos y miles habían clamado en favor de la reforma, ahora le parecía que sólo habían «clamado por el pan»; los oradores y los periodistas de 1816-1820 sólo habían sido «pompas de la fermentación de la sociedad lanzadas al aire».<sup>160</sup> Muchos de los líderes de la clase obrera de finales de la década de 1820 compartían su desilusión y aceptaban la postura antipolítica de su maestro, Owen. Hasta el verano de 1830, con la «revuelta» de los braceros rurales y la revolución de julio en Francia, la marea del interés popular no volvió a la agitación política. Y a partir de aquel momento, la resistencia terriblemente terca de los intransigentes (el duque de Wellington, los lores, los obispos), dispuesta a quemar hasta el último cartucho, ante *cualquier* medida de reforma, dictó una estrategia (que aprovecharon al máximo los radicales de la clase media) por la cual la agitación popular se vio conducida a avanzar detrás de Grey y Russell, y a dar apoyo a un proyecto de ley con el cual la mayoría no tenía nada que ganar.

De este modo, la configuración de fuerzas de 1816-1820 (y, por supuesto, de 1791-1794), en la que se identificaba la demanda popular de la reforma con el programa de sufragio universal que defendía el comandante Cartwright, se había roto. «Si alguien piensa que esta reforma dará lugar a ulteriores medidas —declaró Grey en la Cámara en noviembre de 1831— está equivocado; porque no hay otra persona más decididamente contraria a los parlamentos anuales, el sufragio universal y la votación, que yo. Mi objetivo no es favorecer, sino acabar con tales esperanzas y proyectos.» Los viejos radicales vieron bastante clara la situación, y la mayoría de sus portavoces trataron con desprecio el proyecto de ley de los *whigs* hasta los últimos «días de mayo». «No le importaba —declaró un radical de Macclesfield— que le gobernara un cacique local, un alcahuete o un comerciante de quesos, si se iba a seguir manteniendo el sistema de monopolio y corrupción.»<sup>161</sup> Hunt, desde su puesto como diputado por Preston (1830-1832), sostenía las mismas posiciones, sólo que con un lenguaje ligeramente más decoroso. George Edmonds, el ingenioso y valiente maestro de escuela, que había presidido la primera gran manifestación de la posguerra en Birmingham en Newhall Hill (enero de 1817), declaró:

No soy propietario de una casa. Pero si hace falta puedo ser propietario de un mosquete. ¡El nada-más-que-el-Proyecto no reconoce a George Edmonds como

ciudadano! George Edmonds menosprecia al nada-más-que-el-Proyecto, excepto en cuanto se refiere a que es el primero en robar al país.<sup>162</sup>

También era ésta la posición de la élite de los artesanos radicales de Londres, que estaban inscritos en la *National Union of Working Classes and Others*, cuyos debates semanales en Rotunda, durante 1831 y 1832, serían reseñados en el *Poor Man's Guardian* de Hetherington, que sin duda era el mejor semanario obrero que se había publicado (hasta aquel momento) en Gran Bretaña. A los debates asistían el mismo Hetherington (cuando no estaba en prisión), William Lovett, James Watson, John Gast, el brillante y malogrado Julian Hibbert y el viejo William Benbow (anterior compañero de Bamford y de Mitchell), que ahora impulsaba su propuesta de un «Gran Día de Fiesta Nacional», o un mes de huelga general, en el curso de la cual las clases productivas asumirían el control del gobierno y los recursos de la nación.<sup>163</sup> Los debates giraban de manera creciente en torno a la definición de clase. William Carpenter, que compartía con Hetherington el honor de haber iniciado la lucha de la prensa «*unstamped*», tenía una opinión discrepante. Se debía dar apoyo al proyecto de ley *whig* como una «cuña». Lamentaba que el *Poor Man's Guardian* utilizase los términos «intermedarios» y «clase media» como «términos intercambiables», por cuanto las clases medias «no sólo no son una clase de personas que tengan intereses distintos a los vuestros. Son la misma clase; hablando en términos generales, son *trabajadores u obreros*».<sup>164</sup> La controversia continuó durante toda la crisis. Después de la aprobación del proyecto de ley, el *Poor Man's Guardian* publicó su conclusión:

Los promotores del Proyecto de Reforma no lo pensaron con la perspectiva de subvertir, o incluso remodelar nuestras instituciones aristocráticas, sino de consolidarlas reforzando una subaristocracia procedente de las clases medias. ... La única diferencia que existe entre los *whigs* y los *tories* es que los *whigs* concederían lo insustancial para mantener la esencia, mientras que los *tories* no darían siquiera lo insustancial, porque las masas, tontas como son, no se detendrían en lo insustancial sino que seguirían adelante hasta las realidades.<sup>165</sup>

Es problemático afirmar hasta qué punto los militantes owenitas de Rotunda representaban algún grupo masivo de opinión obrera. Empezaron representando sólo a la intelectualidad de los artesanos. Pero cobraron influencia de forma muy rápida; hacia el mes de octubre de 1831 pudieron organizar una manifestación masiva, en la que participaron quizá unas 70.000 personas, muchas de las cuales lucían pañuelos blancos emblemáticos del sufragio universal; es posible que unos 100.000 participasen en sus manifestaciones contra el Ayuno Nacional de marzo de 1832. Place

consideraba que los rotundistas (a muchos de los cuales descalificó tachándoles de «infames») constituían la mayor amenaza para la estrategia de la clase media, y gran parte de su manuscrito de historia de la crisis del Proyecto de Reforma (en el cual los historiadores han depositado demasiada confianza) está dedicado a las manipulaciones poco escrupulosas con las que intentó limitar la influencia de aquélla y desplazarla por la influencia de su rival *National Political Union*. El propio duque de Wellington interpretó la lucha como una contienda entre el poder y Rotunda, que comparó a dos ejércitos «*en présence*». Pensar que no podía situar ningún río entre los ejércitos, con los centinelas y puestos de vigía adecuados sobre los puentes, confundía en extremo su espíritu militar. El enemigo estaba instalado en puntos delicados dentro de su propio campo.<sup>166</sup>

Sin embargo, el cortejo de octubre de 1831 estaba compuesto principalmente (parece) por «tenderos y artesanos superiores». Y aunque el número de gente convocada era impresionante, resulta pobre en comparación con las manifestaciones, incluso más numerosas, de Birmingham, que tenía menos población. Parecería que, aunque los artesanos de Londres habían logrado por fin construir una dirección cohesionada y altamente articulada, seguía existiendo un amplio abismo entre ellos y los obreros y trabajadores de los oficios deshonorosos. (Este problema se repetiría una y otra vez en la historia del cartismo londinense.) La situación era caricaturizada en las páginas del folleto difamatorio y alarmista de Edward Gibbon Wakefield. Consideraba a los rotundistas como «desesperados» e idealistas, cuyo peligro residía en el hecho de que podían desencadenar las energías destructivas de las clases delictivas, «los ilotas de la sociedad» que se encontraban apiñados en los vericuetos y las callejuelas de la calle Orchard, Westminster o Whitechapel. Ahí estaban los apolíticos (pero peligrosos)

vendedores ambulantes, pastores, matarifes de ganado, matarifes de caballos, tratantes en carne de perro y cuerpos muertos, caraduras, ladrilleros, deshollinadores, noctámbulos, basureros, etc.

Su actitud hacia los socialistas owenitas de Rotunda era ambigua. Por una parte, eran en su mayor parte «hombres sensatos que se mantenían con su trabajo», hombres que se distinguían claramente de las clases peligrosas por sus talentos superiores. Por otra parte, muchos de ellos eran «hombres solteros sin ataduras, que vivían aquí y allá en hospedajes, y que podían prender fuego a Londres sin la ansiedad de tener seres queridos indefensos en casa»:

Sus modales son más amables que rudos; pero si le tocas el punto flaco a alguno de ellos —dile simplemente que crees que el estímulo de la competencia es indispensable para la producción de riqueza— y, o bien te abandonará con desprecio, o ... te dirá, con los ojos relampagueantes, que te paga el gobierno para decir tonterías. Lo que más les molesta es algo parecido a una componenda, incluso más que la oposición frontal.

Muchos de ellos, decía (con algún aviso de verdad), «están provistos con armas»:

Si tuviera lugar una insurrección del populacho de Londres, les encontraríamos en los puestos más peligrosos, dirigiendo a los ladrones y a la chusma, señalando las medidas más eficaces y muriendo, si les llegase la hora, con gritos de desafío.

«Éstos serán los luchadores de nuestra revolución, en caso de que deba, haber una.»<sup>167</sup>

La descripción es exagerada, pero no carece por completo de verdad.<sup>168</sup> Desde el punto de vista de la autoridad (fuese ésta *whig* o *tory*) el peligro residía en una posible conjunción entre los artesanos socialistas y las «clases delictivas». Pero las masas de trabajadores no cualificados de Londres vivían en un mundo distinto al de los artesanos, un mundo de privaciones extremas, analfabetismo, desmoralización muy extendida y enfermedad, que adquirió tintes dramáticos con la epidemia de cólera del invierno de 1831-1832. Tenemos aquí todos los problemas clásicos, la precaria inseguridad, de una ciudad metropolitana hinchada de inmigrantes en un período de rápido crecimiento de la población.<sup>169</sup>

Los trabajadores no cualificados no tenían portavoces ni organizaciones (aparte de las sociedades de socorro mutuo). Era tan probable que siguiesen la dirección de un *gentleman* como la de un artesano. Y sin embargo la severidad de la crisis política que se inició en octubre de 1831 fue suficiente para agrietar la costra de fatalismo, deferencia y necesidad dentro de la cual se hallaban encerradas sus vidas. Las revueltas que durante aquel mes se produjeron en Derby, el saqueo del castillo de Nottingham, los extensos motines de Bristol, todo era indicativo de una perturbación profunda en los fundamentos de la sociedad, que los observadores ansiosamente esperaban que continuase con la sublevación del East End de Londres.

La *political union* de Birmingham era un modelo aceptable, que incluso *The Times* podía elogiar, porque el contexto industrial local favorecía la existencia de un movimiento de masas en favor de la reforma que todavía se mantenía firmemente bajo el control de la clase media. La historia del

radicalismo de Birmingham es significativamente diferente de las Midlands del Norte y del norte. En sus industrias en pequeña escala no había base para el ludismo, y el «padre» de las *political unions*, Thomas Attwood, primero destacó públicamente cuando, en 1812, dirigió una agitación contra las *Orders in Council* en la que participaron los patronos y los artesanos unidos. Sin duda alguna en el Black Country entre los años 1817 y 1820, había grupos partidarios de la «fuerza física», pero —ya fuese debido a la buena suerte o a la sensatez— jamás quedaron al descubierto a causa de un movimiento fracasado como los asuntos de Pentridge y de Grange Moor.<sup>170</sup> Como ha demostrado el profesor Briggs, Thomas Attwood fue capaz de «armonizar y unir» los diversos «materiales del descontento» en 1830, porque la Revolución industrial en Birmingham había «multiplicado el número de unidades productivas más que aumentado la escala de las empresas existentes». La maquinaria había producido pocos desplazamientos de mano de obra cualificada; los innumerables pequeños talleres eran un signo de que la pendiente social era más suave, y el artesano podía todavía alcanzar la posición de pequeño patrono; en los momentos de recesión económica los patronos y los oficiales estaban afectados por igual.<sup>171</sup> De ahí que el antagonismo de clase estuviese más amortiguado que en Manchester, Newcastle y Leeds. Durante la crisis del proyecto de reforma, Attwood controló la *union* de Birmingham con «tal muestra de afabilidad —recordaba más adelante O'Brien— que los obreros de Brummagem parecían creer verdaderamente que estarían *virtualmente*, aunque no realmente, representados en el parlamento "reformado"». Y, rindiendo un tributo impresionante por parte de un crítico tan severo, O'Brien añadía:

El triunfo (tal y como se produjo) del Proyecto de Reforma se debió declaradamente a este grupo, más que a cualquier otro. Los actos tan bien organizados, la extensión de la organización y las inmensas asambleas de la población en los momentos críticos de su desarrollo, convirtieron aquella medida en algo irresistible.<sup>172</sup>

En centros como Leeds, Manchester y Nottingham, la posición de los reformadores de la clase media era mucho más insegura. En Manchester (como en Londres) coexistían *political unions* rivales, y desde octubre de 1831 en adelante la *union* que promovía el sufragio universal era la que estaba a la cabeza. En Bolton, durante el mismo mes, el rechazo del proyecto de ley por parte de la Cámara de los Lores tuvo como consecuencia una escisión en la *political union*, al organizar la mayor de las secciones (partidaria del sufragio universal) una manifestación, en la que participaron 6.000 personas, que portaban las siguientes pancartas: «¡Abajo los obispos!

¡Fuera los Pares!». <sup>173</sup> Incidentes como éste se repitieron docenas de veces en las Midlands y el norte. «Pasead por cualquier camino o taberna, en la que estén reunidos varios obreros —escribía Doherty en enero de 1832— y escuchad la conversación durante diez minutos ... Encontraréis, por lo menos en siete de cada diez casos, que los temas de debate giran en torno a la sorprendente cuestión, *¿qué sería más provechoso atacar, las vidas o la propiedad de los ricos?*» <sup>174</sup>

Por cierto, en el invierno de 1831-1832, la ridiculización que del proyecto y los procedimientos que le habían acompañado hecha en el *Poor Man's Guardian* adopta un aire algo más académico. Sin duda los rotundistas tenían razón cuando decían que el proyecto de ley era una trampa (y una traición al movimiento radical). Pero la obstinación, poco menos que neolítica, con que la Vieja Corrupción se resistía a *cualquier* reforma condujo a una situación en que la nación avanzó, rápidamente y sin premeditación, hacia el umbral de una revolución. Con retraso, el *Poor Man's Guardian* ajustó su táctica, publicando como suplemento especial resúmenes de la obra del coronel Macerone, *Defensive Instructions for the People* (manual de lucha callejera). <sup>175</sup> Durante los «once días de inquietud y desorden en Inglaterra» que precedieron a la aprobación final del proyecto de ley por parte de la Cámara de los Comunes, en el mes de mayo, Francis Place contuvo la respiración. La tarde del día en que se aprobó, regresó a casa y escribió:

Nos encontrábamos en un momento de rebelión, y si el Duque de Wellington hubiese podido formar gobierno, *the Thing* y el pueblo hubiesen entrado en conflicto.

Se hubiesen levantado «barricadas en las principales ciudades, deteniendo la circulación del papel moneda»; si entonces hubiese empezado una revolución, «hubiese sido responsabilidad de todo el pueblo en mayor medida que cualquier otra que jamás se haya realizado». <sup>176</sup>

En otoño de 1831 y en los «días de mayo» Gran Bretaña estuvo al borde de una revolución que, una vez iniciada, bien podría haber prefigurado (si tenemos en cuenta el avance simultáneo en la teoría del cooperativismo y el sindicalismo), en su rápida radicalización, las revoluciones de 1848 y la Comuna de París. La obra de J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill*, nos transmite cierto sentido de la magnitud de la crisis; pero el estudio flaquea debido a la insuficiente conciencia de la claridad de toda la situación, de la cual dan muestra comentarios como el siguiente (acerca de la *National Union of the Working Classes*):

... desagradaba a las gentes sensibles... por su locura arrogante, como cuando la sección de Bethnal Green le pidió al Rey que aboliese la Cámara de los Lores, o la sección de Finsbury instó a los Comunes a que confiscasen las haciendas de 199 pares ...<sup>177</sup>

Hace falta alguna afirmación menos complacida. El hecho de que la revolución no tuviese lugar se debió, en parte, al profundo constitucionalismo de aquella parte de la tradición radical<sup>178</sup> cuyo portavoz era Cobbett (que instaba a la aceptación de media hogaza);\* y en parte a la habilidad de los radicales de la clase media para ofrecer exactamente el compromiso que no debilitase, sino que reforzase tanto al Estado como a los derechos de propiedad frente a la amenaza de la clase obrera.

Los líderes *whig* consideraban que su papel era descubrir los medios para «vincular masas a la propiedad y el buen orden». «Es de la mayor importancia —decía Grey— asociar las clases medias con las más altas de la sociedad en su amor y apoyo a las instituciones y el gobierno del país.»<sup>179</sup> El extremo cuidado con el que se trazó esta línea se muestra en un estudio emprendido por Baines en 1831, para descubrir «el número y la respetabilidad de los cabezas de familia de 10 libras\*\* de Leeds». Los resultados se los comunicó a lord John Russell en una carta que debería considerarse como uno de los documentos clásicos de la crisis del proyecto de ley de reforma. Los encuestadores sefológicos pioneros de Baines

respondieron *unánimemente* que la ley de 10 libras no iba a significar que se admitiera a votar ni a una sola persona a la que no se le hubiese podido conceder tal derecho con prudencia y sin riesgo alguno: que les sorprendió descubrir cuán pocos iban a ser; comparativamente, los autorizados a votar.

En respuesta a la pregunta de Russell acerca de la proporción que suponían los cabezas de familia de 10 libras con relación al resto de la población, los encuestadores informaron:

... en las zonas que ocupan principalmente las clases trabajadoras, ni un cabeza de familia de cada diez tendría derecho a voto. En las calles donde principalmente hay tiendas, casi todos los cabezas de familia tenían voto. ... En la

\* Del refrán inglés: «*half a loaf is better than no bread*». Es mejor reducir las demandas de uno, que arriesgarlo todo. (N. de la t.)

\*\* La reforma de 1832 daba el derecho al voto, en las ciudades, a cualquier cabeza de familia (varón y de más de veintiún años) que poseyese o tuviese arrendados locales con valor en renta de un mínimo de 10 libras esterlinas al año. (N. de la t.)



ciudad de Holbeck, que tiene 11.000 habitantes mayoritariamente de las clases trabajadoras, pero que tiene varias fábricas, tintorerías, tabernas y casas respetables, sólo hay 150 votantes. ... De 140 cabezas de familia, que trabajan en la fábrica de los señores Marshall & Co, *sólo dos* tendrán derecho a voto. ... Entre los 160 o 170 cabezas de familia de la fábrica de los señores O. Willan e Hijos, de Holbeck, *ni uno* tiene derecho a voto. De unos 100 cabezas de familia que trabajan para los señores Taylor & Wordsworth, constructores de máquinas —la clase más alta de los trabajadores manuales—, sólo uno tiene derecho a voto. Parecía que con el proyecto de ley sólo uno de cada cinco de las clases trabajadoras tendría derecho a votar.

Incluso estas estimaciones parece que fueron excesivas. Los informes hechos para el gobierno en mayo de 1832 mostraban que en Leeds (con una población de 124.000 habitantes) 355 «obreros» serían admitidos en el derecho a votar, de los cuales 143 «son oficinistas, almacenistas, vigilantes, etc.». Los 212 restantes tenían una posición privilegiada, ganando entre 30s. y 40s. a la semana.<sup>180</sup>

Estos informes, sin duda, dieron confianza al gabinete, que había estado pensando elevar la restricción en el derecho a votar, de 10 libras a 15 libras. «La gran mayoría de la población —escribió Place— estaba segura de que o bien los proyectos de ley de reforma se aprobaban en el Parlamento, o en caso de que los rechazasen, deberían obtener, mediante la fuerza física, mucho más de lo que aquéllos contenían ...»<sup>181</sup> Lo que pendía sobre la cabeza de *tories* y *whigs* en 1832 era ese «mucho más»; y eso fue lo que permitió que se llegase a un acuerdo entre la riqueza de la tierra y la industrial, entre el privilegio y el dinero, que ha sido una configuración perdurable de la sociedad inglesa. En los estandartes de Baines y Cobden no estaba escrito *égalité* y *liberté* (y mucho menos *fraternité*) sino «Comercio Libre» y «Reducción de Gastos». La retórica de Brougham era la de la propiedad, seguridad, interés. «Si bien es cierto que existe una muchedumbre», dijo Brougham en el discurso que pronunció durante la segunda lectura del proyecto de ley de reforma,

también lo es que existe el pueblo. Hablo ahora de las clases medias —de aquellos cientos de miles de personas respetables— que son el orden más numeroso y, con mucho, el orden más rico de la comunidad, porque si se pusieran a su baste todos los castillos, feudos, cotos y derechos de caza, con todos los extensos acres de sus Señorías, y se vendiesen en un plazo de cincuenta años, el precio subiría tanto que pasaría mucho más que las vastas y sólidas riquezas de aquellas clases medias, que son además las genuinas depositarias del sentimiento inglés sensato, racional, inteligente y honesto. ... Os suplico que no provoquéis a este pueblo amante de la paz, pero también resuelto. ... Como amigo

vuestro, como amigo de mi clase, como amigo de mi país, como fiel servidor de mi soberano, os aconsejo que colaboréis con vuestros máximos esfuerzos para preservar la paz y para defender y perpetuar la Constitución ...<sup>182</sup>

Las demandas de los radicales de la clase media, despojadas de toda retórica, fueron expresadas por Baines, cuando se había aprobado el proyecto de ley:

Hay que recoger los frutos de la Reforma. Hay que abolir los grandes monopolios comerciales y agrícolas. Hay que reformar la Iglesia. ...

Hay que abrir las corporaciones cerradas. Hay que reforzar el ahorro y la economía. Hay que romper los grilletes del Esclavo.<sup>183</sup>

Las demandas del radicalismo obrero estaban formuladas de manera menos clara. A partir del manifiesto del *Republican* de Hetherington, podemos citar un mínimo programa político:

Extirpación de la Aristocracia Desalmada. Establecimiento de una República, a saber: Democracia con Representantes escogidos mediante Sufragio Universal. Extinción de los cargos, títulos y distinciones hereditarios. Abolición de la ... ley de primogenitura; ... Administración de justicia rápida y barata. Abolición de las *Games Laws*. Revocación de los diabólicos impuestos sobre los periódicos ... Emancipación de nuestros conciudadanos los judíos. Introducción de las *Poor Laws* en Irlanda. Abolición de la Pena de Muerte por delitos contra la propiedad. Apropiación de los Ingresos de los «padres en Dios», de los Obispos, destinados a la manutención de los pobres. Abolición de los Diezmos. Que cada secta pague a sus curas o ministros. La «Deuda Nacional» no es la deuda de la Nación. Librar a los Soldados de la Maquinaria del Despotismo. Establecimiento de una Guardia Nacional.<sup>184</sup>

Éste es el viejo programa del jacobismo que poco había evolucionado desde la década de 1790. (El primer principio de una declaración de la *National Union*, redactada por Lovett y James Watson, en noviembre de 1831, era: «Que toda propiedad (adquirida de forma honesta) sea sagrada e inviolable».)<sup>185</sup> Pero alrededor de aquel «mucho más» se acumulaban otras demandas, según los principales problemas de los diversos distritos e industrias. En el Lancashire, Doherty y sus seguidores sostenían que «el sufragio universal no significa otra cosa que el poder que se confiere a cada hombre para evitar que otros devoren su trabajo».<sup>186</sup> Los owenitas, los reformadores de las fábricas y los revolucionarios partidarios de la «fuerza física», como el irrefrenable William Benbow, presionaban todavía para obtener demandas adicionales. Pero, tal y como ocurrieron las cosas, se lo-

gró que los términos de la lucha se mantuviesen dentro de los límites que Baines y Brougham deseaban. Se trató (como había previsto Shelley en 1822) de una lucha entre la «sangre y el oro»; y el resultado fue que la sangre pactó con el oro para dejar fuera las demandas de *égalité*. Porque durante los años que transcurrieron entre la Revolución francesa y el proyecto de ley de reforma se había formado una «consciencia de clase» de la clase media más conservadora, más recelosa de las grandes causas idealistas (a menos, quizá, que fuesen las de otras naciones), más rigurosamente egoístas que en cualquier otra nación industrializada. A partir de este momento, en la Inglaterra victoriana, la clase media radical y los intelectuales idealistas se vieron obligados a tomar partido entre las «dos naciones». Y hay que decir en su honor que hubo muchos individuos que prefirieron que se les conociera como cartistas o republicanos a ser conocidos como guardias especiales. Pero esos hombres —Wakley, Frost de Newport, Duncombe, Oastler, Ernest Jones, John Fielden, W. P. Roberts y siguiendo hasta Ruskin y William Morris— siempre fueron individuos desafectos o «voces» intelectuales. No representan en ningún aspecto la ideología de la clase media.

Lo que había hecho Edward Baines, en su correspondencia con Russell, era ofrecer una definición de clase casi con una exactitud aritmética. En 1832 las restricciones del derecho a voto trazaban la línea de la consciencia social con la tosquedad de un lápiz indeleble. Además durante estos años apareció un teórico de talla para definir el conflicto de la clase obrera. Parece como algo casi inevitable que fuese un intelectual irlandés el que uniese en sí mismo el aborrecimiento de los *whigs* ingleses junto con la experiencia del ultraradicalismo y el socialismo owenita inglés. James «Bronterre» O'Brien (1805-1864), hijo de un comerciante de vinos irlandés y licenciado distinguido por el Trinity College de Dublín, llegó a Londres en 1829 «para estudiar Derecho y la Reforma Radical»:

Mis amigos me mandaron a estudiar jurisprudencia; la reforma radical la aprendí yo por mi cuenta ... Aunque en jurisprudencia no he progresado en absoluto, he realizado inmensos progresos en cuanto a la reforma radical. Tanto es así, que si mañana mismo se instituye una plaza de profesor de la reforma radical en el King's College (cosa no muy probable por el momento), creo que me presentaría como candidato ... Siento como si cada gota de sangre que corre por mis venas fuese sangre radical ...<sup>187</sup>

Después de editar el *Midlands Representative* durante la crisis del proyecto de ley de reforma, se trasladó a Londres y asumió la dirección del *Poor Man's Guardian*.

«Nuestra previsión es —escribió acerca del proyecto de reforma— que su efecto será separar de las clases trabajadoras una gran porción de los niveles medios, que *antes* estaban más inclinados a actuar con el pueblo que con la aristocracia que las excluía.»<sup>188</sup> Y en la introducción de la historia de Buonarotti sobre la Conspiración de los Iguales, establecía un paralelo: «Los girondinos extenderían el derecho a votar hasta los pequeños intermediarios (igual que hicieron los *whigs* ingleses con el proyecto de reforma) para mantener sometidas con mayor eficacia a las clases trabajadoras.» «De todos los gobiernos, el de la clase media es el más opresor y despiadado.»<sup>189</sup>

Éste era un tema al que volvía con frecuencia. Su ira se renovaba con cada nueva acción de la administración *whig*: el proyecto de ley de coerción de los irlandeses, el rechazo del proyecto de ley de las 10 horas, el ataque a las *trade unions*, la ley de enmienda a las *Poor Laws*. «Antes de la aprobación del Proyecto de Reforma», escribió en 1836:

se suponía que las clases medias tenían alguna comunidad de sentimiento con los obreros. Esta ilusión se ha esfumado. Apenas sobrevivió al Proyecto de Ley de Coerción de los Irlandeses, y se desvaneció por completo con la puesta en vigor de la *Starvation Law*. Ningún trabajador esperará justicia, virtud o compasión de manos de una legislatura de especuladores.<sup>190</sup>

Siendo él mismo un refugiado de la clase media, experimentaba un placer especial al escribir sobre su propia clase en unos términos que imitaban el chismorreó de salón que hacía aquella acerca de la clase de los empleados: «Los objetivos y los hábitos [de las clases medias] son básicamente degradantes. Su vida es necesariamente una vida de argucias viles y especulación ...»:

Estas dos clases no han tenido nunca, ni tendrán, ninguna comunidad de intereses. El interés del trabajador es trabajar poco y obtener a cambio lo máximo posible. El interés del intermediario es obtener tanto trabajo como pueda del trabajador, y darle a cambio lo menos que pueda. Así pues sus intereses respectivos son tan directamente opuestos el uno al otro como dos toros enfrentados.

Y con una genialidad considerable intentó entretener la tradición del ultraradicalismo con la del owenismo, en un socialismo revolucionario cuyos objetivos eran la revolución política, la expropiación de las clases acaudaladas y la creación de una red de comunidades owenitas:

Debemos conseguir lo que Southey llama «una revolución de revoluciones»; una como la que Robespierre y St. Just proyectaron en Francia a principios de

1794; es decir, una subversión completa de las instituciones que distribuyen la riqueza. ... Propiedad, propiedad, ésta es la cuestión a la que debemos prestar atención. Sin un cambio en la institución de la propiedad, no se puede dar ninguna mejora.

Una revolución como ésta (esperaba) tendría lugar sin violencia, como consecuencia inmediata de la consecución del sufragio universal: «De las leyes de la minoría han surgido las desigualdades que existen; las leyes de la mayoría serán destruidas.»<sup>191</sup>

Desde luego, hoy en día, los historiadores no aceptarían la asimilación excesivamente tosca que hace O'Brien de la administración posterior a la reforma de los intereses de la «clase media».<sup>192</sup> (La Vieja Corrupción tenía más vitalidad que la que esto suponía, como se iba a demostrar en la prolongada lucha por la revocación de las *Corn Laws*.) Ni tampoco es adecuado seleccionar a este teórico (que por origen pertenecía, él mismo, a la clase media) como expresión de la nueva conciencia de la clase obrera. Pero al mismo tiempo, O'Brien estaba muy lejos de ser un excéntrico situado en los márgenes del movimiento. Como editor del *Poor Man's Guardian* y otros periódicos dominaba un público obrero amplio y creciente; más adelante se ganaría el título de «Maestro» del cartismo. Sus escritos son un hilo central a lo largo de las numerosas agitaciones de los primeros años de la década de 1830, al proporcionar un nexo de unión entre las viejas demandas democráticas, las agitaciones sociales (contra la *New Poor Law* y por la reforma de la fábrica), los experimentos comunitarios owenitas y las luchas sindicales de las *trade unions*. O'Brien fue, al igual que Cobbett y Wooler durante los años de la posguerra, una auténtica voz de su tiempo.

Para la mayoría de los trabajadores, por supuesto, la desilusión respecto del proyecto de reforma se dio de formas menos teóricas. La prueba del budín se iba a hacer comiéndolo. Y podemos ver cómo lo comieron a nivel de microcosmos, en unos pocos de los incidentes de una de las luchas que se produjeron en la elección general subsiguiente, en Leeds. Baines, que había utilizado ya su influencia al poner a Brougham como diputado del Yorkshire, presentó en interés de los *whig* a Marshall, uno de los mayores empresarios de Leeds, y a Macaulay (o «señor Mackholy», como anotó en su diario uno de los tenderos que se hallaban a la cola de los *whig*). Macaulay era uno de los ideólogos más satisfechos de la implantación del proyecto de reforma, que traducía en nuevas palabras la doctrina *tory* de la «representación virtual»: «Las clases altas y medias son las representantes naturales de la especie humana. Su interés puede ser opuesto, en algunas cosas, al de sus mismos contemporáneos, pero es idéntico al de innumerables generaciones que vendrán después.» «La desigualdad con que se re-

parte la riqueza se pone en evidencia ante todo el mundo», se lamentaba, mientras que «las razones que prueban de manera irrefutable que esta desigualdad es necesaria para el bienestar de todas las clases no son tan evidentes.» El señor Marshall no estaba a su altura como teórico; pero si podemos creer lo que decía una publicación electoral radical, era de la opinión de que 12s. a la semana era un buen salario para un trabajador con familia y consideraba que las clases trabajadoras podían mejorar su situación emigrando, y: «En la fábrica del señor Marshall, desnudaron a un niño de 9 años, le ataron a una columna de hierro y le golpearon sin piedad con una correa, hasta que perdió el conocimiento.»<sup>193</sup>

Por otra parte, el candidato *tory* era Sadler, principal portavoz parlamentario del movimiento en favor de las 10 horas. Oastler, junto con los *Short-Time Committees*, había lanzado hacía dos años su apasionada campaña contra el trabajo de los niños. El extraordinario «Peregrinaje a York» había tenido lugar el mes de abril anterior; y la agitación en favor de las 10 horas (al igual que la agitación *owenita*) continuó sin pausa durante los meses de crisis del proyecto de reforma. En una lucha como ésta se podía contar con que Oastler era partidario de Sadler frente a Baines, que había realizado una circunspecta defensa de los propietarios de las fábricas en el *Leeds Mercury*. También se podía contar con que Cobbett haría lo mismo. Ciertamente, hizo unas referencias a Baines, que nos hacen recordar la holgura de las leyes de libelo de aquella época:

Este gran PEDANTE MENTIROSO de Brougham ... que siempre se ha cuidado de tener, por lo menos, un diputado para hacer más daño a la libertad que cualquier otro de los cincuenta miembros de la Cámara de los Comunes; ese inflado, codicioso y pedante sin principios, que ha sido el engatusador del Yorkshire durante veinte años ...<sup>194</sup>

Por lo tanto, era inevitable una alianza *tory-radical* en apoyo a Sadler. También fue inevitable que la mayor parte del voto «*tenderócrata*»\* inconfesista fuera «al señor Marshall Nuestro Ciudadano y al señor Mackholly el Escocés» (como escribió nuestro diarista):

... por lo que se refiere a Sadler, nunca ha hecho ningún bien ni lo hará jamás ... porque siempre ha inventado algo que tendía a ofender a los habitantes de la Ciudad de Leeds ... fue el principal promotor de la *Improvement Act* que ha costado muchos miles a los Habitantes y la carga ha recaído principalmente sobre

\* En el original inglés «*shopocrat*», palabra compuesta en base al término *shopman* que significa tendero en inglés. (N. de la t.)

los Tenderos y lo que yo denomino la Clase Media de la Población ... es cierto que forma parte de nuestra magistratura, pero esto no lo hace mejor ...<sup>195</sup>

Los radicales de la clase obrera de Leeds mantuvieron su prensa independiente y su organización. Los trabajadores de Leeds (declararon) que «se han reunido en las buenas y en las malas situaciones; ... que han estado a punto en todo momento», habían sido ahora traicionados por los hombres que, durante los días de mayo, se habían dirigido a sus grandes asambleas y les habían prometido o la reforma o las barricadas:

Los señores Marshall y Macaulay pueden ... ser muy amigos de las Reformas de todos los tipos y tamaños, tanto en la iglesia como en el estado; pueden estar también en favor de la abolición de todos los monopolios excepto el suyo propio, de los propietarios de las fábricas y los *placemen*; pero los obreros de Leeds recuerdan que apoyarles significa hacer todo lo posible por poner el poder legislativo en manos de sus enemigos.

Además, los radicales declararon que los viejos métodos de soborno e influencia electoral utilizados por los intereses aristocráticos estaban encontrando ahora nuevas formas perniciosas al servicio del interés industrial. Aunque los obreros no tenían derecho a votar, se hacían grandes esfuerzos para compensar los efectos de las manifestaciones del movimiento de las 10 horas en favor de Sadler, obligando a los obreros de las fábricas a declararse en favor de Marshall y Macaulay en las *hustings*:

Podríamos nombrar más de una docena de fábricas, en las que todos los trabajadores han recibido órdenes positivas de presentarse el Lunes en el Patio y levantar sus manos en favor de los candidatos Naranjas ... so pena de quedar inmediatamente sin empleo. ... Todos tienen sus puestos asignados en el patio, donde van a estar encerrados como rebaños de ovejas, rodeados por todas partes de vigilantes, empleados y otros subalternos, con el fin de hacer que se cumpla el mandato del despacho.

Lo que ocurrió en realidad es que el escenario de las *hustings* acabó en un motín, en el que Oastler y los partidarios de las 10 horas «tocaron maitines en las gordas cabezas de los fugitivos naranjas». Cuando Sadler resultó derrotado en el sondeo, se quemaron las efigies de Marshall y Macaulay en el mismo centro de la ciudad en donde los legitimistas habían quemado a Paine en 1792.<sup>196</sup>

La elección de Leeds, de 1832, tuvo una trascendencia superior a la local. Había centrado la atención de todos los partidarios de la reforma de las fábricas de todo el país, obteniendo declaraciones en favor de Sad-

ler de miles de firmantes residentes en las ciudades del norte. Se da inequívocamente el nuevo tono posterior a 1832. En todos los distritos fabriles un centenar de experiencias confirmaron la nueva consciencia de clase que tan cuidadosamente había definido el proyecto con sus mismas disposiciones. Fue la Cámara de los Comunes «reformada» la que aprobó la deportación de los jornaleros de Dorchester en 1834 («un golpe que iba dirigido a todo el cuerpo de obreros unidos»),<sup>197</sup> y la que lanzó, con «el documento» y el cierre patronal, la lucha para romper las *trade unions*, cuya intensidad y cuyo significado (tanto en términos políticos como económicos) todavía se ha comprendido poco. Las *trade unions* del Yorkshire hicieron público su propio manifiesto en contra del de los patronos:

Los patronos no sólo han proferido el grito de guerra, sino también el de abordaje; guerra contra la libertad, guerra contra la opinión, guerra contra la justicia, y guerra sin nada que la justifique ...

«Los mismos hombres —declaró un sindicalista de Leeds— que mimaron las *political unions*, mientras podían estar subordinadas a sus propios fines, están ahora intentando aplastar las *trades unions*»:

No fue sino el otro día cuando fueron dirigidos los obreros en masa al mitin del West Riding, que tenía lugar en Wakefield, con el propósito de conseguir el Proyecto de Reforma. En aquel momento, los mismos individuos que ahora estaban intentando acabar con las *trades unions*, apretaban filas para imponer por la fuerza de los números una reforma política que por otra parte estaba seguro no se hubiese conseguido arrancar de otro modo de la aristocracia de este país. La reforma que de este modo se había obtenido le parecía el medio más definitivo de reforzar las manos de la corrupción y la opresión.<sup>198</sup>

La línea que conduce desde 1832 al cartismo no es un péndulo fortuito que alterna agitaciones «políticas» y «económicas», sino una progresión directa en la que movimientos simultáneos y relacionados convergen hacia un solo punto. Este punto era el derecho al voto. En cierto sentido el movimiento cartista se inició, no en 1838 con la promulgación de los «Seis Puntos», sino en el momento en que el proyecto de reforma recibió la aprobación real. Muchas de las *political unions* provinciales no se disolvieron, sino que inmediatamente empezaron a hacer agitación contra el derecho al voto «tenderócrata». En enero de 1833 el *Working Man's Friend* pudo anunciar que la fortaleza de los radicales de la clase media había sido tomada por asalto:



... a pesar de toda la oposición y los embustes de una MONARQUÍA DE BUFONES COMERCIANTES, el pueblo de esta región, valiente pero hasta entonces engañado, formó la *Midland Union of the Working Classes*.<sup>199</sup>

La ideología característica del radicalismo de Birmingham, que unía a los patronos y los trabajadores en oposición a la aristocracia, los bancos, la deuda nacional y el «sistema monetario», estaba empezando a disgregarse. Durante un tiempo, el mismo Attwood se dejó llevar por la nueva corriente, en parte debido a la fidelidad hacia los regimientos a quienes con anterioridad había hecho grandes promesas. Una vez más, se reunió en Newhall Hill (en mayo de 1833) una enorme manifestación, de la que se dijo que asistieron 180.000 personas, y en la que se expresó:

... un sentimiento de odio común hacia los partidos por parte de quienes, habiendo contribuido de forma fundamental a que accedieran al poder, se reunían ahora para expresar su repugnancia hacia ... la perfidia que habían mostrado.

La concurrencia estuvo acrecentada por mineros del carbón de Walsall, metalúrgicos de Wolverhampton, trabajadores a domicilio de Dudley. Había empezado el proceso de radicalización que iba a convertir a Birmingham en una metrópolis cartista.<sup>200</sup>

Pero el contenido de esta renovada agitación era tal, que el voto en sí mismo implicaba «mucho más», y éste era el motivo por el cual tenía que ser denegado. (El Birmingham de 1833 no era el de 1831: ahora era el domicilio de una *Equitable Labour Exchange*, era el cuartel general de la *Builders' Union* socialista, albergaba la oficina editorial del *Pioneer*.) Para los trabajadores de ésta y de la siguiente década, el voto era un símbolo cuya importancia nos es difícil de apreciar, al estar nuestros ojos enturbiados por más de un siglo de niebla de «política parlamentaria bipartidista». Implicaba primero, *égalité*: igualdad de ciudadanía, dignidad personal, valía. «En lugar de ladrillos, mortero y suciedad, el HOMBRE debería estar representado», escribió un folletista lamentando la suerte del «miserable llamado inglés "libre por nacimiento", excluido del derecho más valioso que el hombre puede disfrutar en una sociedad política.»<sup>201</sup> «Que no nos vean más, a nosotros los que pertenecemos a los millones de trabajadores», escribía George Edmonds:

en los espectáculos para niños, en las funciones de un penique del Señor Alcalde ni en las espectaculares Coronaciones; no asistáis como cómplices a esas bufonadas nacionales. Dejad que los ridículos actores tengan la diversión para ellos solos.

«Como los fieros irlandeses de la antigüedad, los millones de británicos han estado durante demasiado tiempo excluidos, de forma descarada, de los gobiernos sociales»:

Expreso ahora los pensamientos de los millones de compatriotas no representados, de los Fieros Ingleses, los esclavos libres por nacimiento del siglo xix.<sup>202</sup>

Pero en el contexto de los años owenitas y cartistas, la demanda del voto suponía también demandas adicionales: una nueva forma de extender el *control social* de la población obrera sobre sus condiciones de vida y de trabajo. En el primer momento, y de forma inevitable, la exclusión de la clase obrera provocó un rechazo de todas las formas de acción política por parte de la clase obrera. Owen había preparado el terreno para ello, con su indiferencia hacia el radicalismo político. Durante el desplazamiento general hacia el sindicalismo, posterior a 1832, esta propensión antipolítica no era quietista sino batalladora, militante e incluso revolucionaria. Examinar la riqueza del pensamiento político de estos años nos obligaría a adentrarnos en la historia del sindicalismo general —y, por supuesto, en los primeros años del cartismo— más de lo que pretendemos. Son años en los que Benbow buscó adeptos para su idea de la «Gran Fiesta Nacional» en los distritos industriales; en los que el obrero impresor John Francis Bray desarrolló las ideas de Hodgskin, en conferencias a los artesanos de Leeds, que luego se publicaron bajo el título *Labour's Wrongs and Labour's Remedies*; en donde surgieron y desaparecieron la *Builder's Union* y el *Grand National Consolidated Trades Union*; y en donde Doherty y Fielden fundaron la «Sociedad para la Regeneración Nacional» con su recurso a la huelga general en favor de la jornada laboral de ocho horas. Los comunitarios owenitas fueron fértiles en ideas y experimentos que prefiguraron avances en el cuidado de los hijos, la relación entre los sexos, la educación, la vivienda y la política social. Estas ideas no se discutieron sólo entre una intelectualidad reducida; durante un tiempo obreros de la construcción, alfareros, tejedores y artesanos estuvieron deseosos de arriesgar su sustento para poner a prueba algunos experimentos. La múltiple variedad de periódicos, muchos de los cuales hacían severas demandas a sus lectores, se dirigían a un auténtico público obrero. En las hilanderías de seda del valle del Colden, aislado en los Peninos entre el Yorkshire y el Lancashire, se leían los periódicos owenitas.

Se pueden mencionar sólo dos temas de los que surgieron una y otra vez durante aquellos años. El primero es el del internacionalismo. Éste era, a buen seguro, parte de la vieja herencia jacobina; herencia que los radicales jamás habían olvidado. Cuando Oliver viajó con el tundidor de

Leeds, James Mann, y otro revolucionario, hacia la cita de Thornhill Lees (en 1817) se enteró, por la conversación de aquéllos, de que «las recientes noticias del Brasil parecían animarles con mayores esperanzas que nunca».<sup>203</sup> Cobbett siempre pudo encontrar tiempo para añadir noticias de última hora en sus periódicos:

Sólo tengo espacio para deciros que el pueblo de BÉLGICA, el *pueblo común*, ha derrotado a los ejércitos holandeses, que marchaban contra ellos para obligarles a pagar enormes impuestos. Éstas son noticias excelentes.<sup>204</sup>

La Revolución francesa de 1830 tuvo un profundo impacto sobre el pueblo, electrizando no sólo a los radicales de Londres sino también a los reformadores de los pueblos industriales lejanos. La prensa obrera siguió ansiosamente la lucha por la independencia polaca; mientras que Julian Hibbert se llevó, de la Rotunda, un voto de simpatía hacia los tejedores de Lyon en su malograda insurrección, que los igualaba a los tejedores de Spitalfields. En el movimiento owenita esta tradición política se extendió para abarcar solidaridades sociales y de clase. En 1833 un «Manifiesto de las Clases Productivas de Gran Bretaña e Irlanda» se dirigía a «los Gobiernos y los Pueblos de los Continentes de Europa y Norte y Sur América», y empezaba: «Hombres de la Gran familia de la Humanidad ...» Hacia fines del mismo año, la cuestión de alguna alianza común entre los sindicalistas de Inglaterra, Francia y Alemania ya se había empezado a discutir.<sup>205</sup>

El otro tema era el del sindicalismo industrial. Cuando Marx no tenía todavía 20 años, la batalla por la opinión de los sindicalistas ingleses, entre la economía política capitalista y la socialista, había sido (por lo menos temporalmente) ganada. Los ganadores eran Hodgskin, Thompson, James Morrison y O'Brien; los perdedores, James Mill y Place. «¿Qué es el capital?», preguntaba un escritor en el *Pioneer*. «¡Es trabajo retenido! —exclama M'Culloch—. ¿De quién y de qué se ha retenido? Del vestido y el alimento de los pobres.»<sup>206</sup> De ahí que los obreros que habían sido «excluidos, de forma descarada, de los gobiernos sociales» desarrollasen, paso por paso, una teoría del sindicalismo, o de «Masonería Invertida».<sup>207</sup> «Las *trades unions* no sólo harán huelga por menos trabajo y más salarios», escribió «Un Miembro de la *Builder's Union*»:

sino que ABOLIRÁN por último los SALARIOS, se convertirán en sus propios patrones y trabajarán los unos para los otros; el capital y el trabajo no estarán separados por más tiempo, sino indisolublemente unidos en manos de los obreros y las obreras.

Las *unions* mismas podrían resolver el problema del poder político; se podría formar un «Parlamento» de las clases industriales, directamente delegado desde los talleres y las fábricas:

Las Logias envían delegados desde el nivel local al del distrito, y desde el distrito a las Asambleas Nacionales. Ahí están, en uno solo, el Sufragio Universal, la Elección Anual y ninguna Restricción basada en la Propiedad.<sup>208</sup>

Se desarrolló la idea (en el *Pioneer*) de una Cámara de los Oficios:

que ocupase el lugar de la actual Cámara de los Comunes, y dirigiese los asuntos comerciales del país, según los intereses de los oficios que componen las asociaciones de la industria. Ésta es la escala ascendente por la cual llegamos al sufragio universal. Empezará en nuestras logias, se extenderá a nuestra *union* en general, abarcará la dirección del oficio y por fin englobará todo el poder político.<sup>209</sup>

Esta visión se perdió casi tan pronto como se había creado, en las terribles derrotas de 1834 y 1835. Y, cuando recobraron el aliento, los obreros volvieron al voto como la clave más práctica hacia el poder político. Se había perdido algo, pero el cartismo nunca olvidó del todo su preocupación por el control social, para la consecución del cual el voto se consideraba un medio. Estos años revelan la superación de la característica perspectiva del artesano, con su deseo de conseguir un sustento independiente «con el sudor de su frente», y la aparición de una nueva perspectiva, más reconciliada con los nuevos medios de producción, pero buscando ejercer el poder colectivo de la clase para humanizar el entorno: mediante esta comunidad o aquella sociedad cooperativa, mediante ese control del ciego funcionamiento de la economía de mercado, este decreto, aquella medida de ayuda a los pobres. E implícito, si no siempre de forma explícita, en su perspectiva estaba el peligroso principio: la producción debe ser, no para el beneficio, sino para el *uso*.

Esta consciencia colectiva de sí mismos fue, por supuesto, la gran adquisición espiritual de la Revolución industrial, frente a la cual debemos situar el desbaratamiento de una forma de vida más antigua y en muchos aspectos mucho más comprensible desde el punto de vista humano. Quizá esta clase obrera británica de 1832 fuese una formación única. El lento y progresivo aumento de la acumulación de capital había significado que los preliminares de la Revolución industrial se extendiesen durante cientos de años en el pasado. Desde los tiempos de los Tudor esta cultura

artesana se había vuelto más compleja con cada fase de cambio técnico y social. Delaney, Dekker y Nashe; Winstanley y Lilburne; Bunyan y Defoe: todos se habían dirigido alguna vez a ella. Enriquecida por las experiencias del siglo XVII, sosteniendo a lo largo del siglo XVIII las tradiciones intelectuales y libertarias que hemos descrito, formando sus propias tradiciones de solidaridad en las sociedades de socorro mutuo y los clubs de oficio, estos hombres no pasaron, en una sola generación, del campesinado a la nueva ciudad industrial. Sufrieron la experiencia de la Revolución industrial como ingleses, libres por nacimiento, articulados. Los que fueron enviados a la cárcel podían conocer mejor la Biblia que los que estaban en el tribunal, y los que fueron deportados a Tasmania podían pedir a sus familiares que les mandasen el *Register* de Cobbett.

Ésta fue, quizá, la cultura popular más eminente que Inglaterra ha conocido. Contenía la masiva diversidad de los oficios, los que trabajaban el metal, la madera, los tejidos y la cerámica, sin cuyos «misterios» heredados y magnífica habilidad con herramientas primitivas las invenciones de la Revolución industrial no hubiesen ido más allá de la mesa de dibujo. De esta cultura de los artesanos y los autodidactas surgieron multitud de inventores, organizadores, periodistas y teóricos políticos de una calidad impresionante. Es bastante fácil decir que esa cultura miraba hacia el pasado o era conservadora. Y bastante cierto: una dirección de las grandes agitaciones de los artesanos y los trabajadores a domicilio, que siguió durante 50 años, era la de *resistir* el proceso de convertirse en proletariado. Cuando percibieron que esta causa estaba perdida, sin embargo, tendieron la mano de nuevo, en los años treinta y cuarenta, e intentaron alcanzar nuevas y sólo imaginadas formas de control social. Durante todo este tiempo estuvieron como clase, reprimidos y segregados en sus propias comunidades. Pero lo que la contrarrevolución intentó reprimir creció con mayor determinación todavía en las instituciones cuasilegales de la clandestinidad. Siempre que se relajaba la presión de los gobernantes, surgían trabajadores desde los pequeños obradores o las aldehuelas de tejedores y afirmaban nuevas demandas. Se les decía que no tenían derechos, pero sabían que habían nacido libres. La *yeomanry* atropelló su mitin, y el derecho a realizar mítines públicos se ganó. Los folletistas eran encarcelados, y desde las cárceles editaban folletos. Se encarcelaba a los sindicalistas, y se les acompañaba a la prisión con procesiones, bandas de música y pancartas.

Al ser segregadas de esta forma, sus instituciones adquirieron una resistencia y una capacidad de adaptación peculiares. También la clase adquirió una resonancia particular en la vida inglesa: todo, desde sus escuelas a sus tiendas, desde sus templos a sus diversiones, se convirtió en un campo de batalla de clase. Las señales de eso permanecen, pero los intru-

sos no siempre las comprenden. Si en nuestra vida social queda poco de la tradición de la *égalité*, todavía queda menos deferencia en la consciencia de clase del obrero. «Somos huérfanos, y bastardos de la sociedad», escribió James Morrison en 1834.<sup>210</sup> El tono no es de resignación, sino de orgullo.

Durante estos años, una y otra vez, los obreros lo expresaron de este modo: «quieren convertirnos en herramientas», «aperos» o «máquinas». A un testigo que declaraba ante el comité que investigaba acerca de los tejedores manuales (1835) se le pidió que diese la opinión de sus compañeros acerca del proyecto de reforma:

P. ¿Están más satisfechas las clases trabajadoras con las instituciones del país desde que ha tenido lugar el cambio?

R. No creo que lo estén. Opinan que el Proyecto de Reforma es una medida calculada para unir en el Gobierno a las clases medias y altas, y dejarles a ellos en manos del Gobierno como una especie de máquina para trabajar a gusto del Gobierno.

Hombres como éste se enfrentaban con el utilitarismo en sus vidas diarias e intentaban rechazarlo, no de forma ciega, sino con inteligencia y pasión moral. Luchaban, no contra la máquina, sino contra las reacciones de explotación y opresión intrínsecas al capitalismo industrial. En esos mismos años, la gran crítica romántica del utilitarismo seguía su curso paralelo, pero completamente separado. Después de William Blake, ningún espíritu se sintió a sus anchas en las dos culturas a la vez, ni tuvo la genialidad de actuar de intérprete entre las dos tradiciones. Fue el confuso señor Owen quien ofreció descubrir el «nuevo mundo moral», mientras Wordsworth y Coleridge se habían retirado tras sus murallas de desencanto. De ahí que esos años parezcan desplegar, no un reto revolucionario, sino un movimiento de resistencia en el que tanto los románticos como los artesanos radicales se oponían a la anunciación del Hombre Codicioso. En el fracaso para alcanzar un punto de unión entre las dos tradiciones se perdió algo. No podemos estar seguros de cuánto se perdió, porque nos hallamos entre los perdedores.

Sin embargo, no debemos considerar a los obreros sólo como las miríadas de la eternidad perdidas. Ellos también nutrieron, durante 50 años, y con un valor incomparable, el Árbol de la Libertad. Podemos darles las gracias por esos años de cultura heroica.

## Notas

1. Mayhew, *London Labor and the London Poor* (1884), I, p. 22.
2. Véase especialmente Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 252 y ss.
3. W. E. Adams, *Memoirs of a Social Atom*, 1903, I, p. 164.
4. Véase en especial R. K. Webb, *The British Working Class Reader, 1790-1848*, 1955, el artículo del mismo autor, «Working-Class Readers in Early Victorian England», *English Hist. Rev.*, LXV (1950); R. D. Altick, *The English Common Reader*, Chicago, 1957, especialmente los caps. 4, 7, 11 y J. F. C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, Parte I.
5. *Political Observer* (19 de diciembre de 1819).
6. Otra carta (de «Eliza Ludd», al reverendo W. R. Hay, 1 de mayo de 1812) empieza: «Señor, sin duda conocéis bien la historia política de América»; ambas en H.O. 40.1.
7. H. O. 42.121.
8. H.O. 42.163; *Blanketteer* (20 de noviembre de 1819).
9. R. Fynes, *The Miners Nothumberland and Durham*, edición de 1923, p. 21.
10. *Political Register* de Sherwin (17 de mayo de 1817).
11. H.O. 42.172. Estos corresponsales, que esperaban con impaciencia que los dejaran en libertad, sabían que el director de la prisión leía su correo, y tenían, por lo tanto, una inclinación especial a insertar referencias al perdón, la gracia y las lecturas edificantes.
12. Véase J. Stanhope, *op. cit.*, pp. 161-167.
13. Alguna de la primera correspondencia de las *trade unions* que sobrevive —la de los tejedores de punto que se encuentra en los Archivos de la Ciudad de Nottingham— muestra una amplia difusión de la capacidad de leer y escribir.
14. *First Report ... on Artizans and Machinery*, 1824, p. 25.
15. «Trial of Thurtell» de Catnach, 500.000, 1823; «Confession and Execution of Corder», 1.166.000, 1828.
16. H.O. 40.1.
17. Para los salones radicales de lectura, véase A. Aspinall, *Politics and the Press*, 1949, pp. 25-28, 395-396; Wearmouth, *op. cit.*, pp. 24-25, 88-89, 97-98, 111-112. Para Dunning, «Reminiscences», compilado por W. H. Chaloner, *Trans. Lancs. & Cheshire Antiq. Soc.*, LIX, 1947, p. 97. Para Stockport, véase *Blanketteer* (27 de noviembre de 1819), y D. Read, *op. cit.*, p. 48 y ss. Para Blackburn, W. W. Kinsey, «Some Aspects of Lancashire Radicalism», tesis M. A., Manchester, 1927.
18. En 1822 la tirada del principal diario, *The Times*, era de 5.730 ejemplares; el *Observer* (semanario) tiraba 6.860.
19. Acepto las cifras de R. D. Altick, *op. cit.*, pp. 381-393, aunque dudo de las referentes a *Voice of the People* y *Gauntlet*. Para cifras comparativas de la prensa ortodoxa, véase R. Williams, *The Long Revolution* (1961), pp. 184-192. Para los intentos de sustituir la prensa radical por asuntos seguros y edificantes, véase R. K. Webb, *op. cit.*, caps. 2, 3, 4, y J. F. C. Harrison, *op. cit.*, caps. 1 y 2.
20. Su relato, que abarca el período 1817-1832, está dedicado principalmente a la primera fase de la batalla —el derecho de publicación— asociada particularmente a Richard Carlile. La segunda fase, la lucha de los «Grandes *Unstamped*» (1830-1835), particularmente asociada a los nombres de Carpenter, Hetherington, Watson, Cleave y Hobson, todavía no ha encontrado su historiador, aunque se puede ver C. D. Collett, *History of the Taxes on Knowledge*, edición de 1933, cap. 2, y A. G. Barker, *Henry Hetherington*, sin fecha.
21. Wickwar, *op. cit.*, p. 315. Véase también *ibid*, pp. 38-39 para la forma particularmente sucia que adoptó la persecución, la información *ex officio*, que permitía virtualmente el encarcelamiento sin juicio.
22. *The Two Trials of T. J. Wooler*, 1817.

23. *Second Trial of William Hone*, 1818, pp. 17, 45; *Proceedings at the Public Meeting* para crear una suscripción en favor de Hone (1818); F. W. Hackwood, *William Hone* (1912), caps. 9-11; Wickwar, *op. cit.*, pp. 58-59. Un viejo charlatán le dijo a Mayhew (I, p. 252) que a pesar de las absoluciones, seguía siendo difícil «realizar» las parodias de Hone en las calles: «estaba lleno de policías y guardias dispuestos a detener a los tipos, y ... cualquier magistrado que quisiese complacer a las altas esferas, encontraría alguna forma de detenerlos ...»
24. Hazlitt, *Works*, VII, pp. 176 y ss. «En lugar de solicitar una interdicción contra Wat Tyler —opinaba Hazlitt—, el señor Southey haría mejor solicitando una interdicción contra el señor Coleridge, que ha emprendido su defensa en *The Courier*.»
25. *Republican* de Sherwin (29 de marzo de 1817); *Republican* de Carlile (30 de mayo de 1823).
26. En esos tres años hubo 115 procesamientos y 45 informaciones *ex officio*.
27. Véase p. 143.
28. Wickwar, *op. cit.*, p. 231.
29. De Keats a su hermano George, 17 de septiembre de 1819, *Works*, 1901, V, p. 108. La carta continúa: «Esto hace que el asunto de Carlile, el librero, tenga una gran importancia en mi estado de ánimo. Ha vendido folletos deístas, ha vuelto a publicar a Tom Paine y muchas otras obras que habían estado sometidas a un horror supersticioso. ... Después de todo, tienen miedo de procesarle. Tienen miedo de su defensa; se publicaría en todos los periódicos del imperio. Ante esto se estremecen. Los juicios encenderían una llama que no podrían extinguir. ¿No crees que esto tiene una gran importancia?»
30. W. J. Linton, *James Watson*, Manchester, 1880, p. 19.
31. En 1830 estos impuestos ascendían a 4d. de timbre para cada periódico diario semanario, un impuesto de 3s. 6d. para cada anuncio, un pequeño impuesto sobre el papel y una amplia fianza contra la demanda por libelo.
32. Abel Heywood, el librero de Manchester; declaraba que la cifra era 750.
33. Se formaron sociedades para la difusión del «Conocimiento Realmente Útil» para ayudar a los «unstamped». Véase *Working Man's Friend* (18 de mayo de 1833).
34. Véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 40, 103-114; *Second Trial of William Hone*, 1818, p. 19; para el caso de Robert Swindells, confinado en el castillo de Chester, mientras su esposa y su hijo morían por abandono, y el hijo que quedaba fue internado en un asilo de pobres; y el *Political Register* de Sherwin (14 de marzo de 1818) para los casos de Mellor y Pilling de Warrington, que estuvo durante nueve semanas encadenado junto con los criminales en la cárcel de Preston, le enviaron para el juicio al Tribunal de la Jurisdicción Real de Londres —y tuvo que andar las 200 millas— el juicio se trasladó a Lancaster (200 millas de vuelta), y al final le absolvieron.
35. La mayoría de los trabajadores del taller de Carlile tenían en su poder largas defensas escritas por Carlile, y probablemente en su caso ocurriese lo mismo.
36. Véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 222-223; *Trial of Mrs. Susannah Wright*, 1822, pp. 8, 44, 56; *New Times* (16 de noviembre de 1822).
37. Wickwar, *op. cit.*, pp. 105-107; *Independent Whig* (16 de enero de 1820); *Political Register* de Cobbett (17 de agosto de 1822); *Poor Man's Guardian* (12 de noviembre de 1831); A. G. Barker, *Henry Hetherington*, pp. 12-13.
38. Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 214.
39. Los condados de Lancaster, Chester, el West Riding, Warwick, Stafford, Derby, Leicester, Nottingham, Cumberland, Westmorland, Northumberland, Durham, la ciudad de Coventry y los municipios rurales de Newcastle-upon-Tyne y Nottingham.
40. W. E. Adams, *op. cit.*, p. 169. Estoy en deuda con el señor A. J. Brown por la información acerca de Ipswich. Para el cartismo en Somerset y East Anglia, véase también *Chartist Studies*, compilado por A. Briggs.



41. La admirable descripción de J. F. C. Harrison en *Learning and Living* tiende a subestimar el vigor de la cultura radical antes de 1832. Los mejores relatos de primera mano se encuentran en la autobiografía de William Lovett y (para la época cartista) Thomas Frost, *Forty Years Recollections*, 1880.
42. Thomas Wood, *Autobiography (1822-1880)*, Leeds, 1956. Véase también Un Viejo Alfare-ro, *When I Was a Child*, 1903, cap. 1.
43. M. L. Pearl, *William Cobbett*, 1953, pp. 105-107. También había muchas ediciones no autorizadas.
44. *Philanthropist* (22 de junio de 1795).
45. T. A. Ward, *op. cit.*, p. 196.
46. Para las acusaciones y contraacusaciones intercambiadas entre Covent Garden y Drury Lane, por una parte, y los pequeños teatros «ilegítimos» por la otra, 1812-1818, véase H.O. 119.3/4.
47. H.O. 65.1.
48. *Trades Newspaper* (31 de julio, 21 de agosto de 1825 y siguientes). El editor se sintió obligado a excusarse por el hecho de publicar noticias sobre boxeo y acoso de animales; pero el periódico estaba dirigido por un comité de *trade unions* de Londres, y se debían tener en cuenta sus deseos.
49. Alguna idea de la complejidad de esta producción se puede obtener de los muy eruditos *Catalogues of Political and Personal Satire in the British Museum*, de Dorothy George, volúmenes 7, 8, 9 y 10. Véase también Blanchard Jerrold, *George Cruikshank*, 1894, cap. 4.
50. Southey, *Life of Wesley*, p. 558.
51. *Works*, IV, pp. 57 y ss., de *The Round Table*, 1817.
52. Thomas Dick, *On the Improvement of Society by the Diffusion of Knowledge*, Glasgow, 1833, p. 171. Véase también p. 213, donde se argumenta que la «aritmética, álgebra, geometría, secciones cónicas y otras secciones de las matemáticas son particularmente buenos estudios puesto que «contienen verdades que son eternas e inmutables».
53. H.O. 40.4.
54. *Political Register* (13 de enero de 1821). La campaña antialcohólica se puede retrotraer a esta campaña de abstinencia de la posguerra.
55. Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 68.
56. Cf. T. Frost, *Forty Years' Recollections*, p. 20 (de la propaganda antiowenita de los años treinta): «para los demandantes y los testigos un recurso muy común era decir de una persona que estaba acusada de robo, abandono de su esposa o casi cualquier otro delito, «Es un socialista»; y los informes de todos estos casos tenían la coletilla, «Efectos del Owenismo» ...»
57. Véase, por ejemplo, William Hodson en el *Social Pioneer* (20 de abril de 1839) (*et passim*): «permítame decir señor ... mi opinión sobre la cuestión [del matrimonio] ... ni el hombre ni la mujer pueden ser felices, hasta que tengan los mismos derechos, casarse para tener un hogar como a menudo ocurre actualmente, es comprar carne humana; es hacer trata de esclavos de la peor clase. ... Afirmando que todas las uniones deberían basarse sólo en el afecto; continuar una unión cuando el afecto deja de existir es auténtica ... prostitución.»
58. Véase Wallas, *op. cit.*, pp. 166-172; N. Himes, «J. S. Mill's Attitude toward Neo-Malthusianism», *Econ. Journal*, Suplemento (1926-1929), I, pp. 459-462; M. Stopes, *Contraception*, 1923; N. Himes, «The Birth Control Handbills of 1823», *The Lancet* (6 de agosto de 1927); M. St. J. Packe, *Life of John Stuart Mill*, 1954, pp. 56-59. Véase también más adelante, pp. 388-389.
59. Véase J. F. C. Harrison, *op. cit.*, pp. 43 y ss.
60. Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 147; y el comentario de Place, «Bien hecho, hipócrita; tú que no eres Cristiano.»
61. Véase en especial J. F. C. Harrison, *op. cit.* pp. 57-58, 173-178; *Mechanic's Magazine* (11 y 18 de octubre de 1823); T. Kelly, *George Birkbeck*, Liverpool, 1957, caps. 5 y 6; E. Ha-

- lévy, *Thomas Hodgskin*, 1956, pp. 87-91; Chester New., *op. cit.* cap. 17; *Trades Newspaper* (17 de julio de 1825); F. B. Lott, *Story of the Leicester Mechanic's Institute*, 1935; M. Ty-lecote, *The Mechanic's Institutes of Lancashire and Yorkshire before 1851*, Manchester, 1957.
62. *Political Register* (27 de enero de 1820).
  63. «What is the People?», de los *Political Essays*, 1819, en *Works*, VII, p. 263.
  64. En su anuncio Hone decía: «El Editor afirma conscientemente, que en este Volumen hay Pensamiento más original y justo, expresado de forma luminosa, que en cualquier Obra de un Autor vivo.»
  65. Cf. «Los Señores del Torzal, Soberanos de la *Spinning Jenny*, grandes *Yeomen* del Hilo» de Cobbett.
  66. «Address to the Journeymen and Labourer», *Political Register* (2 de noviembre de 1816).
  67. *Ibid.* (27 de enero de 1820).
  68. La prensa legitimista se complacía en publicar listas de las contradicciones de Cobbett. Lo mismo hacían, por otra parte, desde un punto de vista opuesto, sus oponentes ultra-radicales: véase la perjudicial *Vindication of the Press, against the Aspersions of William Cobbett, including a Restrospect of his Political Life and Opinions* de Gale Jones, 1823.
  69. *Political Register* (1 de septiembre de 1830). Véase G. D. H. y M. Cole, *Opinions of William Cobbett*, pp. 253-254.
  70. *Political Register* (junio de 1817, 11 de abril de 1818, 2 de octubre de 1819); *Rural Rides, passim*; Bamford, *op. cit.*, p. 21; Hazlitt, *Table Talk*, 1821.
  71. W. J. Linton, *James Watson*, p. 17. Cf. T. Frost, *op. cit.*, p. 6: «Los únicos libros que siempre vi en casa de mi padre, además de la biblia y unos pocos libros escolares viejos ... fueron algunos números viejos del *Register* de Cobbett.»
  72. *Reformist's Register* de Hone (5 de abril de 1817), sobre la partida de Cobbett hacia Norteamérica. Véase, sin embargo, la enojada réplica de Wooler: «Casi nos inclinamos a desear que el señor Cobbett se hubiese limitado a escribir ... sobre esos temas, de modo que sólo hubiese podido ... defraudar a las cocineras y a los pinches», *Black Dwarf* (9 de abril de 1817).
  73. *Political Register* (2 de febrero de 1822).
  74. *Political Register* (27 de enero de 1820).
  75. *Political Register* (30 de enero de 1832). Véase también R. Williams, *Culture and Society*, edición de Pelican, pp. 32-34.
  76. *Twopenny Trash* (1 de octubre de 1830).
  77. *Political Register* (28 de febrero de 1835).
  78. Véase Asa Briggs, «The Welfare State in Historical perspective», *Archiv. Europ. Social.*, 1961, II, p. 235.
  79. *Tour of Scotland*, 1833, citado en W. Reitzel (ed.), *The Autobiography of William Cobbett*, pp. 224-225.
  80. R. Carlile, *An Effort to set a rest ... the Reformers of Leeds*, 1821, p. 7.
  81. W. E. Adams, *op. cit.*, p. 169.
  82. Filántropo, *The Character of a Priest*, 1822, pp. 4, 6.
  83. *Republican* (19 de enero de 1821). Carlile también volvió a editar «Killing No Murder» de Saxby.
  84. *Republican* (4 de octubre de 1820, 26 de abril de 1822); véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 213-215.
  85. *Republican* (23 de agosto de 1822).
  86. Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 272.
  87. *Republican* (11 de julio de 1823); *Devil's Pulpit* (4 y 18 de marzo de 1831); *Prompter* (30 de agosto, 31 de septiembre, 15 de octubre de 1831); *Radical* (24 de septietnbre de 1831); H.O. 40.25.

88. *Gorgon* (24 de abril de 1819). Shelley, al escribir *Prometheus Unbound* en 1818-1819, dio el nombre de «Demogorgon» al oscuro dios revolucionario; nos preguntamos si se produjo alguna asociación de ideas.
89. No está claro si Wade aceptaba las notas de Place tal y como le llegaban, o si se tomaba libertades editoriales con ellas. Aunque Place colaboró con el *Gorgon*, nunca se encontró con Wade, y consideraba que el periódico «no era en absoluto la publicación que hubiese preferido». Véase Wallas, *op. cit.*, pp. 204-205.
90. *Gorgon* (20 de junio, 18 de julio, 22 de agosto de 1818).
91. *Gorgon* (8 de agosto de 1818) y *The Extraordinary Black Book*, edición de 1831, pp. 217-218. Véase también A. Briggs, «The Language of Class in early nineteenth century Britain», *Essays in Labour History*, p. 50.
92. Se cita a Ricardo en el *Gorgon* (26 de septiembre de 1818).
93. *Ibid.* (12 de septiembre de 1818). Para los orígenes de la teoría del valor-trabajo, tocada en este capítulo de forma breve e inexperta, véase G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought, The Forerunners*, 1953; A. Menger, *The Right to the Whole Produce of Labour*, 1898; R. N. Meek, *Studies in the Labour Theory of Value*, 1956.
94. *Ibid.* (21 de noviembre de 1818).
95. Place informó a la Comisión Especial sobre Artesanos y Maquinaria (*First Report*, 1824, p. 46): «ningún otro principio de economía política [está] mejor fundado que el de los salarios: el aumento de salarios debe proceder de los beneficios».
96. *Trades Newspaper* (31 de julio de 1825).
97. Véase los Hammond, *The Town Labourer*, pp. 138-140.
98. *Ibid.*, p. 311; Webbs, *History of Trade Unionism*, pp. 85-86; Wallas, *op. cit.*, p. 189; G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, pp. 81-82.
99. *Address to the Radical Reformers*, de Hunt, 9 de diciembre de 1822.
100. El proyecto del periódico lo hicieron «aquellos Representantes de los oficios de la Ciudad y del Campo que se habían reunido en Londres para vigilar el progreso de la última Investigación relativa a las *Combination Laws*». Los oficios suscribieron 1.000 libras para fundar el periódico, y aparte de los carpinteros de navío, parece que estuvieron directamente implicados en él los aserradores, toneleros, carpinteros, zapateros especializados en calzado de «señora», calafateadores y tejedores de seda. El periódico fue dirigido por un comité de los oficios.
101. Véase la controversia sobre población, que se inició el 12 de noviembre de 1823 y siguió en sucesivos números.
102. Se ha divulgado una leyenda acerca de que la palabra «desempleo» se encontraba fuera del marco semántico de las décadas de 1820. Es posible que proceda de una afirmación imprudente por parte de G. M. Young en *Victorian England*, Oxford, 1936, p. 27, según la cual «desempleo estaba fuera del alcance de cualquier idea que dominasen los primeros reformadores victorianos, en gran medida porque no tenían una palabra para denominarlo»; a lo cual se añade la autoridad de una nota a pie de página: «No la he observado con anterioridad a los años sesenta.» De hecho (como ocurre a menudo con las «dataciones» semánticas) la afirmación es incorrecta. (En general, los cucos llegan a estas islas varias semanas antes de que *The Times* lo anuncie.) «Desempleado», «los desempleados» y (con menor frecuencia) «desempleo», todas ellas se encuentran en los escritos radicales u owenitas de la década de 1820 y 1830: las inhibiciones de los «Primeros reformadores victorianos» se deberán explicar de alguna otra forma.
103. *Black Dwarf* (3 y 31 de diciembre de 1823).
104. Se sugiere que las responsabilidades del editor se limitaban a la preparación del original, y yo supuse —acaso erróneamente— que Gast, presidente del comité de control, escribió los primeros editoriales. Surgen problemas similares en la atribución de la autoría de los artículos del *Poor Man's Guardian* y de la prensa owenita.

105. Véase F. Place, *Illustrations and Proofs of the Principle of Population*, 1822.
106. *Trades Newspaper* (17, 24, 31 de julio, 11 de septiembre de 1825). Parece que Place prestó apoyo a un rival del *Trades Newspaper* que no tuvo éxito, el *Artizan's London and Provincial Chronicle* (1825).
107. *Trades Newspaper* (21 y 28 de agosto de 1825 y ss.).
108. En las páginas que siguen no puedo esperar reexaminar el pensamiento de Owen o de los «economistas laboristas». Mi objetivo es ilustrar, en uno o dos aspectos, de qué forma la teoría afectó a la experiencia de la clase obrera y de qué forma se seleccionaron o cambiaron las nuevas ideas en este proceso; es decir, mi preocupación tiene más que ver con la sociología de esas ideas que con su identidad. Para Hodgskin véase la edición de *Labour Defended* hecha por Cole, 1922, y E. Halévy, *Thomas Hodgskin*, 1951, traducción de A. J. Taylor. Para una discusión lúcida y breve sobre Owen y los economistas laboristas, véase H. L. Beales, *The Early English Socialists*, 1933, caps. 4 y 5; y para un resumen más completo, G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought*, I, *The Forerunners*, y M. Beer, *A History of British Socialism*, Parte III.
109. R. Owen, *A New View of Society and other writings*, edición de Everyman, pp. 74, 260.
110. *Political Register* de Sherwin (26 de abril, 9 de agosto, 20 de septiembre de 1817).
111. Véase *Independent Whig* (24 de agosto de 1817). Los únicos periódicos radicales que parecen haber prestado una atención favorable a Owen en los años 1817-1819 fueron el *People*, con una corta existencia, y el *Independent Whig* que envió un corresponsal a New Lanark.
112. *Examiner* (4 de agosto de 1816); véase *Works*, VII, pp. 97 y ss.
113. Véase Owen, *op. cit.*, pp. 148-155.
114. *Political Register* de Sherwin (20 de septiembre de 1817).
115. Véase, sin embargo, el elogioso tributo de Engels hacia Owen en el *Anti-Dühring*, 1878; Lawrence & Wishart, 1836, pp. 287-292: «un hombre con una simplicidad de carácter casi sublimemente infantil, y al mismo tiempo nacido para ser líder de los trabajadores».
116. *Economist* (4 de agosto, 20 y 27 de octubre de 1821) *et passim*. Para la proclamación del milenio, he utilizado la descripción añadida a la edición hecha por Bronterre O'Brien de *Buonarrotti's History of Babeuf's Conspiracy of Equals*, 1836, pp. 438-445.
117. *Economist* (13 de octubre de 1821, 9 de marzo de 1822). Véase Armytage, *op. cit.*, pp. 92-94, para un breve relato del experimento de Spa Fields.
118. Véase «Report to the County of Lanark» (1820), en Owen, *op. cit.*, especialmente pp. 261-262.
119. Ya en 1796 se había hecho un intento de formar una Sociedad Fraternal Británica, que uniría los recursos de las sociedades de socorro mutuo con formas de organización derivadas de la Sociedad de Correspondencia. Tuvo su origen entre los tejedores de Spitalfields y se proponía pagar subsidios a los viejos y a los desempleados; la sociedad daría empleo a sus miembros que no tuviesen trabajo y pretendía que los productos de los tejedores de seda, los sastres, los zapateros, etc., se intercambiasen unos con otros. Véase Andrew Larcher, *A Remedy for Establishing Universal Peace and Happiness*, Spitalfields, 1795, y *Address to the British Fraternal Society*, 1796.
120. Por ejemplo, los Oficiales Fabricantes de Tabaco de Pipa quienes, después de la undécima semana de huelga en el invierno de 1818-1819, empezaron a fabricar directamente en la Maze, Borough: al habernos «procurado una factoría un amigo». Véase *Gorgon* (6 y 13 de febrero de 1819).
121. Nightingale, *The Bazaar*, 1816. Se alababa en particular el Nuevo Bazar, en el número 5 de la plaza del Soho, que se había abierto aquel año; también se mencionaba un Bazar Beehive, de Holborn.
122. *Cooperative Magazine*, 1827, pp. 230-231, citado en S. Pollard, «Nineteenth-Century Cooperation; from Community Building to Shopkeeping», *Essays in Labour History*, p. 87.
123. *Crisis* (30 de junio, 27 de octubre, 8 y 15 de diciembre de 1832).
124. *Lancashire and Yorkshire Cooperator*, N.º 2 (fecha sin identificar).

125. (6 de marzo de 1830; 26 de noviembre de 1831). Véase A. E. Musson, «The Ideology of Early Cooperation in Lancashire and Cheshire», *Transactions Lanls. & Cheshire Antiq. Soc.*, 1957, LXVII.
126. S. Pollard, *op. cit.*, p. 86.
127. *Crisis* (27 de octubre de 1832).
128. J. H. Priestley, *History of Ripponden Co-operative Society*, Halifax, 1932, cap. 1. No está claro si estas normas datan de 1833 o 1839.
129. *Common Sense* (11 de diciembre de 1830).
130. Véase S. Pollard, *Dr. William King*, Loughborough Co-operative College Papers, 6, 1959.
131. *Trades Newspaper* (31 de julio de 1825). Para los molinos de grano cuasicooperativos fundados como consecuencia de la situación cercana al hambre de 1795, véase G. J. Holyoake, *Self Help A Hundred Years Ago*, 1891, cap. 11, y J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, II, pp. 157-160. En algunos manuscritos «Notes and Observations on Co-operative Societies» Lovett señala que había muchas sociedades, en especial grupos de consumidores, durante las guerras, y menciona a los tejedores de Spitalfields Weavers; Add. MSS., 27, 791 ss., 245, 258.
132. *Ibid.* (14 de agosto de 1825).
133. Véase, por ejemplo, *Crisis* (17 de noviembre de 1832).
134. *Trades Newspapers* (11 de septiembre de 1825).
135. Hammonds, *The Town Labourer*, p. 312.
136. *Report of the Proceedings of a Delegate Meeting of Cotton Spinners &c.* Manchester, 1830.
137. *Union Pilot and Co-operative Intelligence* (24 de marzo de 1832).
138. Véase *Poor Man's Advocate* de Doherty (21 de enero de 1832): «La dirección [de la Asociación] ha pasado a manos de obreros enérgicos e inteligentes del Yorkshire; con quienes creemos que se evitará aquel espíritu de celos y de facción que, en gran medida, neutralizó la mejor influencia de la Asociación en esta zona.»
139. Véase especialmente G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*; Postage, *The Builder's Union*, caps. 3 al 5; W. H. Warburton, *History of T. U. Organization in the Potteries*, 1931, caps. 2 al 4. Algunos detalles de la «fatalidad» que persiguió la NAPL se encuentran en D. Caradog Morris, «The History of the Labour Movement in England, 1825-1851», fotocopia de la tesis doctoral, Londres, 1952.
140. Para Thompson, véase R. Pankhurst, *William Thompson*, 1954. Para descripciones de la Bolsa de Trabajo, véase R. Podmore, *Robert Owen*, 1906, II; G. D. H. Cole, *Life of Robert Owen*, 1930, pp. 260-266, y Lovett, *op. cit.*, I, pp. 43. El relato de Davenport se encuentra en *National Cooperative Leader* (15 de marzo de 1861).
141. Véase T. Fielden, *An Exposition of the Fallacies and Absurdities of that Deluded Church generally known as Christian Israelites or "Johannas" ...*, 1850, para detalles de los «misterios» de la iniciación y la disciplina en manos de la hermandad piadosa: «la mujer coge al hombre por sus genitales mientras él está en su posición inclinada ... ella le coge con una mano y le da los azotes con la otra ...»
142. G.R. Balleine, *Past Finding Out*, cap. 11; compilados por H. B. Hollingsworth, *Zion's Works*, 1899, I, p. 300; Zion Ward, *A Serious Call: or The Messiah's Address to the People of England*, 1831.
143. P. G. Rogers, *Battle in Bossenden Wood*, 1961, pp. 4, 96; *An Account of the Desperate Affray in Blean Wood*, Faversham, 1838; *Essay on the Character of Sir William Courtenay*, Canterbury, 1833; *The Lion* (6 y 27 de abril de 1833); *Globe* (1 de junio, 10 de agosto de 1838).
144. Véase Armytage, *op. cit.*, parte III, cap. 7, «Liverpool: Gateway to Zion».
145. *Poor Man's Guardian* (19 de octubre de 1833). Véase M. Morris, *From Cobbett to the Chartist*, 1948, p. 87.

146. F. D. Maurice, *The Kingdom of Christ*, citado en Armytage, *op. cit.*, p. 85.
147. Owen, *op. cit.*, p. 269.
148. Véase Postgate, *op. cit.*, pp. 72-73.
149. Véase S. Pollard, *op. cit.*, p. 90.
150. *Economist* (11 de agosto de 1821).
151. A. E. Musson, *op. cit.*, p. 126.
152. O'Brien, *op. cit.*, p. 437.
153. *The «Forlorn Hope», or a Call to the Supine* (4 y 11 de octubre de 1817).
154. Add. MSS. 27791 f. 270.
155. Add. MSS. 27789. Para un ejemplo de esta facilidad en organización espontánea, véase Prentice, *op. cit.*, pp. 408-410.
156. Véase Jephson, *The Platform*, II, cap. 15.
157. 1 de octubre de 1831.
158. *The Times* (1 de diciembre de 1830, 27 de octubre de 1831); véase Jephson, *op. cit.*, II, pp. 69, 107. Durante las revueltas de Bristol, las autoridades se vieron obligadas a recurrir a los líderes de la *political union* de Bristol para restablecer el orden. Véase *Bristol Mercury* (1 de noviembre de 1831); Prentice, *op. cit.*, p. 401.
159. Citado en Jephson, *op. cit.*, II, p. III. De hecho, la manifestación de la *National Union* fue declarada sediciosa y prohibida. Era un riesgo demasiado grande para correrlo.
160. Discurso final, a modo de prólogo del *Black Dwarf*, XII (1824).
161. *Poor Man's Guardian* (10 de diciembre de 1831).
162. G. Edmonds, *The English Revolution*, 1831, p. 5. Edmonds siguió para tomar una parte activa en el movimiento cartista.
163. Véase A. J. C. Rüter, «Benbow's Grand National Holiday», *International Review of Social History* (Leiden), I, 1936, pp. 217 y ss.
164. W. Carpenter, *An Address to the Working Classes on the Reform Bill*, octubre de 1831. Véase también la controversia subsiguiente en el *Poor Man's Guardian*.
165. *Poor Man's Guardian* (25 de octubre de 1832); véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, p. 258.
166. Véase J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill*, 1914, pp. 292-293, 350; Add. MSS., 27, 791 f. 51; Memorándum sobre «Measures to be taken to put an End to the Seditious Meetings at the Rotunda», *Wellington Despatches*, segunda serie, VII, 1878, p. 353.
167. E. G. Wakefield, *Householders in Danger from the Populace*, sin fecha (¿octubre de 1831?).
168. Mientras que Lovett y su círculo creían en la máxima presión sin utilización de la fuerza física (y mantuvieron algunas relaciones con Place), otros, incluyendo a Benbow y Hibbert, se preparaban para una lucha armada.
169. Es interesante especular acerca de hasta qué punto las frecuentes afirmaciones de Place relativas a la mejora de la conducta y la moral del populacho de Londres expresaban la verdad, o simplemente el creciente abismo entre los artesanos y los no cualificados, el estrechamiento del círculo de experiencia de Place y el desplazamiento de la pobreza fuera del centro de la *City* hacia el este y el sur. Sobre el problema del crecimiento metropolitano y la desmoralización en su conjunto (y sus fundamentos «biológicos»), véase L. Chevalier, *Classes Laborieuses et Classes Dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXème siècle*, París, 1958, que sugiere muchas líneas de investigación nuevas sobre las condiciones de Londres.
170. Es difícil dejar de lado el relato circunstancial de Oliver de los contratos de Birmingham (Narración en H.O. 40.9). Véase también la información en H.O. 40. 3 y 6.
171. Véase el enojado comentario de Cobbett: «Os imagináis que los grandes fabricantes y comerciantes y banqueros están gritando en favor de la REFORMA, porque han sufrido una conversión al amor hacia los *derechos populares*. ¡Bah! ... [Causas financieras] les han

- hecho aumentar los salarios; pero éstos no pueden pagar a la vez *diezmos e impuestos*. ... Por lo tanto, son *reformadores*; por lo tanto tienden sus grandes brazos alrededor de la cintura de la Diosa»: *Political Register* (17 de octubre de 1831).
172. *Destructive* (2 de febrero y 9 de marzo de 1833); A. Briggs, «The Background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities», *Camb. Hist. Journal*, 1952, p. 293, y *The Age of Improvement*, p. 247.
  173. W. Brimelow, *Political History of Bolton*, 1882, I, p. III.
  174. *Poor Man's Advocate* (21 de enero de 1832).
  175. *Poor Man's Guardian* (11 de abril de 1832).
  176. Add. MSS., 27, 795 ff. 26-27.
  177. Butler, *op. cit.*, p. 303.
  178. Véase el comentario de Gladstone: «Le hablé pomposamente a un obrero ...sobre el texto acordado, le dije ... que la reforma era la revolución, "porque, mire las revoluciones de los países extranjeros" refiriéndome por supuesto a Francia y Bélgica. El hombre me miró gravemente y dijo ..."Malditos sean todos los países extranjeros, ¿qué tiene que ver la vieja Inglaterra con los países extranjeros?" no es esta la única vez que recibo una lección importante de procedencia humilde.» J. Morley, *Life of Gladstone*, I, 1908, p. 54.
  179. Véase A. Briggs, «The Language of "Class" in Early Nineteenth-Century England», *op. cit.*, p. 56.
  180. Baines, *Life of Edward Baines*, pp. 157-159.
  181. Add. MSS., 27790.
  182. Véase J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 284-285.
  183. Baines, *op. cit.*, p. 167.
  184. Citado por A. L. Morton y G. Tate, *The British Labour Movement* (1956), p. 59 y erróneamente atribuido al *Poor Man's Guardian*, 3 de marzo de 1831.
  185. Véase Lovett, *op. cit.*, I, p. 74.
  186. A. Briggs, *op. cit.*, p. 66.
  187. *Bronterre's National Reformer* (7 de enero de 1837). De hecho, O'Brien obtuvo el título de abogado en Dublín.
  188. *Destructive* (9 de marzo de 1833).
  189. O'Brien, *op. cit.*, pp. xv, xx. Relativo a O'Brien, véase G. D. H. Cole, *Chartist Portraits*, 1941, cap. 9; T. Rothstein, *From Chartism to Labourism*, 1929, pp. 93-123; Beer, *op. cit.*, II, pp. 17-22.
  190. *Twopenny Despatch* (10 de septiembre de 1836).
  191. *Destructive* (9 de marzo, 24 de agosto de 1833); *People's Conservative; and Trade's Union Gazette* (14 de diciembre de 1833).
  192. El mismo O'Brien llegó a lamentar la vehemencia de su desprecio hacia toda la «clase media», cuando en la década de 1840 se presentó la oportunidad de hacer una alianza entre los cartistas y algunos elementos de la clase media; véase Beer, *op. cit.*, II, p. 126.
  193. J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 262-265; *Cracker* (8 de diciembre de 1832).
  194. *Political Register* (24 de noviembre de 1832). Cobbett estaba recordando al anterior diputado del condado del Yorkshire, Wilberforce.
  195. MS Letterbook of Ayrey (Leeds Reference Library).
  196. *Cracker* (8, 10, 21 de diciembre de 1832). Véase también A. Briggs, «The background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities», *op. cit.*, pp. 311-314; E. Baines, *Life*, pp. 164-167; C. Driver, *Tory Radical*, pp. 197-202.
  197. Discurso de William Rider, tejedor de paño de Leeds y posteriormente destacado líder cartista, *Leeds Times* (12 de abril de 1834).
  198. *Leeds Times* (12, 17, 24 de mayo de 1834).
  199. *Working Man's Friends and Political Magazine* (5 de enero de 1833).
  200. *Report of the Proceedings of the Great Public Meeting &c*, 20 de mayo de 1833.

201. «I. H. B. L.», *Ought Every Man to Vote?*, 1832.
202. G. Edmonds, *The English Revolution*, 1831, pp. 5, 8.
203. Narración de Oliver, H.O. 40. 9.
204. *Two-Penny Trash* (1 de octubre de 1830).
205. Véase, por ejemplo, *Destructive* (7 de diciembre de 1833).
206. *Pioneer* (13 de octubre de 1833).
207. *Man* (13 de octubre de 1833).
208. *Man* (22 de diciembre de 1833).
209. *Pioneer* (31 de mayo de 1834).
210. *Pioneer* (22 de marzo de 1834); véase A. Briggs, «The Language of "Class" in Early Nineteenth-Century England», *op. cit.*, p. 68.



# MARY WOLLSTONECRAFT

De *AGENDA PARA UNA HISTORIA RADICAL*\*

**A**l día siguiente de hacer el amor por primera vez con William Godwin, Mary Wollstonecraft se batió en retirada preocupada y dudosa: «Considera lo que ha ocurrido como una fiebre de tu imaginación... y volveré a ser una Caminante Solitaria». Claire Tomalin, en su brillante nueva biografía, nos cita este pasaje, pero no aquella otra frase inolvidable: «Me doy cuenta de que seré una niña desde el principio hasta el fin...»

Todos y cada uno de nosotros somos, en alguna parte de nuestro ser, niños desde el principio hasta el fin. Wollstonecraft no siempre manejó sabiamente su vida personal. Tampoco lo hizo Coleridge, si lo pensamos bien, ni De Quincey, ni Wordsworth, ni Hazlitt... ¿Hace falta seguir? No tengo nada que objetar a las advertencias de que las personas de genio comparten todas las debilidades de los mortales. Las flaquezas concretas que les podemos atribuir a menudo nos ayudan también a comprender su genio. Pero, a fin de cuentas, es el más del genio, y no el mínimo común denominador de la flaqueza, lo que confiere importancia a sus vidas.

Protesto, en nombre de Wollstonecraft, contra el trato injusto que ha recibido en manos de los historiadores y los críticos. Se ha visto más como una «Mujer Extraordinaria» que como una intelectual importante o como una moralista valiente en una posición excepcionalmente expuesta. Las confusiones morales, o las crisis personales, de una mujer de algún modo son siempre más interesantes que las de un hombre: absorben todos los demás aspectos de la persona. Como, sin duda, se puede extraer de los hechos inexorables de la «situación» de la mujer. Wordsworth «tuvo» una hija ilegítima en la Francia revolucionaria: la llevó consigo de forma in-

\* *Agenda para una historia radical*, traducción de Elena Grau y Eva Rodríguez, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 87-96. (Publicado originalmente como reseña a *The Life and Death of Mary Wollstonecraft*, en *New Society*, 19 de septiembre de 1974, y reimpresso en *Making History: Writings on History and Culture*, The New Press, Nueva York, 1994.)

termitente durante unos pocos años como una culpa privada, pero su hija nunca fue un engorro desde el punto de vista práctico. Wollstonecraft también «tuvo» una hija ilegítima en la Francia revolucionaria: pero tenerla fue una cuestión bastante diferente, así pues la llevó consigo (con la ayuda de una criada leal) por toda Francia, Inglaterra y el norte de Europa. No era un secreto cuidadosamente guardado para que lo descubrieran los biógrafos de este siglo. Ella caminó por las calles de Londres con Fanny enfrentándose al «mundo».

Una cuestión diferente. Que además hace de su vida un asunto peculiarmente difícil de tratar. Todos estamos interesados en las relaciones sexuales; todos estamos deseosos de moralizar sobre ellas con cualquier pretexto. Y la mención del nombre de Wollstonecraft es el mejor de los pretextos: acciona el control del volumen moralizador en algún lugar de nuestras entrañas. Apenas hemos empezado a establecer los hechos cuando ya comenzamos a mezclarlos con nuestros aditivos moralizadores: escandalizados o en tono de disculpa, o admirados o con aire de superioridad. Lo que hacemos de ella está ya confundido con lo que hemos hecho de nosotros mismos: algo diferente de su propio hacerse a ella misma tenso e implacable.

Tal vez haya una docena de biografías serias: la primera de ellas, la de William Godwin, aparecida en el primer año después de su muerte. Ninguna de ellas es completamente satisfactoria. Una razón es que Wollstonecraft no presenta un sujeto, sino dos; y unirlos en un único estudio requeriría una versatilidad poco habitual. En un sentido, ella fue una de los cinco o seis intelectuales ultrarradicales importantes en Inglaterra de la década de 1790: se le puede situar junto a Paine y Godwin; al lado del Coleridge del *Watchman*; del Flower del *Cambridge Intelligencer*; o del Thelwall del *Tribune* o los *Rights of Nature*. A su lado no necesita en absoluto condescendencia por el hecho de ser, además, una mujer. Ni tampoco la quería. Ella creía que «la mente no tiene sexo», se medía como una igual en la república del intelecto.

Pero desde otro punto de vista, a Wollstonecraft se le recordaba con cada hecho de la naturaleza y de la sociedad que era una mujer. No era una mente sin sexo, sino un ser humano excepcionalmente expuesto, de condición femenina. Mucho antes de morir, tanto sus amigos como sus enemigos la ponían como ejemplo. Así lo observaba en sus últimas *Letters from Sweden*:

Todo el mundo es un escenario, pensé; y son pocos los que no representan el papel que han aprendido a fuerza de repetirlo; y los que no lo hacen, parecen blancos puestos para ser apedreados por la fortuna; o más bien señalizaciones

que indican el camino a otros, mientras ellos mismos se ven obligados a permanecer inmóviles entre el barro y el polvo.

De pocos hombres se espera que en cada tropiezo de sus viajes justifiquen sus declaraciones públicas. La autora de *Vindication of the Rights of Woman* se exponía en cada movimiento. El «mundo» la observaba sucesivamente como una periodista hombruna; como una amante (de Fuseli) rechazada; como una solterona («sobrepasados» los 30) amargada; como una querida (de Imlay) abandonada; como la madre de una hija ilegítima; como una que había intentado suicidarse.

«¡Cómo!», me dije a mí mismo, «es Mary Wollstonecraft, exhibiéndose con una criatura pegada a los talones, con tan poca ceremonia como si fuese un reloj de pulsera acabado de comprar en una joyería. Se acabaron ya los derechos de las mujeres», pensé...

La reacción característica es de Archibald Hamilton Rowan, el patriota irlandés. Es justo añadir que llegó a ser amigo suyo y tal vez de este modo se educó un poco liberándose de sus prejuicios.

El último episodio de su vida tiene mucho del artificio de la ficción. Cuando se casó con William Godwin fue como si De Beauvoir, inmediatamente después de escribir *El segundo sexo*, se hubiese casado con Sartre en el cenit de su reputación, y luego hubiese muerto de parto. Qué tentación proporciona su vida para el tipo de biógrafo poco escrupuloso. Y qué decir de los materiales que la sobrevivieron. Después de su muerte, Godwin —cándido, benévolo y afligido (tal vez por única vez en su vida) por emociones que no podía racionalizar— pensó que era un acto piadoso publicar sus *Posthumous Works*, que incluían las cartas de ella a Imlay, su amante irreflexivo y andariego. No fue un acto piadoso. Ella no lo hubiese querido. Ningún amante rechazado, sea hombre o mujer, que implora amor frente a la ambigüedad o la indiferencia, puede desear verse expuesto de ese modo.

Pero había más. El matrimonio de Wollstonecraft con Godwin, en el último año de su vida, se conducía desde viviendas cercanas pero independientes. Godwin se oponía al matrimonio por principio y Wollstonecraft hasta cierto punto aceptaba sus opiniones; cada uno continuaba llevando una vida independiente, recibía amistades (de ambos sexos) y hacía visitas sociales como persona independiente, no como marido y mujer. De modo que los asuntos domésticos a menudo se trataban por carta: habitualmente cartas afectuosas, algunas veces amorosas, a veces quejumbrosas o recriminatorias, otras sólo eran acuerdos para cenar o ir al teatro. Todo

este material también ha sobrevivido. Lo cual es de nuevo una suerte para los biógrafos. Pero me pregunto hasta qué punto cualquiera de nosotros desearía ser juzgado —o juzgado en un sentido público— en base a pruebas de este carácter azaroso y a las que esencialmente se ha prestado poca atención.

De modo que hay dos temas posibles y las, hasta ahora, dos mejores biografías han tomado direcciones opuestas. La correcta biografía académica de Ralph Wardle es concienzuda y, de vez en cuando, pedestre; pero mantiene una seriedad hacia la identidad intelectual de su sujeto al examinar sus escritos con cuidado pero dando la espalda a cualquier análisis sostenido de su condición sexual. Se tiene la sensación de que Wollstonecraft habría aprobado este enfoque. Más recientemente, Margaret George ha publicado en Estados Unidos, pero hasta donde alcanza mi información, no en Gran Bretaña, un análisis muy inteligente (*One Woman's «Situation»*, Illinois, 1970) de la evolución personal y de la condición de su sujeto. Ambos libros deben ser altamente recomendados, aunque tampoco, en mi opinión, ni siquiera cuando se toman como conjunto, dan una visión completa de la originalidad y la talla de Wollstonecraft.

Esperaba dar la bienvenida al libro de Claire Tomalin, y en cierto modo lo hago. Los libros de Wardle y George son mejores, pero Tomalin ha abordado su sujeto con entusiasmo. Ha descubierto unos pocos hechos nuevos, aunque su documentación es (deliberadamente) tan desaliñada que es difícil ver lo que es nuevo y lo que ha tomado de Wardle y otros. Ha leído acerca de lo que rodeaba a su biografiada para situarla en un contexto: a veces las colocaciones en el contexto son logradas, cuando se refieren a personajes y no a ideas. El capítulo dedicado a las experiencias de Wollstonecraft como institutriz de lord y lady Kingsborough es perspicaz; el mejor tratamiento que he leído sobre el tema. Y el libro discurre agradablemente; una narrativa femenina curiosa que los lectores van a disfrutar. El libro tendrá éxito a buen seguro; es un libro calculado para ser preferido por muchos.

Este hecho me exime de cualquier inhibición para decir que me disgusta mucho. Es un libro que empequeñece la estatura de su biografiada. Y lo hace, por una amarga ironía, de modos que se suponen característicamente femeninos. Siempre que Tomalin trata temas políticos o intelectuales centrales, su forma y su contenido son vulgares, particularizados o groseramente filisteos. Su Revolución Francesa es una escena rabiosamente interesante con alegres intelectuales seguida por un predecible Terror plebeyo. (En Inglaterra fue «para todos la señal para precipitarse a los extremos».) Tomalin está contra los extremos y, a medida que el libro avanza, se hace evidente que nadie, excepto la autora, es completamente equili-

brado y maduro: por supuesto no Wollstonecraft, a la que siempre concede complicadas indulgencias psicológicas. Al fin y al cabo, Wollstonecraft no tuvo la ventaja de leer a Freud, Durkheim o Kenneth Tynan. La filosofía política de Godwin y de Holcroft se bosqueja con atrevimiento:

Su entusiasmo por la perfectibilidad era tal que preveían el fin de toda superstición, crimen, guerra, enfermedad e incluso ... el mismo sueño y la muerte.

Cualquier lectora atenta de la columna semanal de Jilly Cooper sabrá más que esto; y, a pesar de todo, Tomalin no siente la necesidad de ir más allá en la investigación del pensamiento de Godwin.

De ello se deduce que Tomalin tampoco está muy interesada en el pensamiento de Wollstonecraft. Subestima *Rights of Man*; es condescendiente con *Vindication* y apenas trata las últimas (e importantes) *Letters from Sweden*. Por el contrario, examina detenidamente cada encuentro personal o carta privada y anda buscando maliciosamente ocultas motivaciones sexuales. Aunque sólo se citan escasas líneas de *Vindication*, tenemos un pasaje detrás de otro de las cartas de Imlay, algunos de los cuales motivan preguntas de lo más *interesante*: ¿podría haber «aquí una alusión al flirteo con otro hombre»?

La base de la precaria independencia de Wollstonecraft, y la misma precondición para que alguna vez escribiera *Vindication*, se aseguró cuando ella recibió el amparo de aquel muy notable editor disidente, Joseph Johnson, que le proporcionó trabajo regular, e ingresos, y alojamiento. Este es el único episodio de la vida de su sujeto que ha desconcertado a Tomalin. Johnson (de 49 años) amparó a «Mary», «bastante más joven» (de 28). Y no obstante no hay pruebas ni siquiera de un supuesto encuentro sexual. Para Tomalin, esto es completamente impropio. La autora da a entender (sin ninguna prueba) que tal vez Johnson fuera homosexual; o que, cuando invitó a «Mary» a trabajar para él, «tal vez se encontraba en un momento maniaco como los que les sobrevienen a algunos asmáticos». En cualquier caso, el interés «de Johnson por las mujeres, como cualquier otra cosa que amigas, era o bien extremadamente discreto o, más probablemente, inexistente». Y (una solución final) «ellos jugaban a padres e hijas».

«Las mujeres como cualquier otra cosa que amigas». ¿Podría existir otra condena más clara que ésta en una época superconsciente desde el punto de vista sexual como la nuestra? No sabemos nada de las inclinaciones sexuales de Johnson y (se podría añadir de paso), puesto que nada sabemos, la especulación sobre el tema es más adecuada para una columna de cotilleo que para un libro de historia. Lo que sí sabemos de Johnson es

que tenía buen juicio para los autores; durante la década de 1790 publicó libros ultrarradicales y feministas; era amigo de otros escritores con simpatías feministas —Mary Hays, William Friend, George Dyer— y su lealtad a esas personas y causas le condujo finalmente a la cárcel. Cuando Wollstonecraft llegó a su puerta, Johnson necesitaba un ayudante editorial de confianza que trabajara toda la jornada: la necesidad de él y la capacidad y la condición de ella se convenían mutuamente. ¿Es imposible concebir que realmente llegaron a ser *amigos*, acordando dejar de lado o distanciarse del obligatorio «cualquier otra cosa que» de Tomalin? Incluso es posible que «jugaran a» ser camaradas en un esfuerzo político e intelectual común (un juego que, me temo, nuestro propio sofisticado mundo miraría con maliciosa desconfianza).

Pero Wollstonecraft intentaba imaginar las reglas precisamente para ese juego de camaradería igualitaria. Frente a la argumentación sofística de Rousseau, según la cual las mujeres con educación perderían su poder sobre los hombres, ella respondía: «Esto es precisamente lo que intento. No quiero que ellas tengan poder sobre los hombres, sino sobre ellas mismas». Tratar de poner en práctica esta autodeterminación en su propia vida entrañaba una desatención a las convenciones que requería cualidades que fácilmente la podían llevar a calificarla como dominante, testaruda, egoísta. Intentarlo significaba también que, a medida que presionaba contra cada una de aquellas limitaciones que había definido en sus escritos, lo sufría en su propia piel. Como ha escrito Margaret George: «Con aquella determinación de ser “libre” a Mary se le iban revelando sucesivamente los límites —externos y autoimpuestos— de su libertad». Con una tenacidad extraordinaria, intentó convertir esos dos temas —su filosofía y su biografía— en uno solo. Como escribió Godwin: «Toda su vida pisoteó las reglas erigidas sobre el supuesto de la imbecilidad de su sexo». Estaba destinada a sufrir; y su sufrimiento, expresado en cartas que jamás fueron escritas para su publicación, en un estilo de dramatización de sí misma y de «sensibilidad» exagerada alimentada por las *Confesiones* de Rousseau y *Los sufrimientos del joven Werther*, es en conjunto demasiado «fuerte» para la brusca insensibilidad de nuestros tiempos.

Así Wollstonecraft se ha convertido en un fastidio. Cada generación la reinterpreta según su propia imagen. Los antijacobinos la convirtieron en una prostituta. Las feministas burguesas hicieron de ella una feminista burguesa. Más recientemente, en 1947, dos freudianos norteamericanos (uno de ellos, desgraciadamente, una mujer) la reconstruyeron como una lagarta cuya motivación era la envidia del pene: «La sombra del falo se proyectaba de forma oscura y amenazadora sobre todo lo que hacía». Frente a esto, los chismes de Tomalin son preferibles con mucho. Woll-

tonecraft —o «Mary», como siempre la llama— se nos presenta ahora como una habitante prematura de nuestro norte de Londres literario y femenino; prematura no sólo por el hecho de vivir en la década de 1790, también por mostrar inmadureces evidentes que, desde la compostura de nuestra avanzada civilización, podemos detectar con facilidad, sonreírnos, pero ser indulgentes con ellas. Hoy en día, toda profesional madura, que ha «trabajado mucho» sus relaciones, «ha aceptado» su sexualidad y no es maníaca ni extremada en su feminismo, puede reconocer al instante en la Mary de Tomalin a aquella vecina exasperante, o a aquella vieja compañera de estudios que siempre se mete en líos y —cuando nos acusa de ser convencionales— cae de bruces. Cualquier hombre desinformado que haga una reseña puede ver a la Mary de Tomalin con la misma rotundidad. Para el *Daily Telegraph Magazine*, es el «libro de la semana»: Mary padecía «una escasez extrema de mundología»; «se enamoró de sinvergüenzas encantadores»; tuvo «una bastarda trágica» («un fracaso estrepitoso y conmovedor»). Como se podía suponer encabeza la página de reseñas de *The Times* como «Pobre Mary»: su vida se ve como una «comedia» (se nos advierte con caballerosidad) demasiado fácil de ridiculizar.

No encuentro divertida la vida de Wollstonecraft. Tampoco puedo verla como fracaso. La considero una intelectual muy relevante y una de las más grandes mujeres inglesas. Hubo muchos miles de mujeres en la década de 1790 que fueron dominantes, o que manifestaban su sensibilidad de forma excesiva, o que se metían en líos personales; del mismo modo que hubo muchos miles de hombres que eran engreídos, presuntuosos y que bebían en exceso. Pero sólo hubo una Wollstonecraft, como sólo hubo un Paine. Es el más lo que importa. Las grandes innovaciones en el pensamiento o en la sensibilidad que, en retrospectiva, nos parecen simples trivialidades. Las dos obras, *Right of Men* de Paine y *Vindication* de Wollstonecraft, tienen ese rasgo: parece mentira que nadie las haya escrito antes.

Pero nadie las escribió. Y, una vez escritas, los términos de la discusión cambiaron para siempre. Es difícil saber cuál de los dos libros planteaba las demandas más importantes: pero, puesto que las mujeres constituyen la mitad de la especie, los honores deben corresponder a Wollstonecraft. Sus argumentos, en este libro y en otros lugares, podrían haber sido más sistemáticos. Pero no eran insignificantes: podrían ser reprimidos pero no eliminados. Ni siquiera fueron reprimidos de forma tan completa como afirma Tomalin en su último capítulo. Simplemente, ella ha dirigido la mirada a los lugares equivocados. Debería haber mirado, en cambio, hacia la tradición derivada de Shelley y continuada hasta Thomas Hardy y William

Morris; o hacia Anna Wheeler y William Thompson; a los owenitas y los librepensadores.

Y eso no es todo. El libro de Paine está más bien escrito, mejor estructurado. Pero la sensibilidad de Wollstonecraft es más compleja. Ella no se deja llevar fácilmente por la corriente del racionalismo del siglo XVIII: a menudo lo atraviesa, creando en su seno un remolino romántico y crítico. Había sufrido demasiado en su propia humana naturaleza —y había experimentado, muy de cerca, el París en el punto más álgido del Terror— como para no tener reservas con respecto al optimismo de Godwin. Es más, en el mismo momento en que se anunciaba el «feminismo burgués» ella fue una de las más atentas a las limitaciones del pensamiento político burgués. Como mujer, había experimentado a fondo la fuerza de los derechos de propiedad, tanto en la vida personal como social; y conocía la vaciedad de los programas de mera emancipación política para la gente que se encontraba en una situación de dependencia económica. De ahí que sus escritos siempre mostrasen una alerta hacia la injusticia social, y —como en sus *Letters from Sweden*— un disgusto hacia el creciente mercantilismo. De ese modo, desde el primer momento, ella vinculó estrechamente el feminismo y el radicalismo social.

Y por lo que a su vida se refiere: sé que yo no la hubiese vivido tan bien, y considero una arrogancia que cualquier biógrafo dé por supuesto, con tanta facilidad, que se podía haber vivido mejor. En cualquier caso, no se trataba del norte de Londres en 1974. Era una época difícil: y el lugar no estaba provisto de las comodidades que sostienen nuestra vida moderna. (Pensemos que no existía una clínica Tavistock a la que llevar los propios horrores, ni una trabajadora social que la asesorase acerca de su hija bastarda.) Ella cayó en uno o dos agujeros y salió de ellos por sus propios medios. Nunca le pidió a nadie que la sacase de sus apuros, excepto a Imlay, y tenía —¿o no vamos a reconocerlo— un cierto derecho a hacerlo. Ni siquiera de Imlay —si hubiese muerto el afecto— hubiese aceptado que le diese limosna o la mantuviese. Ella siguió su propio camino, como una caminante solitaria. No sólo asumió plenamente las consecuencias de sus convicciones, en un mundo cuyas normas no había hecho, sino que tuvo la resistencia suficiente para levantarse (ella, una amante abandonada rescatada del Támesis) y reanudar su tarea de imaginar, una vez más, las reglas de una relación de camaradería igualitaria.

Pocas veces hemos visto una mujer como ella en nuestra historia. En lugar de las maduras afirmaciones de Tomalin, prefiero infinitamente las palabras de Virginia Woolf, cuando habla de «las formas arbitrarias e impetuosas con las que iba directa a vivir la vida». Y como bien sabía Woolf, la arbitrariedad provoca sus venganzas. Wollstonecraft estaba preparada



para ello; pero lo que no merece es la venganza del «¡Pobre Mary!» acompañado de una palmada complaciente. No necesita esa condescendencia. En nada era pobre. Nunca fue golpeada. Y la prueba final reside en esa parte de ella que siguió siendo niña hasta el final. Pues esta parte suya —el rechazo a convertirse en comedida y «maliciosa», la flexible disposición hacia las experiencias nuevas— es precisamente la parte que la mayoría de nosotros cauteriza cuidadosamente y luego protege con las callosidades de nuestras astutas complicidades.

# LA «ANTI-SCRAPE» \*

De WILLIAM MORRIS. DE ROMÁNTICO A REVOLUCIONARIO\*\*

Mientras que la agitación en torno a la cuestión oriental le servía a William Morris como primera experiencia en los caminos del mundo de la política, adquiriría también una perspectiva —desde otra dirección— de la profundidad de la hipocresía reinante en su época. Incluso desde sus primeros días en el estudio de Street, en Oxford, cuando tenía la intención de hacerse arquitecto, Morris se había desgañitado echando pestes —en privado— contra los excesos de la «restauración». En su primera conferencia, «Las artes menores», se había referido a este problema de la restauración de monumentos antiguos:

Así está la cosa: esos antiguos edificios han sido alterados y han sufrido añadidas, siglo tras siglo tras siglo, a menudo con gracia, siempre con sentido histórico; una gran parte de su valor radicaba precisamente en esto...

Pero en los últimos años ha surgido un gran celo eclesiástico, coincidiendo con un gran desarrollo del estudio y por lo tanto del conocimiento de la arquitectura medieval, que ha llevado a la gente a gastar dinero en esos edificios, no solamente con el propósito de repararlos, de mantenerlos seguros, limpios, e inmunes al viento y al agua, sino también con el de «restaurar» en ellos un estado ideal de perfección; barriendo en la medida de lo posible todas las señales de lo que les haya ocurrido por lo menos desde la Reforma, y con frecuencia desde mucho antes. Ello se ha llevado a cabo frecuentemente sin consideración alguna al arte y enteramente en atención al celo eclesiástico, pero todavía con mayor frecuencia la intención con respecto al arte ha sido buena; sin embargo... esta restauración debería ser de tan imposible realización como destructivo es el intento de realizarla... Apenas quiero pensar en los muchos de es-

\* Nombre con el que se conocía a la Sociedad Protectora de Edificios Antiguos (*Scrape* vale por «raspadura, repristinado»). (N. del ed.)

\*\* William Morris. *De romántico a revolucionario*, traducción de Manuel Lloris Valdés, Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, pp. 216-231. («The "Anti-Scrape"», en *William Morris: Romantic to Revolutionary*, Pantheon Books, Nueva York, 1955, 1977.)

tos monumentos que se han dejado poco menos que inservibles para los estudios del arte y de la historia...<sup>1</sup>

Ésta es una exposición moderada del caso, lo más moderado que podía salir de la pluma de Morris. De hecho, como él bien sabía, la «restauración» era un negocio muy provechoso para unos cuantos arquitectos de moda. Entre éstos, el más importante era sir Gilbert Scott, el perpetrador del Albert Memorial, que murió en 1878. Por su estudio pasó una enorme cantidad de trabajo, sobre el cual, por más que hubiera querido, no habría podido echar siquiera la más superficial de las miradas. Se cuenta de él que en cierta ocasión, durante un viaje, observó una iglesia que estaba siendo construida y preguntó por el nombre del arquitecto. «Sir Gilbert Scott», recibió como respuesta. «El negocio de la restauración de catedrales estaba muy bien organizado por él», cuenta W. R. Lethaby, uno de los colegas de Morris en la Sociedad Protectora de Edificios Antiguos.<sup>2</sup> Al describir el trabajo efectuado por Scott y sus ayudantes, Lethaby dice lo siguiente:

Es imposible dar una idea de la violencia y de las estupideces que se hicieron en nombre de la «restauración». La idea original parece haber nacido de la base absurda de que el arte es forma y no sustancia; nuestros edificios antiguos eran apariencias de lo que se llamaba «estilo». Cuando el arquitecto había aprendido lo que sus libros de texto le enseñaban sobre estilos, podía entonces ofrecer, a placer, «versiones» del siglo XIII o XIV, e incluso corregir las viejas, las auténticas. Los informes profesionales dirían lo siguiente: «El tejado Tudor es incongruente con la bóveda Farly English del prebisterio, y debería ser reemplazado por un tejado del siglo XIII, de empinada pendiente». En Canterbury destruyeron una hermosa torre del siglo XII para poner en su lugar una construcción «siglo XV» del XIX. En St. Albans echaron abajo sendas construcciones de los siglos XI y XV para satisfacer los caprichos de un magistrado. A nadie se le ocurrió nunca que antigüedad significa ser viejo... Cuando la Sociedad Protectora de Edificios Antiguos fue fundada por Morris, Webb y Faulkner (para gran odio de unos y reverencia de otros), estaba muy extendida la práctica de producir versiones profesionales, de estudio, del arte de cualquier siglo, y pasaban como arte auténtico.<sup>3</sup>

Al primero que se le ocurrió la idea fue a Morris, en el verano de 1876. «La vista de la destrucción de la iglesia de Burford movilizó a mi padre, que empezó a escribir notas para una carta de llamamiento a algún tipo de acción unida», relata May Morris.<sup>4</sup> Es significativo que Morris no hiciera nada más hasta marzo del año siguiente, cuando su experiencia de los primeros fructíferos meses de agitación en torno a la cuestión oriental ya pudo darle confianza en la eficacia de la acción pública. Su primera «carga ex-

plosiva» estuvo provocada por el propósito de «destrucción», por parte de sir Gilbert Scott, de Tewkesbury Minster. La andanada de Morris salió impresa en *The Athenaeum*, un periódico que durante tiempo había estado machacando la cuestión en sus columnas. Aunque el tono de la carta de Morris difícilmente puede ser considerado diplomático —«los arquitectos, salvo muy contadas excepciones, no tienen remedio, porque les atenaza el interés, el hábito y la ignorancia y... el clero es asimismo incurable porque le atenaza su orden, su hábito y una ignorancia todavía más grosera»— recibió una reacción inmediata. Morris había abogado por

una asociación... que vigile los monumentos antiguos, que proteste contra toda «restauración» que vaya más allá de mantener a raya al viento y a otros accidentes climáticos, y... que despierte el sentimiento de que nuestros edificios antiguos no son simples juguetes eclesiásticos, sino monumentos sagrados de la formación y la esperanza de la nación.<sup>5</sup>

La sociedad, bautizada por Morris como «Anti-Scrape», fue constituida al mes siguiente, y Morris se convirtió en su secretario honorario. Su entusiasmo se complementaba con el tacto y la perseverancia de Philip Webb. En la primera asamblea anual, en junio, se anunció la adhesión de un número imponente de notables, que incluía —no sin cierto trabajo previo de persuasión— a Thomas Carlyle y a John Ruskin, James Bryce, sir John Lubbock, Leslie Stephen, Coventry Patmore, Burne-Jones, Holman Hunt, lord Houghton y A. J. Mundella. La sociedad publicó un manifiesto, redactado por Morris, junto con algunos pasajes de Ruskin procedentes de su obra *Las siete lámparas de la arquitectura*.

Desde esta época hasta el final de su vida, Morris siempre dedicó una parte de su tiempo a la Sociedad. Actuó como secretario durante más de un año, después de lo cual continuó siendo uno de los miembros más activos del comité. Su trabajo incluía la correspondencia con la prensa, y de vez en cuando la visita, seguida de los informes oportunos, a edificios señalados para su derribo o para su restauración.

Ya durante el primer año, algunos de los asuntos principales que se le plantearon a la Sociedad fueron el destino de Tewkesbury Minster, la restauración del coro de la Catedral de Canterbury, la destrucción de las iglesias de la ciudad de Wren y la reconstrucción del tejado de St. Albans. En el año 1879 surgió un nuevo problema, de mayor importancia que todos los anteriores: el proyecto de sustitución de los mosaicos y la reconstrucción de la fachada oeste de la iglesia de San Marcos de Venecia. La campaña para movilizar a la opinión pública europea contra este desaguisado incluyó la presentación de una petición firmada, entre otros, por Disraeli y

Glasdstone, al embajador italiano.<sup>6</sup> Las obras en San Marcos quedaron paralizadas, aunque luego fue motivo de acalorada disputa si este éxito se debió a la presión del comité de la «Anti-Scrape» o a una decisión independiente del gobierno italiano.

El tacto no fue nunca el punto fuerte de Morris, fuera en asuntos de trascendencia local o internacional. Acaso constituyó este defecto, paradójicamente, una de las razones principales del éxito de la Sociedad. Si aquellas cartas atronadoras tuvieron en ocasiones la única virtud de endurecer la posición de sus oponentes y hacerles aferrarse más fuertemente que nunca a sus decisiones, por cuestión de amor propio, en cambio y, por otra parte, también consiguieron el efecto de poner en guardia a la siguiente generación de restauradores, de hacerles más circunspectos y temerosos, no fuera que la despierta ira de la gente se abatiera sobre ellos. Los guardianes de la propiedad antigua empezaron a consultar a la «Anti-Scrape», más que a los arquitectos de moda, antes de hacer sus planes, especialmente cuando se supo que un grupo de arquitectos muy competentes estaba dispuesto a dar su consejo, sin pago alguno, por cuenta de la Sociedad. En varias ocasiones la «Anti-Scrape» ayudó a recaudar fondos destinados a reparaciones esenciales de iglesias parroquiales y de otros edificios en peligro de derrumbamiento. En otras ocasiones, la Sociedad hizo con gran satisfacción publicidad, con el objeto de encontrar alguna utilidad práctica a edificios en peligro de destrucción.

En el comité, Morris era un auténtico pilar. Como visitador de la Sociedad, su éxito no fue ni de lejos tan clamoroso; y es posible que fuera la influencia moderadora, el freno, de Webb y de sus otros colegas lo que explica que Morris casi suprimiera sus visitas después de los dos o tres primeros años. En una ocasión, después de visitar una iglesia que estaba siendo «restaurada» a conciencia, «se precipitó a la ventana de la fonda para enseñarle el puño al párroco, que pasaba por allí».<sup>7</sup> En otra ocasión, cuando se le enseñó una pieza de grabado del gótico del siglo XIX, en otra catedral, prorrumpió: «Eso podría hacerlo yo mejor con los dientes». Hay otra anécdota que no se refiere a una visita oficial para la Sociedad, sino a un momento concreto de la campaña de propaganda socialista en Glasgow, en los últimos años de la década de 1880. Acompañado de Bruce Glasier, Morris se encaminaba a un mitin y se detuvieron para echarle un vistazo a la catedral:

Estábamos a unas yardas de la puerta principal cuando se detuvo bruscamente, como si le hubiera impactado una bala de rifle, mientras sus ojos estaban fijos en algún objeto frente a él. Miraba y a medida que lo hacía se encogía como un león dispuesto a saltar en cualquier momento sobre su presa. Tenía los bi-

gotes erizados. «¿Qué diablos es eso? ¿Quién demonios ha hecho eso?», gritaba para asombro, alarma e indignación de la gente que discurría por allí.

Miré... y vi en seguida cuál era el objeto ofensivo. Era... un monumento o sarcófago esculpado en mármol blanco brillante, embutido entre el gris del antiguo trabajo en piedra de la nave lateral... que cortaba completamente una parte de la ventana situada arriba... «¿Qué idiota infernal ha hecho *eso*?», preguntó de nuevo Morris, e indiferente a la consternación que se había producido a su alrededor se desató en un torrente de injurias contra los desconocidos perpetradores de tamaño crimen. Por un momento creía que iba a lanzarse sobre aquella excrecencia y hacer pedazos con sus puños desnudos una cosa tan odiosa.<sup>8</sup>

Pero sus visitas no le proporcionaban únicamente accesos de furia. Existe una hermosa descripción de Philip Webb acerca del amor que Morris profesaba a cierto caserón de Berkshire que ilustra la intensidad del placer que le proporcionaban los edificios antiguos y que, realmente, nos ayuda a entender su furor ante la destrucción de los mismos. Great Coxwell Barn «se había apoderado de la imaginación de William Morris»,

antes de que yo lo hubiera visto —relata Webb— me burlaba riendo ante la opinión de Morris, según el cual aquél era el más maravillosamente hermoso ejemplo en toda Inglaterra. Cuando finalmente, y en una disposición de ánimo exultante, me llevó allí (aunque casi temblando por temor a mi juicio) me sentí obligado a declararme de acuerdo con él en cuanto a la incomparable dignidad de la obra. Entendí claramente, en este caso como en otros, que su intuición y su juicio eran infaliblemente correctos. Uno daba la vuelta a un camino... cuando el caballete del poderoso tejado... se alzaba pie a pie sobre la pendiente de hierba hasta que uno llegaba a la cumbre de la loma, desde donde podía divisarse en toda su impresionante magnitud, tan grande en sus líneas como para hacerle a uno respirar hondo de admiración. Allí estaba, dominando la aldea casa de campo, y sin nada a su alrededor más que los simples campos de Berkshire. Su magnitud, la agradable precisión de su edificación, y sus delicadas partes de arquitectura pura, todo de hermosa piedra de sillería, lo hacía tan bello como una catedral, pero sin ostentación de ningún tipo: un caserón formidable y nada más. Los obreros que lo erigieron lo hicieron bien entonces y para siempre... Si yo percibí lo que significaba en el paisaje tranquilo de Berkshire, y su clara historia de los constructores y su oficio ¿cuánto más de ello debió haber visto Morris? Este edificio y todos los de su tipo eran para él un deleite infinito.<sup>9</sup>

La senda de Great Coxwell Barn puede parecer un camino improbable hacia el comunismo. No obstante, lo cierto es que el trabajo de Morris para la «Anti-Scrape» contribuyó tanto como cualquier otra influencia que haya

pesado sobre él a situarle en los últimos estadios de su largo viaje. Al proporcionarle el liderazgo de la «Anti-Scrape» se vio obligado una y otra vez a examinar y poner luego por escrito su más profunda preocupación: la relación de las artes con la sociedad. En las controversias que se originaron en torno al trabajo, se vio continuamente forzado a definir (y a revisar) los supuestos básicos que habían guiado su vida desde los días de Oxford.

En primer lugar, Morris chocó directamente con las disposiciones relativas a la propiedad propias del mundo capitalista. En el sentido negativo, tuvo que luchar contra la rapacidad comercial y contra los puntos de vista de la propiedad eclesiástica. Cuando le protestó al vicario de Burford, éste le replicó que la iglesia era suya y que él podía meterse de cabeza en ella si le daba la gana. El déan de Canterbury, en una controversia aparecida en *The Times*, en 1877, se mostró todavía mucho más arrogante:

Probablemente la Sociedad del señor Morris contempla nuestra Catedral como un lugar apropiado para la investigación de los especialistas en cosas antiguas o para que los arquitectos en formación aprendan su arte en ella. Sin embargo, nosotros la necesitamos para el culto diario a Dios.

Cuando las iglesias de la ciudad de Wren estaban siendo amenazadas de destrucción, Morris pudo (en *The Times*, abril de 1878) apelar a esos mismos sentimientos religiosos que se habían visto ultrajados por su anterior interferencia:

Seguramente una ciudad opulenta, la capital del mundo comercial, puede permitirse algún pequeño sacrificio para salvar esos hermosos edificios, para preservar las pequeñas parcelas de terreno sobre las que se asientan. ¿Es absolutamente necesario que hasta el último espacio de la ciudad sea dedicado a la ganancia de dinero, y que en cambio la religión, los monumentos sagrados, los panteones de los muertos insignes, los monumentos del pasado, obras del más grande de los arquitectos de Inglaterra, sean desterrados de esta rica ciudad?<sup>10</sup>

Pero esto —siendo enérgico— es sólo una expresión del Morris más diplomático, el servidor leal de su Sociedad. Aunque por ese medio podía obtener ciertos resultados, por otra parte con cada caso nuevo que se le presentaba adquiriría más y más conciencia —cosa que le horrorizaba— de la insensibilidad del filisteísmo mercantil, de la absoluta falta de conciencia pública cuando estaban en juego cuestiones de ganancias o pérdidas económicas individuales. «Incluso ahora la destrucción cínica, puramente brutal, que no se cubre con ninguna pretensión artística, es algo muy común», dijo ante la Primera Asamblea General Anual de la «Anti-Scrape» en junio de 1878: «Todavía se da por sentado demasiado frecuentemente

que cualquier consideración artística debe ceder si se interpone en el camino del beneficio económico».<sup>11</sup> Los años inmediatamente siguientes le suministraron ejemplos más que suficientes para demostrar su aseveración. Se vio obligado a contrastar la actitud de la sociedad feudal a este respecto con el capitalismo industrial. Este contraste —aunque tema frecuente de sus conferencias y discursos en los últimos años de la década de 1870— encontró su expresión más acabada en su discurso a la XII Asamblea Anual de la «Anti-Scrape», en 1889:

Consideremos el Londres del siglo xiv: una ciudad pequeña, bella de uno al otro extremo; calles de casas bajas, enjalbegadas, con una gran iglesia gótica elevándose en el centro; una ciudad rodeada de murallas, con un bosque de torres y agujas de iglesias, aparte de la catedral y de las abadías y de los prioratos; cada casa y aun cada cobertizo poseía un sello de un cierto nivel de arte absoluto definido, distinto y consciente. Pensemos en la diferencia entre eso y el Londres de hoy...

Inmediatamente nos acordamos del «Londres pequeño, blanco y limpio» de *The Earthly Paradise*. Pero esta vez está evocado no con un sentimiento de nostalgia, sino como una comparación agresiva y completamente consciente, denunciando la indiferencia de su propia época:

Consideremos lo que era Inglaterra en el siglo xiv. La población... de unos cuatro millones. Pensemos entonces en la cantidad de bellos y dignos edificios que esos cuatro millones construyeron... No sólo esas iglesias y esas casas que vemos, sino también las que han sido destruidas... Aquellos edificios... contenían mucho arte: pintura, metalistería, grabados, tapicería, y semejantes, formando el conjunto una masa prodigiosa de arte, producido por una población escasa. Tratemos de imaginarlo. Si se nos pidiese (suponiendo que tuviéramos la capacidad) reproducir todos estos edificios con todo lo que contenían, tendríamos que replicar: «el país no es lo suficientemente rico; todo capitalista de este país quedaría arruinado antes de culminar la obra». ¿No es extraño?<sup>12</sup>

De este modo, el trabajo de la «Anti-Scrape» apresuró y dio más profundidad a su visión del filisteísmo destructivo de la sociedad capitalista. Sus amigos, como Edward Burne-Jones, le siguieron hasta ahí, pero se contentaron con ello. Si clérigos y propietarios querían destruir obras antiguas, ellos estaban preparados para combatir con uñas y dientes, a tronar contra la época, a apuntar que la gente de otros tiempos había considerado la cuestión de manera distinta. Pero la mente de Morris no funcionaba así. No era un pensador sistemático, aunque ocasionalmente se obligó a autodisciplinar sus intuiciones con una gran dosis de lógica. Pero siempre que adqui-



ría consciencia de la existencia de un problema, poseía una muy notable perseverancia para ocuparse de él, hasta que quedaba complacido con la solución que le había hallado. Uno de los objetivos de la sociedad (declarado en su primera carta a *The Athenaeum*) era «despertar el sentimiento de que nuestros edificios no son simples juguetes eclesiásticos, sino monumentos sagrados de la formación y la esperanza de la nación». Frente a los celosos derechos de propiedad del capitalismo, es propio argumentar en primer lugar que, al margen de su situación legal,

nuestros monumentos históricos antiguos son de propiedad nacional y no deberían ser dejados durante más tiempo a merced de las diversas y variables ideas de la propiedad eclesiástica que puedan prevalecer entre nosotros.<sup>13</sup>

Y en segundo lugar, deseaba convencer a la gente en general de que tenía responsabilidades y derechos en relación con estos edificios. Puesto que la ley negaba la verdad de esto, se veía obligado a justificar su caso sobre cánones de moralidad social no reconocidos por la sociedad capitalista.

Esta idea acerca de las responsabilidades del hombre hacia el arte de tiempos pretéritos no era, en primer lugar, originariamente suya, sino heredado de Carlyle y Ruskin. Estaba sugerida en aquellos pasajes de *Las siete lámparas de la arquitectura* que reprodujo para la propaganda de la «Anti-Scrape».

No es... una cuestión de convivencia o sentimiento el que debemos preservar o no los edificios de tiempos pasados. *No tenemos ningún derecho en absoluto a tocarlos*. No son nuestros. Pertenecen en parte a aquellos que los construyeron y en parte a las generaciones humanas que vendrán después de nosotros. Los muertos tienen todavía derechos sobre ellos. Lo que ellos construyeron... nosotros no estamos autorizados a arrasarlos. Lo que nosotros mismos hemos edificado podemos derrumbarlo; pero a las obras que otros sacrificaron su vigor, su riqueza y su vida para erigirlas, no somos quién para decir que nos pertenecen, que los derechos de sus constructores han caducado; todavía menor es el derecho al uso de lo que ellos han dejado investido solamente en nosotros. Pertenecen a todos sus sucesores.

Estas palabras —le escribió Morris a Ruskin— «son tan buenas, y dejan la cuestión tan saldada que me siento avergonzado de no tener nada que añadir a ellas».<sup>14</sup>

«Una sociedad como la nuestra no es nada si no es agresiva», dijo en 1889; «por lo tanto, debemos tratar de convencer incluso al más ignorante; y, para hacerlo bien, deberíamos ser capaces de adoptar el hábito de ponernos nosotros mismos en su lugar». Al hacer eso, se vio forzado desde el

principio a rechazar la acusación de que quería tan sólo preservar, para nutrir los sentimientos de un puñado de artistas, lo ruinoso y lo «pintoresco». El interés por los monumentos antiguos, replicó, de acuerdo con esa idea, era «romántico; pero lo que significa el romanticismo es esa capacidad para una verdadera concepción de la historia, un poder para incorporar el pasado al presente, para hacerlo parte del mismo.<sup>15</sup> El edificio romántico «trae a la mente el interés por la vida de tiempos pasados». Cada intento que realizó para definir en términos sociales el significado de esta belleza, el valor de este interés en el pasado, le condujo más cerca de las posiciones marxistas. La belleza de las obras maestras del pasado, declaró de cien diferentes maneras, estaba en su personificación de las aspiraciones de las generaciones que nos precedieron, de sus «esperanzas y temores», las vicisitudes de sus asuntos y la cualidad de sus vidas.

Esta conclusión a su vez le hizo llegar a otra serie de cuestiones. ¿Por qué deberían los hombres preocuparse por preservar la historia en absoluto? ¿Qué podía ser aprendido en los monumentos de las aspiraciones pasadas, más allá del sentimiento de la mortalidad y la amargura y degradación del presente? La respuesta se halla en ese asombroso renacimiento de la esperanza que impregna todos los escritos y toda la actividad de Morris durante esos años. Las obras maestras del pasado no eran reliquias muertas, sino una inspiración viva y una advertencia al presente, una prueba de la existencia de cualidades en el hombre que —no importa cuán reprimidas y adormecidas— no podían ser extinguidas para siempre. «Amo el arte y amo la historia», dijo en una conferencia, en 1882, en apoyo de la «Anti-Scrape»,

pero es el arte vivo y la historia viva lo que amo. Si no tenemos esperanza en el futuro, no veo cómo podemos mirar hacia atrás, hacia el pasado con placer. Si hemos de ser menos que hombres en tiempos venideros, olvidemos que hemos sido hombres en alguna ocasión. Es en interés del arte vivo y de la historia viva que me opongo a la llamada restauración. ¿Qué historia puede haber en un edificio embadurnado de adornos que, en el mejor de los casos, no pueden ser otra cosa que una imitación sin vida y sin esperanza de la esperanza y el vigor del mundo anterior?... Dejemos solos a los muertos y viviendo nosotros, construyamos para los vivos y para aquellos que vivirán.<sup>16</sup>

Este tema se repite en todos sus primeros discursos a la Sociedad. Pero la más completa expresión de sus opiniones se encuentra en un notabilísimo informe que leyó a la Sociedad en 1884, cuando ya se había convertido en un socialista activo. Nuestra arquitectura antigua, comentaba,

da testimonio del desarrollo de las ideas del hombre, de la continuidad de la historia y, al hacerlo, permite una instrucción incesante, y aun la educación de

las generaciones sucesivas, no únicamente contándonos cuáles fueron las aspiraciones de nuestros antepasados, sino también lo que el hombre puede esperar en el futuro.

Después de arremeter contra las distorsiones de los historiadores, que presentaban la historia sin una pauta de desarrollo, se refería a la comprensión histórica actual, la cual, ahora que «las nieblas de la pedantería» estaban empezando a disiparse, revelaba un cuadro distinto:

orden incipiente en los tiempos más remotos, distinto entre las diferentes razas y países, pero siempre impulsado por las mismas leyes, moviéndose constantemente hacia adelante, hacia algo que parece justamente lo opuesto del punto de partida y, sin embargo, el orden antiguo nunca muere, sino que vive en el nuevo, y lentamente lo moldea hasta una recreación de su ser antiguo. No es difícil de ver el espíritu tan distinto que debe crear tal visión de la historia. Ya no más burlas superficiales de los fracasos y estupideces del pasado, desde el punto de vista de una pretendida civilización, sino una profunda simpatía hacia aquellos objetivos medio conscientes, en mitad de las dificultades y deficiencias de las que hoy somos tristemente conscientes; ése es el nuevo espíritu de la historia; el conocimiento... nos ha traído humildad y la humildad esperanza de... perfección...

Los dos instrumentos de este nuevo conocimiento de la historia eran, según dijo Morris, el estudio del lenguaje y el de la arqueología («el registro de las obras creadas por el hombre»); la conservación de este último registro era el objetivo de la Sociedad.

Morris, entonces, dirigió su atención al examen del segundo gran argumento que se había presentado contra la «Anti-Scrape». Toda la fuerza de los restauradores descansaba en dicho razonamiento. Decían, en suma, que concedida la belleza de los edificios medievales, ¿por qué no podían los arquitectos y artesanos del siglo XIX, por medio de la investigación y de la práctica pacientes, hacer copias del trabajo del siglo XIII para reemplazar la vieja piedra allí donde hubiera decaído? Una vez más, Ruskin había sido el primero en proporcionar la respuesta:

No nos dejemos engañar en esta importante materia; es *imposible*, tan imposible como resucitar a los muertos, restaurar nada que haya sido grande o bello en arquitectura. Aquello sobre lo que yo he... insistido, como la vida del todo, aquel espíritu que sólo introduce el ojo o la mano del obrero, nunca puede ser reproducido. Otro espíritu puede ser dado por otra época, y entonces tenemos un edificio distinto; pero el espíritu del obrero muerto no puede ser convocado, ordenándosele que dirija otras manos y otros pensamientos.

Morris, tomando como punto de partida los razonamientos de *La arquitectura gótica*, examinó con detalle las condiciones y la organización del trabajo en las sociedades antigua, feudal y capitalista. «Toda obra arquitectónica es una obra en cooperación», empezó diciendo.

El diseñador mismo, aun en su momento de mayor originalidad ... [está] bajo la influencia de la tradición; los muertos guían su mano incluso cuando se olvida de que existieron alguna vez.

No podemos hacer aquí un resumen de los muy concienzudamente razonados argumentos con los que Morris fue siguiendo los diversos cambios en la destreza y organización de los artesanos. Pero este discurso es una de sus contribuciones más importantes a la teoría de la arquitectura. Las inspiradas intuiciones de Ruskin han sido incorporadas a un análisis coherente de las relaciones productivas y de las técnicas de las sociedades en cuyo seno fueron practicados los oficios. Finalmente, Morris llegaba al momento de cambio entre las industrias y oficios domésticos del siglo XVIII y el moderno capitalismo industrial:

Esta revolución extraña y extraordinariamente trascendental fue realizada por la maquinaria que los avatares y cambios del mundo... *impusieron* a nuestra población. Hay que considerar esta gran industria basada en la máquina como el desarrollo completo de los efectos de la producción para el beneficio económico en lugar de para la supervivencia, que empezó en tiempos de sir Thomas More, y sin embargo, por la otra parte, como un cambio revolucionario con respecto a la época de la mera división del trabajo. Las exigencias de mi propio trabajo me han empujado a investigar en profundidad los estratos del sistema de taller del siglo XVIII, y pude percatarme claramente de cuán diferente es del sistema de factoría de nuestro tiempo... por lo tanto leí con evidente simpatía la explicación completa del cambio y de sus tendencias en los escritos de un hombre, diré un gran hombre a quien, supongo, no debo nombrar en esta compañía, pero sí insistir en que aclaró mi mente en lo relativo a varios puntos (tampoco mencionables aquí) de esta cuestión del trabajo y sus productos...<sup>17</sup>

Podemos ver aquí un ejemplo claro de los caminos convergentes por los que Morris avanzaba hacia el socialismo. En los años 1879 a 1884 había estado activamente ocupado en trabajos prácticos de tapicería y textiles, levantando sus nuevos talleres en Merton Abbey.<sup>18</sup> Este trabajo le había proporcionado una visión de la diferencia entre los sistemas doméstico y de factoría. Al mismo tiempo, su propaganda para la «Anti-Scrape» le había abierto un nuevo camino hacia la comprensión de otro problema, las relaciones del artista con la sociedad. Unos cuantos pasos separaban

estos caminos, y la lectura de *El Capital* cerró dicha grieta. Aquí está la explicación de la extraordinaria lucidez y claridad de su discurso.

De este modo había resuelto el problema, a su entera satisfacción, de por qué la restauración era imposible. La solución le devolvió una vez más a su constante preocupación del tiempo, del cambio y movimiento de la historia:

Seguramente es una gran cosa el que cuando nosotros estamos dispuestos a reír ante la idea del... griego construyendo un edificio gótico o la del hombre gótico construyendo un edificio griego, por otra parte no vemos nada ridículo en que un obrero de la época victoriana produzca algo gótico... Se me puede argüir, acaso... el conocimiento histórico nos ha permitido ejecutar ese milagro de devolverles la vida a los siglos muertos. Pero en mi opinión ésta es una extraña óptica del conocimiento y la intuición históricos, pretender situarnos en la aventura de volver sobre nuestros pasos hacia épocas pretéritas, en lugar de querer que el pasado nos dé algún rayo de luz sobre el futuro. Una extraña visión de la continuidad de la historia, ésta que nos haría desconocer los cambios mismos que constituyen la esencia de esa continuidad...

Seguramente este estado de cosas es una señal de cambio, de cambio quizá veloz, ciertamente completo: del fin visible de un ciclo y del comienzo de otro.

Es importante dejar constancia clara de estas opiniones de Morris, puesto que disipan los cargos de medievalismo nostálgico o de pedantería sentimental que todavía se le imputan a veces ignorantemente. De hecho, fue su trabajo en la «Anti-Scrape» lo que le impulsó a pasar de una visión de la historia pasiva a una activa. En un pasaje notable de su discurso a la Sociedad de 1889, decía que las personas con una falsa idea de la continuidad de la historia

son reacias a admitir las palabras fatales, «no puede ser, ha muerto». Creen que podemos realizar la misma clase de trabajo con el mismo espíritu que nuestros antepasados, mientras que para bien y para mal nosotros hemos cambiado completamente y no podemos hacer la obra que ellos hicieron. Todo lo que la continuidad de la historia significa es, después de todo, el cambio perpetuo, y no es difícil ver que nosotros hemos cambiado rabiosamente, y por ello hemos establecido nuestra pretensión de ser los continuadores de la historia.<sup>19</sup>

A veces Morris se mostraba desesperado, como puede verse en la siguiente afirmación: «Parece que sólo tomarán conciencia de lo que decimos justamente cuando haya sido derribado el último edificio antiguo».<sup>20</sup> Se enfrentaba a aquella general apatía y derrotismo que solamente él se estaba sacudiendo, cuando le escribió a Georgie Burne-Jones en julio de 1881:

En cuanto a la «Anti-Scrape», poco consuelo encuentro allí... En cuanto a los edificios... la destrucción no está lejos de ser ya total. Lo que la gente se dice realmente a sí misma es: no me gusta lo que se está haciendo pero puedo soportarlo quizá —o con certeza, cuando lo pienso—, y cuando remuevo el asunto en mi mente me hace sufrir; de modo que no lo removeré. Ciertamente, para tomarse tal molestia, en el grado que sea, se necesita que el individuo esté tocado por un verdadero amor a la tierra, que la venere, no menos que eso; y yo pienso que tal como andan las cosas, éste es un sentimiento excepcional, salvo en la gente muy simple, y en ésta... de manera muy débil. Sabes, la gente más refinada y con mayor cultura, tanto la que pertenece a las viejas religiones como la que pertenece a la más relajadas de hoy, siente una especie de odio maniqueo hacia el mundo (utilizo la palabra en su sentido propio, la casa del hombre). La gente como ésta debe ser a la vez enemiga de la belleza y esclava de la necesidad, y la verdad es que son ellos quienes en la actualidad dirigen el mundo y creo que será así hasta que todo lo antiguo haya desaparecido, y la historia se haya convertido en un libro del que las ilustraciones han sido arrancadas.

Pero la conclusión de la carta es igualmente reveladora:

Si me preguntas por qué doy coces contra el aguijón en esta materia, todo lo que puedo decir es, primero, porque no puedo remediarlo y luego porque me anima una especie de fe en que algo bueno saldrá de ello, alguna cultura de la que en el presente no sabemos nada.<sup>21</sup>

El trabajo de la «Anti-Scrape» de Morris tenía como origen el renacimiento de su esperanza, y al mismo tiempo contribuyó a reforzarla. ¿Cómo podemos realmente analizar las fuentes de tal cambio en la visión de las cosas de una persona? ¿Qué es lo que más contribuyó a este cambio en Morris? ¿El contacto con Islandia, la práctica de sus oficios, el estudio de la historia, la reacción concreta a la vida del poeta (el «amor real a la tierra»), la actividad pública y el contacto con la clase obrera? Ciertamente, todos estos elementos tuvieron su papel en la marea ascendente de confianza en el futuro que se produjo en Morris. Desde el principio de su trabajo en la Sociedad, se esforzó no por un parón completo de la restauración, sino por una «tregua» que durara quizá un siglo, la preservación intacta de los edificios hasta entonces, para que luego el futuro decidiera. Naturalmente, cuando se convirtió en socialista, en 1883, empleó el anterior razonamiento con convicción creciente. En su discurso en 1884 dijo directamente que el capitalismo se estaba muriendo, y una nueva sociedad surgía a la vida:

De la autenticidad y realidad de esa esperanza, depende la existencia, la razón para la existencia de nuestra Sociedad. Creedme, no será posible que un grupúsculo de gente cultivada mantenga vivo un interés por el arte y las noticias

del pasado en medio de las presentes condiciones de una lucha sórdida y dolorosa por la existencia de la mayoría, y de un lánguido deambular por la vida de unos pocos, pero cuando la sociedad se haya reconstruido de tal manera que todos los ciudadanos tengan una oportunidad compuesta del ocio merecido y del trabajo razonable, entonces toda la sociedad, y no sólo nuestra «Sociedad», asumirá la protección de los edificios antiguos... pues entonces por fin empezarán a entender que esos monumentos son parte de su vida presente y parte de sí mismos.<sup>22</sup>

«Aunque estoy comprometido con otras sociedades, que pueden considerarse a sí mismas más útiles», dijo en su discurso de 1889,

yo creo que el trabajo de esta Sociedad es completamente digno de ser llevado a cabo... Hagamos lo que consideremos nuestro deber en esta cuestión, y dejemos que los que nos sucedan hagan el suyo; eso bastará. Pero es mi creencia que nuestros descendientes nos agradecerán nuestra participación en el trabajo.<sup>23</sup>

Quizá su expresión de confianza más notable se produjo en el discurso de diez años antes, cuando nada sabía del socialismo, y antes incluso de que hubiera oído el nombre de Marx. «El obrero de hoy no es un artista», dijo:

La esperanza de mi vida es que esto pueda cambiar algún día; que el arte popular pueda desarrollarse de nuevo entre nosotros; que tengamos un estilo arquitectónico, nacido en el seno de su propia época, pero conectado con toda la historia.

Después de lanzar el llamamiento para una «tregua» que dejaría la decisión para el futuro, continuaba:

En cuanto a esa decisión de los tiempos futuros de un arte perfecto y vivo, no me asusta... Yo creo que entonces el pequeño edificio gris batido por las inclemencias del tiempo, construido por hombres ignorantes, destrozado por hombres violentos, remendado por los chapuceros, que ha sobrevivido a tantas esperanzas y temores de la humanidad, y sin embargo les parece simpático y familiar, creo que esa reliquia de tiempos pasados no será ofensa para la majestad y la belleza de sus calles... Más bien creo que lo honrarán tanto más cuanto que tendrán presente las muchas mentes y manos de seres que participaron en su construcción, y que lo guardarán religiosamente como símbolo sagrado de todos los triunfos y las tribulaciones del arte: del arte, el compañero constante y la expresión de la vida y de las aspiraciones del mundo.<sup>24</sup>

## Notas

1. «The Lesser Arts», *Works*, vol. XXII, p. 19.
2. W. R. Lethaby, *William Morris as Work-master* (1901), p. 67.
3. *Ibid.*, pp. 145-146.
4. *Works*, vol. XII, p. XIII.
5. *Letters*, p. 86.
6. Esta campaña fue en realidad organizada por un comité independiente, en el que figuraba como vicepresidente G. E. Street y H. Wallis como secretario honorario. La correspondiente del comité se conserva en el Brit. Mus. Add. MSS. 38831, y la carta de Morris solicitando la firma de Gladstone se conserva en el Brit. Mus. Add. MSS. 44461, f. 123.
7. Lethaby, *op. cit.*, pp. 149-150.
8. Glasier, *op. cit.*, pp. 103-104.
9. Lethaby, *op. cit.*, p. 154.
10. *Letters*, p. 122.
11. Discurso a la Primera Asamblea Anual, Soc. Protectora de Edificios Antiguos, May Morris, I, pp. 116-117.
12. May Morris, I, pp. 153-154.
13. *Letters*, p. 92.
14. *Letters*, p. 93.
15. May Morris, I, p. 148.
16. «The History of Pattern-Designing», *Works*, vol. XXII, p. 233.
17. May Morris, I, p. 139.
18. Véase P. Henderson, *William Morris* (ed. 1973) pp. 273-282.
19. May Morris, I, p. 152.
20. Lethaby, *op. cit.*, p. 159.
21. *Letters*, p. 150.
22. May Morris, I, p. 145.
23. *Ibid.*, p. 157.
24. May Morris, I, p. 124.



# EL RÍO DE FUEGO

De WILLIAM MORRIS. DE ROMÁNTICO A REVOLUCIONARIO\*

Hablando en un mitin socialista en Oldham, el 11 de julio de 1885, un significativo agitador dijo:

He vivido y observado la época más degradante de la opinión pública que jamás haya atravesado Inglaterra, y he visto empezar a vacilar y a tambalearse el triunfante predominio de los tramposos en la vida privada y pública, el reinado de la hipocresía y la llamada respetabilidad.<sup>1</sup>

El agitador, al que la prensa corrientemente mencionaba como «señor W. Morris», no debía confundirse con «William Morris, autor de *The Earthly Paradise*», quien seguía siendo objeto de reconocimiento en la sociedad educada. La transformación del artista excéntrico y del literato romántico en agitador socialista puede ser considerada como una de las grandes conversiones de la historia. Morris no estaba solamente dando un paso de gran importancia y significación para su propia vida, ni tampoco únicamente proporcionando a los pioneros de la lucha socialista su más notable recluta. Estaba también —cuando se le considera (como una vez se vio a sí mismo) como «el tipo correspondiente a una cierta mentalidad» más que como a un individuo aislado— dando un paso que rompió el círculo encantado y cada vez más estrecho del derrotismo de la cultura burguesa.

Los años en los que tuvo lugar esta metamorfosis fueron los comprendidos entre el final de la agitación en torno a la cuestión oriental, en 1878, y los primeros meses de 1883. Morris no era desde luego en su época el único en analizar la patología de la sociedad capitalista: desde sus diferentes ópticas Carlyle, Ruskin, Matthew Arnold —incluso Dante Gabriel Rossetti y

\* William Morris. *De romántico a revolucionario*, traducción de Manuel Lloris Valdés, Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, pp. 232-260. («The River of Fire», en *William Morris: Romantic to Revolutionary*, Pantheon Books, Nueva York, 1955, 1977.)

John Stuart Mill— o bien se rebelaron disgustados contra la ética del capitalismo o pusieron en cuestión su inmutable base económica. Sin embargo todos estos hombres, los «detractores del “progreso”», de algún modo no llegaron hasta el final, a una concepción positiva y revolucionaria. Refiriéndose a la muerte del arte antiguo en una conferencia de 1881, decía Morris:

Nosotros, los pertenecientes a las clases medias inglesas, constituimos el más poderoso colectivo que la humanidad haya visto nunca... Y sin embargo, cuando nos encaramos con este hecho, no podemos dejar de ver que, incluso para nosotros con toda nuestra fuerza, será muy difícil producir este nacimiento del arte nuevo; pues entre nosotros y lo que podríamos hacer, si el arte no ha de perecer completamente, existe algo vivo y devorador; algo, por decirlo así, como un río de fuego que pondrá a prueba todo lo que trate de atravesarlo, y asustará a toda alma que no esté fortalecida por el deseo de la verdad y de la visión de los días felices que vendrán después.<sup>2</sup>

¡Qué visión tan notable! En aquel momento Morris poco podía hacer para describir la naturaleza de este «río de fuego», y sin embargo, podía ver a su alrededor a sus coetáneos más inteligentes —hombres que le habían ayudado a alcanzar el punto donde se encontraba— vacilando a la hora del salto. Rossetti, la inspiración de su juventud, murió en abril de 1882 y Morris reflexionó acerca de la falta de interés en la política por parte del pintor:

La verdad es que no se preocupó más que de cosas personales e individuales... Podía molestarse en grado sumo para ayudar a una persona que estuviese mal física o espiritualmente, pero era incapaz de concentrarse en las miserias de una masa de gente. Supongo, en suma, que se necesita ser una persona de ánimo esperanzado para sumergirse en la política de manera desinteresada, y Rossetti, ciertamente, no era una persona esperanzada.<sup>3</sup>

Si Rossetti vivía sin esperanza, Arnold (en opinión de Morris) carecía de otra dimensión, la determinación y el valor. Es verdad que Arnold, en sus años postreros, se sintió arrastrado por su odio hacia los fariseos hasta el punto de decir «nuestras clases medias no conocen ni el mundo ni al hombre; no tienen luz y no pueden dar ninguna», y de apelar directamente a la clase obrera para que tomara el remedio en sus propias manos. Pero en su conferencia sobre la «igualdad», que Morris leyó en la *Fortnightly Review* en 1878, proponía como programa práctico poco más que alguna reforma de la ley de herencias, de manera que cada nueva generación tuviese que contar únicamente con su propio esfuerzo, el ideal distante de la Transport

House. A Morris le impresionaba la sinceridad de Arnold,<sup>4</sup> pero no sus conclusiones:

Con la parte principal... estoy de acuerdo de todo corazón: lo único es que si él tiene alguna idea acerca de un remedio, no se atreve a exponerla. En cuanto a mí pienso que ninguna agua de rosas nos curará: desastres y desgracias de todo tipo, creo yo, serán las únicas cosas que engendrarán un remedio; en suma, nada puede hacerse hasta que todos los ricos se conviertan en pobres por consenso común. Yo supongo que él ve esto vagamente, pero tiene miedo de decirlo, encontrándose, aunque sea hombre valeroso por naturaleza, algo infectado por el gran vicio de esa clase cultivada que él tanto alababa, a saber: la cobardía.<sup>5</sup>

Como hemos visto, incluso John Ruskin, a quien Morris llamó «el primero en llegar, el inventor»,<sup>6</sup> se detuvo ante esta «devoradora» barrera. En verdad, Carlyle, Ruskin, Arnold, todos ellos estaban perfectamente dispuestos a apelar a la clase obrera para conducir a la nación a batallas por objetivos que ellos mismos llevaban en el corazón, que se derivaban de su propio y singular descontento, pero que tenían escasa relevancia por lo que se refiere a los agravios inmediatos sufridos por el pueblo trabajador. Estaban demasiado inclinados a ver en los obreros la infantería de un Ejército de las Luces, luchando valientemente por la cultura o por una nueva moral, bajo el mando de ellos mismos y de unos cuantos líderes ilustrados que hubiesen roto con la farisaica clase media.

Morris cayó también en este error entre los años 1878 y 1880. Al mismo tiempo que empezaba a escribir y a dar conferencias para la «Anti-Scrape», emprendió un nuevo ciclo de conferencias en las que pretendía presentar a los obreros la causa del arte. Hablando sobre «Las artes menores» en la primera de estas conferencias, en diciembre de 1877, expuso el caso de la manera más simple. La inundación del mercado con productos «malos y despreciables» era culpa de todas las clases sociales, productores y consumidores, en particular,

(los llamados) fabricantes se ven en el trance de llevar la competencia a su nivel más alto, competencia en baratura, no en excelencia, de modo que coinciden con lo que quieren los cazadores de gangas y les suministran alegremente la sucia mercancía a bajo precio...

El remedio, por lo tanto, está en los productores,

los artesanos, que no ignoran estas cosas como el público, y que no se ven forzados a ser codiciosos y hallarse aislados como los fabricantes y los inter-

mediarios: el deber y el honor de educar al público está en ellos, y ellos tienen en sí mismos la semilla del orden y de la organización que hace tal deber más fácil.<sup>7</sup>

Además, todas sus investigaciones en el campo de la arquitectura gótica y en el de las artes decorativas reforzaron su convicción de que las verdaderas raíces de estas artes se hallaban en las destrezas tradicionales del pueblo. «La historia», dijo en una de sus frases más llamativas, «recuerda a los reyes y a los guerreros porque destruyeron; el arte recuerda al pueblo, porque ha creado».<sup>8</sup> Puestas así las cosas, ¿no era lo más natural que él se volviera hacia el pueblo para procurar el renacimiento del arte? La única esperanza para el arte se encontraba en un futuro en el que la clase obrera,

el «residuo» de la civilización moderna, el terror de los políticos radicales, y el instrumento de los reaccionarios, se convertirá en la gran masa del ordenado pueblo pensante, suave y limpio en sus maneras, y noble en sus aspiraciones, y eso... es la única esperanza de un arte digno, viviente, perdurable; ninguna otra cosa, afirmo yo, ayudará...<sup>9</sup>

Su primera conferencia la pronunció ante una asociación llamada «Trades Guild of Learning», promovida por el profesor Warr, un positivista y colega del viejo amigo radical de Marx, el profesor Bessly, y durante algunos años secretario del Cobden Club. George Wardle, el administrador de la Firma, recordaba (en una carta a sir Sidney Cockerell) que Warr organizó su «Guild» con la ayuda de Morris, porque «tenía la idea de la moralización del capitalismo» por medio de la educación de los jóvenes carpinteros, albañiles y aprendices. Al principio, también para Morris

era más bien una cuestión de educar al obrero, especialmente al artesano o trabajador en cualquiera de las bellas artes... Apenas si necesito decir que había muy pocos obreros de ninguna clase allí [en las primeras conferencias], excepto los hombres de Queens Square [la Firma] y que el grueso de la audiencia estaba formado por los *clientes* de Morris.<sup>10</sup>

En esta situación, pues, se encontraba Morris en 1879 y 1880, incluso en 1881, enfrentado a la barrera del «río de fuego», vacilando antes de lanzarse a él. De la vida real de los obreros sabía muy poco. Conocía y respetaba a los artesanos que trabajaban para la Firma, y a los aldeanos de Kelmscott, pero las sórdidas escenas de la Metrópoli las había contemplado como alguien ajeno que lanzase una ojeada a un llamativo interior de vicio:

Mirad —dijo en 1881—, cuando me siento a trabajar en casa, que está en Hammersmith,<sup>11</sup> cerca del río, con frecuencia oigo pasar por debajo de la ventana algo de ese rufianismo de que tanto han hablado últimamente los periódicos. Cuando oigo los gritos y aullidos y toda la degradación arrojada sobre la lengua gloriosa de Shakespeare y Milton, cuando veo los rostros y las figuras, brutales y desconsideradas, pasar a mi lado, eso provoca también en mí brutalidad y desconsideración, y una ira fiera se adueña de mí, hasta que recuerdo, como creo que lo hago casi siempre, que sólo fue la suerte, mi buena suerte, lo que me hizo nacer respetable y rico y me puso a este lado de la ventana entre libros maravillosos y agradables, obras de arte, y no en la otra parte, en la vacía calle, las apestosas bodegas, los alojamientos sucios y degradados. ¿Qué palabras pueden expresar todo lo que eso quiere decir?<sup>12</sup>

Entonces, realmente me sorprende ante la extraña y tenue madeja de circunstancias que me ha armado para hacer y soportar con tal refinamiento lo que yo mismo no hice, sino que nací en ello. Me asombro de esto, digo...<sup>13</sup>

A principios de la década de 1880 es obvio que Morris estaba decepcionado de las grandes ambiciones que había alimentado al fundar la Firma. Para comprender esto, debemos recordar que, en sus orígenes, la Firma no había sido para él una aventura comercial ni tampoco exactamente una aventura artística. Más bien fue la forma que tomó su «sagrada cruzada contra la época». La intención de la empresa era luchar contra la marea de hipocresía en un campo concreto de la vida victoriana, inyectar en las fuentes mismas de la producción un elemento de trabajo placentero y creador, recrear condiciones de producción artística propias de tiempos medievales. Pero la época no se echó a temblar ante este tipo de ataque. Los suburbios crecían y cada vez eran más numerosos los feos edificios suburbanos y respetables:

Yo creo que me entenderéis... pero que muy bien, si os pido que recordéis la punzada de desaliento que nos agrede cuando volvemos a algún lugar del campo por el que en algún tiempo pasado hayamos sentido una gran simpatía... ahora, allí, cuando pasamos una curva de la carretera, o coronamos la cima de la colina, lo que primero capta nuestra mirada es el inevitable techo azul empizarrado y el estuco color de barro cubierto de manchas, o la pared mal hecha o los ladrillos mal hechos de los nuevos edificios; después, cuando nos acercamos y vemos los áridos y pretenciosos pequeños jardines y las horribles verjas de hierro forjado, y las miserias de dependencias escualidas emborronando los dulces prados y los setos...<sup>14</sup>

Otra cosa habría sido si la época hubiera ignorado completamente a la Firma o si hubiera luchado contra ella con uñas y dientes. Pero, en lugar de eso, los círculos adinerados y de moda se habían apropiado de ella.<sup>15</sup> En la

novela de Mrs. Humphrey Ward, *The Marriage of William Ashe*, la casa de lady Tranmore se describe como un reflejo de «la creciente adoración por Morris y Burne-Jones»:

Sus paredes estaban cubiertas con los bien conocidos modelos girasol, granada o jazmín; sus cortinas eran de un místico verde-azul, sus cuadros eran copias o de los primitivos italianos o de sus seguidores modernos.<sup>16</sup>

Además, Morris estaba furioso porque fabricantes comerciales estaban lanzando imitaciones baratas de los productos de la Firma, incluido un papel de pared que él describió como «un pepinillo asqueroso sobre un fondo de estercolero». <sup>17</sup> El apelativo «Morris» se estaba convirtiendo en la divisa de una especie de ostentoso cultivo entre un segmento de las clases altas y medias, y el propio diseñador empezaba a considerar a sus clientes con creciente disgusto.

Desde sus primeros días la Firma se había atendido a ciertos principios en su trabajo. Su primer administrador, Warrington Taylor, había perdido (sin saberlo Morris) una vez un buen contrato para decorar una iglesia por haber escrito en el presupuesto, en el epígrafe «suministro de seda y paño de oro para el altar».

*Nota.*— En consideración al hecho de que el artículo arriba mencionado es una extravagancia completamente innecesaria e inexcusable en una época en que, en este país que se dice cristiano, miles de pobres gentes están necesitadas de comida, se cargará una suma adicional de diez libras al artículo en cuestión.<sup>18</sup>

Cuando Morris empezó la campaña Anti-Scrape (contra el reprimado) rechazó todos los pedidos para la decoración de vidrio polícromo en iglesias antiguas, para no parecer que se estaba aprovechando él mismo del fenómeno de la restauración. En la decoración de casas privadas se sintió todavía más constreñido. Philip Webb había construido uno de sus edificios más ambiciosos para sir Lowthian Bell, el dueño de fábricas metalúrgicas, y Morris, a quien se llamó para que se hiciese cargo de la decoración de interiores, se sintió tan complacido con el edificio obra de su amigo que decidió atender el trabajo en persona. Un día, según relato de sir Lowthian Bell,

vio a Morris hablando y paseándose arriba y abajo excitadamente, y fue a averiguar si algo andaba mal. «Se volvió hacia mí como un animal salvaje: "sólo es que empleo mi vida atendiendo el cochino lujo de los ricos".»<sup>19</sup>

En enero de 1882 escribía a Burne-Jones:

Tengo acaso más trabajo del suficiente para hacer, y... estoy viviendo un tanto hundido en el valle de la humillación... A veces me parece como si mi suerte fuera extraña: mira, mi trabajo es muy duro, y en general lo hago bastante alegremente, y no sólo por ganarme el pan, así lo espero, ni menos aún por las alabanzas; cuando trabajo nunca olvido la causa y sin embargo sé que la causa por la que me esfuerzo especialmente está condenada al fracaso, al menos en apariencia. Quiero decir, que el arte debe derrumbarse, donde o como resurja, y ello siempre... En ocasiones me parece realmente una cosa extraña que un hombre se sienta impulsado con energía e incluso con entusiasmo y placer a un trabajo que sabe que no tendrá otro fin que el de divertirle; ¿no estoy haciendo nada entonces, sino pretender que hago, algo parecido a Luis XVI como fabricante de cerraduras?<sup>20</sup>

En su diseño estaba, en general, decantándose en favor de la simplicidad más que de la riqueza del acabado. Y en sus conferencias sobre las artes menores —por ejemplo en *Marking the Best of It* («Sacándole el mejor partido a la cosa»)— se esforzaba de continuo en trasladar sus principios en términos de los ingresos de la clase obrera. El fino grabado, las alfombras y los cortinajes costosos, la rica pintura, todas estas cosas podían ser deseables pero no constituían el elemento más importante. En primer lugar, lo malo debía ser expulsado. «Simplicidad de vida, engendrando simplicidad de gusto... es de todas las cosas la más necesaria para el nacimiento del nuevo y mejor arte», dijo en su primera conferencia. Fue un tema constante en las que siguieron. La «simplicidad de vida», dijo en 1881,

no es una desgracia, sino el fundamento mismo del refinamiento: un suelo enarenado, paredes blancas y lisas y, en el exterior, verdes árboles y prados floridos y aguas corrientes; o acaso un lugar sombrío cargado de humo con un regimiento de sirvientas siempre trabajando para quitar la suciedad para que no se note, ¿qué lugar de los dos piensas que es el más refinado?...<sup>21</sup>

Incluso la riqueza del futuro, para él, era asunto más de calidad que de abundancia:

Al mirar con esperanza adelante, hacia cualquier utopía de las artes, no concibo que allí haya una gran cantidad de arte de ningún tipo, ciertamente, ni de ornamentación, aparte de las artes puramente intelectuales; e incluso éstas no deben invadir demasiada vida... Mirando hacia adelante desde el fárrago de basura del que ahora estamos rodeados (puedo) principalmente ver posibles virtudes negativas en lo externo de nuestros bienes familiares; puedo verlos, nunca de aspecto lastimoso, pretencioso o poco generoso, siempre natural y ra-

zonable; también hermosos, pero más por ser naturales y razonables que porque nos hayamos propuesto hacerlos hermosos.<sup>22</sup>

«Yo decoro casas modernas para la gente» le dijo al joven Yeats,

pero la casa que me complacería sería un gran cuarto donde uno hablara con sus amigos en una esquina, y comiera en otra, y durmiera en otra y trabajara en otra.<sup>23</sup>

Y a su amigo Scheu, el socialista, con quien seguramente intercambió con frecuencia anécdotas sobre el oficio, le dijo:

Quisiera ser capaz de hacer unas buenas botas ajustadas o un buen traje o vestidos: no siempre esas cosas que son juguetes de la gente rica. Tal como están las cosas en este momento, en mi trabajo de creación dependo de las ociosas clases privilegiadas hasta las cintas de mi delantal.<sup>24</sup>

«Los escritos de Morris sobre el socialismo», escribió Shaw, «conjuraron realmente, por primera vez, todas sus reservas intelectuales».<sup>25</sup> Esto es totalmente cierto, y entre estos escritos deben incluirse las conferencias pre-socialistas sobre arte. Al preparar estas conferencias —manuscritas con hermosa letra y sólo alguna abreviatura o corrección de vez en cuando— Morris estaba ejercitando y disciplinando su mente como nunca antes. Nada sería más erróneo que suponer que estas conferencias fueron producto del azar o preparadas casi de improviso. Aparte de las pronunciadas ante un público general al objeto de recaudar fondos para la campaña de la «Anti-Scrape», Morris elegía cuidadosamente su público, dirigiéndose a personas que participaban prácticamente de la producción artística, el diseño o la artesanía. En sus conferencias es posible detectar su pensamiento avanzando paso a paso, el descubrimiento de una conclusión, el camino lógico hacia la siguiente. En 1880 se refirió a la preparación de una conferencia para las «Trades Guilds of Learning» como su «obra otoñal». Sobre otra, prometida al London Institute para el siguiente mes de marzo, escribió en la misma carta:

Trabajaré lo más seriamente que me sea posible... la materia... todavía me parece la más importante sobre la que pueda pensar un hombre; pues aquí se encierra nada menos que la oportunidad de una vida tranquila y digna, y por lo tanto feliz, para la gran masa de la humanidad.<sup>26</sup>

«Sé lo que quiero decir, pero las malditas palabras se me escurren entre los dedos», escribió refiriéndose a otra conferencia. Una, pronunciada a prin-



cipios de 1881, le costó prepararla todo el mes de febrero, incluidos —como sugiere su diario— ocho días completos, mientras que de otra escribía: «ésta será corta, pero me llevará dos semanas de trabajo, lo sé».<sup>27</sup> E incluso después de dar una conferencia su mente estaba inundada de ideas, o se quedaba perplejo y desconcertado:

Mi público... estuvo educado y atento; pero me temo que se quedaron muy perplejos ante lo que dije; y podría ser, puesto que si lo llevaran a cabo el comercio de Nottingham se acabaría.<sup>28</sup>

En todas sus conferencias estuvo motivado, como en sus discursos a la «Anti-Scrape», por su creciente comprensión de la marcha de la historia, del hecho de la división en clases y de la lucha de clases. Si la simplicidad era el objetivo, el conseguirlo liberaría por igual a los ricos y a los pobres:

Un estado de cosas que genera vicios entre el pueblo bajo no producirá las virtudes opuestas entre la gente alta, sino los vicios correspondientes; si se corta un patrón sobre una pieza de paño y después se vuelve del revés y se mira por detrás, se verá el reverso del patrón, y no otro patrón: las riquezas materiales engendradas por la esclavitud y la pobreza material producen el sarcasmo, el cinismo y la desesperación.<sup>29</sup>

Y otra vez:

El lujo no puede existir sin la esclavitud de una clase o de otra, y su abolición será bendecida... al liberar a ambos, los esclavos y los amos.<sup>30</sup>

O la intransigente declaración de la primera de sus conferencias:

Señores, yo creo que el arte se compagina tanto con una libertad alegre, el corazón abierto y la realidad, como enferma con el egoísmo y el lujo, por lo que no puede vivir aislado y exclusivo. Iré más lejos y diré que en tales términos no quiero que viva el arte, prefiero que no viva... No lo quiero para unos pocos, así como tampoco la educación a la libertad para unos pocos...

No, antes de que el arte viva esta pobre vida esquelética entre unos cuantos individuos de excepción, despreciando a los que están en una esfera más baja, por una ignorancia de la que aquéllos son responsables, por una brutalidad contra la que no lucharán, antes que eso, quisiera que el mundo se olvidara del arte durante un tiempo.... antes de que el trigo se pudra en el granero del avaro, quiero que lo posea la tierra, que pueda tener todavía la posibilidad de crecer en la oscuridad.<sup>31</sup>

En realidad, estas conferencias hablan menos de una crítica plena de las artes que de una crítica de la civilización misma, vista con perspectiva histórica y tal como se reflejaba en el arte público contemporáneo. El peligro, dijo Morris en una conferencia, es que

el curso presente de la civilización destruirá la belleza de la vida; estas palabras son duras y yo quisiera poder suavizarlas, pero no puedo mientras diga lo que creo que es la verdad.<sup>32</sup>

Y en otra:

La civilización... ha hecho aumentar y crecer un mal tiránico hasta el punto de que unos pocos no tienen nada que hacer, y se sienten por ello desgraciados, mientras la inmensa mayoría tienen que hacer un trabajo degradante, y se sienten por ello desgraciados... De todos los países el nuestro... es el más avezado, el más implacable a la hora de impulsar el ciego avance de esta civilización... Por nuestra parte pensamos que el remedio se encuentra en la simplificación de la vida y en la restricción del lujo y de los deseos de mando y tiranía a que éste da lugar...

Si eso no puede ser alcanzado, entonces la alternativa es

que durante una época la sociedad se rompa por la acción de las fuerzas de la codicia y del interés egoísta, por la lucha de hombre contra hombre, nación contra nación, clase contra clase.<sup>33</sup>

La lucha de clase contra clase era algo que Morris percibía todavía como sólo destructivo, y sin embargo, preferible a la extinción gradual de todo arte y de las nobles aspiraciones en medio de la vulgaridad burguesa. Si la «civilización» no significaba más que el logro de comodidades para la clase media, dijo en 1880, entonces, «¡adiós esperanzas!»:

Yo había creído que la civilización significaba el logro de la paz, el orden y la libertad, de la buena voluntad del hombre para con el hombre, del amor a la verdad y el odio a la injusticia... una vida libre de temor cobarde, pero llena de episodios: eso es lo que pensé que significaba, no más sillas acolchadas, ni más cojines, ni más alfombras, ni gas, más delicada comida y bebida. De aquí proceden las agudas y crecientes diferencias entre clase y clase.<sup>34</sup>

Si eso era todo lo que significaba «una civilización demasiado dispuesta para baladronear en los discursos que siguen a los banquetes; demasiado dispuesta para lanzar sus bendiciones a pueblos lejanos con la boca de los cañones»,<sup>35</sup> en tal caso

yo soy de aquellos que quisieran que no hubiésemos llegado tan lejos... antes de haber llegado a ser otra cosa que lo que somos, hubiera preferido que hubiésemos sido todos pastores... entre colinas y valles; hombres de conocimientos elementales, cierto es, pero de fuertes sentimientos; hombres rudos, si se quiere, pero no brutales; capaces de cultivar algún tipo de arte, que sería al menos genuino y espontáneo; hombres que se conmovían con la poesía y los relatos, que trabajarían duro pero que también tendrían ocio... ni maliciosos ni excesivamente blandos de corazón, hombres satisfechos de vivir y dispuestos también a morir... en una palabra: hombres, libres e iguales.

Pero no, no puede ser; el tiempo ha pasado y la civilización avanza veloz, aunque no sin altibajos...<sup>36</sup>

Y en un pasaje de otra conferencia pronunciada en 1880 y que anticipa su crítica plenamente socialista de la sociedad, declaraba:

Si la civilización no ha de ir más lejos que esto, mejor no haber llegado tan lejos; si no aspira a librarse de esta miseria y a darle una parte de la felicidad y dignidad de la vida a *toda* la gente que ha creado... es simplemente una injusticia organizada, un mero instrumento de opresión, peor que lo malo que le precedió, pues sus pretensiones son más altas, su esclavitud más sutil, su dominio más difícil de destruir, porque se apoya en una masa densa de bienestar y confort corrientes.<sup>37</sup>

«Es realmente extraño», dijo en 1881,

es horroroso, es a duras penas comprensible, si pensamos en ello como seres humanos, y no como máquinas, que, después de todo el progreso de la civilización, resulte tan fácil, con una pequeña charla oficial, con unas pocas líneas en un pedazo de papel, poner en funcionamiento una maquinaria tan terrible, que sin la menor molestia por nuestra parte matará a diez mil hombres... y esto apenas si pesa sobre las conciencias de *todos* nosotros; mientras que por otra parte, si la cuestión es asestarle un golpe a los males abrumadores, aplastantes que tenemos a nuestras puertas... no sólo no existe ninguna maquinaria nacional para tratarlos... sino que cualquier indicación de que sería posible es recibida con la risa o con el terror, si no con censura severa y fuerte. Los derechos de propiedad, las necesidades de la moralidad, los intereses de la religión, ¡esas son las palabras sacramentales de cobardía que nos silencian...!<sup>38</sup>

«Si pensamos en ello como *seres humanos*»... aquí, en esta firme negativa de Morris a admitir que los hombres pudiesen ser meras víctimas de las condiciones creadas por ellos mismos, es donde más intensamente puede advertirse la influencia de las sagas nórdicas, con su «adoración del valor». «Podríamos pensar», dijo a finales de 1881, que somos «simples briznas de

paja» inmersos en una «marea irresistible». «Pero no llevemos demasiado lejos la metáfora. Porque somos hombres y no briznas de paja, hombres con voluntad y aspiraciones y con deberes que cumplir...» La *acción* es el tema recurrente de sus conferencias. En 1880 escribía a Georgie Burne-Jones:

Con toda sinceridad, deseo poder hacer algo más espectacular que este mero murmurar en privado y alguna aparición pública ocasional para elevar el nivel de la revuelta contra la sordidez que la gente —tan estúpida es— cree que es necesaria.<sup>39</sup>

Empresas educativas, campañas para que se respetase la Ley de Humos, asociaciones como la Commons Preservation y las Kyrle Societies, que se movilizaban para impedir las peores devastaciones de la ciudad y el campo, a todas ellas Morris estaba dispuesto a darles su apoyo público. Pero su análisis de la sociedad era demasiado profundo como para creer que todos estos esfuerzos harían algo más que limitarse a arañar la superficie. En agosto de 1881 volvió a escribir a Georgie, quien al parecer le había sugerido que se diera por satisfecho con esas limitadas formas de acción:

No estoy de acuerdo con usted en condenar las quejas contra las locuras y los males que oprimen al mundo incluso entre amigos, pues dése cuenta de que sólo de vez en cuando puede uno hablar en público, y mientras tanto tiene uno el corazón en un puño, y cierta expresión de este sentimiento aviva la llama incluso en aquellos que uno más ama y respeta, y es bueno sentir el aire cargado con la tormenta que viene, aunque nos entreguemos como siempre a nuestro trabajo diario y a nuestras conversaciones más banales. Limitarse a refunfuñar y no actuar, eso es tirar la vida por la borda; pero no creo que las palabras en pro de la causa que llevamos en nuestro corazón sirvan sólo para herir el aire, incluso cuando se pronuncian estrictamente entre amigos: en el peor de los casos sería como la música a cuyo compás los hombres se lanzan a la batalla.<sup>40</sup>

Aquí, en sus conferencias, Morris estuvo pues continuamente haciendo un reconocimiento de las orillas del «río de fuego». «Cuando hablaba improvisadamente», según el recuerdo de uno de sus coetáneos,

tenía a veces la habilidad de martillear lo que deseaba transmitir; hasta que había dicho exactamente lo que quería decir con las palabras que quería usar exactamente, meciéndose mientras tanto.<sup>41</sup>

Las conferencias eran el yunque en el que forjaba sus ideas. Su talante variaba frecuentemente e iba de la esperanza a la depresión. Por una parte

sentía que la tormenta se estaba formando, que ya no estaba aislado y que la gente empezaba a moverse en la dirección que él seguía: «es una gran alegría ver que la cosa está en marcha, que se está removiendo en las mentes de otros hombres, aparte de en la mía», escribió en 1881.<sup>42</sup> En uno de los pasajes más penetrantes de su primera conferencia había presentado que el movimiento de ideas y su influencia en la historia era algo más que un mero accidente del descontento individual:

Supongo que si en cualquier momento media docena de hombres aunaran seriamente sus corazones en favor de algo por venir, no discordante con la naturaleza, lo que sea sucederá un día u otro; porque una idea no se mete en las mentes de unos pocos por accidente; más bien son impulsados hacia adelante, y forzados a hablar y actuar por algo que se mueve en el corazón del mundo...<sup>43</sup>

Por otra parte, con mucha frecuencia se sentía impotente ante la intacta fachada capitalista. En el verano de 1882, con desavenencias internas, guerras coloniales en el exterior y el problema del hambre en Irlanda, escribía a Georgie Burne-Jones:

En verdad soy más viejo y este año no viene bien dado; un verano que no es verano, el hambre, la guerra y la locura de los pueblos vuelven, por así decirlo, y la cada vez más evidente muerte del arte antes de su renacimiento son asuntos excesivos para una pequeña criatura como yo, que no puede hacer sino pensar en todas estas calamidades y poco puede solucionar.<sup>44</sup>

De hecho, pudo haberse estancado en esta postura si su trabajo en la «Anti-Scrape», sus conferencias y su práctica artística hubieran sido sus únicos frentes. Por revolucionaria que fuera su intuición teórica de los problemas que más le preocupaban, era posible que cayera en la desesperanza y en la nostalgia si no hubiera tenido una confianza práctica en la posibilidad de vencer al capitalismo y un contacto efectivo con la clase obrera. En este punto rompió Morris decisivamente tanto con Ruskin como con Arnold. «Limitarse a refunfuñar y no actuar, eso es tirar la vida por la borda». Una vez decidido intelectualmente, Morris siempre buscó la forma de acción más a mano para realizar con eficacia sus propósitos. Desde la época del lamentable final de la agitación acerca de la cuestión oriental, Morris había mantenido vínculos con el movimiento radical de los obreros de Londres. Es verdad, sin embargo, que el destino de la A.C.O. no le dejó en un estado de ánimo esperanzado. Le parecía que la patriotería se había adueñado del país:

El partido de la paz es una muy pequeña minoría... *no hay duda de ello*. Durante los próximos años, hasta que acaso grandes desastres nos den una lección, seremos una nación tory y reaccionaria. Yo creo, por mi parte, que lo mejor sería que todos los hombres decentes se abstuvieran de la política durante un tiempo. De ese modo, estos locos cosecharían más pronto el fruto de sus propias artimañas.<sup>45</sup>

Pero esta actitud de «dejarles que se cuezan en su propia salsa» no difería mucho de la que es propia de un entusiasta recién convencido cuando tropieza con su primer revés; y Morris superó muy pronto esta situación gracias a los acontecimientos del año siguiente.

El imperialismo proseguía su brutal avance, desde las islas Fidji a Borneo, desde Sudáfrica hasta el Mediterráneo. A fines de 1878 Disraeli y sus consejeros militares se aprovecharon del espíritu patrioter y de la fobia antirrusa para dedicarse a «rectificar» la frontera noroeste de India, la cual, según Disraeli, era «un azar, no algo científico». La campaña que se lanzó de este modo en Afganistán se arrastró durante varios años, en medio de desastrosos reveses y poco gloriosas «victorias». Thomas Burt, el diputado de los mineros, hizo uno de sus mejores discursos en la apertura del parlamento.<sup>46</sup> El gobierno se había pasado de la raya en 1879 con esta guerra, la anexión del Transvaal y las guerras contra los kaffires y —la más impopular de todas— contra los zulúes. Si hubiera tenido éxito sin duda la ola de patriotismo habría podido llevar a Disraeli de nuevo al poder en las elecciones generales que tuvieron lugar en los primeros meses de 1880. Pero todas las guerras mencionadas tuvieron un resultado incierto y fueron brutales y caras; y el creciente disgusto del pueblo británico, al que Gladstone supo ganarse con las frases devastadoras de sus campañas «midlothianas»\* contribuyó a la llegada de un gobierno liberal al poder.

Morris vio que el imperialismo era el inevitable y más pernicioso resultado del «siglo del comercio». Lo denunció tanto en términos artísticos como políticos. «Mientras estamos reunidos aquí en Birmingham», dijo a principios de 1879,

para promover la ampliación de la educación artística, en la India hay ingleses dedicados a... destruir activamente las fuentes mismas de esta educación —joyería, metalistería, alfarería, calicós estampados, tejido de brocados, manufactura de alfombras—, todas las artes famosas e históricas de la gran península han sido... eliminadas en beneficio de cualquier mínima magnitud del llamado comercio.<sup>47</sup>

\* Referencia a la campaña escocesa de Gladstone, que le llevó al poder. Midlothian es un condado de Escocia central. (N. del ed.)

A fines de enero de 1880, en una conferencia probablemente destinada a algún club radical de la clase obrera, en conexión con la campaña electoral, y que estaba dedicada a combatir a «la tribu de los patrioters» y al eslogan «Our country Right or Wrong»\* que éstos exhibían en sus estandartes, declaró Morris:

El lugar de Inglaterra, ¿cuál es el lugar de Inglaterra? ¿Llevar la civilización a todo el mundo? Sí, es verdad, el mundo debe ser civilizado y yo no dudo de que Inglaterra tendrá una importante participación en esa tarea de extender la civilización. Y, sin embargo, desde que oigo hablar de vino sin mosto y de tela de algodón hecha sobre todo con baritina y de seda que está compuesta por dos terceras partes de recuperado y de cuchillos que se doblan o se rompen cuando tratas de cortar con ellos cualquier cosa más dura que la mantequilla y de muchos otros triunfos del Comercio que proliferan en esta época, empiezo a preguntarme si la propia civilización no será en ocasiones algo tan adulterado como indigno de ser extendido al resto del mundo. En todo caso, muy digno no puede ser cuando hay que matar a la gente para que llegue a aceptarlo...<sup>48</sup>

En la época en que pronunció esta conferencia Morris estaba atravesando ese período de transición que más tarde había de describir como «una breve fase de radicalismo político durante la cual tenía una idea bastante clara de mi ideal, pero no tenía ninguna esperanza de que llegase a realizarse».<sup>49</sup> En otoño de 1879 fue nombrado tesorero de la National Liberal League, una organización pequeña y bastante ineficaz que se afanó por conservar la influencia de la Labour Representation League cuando ésta se disolvió hacia finales de 1878. Su primer secretario fue Henry Broadhurst, el antiguo colega de Morris en el «Comité de Trabajadores por la Neutralidad» y asimismo secretario del comité parlamentario del TUC. La mayor responsabilidad en la promoción de candidaturas de trabajadores bajo el patrocinio del partido liberal recayó ahora sobre el Comité parlamentario. La N.L.L. parece haber sido diseñada por sus promotores, Broadhurst y el presidente de la misma, George Howell (ex-secretario de la L.R.L.) sobre todo como un medio para unir a los sindicatos y clubes radicales de Londres, junto con algunos individuos de clase media, en apoyo de algunas reformas específicas y de carácter democrático a corto plazo. Su primera campaña importante se produjo en las elecciones de 1880, cuando contribuyó a movilizar a la clase obrera londinense en apoyo de la plataforma de Gladstone de «Paz, Austeridad, Reforma». Morris, todavía bajo la influencia de la oratoria de Gladstone, trabajó como un colaborador leal durante

\* «Con razón o sin ella, es nuestra patria».

la campaña electoral.<sup>50</sup> Es verdad que no pudo callarse y dejar de sugerir objetivos de más largo alcance:

Pienso en un país en el que cada hombre tenga suficiente trabajo, y donde ninguno tenga demasiado; donde ningún hombre tenga que trabajar hasta el embrutecimiento simplemente para poder sobrevivir; donde al contrario, sea fácil vivir si se trabaja, imposible si no se trabaja... donde el trabajo de cada uno sea placentero para uno mismo y valioso para el prójimo; y en el que el ocio... (que debería ser mucho), sea racional y reflexivo...<sup>51</sup>

Reconoció, sin embargo, que estas opiniones eran solamente «aspiraciones» personales:

Entiendo perfectamente que mis aspiraciones no tienen la menor oportunidad de ser escuchadas hasta que la paz, la austeridad y la reforma hayan pasado... Yo tengo la intención, en cuanto a las próximas elecciones, de votar a cualquier hombre bueno y auténtico que me ayude a alcanzar esos fines, y dejar mis aspiraciones hasta el momento oportuno. A los que sois como yo, os aconsejo que hagáis lo mismo.<sup>52</sup>

La formación del gobierno Gladstone puso en aprietos a los promotores de la Liga. «Ahora tenemos que considerar la posibilidad de convertir la Liga en una fuerza: si ello no es posible, mejor disolverla inmediatamente», escribió Howell a Broadhurst el 26 de abril de 1880.<sup>53</sup> Broadhurst tenía escasas razones para seguir interesado en la Liga. El honesto albañil había sufrido el desastre de salir elegido para el parlamento y, expuesto a la alabanza paternalista de la burguesía hacia el representante de los «obreros británicos», se hallaba en la senda que le conduciría a una rendición total en Sandringham, en 1884, cuando el príncipe de Gales llegó incluso a acompañarle al «pub» de la aldea, en terrenos reales:

El príncipe me invitó a compartir el refresco de la casa y yo estaba bien dispuesto a aceptar la invitación. Creo que bebimos un vaso de cerveza cada uno, y nos sentamos en el «club-room», donde encontramos a varios trabajadores del campo disfrutando de sus medias pintas y de sus pipas. Ninguna excitación, ninguna molestia, ningún sentimiento incómodo se manifestó en los presentes... La cerveza era muy buena, con un sabor casero y aceptable... Dejé Sandringham con el sentimiento de quien hubiera pasado un fin de semana con un viejo compañero de su mismo nivel social, y no con el príncipe heredero y la princesa.<sup>54</sup>



No es de extrañar que Morris escribiera en una carta de ese mismo año (lamentando la carencia de verdaderos líderes de la clase obrera capaces de hacer consciente a ésta del «vago descontento y espíritu de venganza» que poseían):

Pero, véase, cuando un hombre tiene cualidades para esa clase de cosas, se encuentra con que tiende a elevarse de las filas de su clase antes de que haya empezado a pensar sobre política de clases como asunto de principio; y con demasiada frecuencia, simplemente es «atrapado» por las clases gobernantes, no formalmente, sino por circunstancias...<sup>55</sup>

Sin embargo, el lugar de Broadhurst como secretario fue ocupado por John Hales y se estuvo de acuerdo en que era deseable «en el interés del partido liberal en general y de los principios del liberalismo especialmente», que la Liga continuase e incluso ampliase su campo de acción. Morris le escribió a Broadhurst felicitándole por el escaño y añadiendo:

Cómo ampliar y profundizar la corriente de los principios radicales, manteniendo entre tanto el gobierno vivo y constante, sin azararlo ni asustarlo, me imagino que ésa es la cuestión.<sup>56</sup>

Se hizo el borrador de un programa de reformas que incluía peticiones para una detallada reforma electoral y legislaturas más breves; la abolición de las campañas electorales pagadas; la codificación de una legislación electoral; una (vaga) exigencia de reforma de las Land Laws; la demanda ya antigua de un gobierno municipal para Londres y —como medida añadida en abril de 1881 como resultado de la hostilidad de los lores tory hacia ciertas medidas políticas de Gladstone— la sustitución de la Cámara de los Lores por una cámara electiva.<sup>57</sup> «Es insatisfactorio», anotó Morris en su diario el 26 de marzo de 1881, después de asistir a un mitin de la Liga.<sup>58</sup> A disgusto, empezaba a admitir su propia desilusión con el gobierno liberal y con cualquier movimiento que se pegara a la cola del mismo. La marcha del imperialismo siguió su curso, sin coto, bajo la nueva Administración; el único resultado aparente fue la introducción de una cierta incertidumbre en cuanto a la política colonial que condujo a nuevos desastres y a nada gloriosas derrotas. Morris todavía no bajaba de su pedestal a Gladstone, su antiguo ídolo. Lo retrató como a un hombre sincero y progresista, pero encadenado por sus colegas más reaccionarios. «La política: nada agradable», escribió en febrero de 1881:

No me fio del gobierno presente... como radical, es *Whig* y así permanecerá... Me temo que la mayoría liberal en el parlamento y en el gobierno se muestre

tímida... En tal caso, la influencia de Gladstone se verá sacudida de tal modo que el partido liberal caerá deshecho en pedazos; los hombres íntegros y auténticos deberán ponerse en ese caso a edificar un partido radical de entre las ruinas y hacerse a sí mismos líderes salidos de las piedras de las calles por lo que puedo ver. Pero... Gladstone es más fuerte en el país de lo que yo pensé, y con sólo que pudiera detener esas malditas pequeñas guerras y aguantar así hasta haber llevado a cabo su programa liberal habríamos dado un buen paso adelante. Pero pequeñas guerras con derrotas y con victorias sin gloria... sacuden terriblemente a un gobierno.<sup>59</sup>

Unos días más tarde lo encontramos todavía más lleno de ansiedad. La guerra proseguía, arrastrándose, en Afganistán:

Pienso que nuestra parte debería empezar a presionar un poco al gobierno, para que haga lo que sin duda quiere hacer... qué lástima que no exista un verdadero club radical bien organizado y dotado de objetivos políticos y que pudiese actuar rápidamente en coyunturas como ésta.<sup>60</sup>

No había transcurrido un mes cuando la situación del Transvaal supuso un golpe para la confianza de Morris en el mismo Gladstone. Durante su segunda campaña midlothiana, Gladstone se había referido a la anexión llevada a cabo por Disraeli en términos de la más intensa indignación moral:

Aunque Chipre y el Transvaal fueron valiosos en vez de no tener ningún valor, yo los repudiaría igualmente por haber sido obtenidos por medios deshonorosos para el carácter de este país.

Cuando, ya en el poder, se le recordaron estas palabras, Gladstone explicó que había utilizado el término «repudiar» en el sentido de «desagrado». Si bien su repugnancia moral podía ser cierta, no estaba en situación de contemplar como solución que aquéllos recuperasen su independencia, aunque la derrota infligida por los boers a las tropas británicas en Majuba Hill aproximó un tanto la moralidad y la práctica. «Tengo la esperanza de que el asunto será recogido de algún modo por gente de fuera del parlamento pues, dentro de él, todos o casi todos parecen estar comportándose muy mal», escribió Morris.<sup>61</sup>

Quizá se debió a la persistencia de Morris el que a los objetivos de la National Liberal League se añadiera, a fines de 1881, la petición de la aplicación a la política exterior de los «mismos principios morales» que prevalecen en las relaciones privadas. Por lo demás, el programa de la Liga<sup>62</sup> avanzó poco con respecto al del año anterior, excepto en su énfasis en la necesidad de reformar de forma extensa las leyes relativas a la propiedad agraria, cuestión muy presente en los círculos radicales. Pero poco después

de esto Morris renunciaba a su cargo de tesorero de la Liga, declarando: «Odio tanto —eso a pesar de mis cuentas— todo lo que es vago en política, como lo que lo es en arte».<sup>63</sup> Poco tiempo después de su dimisión la Liga desapareció del panorama público.

Gran parte de la actividad de Morris en la A.C.O. y la N.L.L., pues, no le reportó sino enseñanzas de tipo negativo. El trabajo en la primera, recordaba Wardle, le llevó a

conocer a algunos políticos a quienes hasta entonces no había conocido personalmente, pero eso no hizo que aumentara el respeto, cualquiera que fuera, que con anterioridad hubiera sentido hacia ellos.<sup>64</sup>

Sus relaciones con los dirigentes obreros «lib-lab» fueron incluso más importantes en el desarrollo de sus opiniones políticas. George Howell, el paciente manipulador de los hilos, no puede haberle inspirado nunca mucho respeto a Morris. Henry Broadhurst era un hombre más sincero, pero el típico producto de un sindicato de obreros especializados en una época de paz social. Morris gozó de una amplia oportunidad para observar los estadios a través de los cuales Broadhurst y Howell se convirtieron en peones de Mundella y sus colegas, y no es difícil ver —tras pasajes como el siguiente, correspondiente a una conferencia de 1883—, no una opinión doctrinaria, sino el peso de la propia experiencia personal de Morris:

Los sindicatos, fundados para el progreso de la clase obrera como clase, se han convertido ya en cuerpos conservadores y obstaculizadores, manejados por los políticos de la clase media para propósitos de partido.<sup>65</sup>

Ya en 1882 estaba casi enteramente desilusionado con el partido liberal. Escribió lo siguiente, refiriéndose a una elección parcial, al Hon. George Howard (quien posteriormente sería conde de Carlisle), artista aficionado, diputado liberal y colega de Morris en la A.C.O.:

Supongo que su distrito será North Riding... voy a hacerle... la nada política observación de que espero que tenga usted un buen contrincante: mejor ser vencido por uno bueno que vencer a uno malo. Adivino que habrá una buena procesión de ratas antes de que acabe la legislatura. Eso nos enseñará, espero, a no poner al peor candidato posible en todas las ocasiones. Excuse mi tono que casi se parece al de un zapatero remendón radical.<sup>66</sup>

Ló que finalmente abrió los ojos de Morris a la imposibilidad de ningún avance a la sombra del partido liberal fue la política del gobierno en Irlanda

y en Egipto. La introducción de la infamante Coercion Bill en 1881 había despertado la ansiedad de Morris, pero acalló sus temores con la reflexión de que «*no tienen la intención de utilizarla tiránicamente*». <sup>67</sup> De hecho, el ministro responsable de esta operación, Foster —quien tan noblemente hablara cinco años antes en la plataforma de la A.C.O.—, empleó sus poderes de forma tan despótica que incluso un segmento de los conservadores pensó que el ministro estaba siendo poco juicioso. En Egipto, las medidas liberales de «*pacificación*», en el verano de 1882, incluyeron el bombardeo de Alejandría por buques de guerra británicos. Esto completó la lección. La Coercion Bill, la adoración de «*líderes*» liberales que «*conducía al partido a un mero patrioterismo*», la «*guerra egipcia de los agiotistas*, todo eso destruyó cualquier rastro de fe que pudiera quedarme en que la alianza con el partido radical produjera algún bien». <sup>68</sup> «*El radicalismo*», escribió en junio del año siguiente,

nunca se convertirá en otra cosa sino en radicalismo... Está hecho por y para las clases medias, y siempre estará bajo el control de ricos capitalistas. Éstos no objetarán a su desarrollo político, si creen que pueden detenerlo ahí; pero no permitirán cambios sociales reales... <sup>69</sup>

La última de sus ilusiones había muerto bajo la crítica de la experiencia práctica. En su mente no quedaba barrera alguna que le impidiese su aceptación de las conclusiones socialistas. Pero cambios tan grandes como éstos no pueden ser alcanzados sin sufrir las más grandes tensiones. Ya a fines de 1879 se lamentaba del aparente agotamiento de su capacidad de creación literaria:

En cuanto a la poesía, no sé, no sé. El verso fluiría con fluidez si yo tuviera un asunto que llenara mi corazón y mi mente; pero escribir poesía por escribirla es un crimen en un hombre de mi edad y experiencia... <sup>70</sup>

El gran esfuerzo intelectual de sus conferencias debió de mostrarle la facilidad de gran parte de su poesía. En el mismo período existen pasajes no explicados en sus cartas a Georgie Burne-Jones que sugieren la ruptura de viejos e íntimos vínculos. En octubre de 1879 escribió desde Kelmscott:

Estoy sentado... en el cuarto de tapicería, veo cómo se alza, rojiza, la luna a través de la neblina que trae el viento de levante. Oigo mugir a una vaca en el campo. Me he estado sintiendo como escarmentado de muchas ideas y estoy también, ya te lo he dicho, desde hace un tiempo como despidiéndome de la belleza y la calma de los alrededores. Confieso... que parece como un paso muy importante hacia la despedida de este mundo.

El distanciamiento de su esposa parece haberse acentuado. En realidad el sentimiento de aislamiento personal durante estos años críticos resulta extremo. Le estaba volviendo la espalda a su propia clase, lo que significaba enfrentarse a la separación de muchos viejos amigos y colegas. Únicamente el sentimiento creciente de «la Causa» mantuvo su coraje. «Poco a poco tendrá que venir, lo sé», dijo en 1879:

La paciencia y la prudencia no han de faltarnos, mas tampoco el valor. Deberíamos ser como la tropa de Gedeón. «Quien sienta temor y esté asustado, que se vuelva y se marche pronto del Monte Galaad.» Y en esta tropa que no haya engaños; esperemos a que se haya pronunciado ya la última mentira piadosa, el último embuste de sobremesa.<sup>71</sup>

«Todo hombre que lleve una causa en su corazón», dijo en 1881, «tiene que actuar como si ésta dependiera solamente de él, sin que importe que sea muy consciente de lo menguado de sus propios méritos; así es como la acción nace de la mera opinión.<sup>72</sup>

Así pues, en el verano de 1882 estaba dispuesto «a unirse a cualquier grupo claramente socialista, sin el menor resquicio de duda»,<sup>73</sup> aunque su paso se demoró durante unos meses debido al mal estado de salud de su hija Jenny,<sup>74</sup> a sus afanes prácticos por aliviar una epidemia de hambre en Irlanda y también a la desconfianza que le inspiraba H. M. Hyndman, el antiguo tory que era a la sazón dirigente de la Federación Democrática.<sup>75</sup> Apenas si conocía a socialistas y no tenía ningún conocimiento de la teoría del socialismo. En el verano de 1881 se había indignado con la persecución a que el gobierno liberal había sometido a Johann Most, el anarquista alemán editor del periódico *Freiheit*, publicado en Londres, en el que había aparecido un artículo que ensalzaba a los asesinos del zar Alejandro II:

Supongo que ha visto la sentencia de Herr Most... ¡piense en la mezcla de tiranía y de hipocresía con que es gobernado el mundo! Éstas son las cosas que hacen que la gente que piensa sienta tanta repugnancia que pierde todo interés por la política, salvo la política revolucionaria. Debo decir que éste parece ser mi caso. En realidad, he sabido desde hace tiempo, o sentido, que la sociedad, a pesar de su moderna suavidad fue fundada sobre la injusticia y sostenida por la tiranía y la cobardía; pero para mí la esperanza ha sido que las cosas se arreglarían gradualmente, de tal modo que la lucha final, que necesariamente implicará violencia y locura, fuese tan breve que apenas contaría.<sup>76</sup>

En cuanto a conocimiento teórico, refiriéndose a cuando dio el paso de unirse a la Federación Democrática, escribió pasado el tiempo: «Era completa-

mente ignaro en cuestiones económicas; no había pasado de hojear a Adam Smith o de oír los nombres de Ricardo y de Karl Marx». <sup>77</sup> En 1882 leyó *Progress and Poverty*, de Henry George, y *Land Nationalisation*, <sup>78</sup> de Wallace, así como algo de Robert Owen y de los socialistas utópicos franceses, y también —como resulta evidente por sus muchas referencias— estaba leyendo mucho a William Cobbett, quien parece haber ejercido una marcada influencia sobre el directo estilo polémico de sus últimos escritos socialistas. En el curso del invierno de 1882-1883 asistió a una serie de actos públicos organizados por la Federación Democrática en los Westminster Palace Chambers bajo el título genérico de «Escalones para llegar» al socialismo. El exiliado austriaco Andreas Scheu, de profesión diseñador de muebles, recordaba así la presencia de Morris:

Una noche, cuando apenas había empezado el mitin, Robert Banner, el encuadernador, que estaba sentado detrás de mí, me pasó una nota... «El tercer hombre a su derecha es William Morris». Nunca le había visto antes y miré en seguida en su dirección. La delicada, muy inteligente cara de este hombre, su seriedad, la medio soñadora, medio inquisitiva mirada de sus ojos, su ropa sencilla y no a la moda, me causaron una profunda impresión de simpatía. <sup>79</sup>

El 13 de enero de 1883 Morris ingresó en la Federación. Esa misma semana fue nombrado *Honorary Fellow* del Exeter College, en Oxford. En su carnet de afiliado a la Federación, autenticado con la firma de H. H. Champion, figuraba la sencilla inscripción de «William Morris, diseñador».

Los meses siguientes constituyeron la verdadera época de su conversión. En una de sus primeras conferencias socialistas se refirió al sentimiento de gozo,

cuando finalmente, después de muchas luchas con obstáculos incongruentes, el trabajo escogido está ahí frente a nosotros, desembarazado de todas las cosas irreales, de los estorbos, y hemos sentido que nada podría impedirnos, ni siquiera nosotros mismos, hacer el trabajo para el que hemos nacido, y que nosotros éramos hombres y dignos de vivir. <sup>80</sup>

Se sumergió inmediatamente en una intensa actividad cotidiana:

cuando me uní a los comunistas, hice lo que yacía en mí  
aprender las raíces de su fe. Leí día tras día,  
todos los libros que podía, y escuché, escuché sobre cosas,  
todo lo que ellos decían; y duda tras duda las quemé todas,  
hasta que al fin sentí que tenía que hablarles a otros... <sup>81</sup>

Con fecha de 22 de febrero un amigo de Morris hacía la siguiente anotación en su diario: «Estaba entusiasmado con Karl Marx, al que acababa de empezar a leer en francés. Alababa muchísimo a Robert Owen».<sup>82</sup> En marzo pronunció en Manchester una conferencia tan mordaz e incisiva que le valió las iras de los escritores más destacados del momento. Pero ninguna ocasión más afortunada en toda su vida que el hecho de que una de sus primeras declaraciones públicas de ser «una de esas personas que se llaman socialistas» se produjese en presencia de un «pionero» como el profesor Ruskin. Al final de su alocución en la sala del University College de Oxford, Morris dirigió un llamamiento a la clase media:

Acabo diciéndoles una o dos palabras para rogarles que renuncien a sus pretensiones de clase y unan su suerte a la de los trabajadores... Puede ser que algunos de ellos se mantengan pasivos y no promueven la causa en la que creen por culpa del miedo a la organización... que es muy común en Inglaterra, más común entre gente muy cultivada y... más común que en ninguna otra parte en nuestras viejas universidades. Puesto que soy un propagandista del socialismo, yo les ruego seriamente a aquellos que estén de acuerdo conmigo que nos presten una ayuda activa, con su tiempo y con sus talentos si pueden, y si no, al menos con dinero. No os mantengáis distanciados, si estáis de acuerdo con vosotros, porque no hayamos alcanzado esa delicadeza en nuestras maneras... que la larga opresión del comercio competitivo nos ha arrancado.<sup>83</sup>

Las reacciones de los «podsnaps» académicos fueron inmediatas. «Al final de su alocución», informó al día siguiente *The Times*,

el señor Morris se declaró miembro de una asociación socialista y recabó fondos para los objetivos de la misma. El director del College dijo después en esencia que si hubiera formulado este anuncio previamente probablemente se habría rehusado la solicitud de utilizar la sala del College.

Morris había cruzado el «río de fuego». Y la campaña para silenciarle había dado comienzo.

¿Qué era este «río de fuego», este algo «vivo y devorador», sino la división en clases de la sociedad? La conversión de Morris fue verdadera. No fue repentina, sin aviso previo, como un rayo salido de un cielo sin nubes. Fue, en todos los sentidos, un cambio cualitativo en la comprensión de las cosas y en la acción, un cambio que se había venido gestando durante toda su vida. En cierto sentido, en sus conferencias había ya anticipado la teoría del socialismo en relación con las artes decorativas, más allá del punto alcanzado por cualquier otro teórico. Pero la comprensión final no estaba todavía allí. La comprensión de la lucha de clases, implícita en muchas de

sus conferencias, sólo se hizo evidente después de la lectura de *El Capital*, y también a raíz de sus discusiones con Scheu, Bax y Hyndman, y de sus primeras actividades socialistas. Cuando Morris desentrañó su propio pensamiento, éste se convirtió en una unidad, y su acción adquirió un nuevo propósito y dirección. Una de sus primeras conferencias socialistas, en la que se refiere a Marx con reconocimiento, muestra claramente cómo todas sus antiguas preocupaciones y actividades —su resistencia frente al imperialismo, su labor en el marco de la National Liberal League— cobraron pronto un sentido preciso:

Una vez más os digo que nuestro sistema presente no es tanto una confusión... como una tiranía: todos y cada uno de nosotros, de algún modo, estamos adiestrados para ponernos al servicio de la Guerra Comercial; si nuestras aspiraciones o capacidades no encajan con ello, tanto peor para ellas: el servicio férreo del capitalista no cargará con la pérdida, lo hará el individuo. Todo debe cederle el paso a esto; nada se puede hacer que no rinda un beneficio económico. Por esta razón trabajamos demasiado, se nos hace temer la muerte por hambre, vivir en cuchitriles, en rebaño... en hediondos lugares llamados ciudades, ... por esta razón hemos dejado que se despueble Escocia... y convertido a sus robustos campesinos y pastores en meros lacayos de ociosos estúpidos; por esta razón dejamos que nuestro dinero, nuestro nombre y nuestro poder sean utilizados para arrastrar a pobres desgraciados de nuestros necesitados campos y de nuestros horribles suburbios para que maten y sean matados por una causa de la que no saben nada.

Ahora ya no veía Morris el imperialismo como el resultado de las ambiciones de hombres de estado y generales: «Es simplemente la agonía del capitalismo impulsado por una fuerza que no puede resistir, buscar y buscar nuevos mercados, a cualquier precio y riesgo». Inglaterra está perdiendo su posición de privilegio en el mundo:

¿Qué se puede hacer?... Conquistar nuevos mercados día a día; halagar y engatusar a los hombres de nuestras colonias para que se consideren a sí mismos lo que no son, ingleses responsables de toda aventura bélica a que Inglaterra pueda conducirles: la conquista de valientes bárbaros, a lo largo y ancho del planeta. Déseles ron y misioneros, después sujéteseles, después adiestréseles para ser soldados de la civilización...

Y así seguía hasta el más intransigente de todos los párrafos:

Aquí hay dos clases frente a frente... Ningún hombre puede existir en sociedad y ser neutral, nadie puede ser un simple espectador: tenemos que unirnos a un



campo o a otro. O se es reaccionario, aplastado por el progreso de la corriente y se trata de contenerla, o uno debe unirse a la marcha del progreso, enfrentarse a cualquier oposición, y ayudarlo de ese modo.<sup>84</sup>

Éste fue el mayor descubrimiento de Morris, un descubrimiento que sus amigos, a pesar de su genio, no pudieron realizar. Marx le ayudó, pero una vez recibida su ayuda Morris la aceptó como la conclusión inevitable de todo su pensamiento pasado. En su descubrimiento encontró su ulterior camino como artista y como hombre. Su viejo sueño de borrar la división entre el artista y el pueblo ahora se convirtió en una visión hacia la que tirar con la certeza del triunfo, entreviendo un tiempo en el que

el hombre con la ocupación más refinada, estudiante, artista, físico... podrá hablar a quien realiza el trabajo más rudo en un lenguaje que ambos conocerán, y verá que ni el vericuetto más intrincado de su mente ha sido mal comprendido.<sup>85</sup>

Las más exquisitas aspiraciones de la revuelta romántica, que levantaron sus propios deseos de «libertad, igualdad y fraternidad» en su juventud, ahora parecían un sueño posible de realizar:

No en Utopía, campos subterráneos  
o en alguna isla secreta, Dios sabe dónde.  
Sino en este mismo mundo, que es el mundo  
de todos nosotros...

La Jerusalén de Blake podía todavía ser construida en serio, y se podía dotar de carne y sangre a los fantasmas y a los sabios de Shelley. El profundo abismo romántico entre las aspiraciones y la acción estaba cerrado.

De este modo cruzó William Morris el «río de fuego». ¿«Cómo podemos nosotros, gente de las clases medias, nosotros los capitalistas y nuestros parásitos» ayudar a los obreros?, preguntaba en enero de 1884. Su respuesta era decisiva:

Renunciando a nuestra clase, y en todas las ocasiones en que surja un antagonismo entre clases poniéndonos al lado de las víctimas... No hay otro camino; y este camino, lo diré lisa y llanamente, nos deparará a la larga muchas ocasiones de autosacrificio...<sup>86</sup>

De sus viejos amigos, sólo Philip Webb y Charlie Faulkner —ambos plenamente conscientes de la grandeza de Morris— caminaron junto a él. Fue «la única vez que defraudé a Morris», dijo Edward —que pronto sería sir

Edward— Burne-Jones muchos años después.<sup>87</sup> Swinburne, cuando Morris trató de ganarle para la causa, sólo le otorgó su «simpatía».

Confío en que no... me considerarás un demócrata diletante si digo que prefiero no unirme a ninguna Federación. Lo que pueda hacer por la causa... creo que lo haré lo mismo o mejor desde un punto de vista y desde una acción independiente...<sup>88</sup>

Sus años de revuelta habían terminado en un colapso y ahora era el «prisionero de Putney», empezando sus treinta años de cómodo retiro con el notario Theodore Watts-Dunton. Ruskin miraba de manera alentadora desde un banco lejano. Había sufrido ya una crisis psíquica, y sabía que sus poderes estaban decayendo:

Es mejor que tenga usted el palo mayor partido que hacer uno de mí, especialmente cuando mis «maderas» están ya bastante podridas. En las viejas batallas británicas los barcos que no tenían desarbolados sus aparejos no pedían ayuda a los que estaban fuera de combate.<sup>89</sup>

Pero Morris estaba encontrando nuevos amigos y camaradas por todas partes. Tenía 50 años, pero miraba al futuro con la excitación de la juventud. En un poema alegórico, «The Three Seekers», exorcizó por vez primera la antigua desesperación, el temor a la muerte, la inquieta preocupación de sus años medios. Y, en su estribillo, oímos el gozo de su «nuevo nacimiento»:

«No hay dolor en la tierra», dijo ella,  
«puesto que te he arrancado de los muertos».

Riendo, «El mundo es mi casa», dijo ella,  
«ahora te he arrancado de los muertos».

«Ahora la vida es poco y la muerte es nada  
puesto que he hallado todo lo que al principio buscaba.»<sup>90</sup>

## Notas

1. *Unpublished Letters of William Morris to the Rev. John Glasse* («Labour Monthly», 1951). «The Depression of Trade», Brit Mus. Add. Mss. 45333.
2. «The Prospects of Architecture», *Works*, vol. XXII, p. 131.
3. J. W. Mackail, *The Life of William Morris*, 2 vols. (Longmans, 1899), II p. 93.
4. May Morris, II, p. 69.
5. *Letters*, p. 113.

6. May Morris, II, p. 584.
7. «The Lesser Arts», *Works*, vol. XXII, p. 22.
8. *Ibid.*, p. 32.
9. De una conferencia pre-socialista (1880), reproducida en parte en May Morris, II, p. 68.
10. May Morris, II, p. 605.
11. Morris se trasladó a Kelmscott House, Hammersmith (no debe confundirse con Kelmscott Manor, en Lechlade) en 1878. Fue Kelmscott House la que se hizo famosa por ser lugar de reunión de socialistas.
12. «Art and the Beauty of the Earth», *Works*, vol. XXII, p. 171.
13. Alocución a la Nottingham Kyrle Society, 1881, May Morris, I, pp. 201-202.
14. «The Prospects of Architecture», *Works*, vol. XXII, p. 125.
15. Véase «The Lesser Arts» (1877): «La gente me dice con mucha frecuencia: si quieres que tu arte florezca y triunfe, debes ponerlo de moda; una frase que confieso me irrita. Pues lo que quieren decir es que por cada día que trabajo debería pasar dos convenciendo a la gente rica y supuestamente influyente de que les preocupa mucho lo que realmente no les preocupa en absoluto, de modo que pueda ocurrir según el proverbio: *Los mansos saltaron y todos los demás les seguimos*», (*Works*, vol. XXII, p. 13).
16. Véase también, Mary Howitt, *An Autobiography* (1889), vol. II, p. 170.
17. Mackail, II, p. 97.
18. Glasier, *op. cit.*, p. 56.
19. Lethaby, *op. cit.*, p. 94.
20. *Letters*, p. 157.
21. «The Prospects of Architecture», *Works*, vol. XXII, p. 150.
22. «Textil Fabrics», *ibid.*, p. 294.
23. *Fortnightly Review*, marzo 1903.
24. Andreas Scheu, *Umsturzkeime* [Semillas de revolución] (¿1920?), parte III, cap. VI.
25. May Morris, II, p. xxxvi.
26. *Letters*, p. 134.
27. Brit. Mus. Add. MSS. 45407, 45330.
28. *Letters*, p. 148.
29. May Morris, II, p. 66.
30. «The Art of the People», *Works*, vol. XXIII, p. 48.
31. «The Lesser Arts», *ibid.*, p. 25.
32. «The Beauty of Life», *ibid.*, p. 53.
33. Brit. Mus. Add. MSS. 45331.
34. «The Beauty of Life», *Works*, vol. XXII, p. 76.
35. «Art and the Beauty of the Earth», *ibid.*, p. 170.
36. May Morris, II, p. 70.
37. «The Beauty of Life», *Works*, vol. XXII, p. 137.
38. «The Prospects of Architecture», *ibid.*, p. 137.
39. *Letters*, p. 139.
40. *Letters*, p. 151.
41. Mackail, II, p. 7.
42. Mackail, II, p. 24.
43. «The Lesser Arts», *Works*, vol. XXII, p. 13.
44. *Letters*, pp. 160-161.
45. *Letters*, p. 120.
46. Véase *Thomas Burt: an Autobiography* (1924), p. 52. Frederick Harrison y otros positivistas organizaron un comité contra la guerra de Afganistán y Morris asistió a uno de sus mítines.
47. «The Art of the People», *Works*, vol. XXII, p. 36.

48. Brit. Mus. Add. MSS. 45334. Algunos extractos de la conferencia están en May Morris, II, pp. 53-62.
49. «How I Became a Socialist», *Justice*, 16 de junio, 1894.
50. Morris realizó una entusiasta campaña en favor de sir Charles Dilke con ayuda de Burne-Jones y William De Morgan. Véase A. M. W. Stirling, *William De Morgan and his Wife* (1922), p. 144.
51. May Morris, II, p. 60.
52. Brit. Mus. Add. MSS. 45334.
53. Howell Collection, Bishopsgate Institute.
54. Broadhurst, *op. cit.*, pp. 151-153.
55. May Morris, II, p. 72.
56. Morris a Broadhurst, 4 de abril, 1880, Brit. Lib. Polit. Science.
57. Hay folleto en la Howell Collection.
58. Brit. Mus. Add. MSS. 45407.
59. May Morris, II, p. 581.
60. *Letters*, p. 144.
61. *Letters*, p. 146.
62. El folleto se encuentra en la Howell Collection.
63. Mackail, II, p. 8.
64. May Morris, II, p. 604.
65. «Arts Under Plutocracy», *Works*, vol. XXIII, p. 188.
66. *Letters*, p. 156.
67. *Ibid.*, p. 144.
68. *Ibid.*, p. 176, 188.
69. *Letters*, p. 173.
70. *Ibid.*, p. 132.
71. «Making the Best of It», *Works*, vol. XXII, p. 117.
72. *Ibid.*, p. 174.
73. «How I Became a Socialist», *Justice*, 16 de junio, 1894.
74. El hundimiento físico de Jenny sacudió a Morris varios meses. Véase Mackail, II, p. 73.
75. Del carácter radical de la Federación en 1882 se ocupa M. S. Wilkins, «The Non-Socialist Origin of England's First Socialist Organization», *Int. Rev. Social Hist.*, IV (1959), pp. 199-207.
76. *Letters*, p. 149.
77. «How I became a Socialist», *Justice*, 16 de junio, 1894.
78. Morris a su hija Jenny, 13 de noviembre, 1883. Se refiere a *Land Nationalisation*, de Wallace: «ni de lejos un libro tan bueno como el de George pero hay algunas cosas dignas de ser recordadas en él», Brit. Mus. Add. MSS, 45339.
79. Scheu, *op. cit.*; Scheu le dio a Mackail una información similar. Véase Mackail, pp. 95-96.
80. «The Lesser Arts of Life», *Works*, vol. XXII, p. 269.
81. *The Pilgrims of Hope*, sección VI.
82. Mackail, II, p. 97.
83. «Art Under Plutocracy», *Works*, vol. XXIII, p. 191.
84. Conferencia inédita, «Commercial War», Brit. Mus. Add. MSS. 45333.
85. Discurso a la Kyrle Society, May Morris, I, p. 195.
86. «Art and Socialism», *Works*, vol. XXIII, p. 213.
87. Memorials, II, p. 97.
88. Brit. Mus. Add. MSS. 45345.
89. *Ibid.*
90. *To-Day*, enero de 1884.

# POST SCRÍPTUM DE 1976

De WILLIAM MORRIS. DE ROMÁNTICO A REVOLUCIONARIO\*

**E**n veintiún años (el intervalo que media entre la primera edición de este libro y la presente edición revisada) cambia el campo de investigación y cambian también las preocupaciones de un investigador. No tengo intención de ofrecer aquí una bibliografía exhaustiva de las publicaciones recientes en torno a Morris, pero sí que me parece necesario mencionar algunos libros y examinar con algún detenimiento otros.

Consideremos en primer lugar la labor de la William Morris Society, que a lo largo de los últimos veinte años ha venido promoviendo un valioso conjunto de conmemoraciones, conferencias y ediciones. El *Journal* que publica contiene una bibliografía al día y en 1961 el secretario honorario de la Sociedad, el señor R. C. H. Briggs, editó una *Handlist* en la que se recogen todos los discursos de Morris. Una lista más completa de conferencias y exposiciones orales de Morris, con indicación de la fecha en que fueron pronunciadas, se encuentra en Eugene D. LeMire, *Unpublished Lectures of William Morris*,<sup>1</sup> libro en el que ven la luz por primera vez, íntegras, diez conferencias que antes sólo se citaban a partir de los fragmentos publicados en mi texto o en los dos volúmenes de May Morris. Otra conferencia interesante (de 1889) y las notas preparatorias de otra más han sido publicadas por Paul Meier.<sup>2</sup> Aparte de las cartas de Morris a J. L. Mahon,<sup>3</sup> son escasas las cartas nuevas e importantes publicadas. Peter Faulkner es autor de una valiosa recopilación de notas críticas sobre la obra de Morris<sup>4</sup> y en la actualidad se dispone de al menos dos nuevas ediciones de escritos políticos escogidos de éste.<sup>5</sup>

Se ha escrito abundantemente sobre la actividad artística de Morris. Yo he hecho poco para revisar mi capítulo relativo al tema, aunque soy cons-

\* *William Morris. De romántico a revolucionario*, traducción de Manuel Lloris Valdés, Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, pp. 697-745. («Postscript: 1976», en *William Morris: Romantic to Revolutionary*, Pantheon Books, Nueva York, 1955, 1977.)

ciente de que resulta inadecuado para su variada temática. Cuando las autoridades en la materia han dicho tanto, la actitud más prudente a seguir por quien carece de tal competencia es la reserva. El fallecido Peter Floud realizó una revisión importante de opiniones consagradas relativas a la influencia ejercida por Morris. Floud discutió la idea de que la revolución del gusto del período victoriano medio fuese consecuencia del «movimiento de Morris», subrayando en cambio su aportación —en ocasiones muy peculiar, otras veces conservadora— a una tradición innovadora más amplia.<sup>6</sup> Como Floud fue lo bastante amable para escribirme, aprobando mi capítulo, lo he dejado como estaba, aunque en algunos puntos se atenga a las convenciones más antiguas. Más recientemente se han producido aportaciones importantes de Paul Thompson, Ray Watkinson y otros.<sup>7</sup> Philip Henderson, en su biografía de Morris, ha aumentando nuestro conocimiento sobre la Firma, inspirándose en la correspondencia de Warrington Taylor y del mismo Morris con sir Thomas Wardle.<sup>8</sup> Con esos materiales, más otros que se encuentran en California, se podría escribir ya una historia definida de la Firma.<sup>9</sup>

En contraste, en estos 21 años la cosecha de estudios críticos sobre la poesía y la prosa de Morris es decepcionante. Excepto una conferencia de Jack Lindsay<sup>10</sup> y el importante estudio de John Goode (que examinamos al final de este post scríptum), encuentro poca cosa digna de recomendación. Esto puede ser indicativo de la persistencia del juicio adverso a la poesía de Morris, aunque yo abrigaba la esperanza de que mi propio enfoque de *The Defence of Guenevere* y *The Earthly Paradise* diera pie a algún comentario, siquiera fuese de desacuerdo, entre los estudiosos de literatura inglesa.<sup>11</sup> Estos capítulos constituyen una parte importante de mi argumentación en torno a la crisis del romanticismo en los comienzos de la era victoriana en Inglaterra, y en la actualidad sigo tan dispuesto a defenderlos como cuando fueron escritos. En un aspecto se pueden detectar los primeros signos de «deshielo» en la gélida resistencia a Morris: una generación nutrida en Tolkien y C. S. Lewis (este último un crítico favorable a Morris)<sup>12</sup> está ahora más dispuesta a leer con mayor complacencia los romances en prosa tardíos de nuestro autor. Esta creciente tolerancia ha permitido a críticos cuyo interés primordial se centra en el pensamiento político de Morris mostrar un renovado respeto por *The House of the Wolfings* y *The Roots of the Mountains*.<sup>13</sup> Cuando apareció la primera edición del presente libro, la única mención (que yo sepa) procedente del *establishment* literario fue una expeditiva recensión aparecida en el *Times Literary Supplement*, en la que se afirma que muchas páginas

están dedicadas a la defensa del lenguaje de las traducciones de las sagas y de romances en prosa tales como *The Earthly Paradise* [sic] y *The Well at the World's*

*End.* El señor Thompson, de hecho, se centra precisamente en aquellos aspectos de la obra y el pensamiento de Morris que parecen menos relevantes en la actualidad.<sup>14</sup>

El criterio de lo relevante ha cambiado hoy y sospecho que en el presente se me podría criticar con mayor justificación más por prestar escasa atención a los romances en prosa que por «defenderlos» en exceso.

El estudio de Paul Thompson sobre Morris no se limita al trabajo de éste como diseñador, sino que ofrece una biografía más completa estructurada en torno a su obra. La nueva biografía de Philip Henderson hace hincapié en su recuperación de la vida y conflictos personales de Morris. Henderson repara el silencio obligado de Mackail en lo relativo a las relaciones entre William y Janey Morris y Dante Gabriel Rossetti y utiliza la correspondencia que se ha conservado entre Janey y Rossetti, a la cual, cuando yo escribí mi libro, no se tenía todavía acceso. Estas cartas iluminan la situación en que se hallaban los tres amigos, pero no me obligan a revisar mi tratamiento anterior del tema. Philip Henderson muestra siempre una fina percepción de todas las cuestiones referentes a Morris,<sup>15</sup> salvo en lo que se refiere a su acción y pensamientos políticos, y frecuentemente capta los matices de las relaciones personales mejor que yo, pero cuando su interpretación se aplica a los poemas de Morris, prefiero quedarme con la mía. Quizá los nuevos datos más importantes surgidos a la luz en estos años no guardan relación con los Morris, sino con Edward y Georgie Burne-Jones, pues parece ser ahora que, durante la fase culminante de la obsesión mutua entre Janey y Rossetti, Ned Burne-Jones estaba también implicado en un *affaire* amoroso con Mary Zambaco. Sin duda esto acrecentaría la simpatía mutua entre Morris y Georgie.<sup>16</sup> En cuanto a las relaciones entre Morris y Rossetti en los últimos años, los nuevos datos únicamente nos conducen a tristes conclusiones. Janey se hallaba asediada por enfermedades inexplicadas, quizá de origen neurótico. Rossetti se burlaba de Morris en sus cartas privadas a Janey, llamándole en los tiempos de la agitación por la cuestión oriental «el futuro Odger»,<sup>17</sup> mientras que por su parte, Morris comentaba a la muerte del pintor:

Deja un vacío en el mundo, aunque le he visto muy poco en los últimos tiempos, y muy probablemente no le habría vuelto a ver. Se portó muy bien conmigo cuando yo era un muchacho. Poseía algunas de las grandes cualidades de los genios, en realidad, la mayor parte de ellas en verdad; qué gran hombre habría sido, de no estar poseído por esa arrogante misantropía que echó a perder su trabajo y le mató prematuramente; le faltó esa chispa de humildad que convierte al gran hombre en uno más entre lo demás, no en un señor sobre los

otros, y por eso perdió el gusto por la vida que le habría mantenido vivo y que habría dado sabor a su obra, en bien de él mismo y de los demás.<sup>18</sup>

Parte de la correspondencia de Janey Morris se encuentra en Estados Unidos, en manos privadas. Han tenido acceso a ella Henderson y (anteriormente) Rosalie Glynn Grylls (lady Mander), para escribir su *Portrait of Rossetti* (1964). La señora Grylls, como parece apropiado en un biógrafo, siempre se halla dispuesta a derramar su simpatía sobre la persona biografiada, simpatía que en este caso, como quizá sea apropiado también, se hace extensiva a la mujer que tal persona amó. De ello no se sigue, sin embargo, que la autora tuviera que sentirse obligada a escribir sin generosidad alguna acerca de William Morris. Pues bien, en su libro no pierde ocasión de proceder de este modo. Da a entender, como quien lo sabe de buena tinta, que Morris era una auténtica calamidad como amante. Sus primeros poemas de amor son, según ella, un producto precipitado, obra de unos minutos robados aquí y allá a la tapicería y al diseño de empapelados (sin embargo Morris no se ocupaba ni de una cosa ni de otra cuando escribió los poemas de *The Defence of Guenevere*). A Morris le atraía el norte, a Janey y a Rossetti el sur, y Grylls, quien también se decanta por el sur, muestra su conmiseración hacia Janey. Si ésta se sumía frecuentemente en el silencio (observa Grylls con autocomplacencia indisimulada), se debía a que «vio por dentro» a los amigos socialistas de Morris, especialmente a Shaw. Y cosas así.

No quiero que se me malinterprete. No tengo ninguna intención de ofrecer un juicio moralizante sobre el comportamiento de Janey y Rossetti. William y Janey Morris no eran felices juntos, y de haber vivido en otra época probablemente lo mejor habría sido que se hubiesen separado y hubiesen encontrado otros compañeros. Pero lo que resulta intolerable es que Grylls dé a entender que por el hecho de que Morris aceptase el papel de *mari complaisant* (incluso de un marido complaciente que se siente desgraciado y herido) ella está autorizada a presentarlo como un hombre poco masculino al que puede ridiculizar. Éste es uno de los más viejos e indignos estereotipos de la dominación masculina en las relaciones sexuales, y en mi opinión su carácter dañino deriva más de la dictadura universal del estereotipo mismo que de cualquier determinismo sexual innato. Además, ha sido transmitido con peculiar vigor en el seno mismo de los convencionalismos femeninos. A lo largo de las generaciones, las mujeres se aconsejaron unas a otras perdonar o pasar por alto las infidelidades de sus maridos, pero también el desprecio hacia el marido que mantenía una actitud similar hacia su esposa. En resumen, aunque en modo alguno deseo juzgar a Janey y a Rossetti, sugiero que fue digno de encomio que Morris no procediese en aquella difícil situación conforme mandaban los cánones



victorianos en el caso de un marido «agraviado». Por lo demás, me he abstenido de consultar cualquiera de las cartas de Janey ya publicadas procedentes de la colección de la Sra. Troxell. Creo que ya se ha metido bastante la nariz en este asunto.<sup>19</sup>

Mucho material nuevo ha aparecido sobre los socialistas de las décadas de 1880 y 1890, aunque es muy escasa la porción del mismo relacionada con la Liga Socialista. Mi propio relato se concentró inevitablemente en la relación de Morris con Hyndman y prestó una insuficiente atención a la F.S.D., tanto a nivel de sección como de distrito. Chushichi Tsuzuki, en su estudio sobre Hyndman, nos ofrece un buen estudio del final de esta historia.<sup>20</sup> Tengo serios desacuerdos con los juicios que expone aquí Tsuzuki,<sup>21</sup> pero menos con su competente estudio de Eleanor Marx.<sup>22</sup> Cuando escribo las presentes líneas, solamente ha aparecido el primer volumen de la definitiva biografía de Eleanor Marx a cargo de Yvone Kapp.<sup>23</sup> El siguiente volumen, anunciado para muy pronto, es de suponer que nos ofrecerá el primer estudio completo de la actividad de los Aveling en la Liga y en la Bloomsbury Socialist Society; a juzgar por el anterior, este nuevo libro promete ser iluminador y convincentemente parcial. Y ahora disponemos de estudios más completos sobre la actividad de otros colegas de Morris en la propaganda socialista.<sup>24</sup> El trabajo de Dona Torr sobre Tom Mann es indispensable para comprender el agitado período del surgimiento del nuevo sindicalismo y de la fragmentación de la organización socialista hacia final de la década de 1880.<sup>25</sup> Mi propio estudio sobre Tom Maguire amplía la historia de la Liga en el West Riding en los mismos años.<sup>26</sup> La Sociedad Fabiana ha merecido asimismo mucha atención entre los investigadores.<sup>27</sup> Y se sabe ahora más sobre las ideas y la infatigable propaganda socialista de George Bernard Shaw en los años 80: de su diario se desprende que en aquel período dio hasta cien conferencias y charlas anuales, promovidas por entidades de muy diverso signo. Y también revelan estas fuentes que la confrontación teórica entre fabianismo y «morrismo» fue incluso una cosa más consciente y prolongada de lo que yo había supuesto.<sup>28</sup> De ningún modo quedan con lo dicho reseñados todos los nuevos estudios de interés. Sin duda he pasado por alto trabajos importantes; pero me parece que con esta panorámica hay suficiente.

Nos quedan por examinar cuestiones (y libros) de mayor alcance. Varios de los estudios más recientes sobre Morris o el socialismo británico se apoyan mucho en mi trabajo, a veces reconociéndolo generosamente, otras veces sin mencionarlo. En resumen, mi libro fue reconocido como una «cantera» de información, aunque en uno o dos casos parece que la cantera resultaba sospechosa y tenía que ser trabajada subrepticamente si se te-

nían las miradas puestas en el doctorado. Uno no debería objetar a eso: una cantera tiene por misión aportar materiales a la maquinaria general de la investigación. Pero, ¿y si mi libro no era una cantera, sino una construcción con un propósito definido que merecía atención en tanto que tal? Y ¿qué sucede si las piedras arrancadas a esta cantera terminan no siendo otra cosa sino una informe adición más a los suburbios académicos?

Por lo menos, la pregunta puede ser formulada. Pero uno debe tener cuidado en *cómo* la formula. Varios de los que han seguido mis pasos coinciden, en volúmenes publicados en las más acreditadas editoriales académicas, en que la cuestión sólo puede plantearse de una manera: mi investigación está viciada por el dogmatismo marxista. Una obra de «investigación inteligente y exhaustiva», según una opinión generosa, pero «que se ve perjudicada por el intenso prejuicio marxista del autor». Las actividades de Morris «son examinadas desde el prisma de la lucha de clases y el resultado es una visión algo distorsionada de las ideas de Morris».<sup>29</sup> Otro encuentra mi libro «dañado por el desgraciado intento de presentar a su protagonista como un marxista ortodoxo».<sup>30</sup> Otro crítico menos generoso observa que mi libro dedica «unas 900 páginas a demostrar que Morris era realmente un marxista».<sup>31</sup>

Yo había creído que el libro era algo bastante diferente. Es, en una dimensión básica, una reflexión en torno a la tradición romántica y la transformación de la misma por Morris. (Resulta interesante el hecho de que Raymond Williams y yo —su importante *Culture and Society* apareció tres años después de este libro—, trabajásemos sin saberlo en aspectos diferentes de la crítica romántica del utilitarismo.) Pero dejando esto aparte, uno tiene que preguntar si lo que ofende a estos autores no es más bien el compromiso político de Morris, y no el de Marx. En cuyo caso, desde luego, mi propio delito sería sobre todo mostrar un intenso prejuicio *morrisiano*. La cuestión es difícil: es verdad que en 1955 permití la intrusión en el texto de algunos intimidatorios moralismos políticos, así como unas pocas beaterías estalinistas. Tenía yo entonces una noción algo reverente del marxismo como una ortodoxia heredada y mis páginas incluían algunos pasajes polémicos cuya vulgaridad sin duda tuerce el rostro de los eruditos contemporáneos. El libro se publicó en el momento culminante de la guerra fría. El macartismo intelectual no era exclusivo de Estados Unidos, aunque pocos miembros de las generaciones posteriores entiendan sus discretos modos británicos de actuar. Las simpatías marxistas resultaban algo tan escandaloso que apenas podían manifestarse fuera de las publicaciones comunistas; y la vulgaridad de mi propio tono polémico<sup>32</sup> sólo puede ser entendida teniendo en cuenta que se dirigía contra las omnipresentes y bien surtidas vulgaridades de las ortodoxias antimarxistas de aquella época.

El clima puede ser ilustrado por la acogida que se dispensó a mi libro en la prensa no socialista.<sup>33</sup> Tal acogida fue, en lo esencial, el silencio, roto sólo por la recensión del *Times Literary Supplement*, titulada «Morris y el marxismo». El crítico decía que mi libro adolecía de «un fuerte prejuicio marxista» y estaba escrito «en tono malhumorado»; la «notable hazaña» de su autor era que «se las arregla para mantener un talante malhumorado a lo largo de un volumen de 900 páginas». Mis citas extraídas de los escritos políticos de Morris «muestran cuán vaporosas eran las opiniones socialistas de Morris», y el libro en conjunto «sirve tan sólo para destacar aspectos de Morris que sería mejor olvidar». <sup>34</sup> Está claro que es Morris, y no Thompson, ni siquiera Marx, quien debe ser sepultado de nuevo en el silencio del descrédito.

Todo eso era (en aquellos días) previsible. Lejos de desanimarle a uno, constituía un tónico vigorizante para la lucha. En cierto sentido, incluso los errores fideístas y sectarios de uno quedaban confirmados en el campo circular del antagonismo frente a los silencios y sarcasmos oficiales. A pesar de ello (y quizá a causa del «deshielo» posterior a 1956) el libro se abrió camino hasta las bibliotecas públicas y universitarias. Algunos años después volvió a abrirse camino, pero para desaparecer, siendo objeto sobre todo de reiterados robos. Durante largos años (me dicen) han «desaparecido» de la biblioteca del British Museum y de la Bodleian, aunque no se sabe si por obra del Congreso para la Libertad de la Cultura o de lectores convertidos por Morris a un desprecio excesivamente literal hacia los derechos burgueses de propiedad (pero, bien mirado, ¿qué tienen de burgueses los derechos de utilización común de una biblioteca?). En medio de todo esto, el libro quedó etiquetado por enemigos, e incluso por algunos amigos, como obra que se reducía al solo hallazgo de la ecuación Morris=Marx. Y sin embargo, aunque ofrece tal vez una información demasiado extensa de aquella relación, el libro en modo alguno se limitaba a mostrar a Morris terminando sus días en calidad de marxista ortodoxo. El punto crucial es, más bien, que Morris fue un pensador socialista original, cuya obra era complementaria del marxismo. Y a partir del énfasis puesto en determinadas cuestiones y, en particular, de la relevancia conferida a la altura de Morris como moralista, al lector avisado no le podía resultar muy difícil percibir indicios de una controversia subyacente con la ortodoxia a la que yo pertenecía entonces.

Pero esta línea de razonamiento es incómoda, puesto que pone el foco de la atención en mi propia evolución (y apología) intelectual y distrae de lo que realmente nos ocupa: William Morris y su pensamiento político. Y tenemos que volver a la cuestión que hemos formulado anteriormente: algunos autores recientes, ¿han utilizado la crítica de mi libro para enmascarar su ulterior desagrado hacia Morris, de modo que en lugar del «intenso prejuicio marxista» de Thompson deberíamos leer, más bien, «el intransigen-

te compromiso de Morris con el socialismo revolucionario»? Porque si yo hubiera realmente falsificado mi exposición sobre las posiciones de Morris, cabría esperar que esos críticos se lanzarían a corregir mis afirmaciones con datos exactos y abundantes en la mano. Pero no veo que se haya hecho nada de eso. Así, Willard Wolfe, quien afirma que mi intento de presentar a Morris como marxista está «mal enfocado», no ofrece un examen detallado de los escritos socialistas de Morris, y presenta, sucesivamente, los siguientes juicios sobre el socialismo de Morris: a) en sus conferencias de los años 80 «abogaba por una forma de utopismo radical-individualista muy similar a la de Shaw» (p. 132, n. 48);\* b) su socialismo era «ético-estético» (p. 162); y c) Morris «debe ser clasificado entre los adeptos al socialismo cristiano» de la F. S. D., puesto que su socialismo era «de carácter esencialmente religioso» y se asentaba «en un ideal fundamentalmente cristiano de fraternidad» (p. 174, 301). Esto puede ser bueno para la Yale University Press, pero habría sido rechazado por el editor de *Commonweal*. Lo que parece argüir es que el socialismo de Morris fue realmente muy agradable, nunca rudo, aunque deja sin resolver la cuestión de cómo se compagina el «utopismo radical-individualista» con «el ideal cristiano de fraternidad».

J. W. Hulse, en *Revolutionists in London*,<sup>35</sup> lo hace un poco mejor, pero sólo un poco. Tiene una buena idea para un libro y la ha puesto en práctica de manera desigual. Su intención era tratar la interrelación entre las ideas de cinco hombres notables, habitantes de Londres en las décadas de 1880 y 1890: Stepniak, Kropotkin, Morris, Shaw y Bernstein. A pesar de que las ideas en discusión flotan en un estado de ingravidez política, algunas partes del estudio están bien ejecutadas. Quizá porque yo conozco muy bien la materia encuentro que el estudio sobre Morris es el peor del libro. Hulse, quien no ignora que mi libro sufre de «un intenso prejuicio marxista»,<sup>36</sup> sabe también mucho sobre el socialismo de Morris, aunque sus conocimientos se apoyan con mucha frecuencia más en la pura afirmación que en razonamiento. Así, dice (del Manifiesto de la Liga Socialista) que «contenía diversos argumentos marxistas, pero el tono básico era moderado» (p. 85). Y de la división:

Morris consideró necesaria la ruptura porque la facción de Hyndman era demasiado frenéticamente militante y demasiado oportunista. En suma, demasiado marxista (p. 85).

\* En este post scriptum distingo las referencias a la edición revisada [en inglés] del presente libro, que figuran en cursiva del siguiente modo (162), de las referencias a obras de otros autores que discutimos y que se indican en redonda del siguiente modo (p. 162).

También se nos tranquiliza diciendo que «la doctrina de la lucha de clases era una de las ideas marxistas que Morris asimiló sólo de una manera gradual y parcial» (p. 81). En resumen, una vez más el socialismo de Morris se nos presenta como una cosa agradable; y si el marxismo es definido como «frenético», «autoritario» y «oportunista» (es decir, *no* agradable), entonces Morris difícilmente pudo haberse asociado a él, excepto por accidente. Pero no está claro que Hulse nos haya abierto el camino hacia nada preciso. Como evidentemente no ha estudiado para nada el *Commonweal*, o el movimiento político real,<sup>37</sup> sus afirmaciones no se sustentan más que en el amor propio académico.

Es una lástima, pues Hulse tiene algo sustancial que ofrecer para puntualizar mi propia versión. Arguye que Morris estuvo tal vez más influido por Kropotkin y por los comunistas-anarquistas de lo que generalmente se piensa, como se pone de manifiesto, en particular, en su idea de la federación de comunas tal como aparece en «The Society of the Future» y en *Noticias de ninguna parte*. Está bien observado: la «extinción del Estado» no fue una preocupación importante de Engels o de los círculos marxistas de los años 1880, mientras sí que era una preocupación que Morris compartía con Kropotkin. Morris observó en 1887 que como inglés tenía

un absoluto horror hacia la centralización y la interferencia gubernamental, cosas que algunos de nuestros amigos, hechos más bien según el molde alemán, no temen, según me parece, en la misma medida [451].

La imaginación de Morris bien puede haber sido más estimulada por Kropotkin y por discusiones con los seguidores de éste en la Liga de lo que yo he sugerido. Pero Hulse daña su propio razonamiento a causa de su clara parcialidad y lo somero de su investigación propia, factores a los que se añade su rencor antimarxista. Su conclusión ofrece un bazar ecléctico, que bien podría figurar en otra docena de estudios académicos contemporáneos: «El socialismo de Morris podría definirse esencialmente como católico, inspirado en la edad media y el nihilismo ruso, con elementos tanto de Mill como de Marx» (p. 110). Podría «definirse esencialmente» de este modo si el objeto de nuestra preocupación es la conversación brillante, pero no si queremos dar una definición precisa: ¿qué tomó Morris, se pregunta uno, de aquí y de allá y cómo combinó este batiburrillo de improbables elementos? Pero Hulse concluye que «no tiene mucho sentido insistir en que Morris estuvo más cerca de una rama del socialismo, el comunismo o el anarquismo que de otra» (p. 109). Eso puede que sea así; «reivindicar» a Morris para esta o la otra tendencia tiene menos sentido del que yo antaño pensé que tenía. Pero lo que, con certeza, puede tener

un sentido definido, si deseamos ocuparnos de Morris, es definir lo que *fue* el socialismo de Morris, aquilatar cuáles fueron sus ideas, valores y estrategias centrales. Esto difícilmente puede ser llevado a cabo si no prestamos atención a su polémica con el fabianismo, por una parte, y con el anarquismo por la otra. Al ignorar estas polémicas y al sobrevalorar la influencia de Kropotkin, Hulse acaba convirtiéndose en otro (confuso) reivindicador más.

No me habría extendido en mis desacuerdos con Hulse si éstos no ilustraran un problema muy general concerniente a la interpretación de Morris. Lo que se hace una y otra vez es tomar un estereotipo de marxismo en su evolución posterior y retrotraerlo a Morris, procediendo entonces, o bien a disociar a éste del estereotipo en cuestión, o bien a asimilarlo completamente al mismo (eliminando todo lo que sea inasimilable, como las «inmadureces» o las resacas románticas). Pero la cuestión importante podría no ser si Morris fue un marxista o no lo fue, sino si fue un «morristista», y en caso afirmativo, ¿era ésta una postura coherente y sería por derecho propio? El problema queda ilustrado, desde direcciones diferentes, por dos estudios, más serios que ningún otro de los citados aquí hasta el momento: *Marxism and the Origins of British Socialism*, de Stanley Pierson,<sup>38</sup> y *La Pensée Utopique de William Morris*, de Paul Meier.

Stanley Pierson no ofrece un estereotipo del marxismo y su estudio, en la mayoría de los aspectos, está bien fundamentado. El autor está interesado en las tendencias intelectuales en el seno del socialismo británico durante el período comprendido entre 1880 y 1900, y nos guía constantemente por los vericuetos de los precursores intelectuales, y de ahí que aparezcan Hyndman, Morris, Bax, Carpenter, los fabianos, Glasier, Blatchford, Mahon, Hardie, los anarquistas o las Labour Churches. Se les pone juntos, entre las mismas cubiertas, de manera informada y a menudo sagaz, y se les mantiene en su sitio, no sólo por la encuadernación, sino también por medio de un argumento predominante que, resumido, es el siguiente: cuando las ideas marxistas hicieron acto de presencia en la vida británica, actuaron sobre un suelo de tradiciones intelectuales nativas, las del utilitarismo, las del inconformismo cristiano y las de la tradición romántica mediada por Carlyle y Ruskin. Tan pronto como aparecieron las nuevas ideas se vieron sometidas a un proceso de asimilación dentro de estos antecedentes ideológicos más antiguos. Fueron «asimiladas a actitudes y sentimientos profundamente enraizados». «La teoría marxista, en cualquier sentido estricto, se desintegró rápidamente en la Inglaterra de los años 1880», pero sólo a través de «un complejo proceso de mediación» que desvió las tradiciones nativas hacia nuevos canales. Arguye Pierson que, en modos diferentes, el fabianismo y el marxismo de Hyndman volvieron a la órbita de la tradi-

ción utilitaria. Morris, naturalmente, simboliza la confluencia de las tradiciones marxista y romántica, pero fue una confluencia incompleta («El nuevo sistema de pensamiento se superpuso a sus ideas anteriores, más que integrarse con las mismas» (p. 80)), y al final los activistas más influidos por Morris «regresaron a aquellos sentimientos morales que iban dejando atrás una tradición religiosa [inconformista] en vías de desintegración» (p. 275). «Las ideas marxistas entraron creadoramente en el movimiento de la clase obrera sólo a través de la ruptura de la síntesis definida por Marx» (pp. 276-177). En esta ruptura, cualquier herencia de Morris procedió en gran medida de *Merrie England* o a través del socialismo ético y a veces religioso de evangelistas del I.L.P. como Glasier, un socialismo que había perdido «el filo cortante del análisis teórico serio» y el «alcance» para alternativas creadoras (p. 276).

Esta interpretación es honrada y persuasiva. En cierto modo constituye un relato aceptable de lo que ocurrió; y Pierson no hace sino reforzar su argumento cuando observa que, lejos de ser único el proceso británico, «el marxismo europeo posterior ha seguido en gran medida la misma pauta de ruptura y reasimilación» a las tradiciones nacionales (p. 278), aun cuando las mezclas resultantes hayan sido a veces aclamadas como «marxismo» ortodoxo. Pero desde otro punto de vista, que debe interesarle mucho al estudioso de Morris, la interpretación de Pierson es menos aceptable. Para empezar, esta historia intelectual está vista en términos de la cultura más elaborada; pero cuando consideramos el problema de la relación de la teoría socialista con el movimiento obrero entre 1880 y 1890, la «pauta heredada de pensamiento y sentimiento» exige nuestra atención, no es la del utilitarismo ni la del romanticismo, y ni siquiera (salvo en algunas regiones) la del inconformismo, sino la del laborismo, es decir, una cultura de clase, que contaba ya con una larga historia de lucha, con sus propias estrategias y formas de organización así como con una cierta moral de clase, aunque esas estrategias y formas estuvieron influidas en modos importantes —y a veces subordinadas— por las ideas que Pierson nos muestra. Esto no contradice necesariamente el argumento de Pierson, pues dicha cultura de clase fue capaz de asimilar el «socialismo ético» de *Merrie England* y de cierta parte de Morris, en modos que no cabe ignorar, pero que son insuficientes para poner en jaque las estrategias maestras del movimiento. Dejando, no obstante, un residuo en términos de motivación, objetivos, retórica, obstinación en la «cuarta cláusula» e incluso —más de lo que algunos historiadores marxistas están dispuestos a admitir— prioridades socialistas expresadas a nivel local, que han contribuido mucho a las ambigüedades del moderno movimiento laboralista y a las dificultades de sus más rastreros líderes parlamentarios.

Lo anterior plantea con toda su fuerza el problema de la ideología, pero éste no es un problema que aborde Pierson.<sup>39</sup> Lo que él hace constar son cuestiones relativas a «mediaciones» o «asimilaciones» intelectuales. Tenían lugar enfrentamientos teóricos muy agudos, en los que el pensamiento socialista emergente pugnaba con el «sentido común» de la sociedad victoriana liberal-capitalista y sus ilusiones ideológicas dominantes. Y la advertencia nos conduce a dos consideraciones pertinentes. En primer lugar, ¿en qué sentido la nueva teoría socialista (y sus estrategias) constituye una grieta, o ruptura, no con este o el otro punto del pensamiento liberal victoriano, sino con las ideas organizadoras del liberalismo burgués? Si afirmamos que constituyó tal ruptura, de ello no se sigue necesariamente que la nueva teoría socialista fuese en todos sus aspectos madura, coherente y que estuviese libre de contradicciones internas;<sup>40</sup> se sigue solamente que en puntos críticos, y en ciertas ideas clave, esta teoría era antagónica con la ideología burguesa, y, específicamente, que no proponía el mejoramiento del Estado liberal capitalista, sino su transformación revolucionaria. Se seguirá que, cuando volvemos la atención a los argumentos de Pierson en torno a la «asimilación», se ve si fue lo suficientemente lejos como para disolver las pretensiones revolucionarias de la nueva teoría, y la arrastró, a través de la «ruptura», a un acomodo con la antigua; o si sólo sirvió para confundir y constreñir (quizá seriamente) a la nueva. Así Pierson puede estar en lo cierto (y creo que lo está) al aseverar que los fabianos y los marxistas de la F.S.D. (y de otras secciones europeas) compartían una noción esquemática del hombre económico que tenía mucho en común con la tradición utilitaria. Pero los fabianos conjugaron esto con teorías de la renta y el valor, del Estado y de la historia, y con una estrategia de impregnación, que claramente les hizo retroceder con respecto a la línea divisoria ideológica; mientras que la F.S.D., a pesar de todas las dificultades que presenta Hyndman, continuó ofreciendo, hasta la víspera de la primera guerra mundial, una teoría del socialismo revolucionario confusa y sectaria.<sup>41</sup>

No estoy sugiriendo que existen algunos conceptos talismán (la teoría del valor de Marx, la teoría del Estado) que nos permiten identificar instantáneamente si la teoría rectora de cualquier persona o grupo es «burguesa» o «revolucionaria». El análisis nunca será tan fácil como eso. Menos aún sugiero que exista una única, «correcta» ortodoxia socialista inmanente. Lo que afirmo, como lo hice veinte años atrás, es que *hay* un «río de fuego». Uno tiene que resistirse a una tendencia que se da en los historiadores de las ideas y que consiste en ver los conceptos sólo a la luz de su linaje de herencias y de sus mutaciones: esto fue mediado por aquello y aquello fue asimilado por lo otro, y todo ello sucedió en un mundo de



discurso tan cómodo como las salas de lectura en las que consultamos los periódicos antiguos. Pero —y ésta es nuestra segunda consideración— estas ideas vivieron en las cabezas de gente real y en contextos reales (con frecuencia contextos de serio enfrentamiento de clase, como el Domingo Sangriento, las huelgas mineras, la guerra del Sudán, el nuevo sindicalismo) y las ideas tenían una misión que cumplir en el presente antes de que fueran transmitidas al futuro. Incluso se podría preguntar (aunque choque con determinadas nociones de la disciplina académica), si ciertas ideas fueron *correctas*.

En vista de estas consideraciones se multiplican las dudas en torno al análisis de Pierson. No sólo carece de todo argumento sobre las rupturas críticas entre sistemas intelectuales opuestos, sino también de todo sentido de la *política*. Sólo podemos seguir el razonamiento en lo que se refiere a Morris. Encontramos una favorable vía de acceso, quizá, en el problema del imperialismo, que nunca aborda Pierson, puesto que el imperialismo no es, en su acepción de la palabra, una tradición intelectual. Sin embargo, si nos situamos en la década de 1890 y utilizamos nuestra intuición, nos percatamos de que el desastre mayor que se abatía sobre los movimientos socialista y obrero de Europa era la guerra mundial y el ignominioso colapso de la Segunda Internacional. En la medida en que este desastre fue consecuencia de esos complejos procesos que agrupamos bajo el nombre de «imperialismo», entonces ciertamente las reacciones a estos procesos y a la complicidad chauvinista nacional del movimiento obrero ¿no restan acaso importancia a los criterios de clasificación, más intelectuales, empleados por Pierson? Aplicando este «test» nos encontramos con que la reacción de la F.S.D. al imperialismo fue contradictoria y la del I.L.P. evasiva y ambigua. La de los fabianos no tuvo nada de ambigua; de hecho, hubo un tiempo en que el fabianismo abogó descaradamente por la «racionalización» imperial.<sup>42</sup> La reacción de William Morris, por su parte, como muestro detalladamente, no fue tampoco nada ambigua e incluso resultó profética.

Esto puede indicar dos cosas. O bien que la descripción convencional de Pierson de la derivación «romántica» de las ideas de Morris (con conceptos marxistas «sobrepuestos» al romanticismo, pero no «integrados» en él) es inadecuada; o bien que la tradición romántica poseía unas posibilidades de antagonismo con el sentido común capitalista mucho más amplias de lo que generalmente se le atribuye. Yo creo que *ambas* hipótesis son correctas. Pues la versión de Pierson de la teoría política de Morris se las arregla, de algún modo, para dejar de lado la política de este último: sus notas en *Commonweal*, su activa tarea organizativa, sus actos internacionalistas y antiimperialistas, su lucha contra el chauvinismo en el seno

del movimiento. La inobservancia de Pierson es tal que se permite escribir que Morris «disolvió virtualmente las pretensiones orales en sentimientos estéticos» (p. 275),<sup>43</sup> y que «Morris llevó mucho más lejos la tendencia (evidente en Carlyle y Ruskin) a eliminar el reconocimiento pleno de aquellos impulsos humanos que no se armonizaban con sus deseos de compañerismo y belleza».<sup>44</sup> Son comentarios chocantes, referidos a un pensador que afirmaba que «la muerte de todo arte» era preferible a su supervivencia entre una élite que debía su condición a la supremacía de clase (664); y quien, más que ningún otro en su época, lanzó una mirada hacia los desastres de nuestro siglo, identificó el «odio maniqueo del mundo» que andaba suelto por la cultura elevada (240), entrevió la posibilidad de que el imperialismo condujera a «una época de guerra continua» (428) y que la transición al socialismo resultara ser «más terrible, mucho más confusa y llena de sufrimiento que el período de la caída de Roma» (723), y que, finalmente, argumentó que «la tremenda organización bajo la que vivimos», antes que «perder nada de lo que realmente es su esencia... hará caer el techo del mundo sobre su cabeza» (542).<sup>45</sup> No sería nada fácil para Pierson derivar una anticipación tan asombrosamente profética de una conciencia que se negaba a reconocer en el hombre otros impulsos que su deseo de compañerismo y belleza. «Desde el punto de vista marxista», nos asegura Pierson, «el socialismo de Morris era regresivo, una recaída en el subjetivismo y el idealismo de los cuales Marx había intentado rescatar a reformadores socialistas anteriores» en suma, Morris volvió al «utopismo» (pp. 274, 84).<sup>46</sup>

De modo que existen dos desacuerdos, y ambos son grandes. Primero, yo sostengo contra Pierson que algunos conceptos socialistas críticos y determinantes no estaban «sobrepuestos» a la crítica romántica de Morris, sino integrados en ella, y de tal manera que constitufan una ruptura con la tradición antigua y fueron la señal de su transformación.<sup>47</sup> En la medida en que estos conceptos concordaban con los de Marx y en algunos casos eran directamente derivados de fuentes marxistas, deberíamos llamarlos marxistas. En segundo lugar, sostengo contra Pierson que la tradición romántica no debe ser definida únicamente en términos de sus características tradicionales, conservadoras, «regresivas» «escapistas» y «utópicas» —y que deba ser vista, por tanto, como una contracorriente permanente que amenazaba con arrastrar a Morris de nuevo aguas arriba hacia el «subjetivismo» y el «idealismo»—, sino que dicha tradición contenía en su seno recursos de naturaleza bastante distinta, capaces de pasar por esta transformación independientemente del precipitado de los escritos de Marx y Engels. Es decir, la crítica moral del proceso capitalista avanzaba hacia conclusiones concordantes con la crítica de Marx, y el genio particular de

Morris consistió en pensar a través de esta transformación, efectuar la unión y sellarla con la acción. Pierson no habría tenido que ignorar, asimismo, que el etiquetado de esta crítica romántica como «regresiva», «utópica» e «idealista» es un fácil sendero para salirse del problema, ya que una manera alternativa de leer tal tradición había sido propuesta no solamente en este libro, en 1955, sino, muy articuladamente, por Raymond Williams en *Culture and Society* en 1958. Si Pierson está en lo cierto al decir que «desde el punto de vista marxista el socialismo de Morris era regresivo» —y no podemos saber cómo lo habría juzgado el propio Marx—, esto sólo puede indicar el letargo de la imaginación y la constricción teórica que el marxismo ortodoxo experimentaba desde la década de 1880. No prueba necesariamente (si es verdad) que la confluencia era imposible o que Morris era un intelectual incompetente. Podría incluso significar que el marxismo ortodoxo le volvió la espalda a una unión que descuidó para peligro propio y desastre subsiguiente.

Prefiero seguir el hilo de la cuestión de este modo, pues ahora puedo ver, con mucha mayor claridad que cuando escribí este libro, el peligro del otro estereotipo. Este otro pretende que Morris «se convirtió en un marxista», que fue «convertido al marxismo», etc. El peligro lo vemos a lo largo de las páginas del sólido y con frecuencia útil estudio de Paul Meier.<sup>48</sup> Lamento tener que polemizar con él, pues esta importante atención que un escrupuloso erudito francés dedica al pensamiento político de Morris constituye otra indicación de que dicho pensamiento sigue vivo y no está limitado a un idioma nacional. Meier ha examinado cuidadosamente las influencias clásicas, utópicas y de otros tipos sobre Morris; ha sopesado con el mayor cuidado todo dato relativo a la influencia marxista sobre él, bien en sus textos, bien de sus conversaciones con Engels y Bax.<sup>49</sup> Y después de eso, ha reunido todos los elementos de los escritos de Morris sobre la sociedad comunista (y sobre el estadio de transición del socialismo) y los ha presentado más sistemáticamente de lo que yo (o, en realidad, Morris) jamás intenté. Todo esto se hace con lucidez y generoso respeto hacia el protagonista. Podemos estar seguros de que el libro pondrá punto final a mucha escoria.

Pero persisten graves dificultades. Meier nos presenta un Morris marxista ortodoxo, y su idea de esta ordotoxia está muy influida por su subsiguiente definición marxista-leninista. Cuando Morris no cuadra con estos requisitos, Meier le disculpa, por ejemplo, aludiendo con simpatía a la fragilidad de su análisis económico, a la carencia de textos marxistas disponibles en su época, a sus inmadureces izquierdistas o a sus residuales vestigios idealistas. La noción del marxismo como «verdad» se da por sentada siempre, y a Morris se le juzga aprobadoramente en términos de su apro-

ximación a ella. Meier no pretende en modo alguno disminuir el calibre de su personaje o desautorizar su original influencia sobre el pensamiento socialista; pero el resultado final es que hace ambas cosas.

Una pequeña parte de ello se deriva del tratamiento que da Meier a las relaciones Morris-Engels, cuestión a que ya me he referido en mi texto. La correspondencia Engels-Lafargue<sup>50</sup> no estuvo disponible hasta después de la primera edición de este libro; algunos puntos de la misma, de los que Meier obtiene luz, me resultan irritantes. En mi opinión es imposible estudiar estos y otros datos sin concluir que a veces Engels y la extendida familia política de Marx (actuando en gran medida a través del partido alemán) poseía una influencia nociva y elitista sobre el movimiento europeo. Quizá sea éste sólo un pequeño defecto, cuando se compara con la inmensa y positiva influencia de la obra básica de Engels y la perspicacia de muchos de sus juicios. Pero este pequeño defecto chocó, en ocasiones, frontalmente con Morris y (después de leer las cartas de Lafargue) yo afilé mis propios juicios en un punto de la revisión (470-1). Hacia 1887-1888 Morris tenía ya razones para sentir que había aguantado bastante. Las actuaciones de los «marxistas» de la Liga habían sido perjudiciales y brillado por su falta de camaradería. Aunque su estrategia fuese más apropiada que el purismo de Morris, fue necesidad forzar una cuestión sobre el tema menos importante (el de las candidaturas parlamentarias);<sup>51</sup> el intento de manipular una unidad doctrinal del movimiento europeo sobre la base del programa del partido alemán justificó la irritación de Morris con Bax, quien estaba «empapado en la salsa marxista» (471); y (un punto que se me había pasado por alto), encima de todo la solidaridad ininterrumpida de Morris con el partido alemán dio como fruto, a principios de 1888, que se viera apremiado a pagar la muy importante cantidad de mil libras como resultado de un proceso por difamación.<sup>52</sup> De hecho, en lo que respecta a los encuentros personales de Morris con el círculo de la familia marxista, uno se queda sorprendido, sobre todo, de la gran paciencia que tuvo.

Pero aparte de cuestiones de táctica o de personalidad, hay otras. Meier defiende la idea de que en los escritos de Morris el lector intuye la influencia subterránea de Engels. En realidad Meier lleva esta idea muy lejos, más lejos de lo que yo posiblemente pueda seguirle. Una y otra vez, cuando Meier se tropieza con algo congruente entre Morris y un texto marxista, da por sentado que Morris no pudo haber llegado a esta postura independientemente, y se lanza a especular sobre la fuente: una mirada a un manuscrito inédito, una mediación a través de Bax. En ocasiones el caso está bien presentado.<sup>53</sup> Otras veces se sustenta sobre poco más que la hipótesis de que Morris era incapaz de llegar a ninguna original conclusión «marxista» por su propia cuenta:<sup>54</sup> «Malgré notre sincère admiration

pour son génie», escribe Meier, «et notre refus de ne voir en lui qu'un rêveur, nous est difficile de croire qu'il ait pu s'élever tout seul à ce niveau théorique» (p. 409).<sup>55</sup> En otras ocasiones de nuevo nos enfrentamos exactamente con la misma confluencia entre Morris y el marxismo que ha sido mi tema. No es necesario malgastar tiempo en establecer la cuestión trivial de asignarle prioridad de pensamiento a Morris o Engels. Lo que Meier hace cuando insiste en que los conceptos socialistas de Morris están siempre derivados del «marxismo» es, en primer lugar, estrechar la noción de marxismo a una especie de tradición familiar —una suerte de legitimidad real que sería el único origen válido de sus vástagos—, y en segundo subestimar seriamente el vigor de la tradición que Morris había transformado, y que seguía todavía a sus espaldas tanto como Hegel seguía aún a espaldas de Marx.

Un ejemplo llamativo surge cuando Meier se ocupa de la conciencia histórica dialéctica. Cita el famoso pasaje de la conclusión de *A Dream of John Ball* («Consideré cómo los hombres luchan y pierden la batalla...») y observa, como yo había observado, su similitud con un pasaje de *Ludwig Feuerbach* (722) de Engels. Sin embargo, para Meier esta coincidencia no puede ser accidental y continúa especulando sobre el conocimiento de Morris de fuentes inéditas en relación con la dialéctica marxista. Esta especulación merece un pequeño comentario. Como observa Meier, la conclusión a la nota 3 al *Manifiesto* de la Liga (739) expresa un sentido dialéctico del proceso histórico, escrito en el estilo de Morris, aunque sabemos que la metáfora de «la espiral» se la debe a Bax (pp. 689-692, 693). Y como también observa Meier, no existía entonces ningún manual de instrucciones sobre dialéctica marxista. *Ergo*, Morris había sido instruido en este punto bien directamente por el autor de *La dialéctica de la naturaleza* (que no se publicó hasta 1925) o a través de Bax.

Existen dos objeciones a lo anterior. La primera (demasiado compleja para exponerla aquí en su totalidad) es que es asunto discutible el que se saliera ganando algo formalizando de este modo «la dialéctica». Si pensamos en la contradicción y en el «carácter bifronte y no único» del proceso de cambio social, Morris ya lo había comprendido, y la lectura de *El Capital* no hizo más que confirmarle su creencia. La segunda objeción es que, una vez que Morris había alcanzado conclusiones socialistas y llevado a cabo una ruptura definitiva con la idea whig del progreso, tuvo que alcanzar —y lo hizo— una comprensión dialéctica del proceso, no exactamente porque había llegado al «marxismo», sino a causa de la entera fuerza de la tradición romántica que le empujaba por detrás. De hecho, pocos pasajes de sus escritos contienen un mayor sentimiento de inevitabilidad que las meditaciones finales en *John Ball*. La crítica romántica es etiquetada con

mucha ligereza de «regresiva» o «nostálgica» porque se funda en un llamamiento a los valores precapitalistas. Y ello es así muy específicamente en Morris, con su imaginativa ubicación de lo valioso en contextos medievales, germánicos o de la antigua Islandia. Como ha observado Raymond Williams, Morris desplaza directamente algunos términos de la crítica romántica del utilitarismo y los sitúa en la corriente de su pensamiento socialista, como en el caso de la oposición entre la noción de comunidad (o «sociedad verdadera») y la «civilización mecánica».<sup>56</sup> Así que es difícil ver cómo Morris pudo haber transformado tal tradición si *no* se hubiera atenido a una noción dialéctica (la «espiral» de Bax) de la reafirmación de un nuevo nivel y a nuevas formas de los valores precapitalistas de comunidad y «barbarie».<sup>57</sup>

Meier, al presentar el pensamiento de Morris como un sistema, aclara mucho, pero pierde la comprensión de la auténtica dinámica propia de dicho sistema: cómo y dónde irrumpió por sí mismo. Y aquí debo insistir en la importancia de mi capítulo «La Anti-Scrape», un capítulo que me atrevo a decir que los lectores socialistas impacientes generalmente se saltan. Pues es ahí, tanto como en «El río de fuego», donde se analiza a Morris en el momento en que transforma una tradición, cuando se enfrenta a problemas que exigen una solución en la práctica tanto como en la teoría. «La esencia de lo que nos enseñó Ruskin», dijo Morris, «fue realmente nada más recóndito que esto, es decir, que el arte de cualquier época debe ser, por necesidad, la expresión de la vida social de la época en cuestión».<sup>58</sup> Esto fue, obsérvese, por favor, lo que enseñó Ruskin, no Marx; y en 1880, cuando de Marx sólo conocía el nombre, Morris escribía:

De modo que la vida, los hábitos y las aspiraciones de todos los grupos y clases de la comunidad están fundamentados sobre las condiciones económicas bajo las que vive la masa del pueblo, y es imposible excluir las cuestiones socio-políticas de la consideración estética.<sup>59</sup>

Fue ante la «Anti-Scrape» donde exponía en los siguientes términos, en 1884, la nueva interpretación de la historia:

El orden incipiente en los tiempos más remotos... moviéndose constantemente hacia adelante, hacia algo que parece justamente lo opuesto del punto de partida, y sin embargo, el orden antiguo nunca muere, sino que vive en el nuevo, y lentamente lo moldea hasta una recreación de su ser antiguo (236).

El pensamiento prefigura *A Dream of John Ball* e implica el mismo sentido dialéctico de proceso. Bax (o Engels) pueden haberle encontrado un nom-

bre a esto (la «espiral»), pero Morris estaba ya inmerso en los problemas que enunciaba: ¿por qué era imposible reproducir la arquitectura gótica?, ¿cómo podrían ser resucitadas las habilidades artesanales de un orden social anterior (sino a través de una espiral de cambio)? Y en el mismo discurso, Morris se detuvo para rendir tributo a Ruskin y a Marx de *El Capital*. Pero lo que reconoció como deuda a Marx no fue una nueva y total revelación en cuanto al proceso histórico, sino una comprensión específica de los efectos del modo capitalista de producción, de la producción para el beneficio y no para el uso, sobre los talleres del «sistema de manufactura» (238). Esto no puede ser considerado exactamente como una conversión *al* «marxismo» debida *a* Marx. Es una confluencia de *dos* robustas tradiciones, y la segunda no tenía por qué alcanzar su supremacía asesinando a la primera.

De manera que no puedo aceptar ni la visión de Pierson, según la cual ciertos conceptos marxistas fueron «sobrepuestos» al romanticismo de Morris, sin integración, ni el juicio implícito de Merier, de que el romanticismo es sinónimo de «idealismo» (en su connotación ortodoxa marxista), y de aquí que tuviera que descartarse cuando Morris se convirtió en «un marxista».<sup>60</sup> Y si tenemos que escoger entre errores, puede que sea el segundo el más perturbador. Puede parecer que estoy bailando en la cabeza de un alfiler, pero otros lo han hecho antes que yo. Raymon Williams, cuando en 1958 ofreció una poderosa crítica de las contradicciones internas de los críticos marxistas ingleses (yo incluido), observaba:

Ciertamente, parece oportuno preguntarles a los marxistas ingleses que se han interesado en las artes si esto no es el romanticismo que absorbe a Marx antes que Marx transformando el romanticismo. Es una materia de opinión que uno le gustaría que sucediese (p. 274).

Pero si dejamos a Morris unido al «romanticismo» ésas no son las únicas alternativas. También es posible entrever la tradición romántica, transformada como fue por Morris (en parte a través de su encuentro con Marx), ingresando en una tradición comunista común a la que podría aportar su propio énfasis, su vocabulario y sus preocupaciones. Una contribución distintiva de *Culture and Society* fue mostrar lo persistente que había sido esta prolongada crítica romántica del capitalismo industrial; y yo añadiría que los propios escritos de Williams, de dos décadas, han ejemplificado cuán vigorosa puede ser todavía una mutación de aquella tradición, y cuán coherente con el pensamiento de Marx.

Por lo menos podríamos preguntar ¿qué podría estar en el corazón de la frase, «Marx transformando el romanticismo»? Esto puede pasar por lo

que realmente ocurrió con Morris. O podría significar tan sólo que el marxismo era capaz de engullirse al romanticismo sin dejar restos, asimilando su buena fe como nutriente útil y desechando su «sentimentalismo», su realismo moral, y su coraje utópico como una excrescencia demasiado idealista. Y es esta segunda respuesta la que con excesiva frecuencia parece caracterizar las reacciones de Engels ante Morris. Existió un momento de calor entre ambos hombres, en la época de la división, cuando Morris se alegró mucho de ver sobre la mesa de Engels la *Old Norse Edda*, y, en su contento, le leyó a éste algunos pasajes del *Sigurd*: «La cosa fue muy bien».<sup>61</sup> Después de eso se suceden las referencias desdeñosas y desaprobadoras. Engels no podía molestarse en «habérselas» con este «rico artista entusiasta» y «socialista sentimental» (471). No hay datos que muestren que leyó *Hopes and Fears for Art* (1882) ni *Signs of Change* (1888), y sí que hay evidencia de que no leyó *Noticias de ninguna parte*. Leyó *Socialism, Its Growth and Outcome* y dio a entender una tibia aprobación, pero éste era un texto del movimiento que él mismo estaba escudriñando por su utilidad. Engels no dio la menor indicación en el sentido de que pudiera aprender, a su vez, algo de Morris. Como observé en 1959,

mientras que Morris se esforzó duramente y con éxito para entender y absorber mucho de la tradición de Engels, éste no realizó un esfuerzo comparable en dirección a Morris.<sup>62</sup>

Marx, cuya rebelión inicial había sido afín a la tradición romántica, podría haber juzgado a Morris con más simpatía. Pero esto no puede solventarse como una mera cuestión de temperamento. El desdén de Engels hacia Morris ejemplifica la estrechez de la ortodoxia de aquellos años, una limitación que se observa no sólo en sus propios escritos, sino más generalmente en la tradición marxista. A medida que avanzaron las tendencias hacia el determinismo y el positivismo, la tradición sufrió un cierre teórico generalizado y la posibilidad ofrecida por Morris, es decir, la conjunción de tradiciones, fue rechazada. La crítica romántica del capitalismo, por más que transformada, se convirtió en sospechosa de «moralismo» y «utopismo». No es necesario que, en 1976, insista yo en que la subsiguiente carencia de inhibiciones morales (e incluso de vocabulario) llevó a la principal tradición marxista a un estado peor que la confusión.<sup>63</sup> Pero esto nos ayuda a identificar dos puntos importantes sobre el significado contemporáneo de Morris. Primero, es más importante entenderle como un romántico (trasformado) que como un marxista (conformado). Segundo, su valor dentro de la tradición marxista puede verse, hoy, menos en el hecho de su adhesión a la misma que en las «ausencias» o fracasos marxistas para



llegar a un acuerdo con dicha adhesión. La «conversión» de Morris al marxismo ofrecía una confluencia ante la que el marxismo no supo actuar con reciprocidad, y este fracaso —que en cierto modo *persiste* y no sólo en el seno de la tradición comunista mayoritaria— tiene más que enseñarnos que las homilías referidas al generoso compromiso de Morris.<sup>64</sup>

Uno habría podido esperar que los nuevos estudios sobre Morris más importantes hubiesen abordado estos problemas. Y es alentador encontrar dos autores, Miguel Abensour y John Goode, cuyo trabajo recoge mis temas y los lleva mucho más lejos. Abensour ha presentado un nuevo estudio de la tradición utópica que, después de una sucesión de sutiles análisis, da un relieve excepcional al significado crítico (y no agotado) de Morris.<sup>65</sup> Puesto que no es fácil que la obra de Abensour esté al alcance de los lectores de habla inglesa hasta dentro de cierto tiempo, debo informar con cuidado acerca de sus conclusiones. Escribe desde una postura crítica (una postura de «izquierda») en el seno de la cultura marxista francesa, y presta gran atención a lo que otros autores socialistas han dicho sobre Morris: Guyot, Page Arnot, A. L. Morton, John Middleton Murry,<sup>66</sup> Williams, Meier y yo mismo. Y ninguno de nosotros se libra de la crítica. Abensour reconoce la importancia de la *Vindication* (1934) de Morris por Page Arnot, al enfrentarse a los mitos antimarxistas de la época, pero arguye que esto dio origen asimismo en la tradición marxista al mito compensatorio según el cual todo lo que era «de valor» en el pensamiento de Morris tenía que ser pasado primero por el tamiz de una ortodoxia, y los trocitos de utopismo demasiado grandes para pasar por el filtro podían ser perdonados invocando la licencia permitida a un poeta (p. 252). El nuevo mito no era falso por mostrar que Morris fue un seguidor práctico y teórico de la tradición marxista; era falso por dejar correr o disculpar diferencias significativas de énfasis en el seno de dicha tradición (donde Morris se situaba, con Domela Nieuwenhuis, en la «izquierda»), y por ignorar aspectos de su pensamiento que no podían ser asimilados. A mí se me considera menos culpable de tal asimilación y negligencia que a otros, pero Abensour clama que yo me encallo, junto con A. L. Morton, en el problema del utopismo; y me regaña por hallarme culpable de evasión al aceptar la fórmula de «utopía científica» en relación con *Noticias de ninguna parte* (p. 263).<sup>67</sup> Detrás de esta fórmula detecta un rechazo de la validez de lo utópico en todas sus formas: una «utopía científica» puede ser tolerada sólo porque no es *realmente* utópica.

Dice Abensour que la crítica del socialismo utópico en el *Manifiesto comunista* e incluso más en *Del socialismo utópico al socialismo científico*, de Engels, dio paso, en la subsiguiente tradición marxista, a una antinomia doctrinal: ciencia (buena), utopismo (malo). En cualquier momento, a

partir de 1850, el socialismo científico no necesitaba más utopías (y poseía autoridad doctrinal para sospechar de ellas). La especulación en torno a la sociedad del futuro fue reprimida, y desplazada, por la atención puesta en la estrategia. Más allá de «la Revolución» poco más podía ser conocido que ciertas esqueléticas proposiciones teóricas, tales como los «dos estadios» entrevistados en la *Crítica del Programa de Gotha*. Debe seguirse que los marxistas ortodoxos tienen que acercarse a Morris muy incómodamente. ¿Qué hacía esta recaída en el utopismo metiéndose en la corriente de la tradición marxista? ¿Quizá se trataba de un caso de mala interpretación? La solución habitual era proponer un respeto para Morris (por sus buenas intenciones y sus textos políticos más explícitos) bajo el cual se escondía una aburrida condescendencia. Morris, convertido en «marxista» a los 50 años, no podía desprenderse de todos sus hábitos románticos, la mayor parte de los cuales eran encantadores o divertidos; pero aunque la forma de sus escritos siguió siendo «utópica», el contenido se convirtió, en buena parte, en «científico». Y lo que no se puede mostrar que concuerda con el texto marxista, se deja correr. La solución, en suma, ha sido proponer que Morris no fue en absoluto un verdadero utopista.

Éstas no son las palabras de Abensour sino una explicación de su razonamiento. Explicaré también algunas de sus contrapropuestas: (1) aunque uno pueda asentir (como hace él) a las críticas de Marx y Engels de los socialistas utópicos anteriores a 1850, éstos son juicios políticos locales que no condenan de necesidad, de una vez y para siempre, toda temática utópica genérica; (2) Morris es, inevitablemente, un comunista utópico, no sólo en *Noticias de ninguna parte*, sino también en gran parte de sus más directos escritos políticos, y cualquier juicio que no se enfrente de lleno con esta verdad es culpable de evasión; (3) la cuestión de la relación de Morris con el marxismo hace surgir agudamente la cuestión, no de si los marxistas deberían criticar a Morris, sino de si el marxismo debería criticarse a sí mismo.

Veamos ahora, con mayor detalle, cómo Abensour prosigue sus razonamientos. La aproximación marxista convencional a Morris (afirma) combina un ejercicio de «domesticación» y de «represión» en que los elementos utópicos de su pensamiento quedan reducidos a una expresión de socialismo científico (p. 270). Es Meier quien más carga con la crítica de Abensour. Al aceptar *Noticias de ninguna parte* en el canon marxista, Meier debe primero hacerlo pasar por un escrutinio doble. Para empezar, tiene que extraer de él ciertas proposiciones que se comparan, a su vez, con los textos de Marx y Engels como «una especie de tribunal supremo, único cualificado para dictar un veredicto final». Los textos teóricos se utilizan así como llave maestra para descifrar la obra utópica (p. 345). Como resulta-

do, finalmente Meier «le da un nombre a esa “Ninguna parte” de la que hemos tenido noticias: el nombre del continente es Marxismo» (p. 346). Pero se nos permite reaccionar a la obra sólo en la medida en que ha sido hallada correcta, por medio de esta doble verificación textual. Allí donde es correcta, la utopía puede ser llamada «científica». En el análisis de Meier se da primacía a la «teoría de los dos estados», como se expone en la *Crítica del Programa de Gotha*, un texto que se nos aconseja sostener en nuestra mano derecha y estudiarlo cuidadosamente, mientras que con la mano izquierda hojeamos *Noticias de ninguna parte*. La función de esta «utopía científica» queda entonces reducida a la «ilustración» de verdades aprendidas ya en otras partes (p. 347). Lo que Meier ofrece como apreciación favorable del utopismo es, en realidad, un *ejercicio de cierre* que confina la imaginación utópica a límites textualmente aprobados. Meier es culpable de un ejercicio de represión teórica (p. 350).

Un resumen no haría justicia al análisis alternativo de *Noticias de ninguna parte* que Abensour lleva a cabo. Pero debemos señalar algunas de sus proposiciones generales. En primer lugar, la antinomia científico-utópico de Engels debe ser rechazada. En segundo, se puede encontrar entre los socialistas europeos posteriores a 1850 un nuevo tipo de utopismo, prefigurado por Déjacque y Coeurderoy y del que Morris es el exponente más notable. Este nuevo utopismo volvió la espalda a las formas del utopismo clásico —el de la construcción de modelos jurídico-políticos (p. 296)— y se entregó a un discurso heurístico más abierto. En tercer lugar, y ahora llegamos al caso específico de Morris, es posible mostrar cómo, en torno a un conjunto genérico de expectativas («*prévision generique*») del pensamiento marxista, la imaginación utópica puede formular otras hipótesis acerca del futuro. Hipótesis que no son marxistas pero tampoco antimarxistas, sino sencillamente «marxistas». Morris podía tomar (y lo hizo) ciertas proposiciones marxistas como punto de partida de las mismas, lo que se debe a que tal tradición se estaba encerrando en una circularidad doctrinal autoconfirmadora.

¿Cuál es, entonces, la función del nuevo utopismo de Morris si ni nos ofrece proposiciones que puedan ser validadas en relación al texto ni ofrece, al modo clásico, un estricto modelo de sociedad? El comunismo (como lo vio Morris) implicaba la subversión de la sociedad burguesa y una conmoción en todo el orden social:

El logro de ese objetivo inmediato traerá consigo un camino tan prodigioso y abrumador en la sociedad que los que posean una pizca de imaginación no pueden por menos que preguntarse cómo viviremos entonces.<sup>68</sup>

En ninguno de sus escritos utópicos tuvo Morris la intención de ofrecer doctrina o una descripción sistemática de la sociedad futura (pp. 295-296). Con frecuencia se mostraba deliberadamente evasivo en lo relativo a «ordenamientos» futuros. A ello se debió exactamente que se inspirara en su herencia romántica, de sueño y fantasía, más acentuada por el distanciamiento de un vocabulario arcaico, en lugar de adoptar el naturalismo espúreo de Bellamy. Su intención fue encarnar en las formas de la fantasía valores alternativos esbozados en un modelo de vida alternativo (p. 298). Y lo que distingue esta empresa es, exactamente, su cualidad *abierta*, especulativa, y su *separación* de la imaginación de las exigencias de la precisión conceptual.<sup>69</sup> Ni en *Noticias de ninguna parte* ni en conferencias del tipo «Cómo es y cómo podría ser una fábrica» o «La sociedad del futuro» ofrece Morris «soluciones» precisas. Ni siquiera importa (como criterio principal) si el lector está de acuerdo con sus aproximaciones. El asentimiento puede ser mejor que el disentimiento, pero más importante que ambos es el desafío a la imaginación, para que se sumerja en la misma exploración abierta. Y dos cosas ocurren en tal aventura: nuestros valores habituales (el «sentido común» de la sociedad burguesa) quedan confundidos. Y entramos en el espacio propio y recién encontrado de la utopía: *la educación del deseo*. Esto no es lo mismo que una «educación moral» hacia un fin dado; es, más bien, abrirle una espita a la aspiración, «enseñarle al deseo a desear, a desear mejor, a desear más, y sobre todo a desear de un modo diferente» (p. 330). El utopismo de Morris, cuando triunfa, libera el deseo para cuestionar sin tregua nuestros valores y también a sí mismo;<sup>70</sup>

En realidad, en el caso de William Morris, el recurso al escrito utópico significa exactamente el deseo de abrir un camino, de arriesgar una aventura, o una experiencia, en el sentido pleno de la palabra, que le permite a uno entrever, ver o incluso pensar aquello que un texto teórico nunca podría, por su propia naturaleza, permitirnos pensar, encerrado como está en los límites de un sentido claro y observable (p. 347).

Tampoco admite Abensour que se vea como una forma de crítica política, puesto que es, en su nivel más profundo, una crítica de todo lo que entendemos por «política» (p. 341).

Este notable estudio despacha al pasado las viejas cuestiones y propone nuevos problemas. Donde la discusión había sido, «¿fue Morris marxista o no lo fue?», resulta que, en una gran parte de su propaganda comunista, no fue ni una cosa ni la otra. Estaba en alguna otra parte, haciendo una cosa distinta, y la cuestión no es tanto errónea como inapropiada. Eso explica la dificultad que todos los críticos, salvo el «represivo» señor Meier,

tienen para reducir los escritos socialistas de Morris a un sistema, y por qué esos escritos asistemáticos todavía provocan reacciones tan profundas. Podemos decir, y debemos decir, que Morris fue un marxista y un utópico, pero no debemos permitir que un guión o un sentido de contradicción se introduzca entre ambos términos. Sobre todo, el segundo no debe ser reducido al primero. Tampoco podemos permitir una condescendencia que dé por sentada que la «educación del deseo» es una parte subordinada.

Celebro la visión de Abensour, tanto más cuanto que es la misma que, sumergida, estructuró este libro cuando fue escrito, pero que finalmente no supe articular. En mi acento sobre la «aspiración» dentro de la tradición romántica, sobre el «realismo moral», sobre el juego repetido de Morris con la palabra «esperanza» y en el título mismo de la cuarta parte («Necesidad y deseo»), yo apuntaba a una conclusión que, al final, abandoné por beatería hacia la política como texto y timidez ante el término «utópico». Pero la evidencia es inapelable: Morris fue un comunista utópico<sup>71</sup> con el pleno vigor de la tradición romántica transformada tras él.

La cabeza de alfiler sobre la que hemos estado danzando se ha hecho, imperceptiblemente, más grande, hasta extenderse en todas las direcciones tan lejos como la vista puede alcanzar. Definir la postura de Morris como socialista ha resultado ser necesario para someter a autocritica al propio marxismo, particularmente en lo que se refiere a la antinomia científico-utópico. Pero esta autocritica involucra consecuencias mucho mayores que el juicio local referente a la relación de William Morris con tal tradición. Verdaderamente, «el caso Morris» puede ser crítico para diagnosticar la naturaleza del marxismo después de 1880. Un marxismo que no podía relacionarse en términos de reciprocidad con él, no coexistir con Morris sin desdenarlo o que, incluso cuando lo reivindicaba, trataba de clausurar las vías que él había abierto y reprimir sus intuiciones, iba a hallar con gran facilidad dificultades análogas para cohabitar con cualquier otra línea o tendencia romántica o utópica. Y el «deseo», no educado excepto en la enconada praxis de la lucha de clases, podía tender —como advirtió frecuentemente Morris— a ir a su aire, a veces para bien, a veces para mal, pero recayendo una y otra vez en el «sentido común» o valores habituales de la sociedad anfitriona. Así que lo que puede estar imbricado en «el caso Morris» es todo el problema de la subordinación de las facultades imaginativas utópicas dentro de la tradición marxista posterior: su carencia de una autoconciencia moral o incluso de un vocabulario relativo al deseo, su incapacidad para proyectar imágenes del futuro, incluso su tendencia a recaer, en vez de eso, en el paraíso terrenal del utilitarismo, es decir, la maximización del crecimiento económico. Pero esto es llevar el argumento más lejos de lo que es propio en este lugar. Baste decir que este alfiler tiene

una cabeza suficientemente grande, y que reivindicar el utopismo de Morris puede ser, al mismo tiempo, reivindicar el utopismo mismo, y dejarlo libre para que ande por el mundo una vez más sin sentirse avergonzado y sin acusaciones de mala fe.

Reivindicar el utopismo (en el sentido propuesto por Abensour) naturalmente no significa que *toda* obra utópica (no clásica, no jurídico-política) sea tan buena como otra cualquiera. La «educación del deseo» no está más allá de la crítica de las sensaciones y los sentimientos, aunque los procedimientos de la crítica deben estar más próximos a los de la literatura creadora que a los de la teoría política. Existen modos disciplinados y modos indisciplinados de «soñar», pero la disciplina es de la imaginación y no de la ciencia. Queda por mostrar que el pensamiento utópico de Morris sobrevive a esta crítica, así como a la crítica de noventa años bastante sombríos. No he cambiado mi opinión de que es así. Raymond Williams llegó a una conclusión mucho más matizada, que ha sido discutida por Abensour y por John Goode. Williams escribió:

Por mi parte, relegaría de buena gana al olvido *A Dream of John Ball* y los cantos socialistas románticos e incluso *Noticias de ninguna parte*, que son todas obras en las que las debilidades de la poesía de Morris se muestran vivas e incapacitantes, si hacerlo fuera el precio a pagar para retener y hacer que la gente lea cosas más pequeñas del autor, tales como *How we Live and How we might Live*, *The Aims of Art*, *Useful Work versus Useless Toil* y *A Factory as It Might Be*. El cambio de énfasis implicaría un cambio en el estatus de Morris como escritor, pero tal cambio es críticamente inevitable. Hay más vida en las conferencias, donde uno siente que el hombre entero está comprometido en lo que escribe, que en cualquiera de los romances en prosa y en verso... Morris es un buen escritor político, en el sentido más amplio, y sobre ello, finalmente, descansará su reputación.<sup>72</sup>

Esto no está muy lejos de mi propio juicio (717). Tampoco es imperativo que el tema de la visión utópica esté aquí en disputa, en los ejemplos que nos da Williams y tomando «el sentido más amplio» del escrito político. Pero Abensour teme que Williams esté dejando un resquicio a la evasión, como yo hice con «la utopía científica». Pues el juicio podría reducir fácilmente lo utópico o lo político, en su anotación acostumbrada («un buen escritor político») que puede entonces ser juzgada con cánones políticos normales.<sup>73</sup>

La objeción de Abensour descansa en parte en su buena y minuciosa lectura de *Noticias de ninguna parte* —de su estructura y de su franqueza— y en parte en una crítica del descuido de Williams de la tradición utópica anterior. Pero las cuestiones pueden ser reducidas a una: ¿por qué tenemos

que situar unas frente a otras las obras utópicas y las «políticas» cuando es tan obvio que deben ser tomadas conjuntamente? ¿Por qué se nos invita a pagar este precio, en realidad? Williams renuncia con demasiada facilidad a *Noticias* y a *John Ball*, como quizá *Pilgrim's Progress* o *Los viajes de Gulliver* fueron abandonados por unos lectores para quienes estos libros se habían convertido ya en equipamiento demasiado familiar para la mente. Y John Goode lanza una interrogación muy parecida. Es fascinante observar cómo Abensour y Goode, trabajando con materiales diferentes e inspirándose en los puntos fuertes —analíticos y críticos— de sus disciplinas e idiomas respectivos, llegan a conclusiones similares.

La obra de Goode es fácilmente accesible y no necesito informar sobre ella en extensión.<sup>74</sup> En cuanto al juicio de Williams, observa que «sugiere el orden adecuado para leer a Morris», pero que, como crítica, «está falta de un reto», pues tal desvalorización de la obra creadora de Morris traería consigo un cambio en la categoría de éste, y Williams «no parece darse cuenta de cuán grande sería este cambio». A mí me hace una crítica similar: también yo presento una «división entre los juicios estéticos y los morales», lo que «de nuevo reduce la obra creadora de Morris a un papel marginal».<sup>75</sup> Después, Goode vuelve a los escritos creadores de Morris, desde el *Sigurd* en adelante, pero sin intentar una rehabilitación dentro de los límites convencionales de la crítica literaria. Lo que hace es una tarea de inquisición, examinando los problemas que Morris tuvo que superar en la obra creadora de sus años socialistas. Tendríamos que ver tal obra como «una reacción formal a problemas que teóricamente son insolubles, excepto en términos de metáforas que son insatisfactorias e intratables en la presente situación histórica» (p. 222). En esta opinión Goode se halla muy próximo a Pierson cuando éste declara que «la fusión efectuada por Morris entre la visión romántica y el marxismo», como consecuencia, «agudizó el divorcio entre la conciencia y la realidad social objetiva que había caracterizado el pensamiento de Carlyle y Ruskin».<sup>76</sup> Cuanto más profunda se hizo la comprensión de Morris de las determinaciones del proceso capitalista, más intransigente se hizo la protesta contra las determinaciones de aspiración o «deseo», más imposible fue vestir estas aspiraciones en el seno de formas contemporáneas, y más urgente resultó que el «deseo» dominara la «necesidad». Goode comparte mi opinión de que más que la visión fue la desesperación la que principalmente puso a Morris en el sendero del socialismo revolucionario (p. 235); y aunque el marxismo «le da a su visión una base histórica, el concepto central de su ideología socialista —la alienación— ha estado con él desde el comienzo» (p. 236).<sup>77</sup> No sólo estamos autorizados a utilizar el concepto de «alienación» de un modo analítico, antes que meramente descriptivo, sino que Goode muestra que

Morris era muy consciente de su diagnóstico, como cuando escribió que la «civilización ha engendrado deseos que nos prohíbe satisfacer, y de este modo no es sólo avara, sino también torturante», o que «toda la civilización ha cultivado nuestra sensibilidad sólo para decepcionarla» (p. 236).<sup>78</sup> Así se enfrentó Morris a esta contradicción, en una tensión producida por una visión de un futuro socialista que «está en cierto modo más allá de la conciencia inmediata, aunque es concebible en términos teóricos» (p. 238); una tensión expresada también en su propia obra (que Goode sugiere es el verdadero protagonista de los últimos escritos de creación) entre «la visión del potencial histórico» y las monótonas o deprimentes realidades presentes del movimiento. Enfrentado a contradicciones entre la aspiración socialista y la abrumadora presencia de la realidad capitalista (con su «sentido común», que en todo momento apuntaba a la «imposibilidad» de la realización socialista), una reacción general en el seno de la tradición marxista era (como lo vio Gramsci) una recaída en el determinismo mecánico predestinatario; una energía fortalecida por una fe en la inevitabilidad de la victoria de «la Causa».<sup>79</sup> No es sólo que Morris, quizá de manera creciente, dudara de tal determinismo o evolucionismo;<sup>80</sup> es también, como bien observa Goode, una falsa resolución del problema de la alienación, una resolución (o «revolución»), «lograda por fuerzas de fuera de sí mismo. La alienación del hombre finalizará debido a fuerzas ajenas» (p. 270). Tendríamos que ver cómo, a la vista de estas contradicciones, las obras de Morris «intentan, con mucho éxito, encontrar una forma en que la mente creadora pueda ser retratada en su determinada y determinante relación con la actualidad histórica» (p. 222), y también cómo la gente misma puede ser vista «como una fuerza determinante así como determinada» (p. 271).

Esto, sin embargo, no puede hacerse en el contexto de las formas recibidas del realismo. Es por lo tanto justo e inevitable que Morris diera un nuevo giro a su vieja herencia romántica de sueño.

La afirmación de la responsabilidad del sueño en un mundo en que la conciencia se ha hecho inevitablemente heterogénea con respecto al campo de su existencia es un rasgo asumido de todos los escritos socialistas de Morris (p. 239).

El «test» de la defensa que hace Goode de la práctica de Morris no debe depender de este argumento (aunque nos sitúe en la relación crítica justa con las obras), sino de la propia y muy minuciosa crítica de Goode de ciertas obras de aquél. Entre ellas, una notable revaluación de *Sigurd the Volsung* que descubre hasta ahora desapercibidos niveles de complejidad de organización mítica en la obra, pero que a mí no me convence del todo.<sup>81</sup> Y un análisis muy rico, sutil y convincente de *A Dream of John Ball*, además de una



importante revalorización de *The House of the Wolfings*. En mi opinión —aunque naturalmente queden diferencias de juicio en los detalles—, Goode mantiene su reto enérgicamente, contra Williams y contra mí mismo. De ahora en adelante, estas obras y los «escritos políticos» tendrán que ser considerados conjuntamente.

Pero, ¿cómo qué deben ser considerados? Aquí es donde Goode se acerca a la misma solución que Abensour; pero, así me lo parece, finalmente se alarma y retrocede. Goode pone también en la picota la expresión «utopía científica», pero resulta que lo hace porque halla que *Noticias de ninguna parte* no puede ser descrita adecuadamente ni como «científica» ni como «utópica». La obra es, en primer lugar, no tanto una pintura de valores promulgados como una inversión de los valores rechazados de la vida moderna (p. 277) y expresa el agotamiento e incluso el pesimismo adueñados de la mente del autor: «Ninguna parte es ninguna parte, salvo como una antítesis conceptual en la mente de un activista exhausto». Pero ¿por qué insiste Goode sobre tal oposición en esas oraciones? ¿Es posible, en esta clase de trabajo, rechazar los valores presentes sin poner en vigor alternativas? ¿Cómo puede hacerse una cosa sin la otra? Quizá el peso recaiga sobre la «antítesis». ¿Valores de ninguna parte son los del no-presente o anti-presente?, ¿no están audazmente imaginados *ex nihilo*? Pero primero tiene que demostrarse que eso es así, cosa que no hace Goode; y segundo, que un escritor utópico no puede proceder de otro modo sino reordenando los valores del presente y del pasado o proponiendo antítesis a los mismos. Lo que Goode parece hacer es, como tantos antes que él, y como yo mismo en 1955, huir de una aceptación del utopismo como forma imaginativa válida, a causa del sobresalto que nos causó Engels en 1880.<sup>82</sup> Goode, por eso, se concentra sólo en un componente de *Noticias de ninguna parte* (el «contraste inacabable» entre el futuro, el pasado y el presente, que, como hice observar [695], es esencial en la estructura de la obra), a costa de todos los demás:

Me parece que en esta novela tenemos mucho menos una utopía que un relato de la tortura que es mantener sana la mente, comprometida como está con los determinantes conscientes de la historia y con las fuerzas impersonales de cambio, unidas únicamente en términos conceptuales (p. 278).

Así que, en conclusión, Goode puede decir que ha identificado el logro de las últimas obras de creación de Morris por cuanto éste «descubre formas que dramatizan las tensiones de la mente revolucionaria». Esto es parte de la verdad, especialmente si pensamos en *John Ball*, y Goode es el primero en identificar esta obra de manera tan acertada. Pero, ¿deberemos

leer *Noticias de ninguna parte*, sensatamente, sólo como «agonía»? ¿No es ésta una interpretación algo cerebral de un libro que, verdaderamente, pone en circulación valores alternativos? Por lo menos, parece un juicio un tanto introvertido («las tensiones de la mente revolucionaria») de un escrito que supo comunicar bien una cosa muy diferente a un público no inclinado a la obsesión narcisista del intelectual con sus propias angustias mentales.<sup>83</sup>

Bien puedo estar equivocado, pero me parece que Goode ha alcanzado una conclusión reñida con sus propios datos y que lo ha hecho así porque ha dejado sin examinar el problema que plantea el utopismo. Pues anteriormente, en su estudio, avanza hasta un punto muy próximo a las posiciones de Abensour. Nos advierte de que no hay nada «fácil» en la utilización del sueño, por Morris, «como una convención dentro de la cual realizar concretamente intuición socialista». El uso del sueño en Morris no es «polémico sino exploratorio» (p. 246) y, además, lo usa

... no para escapar de las exigencias de la deprimente actualidad sino para insistir en una plena estructura de valores y perspectivas que deben emerger en la mente consciente para afirmar la verdad interior de esa actualidad, y darle al hombre el conocimiento de su propia participación en el proceso histórico que disuelve tal actualidad (p. 270).

Esto es casi una reivindicación del utopismo. Pero no del todo. Está un tanto empañada por cierto deje de evasión. La utopía se acepta como «convención» para realizar «intuición», y el sueño permite que emerjan perspectivas «en la mente consciente», que proporcionan «conocimiento». (Recordamos el juicio de Goode, según el cual, «Ninguna parte» es «una antítesis conceptual» y la obra pone en vigor una agonía de la «mente»). Lo que uno observa es cierta tendencia a intelectualizar el arte y a insistir en que sólo puede ser validado cuando se traduce en términos de conocimiento, conciencia y concepto. El arte visto no como una promulgación de valores, sino como una re-promulgación en términos diferentes de teoría. Lo que se pierde es la insistencia de Abensour sobre «la educación del deseo». «El papel del arte de Morris», escribe Goode,

parece que es, cada vez más, combatir la tendencia a derrumbarse en un acto determinista de fe, al presentar las potencialidades del desarrollo humano en una situación en la que están capacitadas e impelidas a tomar la iniciativa (p. 261).

Esto está bien, y lo que expresa es, precisamente, el «salto» utópico. Si bien Goode se ha demorado sobre la «iniciativa», podría haber llegado a la conclusión, con Abensour, de que una parte del logro de Morris hay que bus-

carla en el carácter abierto y exploratorio del utopismo, su salto desde el reino de la necesidad a un reino imaginado de libertad en el que el deseo puede en realidad indicar opciones o imponerse a sí mismo como una necesidad; y en su inocencia sistemática y su negativa a ser cobrado en el mismo medio de intercambio como «concepto» «mente», «conocimiento» o texto político.

Si el utopismo triunfa en lo que ofrece, en cada obra debe someterse al «test» de la crítica local. Y la crítica de Goode de *A Dream of John Ball* es, a mucha distancia, la mejor apreciación (y reivindicación) de cualquiera de las obras de arte socialistas de Morris. El libro de Goode, conjuntamente con el de Abensour, traslada los estudios sobre Morris a un territorio diferente. Finalmente, traen consigo noticias de alguna parte nueva. Eso es lo importante.

En esta panorámica acerca de mi propia obra y de los estudios sobre Morris durante los pasados veinte años, me he concentrado quizá en demasía en un problema: la relación Morris/marxismo. Creo que ahí están las cuestiones importantes: Los viejos intentos de asimilar a Morris al laborismo, o incluso al fabiañismo, hace tiempo que fueron debidamente desbaratados. Es muy obvio que el curso seguido por el laborismo británico en este siglo no sólo se ha desviado de las perspectivas por las que aboga Morris, sino que ha conducido exactamente al punto muerto general que él profetizó. El pueblo debe «apropiarse por el bien de la comunidad de *todos los medios de producción*, es decir, el *crédito*, los ferrocarriles, las minas, las factorías, los astilleros, la tierra, la maquinaria», le escribió a un corresponsal en 1884:

Cualquier esquema parcial *elaborado como un esquema* que implica la existencia, a su lado, de la ordinaria competencia comercial, está condenado al fracaso... será absorbido por la tremenda corriente de la producción comercial y desaparecerá en la misma, después de haber desempeñado su papel de señuelo para echar a perder la fragancia de la revolución.<sup>84</sup>

En «la política de abstención», en 1887, entrevistó, con cierta precisión, el curso de un laborismo parlamentario que caía en el error de «*depend*er de la agitación parlamentaria», que no apoyaba

una gran organización fuera del parlamento ocupada activamente en la reconstrucción de la sociedad y que removiese cielo y tierra para llenar las urnas con votos socialistas que no representarían a *individuos* socialistas (460).

Por el mismo tiempo escribió:

Ya están empezando... a tropezar en todas partes con intentos de socialismo de Estado. Dejemos que hagan sus experimentos y sus pifias y al hacerlo así que nos preparen el camino... Nosotros —secta o partido, o grupo de soñadores, locos y poetas, lo que queráis— somos, por lo menos, el único grupo de gente que ha podido ver que existe y ha existido una gran lucha de clases. Es más, podemos ver que esta lucha de clases no tendrá un fin hasta que las clases mismas lo tengan: una clase debe absorber la otra.<sup>85</sup>

Morris ya entrevió «experimentos» que conducirían a una «situación de transición», que se lee incómodamente como si se tratase de pasajes de la historia del presente siglo:

Se realizarán intentos para mejorar la condición de los obreros, y el resultado será que un grupo de éstos se levantará a costa del otro; que creará una nueva clase media y un nuevo proletariado; pero muchos pensarán que el cambio es el principio del milenio... Esta situación transitoria será obra principalmente de la clase media, los propietarios mismos del capital, en parte por buena voluntad ignorante hacia el proletariado (mientras no entiendan sus reclamaciones), en parte con el designio consciente e inconsciente, de que nuestra civilización aguante un poco más contra la marea de la corrupción que va anegándonos, y del advenimiento de la revolución.<sup>86</sup>

En sus años postreros Morris se reconcilió con el curso inevitable que había tomado el laborismo. Pero en sus últimas conferencias preguntó repetidamente «¿hasta dónde puede llegar la mejora de la vida de los obreros, y sin embargo, detenerse exactamente en un punto en que todavía no se haya realizado ningún progreso en la vía *directa* al comunismo?».

Si, en resumen, la tremenda organización de la civilizada sociedad comercial no está jugando al gato y al ratón con nosotros, los socialistas. Si la Sociedad de la Desigualdad no es capaz de aceptar la maquinaria cuasi-socialista... y trabajarla con el propósito de mantener la sociedad, en una condición algo despojada, quizá, pero segura... Los obreros mejor tratados, mejor organizados, ayudando a gobernarse a sí mismos, pero sin más pretensiones de igualdad con el rico, ni más esperanza de ella, de la que ahora poseen.<sup>87</sup>

Lo que aquí se está contraponiendo son las nociones alternativas de igualdad de oportunidades, en el seno de una sociedad competitiva, y la de sociedad de iguales, una comunidad socialista. El utopismo, de repente, se revela como más realista que la «ciencia», la imaginación histórica exploratoria salta por encima de sus propias circunstancias y escudriña los dilemas de nuestro tiempo con una intuición moral tan penetrante que puede ser erróneamente tomada por insensible.

Debo deciros que mi motivo básico *especial* como socialista es el odio a la civilización. Mi ideal de una sociedad nueva no quedaría satisfecho a menos que esa sociedad destruyera la civilización (718).

Tenemos que decidimos acerca de William Morris. Cabe considerarlo, por un lado como una figura excéntrica, aislada, personalmente admirable, pero el núcleo de cuyo pensamiento constituía un error, algo fuera de propósito y desde hace tiempo dejado atrás por los acontecimientos. Podría ser así, lo que significa necesariamente que despachemos sin más sus intereses y acentos secundarios. Siempre ocupará un lugar muy alto en la historia de las artes decorativas y en la historia narrativa del socialismo británico. Y hay otros temas que pueden encontrarse en sus escritos, temas que se remontarán de vez en cuando a la altura del discurso revitalizado. Por ejemplo, se ha hecho observar recientemente (¡notable descubrimiento!) que es un pionero de la conciencia «ecológica» responsable, y no ha sido nunca olvidado que tenía opiniones definidas e incómodas sobre la cuestión del trabajo.<sup>88</sup> Pero por otra parte, podría también ocurrir que Morris sea una figura intelectual de gran calibre. Como tal, se le puede considerar como el más importante de nuestros «diagnosticadores» de la alienación, en términos de la percepción concreta de moralista y dentro del contexto de una particular tradición cultural inglesa. Y si fue esto, sigue siendo una figura contemporánea, y entonces debe ser importante establecer la relación en que se halla con respecto al pensamiento contemporáneo. Y si el movimiento laborista británico ha alcanzado ahora, con mucha exactitud, el punto muerto que él entrevió hace noventa años, cabe entonces esperar una intensa renovación de interés en su obra, y un número de pretendientes a herederos de la misma.

El pretendiente más plausible, y el que más hace oír su voz, es el «marxismo», y por eso he insistido tanto en ese punto. Debo confesar que cuando leí por primera vez al señor Meier, caí en una depresión. Parecía que uno hubiera liberado a Morris, hace 21 años, de un mito de ortodoxia marxista. El resultado no era únicamente represivo, era también distanciador y aburrido; ahora, el retrato de Morris podía pender de la pared sin riesgo, con la *Crítica del Programa de Gotha* en su regazo. Pero puesto que Meier sólo estaba transcribiendo libremente ciertas «beaterías» y evasiones de mi propio tratamiento original, apenas si me sentía con fuerzas para reincorporarme al campo de batalla. Gracias a los señores Abensour y Goode he recuperado la moral. Ahora podemos ver que Morris puede ser asimilado al marxismo sólo en el transcurso de un proceso de autocritica y de reordenación en el seno del marxismo mismo.

La cuestión se orienta hacia la independiente derivación del comunismo, por Morris, a partir de la lógica de la tradición romántica; hacia el carácter de su utopismo; y hacia las relaciones en que la sensibilidad moral se halla con respecto a la conciencia política. «Mi socialismo empezó», escribe Morris, «donde terminaba el de algunos otros, con un deseo intenso de igualdad total de condición para todos los hombres». Y «me convertí en comunista antes de saber nada de la historia del socialismo o de sus objetivos inmediatos». Fue en este momento cuando, volviendo su atención a Marx, se hizo un «socialista práctico»... «en suma, nací de nuevo».<sup>89</sup> Pero renacer no significaba renunciar a su propia extracción. El «ideal» y la «ciencia» continuaron coexistiendo y riñendo el uno con la otra.

«La igualdad es, en realidad, nuestro ideal», dijo, y,

sólo puedo explicar el hecho de que algunos socialistas no tengan esto siempre presente, suponiendo que su codiciosa persecución de los medios les haya cegado un poco en cuanto al fin.

Esto iba dirigido a los fabianos, a quien les estaba entonces hablando.<sup>90</sup> En un sentido, este ideal podía ser definido simplemente como una negación de la sociedad de clases: el socialismo aspira «al pleno desarrollo de la vida humana, libre de regulaciones artificiales en favor de una clase».<sup>91</sup> La metáfora implícita, subyacente, inspirada en la vieja crítica romántica del utilitarismo, es la «orgánica»: el crecimiento natural de la «vida» quedará liberado de los frenos artificiales (o «mecánicos») de la «civilización». Una sociedad comunista realizada no dependerá de una nueva raza salida de individuos moralmente admirables, sino del crecimiento de un sistema comunal de valores convertido en habitual por la ausencia de propiedad privada de los medios de producción y la concomitante competencia por los medios de subsistencia. En «Ninguna parte», «un hábito de vida», «un hábito de actuar, en conjunto, en dirección de lo mejor», ha «ido creciendo en nosotros»... «es fácil para nosotros vivir sin robarnos mutuamente» (697). En este sentido, los alternativos sistemas de valores del capitalismo y del socialismo son considerados en formas que aprobarían algunos antropólogos contemporáneos, al ser sustentadores y sustentados.

Pero eso no es todo lo que está diciendo Morris. Pues, en otro sentido, su utilización de los criterios morales y sus afirmaciones de fines «ideales» y de valores preferentes es también *indicativa*; en efecto, indica una dirección hacia la que debe moverse el desarrollo histórico, sugiere opciones entre direcciones alternativas, afirma una preferencia entre esas opciones y busca educar a otros en sus preferencias. Estas indicaciones nunca son absolutas ni «utópicas» en ese sentido: Morris jamás propone que los

hombres puedan vivir en ningún modo que puedan suponer que podrían escoger, de conformidad con ningún imaginable sistema de valores. Las indicaciones están colocadas dentro de un firme argumento, guía histórico y político. Pero están ahí y son importantes. Quizá son la ocasión para que Engels despachara a Morris como a un «socialista sentimental», una acusación que recibió éste como un pecador impenitente («Yo soy un sentimental... y me siento orgulloso de serlo» (718). Indican dónde hay una grieta entre las posiciones declaradas y conscientes de Morris y un determinismo moral (desde esas relaciones de producción, esos valores y esa consonante moralidad), que ha ocupado mucho del pensamiento marxista. En la crítica de Morris de la sociedad capitalista, no se presiente que la moralidad sea considerada secundaria y el poder y las relaciones productivas, primarias. La fealdad de las relaciones sociales victorianas y las «vulgaridades de la civilización» no eran «sino la expresión externa de la baja moral innata a la que nos vemos obligados por nuestro tipo actual de sociedad».<sup>92</sup> Esta baja moral era «innata» dentro de la forma de una sociedad: la «economía» y la «moralidad» estaban enredadas en el mismo nexo de relaciones sociales sistematizadas, y de ese nexo tiene que salir una lógica económica y moral.

Debe seguirse que la rebelión contra esta lógica ha de tener un carácter igualmente «económico» y «moral». Pero una rebelión moral, lo mismo que una económica, debe tener algún lugar donde ir, algún objetivo al que apuntar. Y eso implica escoger, no entre direcciones que uno desea, sino entre inflexiones de dirección. Cuando Morris dirigía la mirada hacia la sociedad del futuro, proponía que continuara la querella entre las determinaciones del deseo y las utilitarias, y que el deseo debiera y pudiera afirmar sus prioridades propias. Pues suponer que nuestros deseos tienen que estar determinados por nuestras necesidades materiales podía significar dar por sentado una noción de «necesidad» determinada ya ella misma por las esperanzas de la sociedad existente.<sup>93</sup> Pero el deseo también puede imponerse a sí mismo como «necesidad»: en la sociedad de clases puede percibirse en la forma de alienación, deseo insatisfecho; en la sociedad del futuro en la forma de opciones más abiertas entre necesidades:

En apariencia tenemos que renunciar a mucho de lo que hemos estado acostumbrados a llamar progreso material, para que podamos ser más libres, más felices y más completamente iguales.<sup>94</sup>

Y continuaba, en la misma conferencia, advirtiendo que remuneraciones distintas y «niveles de vida diferentes» concedidos a distintas clases de trabajo «crearían nuevas clases, esclavizarían al hombre corriente y harían

surgir grupos parasitarios», siguiéndose «la creación de una nueva clase servil y parasitaria». Con una mirada curiosa al determinismo de la teoría evolucionista, concluía:

Es mi esperanza que, ahora que sabemos, o se nos ha dicho que somos producto de la evolución de gérmenes (o cualquiera que sea la palabra) no inteligentes, resistiremos conscientemente la inversión de este proceso, que a algunos les parece inevitable, y haremos lo que podamos para seguir siendo hombres, incluso si en la lucha nos convertimos en bárbaros.<sup>95</sup>

«Civilización» y «barbarie» son términos que Morris siempre usó irónicamente invertidos, inspirándose en parte en la herencia de Carlyle y Ruskin y en parte en el muy profundo compromiso que había aprendido para ciertos valores y formas precapitalistas. «Convertirse en bárbaros» no le alarmaba en absoluto. «La civilización (le escribió a Georgie Burne-Jones en mayo de 1885) ahora sé que está condenada a muerte.» Este «conocimiento» es lo que había obtenido como «socialista práctico», salvándose así de «un final muy pesimista de la existencia» (175). «¡Qué placer pensar en ello!» seguía su carta a Georgie:

Y cuán frecuentemente me consuela pensar que la barbarie se derrama por todo el mundo, una vez más, y que las pasiones verdaderas, los sentimientos reales, no importa cuán rudimentarios, sustituyen a nuestras desdichadas hipocresías. Con este pensamiento toda la historia del pasado se ilumina y vuelve a vivir para mí. Yo me desesperaba de veras cuando, tiempo atrás, pensaba que aquello que los idiotas de nuestros días llaman progreso, seguiría perfeccionándose...<sup>96</sup>

No es éste un pasaje cómodo, después de la barbarie de sangre y de raza en que desembocó la «civilización» del siglo xx. Ciertamente que Morris habría visto tal resultado, que en realidad casi predijo («la maldición de Sangre y Hierro en nuestros propios días» [720]) no como barbarie en el sentido propio de la palabra, sino como un auténtico desenlace de la lógica de la «civilización» capitalista. Pero esto es un poco demasiado fácil como pretexto contra la acusación de que Morris, lo mismo que otros intelectuales alineados, estaba dando rienda suelta a sus ultrajados sentimientos estéticos para terminar comprometiéndose en una vía peligrosa de «incendio» emocional provocado. Y hemos de situar su comentario privado a Georgie junto con otros datos, públicos y privados, para obtener la medida completa de este tema. Pues, si Morris era categóricamente un socialista revolucionario, nunca supuso que «la revolución» «liberaría» de un solo golpe cierta masa de saludable «barbarie», ciertas reservas subterráneas de deseo



reprimido. Y si jugó con tales nociones en su primer compromiso con «la Causa» entre 1883 y 1885,<sup>97</sup> fue rescatado de todo romanticismo revolucionario (del tipo Swinburne) exactamente por la experiencia moderadora de la muy dura y aplicada agitación política mundana. Ni sus audiencias ni sus camaradas de las peleonas sectas socialistas eran «bárbaros» de tal clase; ni, como sabía *mucho* mejor que la mayor parte de los intelectuales victorianos, gracias a su inmensa experiencia práctica en las artes decorativas, el «hombre ordinario de la calle» era un vaso indemne de verdadero arte bárbaro. («Librémonos de una vez de la idea de que la masa de la gente posee una idea intuitiva del arte» [666]). Él no consideró la falsa conciencia de la «civilización» como enmascaradora de un sano Inconsciente proletario. La necesidad misma lanzaría a los obreros a la lucha, pero esta lucha no alcanzaría objetivo alguno a menos que éste estuviera localizado por el deseo y una estrategia para su consecución prescrita por la teoría socialista. Primero, hemos de tener el «coraje suficiente para desear», la «esperanza *consciente*» debe estar a la altura de la reacción a la «ruina comercial» (428). Más aún, si los socialistas fracasaban en su tarea de educar el deseo y de agrandar esta esperanza consciente, de «sostener firmemente su justa pretensión a esa plenitud y totalidad de vida que ningún sistema de clases puede darles», entonces caerían tanto más fácilmente víctimas de la «farsa» de «una especie de utilitario simulacro de socialismo» (429). O, si la sociedad existente ni siquiera se mostraba capaz de dar eso, y, «si lo dejamos todo en manos de la necesidad», el resultado será un desastre volcánico (665).<sup>98</sup> El fin mismo era inalcanzable sin la educación previa del deseo o la «necesidad». Y la ciencia no nos puede decir qué desear ni cómo desearlo. Morris consideró que la tarea de los socialistas (su propia tarea prioritaria) era ayudar al pueblo a encontrar sus necesidades, alentarle a querer más, provocarle a querer distintamente, y entrever una sociedad del futuro en la que el pueblo, liberado finalmente de la necesidad, pudiera decidirse por diferentes deseos. «He venido aquí esta noche para inculcaros la inquietud de que no debéis contentaros con un poco» (361).

Cuando digo que Morris puede ser asimilado al marxismo solamente en el curso de una reordenación del marxismo mismo, no pretendo, naturalmente, que los pensadores marxistas no hayan captado estos problemas o propuesto soluciones a los mismos. Pero es en este punto donde (pienso yo) todavía anida el problema. Y «el caso Morris», y el desconcierto marxista ante el mismo, pone de relieve que el problema sigue sin resolver. Además, ya debería estar claro que existe un sentido en el que Morris, como utópico y moralista, nunca puede ser asimilado al marxismo, no a causa de una contradicción en los propósitos, sino porque uno no puede asimilar deseo a conocimiento y porque el intento de hacerlo equivale a confundir

los principios operativos diferentes de la cultura. De modo que he enunciado equivocadamente el problema, y el marxismo requiere menos una reordenación de sus componentes que un sentimiento de humildad ante componentes de la cultura que nunca podrá ordenar. Los movimientos del deseo pueden ser legibles en el texto de la necesidad, y entonces convertirse en objetos de crítica y explicación racionales. Pero tal crítica apenas si puede tocar esos movimientos en su origen. El «marxismo», por sí mismo, como sabemos ahora, nunca ha hecho a nadie «bueno» o «malo», aunque una fe, surgiendo de otras fuentes pero aclamada como marxismo, ha mantenido un coraje épico, y una mala fe, surgiendo de otras fuentes pero aclamada como marxismo, ha ensuciado las primeras premisas de Marx. Así que lo que el marxismo podría hacer, por una vez, es ponerse un poco sobre su propia cabeza en interés del corazón socialista. Podría cerrar un estante de su farmacia universal y cesar de dispensar pócimas de análisis para curar la enfermedad del deseo. Esto podía hacer bien incluso políticamente, pues permitiría un pequeño espacio, no sólo para los literatos utópicos, sino también para las no prescritas iniciativas de hombres y mujeres corrientes que, en algún rincón de sus conciencias, se sienten ora alienados, ora utópicos.

Así no es como lo verán todos los otros lectores. Es hora de que me aparte del camino de Morris y acabe de una vez por todas con este libro. No lo volveré a revisar. Ahora debe quedarse como está, y para que la gente lo lea como desee. Si se quiere utilizar como fuente de información, está bien. Los fragmentos de Morris es lo que importa. Pero me gustaría que una parte de la estructura del libro —la menos notada por sus críticos— recibiera un poco de atención antes de ser desechada. Me refiero al análisis del romanticismo y de su trayectoria en la vida de Morris. No quiero decir solamente el modo en que Morris rechazó el reaccionario «socialismo feudal» de Carlyle y le dio un giro crítico a *La arquitectura gótica* de Ruskin. Quiero decir, incluso más, la trayectoria desde el romanticismo de Keats, profundamente subjetivo (en que las aspiraciones, viendo su realización denegada, circulaban entre la integridad del artista y el artefacto ideal de la Belleza), a través de la rebelión sublimada de *The Defence of Guenevere* a la crisis de desesperación de *The Earthly Paradise*, en que todos los valores del individualismo subjetivo estaban emponzoñados por la mancha de la mortalidad; y de aquí, a través de los mitos recuperativos de la sociedad islandesa de la saga, a la resolución socialista.

Esta trayectoria la podemos contemplar desde dos ópticas distintas. En la poesía misma de Morris, aparece como fragmentaria y sugestiva, pero también como sin realización. Sus premisas estéticas fueron las que menor modificación sufrieron, y su devoción a los logros precapitalistas

en las artes arquitectónicas y visuales reforzaron su terco apego a las nociones de «belleza» prerrafaelistas y de Keats. Eso le condujo al apresurado intento de inventar (o reinventar) un lenguaje que mantendría a la sociedad victoriana a distancia. Desde esta óptica podemos ver cómo quería Morris dirigir el arco de su obra de creación. Pero, como ya he insistido bastante, sus premisas eran falsas, e intentar «construir un nuevo lenguaje» de ese modo era más bien descartar, que no desafiar, la sensibilidad de su tiempo. El intento sólo tuvo éxito equiparado con la forma del sueño, cuando el desentendimiento era en sí mismo un medio a través del cual la crítica del sentido común de la época podía hacerse patente.

Desde otra óptica el arco es el de la aspiración realizada. La rebelión romántica juvenil de Morris no fue de la sensibilidad individual contra la «sociedad», sino una rebelión de valor, de aspiraciones, contra la realidad. Cuando, junto con el joven Burne-Jones, se quedó como en trance a la vista de la Rouen medieval, lo que le apresó como una pasión fue el sentimiento de un modo de vida completamente distinto: «no podría decir con palabras hasta qué punto llegó a sobrecogerme aquella mezcla de belleza, historia y romántico atractivo» (4). Este sentimiento produjo el acento que le dio Morris al romanticismo, y, en sus últimos años, lo identificó concretamente con su conciencia histórica:

En cuanto al romance, ¿qué significa? He visto a gente insultada por ser romántica, pero lo que el romance significa es la capacidad para una verdadera concepción de la historia, el poder de convertir el pasado en parte del presente.<sup>99</sup>

Tampoco estaba dicho sentimiento confinado en el ensueño; el conocimiento práctico, muy grande, que Morris tenía del modo de trabajo del artesano medieval, le confirió una sustancia poco común. Pero también puso un velo más denso a la realidad de su propia sociedad, en la que valores y artefactos del pasado estaban condenados a la decadencia. Esto nutrió el pensamiento —el impulso de utilizar el arte como medio de escape— de su primera edad mediana. Y yo estoy aún convencido de que estos fueron años de desesperación, y de que el agudo sentimiento de mortalidad en el seno de un universo social carente de propósito estaba sorbiendo las fuentes mismas de la vida psíquica de Morris. Cuando su ardua búsqueda le condujo a conclusiones socialistas, pudo, de un solo golpe, reapropiarse de aquel «poder de hacer del pasado parte del presente» y extenderlo a un futuro imaginado. Las aspiraciones mismas del pasado se vieron infundidas de un nuevo significado: «el pasado está iluminado y vive de nuevo en mí». Para el presente, «no medí mi esperanza, ni el gozo que me trajo» (126). El viejo temor a la muerte se relajó, al extenderse la aspiración, in-

directamente, al futuro. Cuando se imaginaba aquella sociedad no preguntaba «¿cómo vivirán?», sino «¿cómo viviremos entonces?». La trayectoria estaba completada. Y lo que quedó transformado fue no sólo su tradición sino su propia personalidad y sensibilidad. De modo que podemos ver en William Morris no a un victoriano tardío, ni siquiera a un «contemporáneo», sino una nueva forma de sensibilidad. Si a veces aparece como una figura aislada y mal comprendida, es porque pocos hombres o mujeres de su clase existían entonces, ni han existido después.

Si vuelvo a escribir sobre Morris será en mi condición de socialista, no de historiador. Pues debo dar fin a un mal entendimiento. Podría parecer que, en la reevaluación propuesta en este post scríptum, me haya situado como un «reivindicador» más de Morris, en el intento de adherirle a una específica postura «thompsoniana». Pero la verdad está en el lado opuesto. En 1955, Morris me había reclamado a mí. Mi libro era ya entonces, supongo, una obra de «revisionismo» fallido. El argumento Morris/Marx se ha venido elaborando desde entonces en mi mente. Cuando, en 1956, llegué a la articulación plena de mis desacuerdos con el marxismo ortodoxo, recaí en modos de percepción que había aprendido en esos años de compañía íntima con Morris, y encontré, quizá, la voluntad para seguir arguyendo con la presión de éste a mis espaldas. Decir que Morris me reclamó y que yo he tratado de reconocer esta pretensión, no me da derecho a reclamarle yo a él. No tengo licencia para actuar como intérprete suyo. Pero al menos ahora puedo decir que eso es lo que he estado intentado hacer durante veinte años.

Agosto, 1976

## Notas

1. Detroit, 1969.
2. Paul Meier, «An Unpublished lecture of William Morris: "How Shall We Live Then?"», *International Review of Social History*, XVI, 1971, parte 2: «Justice and Socialism», extensas notas para una conferencia en 1885, en apéndice I a Paul Meier, *La Pensée Utopique de William Morris* (París, 1972).
3. En R. Page Arnot, *William Morris, the Man and the Myth* (1964). El profesor Norman Kelvin, del Departamento de Inglés, City College, City University of New York, Nueva York, 10031, se ha pasado diez años reuniendo materiales para una colección completa de cartas. A todo el que sepa de alguna carta inédita se le ruega que se ponga en contacto con él.
4. Peter Faulkner (ed.), *William Morris: The Critical Heritage* (1973).
5. Asa Briggs (ed.), *William Morris: Selected Writings and Designs* (1962); A. L. Morton (ed.), *Political Writings of William Morris* (1973).
6. Por desgracia la prematura muerte de Floud nos dejó sin sus plenas conclusiones; pero véanse sus artículos en *Listener*, 7 y 14 de octubre, 1954; «Dating Morris Patterns», *Archi-*

- tectural Review*, julio 1959; «English Chintz: the Influence of William Morris», *CIBA Review*, 1961.
7. Paul Thompson, *The Work of William Morris* (1967); Ray Watkinson, *William Morris as Designer* (1967). También Graeme Shankland en (ed.) Asa Briggs, *op. cit.*, R. Furneaux Jordan, *The Medieval Vision of William Morris* (1960); A. C. Sewter, *The Stained Glass of William Morris and his Circle* (New Haven, 1975); E. Goldzamt, *William Morris et la Genèse Sociale de L'Architecture Moderne* (Varsovia, 1967).
  8. Warrington Taylor, Victoria & Albert Museum, Reserve Case, JJ35; Sir Thomas Wardle, W. & A. Box II 86 zz. Véase especialmente Philip Henderson, *William Morris: His Life, Work and Friends* (1967, edición Penguín, 1973), pp. 105-112 (Taylor), y pp. 193-195 (cartas a Wardle sobre tinte).
  9. Algunos libros de actas de Morris & Co. se encuentran en la Biblioteca Pública de Hammersmith. Libros de contabilidad, de diseño y otros materiales de la Firma se encuentran actualmente en la colección privada de Sanford y Helen Berger, en su casa de Carmel, cerca de San Francisco. Es una desgracia que los papeles de la Firma se hallen separados por el Atlántico y en manos públicas unos y privadas otros. Pero los investigadores que puedan ir a California encontrarán (como me ha ocurrido a mí) que los dueños actuales de estos documentos permiten generosamente el acceso a los mismos.
  10. *William Morris, Writer* (William Morris Society, 1961). Un ensayo breve de interpretación general, por George Levine, en H. J. Dyos y M. Wolff (eds.), *The Victorian City* (1973), II, pp. 495-517, es también reciente y receptivo.
  11. Jessie Kocmanova ha expresado su desacuerdo en «Some Remarks on E. P. Thompson's Opinions of the Poetry of William Morris» *Philologica Pragensia*, III, 3, 1960, y en *The Poetic Maturing of William Morris* (Praga, 1964). Pero no me han convencido sus apreciaciones críticas.
  12. C. S. Lewis, *Rehabilitations and Other Essays* (Oxford, 1939).
  13. Especialmente la obra de John Goode, que se discute más adelante. También Lionel Munby, «William Morris's Romances and the Society of the Future», *Zeitschrift für Anglistik u. Amerikanistik*, X, 1, 1962. A mí me parecen de mayor ayuda los estudios de Jessie Kocmanova sobre *A Dream of John Ball* y los últimos romances en prosa que sus estudios de la poesía de Morris. Véase, *Brno Studies in English* II, n.º 68, 1960 y VI, n.º 109, 1966.
  14. 15 julio 1955.
  15. Jack Lindsay, que se benefició del trabajo de Henderson, así como del de Meier, ofrece también algunas penetrantes sugerencias en su desordenada biografía, *William Morris: His Life and Work* (1975).
  16. Véase Henderson, *op. cit.*, pp. 124-5; C. Doughty y Robert Wahl (eds.) *Letters of Dante Gabriel Rossetti* (Oxford, 1965), II, p. 685; Penelope Fitzgerald, *Edward Burne-Jones* (1975), en esp. cap. 10.
  17. «¿Es que Top, después de su poesía, le ha dado la espalda al comercio y se dedica a atender únicamente grandes pedidos en el ramo de la filantropía? ¿Considera al comercio al por menor como poco digno de un verdadero humanitarista? Pero no creo; sin una tienda, ¡no podría ser el futuro Odger!», D. G. Rossetti, a Janey Morris, 1 de abril 1878, citado en Jack Lindsay, *William Morris*, pp. 224-225. George Odger, el líder zapatero, había participado en repetidas elecciones parlamentarias, con fuertes apoyos, enfrentándose tanto a liberales como a conservadores y representando una plataforma de trabajadores radicales. Había fallecido en 1877.
  18. Morris a W. Bell Scott, 9 de abril 1882, citado en Philip Henderson, *op. cit.*, p. 260.
  19. Este juicio mío es tal vez presuntuoso a la luz de la correspondencia entre Rossetti y Janey Morris, disponible cuando estas páginas estaban en la imprenta: *Dante Gabriel Rossetti and Jane Morris: Their Correspondence*, ed. John Bryson (Oxford, 1976). Aunque en algunos aspectos poco reveladoras, estas cartas (la mayoría son de Rossetti) parecen descubrir el carácter de aquella relación. Existen varias cartas de 1868-1870 en que la pasión mutua de

Janey y Rossetti queda al descubierto. En 1896 Janey sufrió su primer colapso nervioso y Morris la llevó a Ems para que se recuperase. Los tres amigos parecen haber intentado la situación triangular con mutuo afecto y sinceridad de confesionario: «Todo lo que te preocupa (le escribió Rossetti a Janey, a Ems, en julio 1869) es la absorbente cuestión conmigo, como al querido Top no le importará que te diga en este angustioso momento. Cuanto más te ama, más se da cuenta de que eres demasiado digna de amor, demasiado noble para no ser amada...». Cualquiera que fuese el medio empleado para «manejar» la situación por los tres amigos, fracasó, o así lo parece claramente. No tenemos cartas de los años de crisis, 1870-1875. Son los años de los dos viajes de Morris a Islandia, años en que Janey y Rossetti estuvieron con frecuencia juntos en Kelmscott. Cuando la correspondencia se reanuda en 1877, se ha producido un cambio triste en la situación. Gabriel se prepara para abandonar Kelmscott y los mensajes amistosos terminan (y hay algunos sarcasmos) para «Top». Janey parece haber ingresado en un período de estable melancolía y de hipocondría (los síntomas mencionados incluyen lumbago, ciática, neuralgias, migraña, dolores de garganta, fiebres), a tono con la melancolía de Rossetti. «Espero», dice Gabriel la víspera de Navidad de 1879, «que pasarás una Navidad no demasiado diferente de una Navidad alegre». En su respuesta, Janey no menciona la festividad, pero escribe sobre su hija May: «está excesivamente delicada este invierno y no creo que tenga una vida excesivamente larga. ¡Tanto mejor para ella!». (En realidad May viviría bastante más allá de los setenta años). Es una correspondencia completamente triste de dos personas preocupadas consigo mismas, unidas por una melancólica obsesión retrospectiva, redimida por una preocupación y respeto recíprocos. Mucho de la naturaleza de aquella relación queda oscuro; no sabe uno hasta qué punto creer a Hall Caine (sacado a la luz por Meier) cuando afirma que Rossetti le contó que a causa de un accidente se había quedado impotente (¿por aquellos años?); además, las cartas revelan poco sobre las paradojas del sentimiento y conducta de Rossetti (su amante, Fanny Cornforth, no es mencionada nunca). Sólo está claro que la relación no se ajusta fácilmente a ningún estereotipo y que una distancia emocional se había establecido entre Morris por una parte y Janey y Rossetti por la otra.

20. H. M. Hyndman and *British Socialism* (Oxford, 1961). Para Londres véase también Paul Thompson, *Socialists, Liberals and Labour: The Struggle for London, 1885-1914* (1967) y (para las relaciones de clase en general) Gareth Stedman Jones, *Outcast London* (Oxford, 1971).
21. Véase mi crítica en *Bulletin of the Society for the Study of Labour History*, n.º 3, otoño, 1961, pp. 66-71.
22. C. Tsuzuki, *The Life of Eleanor Marx, 1855-1898* (Oxford, 1967).
23. *Eleanor Marx: Family Life, 1855-83* (1972). Este volumen nos presenta completamente a Eleanor y también nos presenta a Aveling.
24. S. Pierson, «Ernest Belfort Bax: the Encounter of Marxism and Late Victorian Culture», *Journal of British Studies*, 1972; Laurence Thompson, *The Entusiasts* (1971), sobre Bruce y Catherine Glasier; W. J. Fishman, *East End Jewish Radicals, 1875-1914*. Nueva información sobre la Labour Emancipation League, Frank Kitz y otros pioneros londinenses se encuentra en Stan Shipley, *Club Life and Socialism in Mid-Victorian London* (History Workshop, 1972) y sobre el anarquismo londinense en Rudolf Rocker, *The London Years* (1965).
25. *Tom Mann and his Times* (1965).
26. «Homage to Tom Maguire», en Asa Briggs y John Saville (eds.), *Essays in Labour History* (1960).
27. Especialmente, A. M. McBriar, *Fabian Socialism and English Politics, 1884-1918* (Cambridge, 1962); Margaret Cole, *The Story of Fabian Socialism* (1961); E. J. Hobsbawm, «The Fabians Reconsidered», en *Labouring Men* (1964). También Wolfe y Pierson (discutidos más adelante).

28. Las nuevas fuentes sobre Shaw y las relaciones entre fabianos y la Liga Socialista en 1886 se discuten en el Apéndice II de la ed. de 1976.
29. James W. Hulse, *Revolutionists in London* (Oxford, 1970), p. 27.
30. Williard Wolfe, *From Radicalism to Socialism: Men and Ideas in the Formation of Fabian and Socialist Doctrines* (New Haven, 1975), p. 320.
31. J. Y. Le Bourgeois, «William Morris and the Marxist Myth», *Durham University Journal*, diciembre, 1976.
32. He eliminado ciertos pasajes (por ejemplo, primera edición, pp. 735-746) no porque crea que deba disculparme por haberlos incluido en 1955, sino porque no son relevantes en 1976.
33. En realidad, mi libro fue mejor recibido que la mayoría de los libros publicados por Lawrence & Wishart (una editorial comunista), siendo objeto de una generosa reseña de G. D. H. Cole, en *Listener* y de una crítica confusa, pero no deshonesta, de A. J. P. Taylor en el *Manchester Guardian*.
34. 15 julio 1955.
35. Oxford, 1970.
36. En contraste, Hulse presenta a Lloyd Wendell Eshleman (alias Lloyd Eric Grey), *A Victorian Rebel: The Life of William Morris* (Nueva York, 1940; y con título y autor diferentes, Londres, 1949) como «la biografía general más fácilmente accesible de los últimos 25 años... basada en investigación competente y una favorable comprensión de Morris». Para la opinión de Mackail, en 1940, relativa a la «falta de sinceridad» de Eshleman, véase Meier, *op. cit.*, p. 303. Examiné detenidamente el nauseabundo y completamente deshonesto libro de Eshleman Grey en «The Murder of William Morris», *Arena*, abril-mayo 1951; y di cuenta de él como es debido en la primera edición (inglesa), pp. 741-743.
37. Hulse observa (p. 17) que la F.S.D., la Liga y los fabianos «Llenaron las columnas de sus periódicos respectivos con críticas de las otras organizaciones»; esto es disparatado, sobre todo en lo relativo a *Commonweal*. Del Domingo Sangriento dice que «... bastaron unos pocos policías para dispersar a la multitud» (p. 93). Y así sucesivamente.
38. Ithaca y Londres, 1973.
39. Este punto lo trata con fuerza Keith Nield en su crítica de Pierson en el *Bulletin of the Society for the Study of Labour History*, n.º 27, otoño, 1973.
40. Tampoco se sigue necesariamente que debemos estar de acuerdo con todas las nociones de «rupura». Yo no lo estoy.
41. Se nos recuerda que las ideas de Hyndman no eran idénticas a las de toda la F.S.D.; véase Hobsbawm, *Labouring Men*.
42. Véase Bernard Semmel, *Imperialism and Social Reform* (Cambridge, USA, 1940).
43. Cf. Morris: «No estoy abogando por la producción de un poco más de belleza en el mundo, por mucho que la ame, y por mucho que esté dispuesto a sacrificarme por ella; es por la vida de los seres humanos por lo que abogo», «Art and its Producers» (1888); «Una vez más os advierto contra la suposición, vosotros que podéis amar el arte especialmente, de que haréis algún bien intentando revivificar el arte a base de su muerte exterior. Digo que son los *objetivos del arte* lo que debéis buscar, más que el *arte mismo*; y en esa búsqueda podemos encontrarnos en un mundo desnudo y en blanco, como resultado de preocuparnos del arte hasta un punto que no resistiremos las adulteraciones del mismo», «The Aims of Art» (1886). Véase también la carta sobre la huelga minera, de 1893, «The Deeper Meaning of the Struggle» en *Letters*, pp. 355-357 y arriba 665.
44. Véase pp. 274-5. También p. 84, donde se pretende que Morris tendía a rechazar el reconocimiento de «esas fuerzas en la vida, anteriormente caracterizadas como pecadoras o trágicas».
45. Cuando digo, «más que ningún otro de su tiempo», estoy pensando en los socialistas británicos. Pero no es fácil sugerir comparaciones europeas, a menos que hablemos de pesi-

mistas cósmicos (no socialistas). Si Engels, en sus últimos años, se permitió enfrentarse a un pesimismo realista similar, se lo calló.

46. A Pierson le agrada este término, «regresivo». En otro lugar (*The Victorian City*, eds. H. J. Dyos y M. Wolff, 1972, II, p. 279) intenta que Morris salve la «visión rural» mediante el recurso de «adherirla al marxismo». «Los impulsos ideológicos dentro del marxismo alentaron el proyecto, pero era incompatible con el realismo social y económico de tal sistema de pensamiento y pronto se derrumbó. En el socialismo de Morris la regresión romántica terminó virtualmente en anarquismo...» El «colapso» aquí no es el del pensamiento de Morris, sino el de la más matizada apreciación de Pierson en el libro bajo discusión.
47. Yo prefiero el término «transformación» a «extensión», empleado por Raymond Williams en *Culture and Society* (1958), p. 158, puesto que insiste sobre «ruptura», así como sobre continuidad. Discutí este punto con vehemencia en una crítica a *The Long Revolution* en *New Left Review*, 9 y 10, mayo/junio y julio/agosto 1961, que será en breve reproducida junto con mis ensayos políticos (Merlin Press, 1977). Las diferencias entre Williams y yo han disminuido (así creo) con el paso del tiempo, y ninguno de los dos discutiría exactamente de la misma manera hoy en día. La elección de términos carece de importancia, pero el tema sigue teniendo interés.
48. Está anunciada la próxima publicación de una versión inglesa de *La Pensée Utopique de William Morris* (París, 1972), a cargo de la Harvester Press.
49. Véase también Meier, «Friederich Engels et William Morris», *La Pensée*, n.º 156, abril, 1971, pp. 68-80.
50. F. Engels y Paul y Laura Lafargue, *Correspondence* (Moscú, 1959), 2 volúmenes.
51. Ya el 24 julio 1884, Morris le escribió a Robert Thompson: «Creo (y siempre he creído)... que el objetivo inmediato más importante... es la reducción legal de la jornada laboral. Todo obrero puede ver la inmediata ventaja de esto; los sindicatos *tienen* que lanzarse a este objetivo...». Éste se convertiría en «un affair internacional», *Letters*, p. 205. Cuando los marxistas de la sección de Bloomsbury se separaron de la Liga se dedicaron especialmente a la agitación por las ocho horas, y no a las candidaturas parlamentarias. Si hubieran hecho de esto su caballo de batalla cuando aún estaban en la Liga, no habría sido necesaria ninguna ruptura.
52. En resumen, *Commonweal* (7 enero 1888) dio fusión al desenmascaramiento, en el *Sozial-Demokrat*, de trece espías policiales alemanes, uno de los cuales, Reuss, vivía en Inglaterra. Reuss inició una acción legal. Engels comentó que Morris era un «cobarde», pero intentó reunir datos para una defensa. Cuando se perdió el juicio, parece ser que Morris tuvo que desembolsar indemnización y costas de su propio bolsillo.
53. Encuentro útil la sugerencia de que *The House of the Wolfings* y los artículos de Morris sobre «The Development of Modern Society», en *Commonweal* (1890) pueden haberse inspirado en ideas presentes en *El origen de la familia*, derivadas de conversaciones con Engels o con Bax. Pero todavía ha de ser probado que Morris se inspiró en Engels más que (como ha sugerido John Goode) dándole vueltas a *La sociedad antigua*, de Morgan. Véase Meier, *La Pensée Utopique*, pp. 308, 359-365; Goode (citado más adelante), pp. 216-265.
54. Encuentro especialmente forzada la atribución de una influencia de las tesis de Marx sobre Feuerbach (p. 347); y la idea de que la completamente característica insistencia de Morris en que una moralidad comunista debe basarse en los hábitos inducidos por las condiciones generales de vida en una sociedad comunista debe responder a su conocimiento del manuscrito de *La ideología alemana* (inédito hasta 1932); Meier, pp. 706-708.
55. El caso que se discute en este punto es difícil. Meier concede una influencia muy general a las ideas (entonces inéditas) de *Crítica del Programa de Gotha*. Posiblemente algunas derivan de conversaciones con Engels, Bax, los Aveling y otros, mientras que otras fueron originales de Morris.



56. *Op. cit.*, p. 149. Véase también George Levine, *op. cit.*, sobre la continuidad de la subyacente «metáfora orgánica».
57. Al hacer esta crítica debería añadir que Meier trata bien los temas de «barbarie» y «civilización» en el pensamiento de Morris. Véase especialmente su discusión de Richard Jeffries, *After London* y su influencia (pp. 107-113) y parte III, capítulo 1. Pero, como apunta Goode, Morgan también entrevió que la «civilización» contenía dentro de sí misma «los elementos de autodestrucción», puesto que la propiedad privada se había convertido en un «poder incontrolable»; el «siguiente estadio, más elevado, de la sociedad» será «un renacer, en una forma más alta, de la libertad, la igualdad y la fraternidad de los antiguos», una opinión que influyó tanto sobre Morris como sobre Engels, quien la citó en la conclusión de *El origen de la familia*.
58. «The Revival of Architecture» (1888).
59. «The Revival of Handicraft» (1880).
60. Véase Meier (p. 646) donde se refiere a «un passage progressif des positions idéalistes du début au matérialisme marxiste de sa maturité».
61. Engels a Laura Lafargue, 23 noviembre 1884, *Correspondence*, I, p. 245.
62. *The Communism of William Morris* (William Morris Society, 1965), conferencia pronunciada en mayo de 1959.
63. Puesto que no me entretuve en este tema cuando escribí el libro, ahora sería hipócrita si lo hiciera.
64. Cf. el comentario de Asa Briggs según el cual los escritos de Morris «suministran la materia para una crítica del socialismo (y comunismo) del siglo xx, tanto como para el capitalismo del siglo xix, *William Morris: Selected Writings*, p. 17.
65. M. M. H. Abensour, «*Les Formes de L'Utopie Socialiste-Communiste*», thèse pour le Doctorat d'Etat en Science politique, París, I, 1973, esp. cap. 4. Se anuncia su publicación bajo el título de *Utopies et dialectique du socialisme*, Payot, París (1977?).
66. Abensour vuelve sobre los escasamente atendidos artículos de Murry, «The Return to Fundamentals: Marx and Morris», *Adelphi*, V, números 1 y 2 (octubre-noviembre 1932); «Bolshevism and Bradford», *Adelphi*, IV, n.º 5 (agosto 1932).
67. Véase arriba 693. Yo acepto la crítica de Abensour, pero dejo mi pasaje como está, como un texto que forma parte de este debate.
68. «How Shall We Live Then?», *op. cit.*, p. 6.
69. «L'utopie se détache du concept pour devenir image, image médiatrice et ouverture à la vérité du désir» (p. 329).
70. «Sa fonction est de donner libre cours au désir d'interroger, de voir, de savoir, au desir même» (p. 329).
71. Escribo «comunista utópico» porque rehúso la expresión «marxista utópico» (como Abensour rechaza la de «utopía científica»), ya que el término «comunista» puede pertenecer a sistemas de valores así como a sistemas teóricos de un modo que ya no es válido para el término «marxista». Por «comunista» entiendo especialmente aquellos valores que el mismo Morris atribuyó a la sociedad del futuro.
72. *Culture and Society*, 1958, pp. 155-156.
73. «Privilégiant une lecture politique, l'interprète s'expose à minimiser ou à même passer sous silence la critique de la politique dans l'oeuvre de William Morris, si fondamentale qu'elle vise une fin de la politique at que son auteur ne peut être dit un penseur politique au sens classique du terme» (Abensour, p. 341).
74. John Goode, «William Morris and the Dream of Revolution», en John Lucas (ed.) *Literature and Politics in the Nineteenth Century* (1971).
75. Goode, pp. 222-3 y primera edición de esta obra, 779. En este caso, el juicio propiamente criticado por Goode como «complaciente» era demasiado piadoso para permitir que se quedara en esta revisión.

76. Pierson, *op. cit.*, p. 274. Es el único lugar donde Pierson permite el término «fusión».
77. Apoyo firmemente el juicio de Goode en cuanto al tema continuo de la alienación en la obra de Morris, de la juventud a la madurez. Pero desearía que Goode, en común con muchos marxistas ingleses, no utilizara «ideología» de manera tan descuidada. Morris no tenía una «ideología socialista».
78. Soy consciente de que «alienación» es un término que se utiliza en diversos sentidos en los textos marxistas. Pero este sentido de sensibilidad alienada parece permisible y consonante con algunos pasajes de Marx.
79. Goode, p. 260, citando *The Modern Prince*, 1967, p. 69.
80. Hasta mediados de los años de 1880 y después ocasionalmente (por ejemplo, 748) Morris se refiere a «nuevo entendimiento de la historia» en términos de «evolución» de un tipo necesario. Mi impresión es que acabó dudando de este evolucionismo después de 1887 (véase, por ejemplo, 427-430). Engels, Bax, Aveling, Hyndman y compañía tenían también la costumbre de utilizar metáforas evolucionistas (en ocasiones con un paralelismo explícito con el darwinismo); y Goode observa con razón (p. 270) que algunos de los comentarios de Engels sobre la escena inglesa muestran un derrotismo «meramente reflexivo» fortificado por la energía determinista.
81. Indudablemente nadie se puede acercar al *Sigurd*, después de este análisis, sin un tipo nuevo de respeto. El problema es que Goode puede mostrar esta elaboración mítica sólo desentrañándola y aislándola de la «neblina lingüística» y después ofreciéndola como un resumen analítico; también ¿cuánto se la había dado ya a Morris en sus materiales?
82. 1880 es la fecha de la primera edición francesa de *Del socialismo utópico al socialismo científico*.
83. Harold Laski informaba de que en la depresión posterior a 1929 había encontrado ejemplares de *A Dream of John Ball* y *Noticias de ninguna parte* en la zona de Tyneside (que Morris visitara en 1887) «en muchas de las casas de los mineros» incluso allí donde el mobiliario había sido vendido. Véase Paul Thompson, *William Morris*, p. 219.
84. Morris a Robert Thomson, 24 julio [1884], Houghton Library, Harvard University, MS, ENG. 798; *Letters*, p. 205.
85. «Feudal England», *Signs of Change* (1888), pp. 82-83.
86. *Commonweal*, especial 1 de mayo, 1886.
87. «Communism» (1893).
88. Estas opiniones son lúcidamente discutidas por Alasdair Clayre, *Work and Play* (1974), en esp. cap. 6.
89. Morris subrayó detenidamente esta secuencia en «How Shall We Live Then?», *op. cit.*, p. 10. Cf. Raymond Williams, *op. cit.*, p. 265; «El razonamiento económico, y la promesa política, le llegaron desde el marxismo; la rebelión general, en términos más antiguos».
90. «How Shall We Live Then?», p. 20.
91. Prefacio de William Morris a *Socialism Made Plain* (1888), de Frank Fairmen, p. IV. Cf. otra definición por negación: «Los grandes poderes centrales de los tiempos modernos, el mercado mundial... con todo el ingenioso e intrincado sistema que un comercio en busca de beneficios ha construido a su alrededor» debe llegar en su desarrollo a «su contradicción, que es intercambio consciente de servicios entre iguales», «How Shall We Live Then?», p. 16.
92. Prefacio a *Signs of Change* (1888). He revisado aquí una discusión muy confusa sobre conciencia moral y tradición marxista, presente en mi primera edición, pp. 83-85 (no figura en la presente edición) y la he reemplazado por algunas anotaciones presentadas por primera vez en «The Communism of William Morris», *op. cit.*
93. Véase la crítica de Morris a algunos socialistas «prácticos»: «piensa enteramente en la parte conservadora de la naturaleza humana... e ignora la que existe con la misma certeza, su parte revolucionaria», *Commonweal*, 18 febrero, 1888.

94. «How Shall We Live Then?», p. 23. Otra preferencia inequívoca que, naturalmente, Morris nunca cesó de fomentar como una carencia, fue la necesidad de la expresión artística: «Pues sin el arte el socialismo sería tan estéril como las otras formas de organización social; no satisfaría las carencias reales y perpetuas de la humanidad», prefacio a Ruskin, «On the Nature of Gothic» (Kelmscott Press, 1892). Y («How I Became a Socialist»): «Es propio del arte poner delante del ideal verdadero de una vida plena y razonable, una vida en la cual la percepción y creación de belleza... será experimentada como algo tan necesario al hombre como el pan diario».
95. «How Shall We Live Then?» pp. 23-24. El último comentario fue quizá una broma a la idea de Bax de que los cambios evolutivos «en el organismo humano» erradicarían «la parte más cruda de la pasión sexual» (705), pero Morris, con este pretexto, apunta a una ironía más general.
96. *Letters*, p. 236.
97. Véase «Art and Socialism» (1884): «el cambio nos espera, escondido en el pecho de la barbarie de la civilización: el proletariado».
98. Escribiendo en estos términos, Morris planteaba la alternativa del socialismo o un desastre social de un modo que anticipaba la fórmula de «socialismo o barbarie» de Rosa Luxemburg.
99. May Morris, I, p. 148.

# REPULSAS Y RECONCILIACIONES

De «*ALIEN HOMAGE*»: EDWARD THOMPSON AND  
RABINDRANATH TAGORE\*

Thompson tenía una vena de maldad, de llevar la contraria. Cuando estaba en la India o en Estados Unidos defendía con frecuencia a Inglaterra —o una idealización sentimental de lo que pudo ser Inglaterra en su mejor momento—. Pedía por lo menos «imparcialidad». Y cuando estaba en Inglaterra, defendía a la India. Aún no hacía mucho que había vuelto a Inglaterra cuando empezó su obra teatral, *Atonement*, y su primera obra histórica, *The Other Side of the Medal*. Al reconvenirle uno de sus antiguos colegas misioneros por la indiscreción de la segunda, extrajo de su mente una réplica impetuosa:

Nuestro cristianismo era un estigma negativo ... Temo estar demasiado decepcionado a este respecto. Como individuo inglés me gustaría hacer mi poco de *prayaschitta*, si pudiera ...

Estoy volviéndome izquierdista por momentos y me doy cuenta de lo protectora que tiene que parecerle a un indio la casi totalidad de nuestra propaganda política, religiosa y educativa ... Comprendo por qué les molestó mi Tagore; y me admira lo que me aguantaron en mis tiempos indios. Somos muy *gauche* y toscos.<sup>1</sup>

En noviembre de 1925, al enterarse de que Tagore estaba enfermo, Thompson le escribió para decirle que estaba de camino un ejemplar de *The Other Side of the Medal* dedicada a «R.T. Un acto de expiación de un individuo inglés»:

Me gustaría estar todavía en la India. Cuando estuve allí era muy ignorante, mal informado y típicamente inglés. Ahora distingo mejor ...<sup>2</sup>

Tagore le contestó (reflejando de modo notorio el escándalo que el libro causó en parte de la prensa británica):

\* «Rejections and Reconciliations», en «*Alien Homage*»: Edward Thompson and Rabindranath Tagore, Oxford University Press, Delhi, 1993. Traducción de Alberto Clavería.

En estos momentos está usted desacreditado ante su propia gente, y le felicito por ello; y me enorgullece decir que mi situación ante mis propios compatriotas es, de ser algo, peor que la de usted, siendo el motivo en gran medida el mismo que en su caso.<sup>3</sup>

Su relación parecía ser tan cálida como antes. Pero en 1926 por fin se publicó su principal libro, tras haber circulado entre editores durante tres años. Conocemos la reacción sumamente adversa de Tagore por su carta a Rothenstein. En cierto sentido gran parte de este ensayo era un comentario y una defensa.

He de reconocer que en la violenta reacción de Tagore contra el destacado estudio encuentro algo todavía inexplicado, porque contrasta con su tolerancia para con el volumen más delgado y más *gaucher*. Como hemos visto, varias de sus críticas eran justas. Otras eran malentendidos; uno se pregunta cuánto había leído Tagore del libro. Otras parecen remitir a viejos agravios que databan del anterior estudio. La cosa es que Tagore se quejaba a Rothenstein de que el libro insinúa «que yo tengo antipatía a los ingleses». Thompson no había escrito tal cosa, sino que había escrito (en su primer libro) de «su aversión a Inglaterra». Mahalanobis le había preguntado al respecto en 1921, y Thompson le había contestado: «El propio Tagore me dijo que la recepción de *Gitanjali* había barrido el prejuicio que tenía contra Inglaterra y las cosas inglesas. Por aquel entonces no presté atención a su declaración».<sup>4</sup> Pero C.F. Andrews no dejaría en paz el asunto y dijo a Thompson que se trataba de un malentendido procedente de la «publicación cruelmente desafortunada de una carta bengalí estrictamente particular escrita la mismísima noche del debate en la Cámara de los Lores de "Amritsar". De haber sabido que se iba a dar a la prensa la hubiera detenido de inmediato ...»<sup>5</sup> Lo que nos dice algo no tanto sobre Tagore como sobre el manejo de la imagen de Tagore por Andrew, pues lo escrito por el poeta en una carta particular bengalí podía tener tanta autenticidad como una declaración política pública. Lo que hizo Thompson en su segundo libro fue citar un comentario «exasperado» formulado por Tagore en 1921 durante su viaje por Alemania:

Nuestros maestros de escuela modernos son ingleses; que son, de todas las naciones occidentales, los menos sensibles a las ideas. Son buenos, honrados y de fiar, pero tienen un enérgico exceso de ánimo animal que intentan ejercitar en las carreras de caballos, la caza del zorro, los combates de boxeo, etc., y oponen una tenaz resistencia a cualquier contagio de ideas.<sup>6</sup>

No parece haber en esto nada especialmente pecaminoso. Debíó de haber momentos en que a un bengalí le pareciera estar dando una estocada anti-inglesa, del mismo modo que el inglés hacía «chistes» anti-bengalíes.<sup>7</sup> Insisto en este aspecto menor porque la necesidad de negar cualesquiera sentimientos «anti-ingleses» en el corazón universal del poeta sugiere que en el círculo de Tagore en torno a Santiniketan había un ambiente acalorado. En los años 20 la manipulación de la imagen del *gurudeb* había llegado a ser una operación cada vez más «política». Sus opiniones publicadas debían ser depuradas y aprobadas. Se pregunta uno si no radicará en ello alguna clave de la furia con que fue recibido el libro de Thompson entre la gente culta.<sup>8</sup> Sin lugar a dudas a Tagore le ofendieron, y con razón, las pretensiones críticas de Thompson, demasiado seguras de sí mismas, como antes que a él le habían ofendido a Seal. Pero el propio círculo del poeta ¿no lo consideraría más bien un intruso que se entrometía en el proceso de la presentación a Occidente que hacían ellos del poeta?

El más acertado examen de todo este asunto se halla en la introducción de D. Harish Trivedi a la edición de *Tagore* (1991) de Oxford University Press (India). Parece que el libro de Thompson perturbó profundamente a Tagore y a su círculo y que lo persiguieron sin descanso. Quizá Rani Mahalanobis intentara interceder en pro de Thompson, pues Trivedi cita una carta de Tagore a ella aún más acusadora que su carta a Rothenstein. «La verdadera actitud del libro en su conjunto es dirigirme un golpe a cada paso.» Tagore no sólo denunció con vehemencia el libro de Thompson en su propio círculo íntimo, sino que además escribió con seudónimo en *Prabasi* una crítica feroz y reclutó a otros para que se unieran al ataque (Ramananda Chatterjee, Shanta Debi [hija de Ramananda] y Nihararanjan Ray).<sup>9</sup> No todos los intelectuales más jóvenes y radicales del círculo de Tagore estuvieron dispuestos a secundarle en esta disputa. El joven historiador Susobhan Sarkar comentó sobre el libro de Thompson:

Nos ha gustado mucho ... El libro tenía algunas críticas suaves de Rabindranath. El supersensible Rabindranath se enfadó mucho ... Recuerdo que Prasantachandra [Mahalanobis] estaba bastante molesto, pues había dado a Thompson gran parte de sus materiales.<sup>10</sup>

Después de esto las cartas cruzadas entre Tagore y Thompson fueron haciéndose cada vez más protocolarias. La corriente de *Prabasi* y la *Modern Review* se puso en contra de Thompson. Hubo un triste momento de frialdad en 1930, cuando estando Thompson en Estados Unidos el torrente de críticas americanas mal informadas le indujo a una defensa ambivalente

de la administración británica. Fue un episodio que vivió para lamentar. Ramananda Chatterjee le atacó, no por primera ni por última vez, en la *Modern Review* por «su maliciosa labor de propaganda anti-india».<sup>11</sup> Era una reprimenda que él mismo se había formulado en su fuero interno. Pero enfrió la bienvenida que se le dispensó en Bengala cuando volvió a visitar la India en 1932. Como dijo a sir William Rothenstein,

Bengala fue el único sitio en que no encontré la más benevolente cordialidad. Tagore insistía en que yo era un imperialista y que había sido ennoblecido por el India Office por mi labor anti-india. Para ser completamente franco, pienso que su trato para conmigo ha sido de lo más lamentable. En la India había un montón de gente, en especial los Marathas, que pensaba lo mismo. Ha mantenido un constante resentimiento por lo que considera la «maledicencia» de mi libro ... A partir de su primer éxito su hambre de adulación ha crecido hasta el absurdo. Vive rodeado de incienso, y la India, con excepción de Bengala y del Punjab, medio se ofende medio se ríe de ello ...<sup>12</sup>

De todos modos en Bengala había una puerta que nunca estuvo cerrada. Y nuestra casa, cerca de Oxford, más de una vez se vio agraciada por las visitas de un estadístico de creciente prestigio —cuya cabeza, aún lo recuerdo con el temor reverencial del escolar, era demasiado grande para cualquier sombrero de fabricación inglesa— y de su encantadora y destacada esposa. Se habían casado poco después de que Thompson dejara la India en 1923, y el propio matrimonio no se libró de las polémicas políticas de Calcuta. Nirmalkumari —o «Rani»— era hija del director del City College, y los esponsales tuvieron lugar en el momento en que el director Maitra estaba enzarzado en una polémica con los jóvenes reformadores del Brahmo Samaj sobre la legitimidad de distintas formas de matrimonio. El principal reformador era, desde luego, Mahalanobis, que tomó partido por la legalidad del matrimonio realizado según los ritos prescritos por la confesión brahmo, mientras que Maitra se ajustaba a la práctica del registro según la ley de 1872. Finalmente el asunto se resolvió casándose la pareja por los ritos brahmo sin el consentimiento del padre de la novia. Se estableció entonces una firme amistad familiar entre los Thompson y los Mahalanobis. «Ya sabes» escribía Thompson en 1929, «os consideramos amigos muy queridos»,<sup>13</sup> y atribuyo tanto a las mujeres como a los hombres el haber mantenido a flote el barco de la amistad a través de todas las tormentas políticas e intelectuales. En 1932 en Calcuta esta puerta estaba abierta, y a su vuelta Edward Thompson escribió a Rani:

Ha sido excesivamente magnánimo por su parte recibir bajo su techo a un notorio enemigo de su pueblo. ¡Y ni siquiera ha aprovechado la oportunidad para

envenenarle! Ha sido usted muy amable conmigo y Prasanta ha sido coherente, generoso, desinteresado e ilusionado.

Si estuviera escribiendo a Prasanta le dirigiría una queja por las medidas de represión *de usted* en mi contra. Ahora sé qué es vivir bajo una ley que se escula en un poder caprichoso e irresponsable.<sup>14</sup>

La visita de Thompson en 1932 fue costeadada en parte por el Rhodes Trust con vistas a investigar las posibilidades de colaboración entre escritores indios y británicos, y conoció a algunos de los poetas más jóvenes del entorno de los diarios *Parichaya* y *Triveni*.<sup>15</sup> Pero en el círculo de Tagore corría la voz de que en realidad Thompson era agente del gobierno.

La breve visita de Thompson a Calcuta en febrero de 1932 quizá supuso el punto más bajo de las relaciones entre ambos hombres. Hubo un encuentro positivo con Abanindranath Tagore, que dijo: «Ahora tengo algunos amigos, y no estoy dispuesto a perder ninguno de ellos. Preferiría perder diez cuadros que perderle a usted.» Pero Thompson llegó a considerar los cuadros de Rabindranath con cierta animadversión:

Tagore ... practica la *más absurda* exhibición de sus cuadros. Se sienta en una habitación trasera, ronroneando mientras sorbe la golosina del elogio. Le vimos, pero él y yo apenas nos hablábamos. Él me había difamado por toda la India y yo no iba a fingir estar entusiasmado.<sup>16</sup>

Cuando Tagore (a quien había gustado mucho *The Rise and Fulfilment of British Rule in India* de Thompson y Garratt)<sup>17</sup> le regaló uno de sus libros en 1934, Thompson se lo agradeció cálidamente «porque parece sugerir que está usted reconsiderando su creencia de que yo he sido, o incluso tenía que ser, un enemigo de su pueblo.»<sup>18</sup> «Es usted injusto conmigo», replicó Tagore. «Aunque no esté de acuerdo con todo lo que usted ha dicho o escrito sobre la India, nunca he puesto en tela de juicio su sinceridad ni su amor y afecto por nuestro pueblo.»<sup>19</sup>

Las cosas parecieron mejorar y en 1934 y 1935 siguieron manteniendo una enérgica correspondencia. Thompson estaba intentando convencer a Alexander Korda para que filmara uno o dos cuentos de Tagore, y Tagore pidió a Thompson que revisara la versión inglesa de *Gora*.<sup>20</sup> Amiya Chakravarty fue a Oxford con el encargo de Tagore de consultar a Thompson sobre la revisión y selección de sus obras completas.<sup>21</sup> Thompson se comprometió a preparar para el *Times Literary Supplement* un artículo de fondo que mostraría «el modo en que han funcionado sus influencias en toda su extensión». <sup>22</sup> Pero el entorno de Tagore seguía siendo hipersensible. En abril de 1935 Thompson escribió a Tagore que la *Modern Review*



en su último ataque contra mí se ha superado a sí misma. Sólo lo lamento porque Ramananda se las ha arreglado para hacer de Bengala una región cerrada para mí, cuando durante años mi íntima amistad con indios de todas las demás naciones ha sido un círculo en constante expansión. Con excepción de usted y de Prasanta, actualmente no tengo amigos bengalíes.<sup>23</sup>

A principios de 1936 algún absurdo malentendido volvió a ensombrecer sus relaciones. En respuesta a reiteradas solicitudes de Buddhadeva Bose y otras personas del entorno de la nueva revista *Kabita*, Thompson había escrito para el *TLS* un artículo de fondo general sobre poesía bengalí moderna («A Land Made for Poetry», 1 de febrero de 1936). Era una visión panorámica que también recalaba en la obra más reciente de Tagore y de la que uno hubiera pensado que no podía ofenderle. Para Thompson era una tarea incómoda, pues su bengalí seguía siendo torpe, y al parecer escribió una carta a Mahalanobis —para que la transmitiera al círculo de *Kabita*— disculpándose por su falta de competencia para la labor. Este artículo alborotó una vez más al círculo de Tagore. Al parecer Amiya Chakravarty escribió a Tagore en términos despectivos sobre la interpretación que daba a uno de sus poemas, y Tagore renunció incluso a leer el escrito. Puesto que el *gurudev* había condenado el ensayo (sin haberlo visto), todos sus admiradores de Bengala debían secundarle. Chakravarty envió a Thompson unas confusas disculpas e hizo un comentario sobre «el delicado y sensible estado en que el pensamiento indio, y quizá más especialmente el pensamiento bengalí, ha caído»:

La más ligera diferencia de opinión se convierte de inmediato en oportunidad para la pasión y la sospecha: parecen haberse tirado por la borda la consideración para con las convicciones ajenas o la voluntad de respetar los motivos del prójimo. Hay que tener cuidado al proferir una palabra en la galería de los murmullos que es la India moderna ...<sup>24</sup>

Además, según ciertas referencias, en cuestión de murmullos el propio Chakravarty era tan activo como cualquiera. Mahalanobis informó confidencialmente a Thompson de que Chakravarty «había suministrado a Tagore durante años informes mendaces sobre mí, y su última hazaña ha sido una carta especialmente injusta sobre mi artículo del *TLS*, afirmando que me había exployado sólo para obtener notoriedad, siendo así que en realidad yo no sabía nada sobre literatura bengalí».<sup>25</sup> Antes de que le contaran esto, Thompson había escrito con hastío a Prasanta:

He decidido no volver a escribir nunca más sobre literatura india. No sólo sé lo que siempre he sabido, que ningún extranjero puede escribir o juzgar con equi-

dad, sino que además sé que uno corre el riesgo de ofender involuntariamente. Solía creer que si uno hacía las cosas lo mejor posible y era honrado, así como consciente de las deficiencias de lo que uno ha escrito, casi todo le sería perdonado. Pero no es así ....

Tiene que decir a Tagore que el artículo de fondo del *TLS* no era más que una bandera agitada para llamar la atención del exterior sobre el hecho de que en Bengala había buenas inteligencias en funcionamiento. Nada de lo que en el artículo se decía me pareció que tuviera el menor valor. Pero la intención del gesto era estimular a hombres que, tal como está hecho y dispuesto el mundo, tienen que escribir sin estímulos procedentes del exterior y con muy pocos de su propio pueblo.

«No creo», añadía, que «los poetas tengan ahora en la India un momento mucho más propicio que el que tienen aquí». Y «la poesía está acabada en lo que a Occidente se refiere. Junto a nuestros monstruosos problemas políticos y económicos, cualquier otra cosa parece irreal».<sup>26</sup>

Con todo, este malentendido gratuito tuvo un resultado inesperado. Durante mucho tiempo había sido artículo de fe en el círculo de Tagore que Thompson no sabía nada sobre literatura bengalí y que apenas entendía el idioma. En gran medida esto es lo que el propio Tagore daba a entender en su escandalosa carta a Rothenstein. El propio Thompson nunca afirmó ser un competente estudioso del bengalí,<sup>27</sup> pero estudiosos cualificados me han dicho que sus observaciones y la correspondencia entre él y Mahalanobis sugieren talentos mayores de lo que su humildad reconoce. Siempre hubo voces que llevaban la contraria al artículo de fe. Dineshchandra Sen dio una cualificada certificación de sus traducciones de Ramprasad: «su amplia visión siempre es acertada y su traducción de las canciones es literal»; «Creo que actualmente usted es el estudioso de bengalí más solvente de entre los europeos.»<sup>28</sup> Y entonces, como reaccionando a la maleficencia del entorno inmediato de Tagore, escritores bengalíes más jóvenes empezaron a escribir a Thompson en su defensa. «En cuanto a Ramananda Chatterjee», escribió Humayun Kabir, «actualmente no cuenta mucho: la mayoría de la gente sospecha de él».<sup>29</sup> Entonces un círculo de poetas más jóvenes escribió a Thompson para agradecerle su artículo del *TLS*. «He de felicitarle por su conocimiento del bengalí, que, francamente, me ha sorprendido», escribió Buddhadeva Bose:

Lo que ... más nos ha gustado de su artículo ha sido su evidente honradez, que le ha ayudado a acceder al espíritu de un idioma y una literatura que deben de serle más ajenos que la inglesa para nosotros.<sup>30</sup>

«Ha sido usted demasiado humilde en cuanto a su propio juicio crítico», escribió Premendra Mitra. «No sé de ningún crítico bengalí actual que

pueda haber valorado mejor el tema.»<sup>31</sup> Y Sudhindranath Datta, editor del *Parichaya*, declaró que el artículo «revela un conocimiento de nuestra lengua y literatura tan detallado que no puedo sino condenar la humildad que adopta cuando se le pide que valore algo bengalí». <sup>32</sup> Aduladores (podría sugerirse) que han encontrado su propia obra alabada en la revista comercial de la literatura inglesa. Y sin embargo, entre la maledicencia y la adulación, Thompson estaba intentando algo. En el actual *TLS* no veo muchos artículos de fondo sobre poesía bengalí contemporánea.

En 1936, más adelantado el año, Edward Thompson volvió a ir a Bengala y «se pasó por el Presidency College para ver a Prasanta Mahalanobis». Fue invitado a visitar a Prasanta y Rani en su casa de Giridih (Bihar), y desde allí los tres fueron a una casita de campo para funcionarios «en un país encantadoramente silvestre ... sobre las riberas de un río, completamente rodeado de espeso bosque». La primera noche un tigre rugió al otro lado de la ventana de Thompson y Rani le hizo montar una barricada de sillas:

Fuimos a Budh Gaya, donde Buda alcanzó la iluminación. Gaya, a 5 millas, es una ciudad fea ... pero Budh Gaya ... es el lugar más encantador y pacífico del mundo. Apenas acuden peregrinos; y una vez oscurecido, el enorme y añoso *bo-tree* tiene ante sí tres velas rosadas encendidas y unas cuantas flores perfumadas puestas por un monje vestido de color azafrán que se detiene unos minutos en adoración. Los Mahalanobis y yo estuvimos sentados allí durante horas hablando de religión, de la muerte y de después de la muerte.<sup>33</sup>

Tagore, deseoso de reparar malentendidos, le invitó a Santiniketan, pero Thompson no quiso irrumpir allí en un momento en que se sabía que Nehru estaría de visita.<sup>34</sup> Pero Prasanta Mahalanobis estaba decidido a exorcizar algunos de los fantasmas de anteriores distanciamientos. En cartas a Theo y a Rothenstein, Thompson dejó constancia del encuentro con uno de esos fantasmas: «Prasanta me llevó, de mala gana, a visitar al pobre viejo Brajendranath Seal»:

Seal rompió una antigua y profunda amistad debido a mi anterior librito sobre Tagore. Durante 20 años no tuvimos ninguna relación. Entonces ... repentinamente Prasanta me condujo a su presencia. El anciano había tenido varios ataques, le alimentaban con leche como a un niño y la leche le corría por la barba. No sabía que yo iba a ir, empezó con un alarido salvaje: «¡Ohhh! ¡Edward Thompson!» y rompió a llorar y a sollozar.

«Durante todos estos años ha sido despreciable, desde que dejamos de ser amigos. "He pensado en usted una y otra vez." ... era lo más parecido que

he visto al rey Lear mendigando el perdón de Cordelia.»<sup>35</sup> «Siempre he pensado de él que es uno de los dos o tres hombres más nobles que he conocido», escribió Thompson a Tagore, «y nunca olvidaré nuestra despedida».<sup>36</sup> Thompson visitó también a otro viejo amigo, Abanindranath Tagore, el artista, «un hombre viejo convertido en filósofo. Una vez más, fue singularmente conmovedor».<sup>37</sup> «Creo que», escribió a Rabindranath,

Ninguna nación ha producido un grupo de hombres como este grupo bengalí que ahora está desapareciendo. Me alegro de haber visitado Calcuta para despedirme de tales amigos.<sup>38</sup>

Mientras que Mahalanobis era ahora el estadístico de renombre mundial, Thompson había llegado a ser el historiador de la India, novelista y polemista de asuntos indios. Sus amistades se extendían ahora a Bombay, Delhi, Lucknow y Allahabad, y a personas tan diversas (y mutuamente incompatibles) como Sapru, Iqbal, Ambedkar, Sastri, Jayakar, Rajagopalachari, Sarojini Naidu y, posteriormente, Nehru. Ahora la prensa india le llamaba en ocasiones el «amigo de la India», mensajero de nuevos ámbitos, rompiéndose como antes las botas contra las espinillas de todo el mundo. Hizo una última y extraordinaria visita a la India en octubre de 1939, como mensajero entre continentes, ideologías e individuos, pasó mucho tiempo con Sapru y más con Nehru y visitó a Gandhi y al Congress Working Committee en Wardha. En el curso de una breve visita a Calcuta pudo exorcizar otro fantasma. Al visitar a Abanindranath se enteró de que abrigaba un agravio debido a la volatilización del proyectado *Oxford Book of Bengali Verse*. En su origen había sido un proyecto de Thompson que se remontaba a 1920, pero lo había abandonado al ser reclutados como coeditores (con ayuda de Tagore) Mahalanobis y Sudhindranath Datta. Por alguna razón Abanindranath culpaba a Thompson del malogro del proyecto. Al acudir al despacho de Oxford University Press de Calcuta con Amiya Chakravarty, se enteraron de que los editores habían extraviado el manuscrito. Thompson interrumpió su viaje de vuelta desde Calcuta para ir a Asansol, donde le esperaban Prasanta y Rani, para lo que condujo 90 millas en coche. Pasaron unas horas juntos. Resultó que el delincuente había sido el propio Prasanta, que compartía algunas de las maniáticas distracciones del gran Seal; pero ahora se había encontrado el manuscrito.<sup>39</sup> Esto pasó hace unos cincuenta años. Y ahora, al parecer, ha vuelto a perderse.

## Notas

1. EJT al rev. E. W. Thompson, 26 junio 1924, Thompson Papers.
2. EJT a Tagore, 15 noviembre 1925, Visva-Bharati archives.
3. Tagore a EJT, Santiniketan, 30 diciembre 1925, Thompson Papers.
4. EJT a Mahalanobis, 26 marzo 1922, Visva-Bharati archives.
5. C. F. Andrews a EJT, 26 marzo 1922, Thompson Papers.
6. *Tagore* (1926), p. 278.
7. Tanto en *Atonement* como en *An Indian Day* se trata el tema de los chistes ingleses ofensivos contra los indios.
8. Al parecer Andrews reaccionó con fuerza en contra del estudio, diciendo que Thompson mostraba «una protección y un complejo de seguridad»; véase Hugh Tinker, *The Ordeal of Love*, OUP, Delhi, 1979, p. 224.
9. Harish Trevedi, introducción a *E.J. Thompson Rabindranath Tagore, Poet and Dramatist*, OUP, Nueva Delhi, 1991. También Prabhat Kumar Mukherjee, *Rabindrajibani*, Visva-Bharati, Calcuta, 1952, vol. 3, p. 297 (gracias a la profesora Mary Lago).
10. Susobhan Sarkar, *Prasanga Rabindranath*, Calcuta, 1982, pp. 18-19, gracias al profesor Sumit Sarkar. Ya Susobhan Sarkar y sus amigos criticaban el culto de Tagore. Le molestaba el término «*Gurudeva*», utilizado allí [es decir, en Santiniketan] por todos. ... Tenía demasiado sabor de *asrama*. ... Otra cosa que me molestaba era el *pranam* [tocarle los pies] de Rabindranath por la mañana o por la tarde. ... Lo que me desagradó es que Rabindranath nunca intentó oponerse ...» *Ibid.*, pp. 11-12.
11. *Modern Review*, septiembre 1930.
12. EJT a Rothenstein, 14 mayo 1932, Houghton Library, Harvard. Para mí no está claro que EJT viera la anterior carta de Tagore a Rothenstein, aunque Mukherjee, *op. cit.*, vol. 3, p. 297, supone que lo hizo.
13. EJT a Mahalanobis, 26 mayo 1929, Thompson Papers.
14. EJT a Rani Mahalanobis, 11 marzo 1932, Visva-Bharati archives.
15. Ver *A Letter from India* (1932), pp. 135-137.
16. EJT a Theodosia, Barackpur, 29 febrero 1932, Thompson Papers.
17. Tagore a EJT, 2 agosto 1934, Thompson Papers. También Tagore a Macmillan, 2 agosto 1934, Brit. Lib. Add. MSS 55004.
18. EJT a Tagore, 16 enero 1934, Visva-Bharati archives.
19. Tagore a EJT, 6 febrero 1934, Thompson Papers.
20. Tagore a EJT, 10 octubre y 11 noviembre 1934, Thompson Papers.
21. Tagore a EJT, 10 abril 1935, *ibid.*
22. EJT a Tagore, 22 marzo 1935, Visva-Bharati archives.
23. *Ibid.*, 28 abril 1935.
24. Amiya Chakravarty a EJT, 19 mayo 1936, Thompson Papers.
25. EJT a Theodosia, Calcuta, 5 noviembre 1936, *ibid.* Mahalanobis escribió a EJT, 10/12 marzo 1936: «Amiya Chakravarty escribió a [Tagore] una carta airada. Amiya dijo muchas palabras duras sobre reseñistas ingleses (y colijo que sobre ti en particular). Pero el Poeta me dijo que no le molestaba gran cosa. Dice que las dificultades de la lengua son grandes y que no hay motivo para que esperemos ser claramente comprendidos o apreciados por extranjeros». Visva-Bharati archives.
26. EJT a Mahalanobis, 1 septiembre 1936, Visva-Bharati archives.
27. EJT a Canton, 26 diciembre 1922, *ibid.*
28. D.C. Sen a EJT, 10 enero y 3 noviembre 1924, Thompson Papers. Buddhadeva Bose escribió posteriormente que EJT era «con mucho el único escritor europeo conocedor de la literatura bengalí», *An Acre of Green Grass* (Bombay, 1948), p. 8.

29. Humayun Kabir a EJT, 27 mayo 1932, Thompson Papers. Si bien Kabir envió a EJT una cortés, razonada pero a mi ver merecidamente severa crítica de ciertos pasajes de *A Letter from India*, 1 junio 1932, *ibid.*
30. B. Bose a EJT, 4 marzo 1936, *ibid.*
31. P. Mitra a EJT, 11 marzo 1936, *ibid.*
32. S. Datta a EJT, 5 marzo 1936, *ibid.*
33. EJT a Theodosia, 11 noviembre 1936, *ibid.*
34. Tagore a EJT, 16 octubre 1935 y 21 octubre 1936, dando «una calurosa bienvenida» a EJT; «espero que no deje el país hasta que nos haya visto», Thompson Papers; EJT a A.K. Chanda, 4 noviembre 1936 (Visva-Bharati archives) explicando que no quiso interrumpir la visita de Nehru al poeta. Quizá los Mahalanobis le convencieron para que visitase a Tagore, pues el 13 de noviembre alquiló un automóvil y condujo hasta Bolpur; EJT a Tagore, 12 noviembre 1936, *ibid.* Evidentemente Tagore no estaba allí, pues EJT dejó un fragmento de diario que dice en la entrada del 13 de noviembre: «farsa de Bolpur».
35. EJT a Theodosia, 5 noviembre 1936, Thompson Papers; EJT a Rothenstein, 12 agosto 1938, Houghton Library, Harvard.
36. EJT al secretario de Tagore, A.K. Chanda, 4 noviembre 1936, Visva-Bharati archives.
37. EJT a Theodosia, 4 noviembre 1936, Thompson Papers.
38. EJT a A.K. Chanda, 4 noviembre 1936, Visva-Bharati archives.
39. «Report by Edward Thompson» a los Rhodes Trustees, mecanografiado en Thompson Papers, diciembre 1939.



## II

---

# Ley y costumbre





# EL ENTRAMADO HEREDITARIO

De *AGENDA PARA UNA HISTORIA RADICAL*\*

Los ensayos de este volumen nos han hablado mucho de la textura sociológica de comunidades determinadas y de ciertas relaciones existentes en su interior, de las que son exponente sus usos en lo que a la herencia se refiere. Quizá hayamos aprendido sobre su desarrollo en el tiempo, y ello debido a que en los sistemas hereditarios, como en otros asuntos, las intenciones a veces dan lugar a conclusiones muy diferentes de las deseadas. Si diseccionamos los sistemas hereditarios en condiciones de estasis, el pensamiento puede aceptar una falacia que en horas de vigilia sabemos perfectamente que es falsa: que lo que se hereda permanece como constante histórica: «propiedad», «pertenencia» o, más sencillamente, «la tierra»; tierra que a fin de cuentas pasaba de generación a generación, que aún podemos pisar y que hoy día aún puede producir en gran medida el mismo tipo de cultivo, madera o ganado que hace trescientos años.

Naturalmente, sabemos que esta constancia es ilusoria. En las tierras, lo que se transmite por medio de los sistemas hereditarios es con mucha frecuencia no tanto la propiedad de las mismas como la propiedad de su usufructo, o un puesto dentro de una compleja gradación de derechos de uso coincidentes. Es la tenencia —y en ocasiones las funciones y roles que conlleva— lo que se transmite. Quizá podamos dirigir algo de luz al pasado para iluminar lo que se transmitía, examinando algunos aspectos de la descomposición de ciertos tipos de tenencia en la Inglaterra del siglo XVIII.

Es difícil calcular la proporción de tierras gobernadas por *copyhold*\*\* u otras formas de tenencia dependiente en los años que van de la Restau-

\* *Agenda para una historia radical*, traducción de Elena Grau y Eva Rodríguez, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 45-86. («The Grid of Inheritance», en *Making History: Writings on History and Culture*, The New Press, Nueva York, 1994.)

\*\* Tenencia de tierras que forman parte de un señorío a voluntad del señor de acuerdo con la costumbre del *manor* por la posesión de una copia del documento guardado en el tribunal señorial. (*N. de las t.*)

ración a mediados del siglo XVIII, período que se acepta generalmente como el clásico de la rápida decadencia del *yeoman*. Recordemos que hay que calcular dos cifras totales diferentes: acres y labradores. No es difícil encontrar, a comienzos del siglo XVIII, señoríos en que el tamaño medio de las tenencias fuese pequeño, de modo que la cantidad de acres de libre arrendamiento o de tierra no sujeta a rentas señoriales dependientes superaba con mucho la cantidad de arrendadores o tenemos *at will*.<sup>\*</sup> El hecho es importante, puesto que el historiador económico puede considerar que las claves del proceso expansivo agrario se encuentran en el sector «libre», mientras que el historiador social puede creer que los horizontes psicológicos y las expectativas de la mayoría de la comunidad agraria se encontraban aún en el sector dependiente.<sup>1</sup>

Sin intentar una estimación cuantitativa será suficiente, para este comentario, subrayar que la supervivencia de la tenencia dependiente hasta el siglo XVIII era muy considerable: en gran cantidad de señoríos particulares, en tierras de la Iglesia y pertenecientes a los colegios, en tierras de la corona, zonas de bosque, etc.<sup>2</sup> Tengo también la impresión de que a partir de la década de 1720 hubo cierta renovación de una meticulosa observancia judicial y una considerable actividad en el campo del derecho consuetudinario. Todo ello no tenía nada que ver con una «reacción» no localizada o con sentimientos anticuados. La costumbre establecida de los señoríos era examinada cuidadosamente bajo distintas perspectivas por intendentes y abogados, cuyos patronos veían la propiedad de modo diferente y más comercializable. Donde la costumbre impedía los arrendamientos abusivos, los derechos de aprovechamiento «marginales» —madera, derechos minerales, piedra, turba y turberas— podían incluso adquirir mayor importancia para el señor ansioso de aumentar sus ingresos. En general el progreso agrícola y el aumento de la economía de mercado significaron que los derechos de aprovechamiento establecidos por la costumbre tenían un equivalente en metálico de más valor que anteriormente, caso de que pudieran ser extraídos de su contexto sociológico y tenencial.

A pesar de la consolidación legal a finales de los siglos XIV y XV de los derechos de *copyhold*, éstos en modo alguno fueron absolutos. Aun cuando el *copyhold* pudiera venderse, hipotecarse, legarse en cualquier sentido (aunque no de acuerdo con la costumbre de todos los señoríos), aún podía ser confiscado en caso de felonía o de desperdicio, y en ocasiones se confiscaba bajo estos términos.<sup>3</sup> Las tenencias no aseguradas mediante testamento o línea hereditaria de descendencia clara podían, según la costum-

\* Se refiere a una propiedad tenida por el tiempo que desee el propietario o arrendador, y de la que el tenente puede ser expulsado en cualquier momento: tenencia «a voluntad». (*N. de las t.*)

bre del señorío, volver a manos del señor. Donde predominaban las tenencias de por vida, por ejemplo parte de la Inglaterra occidental, el siglo XVIII pudo presenciar una mayor inseguridad de las mismas. Estas tenencias eran *copyhold* (en el sentido de que se tenían en virtud de una copia del documento judicial), pero siguieron siendo tenencias *at will* y estando sujetas a cargas de acceso arbitrarias al comienzo de nuevas vidas.<sup>4</sup> Quizá este tipo de tenencia insegura estaba incrementándose.<sup>5</sup> Cuando las cargas eran verdaderamente arbitrarias podían imponer, de forma efectiva, la inseguridad de la tenencia: así, en Whiston y Clames (Worcs.) se informó en 1825 de que

los tenentes dependientes han sido *copyholders* por herencia hasta los últimos cien años. ... Pero durante muchos años los tenentes han estado sometidos a cargas a placer del señor; y algunos han dejado que su herencia se transmitiera por encima de sus cabezas, por faltarles capacidad para pagar tan grandes cargas como les exigían o para tratar de sus derechos con los señores.<sup>6</sup>

En otros señoríos de Worcestershire hay una tensión evidente entre «costumbre» en el sentido de prácticas y expectativas, y «costumbre» como imposición en términos legales. En Hartlebury la costumbre es

conceder el tiempo de una vida en posesión y tres con derecho de sucesión, y alternar y cambiar a voluntad del señor: cuando han pasado tres vidas, el señor puede otorgar la propiedad a quien le plazca; aunque los tenentes tienen derecho a la primera oferta.<sup>7</sup>

Pero en general las tenencias dependientes en el siglo XVIII parecen empezar a escasear más en virtud de un proceso de desgaste que por un ataque frontal de los terratenientes y el derecho. (Puesto que muchos de esos terratenientes sustanciales tenían intereses en *copyhold* por compra o herencia, no siendo la forma de tenencia en modo alguno limítrofe con los intereses del *yeoman* o el agricultor.) Si el señor o su intendente veían alguna ventaja en recuperar la tierra para ofrecerla nuevamente en arrendamiento señorial o anticipándose al cerramiento, tenían posibilidades de acelerar el proceso. Las cargas de acceso o renuncia podían imponerse en relación con las rentas nuevas en vez de con las establecidas por la costumbre, lo que podía acortar la carrera del *copyholder* hacia el endeudamiento. El *copyholder* bien situado podía exigir igual seguridad de tenencia que el libre arrendador. Pero en ningún caso podía pedir *mayor* seguridad. Ambos estaban igualmente sujetos a los caprichos de situaciones económicas o familiares que podían obligarles a hipotecar sus tierras y amontonar deudas sobre las cabezas de sus hijos. Y, cuando analizamos sistemas heredi-

tarios, no debemos olvidar que una de sus funciones destacadas en ciertas sociedades campesinas y de pequeños tenentes consistía precisamente en ser garante, generación tras generación, de la seguridad del interés del terrateniente o el prestamista sobre la deuda del labrador.

A menudo se cree a que la tenencia dependiente o consuetudinaria está definida, sólo en el aspecto legal, en el derecho de precedentes. Pero la costumbre también tuvo siempre una dimensión sociológica, así reconocida en el derecho por la reserva «de acuerdo con la costumbre del *manor*». Esto acaso se perciba mejor en el mundo intermedio de tenencias de la Iglesia y colegiadas. Éstas no tenían la seguridad del *copyhold* ni pueden considerarse tenencias *at will*. La definición no es legal sino de usos consuetudinarios. El historiador de las finanzas del St. John's College, Cambridge, comenta (sobre el siglo XVII y comienzos del XVIII):

Por algún motivo, durante mucho tiempo el colegio parece haber actuado sobre el supuesto de que le estaba prohibido variar las rentas de sus propiedades. No es posible encontrar una explicación de este supuesto enteramente satisfactoria. En la medida en que se conoce, no tiene base legal ninguna ...<sup>8</sup>

Pero sigue adelante para demostrar que los sucesivos tesoreros encontraron formas de superar sus inhibiciones a partir del primer cuarto del siglo XVIII, y el incremento de los ingresos se obtuvo en primer lugar de las cargas.<sup>9</sup>

Los motivos de esta situación se encuentran no tanto en las leyes como en cierto equilibrio de las relaciones sociales. Desde 1576 (Ley de sir Thomas Smith, bajo Isabel I), las tenencias de la Iglesia y los colegios estaban normalmente limitadas a tres vidas y veintiún años, generalmente renovadas cada siete años. Sin duda las tenencias eclesiásticas, así como los derechos exclusivos reales y señoriales en zonas de bosque, habían sufrido una gran sacudida durante el interregno. Después de la Restauración, la Iglesia examinó todas sus tenencias y aumentó considerablemente las cargas sobre aquellas que fueron confirmadas. Estos tenentes, y sus hijos, sin duda creyeron haber pagado la seguridad de un *copyhold*. Su tenencia, sostenían, se había

convertido en hereditaria por antigua costumbre, comprada casi a tan alto precio como las tenencias libres, por la confianza depositada en sus señores de que renovarían las condiciones acostumbradas.<sup>10</sup>

Pero la seguridad de la tenencia nunca fue sancionada por la ley. Las tenencias de la Iglesia y los colegios siguieron siendo arrendamientos *benefi-*

*cial*, en las cuales el derecho de renovación a cambio de una carga «razonable» se asumía pero no estaba prescrito.

Que la cargas se hicieran menos «razonables» después de 1720 fue consecuencia del ascenso *whig* y de la avaricia de los obispos *whig*.<sup>11</sup> La subida de las cargas encontró por supuesto resistencia: un intendente comunicaba (como lo hizo uno al St. John's College desde Windlesham, Surrey, en 1726) que «el *homage*\* declaró que mis peticiones eran muy extraordinarias». <sup>12</sup> En tales cuestiones el *homage* podía con facilidad pasarse por alto. Pero desautorizar o enajenarse a un *homage* no era una cuestión tan sencilla como puede parecer a nuestros ojos, ojos ya hace mucho tiempo acostumbrados a ver los derechos de propiedad invalidar funciones y necesidades. Éstos eran los labradores, pequeños y grandes, residentes en el lugar, y un distante propietario señorial corporativo creyó necesario trabajar en cierta colaboración con ellos.<sup>13</sup> El intendente de un colegio o de una iglesia podía enfrentarse, en alguna cuestión de intereses antagónicos, con una conspiración de silencio entre los tenentes. En 1687 un informador escribía al tesorero del St. John's College sobre una propiedad:

No logro enterarme qué vida sostiene; me han dicho algunos que una anciana de Suffolke y otros que dos ancianas tienen allí sus vidas. Posiblemente estén muertas y el asunto encubierto ...<sup>14</sup>

El tesorero no conseguía obtener información correcta sobre los asuntos de otros señórfos. Cuando intentó obtener ayuda del beneficiado del colegio que vivía en Ipsden, pidiéndole que indagara en ciertas cuestiones en Northstoke (Oxon) en 1683, el párroco entró en un paroxismo de alarma. Se producirían «sospechas y grandes suspicacias» si se sabía que mandaba informes al colegio: sus «afectos al colegio» ya le hacían sospechoso. Con respecto a cierta consulta:

Es éste un asunto de tan delicada naturaleza que si hubiera una sola sombra de sospecha quedo imposibilitado para servir para siempre, pues es máxima de estas gentes el ser muy silenciosos con éstos ... y es virtud entre ellos ser vengativos cuando sus intereses se ven afectados ...

Incluso escribir estas líneas hacía sudar al pobre hombre: «Deseo saber si mi carta ha llegado a salvo a sus manos; estaré sumido en el dolor hasta que así se me asegure ...».<sup>15</sup>

\* Cuerpo de tenentes que asisten a un tribunal señorial. El jurado de este tribunal. (*N. de las t.*)

Un obispado rico, como Winchester, estaba mejor equipado con una burocracia de intendentes, guardabosques, etc., para tratar problemas como éstos. St. John's (y sin duda otros colegios) evitaron la cuestión en el siglo XVIII arrendando señoríos enteros a seculares prósperos.

Pero en el siglo XVII el arrendamiento *beneficial* todavía conllevaba reciprocidades no económicas e incluso algunas responsabilidades paternalistas. En 1610 Joan Lingard, una viuda que sobrepasaba los setenta años, presentaba una petición al *master* de St. John's College sobre una cuestión delicada. Su tenencia (descrita como *copyhold*) venía por derecho de su primer marido. Pero en el intervalo de veinte años desde la muerte de su marido se había casado otras dos veces y había quedado viuda otras tantas. Su segundo y tercer maridos mantuvieron la tenencia de la tierra, pero por su derecho de viuda. No tenía progenie alguna de su primer marido y ahora deseaba ceder su *copyhold* a su hijo mayor, de su segundo marido; su hijo había convenido reservar para su aprovechamiento una heredad «conjuntamente con otros auxilios para mi mantenimiento durante mi vida...».<sup>16</sup> Aquí se solicita la posesión en tenencia como procedente del derecho de la viuda: probablemente esto era contrario a la costumbre del señorío, y por este motivo se solicitaba permiso del *master* y los miembros.

En el caso de los arrendamientos *beneficial*, la renovación de la tenencia no era de derecho, pero parece haber sido difícil negarla. Todavía no tenemos más que una comprensión imperfecta de la tenacidad y fuerza de la costumbre local. En un contrato de arrendamiento de tres vidas o veintiún años había que hacer cesiones y pagar cargas por la renovación de años o vidas con regularidad. Si la renovación se hacía por más de siete años, las cargas se elevaban proporcionalmente. El equilibrio entre la costumbre y la cortesía en esta cuestión está ilustrado por una carta al colegio de 1630 escrita por un antiguo estudiante de St. John's que solicitaba caridad para una pobre viuda, pariente suya. Era viuda de un tenente cuyo contrato de arrendamiento expiraba en un plazo de cuatro años, y dudaba de que el colegio lo renovara debido a su tardía solicitud. «Acaso por ventura—escribía su pariente— pensaréis que su marido y su hijo, ambos ahora con Dios, no tenían intención de suplicar a su Colegio para renovar su contrato considerando que se detractaron y dejaron que su contrato de arrendamiento se consumiera casi hasta la raíz.» Pero, explicaba, el marido había sufrido una larga enfermedad, había dejado deudas y seis niños pequeños; mientras que el hijo —séptimo en nacimiento— había disfrutado de un solo año de tenencia durante cuyo período había saldado las deudas de su padre, y luego había muerto él mismo, dejando a su vez una viuda y tres niños. La viuda bajo estas circunstancias no podía evidentemente pagar la elevada carga debida en un momento tan próximo a la caducidad del arren-

damiento. Se invocaba la caridad del *master* y los *fellows*, en nombre de «las promesas y oraciones de viudas y niños sin padre».<sup>17</sup>

Teóricamente podía permitirse que los arrendamientos *beneficial* se agotasen sin renovación, y los propietarios eclesiásticos o colegiados podían volver a tomarlos en sus propias manos para arrendar nuevamente la tierra según su valor «rectificado» o de mercado. Esto ocurría en efecto ocasionalmente, cuando se trataba de pocos tenentes.<sup>18</sup> Pero acarreaba una pérdida inmediata de beneficios; había que examinar los contratos y vidas existentes, y mientras tanto no se percibían los ingresos procedentes de las cargas.<sup>19</sup> Todo ello requería un propietario activo y explotador, o uno rico que dispusiera de varios señoríos. También exigía una agricultura expansionista para la cual se contara con nuevos tenentes apropiados, con capital disponible. Además, donde los derechos de usufructo se extendían a las tierras del común —y éstas incluían campos abiertos tenidos en posesión particular, pero sobre los cuales existían derechos de apacentamiento en la festividad de *Lammas*,\* etc.—, el tenente podía, si instruía a un buen abogado, evitar que el propietario señorial entrara en sus tierras hasta que hubiera caducado el contrato de arrendamiento. Pues la «herencia» con que aquí nos encontramos es la de derechos de aprovechamiento comunales, regidos por la costumbre del señorío y garantizados por la ley. Cuando el colegio decidió recuperar la posesión de un señorío en 1700, se le advirtió de que no podía efectuarse hasta la muerte del último superviviente, «esto es, de las vidas que son ahora y la de la última viuda ...». El sargento Wright del Temple añadía: «Los tenentes deben ahora escupirse las manos y vivir todo lo que puedan, y las propiedades les serán benéficas hasta el final de la última vida y el último estado de viudedad...».<sup>20</sup> Sólo entonces podría el colegio lograr su proyectada racionalización, volviendo a arrendar la tierra bajo contratos «económicos» de veintín años.

Hacia comienzos del siglo XVIII tenemos la impresión de que hubo un conflicto que se hacía progresivamente más profundo (si bien tapado y confuso), en lo referente a la naturaleza misma de la propiedad territorial, una brecha cada vez más ancha entre las definiciones del derecho y la costumbre local (y por costumbre no sólo entiendo lo que dijera el *custumal*,\*\* sino la realidad más densa de la práctica social). En Berkshire y Hampshire en el decenio de 1720, los conflictos surgidos con respecto a las turberas,

\* El 1 de agosto, un festival de recolección en la antigua Iglesia de Inglaterra. «Tierra de *Lammas*» era tierra de propiedad privada hasta el día de *Lammas*, pero desde ese momento sujeta a derechos comunales de pastoreo hasta la primavera. (N. de las t.)

\*\* Colección de costumbres del señorío. (N. de las t.)



pastos, derechos a cortar madera y las correrías de los ciervos sobre el cereal de los agricultores contribuyeron a crear episodios de desórdenes armados.<sup>21</sup> Pero lo que me propongo en este comentario es sólo destacar que no sirve de mucho hablar de sistemas hereditarios a menos que tengamos siempre presente qué es lo que se hereda. Si nos referimos vagamente a la «tierra», surgen de inmediato en nuestro pensamiento imágenes anacrónicas de la herencia patrimonial, con sus antiquísimos olivos y sus pastos bien drenados, sus apriscos de ovejas pacientemente levantados o sus encinares en expansión. Pero, en muchos de los sistemas de explotación agraria que consideramos, la herencia de la tenencia no consistía tanto en el paso de la tierra de una generación a otra (aunque algún cercado o heredad pudiera así transmitirse) como en la herencia de derechos de aprovechamiento sobre la tierra (algunas veces heredada simplemente como garantía sobre una deuda), algunos de los cuales podían tenerse en privacidad y muchos de los cuales estaban sujetos al menos a cierto control y regulación comunal y señorial.

Hay que hacer aquí una matización de psicología social. El labrador, enfrentado a una docena de franjas diseminadas en diferentes campos, con limitaciones impuestas en el común, no sentía furiosamente (suponemos) que *poseía* su tierra, que era *suya*. Lo que él heredaba era un lugar en la jerarquía de derechos de aprovechamiento; el derecho de enviar sus bestias, con un acompañante, a lo largo de las veredas; de trabar su caballo en las tierras sin arar; el derecho de soltar su ganado en los pastos de *Lammas*; y para el *cottager* el derecho de espigueo y de conseguir algo de forraje de bosque y apacentar ocasionalmente. Todo esto constituía un delicado equilibrio agrario. Dependía no sólo del derecho heredado, sino también del entramado heredado de costumbres y controles dentro del cual se ejercía este derecho. El entramado de la costumbre era tan intrínseco a la herencia como es el bancario y de bolsa a la herencia de dinero. Es, en efecto, posible decir que el beneficiario heredaba tanto el derecho *como* la malla sobre la cual se hacía efectivo; en consecuencia debía también heredar cierto tipo de psicología social y comunal de la propiedad: la propiedad no de su familia, sino de su familia-dentro-de-la-comunidad.

Por consiguiente, al lado de la lógica «cartesiana» de sistemas hereditarios diversos, debemos colocar la lógica complementaria de diferentes prácticas agrarias y tenencias, y estimar entonces el impacto de la lógica de mercado, de las prácticas agrarias capitalistas. Porque lo que demuestra mi dispersa ilustración de la forma de operar de algunos sistemas de tenencia, en el momento de descomposición, es: 1) la cosificación de los derechos de aprovechamiento y su divorcio de la realidad de la práctica. Una anciana cuya muerte pueda ocultarse es una propiedad, aunque de valor

incierto. Los derechos de pastoreo, un caserío abandonado o una heredad que conlleva derechos comunales, el derecho de sucesión, todos podían comprarse o venderse, independientemente del usufructuario, exactamente igual que los palomares o las pocilgas pueden comprarse o venderse por los derechos de renta anual a ellos vinculados. 2) El entramado mismo que da validez al ejercicio de estos derechos se hace cada vez más inseguro. La cosificación de los derechos de algunos puede significar en la práctica la limitación de los derechos del resto de la comunidad. En casos extremos el dueño del señorío puede terminar con este entramado sin recurrir al cerramiento, aunque si sus tenentes dependientes conocen la ley y tienen resistencia y bolsas llenas para recurrir a ella, el entramado sobrevivirá hasta que acabe la vida del último tenente o su viuda. Cuando el entramado se ve amenazado, el hombre menor (el *copyholder* o el arrendador libre con derechos comunales anejos) debe hacer un cálculo de ventajas. El cerramiento puede suponer derechos absolutos hereditarios de arrendamiento libre, así como la extinción de algún pequeño derecho establecido de los pobres con respecto a la tierra. Pero también puede amenazar el equilibrio entre agricultura y ganadería, con respecto al cual el antiguo entramado tenía muchas ventajas. Algunas de ellas eran las sancionadas por la práctica de la aldea, aunque no podían defenderse con la ley.<sup>22</sup> 3) Existe algún indicio de la ruptura, en el siglo XVII y comienzos del XVIII, del sistema hereditario agrario (concebido como un cuerpo de reglas protegidas por el derecho de precedentes) y de las tradiciones establecidas y las prácticas transmitidas de la localidad.

Esta ruptura es paralela a las líneas de resquebrajamiento socioeconómico que aparecían entre los derechos mayores y menores de aprovechamiento. Kerridge ha unido el avance del proceso capitalista a una mayor seguridad de tenencia:

Afirmar que el capitalismo prosperó mediante expropiaciones injustas es una difamación de mala fe. La seguridad de propiedad y tenencia respondía a la primera y más sentida necesidad del capitalismo. Donde reinaba la inseguridad era debido a la ausencia, no al advenimiento o la presencia, del capitalismo.<sup>23</sup>

Sin duda el juicio es cierto con respecto a las tenencias y los derechos más sustanciales. Pero, en la medida en que se definieron y garantizaron las prácticas más importantes, se denegaron las menores. Kerridge (y otros muchos) se adentran valientemente en una argumentación autoverificable cuyas premisas son impuestas por las conclusiones. Aquellos usos que fueron subsecuentemente sancionados y garantizados como derechos por la

ley (como el *copyhold* hereditario) se consideran más auténticos y legales, y los que fueron denegados posteriormente por la ley se consideran pretendidos derechos o intromisiones ilícitas en los derechos de los demás. Y era sin embargo la ley misma la que sancionaba uno o rechazaba otro; pues era la ley la que servía de instrumento óptimo para imponer la cosificación del derecho y para rasgar los restos deshilachados del tejido comunal. A principios del siglo XVII el veredicto del caso *Gateward* simultáneamente confirmaba los derechos consuetudinarios de los *copyholders* y desechaba los de categoría más incierta, «habitantes», «residentes»: si había de admitirse las pretensiones de estos últimos sobre los derechos de aprovechamiento, ocurriría que «no se podía hacer progreso alguno en los baldíos». <sup>24</sup> Pero aún prevalecían en muchas regiones derechos indefinidos de «habitantes», hasta que la presión demográfica o las realidades del poder local tuvieron como resultado su extinción o una regulación más estricta mediante estatutos. En muchas zonas de bosque —entre ellas Windsor, el New Forest, el Forest of Dean— se reivindicaron ciertos amplios y mal definidos derechos a todo lo largo del siglo XVIII, que parecen haberse ejercido de forma efectiva. <sup>25</sup> Habría que saber en qué medida dependía poder conseguir este estado de cosas de factores peculiares de cada región o señorío. <sup>26</sup> Pero cuando se apelaba a la ley, las decisiones se hacían todas en el mismo sentido: hacia la cosificación y la limitación.

El *copyhold* mismo, como propiedad alienable con un equivalente monetario efectivo, había sido extensamente afianzado en el siglo XVI, en parte porque muchos hombres de propiedades e intereses considerables participaban de este tipo de tenencia. Durante el siglo XVIII se hizo manifiestamente más conveniente para estos hombres hacerse con señoríos que supondrían, al producirse el cerramiento, valores considerables de derecho comunal. Pero, puesto que los derechos indefinidos de los pobres quedaban excluidos, los que podrían llamarse beneficios marginales del tejido comunal quedaron extinguidos. En la decisión de la Cancillería de 1741, una reivindicación indefinida de los «ocupantes» para disfrutar del derecho a las turberas fue denegada en la tradición del «caso *Gateward*»: se consideró que la pretensión era «un gran absurdo, pues un ocupante, que no es más que un tenente *at will*, no puede nunca tener derecho a tomar el suelo del señor». <sup>27</sup> Juicios similares se extendieron a otros derechos marginales. En 1788 la reclamación de «cabezas de familia pobres, necesitados e indigentes» en Whaddon (Bucks.) de recoger leña seca en los sotos de la localidad fue rechazada porque «no existe límite ... la descripción de los cabezas de familia pobres es en exceso vaga e incierta...». <sup>28</sup> La famosa decisión contra el espigueo del mismo año no terminó, por supuesto... (con alguna excepción), con la *práctica* del espigueo. Lo que hizo fue acabar

con la pretensión de los campesinos de practicar el espigueo *por derecho*, aun cuando ese derecho podía verse claramente definido en docenas de antiguos estatutos señoriales.<sup>29</sup> Así pues, de un plumazo se decretó que un antiquísimo derecho de aprovechamiento no era operativo ante la ley; ¿podríamos quizá utilizar un concepto tan feo como que fue *descosificado*?

Estas leyes surgían de un espíritu baconiano y no cartesiano. Es un derecho que se resistió (como proclamara Blackstone con altanero chauvinismo)<sup>30</sup> a la influencia del derecho justiniano y al renacimiento del derecho romano en general. Sus precedentes son graduales: se desarrolló con precaución empírica. Pero, tras la evolución empírica, puede detectarse la lógica no menos cartesiana del desarrollo capitalista. La decisión de Coke en el «caso Gateward» se apoyaba menos sobre la lógica legal que sobre la lógica económica: «No puede hacerse ninguna mejora en los baldíos». Los jueces buscaban reducir los derechos de aprovechamiento a un equivalente en objetos o en metálico, introduciéndolos así en la moneda universal de las definiciones capitalistas de la propiedad. La propiedad debía hacerse palpable, librarse para el mercado de sus usos y sus circunstancias sociales, hacerse susceptible de setos y cercas, de ser poseída independientemente de cualquier entramado de costumbres o mutualidades. Con respecto a los derechos más importantes, e incluso entre los mayores y menores de estos derechos, la ley era imparcial: era sensible a la propiedad de cualquier grado. Lo que se aborrecía era la praxis sociológica indefinida, la *coincidencia* de un conjunto de derechos de aprovechamiento, de prácticas descosificadas. Y este derecho inglés, siguiendo los pasos de los Pilgrim Fathers (Padres Peregrinos) y de la John Company, intentó cosificar y transcribir, en términos de posesión de una propiedad palpable, las costumbres y usos de grupos enteros de gentes que habían heredado entramados comunales de carácter totalmente distinto.

Las consecuencias en estos casos fueron de gran alcance. La incidencia sobre el problema de la herencia en Inglaterra fue más sutil. Cualquier sistema de herencia impartible en un sistema agrario que ha dejado de expandirse debe estar sujeto a un delicado equilibrio demográfico. Los beneficios marginales del entramado no son diferenciables de los derechos de tenencia transmitidos. Cierta laxitud en la definición de los derechos de pastos, espigueo, hacer fuego, etc., puede contribuir al mantenimiento de los hijos que no heredan la tenencia, el ganado o las herramientas. Desaparecidos estos beneficios, la población sobrante puede quedar reducida a un proletariado desprovisto de tierras o expulsado como ratas de la comunidad. No es necesario proponer un modelo tipológico simple de un equilibrio «intercambiado»: un hijo heredero, una hija casada con un tenente o arrendador libre, quedando la mitad de un hijo o una hija para mantener.

Lo que tenemos que hacer es más bien tomar la totalidad del contexto conjuntamente: las costumbres de herencia, la realidad de lo que en efecto se heredaba, el carácter de la economía, los estatutos señoriales o reglamentación de los campos, las leyes de pobres. Si en los siglos xv y xvi los hijos menores heredaban en ocasiones animales o herramientas (pero no la tierra), debemos suponer que esperaban cierto acceso a la tierra. Si (como supongo) en los mismos siglos la reglamentación comunal agraria se apretó, excluyendo a los que no poseían tierra con ciertos derechos de pastoreo no reconocidos pero practicados, entonces lo que el «ocupante» heredaba mejoró en el mismo grado en que se degradaba lo que quedaba al hermano menor. El *yeoman* se benefició, pero era menos fácil para su hermano arreglárselas como labrador o artesano con unas cuantas ovejas y una vaca en el común. Se hace entonces importante la herencia de capital, pues tanto la tierra como los derechos de pastoreo del común aún pueden arrendarse.

En ciertas zonas, como los bosques, los beneficios marginales pueden ser lo suficientemente amplios como para proporcionar una subsistencia de varios tipos a muchos hermanos menores, e incluso a inmigrantes. Esto se da también en zonas donde los escasos ingresos agrarios pueden complementarse desarrollando industrias y oficios domésticos. Estas zonas, podría creerse, favorecían las prácticas de herencia partible, prácticas que no pueden deducirse del registro de la tenencia en un documento legal. Puede considerarse que el sucesor que recibe la tenencia (según la evidencia del testamento) actúa como fideicomisario de la viuda<sup>31</sup> o de los hijos cuyas porciones serán divididas «y repartidas por igual». <sup>32</sup> Pueden surgir formas mediante las cuales las vidas existentes<sup>33</sup> o con derecho a sucesión<sup>34</sup> registradas en el documento son ficticias. Las verdaderas prácticas hereditarias, como demuestran los testamentos, pueden ser completamente dispares de la costumbre repetida del señorío; e incluso en el caso de que la costumbre impusiera específicamente la indivisibilidad de la tenencia, se podía recurrir a subterfugios para evitar la costumbre.<sup>35</sup>

En Windsor Forest durante los primeros años del siglo xviii existe cierta evidencia de que se practicaba la herencia partible.<sup>36</sup> Percy Hatch, un *yeoman* de Winkfield, que poseía unos 70 acres (la mayor parte de libre arrendamiento), intentó en 1727 beneficiar a sus cuatro hijos y a una hija casada.<sup>37</sup>

En este caso (véase tabla), el hijo mayor está claramente favorecido, aunque los otros hijos recibieron una cantidad de dinero en compensación. El hijo segundo, a quien se encarga de la dote de su hermana, también está favorecido, pero entre el segundo, el tercero y el cuarto hay claramente cierta noción de igualdad. Once acres de tierra mala pueden parecer escasos para subsistir, pero Winkfield, una extensa parroquia en el corazón del

|                       | Habitación                                   | Tierra                                       | Muebles   | Dinero |
|-----------------------|--|--|---|--------|
| 1. <sup>er</sup> hijo | Caserío y casa de labor<br>«Sumerton»        | 27 1/2 acres y 4 lotes de tierra en el común | Horno<br>Plancha de ropa<br>Asador mayor<br>Molino de malta | —      |
| 2. <sup>o</sup> hijo  | Caserío y casa de labor<br>«Berkshire House» | Alrededor de 14 acres                        | —   | —      |
| 3. <sup>er</sup> hijo | —  | 11 acres                                     | —   | £30    |
| 4. <sup>o</sup> hijo  | —  | 11 acres                                     | Es albacea y tiene remanente de la propiedad                | £20    |
| Hija*                 | —  | —  | La mejor cómoda   | —      |

\* La hija estaba casada con un agricultor acomodado. Al segundo hijo correspondía pagar 60 libras al marido. Posiblemente ésta era la dote de ella, pero no está claro si este débito era parte o la totalidad de lo acordado.

bosque, disfrutaba de amplios derechos de pasto, tanto para ovejas como para ganado vacuno,<sup>38</sup> considerables derechos (si bien disputados) en las turberas y acceso a la leña así como a los hornos de cocción de ladrillos (¿quizá esto explique el horno?), y tenía algo de industria derivada del bosque. Había varias ramas de la familia Hatch en la parroquia, la más antigua de las cuales «desde tiempo inmemorial ha tenido una propiedad excelente y buenos intereses en la misma ...».<sup>39</sup> No conocemos el grado de parentesco de Percy Hatch con esta rama más antigua, pero cierto grado de parentesco probablemente proporcionaba cierto contexto social de respaldo en la lucha por la subsistencia del hijo menor, y sabemos por otros datos que los parroquianos de Winkfield defendían los derechos de su comunidad con la mayor energía.<sup>40</sup>

Gran parte de todo esto se basa en la deducción. Pero que fuera en un contexto como éste donde el entramado hereditario comunal era fuerte y donde los derechos marginales eran indefinidos y amplios, donde el *yeoman* podía arriesgarse a practicar la herencia partible sin condenar a sus hijos a la pobreza, puede poner algo más de carne sobre el hueso de la conjetura.

Por debajo de un mínimo determinado sería ridículo continuar partiendo: los agricultores (según la evidencia de un estudio local) no tenían tendencia a dividir su tierra.<sup>41</sup> Pero en el curso normal de la sucesión, las porciones no sólo serían divididas sino también —por matrimonio, muerte, legados de parientes sin hijos— reunidas: Percy Hatch tenía evidentemente dos propiedades distintas, una de las cuales («Sumerton») dejó intacta a su primogénito, y de la segunda («Berkshire House») separó porciones de tierra para su tercer y cuarto hijos.

Si ampliamos nuestros conocimientos de las regiones donde prevalecían tales prácticas «igualitarias», éstas pueden iluminar la relación de las costumbres hereditarias con la industrialización.<sup>42</sup> Pero en regiones de cultivo arable, en las cuales era difícil ampliar el aprovechamiento de la tierra, estas prácticas de «repartir por igual» habrían llevado al suicidio económico: la tenencia debía legarse como conjunto, con edificaciones, herramientas y ganado. El *yeoman* se veía entonces ante un dilema. Kierman no cree que el amor a la propiedad privada pueda considerarse una constante de la «naturaleza humana», y se podría estar de acuerdo con él. Pero al menos el deseo de garantizar las expectativas de los hijos —intentar proveerlos de un entramado que los sostuviera— ha tenido una larga existencia en la historia social. Es aquí donde son importantes los hallazgos de Spufford, pues parecen destacar que el *yeoman* quería transmitir a las generaciones venideras no sólo «tierra» (tenencias determinadas), sino también un estatus social a *todos* sus hijos. La nobleza y la *gentry* plasmaron con cuidado su propio entramado de transmisión mediante el mayorazgo y el contrato matrimonial. Este entramado no estaba al alcance del *yeoman*. Comerciantes y profesionales podrían formar un entramado monetario. El pequeño labrador también podía albergar esperanzas de hacer algo en este sentido, dejando en su testamento legados imponibles a su propiedad. En estos casos, el momento de la muerte era para el hombre de gran riesgo familiar financiero. M. K. Ashby, al estudiar la aldea de Bledington —donde la presencia señorial era escasa y que tenía un número alto de arrendadores libres— dedica una atención minuciosa a los testamentos de los labradores. Ella observa dos puntos de cambio. A principios del siglo XVII los testamentos de labradores y viudas indican aún «un mundo de vínculos y afectos familiares amplios, una valoración de las personas y también de objetos, bienes: los legados caritativos son frecuentes». Pero la propiedad mueble que se dona es poca cosa. «Después de 1675 la familia es reconocida como el grupo inmediato de padres e hijos, la caridad está ausente y el dinero cobra preeminencia, y en mayores cantidades.» El segundo cambio es una acentuación del primero: a principios del siglo XVIII, los agricultores

dejan sus propiedades gravadas con grandes legados monetarios a pagar por quienes heredan la tierra ... El modelo que se adopta ... es el del poseedor de grandes propiedades, en el cual, por ejemplo, el cabeza de familia mantiene a la viuda, hija e hijos menores con los ingresos de la tierra.<sup>43</sup>

Pero los desembolsos que deben hacer los herederos en ocasiones parecen poco realistas. Hay que hipotecar o incurrir en deudas para satisfacer los legados. Es posible que sea exactamente en esta práctica hereditaria donde haya que buscar el decreto de muerte del *yeoman* como clase. Intentaba proyectar hacia el exterior un entramado de legados con los cuales los hijos que no heredaban tierras o tenencias pudieran, sin embargo, mantener el estatus de *yeoman*. Al hacerlo retiraban un capital que podía servir para fertilizar su propia tierra. No todo él tenía que salir de la aldea: una parte se transmitiría, por medio de la parte correspondiente a la hija, a otra propiedad agrícola; es posible que algunos de los hermanos menores arrendaran la tierra o los derechos de pasto o se dedicaran a alguna artesanía local. Pero parece que la práctica de imponer legados al heredero (que tiene ciertas analogías con el *recall* francés) podría también haber sido una forma de desviar el capital del campo a la ciudad.

El intento de obligar al heredero a pagar grandes porciones —quizá aproximándose a una noción de «repartir a partes iguales»— le llevó no sólo a endeudarse, sino también a un tipo diferente de deuda vecinal que se encuentra con frecuencia en la comunidad agraria tradicional. Este pequeño endeudamiento vecinal era en sí un tipo de «intercambio» que tenía a menudo dimensiones sociales así como económicas; se intercambiaban préstamos entre parientes y vecinos, en ocasiones como parte de una reciprocidad de servicios. La nueva hipoteca arrastraba al hombre de pocos medios a un mercado monetario más extenso y más despiadado, completamente ajeno a su conocimiento. Un propietario señorial enterado que deseara recuperar alguna tenencia podía sacar provecho de esta misma situación concediendo y terminando hipotecas sobre sus propios *copyholds*: por estos medios llegó el St. Johns de Dogmersfield a perder una aldea en los años posteriores al South Sea Bubble y a convertir gran parte de la misma en un coto de ciervos.<sup>44</sup> En este caso, parte de los tenentes parecen haber recurrido a incendiar premeditadamente, disparar sobre el ganado y derribar árboles. Pero, hasta donde puede saberse, fueron víctimas no de una expropiación forzada sino de un proceso económico «justo», de buenos abogados y de la deuda creada por el Bubble.

El viejo entramado comunal había sido consumido por la ley y el dinero mucho antes del cerramiento: el cerramiento de campos en el siglo XVIII registró el final más que el auge de este proceso. Las tenencias



que hemos estado examinando pueden también considerarse como roles, funciones, como la posibilidad de acceso a los derechos de aprovechamiento, gobernados por reglas y expectativas comunales, así como por el derecho consuetudinario. Forman parte de un manojo indivisible, de un denso nexo socioeconómico. El intento de definirlos en la ley era en sí una abstracción de ese nexo. El que una práctica resulte ofensiva para la comunidad o el *homage* no procura un motivo decisivo, ni legal ni monetario, para que la práctica no continúe. Pero la opinión puede ser más efectiva de lo que creemos: en partes de Irlanda, en el siglo XVIII y principios del XIX, no existía motivo legal alguno para que el señor no expulsara a sus tenentes y arrendara más provechosamente a otros. El único problema es que el intendente podía recibir un balazo y las chozas de los nuevos tenentes ser incendiadas. En Hampshire, en 1711, fueron más educados. Cuando el dogmático y racional intendente del obispo Trelawny, el doctor Heron, mostró un celo y una rapacidad excesivos en la recolección de *herriats*\* a la muerte del tenente, fue expuesto a la increpación pública por parte del desolado hijo ante sus subalternos y forasteros. Esto no costó al intendente más que cierta pérdida de aplomo, pero debió entenderlo como una señal de peligro para que inhibiera sus acciones. Al no hacerlo, los tenentes y otros empleados episcopales cerraron filas frente a él y comenzó una agitación que forzó al obispo a sustituir a su intendente.<sup>45</sup>

Las pequeñas victorias de este tipo, en defensa de la práctica acostumbrada, se lograban aquí y allá. Pero la campaña en sí estaba perdida. (El siguiente intendente del obispo obtuvo prácticamente los mismos resultados con algo más de tacto y más cuidado en favorecer a sus empleados subordinados.) Pues en el manojo indivisible de las prácticas comunales, el capitalismo introduce su propio estilo de herencia partible. Se divorciaban los usos de los usuarios, la propiedad del ejercicio de las funciones. Pero, una vez que el manojo se separa en parte, lo que se hereda no es un equilibrio comunal, sino las propiedades de hombres determinados y grupos sociales determinados. Le Roy Ladurie habla de la partición igual según el valor de la tenencia como «igualitaria» y, si con esto no queremos significar más que la división en partes iguales, no hay por qué oponerse al término. Pero él se propone llevar la idea más lejos: «Esparciéndose progresivamente sobre el mundo rural, esta corriente de igualitarismo ... termina por sumergir todas las jerarquías de la sociedad ordenada». Sin embargo, nosotros hemos sugerido aquí que en ciertas partes de Inglaterra el deseo igualitario del *yeoman* de beneficiar en la medida de lo posible de igual for-

\* Entrega de la mejor bestia viva o res muerta de un tenente muerto debida por costumbre legal al señor del cual arrendaba la tierra. (*N. de las t.*)

ma a todos sus hijos acabó, mediante la multiplicación de hipotecas, sumergiéndose no la jerarquía de la sociedad ordenada, sino al *yeomanry* como clase. Quizá debiéramos recordar unas líneas de William Blake:

Is this thy soft Family Love  
 Thy cruel Patriarchal pride  
 Planting thy Family alone,  
 Destroying all the World beside.\*

Y añade Blake a esta insinuación de la misma lógica que hizo caer al *yeoman*:

And he who make his law a curse  
 By his own law shall surely die.\*\*

Pues habían sido estos mismos *copyholders*, ansiosos de mantener su estatus en la jerarquía rural, los que habían tenido un papel activo en los siglos anteriores en romper el manojo comunal, en redactar estatutos más rigurosos que beneficiaran al tenente de tierras y perjudicaran a los que no lo eran, en limitar los derechos marginales del entramado, en sacar los derechos de aprovechamiento al mercado.<sup>46</sup> En su preocupación como clase social de proteger sólo a su familia, prepararon los medios para su propia destrucción.

Quizá otra característica de la sociedad tradicional de tenentes se perdió *Free bench*\*\*\* o la propiedad de viudedad, que existía en muchos señoríos hasta el siglo XVIII, permitía una considerable presencia femenina. La tenencia femenina, como *free bench* o como derecho propio de la mujer, no prueba desde luego que las funciones agrarias y otras concomitantes fueran siempre ejecutadas por los tenentes; podía tomarse un subteniente o podía dejarse la propiedad al cuidado de un pariente masculino. Pero haríamos un juicio apresurado si diéramos por sentado que la mayoría de las tenencias femeninas lo eran sólo de forma ficticia. Esto no era con toda seguridad cierto en la cima social, que vio la formidable presencia de mujeres como Sarah, duquesa de Marlborough, o Ruperta Howe, que vigilaba el Alice Holt Forest. Y todos nos hemos topado con datos que indican que las mujeres de la clase *yeoman* desempeñaban su trabajo, a la cabeza de las unidades domésticas agrarias, con el mismo vigor. A comienzos del

\* Es así tu tierno amor familiar / Tu cruel orgullo patriarcal / que protege tan sólo a tu familia, / y destruye el mundo circundante.

\*\* Y el que de una maldición hace su ley / Por su misma ley es seguro que muera.

\*\*\* *Free bench*: la propiedad en tierras de *copyhold* que la esposa, desposada virgen, recibe después de la muerte de su marido a modo de viudedad, de acuerdo con las leyes del señorío. (N. de las t.)

siglo XVIII, un intendente del St. John's entró en una larga e inconclusa negociación con una tenente enfurecedora, cuyas evasivas la dejaban siempre en posesión de todas las cuestiones que se debatían: «Prefiero —escribió— negociar con tres hombres que con una mujer».<sup>47</sup>

El entramado establecido permitía en efecto la presencia de la mujer, aunque generalmente —pero necesariamente— a condición de viudez o soltería. Hubo siempre la idea —constante en el siglo XVIII— de que la continuidad de la tenencia familiar se consiguiera por línea masculina. El *free bench* se otorgaba casi siempre a condición de que no se volviera a casar, y también de llevar una vida casta; prohibición procedente no tanto del puritanismo como del temor a la influencia de otros hijos o a la malversación de la propiedad que podía realizar el padrastro. Cuando la viuda no perdía la tenencia en segundas nupcias, hay a veces indicios de que el señor, su intendente o el *homage* tenían cierto tipo de responsabilidades paternas de salvaguardar los derechos de los hijos. En 1635 un clérigo hizo una petición al St. John's en favor de los hijos de William Haddlesen. En este caso, el padre había legado su contrato de arrendamiento a los hijos, que no eran aún mayores de edad, y la viuda de Haddlesen

se había vuelto a casar muy desafortunadamente, tanto que, si el colegio no se instituye como amigo de los niños y arrienda en depósito a alguien para su aprovechamiento (pues no se puede confiar en su madre), es probable que los niños estén perdidos ...<sup>48</sup>

(Podríamos preguntarnos si eran casos de segundas nupcias como éste los que fueron el motivo preciso de cierta música escabrosa en Inglaterra y del *charivari* en Francia.)

Los señoríos tenían diferentes costumbres que dejaban margen para las flaquezas y para tratar circunstancias extraordinarias. Las costumbres «jocosas» de Enborne (Berks.) y Kilmersdon (Somerset) —y probablemente de otros lugares— no eran tan ridículas como parecen. En Enborne, si la mujer «comete incontinencia, pierde el derecho a su propiedad de viuda». Sin embargo, si después de esto asiste al primer tribunal celebrado en el *manor*, montada hacia atrás en un carnero negro, llevando la cola en la mano y dice las palabras siguientes, el intendente está obligado por la costumbre a readmitirla al *free bench*:

Here I am,  
Riding upon a Black Ram,  
Like a Whore as I am;  
And for my Crincum Crancum,

Have lost my Bincum Bancum;  
And for my Tail's game  
Am brought to this Worldly Shame,

Therefore good Mr Steward let me have my Lands again.\*

En Kilmersdon, el recitado que se exigía era más breve y la transgresora sólo tenía que montar a lomos del carnero:

For mine Arse' Fault I take this Pain,  
Therefore, my Lord, give me my Land again.<sup>49\*\*</sup>

En otras costumbres se establecen controles o ajustes más racionales.<sup>50</sup>

Un problema de las costumbres de los señoríos que se practicaban entre 1660 y 1800 es que sabemos bastante poco sobre la relación entre costumbre y práctica. Y esto se debe, primeramente, a que no nos hemos molestado en estudiarla. Los Webb observaban en 1908 que no existía un estudio extenso de los tribunales señoriales en el período 1689-1835,<sup>51</sup> y la situación sigue siendo hoy muy parecida. (El avance reciente de la historia agraria se ha dirigido inevitablemente a los sectores de la economía en desarrollo y orientados al mercado, antes que a los establecidos por la costumbre.) En el caso de las costumbres del señorío que regulaban la herencia, éstas entraban en vigor sólo cuando el tenente moría intestado y sin haber efectuado una transmisión previa, y era corriente que ésta se permitiera en el lecho de muerte, en presencia de dos tenentes dependientes, legando así la herencia al heredero. Por tanto la práctica hereditaria y la costumbre oral pudieron haberse separado desde antiguo. Pero existe otra dificultad de tipo diferente: es posible que las costumbres normalmente presentadas en una relación (por ejemplo, al advenimiento de un nuevo señor) sólo representaran una pequeña parte de las prácticas establecidas del *manor* no codificadas pero aceptadas. Esta parte no codificada habría quedado custodiada por la memoria del intendente o del *homage*, con el derecho de precedentes elaborado en los documentos judiciales como referencia. Sólo cuando nos hallamos ante un cuerpo fuerte de *copyholders* cuyas costumbres se han hecho inciertas como resultado de un señor agresivo o absentista, encontramos el intento de codificar estas leyes de precedentes en toda su densa particularidad social.<sup>52</sup>

\* Aquí estoy / a lomos de un carnero negro / como la puta que soy; / y por mi *crincum crancum*, / he perdido mi *bincum bancum*; / y por el juego de mi cola / me veo en este deshonrador mundano, / buen señor intendente, devuélvame mis tierras por lo tanto.

\*\* Por culpa de mi culo recibo este dolor; / por ello, dadme otra vez mis tierras, señor.

Probablemente la práctica de la propiedad de viuda o *free bench* se vea menos complicada por estas dificultades. Puesto que la viuda normalmente accedía a su *free bench* sin carga ninguna, esto constituía una prima en años a la tenencia existente. A menos que el marido tuviera un motivo determinado para hacer disposiciones alternativas, lo más probable es que dejara que el *free bench* se administrara de acuerdo con las costumbres del señorío; e incluso las más breves relaciones de costumbres del siglo XVIII cuidan normalmente de dejar clara la costumbre con respecto a este importante punto. La costumbre en este caso nos proporciona cierta orientación sobre la práctica.

Quizá la costumbre del *manor* llegara incluso a influir sobre la práctica aun fuera del sector consuetudinario. La costumbre de Waltham St. Lawrence (Berks.) vigente en 1735 concedía a la viuda *free bench* completo durante la viudez y lo que durara su vida en castidad. Si volviera a casarse o viviera sin castidad, retendría un tercio del valor relativo a la renta de la tenencia; esto es, se vuelve a un concepto anterior de bienes de viudedad.<sup>53</sup> Pero si hubiera tenido progenie anteriormente al matrimonio, no conservaba ni el *free bench* ni la porción.<sup>54</sup> Waltham St. Lawrence se encuentra en la misma centena que Warfield, y es interesante saber que un *yeoman* de Warfield, en 1721, legó ocho acres de *tierra en libre arrendamiento* a su viuda a perpetuidad, a condición de que no se consumiera la madera ni se arara la tierra; de romperse estas condiciones «mi voluntad es que desde ese momento no retenga de la misma más que su viudedad o tercios». <sup>55</sup> En el cercano Binfield, en Windsor Forest, el mismo año, otro *yeoman* dejó todas sus tierras y heredades a su esposa «para la duración de su vida natural si se mantiene viuda, pero si ocurriera que vuelve a casarse ... entonces sólo debe tener y disfrutar de los tercios desde entonces...». <sup>56</sup> Para algunos labradores de las zonas de bosque, la costumbre y la práctica con respecto al *free bench* parecen haber seguido líneas paralelas.

Las costumbres variaban de una región a otra y, en el interior de cada región, de un señorío a otro. Yo no puedo proporcionar más que una impresión fundamentada en una investigación limitada a dos o tres distritos. Aparentemente, hacia el siglo XVIII el *free bench* era una de las costumbres más firmes y generalizadas, aplicable tanto a los *copyholds* hereditarios como a las tenentes por vida; las diferencias entre los términos del derecho consuetudinario y el derecho común o entre la tenencia de tierras dependientes o pertenecientes al dominio señorial habrían generalmente caducado, y el *free bench* en general significaba la continuidad de la totalidad de la tenencia, no una porción de sus beneficios. Las costumbres reunidas en el *Treatise on copyholds* de Watkins (ed. 1825) no ofrecen una muestra sistemática, conteniendo las que llegaban al alcance del editor o eran enviadas

por corresponsales. La costumbre se registra a menudo en términos imprecisos: «la viuda tiene *free bench*», el señorío «no concede viudedad». Pero sea cual sea el valor de la colección, da información sobre el estatus de las viudas en unos 70 señoríos en términos que indican que la costumbre era aún más operativa, o al menos había sobrevivido, en el siglo XVIII.<sup>57</sup> De ellos, al menos 40 tienen *free bench* bien de por vida o por la duración de la viudez; 10 no tienen «bienes de viudedad», 10 tienen bienes de un tercio y uno de la mitad. Los señoríos que tenían *free bench* pertenecían a 15 condados (estando Worcestershire muy representado). Los que carecen de «viudedad» o porción pertenecen a seis condados, entre ellos Norfolk con la más alta representación, mientras que en Middlesex y Surrey es probable que la costumbre del *free bench* fuera débil allí donde la práctica de formas alternativas de seguridad —la *jointure* o tenencia de marido y mujer de mancomún con derecho absoluto del superviviente— era fuerte.<sup>58</sup>

Donde el *free bench* estaba garantizado, la principal diferencia entre unos y otros señoríos residía en la cuestión de su continuación o no después de segundas nupcias. En Mayfield (Sussex), la antigua distinción entre tenencia de *bond-land* (tierra dependiente) y *assert-land* (tierra por derecho) había sobrevivido; en el primer caso, la viuda mantenía la tenencia mientras durara su viudez (*yard-land widow*); en el segundo, de por vida (*assert-widow*).<sup>59</sup> En Littlecot (Wilts.), la viuda disfruta de plena viudedad y puede volver a casarse sin perder la tenencia, pero si es segunda esposa «sólo puede tener su viudez». <sup>60</sup> En Stoke Prior (Worcs.), la viuda disfruta de «una parte» de las tierras «y recibe sólo la renta del heredero si llegan a acordarlo», debiendo referir cualquier variación al *homage*.<sup>61</sup> En Balsall (Warws.) se concedía *free bench* a la viuda si era primera esposa, pero sólo una porción de un tercio de las rentas y beneficios si era segunda o tercera.<sup>62</sup> En Farnham, señorío con un *homage* fuerte, celoso de sus privilegios, en 1707 la costumbre estaba vigente con gran vigor y detalle, y se puede suponer que correspondía a la práctica en el sentido de que se conserva cierta codificación de los precedentes que habían aparecido ante los tribunales. En éstos, una «renuncia» (*surrender*)\* del marido (incluso a testamento) impide la legación de viudedad a la esposa: una estipulación esencial si la tierra iba a ser enajenable. Pero el marido podía, renunciando ante el tribunal o renunciando a su derecho a testamento, reservar, sin embargo, la vida de su esposa: es decir, proveerla de *free bench* con anterioridad a la siguiente reversión. Si renunciara sin hacer esta salvedad,

\* *Surrender*: renunciar a una propiedad en favor del que la tiene en reversión o remanente; especialmente, renunciar a una propiedad en *copyhold* en favor del señor del *manor*. (N. de las t.)

entonces la viuda «no tendrá ni condiciones de por vida ni propiedad de viuda; pero si él muriera sin renunciar ella tendrá propiedad de viuda si vive sola y castamente». <sup>63</sup> Y, por esta disposición adicional,

si ella aparece ante la siguiente sesión del tribunal posterior a la muerte de su marido y paga la mitad de la carga, se convierte en tenente de por vida, y puede volver a casarse sin perder el derecho a su propiedad.<sup>64</sup>

Estas costumbres divergentes reflejan distintas soluciones aportadas para enfocar el mismo problema insoluble. Por una parte se intenta proporcionar cierta seguridad a las viudas y quizá a los hijos menores de edad. Por otra, si el *copyhold* iba a ser verdaderamente enajenable no podía ofrecerse una seguridad absoluta. Además, en los casos en que se esperaba que la tenencia se transmitiera a los nietos, las segundas nupcias presentaban una amenaza a la línea accesoria. También esto requería una esmerada matización, alguna vez registrada en la costumbre. Nuevamente, las costumbres de Farnham de 1707 revelan una compleja codificación y una regulación sociológica. Cuando un tenente tenía una hija de una primera esposa y un hijo e hija de una segunda, la hija del segundo matrimonio tenía prioridad ante la del primero, incluso si el hijo (su hermano) hubiera muerto antes que el tenente y no hubiera tenido nunca acceso a la tenencia («aun así, su hermana de madre heredará la tierra ... como heredera de su hermano ... a pesar de su hermana mayor de la primera mujer ...»).<sup>65</sup> Es difícil aplicar la lógica cartesiana a esta solución. Tiene toda la apariencia de ser un ejemplo de ley de precedentes, decidida por el tribunal y añadida después a la relación de costumbres. Lo que parece destacarse aquí es la transmisión de la tenencia con la menor fricción familiar posible: seguramente la hija primera habría abandonado ya las tierras, la segunda esposa (ahora viuda) permanecería allí probablemente con su hija: ésta parece, pues, el heredero más «natural».

En cualquier caso, no es una costumbre sexualmente igualitaria la que estamos examinando. Todavía no se ha descubierto ninguna costumbre «jocosa» según la cual un viejo viudo fornicador tuviera que someterse a la pena de cabalgar hasta el tribunal a lomos de una cabra. Pero sí tenemos un área aceptada de presencia femenina, y ésta pudo ser efectiva y creativa y sentida de forma palpable por la comunidad agraria dependiente en cualquier época determinada.<sup>66</sup> Kerridge, que parece en ocasiones sostener una teoría conspiratoria de la tenencia, según la cual los tenentes dependientes están en constante búsqueda de nuevos modos de explotar a sus señores, tiene dudas sobre la moralidad de la práctica del *free bench*, que era

susceptible de abuso en un modo relajado y vergonzante, como en el caso de un parroquiano de edad avanzada y enfermo que tomó una esposa joven solamente para que ella o un tercer interesado pudieran disfrutar de la tenencia durante su esperada viudedad.<sup>67</sup>

Sin duda esto ocurría en alguna ocasión;<sup>68</sup> pero como observación general sobre el valor o las funciones del *free bench* el juicio es impropio. Es incluso posible que habituarse a esta activa presencia femenina en zonas de fuerte ocupación dependiente y de *yeoman* sirviera para modificar los papeles sexuales y las costumbres de herencia de forma más general, incluso fuera del sector dependiente.<sup>69</sup> Cuando he comparado los testamentos de *yeomen* y mercaderes de Berkshire con las costumbres de las parroquias de Berkshire en los años 1720 y 1730 no he observado indicio alguno en los primeros de parcialidad en contra de los parientes femeninos,<sup>70</sup> y en alguna ocasión cierta parcialidad en el sentido opuesto.<sup>71</sup> Cuando en 1721 el reverendo Thomas Power, párroco de Easthampstead (Berks.), intentó persuadir a su recalcitrante esposa de que firmara la cesión de ciertos caseríos colgándola de la ventana por una pierna y amenazándola con cortar la cuerda, lejos de conseguir el aplauso de la vecindad fue víctima por parte de ciertos galanes de la localidad de música escabrosa y de una ejecución fingida.<sup>72</sup> Pero esto es sin duda otro ejemplo de práctica «relajada y vergonzante».

También las tierras de libre arrendamiento podían por supuesto ser transmitidas a mujeres; y en efecto, se transmitían a viudas, hermanas, hijas y nietas. Pero si admitimos que entre 1660 y 1760 hubo un serio descenso en el número de *yeomen*, tanto libres como *copyholders*, se seguiría que también habría un descenso equivalente a la efectiva presencia femenina en el panorama agrario. En los casos en que las tierras salían de tenencia dependiente y se arrendaban otra vez *at will* (a voluntad), se arrendarían a hombres. Una tenencia *at will* no conllevaba la herencia de viudas: como máximo se permitía como un favor. Así se perdía la seguridad del entramado de la costumbre; y si el *yeoman* estaba a corta distancia de su decadencia secular, la *yeowoman* ya había sido informada de su desaparición.

Como última cuestión deseo volver a la diferencia entre la herencia familiar y la herencia de seguridad, estatus o poder de un grupo social, casta o clase. La primera depende generalmente de la segunda. Tenemos las prácticas hereditarias particulares de las familias, y el entramado, formado por el derecho, la costumbre y las expectativas, sobre el que operan estas prácticas. Y estos entramados difieren enormemente de un grupo social a otro. Lo que se está efectuando es la elaboración de reglas y prácticas mediante



las cuales ciertos grupos sociales proyectan hacia el futuro disposiciones y (como desearían) garantías de seguridad para sus hijos. Cooper ha examinado el entramado de los grandes. La clase adinerada tenía uno diferente, aunque formaba una malla compacta con el de la tierra. Pero el siglo XVIII tenía también un tercer entramado complementario para las clases poseedoras: el de la influencia, promoción en los cargos, compra de destinos, reversión de sinecuras, puestos dentro de la Iglesia y así sucesivamente. En este entramado de nepotismo e influencia, la posesión no lo era todo: había que complementarla con la continuidad de los intereses y las conexiones políticas apropiadas. Había que tener el puesto (o conseguirlo para el hijo) y mantener también la influencia para explotar la posición al máximo. Los padres se ocupaban de lo primero, el hijo debía entendérselas con lo segundo.

A todo lo largo del siglo XVIII, el entramado de intereses y promociones formó en todo momento un manojo de este tipo. Al lado de esta red, la pequeña *gentry* buscaba también asegurar el futuro de sus familias. Los papeles de los grandes protectores muestran la incesante actividad de los suplicantes en nombre de su parentela, en el intento de afirmar toda la estructura de Iglesia y Estado como una especie de garantía de su propia clase. Los reformadores de clase media, agrupados bajo la bandera de la «carrera abierta al talento», intentaban simultáneamente asegurar el futuro estatus de sus propios hijos sobre un entramado de cualificaciones educativas y exclusivismo profesional. Esto nos recuerda, además, que un grupo privilegiado podía —y puede aún— afirmar su propio entramado mientras intenta desgarrar el de otro. En el siglo XX, el zigzag de la política socialdemócrata y conservadora ha encendido con frecuencia rivalidades de este tipo. Pero en los siglos XVIII y XIX se llevaban a cabo luchas parecidas que quedarían ocultas si sólo tomáramos en consideración la herencia *post mortem*. Sabean parece, momentáneamente, haber permitido que se produjera esta ocultación cuando cita el caso de una aldea pobre del Sologne y concluye, a partir de los datos que le aporta, que «en ausencia de propiedad hay muy poca tendencia a desarrollar lazos extensos de parentesco». Desde luego, si falta tierra y propiedad mueble, ninguna de las dos puede transmitirse por herencia, ni tienen tampoco los pobres la posibilidad de «acordar una buena boda». Por tanto la generalización de Sabean puede aplicarse a cualquier economía campesina pobre. Pero incluso para el bracero rural desprovisto de tierra, y sin duda para el proletariado urbano, el punto crítico de la transmisión familiar no se produce *post mortem*, sino en el momento de proveer a los hijos con un «comienzo en la vida». Si deseamos examinar la herencia y la familia en el siglo XVIII entre el artesano urbano, debemos fijarnos no en los testamentos, sino en la reglamenta-

ción para el aprendizaje, las primas al mismo, y en los oficios en que se conservaba una fuerte tradición familiar, concediendo preferencia a hijos y parientes y limitando el número de aprendices.<sup>73</sup> Incluso entre los pobres rurales (sospechamos), el asunto de colocar al hijo en una buena propiedad y a la hija en el servicio de una buena casa suponía grandes esfuerzos y ansiedades y formaba parte del intento de transmitir a la generación venidera un estatus «respetable» en el debido lugar de las leyes de pobres. Y a comienzos del siglo XIX, recortando el aprendizaje, revocando el Estatuto de Artífices, los gobernantes de Inglaterra amenazaban el sistema hereditario del trabajador especializado, mientras que en 1834, al atacar todo el sistema de *out-relief*, amenazaron el único entramado de seguridad última conocido por los pobres.

Claro que no ha habido nunca ninguna garantía que asegurara a una familia en particular la inmunidad a los accidentes de la mutación. Siendo extraordinaria cierta continuidad en la aristocracia y las clases altas, son mucho más numerosos los casos de un giro descendente de la rueda de la fortuna. Como ha sostenido recientemente Raymond Williams, los muy literarios valores de la propiedad y el asiento territorial son los que, a menudo, defienden los nuevos ricos en su afán de ascender a los valores de esta posición. Penshurst, el tema del clásico poema de Ben Jonson sobre la vida en el campo, no levantado «con el dolor ni con la opresión de hombre alguno», era en realidad un señorío que había prescrito por mandamiento judicial y proscripción unos cincuenta años antes de que escribiera Jonson.<sup>74</sup> Otros poetas consideran la familia y su fortuna como ilustración de la mutabilidad:

And what if my descendants lose the flower  
Through natural declension of the soul,  
Through too much business with the passing hour,  
Through too much play, or marriage with a fool?  
May this laborious stair and this stark tower  
Become a roofless ruin that the owl  
May build in the cracked masonry and cry  
Her desolation to the desolate sky.\*

Para Yeats ninguna providencia podía detener la mutabilidad cíclica de todas las cosas:

\* ¿Y si mis descendientes perdieran la flor / Por natural declive del alma, / Por el mucho ocurrirse de la hora fugaz / Por demasiado juego, o boda con un simple? / Que esta ornada escalera y esta torre cabal / Se conviertan en ruina sin techumbre donde el búho / Construya en la resquebrajada piedra y grite / Su desolación al cielo desolado. (*N. de las t.*)

The Primum Mobile that fashioned us  
Has made the very owls in circles move...\*

Yeats subestimó ciertas pervivencias, y particularmente la extraordinaria longevidad de ciertos terratenientes corporativos: esas viejas y sabias lechuzas, Merton College y St. John's College de Cambridge, que han volado hasta nosotros directamente desde los siglos XII o XIII. Pero una simple observación (o una consulta breve a cualquier autoridad genealógica) confirma esta idea; como dicen las gentes de Yorkshire «from clogs to clogs in three generations» (de zuecos a zuecos en tres generaciones). Lo que esto pudiera ocultar es que independientemente de la elevación y la caída de las familias, los entramados hereditarios en sí han demostrado a menudo ser enormemente efectivos como vehículo de otro tipo de herencia corporativa: los medios por los cuales un grupo social ha extendido su tenencia histórica de estatus y privilegio. Todavía hoy nos preocupa, mientras administradores y abogados discurren nuevos *trusts*, nuevas compensaciones contra la inflación, creando sociedades de inversión con un apoyo en cada una de las cuatro esquinas del mundo capitalista. Pero hay que estar prevenido. Empezamos por examinar el sistema hereditario de determinadas familias pero, con el paso del tiempo, las fortunas familiares surgen y caen; lo que se hereda es la propiedad en sí, el recabo de los recursos de la sociedad futura, y es posible que el beneficiario sea, no un descendiente de una familia en particular, sino el descendiente histórico de la clase social a la que un día perteneció la familia.

De *Family and Inheritance*, ed. de Goody, Thirsk y Thompson (Cambridge, 1976), informe de un congreso de *Past and Present*. Estos comentarios surgidos en el curso del congreso están basados en diversos trabajos, algunos de ellos todavía pendientes de publicación. Para las zonas de bosque de Berkshire y el este de Hampshire, *Whigs and Hunters*, Londres, 1975; y para algunos otros aspectos de las costumbres del siglo XVIII, «Common Right and Enclosure», en *Customs in Common*. En cualquier caso, aquí se proponen muchos aspectos más como preguntas que requieren posteriores investigaciones que como conclusiones. Tengo una deuda de gratitud con Jeanette Neeson y con los editores y colaboradores de este volumen por haber leído el manuscrito de este comentario y por haberme enviado valiosas críticas, algunas de las cuales suscitan preguntas demasiado complejas para darles respuesta en el contexto de este estudio.

\* El *Primum Mobile* que nos ideó / Hizo que incluso el búho en círculos volara ... (N. de las t.)

## Notas

1. Puesto que mucha tierra en régimen de *copyhold* se subarrendaba a cambio de dinero, es muy posible que sea cierto que el arrendamiento en el siglo XVIII por rentas abusivas «hubiera desplazado en gran medida todos los demás tipos de tenencia» (Eric Kerridge, *Agrarian Problems in the Sixteenth-Century and After*, Londres, 1969, p. 46). Pero el número de tenentes dependientes ocupantes siguió siendo importante y no debemos perderlo de vista.
2. Utilizaré aquí el término «tenencia dependiente» en un sentido general (y sociológico) más que preciso (y legal). El *copyhold* no se atenía necesariamente de acuerdo a la costumbre del señorío, mientras que los arrendamientos pertenecientes al usufructo de la propiedad no eran, según las leyes, tenencias dependientes establecidas por la costumbre, aunque los señoríos de la Iglesia y los colegiados de hecho estaban sujetos con frecuencia a prácticas consuetudinarias. Véase Kerridge, *op. cit.*, cap. 2, para una lúcida discriminación entre formas de tenencia, que (sin embargo) otorga prioridad a las definiciones legales sobre las prácticas consuetudinarias.
3. Así, por ejemplo, el Court Baron de Uphaven (Wilts.), 20 de octubre de 1742; el *copyhold* de Rinaldo Monk de un *cottage* confiscado por el señor, habiendo sido aquél condenado por felonía y desahuciado; PRO, T.S. 19.3. La confiscación por desperdicio (a menudo arreglada mediante el pago de una multa) es más corriente.
4. En un *copyhold* hereditario, incluso las cargas no especificadas deben ser «razonables»; definición ésta que quedó establecida por la ley en las rentas «mejoradas» alrededor de dos años. Pero un *copyhold* a voluntad del señor no limitaba las cargas con esta racionalidad legal; R. B. Fisher, *A Practical Treatise on Copyhold Tenure*, Londres, 1794, pp. 81-82, 90. En tales casos, la renta mejorada de seis o siete años podía cobrarse: «la única alternativa que queda al tenente es pagar la carga o dejar que la propiedad se pierda».
5. R. B. Fisher, que era intendente del Magdalen College, afirmaba escribir a partir del conocimiento práctico de usos señoriales en numerosas partes del país: Coke había escrito sólo sobre «*copyholds* puros y auténticos», pero «en este momento hay a cierta especie bastarda ... una tenencia en *copyhold*», es decir; *copyhold* vitalicio que podía encontrarse «en múltiples señoríos del reino». Hasta qué punto era esta «especie bastarda» una creación reciente, hasta qué punto indicaba una degeneración del *copyhold* «puro», es cosa que sólo podría saberse con muchos estudios locales; *ibid.*, pp. 14-15, 90.
6. Charles Watkins, *A Treatise on Copyholds*, 1825<sup>4</sup>, II, pp. 549-550. Es difícil fechar las costumbres reunidas por el editor de Watkins para las 100 páginas del apéndice III de la 4.ª edición. Algunas de las costumbres citadas datan del siglo XVII o de antes, pero otras, incluyendo la mayor parte de las costumbres de Worcestershire, parecen haber sido enviadas por un corresponsal en un intento de describir prácticas contemporáneas o muy recientes.
7. *Ibid.*, II, p. 553. En Tebberton la costumbre, según fue presentada en 1649, era: «El señor siempre ha solido otorgar el *copyhold* por tres vidas en posesión y tres en reversión», siendo las cargas arbitrarias; pero el corresponsal de Watkins observa que «últimamente el señor ha concedido sólo dos vidas en posesión y dos en reversión, que no supone un ataque a la antigua costumbre, puesto que las concesiones se hacen enteramente a placer del señor». Un comentario sobre el caso de Broadwas quizá generalice la experiencia de inseguridad en cierto número de señoríos de Worcestershire: «Estas tenencias serviles son inadecuadas en la época actual; y causan mala voluntad hacia los señores e intranquilidad a muchos hombres honrados»; *ibid.*, II, pp. 546, 564. Es interesante observar que el único ejemplo de malos tratos de un *copyholder* que Kerridge, después de sus amplias investigaciones, puede confirmar como al menos «una alegación que encontró cierto apo-

- yo», se refiere a tenentes del Deán y del Cabildo de la catedral de Worcester que fueron forzados, a principios del siglo XVII, a aceptar arrendamientos por años en lugar de *copyholds* hereditarios; Kerridge, *op. cit.*, p. 83.
8. H. F. Howard, *An Account of the Finances of St. John's College, Cambridge, 1511-1926*, Cambridge, 1935, p. 47.
  9. Véase también R. F. Scott, *Notes from the Records of St. John's, Cambridge*, Segunda Serie, XIV (1899-1906), el cual calcula que la carga usual de «renuncias» y renovaciones en el siglo XVII era un año de renta bruta o ampliada; esto aumentó a lo largo del siglo XVIII a uno y cuarto, uno y medio, y después a dos años. Véase también W. S. Powell, en *Eagle*, St. John's College, XX, n.º 115 (marzo de 1898). Hacia el siglo XIX la carga era generalmente el 2,6 del valor bruto de los arrendamientos; St. John's College, Cambridge, Calendario de Archivos, cajón 100 (70): declaración del tesorero mayor en Audit para 1893. Estoy en deuda con el *master* y los *fellows* del St. John's por haberme permitido consultar su calendario y archivos, y con el bibliotecario y el archivero por su ayuda.
  10. Anón., *Reasons for a Law to oblige Spiritual Persons and Badies Politick to Renew their Leases for Customary and Reasonable Fines*, Londres, s. f. (c. 1736).
  11. O así se presenta en *Whigs and Hunters* (Londres, 1975), cap. 4, *passim*. La Iglesia parece haber introducido nuevas tablas para la estimación de las cargas, calculadas de acuerdo con el interés de la inversión de capital, la edad de la vida vigente, el número de años pasados desde la última renovación, etc., en algún momento entre 1715 y 1720. La reglamentación exigía el valor de la renta ampliada de un año y medio para la renovación de los arrendamientos de veintitún años, y así en proporción para años más o menos completos; y en arrendamientos vitalicios se insistirá en el valor de dos años por cada vida completa, y donde dos son nulas en proporción, o (preferiblemente) la conversión de un arrendamiento de tres vidas en uno de veintitún años. Estas tablas, conocidas como «las Tablas de sir Isaac Newton», crearon un gran resentimiento entre los tenentes: aumentaban las cargas, sustituían la negociación personal y flexible con un *standard* uniforme racionalizado y sobre todo desestimaban la pretensión de los tenentes de haberse establecido hace mucho tiempo en tenencias que eran en efecto «de costumbre», hereditarias y sujetas (como los *copyholds*) a una carga definida. Véase St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 109 (38): «Reglas acordadas por la iglesia de Canterbury en su Audit 1720, según las tablas de sir I. Newton, permitiendo así a sus tenentes un 9 por 100 que ya les parece favor suficiente»; también C. Trimmell a W. Wake, 4 de julio de 1720, Christ Church College Library, Oxford, Arch. Wake Epist. XXI. Para el caso de los tenentes (algunos de los cuales tenían propiedades extensas), *Reasons for a Law*, *cit. supra*, nota 10; «Everard Fleetwood» (Samuel Burroughs), *An Enquiry into the Customary-Estates and Tenant-Rights of those who hold Lands of Church and other Foundations*, Londres, 1731. Para el caso de Iglesia y colegios, véase entre otros, Anón., *Tables for Renewing and Purchasing of Cathedral Churches and Colleges*, Londres, 1731.
  12. John Aldridge, 27 de octubre de 1726, St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 109 (185). Para otras protestas por la subida de las cargas, todas de 1725, véase *ibid.*, cajón 109 (80), (84), (92), (99).
  13. Esto fue reconocido por los propios defensores del colegio. Así, por ejemplo, *Tables for Renewing...*, p. 55, aceptó que los arrendamientos «por un considerable período de años», y razonablemente renovables, eran convenientes para ambas partes «porque los hombres de letras y los cuerpos corporativos no pueden administrar sus posesiones tan bien como personas laicas o solas, si las mantienen en sus propias manos o las arriendan a rentas abusivas», especialmente cuando estas propiedades eran distantes. En tales circunstancias un buen tenente podía ser tan favorecido como si actuara como intendente del colegio: así, Mr. John Barber fue registrado como tenente del *manor* de Broomhall en Sunninghill (Berks.) en 1719; estuvo en posesión mucho tiempo, y cuando hubo una gran tala de árboles en el

- manor* en 1766 se decidió que «si la venta de la madera satisface nuestras expectativas [nos proponemos] hacerle un regalo de 50 guineas por el cuidado que ha tenido de ella». La venta excedió las expectativas y el regalo de Barber se incrementó a 100 libras; Archivos de St. John's College, «Old Dividend and Fine Book», p. 66; *Conclusion Book*, I, pp. 176-178.
14. Howard, *Finances of St. John's College*, pp. 71-72.
  15. Rev. T. Longland al tesorero mayor, 27 de noviembre de 1683, St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 86 (62).
  16. Joan Lingard (una teniente de Staveley) al *master*, *ibid.*, cajón 94 (25). El colegio tenía ciertas propiedades provenientes de regalos o compras en las que se aplicaba el *copyhold* (más que los arrendamientos *beneficial*).
  17. Robert Pain al *master*, 26 de octubre de 1630, *ibid.*, cajón 94 (52). El teniente en cuestión tenía tierras en Paxton Magna (Hunts.).
  18. George Davies, 3 de julio de 1725, *ibid.*, cajón 109 (96), en relación con unos cuantos tenientes de Marfleet (Yorks.): «Soy de la opinión que será mejor para el colegio no renovar sino tomar las posesiones, al expirar, en sus propias manos».
  19. El colegio no llegó finalmente a la decisión de terminar con el sistema de arrendamientos *beneficial* hasta 1851. Los miembros sufrieron la pérdida de ingresos de las cargas en el decenio de 1850, pero se beneficiaron considerablemente del aumento de los ingresos por las rentas señoriales o económicas a partir de mediados de la década de 1860; «Statement of the Senior Bursar at Audit for 1893», *ibid.*, cajón 100 (70).
  20. John Blackburne a Charles Head, 27 de agosto de 1700, *ibid.*, cajón 94 (284). Este *manor* había llegado a manos del colegio como regalo de la duquesa de Somerset; Howard, *Finances of St. John's College*, pp. 98-99.
  21. Véase mi *Whigs and Hunters*, *passim*.
  22. Así, se decía que los firmantes de una petición contra el cerramiento de campos del común en Hooknortorf en 1773 eran «los más pequeños propietarios que tienen ahora la oportunidad de cometer transgresiones en las propiedades de sus vecinos con sus ovejas, lo cual no puede evitarse totalmente en un campo tan grande»; R. Bignall, 10 de enero de 1773, Bodleian Library, MS Oxford, Archd., Papers, Berks, b. 5.
  23. Kerridge, *Agrarian Problems...*, p. 93.
  24. 6 Co. Rep. 59b. Como observara lord Eversley, debemos tener cuidado para no confundir una decisión legal de significado general con la adopción general en la práctica: «Mientras que ... un común permanecía abierto y sin cerramiento, la decisión del caso Gateward no afectaba prácticamente a la posición de los habitantes ... [los cuales] continuaron ejerciendo el aprovechamiento acostumbrado de turberas, madera o pastos»; lord Eversley, *Common, Forest and Footpaths*, ed. rev., Londres, 1910, pp. 10-12.
  25. Para un caso no excepcional, véanse las costumbres afirmadas en el *manor* de Warfield en el Windsor Forest durante la confección de la relación de 1735: todo «tenente y habitante» tiene derecho común de pastos en todos los comunes y baldíos para todo tipo de bestia «tanto sin límite de número, como sin restricción de estación o época del año». También se reclamaron derechos a sacar limo y arena (cortar matorral, helecho y tojo «sin permiso, licencia o molestia alguna»). Sólo la parte de esta pretensión que se encuentra entre paréntesis recibió objeción del intendente como innovación con respecto a los viejos libros de relaciones; Berkshire Rec. Off. D/EN M 73/1. Para las prácticas en la generalidad del área, véase *Whigs and Hunters*, pp. 32, 239-240.
  26. En los pobres terrenos del Windsor Forest (incluido en el Blackheath Country) y del New Forest dominaba el labrador familiar, «en gran medida en agricultura de subsistencia en una tierra que trabajadores y caballeros propietarios consideran inútil para sus propósitos»; E. Kerridge, *The Farmers of Old England*, Londres, 1973, p. 81. En el caso del Forest of Dean, los Mineros Libres fueron muy afortunados de que sus antiguos usos *no* fueran cuestionados por la ley en el siglo XVIII, puesto que casi con se-

guridad habrían sido anulados, según el espíritu del caso *Gateward*; Lord Eversley, *op. cit.*, pp. 178-179.

27. Correspondencia del Deán y Cabildo de Ely con Warren, 2 Atk. 189-190.
28. Correspondencia Selby-Robinson, 2 T.R. 759.
29. Es cierto que el derecho estaba controlado y regulado (como todos los derechos del común) y a menudo limitado a categorías particulares de personas; los más jóvenes, los ancianos, los decrepitos, etc.; W. O. Ault, *Open-Field Farming in Medieval England*, Londres, 1972, pp. 29-32. Ault parece poner en cuestión a Blackstone por aceptar que el espigueo fuera un derecho de «los pobres» por «el derecho común y la costumbre de Inglaterra»; *Commentaries*, 1772, III, p. 212. Pero no habría preocupado a Blackstone de haberse enterado de que no hay referencia a este derecho en los estatutos del siglo XIII, «ni hay una sola mención de los pobres como practicantes del espigueo». La costumbre no se basaba en orígenes supuestos, sino que quedaba fijada en el derecho común mediante cuatro criterios: antigüedad, continuidad, certidumbre y razón, y «las costumbres deben construirse de acuerdo con su comprensión vulgar, pues las costumbres crecen, y son alimentadas y criadas entre gentes laicas»; S. C. [S. Carter], *Lex Custumaria: Or a Treatise of Copy-Hold Estates*, Londres, 1701, pp. 27-29. Según estos criterios, el espigueo de los pobres tenía mayor antigüedad, igual continuidad, certeza y racionalidad que la mayoría de las tenencias dependientes «de costumbre».
30. Blackstone, *op. cit.*, I, sección 1.
31. La forma puede observarse en el *manor* de Barrington-in-Thriplow: Benjamin Wedd es admitido (11 de noviembre de 1756) de acuerdo con el uso del testamento de su suegro muerto; en el testamento es encargado de pagar una anualidad de 60 libras a su suegra; St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 99 (214). Tales prácticas estaban, desde luego, muy extendidas.
32. La forma puede observarse en el testamento de William Cooke de East Hendred (Berks.), probat. 7 de septiembre de 1728, que dejó dos hijos y dos hijas. Después de pequeños legados monetarios, el remanente de su posesión fue dejado a sus hermanos Thomas y Edmund Cooke, como fideicomisarios para dividirlo todo entre todos sus hijos «a partes iguales». Las vidas de sus hermanos «están en la copia del documento judicial por el cual tengo mi *copyhold*», pero los hermanos están obligados a dedicar todas las rentas y beneficios a los usos mencionados y a distribuirlos entre los hijos «a partes iguales»; Bodleian Library, MS Wills Berks. 20, p. 48.
33. Esta forma se utilizaba especialmente en los *copyholds* vitalicios, con dos o tres vidas vigentes, otras en reversión: una o más de las vidas existentes se insertaban como fideicomisos de los tenentes reales, como seguridad de que la tenencia pasara a sus herederos; en alguna ocasión el tenente real, que pagaba las cargas de acceso, ni siquiera aparecía en el documento legal; véase R. B. Fisher, *op. cit.*, pp. 15-16.
34. La forma puede observarse en el testamento de Timothy Lyford de Drayton (Berks.) probat. 5 de diciembre de 1725: «Mientras que mi hija Elizabeth Cowdrey es la primera reversión mencionada en mi propiedad de *copyhold* de Sutton Cortney, mi voluntad es que el dicho *copyhold* vuelva a manos del señor del *manor* para realizar una cierta obligación acordada al propósito para que mi hija Jane, esposa de John Chear, sea admitida como tenente desde ese momento y para su vida y tantas otras vidas como pueda acordar»; Bodleian Library, MS Will Berks. 19, p. 239.
35. Como en Knaresborough, donde «era posible ... que un hombre con más de un hijo hiciera provisiones para los hijos menores transfiriendo el título de parte de su tierra a éstos durante su vida, recibiendo a cambio un interés vitalicio»; *A History of Harrogate and Knaresborough*, ed. Bernard Jennings, Huddersfield, 1970, pp. 80, 178-179.
36. Cuando digo «cierta evidencia», quiero decir que cierta evidencia ha llegado hasta mis manos mientras trabajaba en otras cuestiones. Puede haber (o no haber) una gran canti-

- dad de evidencia. La impresión que estas páginas ofrecen no pretende sustituir una investigación sistemática que no he llevado a cabo.
37. Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, pp. 338-339.
  38. La hija de Percy Hatch estaba casada con William Lyford. Éste podía ser el mismo William Lyford que fue presentado en el tribunal de Windsor Forest Swanimote en 1717 por *staffherding* ovejas en el bosque; PRO, LR, 3.3. «*Staffherding*» (acompañar a las ovejas al bosque con un pastor) constituía un delito, pues asustaba a los ciervos y lograba así los mejores pastos para las ovejas; si se les dejaba competir libremente, los ciervos imponían su propia prioridad.
  39. Reverendo Will Waterson, Memorandum Book, I, Ranelagh School, Bracknell, Berks.
  40. Véase *Whigs and Hunters*, parte I, *passim*. Winkfield era el epicentro del «*Blacking*» del bosque en la década de 1720.
  41. J. A. Johnston, «The Probate Inventories and Wills of Worcestershire Parish, 1676-1775», *Midland History*, I, n.º 1 (primavera de 1971), pp. 20-33. El autor aprecia que todos los agricultores «mostraban inclinación a conservar sus posesiones intactas, dejando todas sus tierras al hijo mayor»; también «favorecían a sus parientes masculinos ajenos a la familia inmediata». Ningún otro grupo social mostraba tal rigidez de costumbres ni insistencia en la primogenitura: de 87 terratenientes, 36 dejaron su tierra intacta a un solo heredero, y los restantes 51 dejaron su tierra a 122 nuevos propietarios. La parroquia en cuestión (Powick) está a sólo dos millas de Worcester: tierra rica con posibilidades de explotación de lácteos, frutales y algo de cría caballar. Posiblemente éste fuera otro tipo de régimen en el cual era viable la herencia partible.
  42. Bernard Jennings me informa de que, en un extenso señorío de Wakefield, la práctica de la herencia partible se continuó de forma análoga a la de Knaresborough (*supra*, nota 41). Sus investigaciones, con la colaboración de clases extramuros, han demostrado que existe una coincidencia entre esta práctica y la densidad de telares en distintos distritos del West Riding: es decir, donde las tenencias eran demasiado pequeñas para proporcionar la subsistencia, esto se convirtió en un incentivo para el desarrollo de la industria doméstica (hilado y tejido), en primer lugar como ingresos suplementarios. Esperamos con interés la publicación de estos hallazgos.
  43. M. K. Ashby, *The Changing English Village: A History of Bledington*, Kington, 1974, pp. 162-164, 194-195.
  44. Véase *Whigs and Hunters*, pp. 106-108.
  45. *Ibid.*, pp. 125-133, y «Articles against Heron» y la respuesta de Heron (Hants. Rec. Off.). La respuesta de Heron se lamenta de que «en Waltham Court, sin previo aviso, el hijo de la viuda fue introducido en la sala donde cenábamos (con ciertos clérigos y extraños, conocidos por el Sr. Kerby, todos desconocidos para mí) para desafiarme públicamente por apropiación indebida». Esa confrontación fue ideada por Kerby, el intendente y rival de Heron.
  46. Intento dar validez a estas generalizaciones en «Common Right and Enclosure», *Customs in Common*.
  47. St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 109 (16). Pero la señora Allen, que había sobrevivido a dos maridos y había rechazado las deudas de ambos —«una mujer muy lista e interesada»—, puede ser atípica y puede ofrecer evidencia a favor de la opinión de Le Roy Ladurie: puesto que resulta haber sido una «descarada francesa», y «una francesa irresponsable con respecto a todo el mundo»; *ibid.*, cajón 198 (7), (13), (14).
  48. El reverendo Richard Perrot al Colegio, pidiendo en nombre de un teniente dependiente de Marfleet (Yorks.), 2 de febrero de 1635; *ibid.*, telón 94 (289). El tribunal señorial de Farnham también tuvo un cuidado excepcional en la vigilancia de los intereses de los huérfanos. «Es un punto principal en el tribunal de este señorío y que debe recordarse» que, si un teniente dejaba un huérfano menor de edad, «entonces el pariente más próximo y



más lejano de sus tierras tendrá la tutoría y será guardián de este heredero hasta que llegue a la edad de 14 años», cuando puede ya elegir su propio tenente para trabajar la tierra. El tutor pagará los gastos y educación del menor, y rendirá cuentas al mismo por el resto. Pero si la persona asignada para tutor «es inepta por defecto de naturaleza o de otro origen», entonces el tribunal, con consentimiento del *homage*, podía nombrar otro tutor. Por «pariente más próximo y más lejano de sus tierras» yo entiendo el pariente más próximo que no estuviera al mismo tiempo en la línea directa de herencia: por ejemplo, un tío o una tía por parte de la madre; Farnham Custom Roll, 1707, Dean and Chapter Archives, Winchester Cathedral Library. Comparar con la costumbre del cercano Woking: «Si un tenente *copyholder* muriera siendo su heredero menor de edad, la custodia del cuerpo y la tierra de este heredero será encomendada por el señor al pariente más cercano del heredero al cual no pueda pasar la tierra, siendo el mismo persona capacitada...»; Watkins, *op. cit.*, II, p. 559.

49. De la obra de Thomas Blount, *Fragmenta Antiquitatis; Or Antient Tenures of Land, and Jocular Customs of Some Manors*, ed. de Josiah Beckwith, York, 1784, pp. 265-266. Una costumbre similar se decía que había existido en Tor (Devon).
50. En Balsall (Warwks.) la costumbre presentada en 1657 incluía esta salvedad: «Si un heredero femenino, con posesión de *copyhold*, por falta de gracia cometiera fornicación o quedara embarazada, no perdía la propiedad, pero debía aparecer ante el tribunal del señor» y «pagar una multa de cinco chelines»; si una viuda cometiera fornicación o adulterio «pierde su propiedad para toda su vida, hasta que acuerde con el señor una multa que se la devuelva»; Watkins, *op. cit.*, II, p. 576. Es dudoso que estas costumbres fueran o no efectivas en el siglo XVIII, de no ser en ocasiones extraordinarias; sin embargo, en 1809 lord Ellenborough, C. J. se pronunció a favor del demandante, expulsando así a una viuda de su tenencia (tenente de lord Lonsdale en Westmorland) que había roto con la costumbre de tenencia durante «su casta viudez» teniendo un hijo; pero un testigo sólo pudo citar un único caso precedente en el señorío en los sesenta años anteriores (en 1753), y en aquel caso la viuda había muerto antes de que se tratara el caso; correspondencia William Askew-Agnes Askew, 10 East. 520.
51. S & B. Webb, *The Manor and the Borough*, Londres, 1908, p. 11.
52. Un excelente ejemplo de esto se encuentra en las costumbres de Farnham de 1707. Existía aquí un fuerte cuerpo de tenentes que prosperaban mediante el cultivo de lúpulo y exigían la seguridad de la tenencia de servicio, pero que sufrían por la inseguridad de ser un señorío eclesiástico (del obispo de Winchester). El *homage* sabía las costumbres con excepcional detalle y precisión debido a las continuas disputas con sucesivos obispos y sus agentes: «Cada nuevo señor trae consigo un nuevo procurador que para su ganancia personal rompe la costumbre y a menudo la destruye...». Mrs. Elfrida Manning del Farnham Museum Society ha descubierto recientemente una relación de costumbres (*Custumal*) de Farnham casi idéntico de la década de 1670.
53. Los bienes de viudedad en el derecho consuetudinario eran definidos como una porción, y la costumbre de que la esposa había de recibir la totalidad como *free bench* es contraria a la máxima del derecho consuetudinario: pero la costumbre de cada señorío se daba por buena y pasaba por encima de la ley consuetudinaria; S. Carter, *op. cit.*, p. 34. Así consta en un libro de texto de 1701. En la década de 1790 los términos *free bench* y bienes de viudedad (*dower*) eran usados a menudo indiscriminadamente, aunque diferían: «El *free bench* es la herencia de una mujer viuda en tierras adquiridas en propiedad por el difunto marido pero no durante el tiempo en que hubieran estado unidos en matrimonio, mientras que los bienes de viudedad son la herencia por la viuda de todas las tierras adquiridas por el marido mientras estuvo en vigor el vínculo matrimonial»; R. B. Fisher, *op. cit.*, p. 26; cit. 2 Atk. 525.
54. Relación y costumbres de Waltham St. Lawrence, noviembre de 1735, Berks. Rec. Off. D/EN M 82/A/1.

55. Testamento de Richard Simmons, probat. 21 de abril de 1721, Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, p. 100.
56. Testamento de Thomas Punter, probat. 21 de abril de 1721, *ibid.*, p. 97. Pero las costumbres de la zona de bosque cambiaban de parroquia a parroquia: en la vecina parroquia de Winkfield parece que la viuda podía contraer nuevas nupcias y su marido disfrutar de su propiedad por derecho de ella durante su vida, aunque sujeto a provisiones restrictivas contra el desperdicio; Rev. Will Waterson, Memorandum Book, pp. 362, 365; Escuela de Ranelagh, Bracknell, Berks.
57. He excluido de esta «muestra» algunas costumbres que evidentemente se remontan a los primeros años del siglo XVII o antes, pero otras pudieron perfectamente resultar obsoletas.
58. Watkins, *op. cit.*, II, pp. 477-576. El norte y el norte de los Midlands están muy poco representados en esta colección.
59. *Ibid.*, II, pp. 501-502.
60. *Ibid.*, II, p. 498.
61. *Ibid.*, II, pp. 552-553.
62. *Ibid.*, II, p. 575.
63. Farnham Custom Roll, 1707, Biblioteca de la Catedral de Winchester.
64. Esta última disposición es citada por Watkins, *op. cit.*, I, p. 552, e indica una cierta modificación y clarificación con respecto a las costumbres de 1707.
65. Farnham Custom Roll, 1707, *loc. cit.*
66. El efecto del *free bench* en el fortalecimiento de la presencia femenina en la comunidad agraria de la sociedad medieval tardía es analizado por Rodney Hilton, *The English Peasantry in the Later Middle Ages*, Londres, 1975, cap. VI, esp. pp. 98-101. Muchos de sus comentarios son apropiados quizá para los distritos que en el siglo XVIII mantenían una tradición de ocupación «de costumbre» por parte de los *yeomen*: para un ejemplo de tenencia femenina fuerte, véase Matthew Imber, *The Case, or an Abstract of the Custom of the Manor of Mardon in the Parish of Hursley*, Londres, 1707; en este señorío de Hampshire, cuyas costumbres eran las municipales inglesas, más del 20 por 100 (11 de 52) de los *copyholders* eran mujeres.
67. Kerridge, *op. cit.*, p. 83.
68. Según la costumbre de Berkeley (Glos.) «el matrimonio *in extremis* no proporciona *free bench*»; Watkins, *op. cit.*, II, p. 479.
69. En la parroquia de Winkfield, el duque de Ranelagh fundó una escuela de caridad para 40 niños pobres. El reverendo Will Waterson, rector de Winkfield, fue también maestro de la escuela durante más de treinta años. Admitía en ella a las hijas así como a los hijos de los «pobres» de la parroquia, pero observaba: «Es muy deseable que las muchachas no lleguen a aprender nada que no sea requisito para un criado corriente, y que sean empleadas en hilar y hacer su propia ropa y la de los muchachos ... El trabajo refinado ... sólo sirve para hincharlas de arrogancia y vanidad, y para hacerles despreciar y rechazar los lugares para los cuales deben principalmente prepararse». Pero Waterson, que escribía hacia el final de su vida, había llegado a sentirse desilusionado y a la defensiva frente a la acusación de que «las escuelas de caridad son criaderos de rebelión, y descalifican a los chicos pobres para las tareas del campo ... para las cuales están más solicitados». Para los muchachos también observaba: «El arado debe proporcionarles su trabajo, o no harán nada»; pero él parece haber ofrecido concienzudamente a los chicos de ambos sexos una instrucción elemental en letras y números; Waterson MS, Reading Ref. Lib. BOR/D. Las partes citadas fueron quizá escritas a principios de la década de 1740.
70. Entre los testamentos de *yeomen* y labradores de Berkshire de esta época se encuentra con frecuencia evidencia de cierta atención a los intereses de los herederos femeninos. Así Robert Dee de Winkfield, *yeoman* (probat. 10 de abril de 1730), dejó dos parcelas de tie-

rra, una de 16 acres y medio y la otra 2 acres y medio: la parcela mayor se legó a su nieto, juntamente con casa y muebles, la más pequeña a su nieta, pero (en compensación) el nieto debía recibir también 100 libras, y la nieta 200. Entre tenentes libres, mercaderes, etc., existe cierta evidencia de costumbres igualitarias de herencia; así Joseph Collier (probat. 12 de julio de 1737), un *yeoman* de Reading que poseía ciertas heredades y molinos: todos fueron legados a su hermano como fideicomiso para vender y distribuir «a partes iguales» entre seis hijos (cuatro hijas —todas casadas— y dos hijos); en el caso de Mary Maynard (probat. 20 de mayo de 1736), viuda de un carretero de Reading —negocio que ella había continuado—, la propiedad debía ser valorada y distribuida «a partes iguales» entre seis hijos (tres de cada sexo) al alcanzar cada uno de ellos la edad de veintiún años: los dos hijos mayores (un hijo y una hija) debían actuar como albaceas, pero la hija perdía su función al casarse; Bodleian Library, MS Wills Berks. 20, p. 117; 21, p. 113, p. 72 verso.

71. Así el testamento de William Towsey, *yeoman*, de Letcombe Regis, probat. 22 de agosto de 1722, dejando a su hija Ann Hawks 50 libras «para su propio e independiente uso y disposición totalmente exentas del poder y la intervención de su marido Thomas Hawks no obstante la condición de casamiento entre él y mi hija»; *ibid.*, 19, pp. 150-151.
72. Véase *Whigs and Hunters*, pp. 71-72. Si, como yo creo, la señora Power había nacido Ann Ticknor, entonces tenía más de 80 acres así como graneros, huertos, casas, etc., en el bosque, de mancomún con su hermana: la tenencia de mancomún con derechos exclusivos de sucesión explica que la tierra no pudiera recaer sobre el reverendo Power como consecuencia de su ambicioso matrimonio. (Los *yeomen* eran perfectamente capaces de utilizar los medios de tenencia de mancomún con derecho sucesorio y el fideicomiso para salvaguardar los derechos de sus hijas.) Es reconfortante observar que la señora Power soportó los azares de su matrimonio y murió «sin cometer un solo acto para afectar» su propiedad; extracto del título de Aaron Maynard a cuatro solares en Wokingham, Berks. Rec. Off. D/ER E 12.
73. Para un estudio de herencia ocupacional artesana, véase William H. Sewell, Jr., «Social Change and the Rise of Working-Class Politics in Nineteenth-Century Marseilles», *Past and Present*, n.º 65 (noviembre de 1974).
74. Raymond Williams, *The Country and the City*, Londres, 1973, pp. 40-41.

# LA ECONOMÍA «MORAL» DE LA MULTITUD EN LA INGLATERRA DEL SIGLO XVIII

De *COSTUMBRES EN COMÚN*\*

*Quien esconde los granos será maldito de los pueblos; mas la bendición descenderá sobre la cabeza de los que lo sacan al mercado.*

PROVERBIOS, XI, 26.

## I

**H**emos sido prevenidos, en los últimos años —por George Rudé entre otros—, contra el uso impreciso del término «populacho». Quisiera en este capítulo extender la advertencia al término «motín», especialmente en lo que atañe a los motines de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII.

Esta simple palabra de cinco letras puede ocultar algo susceptible de describirse como una visión espasmódica de la historia popular. De acuerdo con esta apreciación, rara vez puede considerarse al pueblo como agente histórico con anterioridad a la Revolución francesa. Antes de este periodo la chusma se introduce, de manera ocasional y espasmódica, en la trama histórica, en épocas de disturbios sociales repentinos. Estas irrupciones son compulsivas, más que autoconscientes o autoactivadas; son simples respuestas a estímulos económicos. Es suficiente mencionar una mala cosecha o una disminución en el comercio, para que todas las exigencias de una explicación histórica queden satisfechas.

Desgraciadamente, aun entre aquellos pocos historiadores ingleses que han contribuido a nuestro conocimiento de estos movimientos populares, se cuentan varios partidarios de la imagen espasmódica.

\* *Costumbres en común*, traducción de Jordi Beltrán y Eva Rodríguez, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 213-293. («The moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», en *Customs in Common*, The New Press, Nueva York, 1993.)

No han reflexionado, sino de manera superficial, sobre los materiales que ellos mismos han descubierto. Así, Beloff comenta con respecto a los motines de subsistencias (*food riots*) de principios del siglo XVIII:

este resentimiento, cuando el desempleo y los altos precios se combinaban para crear condiciones insoportables, se descargaba en ataques contra comerciantes de cereales y molineros, ataques que muchas veces deben de haber degenerado en simples excusas para el crimen.<sup>1</sup>

Sin embargo, registraremos inútilmente sus páginas en busca de los hechos que nos permitan detectar la frecuencia de esta «degeneración». Wearmouth, en su útil crónica de los disturbios, se permite enunciar una categoría explicatoria: la «miseria».<sup>2</sup> Ashton, en su estudio sobre los motines de subsistencias entre los mineros, formula el argumento propio del paternalista: «la turbulencia de los mineros debe, por supuesto, ser explicada por algo más elemental que la política: era la reacción instintiva de la virilidad ante el hambre».<sup>3</sup> Los disturbios fueron «rebeliones del estómago», y puede sugerirse que esto, en cierto modo, es una explicación reconfortante. La línea de análisis es: hambre-elemental-instintiva. Charles Wilson continúa la tradición:

Alzas espasmódicas en el precio de los alimentos incitaron al motín a los barqueros del Tyne en 1709 y a los mineros del estaño a saquear graneros en Falmouth en 1727.

Un espasmo condujo a otro: el resultado fue el «pillaje».<sup>4</sup>

Durante décadas, la historia social sistemática ha quedado rezagada con respecto a la historia económica, hasta el momento actual en que se da por hecho que una especialización en la segunda disciplina confiere, automáticamente, igual nivel de pericia en la primera. Uno no puede quejarse, por lo tanto, de que las recientes investigaciones hayan tendido a tergiversar y cuantificar testimonios que sólo se comprendían de manera imperfecta. El decano de la escuela espasmódica es, por supuesto, Rostow, cuyo tosco «gráfico de la tensión social» fue presentado en 1948 por primera vez.<sup>5</sup> De acuerdo con este gráfico, no necesitamos más que unir un índice de desempleo y uno de altos precios de los alimentos para encontrarnos en condiciones de hacer un gráfico del curso de los disturbios sociales. Esto contiene una verdad obvia (la gente protesta cuando tiene hambre); de igual manera que un «gráfico de la tensión sexual» mostraría que el comienzo de la madurez sexual puede correlacionarse con una mayor frecuencia en dicha actividad. La objeción es que este gráfico, si no se usa con discreción, puede dar por concluida la investigación en el punto exacto en que ésta adquiere verdadero interés sociológico o cultural: cuando está hambrienta (o con apetito sexual), ¿qué es lo que hace la gente?, ¿cómo

modifican su conducta la costumbre, la cultura y la razón? Y (habiendo convenido en que el estímulo primario de la «miseria» está presente), ¿contribuye la conducta de las gentes a una función más compleja, y culturalmente mediatizada, que —por mucho que se cueza en el horno del análisis estadístico— no puede retrotraerse de nuevo al estímulo?

Son muchos, entre nosotros, los historiadores del desarrollo culpables de un craso reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función; reduccionismo que, de advertirlo en el trabajo de sus colegas marxistas, les haría protestar. El lado débil que comparten estas explicaciones es una imagen abreviada del hombre económico. Lo que quizá sea un motivo de sorpresa es el clima intelectual-esquizoide, que permite a esta historiografía cuantitativa coexistir (en los mismos sitios y a veces en las mismas mentes) con una antropología social que deriva de Durkheim, Weber o Malinowski. Conocemos muy bien todo lo relacionado con el delicado tejido de las normas sociales y las reciprocidades que regulan la vida de los isleños de Trobriand, y las energías psíquicas involucradas en el contenido de los cultos de Melanesia; pero, en algún momento, esta criatura social infinitamente compleja, el hombre melanesio, se convierte (en nuestras historias) en el minero inglés del siglo XVIII que golpea sus manos espasmódicamente sobre su estómago y responde a estímulos económicos elementales.

A esta visión espasmódica opondré mi propio punto de vista.<sup>6</sup> Es posible detectar en casi toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimadora. Con el concepto de legitimación quiero decir que los hombres y las mujeres que constitufan la multitud creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular se veía confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades pero, en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o deferencia.

El motín de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII fue una forma muy compleja de acción popular directa, disciplinada y con claros objetivos. Hasta qué punto estos objetivos fueron alcanzados —esto es, hasta qué punto el motín de subsistencias fue una forma de acción coronada por el éxito— es una cuestión muy intrincada para abordarla dentro de los límites de un capítulo; pero puede al menos plantearse en vez de negarla y abandonarla sin examen, como de costumbre, y esto no se puede hacer hasta que sean identificados los objetivos propios de la multitud. Es cierto, por supuesto, que los motines de subsistencias eran provocados por precios que subían vertiginosamente, por prácticas incorrectas de los comerciantes, o por hambre. Pero estos agravios operaban dentro de un consenso

popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una visión tradicional consecuente de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituyen la economía moral de los pobres. Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa.

Aunque esta economía moral no puede ser descrita como «política» en ningún sentido progresista, tampoco puede, no obstante, definirse como apolítica, puesto que supone nociones del bien público categórica y apasionadamente sostenidas, que, ciertamente, encontraban algún apoyo en la tradición paternalista de las autoridades; nociones de las que el pueblo, a su vez, se hacía eco tan estrepitosamente que las autoridades eran, en cierta medida, sus prisioneras. De aquí que esta economía moral tiñese con carácter muy general el gobierno y el pensamiento del siglo XVIII, en vez de interferir únicamente en momentos de disturbios. La palabra «motín» es muy corta para abarcar todo esto.

## II

Así como hablamos del nexo del dinero en efectivo surgido de la Revolución industrial, existe un sentido en el que podemos hablar del nexo del pan en el siglo XVIII. El conflicto entre tradicionalismo y la nueva economía política pasó a depender de las leyes de cereales. El conflicto económico de clases en la Inglaterra del siglo XIX encontró su expresión característica en el problema de los salarios; en la Inglaterra del siglo XVIII la gente trabajadora era incitada a la acción más perentoriamente por el alza de los precios.

Esta conciencia de consumidor altamente sensible coexistió con la gran era de mejoras agrícolas del cinturón cerealista del este y del sur. Los años que llevaron a la agricultura inglesa a una nueva cima en cuanto a calidad están jalonados de motines —o, como los contemporáneos a veces los describen, de «insurrecciones» o «levantamientos de los pobres»—: 1709, 1740, 1756-1757, 1766-1767, 1773, 1782, y, sobre todo, 1795 y 1800-1801. Esta industria capitalista boyante flotaba sobre un mercado irascible, que podía en cualquier momento desatarse en bandas de merodeadores, que recorrían el campo con cachiporras o irrumpían en la plaza del mercado para «fijar el precio» de las provisiones a un nivel popular. Las fortunas de las clases capitalistas más fuertes descansaban, en último término, sobre la venta de cereales, carne, lana; y los dos primeros artículos debían ser vendidos,

con poca intervención de los intermediarios, a los millones de personas que componían la legión de los consumidores. De aquí que las fricciones del mercado nos lleven a una zona crucial de la vida nacional.

En el siglo XVIII la clase trabajadora no vivía sólo de pan, pero (como muestran los presupuestos reunidos por Eden y David Davies) muchos de ellos subsistían casi exclusivamente gracias al pan. Este pan no era todo de trigo, si bien el pan de trigo fue ganando terreno continuamente sobre otras variedades hasta principios de la década de 1790. Charles Smith calculó que en la década de 1760, de la supuesta población de alrededor de 6 millones de Inglaterra y Gales, 3.750.000 comían pan de trigo, 888.000 lo consumían de centeno, 739.000 de cebada y 623.000 de avena.<sup>7</sup> Hacia 1790 podemos calcular que por lo menos dos tercios de la población consumían trigo.<sup>8</sup> El esquema de consumo refleja, en parte, grados comparativos de pobreza y, en parte, condiciones ecológicas. Distritos con suelos pobres y distritos de tierras altas (como los Peninos) donde el trigo no maduraba, eran los bastiones del consumo de otros cereales. Aún en los años noventa los trabajadores de las minas de estaño de Cornualles subsistían en su mayor parte gracias al pan de cebada. Se consumía mucha harina de avena en Lancashire y Yorkshire, y no sólo por parte de los pobres.<sup>9</sup> Lo informes de Northumberland son contradictorios, pero parecería que Newcastle y muchas aldeas mineras de los alrededores se habían pasado por entonces al trigo, mientras que el campo y las ciudades más pequeñas se alimentaban de pan de avena, de centeno, un pan mezcla de varios cereales<sup>10</sup> o una mezcla de cebada y «legumbres secas».<sup>11</sup>

A lo largo del siglo, nuevamente el pan blanco fue ganando terreno a variedades más oscuras de harina integral. Esto se debió en parte a una cuestión de valores de estatus, de posición relativa, que se asociaron al pan blanco, pero en modo alguno fue exclusivamente por eso. El problema es más complejo, y pueden mencionarse rápidamente varios de sus aspectos. Era productivo para los panaderos y molineros vender pan blanco o harinas finas, pues el beneficio que se podía obtener de estas ventas era, en general, mayor. (Irónicamente, esto fue en parte consecuencia de la protección paternalista al consumidor, pues el Assize of Bread\* intentaba evitar que los panaderos obtuvieran sus ganancias del pan de los pobres; por lo tanto, iba en interés del panadero el hacer la menor cantidad posible para «uso doméstico», y esta pequeña cantidad hacerla de pésima calidad.)<sup>12</sup> En las ciudades, que estaban alerta contra el peligro de la adulteración, el pan negro era sospechoso, pues podía ocultar fácilmente aditivos tóxicos. En las

\* Regulación o «Reglamento sobre el precio del pan», de acuerdo con el precio del grano. (N. de las t.)



últimas décadas del siglo muchos molineros adaptaron sus maquinarias y sus tamices en tal forma que, de hecho, no servían para preparar la harina para la hogaza doméstica de tipo intermedio, produciendo sólo las mejores calidades para el pan blanco, y los desperdicios, el salvado, para un pan negro que un observador consideró «tan rancio, repulsivo y pernicioso como para poner en peligro la constitución física».<sup>13</sup> Los intentos realizados por las autoridades, en épocas de escasez, para imponer la manufactura de calidades de harina más bastas (o, como en 1795, el uso general de la hogaza «doméstica»), encontraron muchas dificultades y con frecuencia resistencia, tanto por parte de los molineros como de los panaderos.<sup>14</sup>

A finales de siglo, los sentimientos de estatus estaban profundamente arraigados dondequiera que prevaleciese el pan de trigo y éste estuviese amenazado por la posibilidad de mezclas más bastas. Se insinúa que los trabajadores acostumbrados al pan de trigo no podían en verdad trabajar —sufrían de debilidad, indigestión o náuseas— si les forzaban a cambiar al pan hecho con mezclas más bastas.<sup>15</sup> Aun frente a los atroces precios de 1795 y 1800-1801, la resistencia de gran parte de los trabajadores resultó invencible.<sup>16</sup> Los diputados del gremio en Calne informaron al Consejo Privado (Privy Council) en 1796 de que gente «que merece confianza» estaba usando las mezclas de cebada y trigo requeridas por las autoridades, y que los artesanos y obreros pobres con familias numerosas

han usado en general solamente pan de cebada. El resto, que suman quizá alrededor de un tercio de los artesanos pobres, y otros, con familias más pequeñas (diciendo que ellos no podían obtener *más que pan*) han comido, como antes de la escasez, solamente pan de panadería hecho de trigo llamado de segunda.<sup>17</sup>

El alguacil de Reigate informaba en términos similares:

... en cuanto a los trabajadores pobres que apenas tienen otro sustento que el pan y que por la costumbre del vecindario siempre han comido pan hecho solamente con trigo; entre ellos, no he impuesto ni expresado el deseo de que consumiesen pan de mezcla, por miedo a que no estén suficientemente alimentados para poder con su trabajo.

Los pocos trabajadores que habían probado pan hecho de mezclas, «se encontraron débiles, febriles e incapaces para trabajar con un cierto grado de vigor».<sup>18</sup> Cuando, en diciembre de 1800, el gobierno presentó un decreto (popularmente conocido como el Decreto del Pan Negro o «Decreto del Veneno») que prohibía a los molineros elaborar otra harina que no fuera de trigo integral, la respuesta popular fue inmediata. En Horsham (Sussex),

un grupo de mujeres ... fue al molino de viento de Gosden, donde, injuriando al molinero por haberles dado harina morena, se apoderaron del lienzo del tamiz con el que el molinero estaba preparando la harina de acuerdo con las normas del Decreto del Pan, y lo cortaron en mil pedazos; amenazando al mismo tiempo con tratar así todos los utensilios similares que intentase usar en el futuro de igual manera. La amazónica dirigente de esta cabalgata en sayas ofreció después a sus colegas licor, por valor de una guinea, en la taberna de Crab Tree.

Como resultado de semejantes actitudes, el decreto fue revocado en menos de dos meses.<sup>19</sup>

Cuando los precios eran altos, más de la mitad de los ingresos semanales de la familia de un trabajador podía muy bien gastarse exclusivamente en pan.<sup>20</sup> ¿Cómo pasaban estos cereales desde la tierra a los hogares de los trabajadores? A simple vista parece sencillo. He aquí el grano: es cosechado, trillado, llevado al mercado, molido en el molino, cocido y comido. Pero en cada etapa de este proceso hay toda una irradiación de complejidades, de oportunidades para la extorsión, puntos álgidos alrededor de los cuales podían surgir los motines. Y apenas se puede proseguir sin esbozar, de manera esquemática, el modelo paternalista del proceso de elaboración y comercialización —el ideal platónico tradicional al que se apelaba en la ley, el panfleto, o el movimiento de protesta— y contra el que chocaban las embarazosas realidades del comercio y del consumo.

El modelo paternalista existía en un cuerpo desgastado de ley estatuida, así como en la *common law* y las costumbres. Era el modelo que, muy frecuentemente, informaba las acciones del gobierno en tiempos de emergencia hasta los años setenta; y al cual muchos magistrados locales continuaron apelando. Según este modelo, la comercialización debía ser, en lo posible, *directa*, del agricultor al consumidor. Los agricultores habían de traer su cereal a granel al mercado local; no debían venderlo mientras estuviera en las mieses, y tampoco retenerlo con la esperanza de subir los precios. Los mercados tenían que estar controlados; no se podían hacer ventas antes de horas determinadas, que se anunciaban a toque de campana; los pobres deberían tener la oportunidad de comprar ellos primero grano, harina de flor o harina, en pequeños paquetes cuyo peso y medida estuviesen debidamente supervisados. A una hora determinada, cuando sus necesidades estuvieran cubiertas, había de sonar una segunda campana, y los comerciantes al por mayor (con la oportuna licencia) podían hacer sus compras. Los traficantes estaban cercados de trabas y restricciones, inscritas en los mohosos pergaminos de las leyes contra el acaparamiento, regateo y monopolio, codificadas durante el reinado de Eduardo VI. No debían comprar (y los agricultores no debían vender) por muestreo. No de-

bían comprar el cereal en la mies ni adquirirlo para revender (dentro del plazo de tres meses) en el mismo mercado, con ganancias, o en mercados cercanos, etc. Ciertamente durante la mayor parte del siglo XVIII el intermediario siguió siendo legalmente sospechoso, y sus transacciones, en teoría, fueron severamente acotadas.<sup>21</sup>

De la supervisión de los mercados pasamos a la protección del consumidor. Los molineros y —en mayor escala— los panaderos eran considerados servidores de la comunidad, que trabajaban, no para lucrarse, sino para lograr una ganancia razonable. Muchos de los pobres compraban su grano en el mercado directamente (o lo obtenían como un suplemento del salario o espigando); lo llevaban al molino para ser molido, en cuyo caso el molinero podía cobrar la maquila acostumbrada, y ellos cocer después su propio pan. En Londres y en las grandes ciudades donde esto había dejado de ser la norma hacía mucho tiempo, el beneficio o la ganancia del panadero se calculaba de acuerdo con el Assize of Bread, en el que, tanto el precio como el peso de la hogaza se fijaban con relación al precio vigente del trigo.<sup>22</sup>

Este modelo, por supuesto, se aleja en muchos puntos de las realidades del siglo XVIII. Lo más sorprendente es observar hasta qué punto todavía funcionaba en parte. Por ello, Aikin puede así describir en 1795 la ordenada regulación del mercado de Preston:

Los mercados semanales ... están extremadamente bien regulados para evitar el acaparamiento y el regateo. Sólo a la gente del pueblo se le permite comprar a primera hora, de las ocho a las nueve de la mañana, a las nueve pueden comprar los demás; pero ninguna mercancía sin vender puede retirarse del mercado hasta la una en punto, exceptuando el pescado ...<sup>23</sup>

En el mismo año, en el suroeste (otra de las zonas conocidas por su tradicionalismo), las autoridades municipales de Exeter intentaron controlar a los «revendedores, buhoneros y detallistas» excluyéndolos del mercado desde las ocho de la mañana hasta mediodía, hora en que sonaba la campana del ayuntamiento.<sup>24</sup> El Assize of Bread estaba aún vigente durante el siglo XVIII en Londres y en muchas ciudades con mercado.<sup>25</sup> En el caso de la venta por muestreo podemos observar el peligro de asumir prematuramente la disolución de las restricciones consagradas por la costumbre.

Se supone con frecuencia que la venta de grano por muestreo estaba generalizada a mediados del siglo XVII, cuando Best describe la práctica en el este de Yorkshire,<sup>26</sup> y con seguridad en 1725, cuando Defoe redactó su famoso informe sobre el comercio cerealista.<sup>27</sup> Pero, mientras muchos grandes agricultores vendían sin duda por muestreo en la mayoría de los condados, por aquellas fechas, los antiguos mercados de puestos eran

corrientes todavía y aún subsistían en los alrededores de Londres. En 1718 el autor de un panfleto describía la decadencia de los mercados rurales como un hecho que había tenido lugar en años recientes:

Se pueden ver pocas cosas aparte de jugueterías y puestos de baratijas y chucherías ... Los impuestos casi han desaparecido; y donde —según memoria de muchos de los habitantes— solían venir antes a la ciudad en un día, cien, doscientas, quizá trescientas cargas de grano, y en algunos municipios cuatrocientas, ahora crece la hierba en el emplazamiento del mercado.

Los agricultores (se lamentaba) habían llegado a esquivar el mercado y a operar con corredores y otros «contrabandistas» a las puertas de aquél. Otros agricultores traían todavía al mercado una única carga «para hacer un simulacro de mercado, y para que les fijaran el precio», pero el verdadero negocio se hacía en «paquetes de grano en una bolsa o en un pañuelo que son llamados *muestras*».<sup>28</sup>

Ésta era, en efecto, la tendencia; pero muchos pequeños agricultores continuaron vendiendo su grano en los puestos del mercado, como antes, y el viejo modelo quedó en la mente de los hombres como fuente de resentimiento. Una y otra vez fueron impugnados los nuevos procedimientos de comercialización. En 1710, una petición a favor de la gente pobre de Stony Stratford (Buckinghamshire) se lamenta de que los agricultores y comerciantes estaban

comprando y vendiendo en los corrales y en las puertas de sus graneros, de tal manera que ahora los pobres habitantes no podemos conseguir una molinenda en proporción razonable a nuestro dinero, lo cual es una gran calamidad.<sup>29</sup>

En 1733 varios municipios apelaron a la Cámara de los Comunes en contra de tal práctica. Haslemere (Surrey) se lamentaba de molineros y harineros que acaparaban el comercio; «compraban secretamente grandes cantidades de cereales de acuerdo con pequeñas muestras, y se negaban a comprar el que había sido expuesto en el mercado público».<sup>30</sup> Esta práctica sugiere la existencia de una ocultación y pérdida de transparencia en los procedimientos de comercialización.

Con el transcurso del siglo no cesaron las quejas, aunque tendieron a trasladarse hacia el norte y el oeste. Con ocasión de la escasez de 1756, el Consejo Privado, además de poner en movimiento las viejas leyes contra el acaparamiento, promulgó una proclama ordenando a «todos los agricultores, bajo severas penas, traer sus cereales al mercado público, y no venderlo a muestreo en sus propios lares».<sup>31</sup> Pero a las autoridades no les

agradaba sentirse demasiado presionadas en este asunto; en 1766 (otro año de escasez) los magistrados de Surrey inquirieron si comprar por muestreo era, en efecto, un delito punible, y recibieron una respuesta prodigiosamente evasiva: el secretario de Su Majestad no está autorizado, en razón de su cargo, para interpretar las leyes.<sup>32</sup>

Dos cartas dan alguna idea del desarrollo de nuevas prácticas en el oeste. Un corresponsal que escribía a lord Shelbourne en 1776 acusaba a los comerciantes y molineros de Chippenham de «complot»:

Él mismo mandó comprar una arroba de trigo al mercado, y aunque había allí muchas cargas, y era inmediatamente después de haber sonado la campana del mercado, dondequiera que su agente solicitase, la respuesta era «Está vendido». De forma que, aunque ... para evitar el castigo de la ley, lo traen al mercado, el negocio se hace antes, y el mercado es sólo una farsa ...<sup>33</sup>

(Estas prácticas podían dar ocasión a un motín; en junio de 1757 se informó de que «la población se sublevó en Oxford y en pocos minutos se apropió y dividió una carga de trigo que se sospechaba había sido vendida por muestra y traída al mercado solamente para salvar las apariencias».)<sup>34</sup> La segunda carta es de 1772, de un corresponsal en Dorchester, y describe una práctica diferente de tasa de mercado; sostiene que los grandes agricultores se reunían para fijar los precios antes de ir al mercado,

y muchos de estos hombres no venderán menos de cuarenta *bushels*, que los pobres no pueden comprar. Por esto el molinero, que no es enemigo del agricultor, da el precio que éste le pide y el pobre tiene que aceptarlo.<sup>35</sup>

Los paternalistas y los pobres continuaron lamentándose del desarrollo de estas prácticas de mercado que nosotros, en visión retrospectiva, tendemos a aceptar como inevitables y «naturales».<sup>36</sup> Pero lo que puede parecer ahora como inevitable no era necesariamente, en el siglo XVIII, materia aprobable. Un panfleto característico (de 1768) clamaba indignado contra la supuesta libertad de cada agricultor para hacer lo que quisiera con sus cosas; esto sería libertad «natural», pero no «civil»:

No puede decirse, entonces, que sea la libertad de un ciudadano o de uno que vive bajo la protección de alguna comunidad; es más bien la libertad de un salvaje; por consiguiente, el que se aproveche de ella, no merece la protección que el poder que la Sociedad proporciona.

La asistencia del agricultor al mercado es «una parte material de su obligación; no se le debería permitir guardar sus mercancías o venderlas en

otro lugar».<sup>37</sup> Pero después de 1760, los mercados tuvieron tan poca función en la mayor parte de las tierras del sur y en las Midlands que, en dichos distritos, las quejas contra la venta por muestreo son menos frecuentes, a pesar de que, a finales de siglo, se protestaba todavía el hecho de que los pobres no pudiesen comprar pequeñas cantidades.<sup>38</sup> En algunos lugares del norte el asunto era distinto. Una petición de los trabajadores de Leeds en 1795 se queja de «los agentes de cereales y molineros y un grupo de gente que nosotros llamamos regatones y los harineros que tienen el grano en sus manos de manera que pueden retenerlo y venderlo al precio que quieran, o no venderlo». «Los agricultores no llevan más grano al mercado que el que llevan en sus bolsillos como muestra ... lo cual hace quejarse mucho a los pobres.»<sup>39</sup> Tanto fue el tiempo que tardó en abrirse camino y resolverse un proceso, que muy a menudo se documenta ya cien años antes.

Se ha seguido este ejemplo para ilustrar la densidad y particularidad del detalle, la variedad de las costumbres locales y el rumbo que el resentimiento popular podía tomar cuando cambiaban las viejas prácticas de mercado. La misma densidad, la misma diversidad, existe en el área de comercialización, escasamente definida. El modelo paternalista se desmoronaba, por supuesto, en muchos otros puntos. El Assize of Bread, si bien fue efectivo para controlar las ganancias de los panaderos, se limitaba a reflejar el precio en curso del trigo o la harina y no podía de ninguna manera influir sobre los precios en sí. Los molineros eran ahora, en Hertfordshire y el valle del Támesis, empresarios acaudalados, y a veces comerciantes de grano o malta, así como grandes fabricantes de harina.<sup>40</sup> Fuera de los distritos cerealistas principales, los mercados urbanos no podían en modo alguno ser abastecidos sin las operaciones de agentes cuyas actividades hubieran quedado anuladas de haberse impuesto estrictamente la legislación contra los acaparadores.

¿Hasta qué punto reconocieron las autoridades que su modelo se alejaba de la realidad? La respuesta varía según las autoridades implicadas y en el transcurso del siglo. Pero se puede dar una respuesta general: los paternalistas, en su práctica normal, aceptaban en gran parte el cambio, pero volvían a este modelo en cuanto surgía alguna situación de emergencia. En esto eran, en cierta medida, prisioneros del pueblo, que adoptaba partes del modelo como su derecho y patrimonio. Existe incluso la impresión de que, en realidad, se acogía bien esta ambigüedad. En distritos levantiscos, en época de escasez, daba a los magistrados cierta capacidad de maniobra, y prestaba cierta aprobación a sus intentos de reducir los precios empleando la persuasión. Cuando el Consejo Privado autorizó (como sucedió en 1709, 1740, 1756 y 1766) la emisión de proclamas en letra gótica ilegible amenazando con terribles castigos a acaparadores, buhoneros,

trajineros, revendedores, mercachifles, etc., ayudó a los magistrados a inculcar el temor de Dios entre los molineros y comerciantes locales. Es cierto que la legislación contra el acaparamiento fue revocada en 1772, pero el Acta de revocación no fue bien redactada, y durante la gran escasez que siguió, en 1795, lord Kenyon, el justicia mayor, tomó la responsabilidad de anunciar que el acaparamiento continuaba siendo un delito procesable según la *common law*; «a pesar de que el decreto de Eduardo VI fue revocado (si lo fue acertada o desacertadamente no soy yo quien deba decidirlo) aún sigue siendo un delito de *common law*, coetáneo a la constitución». <sup>41</sup> El reguero de procesos que puede observarse a lo largo del siglo —normalmente por delitos insignificantes y sólo en años de escasez— no se agotó; por el contrario, en 1795 y 1800-1801 hubo quizá más procesos que en cualquier otro período de los veinticinco años anteriores. <sup>42</sup> Pero está bien claro que estaban destinados a producir un efecto simbólico, con objeto de hacer ver a los pobres que las autoridades actuaban en vigilancia de sus intereses.

De aquí que el modelo paternalista tuviera una existencia ideal, pero también una existencia real fragmentaria. En años de buenas cosechas y precios moderados, las autoridades lo dejaban caer en el olvido. Pero si los precios subían y los pobres se mostraban levantiscos se reavivaba, al menos para crear un efecto simbólico.

### III

Pocas victorias intelectuales han sido más arrolladoras que la que los exponentes de la nueva economía política obtuvieron en materia de regulación del comercio interno de cereales. A ciertos historiadores esta victoria les parece, en efecto, tan absoluta, que difícilmente pueden ocultar su malestar con respecto al partido derrotado. <sup>43</sup> Se puede considerar, por comodidad, que el modelo de la nueva economía política es el de Adam Smith, a pesar de que se pueda ver *La riqueza de las naciones*, no sólo como punto de partida, sino también como una gran terminal central en la que convergen, a mediados del siglo XVIII, muchas líneas importantes de discusión (algunas de ellas, como la lúcida obra de Charles Smith, *Tracts on the corn trade*, 1758-1759, apuntaban específicamente a demoler las viejas regulaciones paternalistas del mercado). El debate producido entre 1767 y 1772, que culminó con la revocación de la legislación contra el acaparamiento, señaló una victoria, en esta área, del *laissez faire*, cuatro años antes de que se publicara la obra de Adam Smith.

Esto significaba más un antimodelo que un nuevo modelo: una negativa directa a la desintegradora política de «previsión» de los Tudor. «Sea revocado todo decreto relacionado con las leyes de cereales —escribió Arbuthnot en 1773—; dejemos que el cereal corra como el agua, y encontrará su nivel.»<sup>44</sup> La «ilimitada, incontentida libertad del comercio de cereales» fue también la exigencia de Adam Smith.<sup>45</sup> La nueva economía suponía una «desmoralización» de la teoría del comercio y del consumo de tanto alcance como la derogación, ampliamente debatida, de las restricciones contra la usura.<sup>46</sup> Al decir «desmoralización» no se sugiere que Smith y sus colegas fuesen inmorales<sup>47</sup> o no se preocuparan por el bien público.<sup>48</sup> Antes bien, lo que se quiere decir es que la nueva economía política estaba libre de la intrusión de imperativos morales. Los antiguos folletistas eran, en primer lugar, moralistas y sólo en segundo lugar economistas. En la nueva teoría económica no entran cuestiones relativas a la constitución moral de la comercialización, a no ser como preámbulo y motivo de peroración.

En la práctica, el nuevo modelo funcionaba del siguiente modo. La operación natural de la oferta y la demanda en el mercado libre maximizaría la satisfacción de todos los sectores y establecería el bien común. El mercado no estaba nunca mejor regulado que cuando se le dejaba autorregularse. En el curso de un año normal, el precio del grano se ajustaría a través del mecanismo del mercado. Inmediatamente después de la cosecha, los pequeños agricultores y todos aquellos que tenían que pagar salarios por la recolección y rentas de la fiesta de San Miguel (correspondientes a los meses de octubre, noviembre y diciembre) trillarían su grano y lo traerían al mercado, o permitirían la salida de lo que habían contratado de antemano para ser vendido. Desde septiembre a Navidad se podían esperar precios bajos. Los agricultores de tipo medio retendrían sus cereales, con la esperanza de que subieran los precios en el mercado, hasta el comienzo de la primavera; mientras que los agricultores más opulentos y los pertenecientes a la *gentry* agrícola retendrían parte de su grano por más tiempo todavía —de mayo a agosto— con la expectativa de llegar al mercado cuando los precios alcanzaran su punto máximo. De esta manera se racionaban adecuadamente las reservas de cereales de la nación, a través del mecanismo del precio, durante cincuenta y dos semanas, sin ninguna intervención del Estado. En la medida en que los intermediarios intervenían y comprometían por adelantado el grano de los agricultores, realizaban, más eficientemente aún, este servicio de racionamiento. En años de escasez, el precio del grano podía subir hasta alturas peligrosas; pero esto era providencial, pues (además de suponer un incentivo para el importador) era otra nueva forma eficaz de racionar, sin la cual todas las existen-



cias serían consumidas en los nueve primeros meses del año, y en los tres meses restantes la escasez se convertiría en auténtica hambre.

Las únicas vías por las que se podía romper esta economía autorregulable eran las entrometidas interferencias del Estado y del prejuicio popular.<sup>49</sup> Había que dejar fluir libremente el cereal desde las áreas de superabundancia a las zonas de escasez. Por lo tanto, el intermediario representaba un papel necesario, productivo y loable. Los prejuicios contra los acaparadores fueron rechazados tajantemente por Smith como supersticiones equiparables a la brujería. La interferencia con el modelo natural de comercio podía producir hambres locales o desalentar a los agricultores en el aumento de su producción. Si se obligaba a ventas prematuras o se restringían los precios en épocas de escasez, podrían consumirse con exceso las existencias. Si los agricultores retenían su grano mucho tiempo, saldrían probablemente perjudicados al caer los precios. La misma lógica puede aplicarse a los demás culpables a ojos del pueblo: molineros, harineros, comerciantes y panaderos. Sus comercios respectivos eran competitivos. Como mucho, sólo podían distorsionar el nivel natural de los precios en períodos cortos, y a menudo para su propio perjuicio en última instancia. A finales de siglo, cuando los precios comenzaron a dispararse, el remedio se buscó, no en una vuelta a la regulación del comercio, sino en mejoras tales como el incremento de los cercamientos y el cultivo de terrenos baldíos.

No debería ser necesario discutir que el modelo de una economía natural y autorregulable, que labora providencialmente para el bien de todos, es una superstición del mismo orden que las teorías que sustentaba el modelo paternalista; a pesar de que, curiosamente, es ésta una superstición que algunos historiadores de la economía han sido los últimos en abandonar. En ciertos aspectos, el modelo de Smith se adapta mejor a las realidades del siglo XVIII que el paternalista, y era superior en simetría y envergadura de construcción intelectual. Pero no deberíamos pasar por alto el aparente aire de validez empírica que tiene el modelo. Mientras que el primero invoca una norma moral —lo que *deben* ser las obligaciones recíprocas de los hombres—, el segundo parece decir: «éste es el modo en que las cosas actúan, o actuarían si el Estado no interfiriese». Y sin embargo, si se consideran esas partes de *La riqueza de las naciones*, impresionan menos como ensayo de investigación empírica que como un soberbio ensayo de lógica válido en sí mismo.

Cuando consideramos la organización real del comercio de cereales en el siglo XVIII no disponemos de verificación empírica para ninguno de los dos modelos. Ha habido poca investigación detallada sobre la comercialización;<sup>50</sup> ningún estudio importante de una figura clave: el molinero.<sup>51</sup> Aun

la primera letra del alfabeto de Smith —el supuesto de que los precios altos eran una forma efectiva de racionamiento— sigue siendo una mera afirmación. Es notorio que la demanda de grano, o pan, es muy poco flexible. Cuando el pan es caro, los pobres —como le recordaron a un observador de alta posición— no se pasan a los pasteles. Según algunos observadores, cuando los precios subían los trabajadores podían comer la misma cantidad de pan, pero era porque eliminaban otros productos de su presupuesto; podían incluso comer más pan para compensar la pérdida de otros artículos. De un chelín, en un año normal, seis peniques se destinarían a pan, seis a «carne de mala calidad y muchos productos de huerta»; pero en un año de precios altos, todo el chelín se gastaría en pan.<sup>52</sup>

De cualquier manera, es bien sabido que los movimientos de los precios del grano no pueden ser explicados por simples mecanismos de precio, de oferta y demanda; y la prima pagada para alentar a la exportación cerealista distorsionaba aún más las cosas. Junto con el aire y el agua, el grano era un artículo de primera necesidad, extraordinariamente sensible a cualquier deficiencia en el abastecimiento. En 1796 Arthur Young calculó que el déficit total de la cosecha de trigo fue inferior al 25 por 100; pero el precio subió un 81 por 100; proporcionando, por tanto, según sus cálculos, a la comunidad agrícola un beneficio de 20 millones de libras más que en un año normal.<sup>53</sup> Los escritores tradicionalistas se lamentaban de que los agricultores y comerciantes actuaban por la fuerza del «monopolio»; su punto de vista fue rebatido, en un escrito tras otro, como «demasiado absurdo para ser tratado seriamente: ¡vamos!, ¡más de doscientas mil personas...!». <sup>54</sup> El asunto a tratar, sin embargo, no era si este agricultor o aquel comerciante podía actuar como un «monopolista», sino si los intereses de producción y de comercio en su conjunto eran capaces, en una larga y continuada sucesión de circunstancias favorables, de aprovechar su dominio sobre un artículo de primera necesidad y elevar el precio para el consumidor, de igual manera que las naciones desarrolladas e industrializadas de hoy han podido aumentar el precio de ciertos artículos manufacturados con destino a las naciones menos desarrolladas.

Al avanzar el siglo, los procedimientos de mercado se volvieron menos claros, pues el grano pasaba a través de una red más compleja de intermediarios. Los agricultores ya no vendían en un mercado competitivo y libre (que en un sentido local y regional constituía la meta del modelo paternalista y no la del modelo del *laissez-faire*), sino a comerciantes o molineros que estaban en mejor situación para retener las existencias y mantener altos los precios en el mercado. En las últimas décadas del siglo, al crecer la población, el consumo presionó continuamente sobre la producción y

los productores pudieron dominar, de forma más general, un mercado de ventas. Las condiciones de las épocas de guerra, que en realidad no inhibieron demasiado la importación de grano durante los períodos de escasez, sin embargo acentuaron en esos años las tensiones psicológicas.<sup>55</sup> Lo que importaba para fijar el precio posterior a la cosecha era la expectativa del rendimiento de ésta, y en las últimas décadas del siglo hay pruebas del desarrollo de grupos de presión de agricultores, que conocían muy bien los efectos psicológicos involucrados en el nivel de los precios posteriores a la cosecha, y fomentaban asiduamente expectativas de escasez.<sup>56</sup> Notoriamente, en años de escasez, los agricultores ostentaban una faz sonriente,<sup>57</sup> mientras que en años de cosechas abundantes el premio inconsiderado de la Señora Naturaleza provocaba gritos de «¡desastre!» en los agricultores. Y por muy abundante que pudiera aparecer la cosecha ante los ojos del ciudadano, en cada caso iba acompañada de comentarios sobre el mildiu, las inundaciones, las espigas atizonadas que se convertían en polvo cuando comenzaba la trilla, etc.

El modelo de libre mercado supone una secuencia de pequeños a grandes agricultores que traen su grano al mercado durante el año; pero a fines de siglo, al sucederse los altos precios un año tras otro, un mayor número de pequeños agricultores podían retener sus provisiones hasta que el mercado subiera a satisfacción suya. (Después de todo, para ellos no era un asunto de comercialización rutinaria, sino de intenso, de vital interés: su ganancia anual podía depender, en gran medida, del precio al que tres o cuatro montones de grano pudieran llegar a venderse.) Si tenían que pagar rentas, el desarrollo bancario rural facilitó al agricultor la obtención de préstamos.<sup>58</sup> El motín de septiembre u octubre se desencadenaba muy a menudo porque no se producía la caída de los precios después de una cosecha aparentemente abundante, y ello indicaba una confrontación consciente entre el productor reluctante y el consumidor furioso.

Traemos a colación estos comentarios, no para refutar a Adam Smith, sino simplemente para indicar los puntos donde hay que tener precaución hasta que nuestros conocimientos se amplíen. Con respecto al modelo del *laissez-faire* no hay que decir sino que no se ha demostrado empíricamente; que es intrínsecamente improbable, y que existen ciertas pruebas en contra. Nos han recordado recientemente que «los comerciantes ganaban dinero en el siglo XVIII», y que los comerciantes de grano debieron de haberlo ganado «manipulando el mercado».<sup>59</sup> Estas manipulaciones se registran de modo ocasional, si bien raramente de manera tan franca como fue anotado por un agricultor y comerciante de granos de Whittlesford (Cambridgeshire), en su diario, en 1802:

Yo compré Centeno hace Doce Meses a cincuenta chelines la arroba. Podría haberlo vendido a 122 chelines la arroba. Los pobres consiguieron su harina, buen centeno, a 2 chelines 6 peniques el celemín. La Parroquia me pagó la diferencia que fue 1 chelín 9 peniques por celemín. Fue una bendición para los pobres y bueno para mí. Compré 320 arrobas.<sup>60</sup>

En esta transacción la ganancia fue superior a mil libras.

## IV

Si se pueden reconstruir modelos alternativos claros tras la política de tradicionalistas y economistas políticos, ¿podría hacerse lo mismo con la economía «moral» de la multitud? Esto es menos sencillo. Nos enfrentamos con un complejo de análisis racional, prejuicio y modelos tradicionales de respuesta a la escasez. Tampoco es posible, en un momento dado, identificar claramente a los grupos que respaldaban las teorías de la multitud. Éstos abarcan realidades articuladas e inarticuladas e incluyen hombres con educación y elocuencia. Después de 1750, todo año de escasez fue acompañado de un torrente de escritos y cartas a la prensa de valor desigual. Era una queja común a todos los protagonistas del libre comercio de granos la de que la *gentry* ilusa agregaba combustible a las llamas del descontento del populacho.

Hay cierta verdad en esto. La multitud dedujo su sentimiento de legitimidad, en realidad, del modelo paternalista. A muchos *gentleman* aún les molestaban los intermediarios, a quienes consideraban como intrusos. Allí donde los señores de los *manors* conservaban todavía derechos de mercado, se sentían molestos por la pérdida (a través de la venta por muestreo, etc.) de tales impuestos. Si eran agricultores propietarios, que presenciaban cómo se vendía la harina o la carne a precios desproporcionadamente altos en relación a lo que ellos recibían de los tratantes, les molestaban aún más las ganancias de estos vulgares comerciantes. El autor del ensayo de 1718 nos presenta un título que es un resumen de su tema: *Un ensayo para demostrar que los Regatones, Monopolistas, Acaparadores, Trajineros e Intermediarios de grano, Ganado y otros bienes comerciales ... son Destruyores del Comercio, Opresores de los Pobres y un Perjuicio Común para el Reino en General*. Todos los comerciantes (a menos que fueran simples boyeros o carreteros que transportasen provisiones de un sitio a otro) le parecen a este escritor, que no deja de ser observador, «un grupo de hombre viles y perniciosos», y, en los clásicos términos de condena que los campesinos arraigados a la tierra adoptan con respeto al burgués, dice:

son una clase de gente vagabunda ... llevan todas sus pertenencias consigo, y sus ... existencias no pasan de ser un simple traje de montar, un buen caballo, una lista de ferias y mercados, y una cantidad prodigiosa de desvergüenza. Tienen la marca de Caín, y como él vagan de un lugar a otro, llevando a cabo unas transacciones no autorizadas entre el comerciante bien intencionado y el honesto consumidor.<sup>61</sup>

Esta hostilidad hacia el comerciante se daba aún entre muchos magistrados rurales, cuya inactividad se hacía notar, en algunos casos, cuando los disturbios populares arrasaban zonas bajo su jurisdicción. No les disgustaban los ataques contra los disidentes o los agentes de granos cuáqueros. El autor de un escrito de Bristol, que es claramente un agente de cereales, se quejaba amargamente en 1758, ante los jueces de paz, de «su populacho que impone leyes», el cual había impedido, el año anterior, la exportación de cereales de los valles del Severn y Wye, y de «muchas solicitudes infructuosas hechas a varios Jueces de Paz».<sup>62</sup> Ciertamente, crece la convicción de que un alboroto popular contra los acaparadores no era mal acogido por algunas autoridades; distraía la atención puesta en agricultores y rentistas, mientras que vagas amenazas del *Quarter Sessional*\* contra los acaparadores daban a los pobres la idea de que las autoridades se ocupaban de sus intereses. Las viejas leyes contra los acaparadores, se lamentaba un comerciante en 1766,

se publican en todos los periódicos y están pegadas en todos los rincones por orden de los jueces, para intimidar a los monopolistas, contra los cuales se propagan muchos rumores. Se enseña al pueblo a abrigar una muy alta opinión y un respeto hacia estas leyes ...

Ciertamente, acusaba a los jueces de alentar «la extraordinaria pretensión de que la fuerza y el espíritu del populacho son necesarios para hacer cumplir las leyes».<sup>63</sup> Pero si realmente se ponían en marcha las leyes, se aplicaban, sin excepción, contra pequeños delincuentes —pícaros locales o placeros que se embolsaban pequeños beneficios en transacciones sin importancia— mientras que no afectaban a los grandes comerciantes y molineros.<sup>64</sup>

Así, tomando un ejemplo tardío, un juez de paz anticuado y malhumorado de Middlesex, J.S. Girdler, inició una campaña general de procesos contra esos transgresores en 1796 y 1800, con octavillas ofreciendo recompensa por información, cartas a la prensa, etc. Se impusieron condenas en varios *Quarter Sessions*, pero la cantidad ganada por los especuladores no sumaba más que diez o quince chelines. Podemos adivinar a qué tipo de

\* Órgano informativo de los tribunales llamados *Quarter Sessions*. (N. de las t.)

culpables afectaban los procesos del juez por el estilo literario de una carta anónima que recibió:

Savemos que eres enemigo de Agricultores, Molineros, Arineros y Panaderos y de nuestro Comercio si no avría sido por mí y por otro tú hijo de perra uvieras sido asesinado hace mucho por ofrecer tus condenadas recompensas y perseguir Nuestro Comercio Dios te maldiga y arruine tú no bivrás para ver otra cosecha ...<sup>65</sup>

A tradicionalistas compasivos como Girdler se unieron ciudadanos de variados rangos. Para la mayoría de los londinenses, cualquier persona que tuviera algo que ver con el comercio de granos, harina o pan, resultaba sospechosa de todo tipo de extorsiones. Los grupos urbanos de presión eran, por supuesto, especialmente poderosos a mediados de siglo y presionaban en pro de que terminaran las primas a la exportación, o de la prohibición de toda exportación en épocas de escasez. Pero Londres y las ciudades grandes abrigaban inmensas reservas de resentimiento, y algunas de las acusaciones más violentas vinieron de ese medio ambiente. Un cierto doctor Manning, en la década de 1750, publicó alegatos de que el pan era adulterado no sólo con alumbre, tiza, blanqueadores y harina de fréjoles, sino también con cal muerta y albayaide. Más sensacional fue su afirmación de que los molineros mezclaban en la harina «bolsas de huesos viejos molidos»: «los osarios de los muertos son hurgados, para agregar inmundicias a la comida de los vivos», o, como comentaba otro panfletista, «la época actual se está comiendo vorazmente los huesos de la anterior».

Las acusaciones de Manning fueron mucho más allá de los límites de la credibilidad. (Un crítico calculó que si se hubiera usado cal en la escala de sus alegatos, se hubiera utilizado más en los hornos de pan de Londres que en la industria de la construcción.)<sup>66</sup> Además de alumbre, que se usaba en profusión para blanquear el pan, la manera más común de adulteración era probablemente una mezcla de harina rancia y estropeada con harina nueva.<sup>67</sup> Pero la población urbana tendía a creer que se practicaban adulteraciones aún más nocivas, y esta creencia contribuyó a una pelea, la «Shude-hill Fight» en Manchester, en 1757, donde se creía que uno de los molinos atacados mezclaba «Cereal, Habichuelas, Huesos, Blanqueador, Paja Picada, incluso Estiércol de Caballo» en sus harinas, mientras que en otro molino la presencia de adulterantes peligrosos cerca de las tolvas (descubierta por la muchedumbre) produjo la quema de cribas y cedazos y la destrucción de las piedras de molino y las ruedas.<sup>68</sup>

Había otras áreas igualmente sensibles, donde las quejas de la multitud eran alimentadas por las de los tradicionalistas o por las de profesionales

urbanos. Ciertamente, se puede sugerir que si los motines o la fijación de precios por la muchedumbre actuaban de acuerdo con un modelo teórico consistente, este modelo era una reconstrucción selectiva del modelo paternalista, que tomaba de él todas aquellas características que más favorecían a los pobres y que ofrecían una perspectiva de grano barato. Sin embargo, era menos generalizador que el punto de vista de los paternalistas. Los datos conservados en relación con los pobres muestran un mayor particularismo: son este molinero, aquel comerciante, esos agricultores que retienen el cereal, los que provocan la indignación y la acción. Sin embargo, este particularismo estaba animado por nociones generales de derechos que se nos revelan de forma más clara únicamente cuando examinamos la muchedumbre en acción; porque, en un sentido, la economía moral de la multitud rompió decisivamente con la de los paternalistas, puesto que la ética popular sancionaba la acción directa de la muchedumbre, mientras que los valores de orden que apuntalaban el modelo paternalista se oponían a ella categóricamente.

La economía de los pobres era todavía local y regional, derivada de una economía de subsistencia. El grano debía de ser consumido en la región en la cual se cultivaba, especialmente en épocas de escasez. La exportación en épocas de escasez suscitó un profundo malestar durante varias centurias. Un magistrado escribió lo siguiente en 1631, sobre un motín debido a la exportación, en Suffolk: «ver cómo les es arrebatado su pan y enviado a extraños ha convertido la impaciencia de los pobres en furia y desesperación desenfrenadas». <sup>69</sup> En un informe muy gráfico sobre un motín en el mismo condado setenta y ocho años después (1709), un comerciante describió cómo «el Populacho se alzó, él cree que eran unos cientos, y dijo que el grano no se debía sacar fuera de la ciudad»: «de entre el populacho algunos tenían alabardas, otros cachiporras ...». Viajando hacia Norwich, en varios lugares de la ruta:

el Populacho, sabiendo que él iba a cruzar cargado con grano, le dijo que no debería pasar por la Ciudad, porque era un Canalla, y un Traficante de grano, y algunos gritaron: Tiradle piedras, Otros Tiradlo del caballo, otros Golpeadlo, y aseguraos de que le habéis dado; que él ... les preguntó qué les hacía sublevarse de ese modo inhumano para el perjuicio de ellos y del país, pero ellos seguían gritando que era un Canalla y que iba a llevarse el grano a Francia ... <sup>70</sup>

Exceptuando Westminster, las montañas, o los grandes distritos de pastoreo, los hombres nunca estaban lejos del grano. La industria fabril estaba dispersa por el campo: los mineros del carbón marchaban a su trabajo junto a los campos de cereales; los trabajadores domésticos dejaban sus

telares y talleres para recoger la cosecha. La susceptibilidad no se limitaba sólo a las exportaciones al extranjero. Las áreas de exportación marginales eran especialmente sensibles, pues en ellas se exportaba poco cereal en años normales, pero en épocas de escasez los traficantes podían esperar un precio de ganga en Londres que, en consecuencia, agravaba la escasez local.<sup>71</sup>

Los hulleros —de Kingswood, del bosque de Dean, de Shropshire, del Noroeste— eran especialmente propensos a la acción en aquellos tiempos. Notoriamente los mineros del estaño de Cornualles poseían una irascible conciencia de consumidores y una decidida inclinación a recurrir a la fuerza. «Nosotros tuvimos al demonio y todo lo demás que trae un motín en Padstow», escribió un *gentleman* de Bodmin en 1773, con una admiración mal disimulada:

Algunas personas han ido muy lejos en la exportación de grano ... Setecientos u ochocientos mineros del estaño se unieron, y primero ofrecieron a los agentes de grano diez y siete chelines por veinticuatro galones de trigo, pero como les dijeran que no les darían nada, ellos inmediatamente rompieron y abrieron las puertas de la bodega y se llevaron todo lo que había allí sin dinero ni precio.<sup>72</sup>

El resentimiento más grande lo provocaron a mediados de siglo las exportaciones al exterior, por las que se pagaron primas. Se consideraba al extranjero como una persona que recibía cereal a precios a veces por debajo de los del mercado inglés, con la ayuda de subvenciones extraídas de los impuestos ingleses. De aquí que el rencor máximo recayese a veces sobre el exportador, que era visto como el hombre que busca ganancias privadas —y deshonestas— a expensas de sus compatriotas. A un agente de North Yorkshire, a quien dieron un chapuzón en el río en 1740, le dijeron que «no era mejor que un rebelde».<sup>73</sup> En 1783 se colocó un cartel en la cruz del mercado en Carlisle, que comenzaba así:

Peter Clemeseson y Moses Luthart esto es para daros una Advertencia de que debéis Abandonar vuestro Comercio ilegal o Morir y Maldita sea vuestra compra de grano para matar de hambre a los Pobres Habitantes de la Ciudad y Suburbios de Carlisle para mandarlo a Francia y recibir la Prima que Da la Ley por llevar el Grano fuera del País, pero por el Señor Dios Todopoderoso nosotros os daremos la Prima a Expensas de Vuestras Vidas, Malditos Canallas ...

«Y si Alguna Taverna en Carlisle [continuaba el cartel] Te permite a ti o a Luthart guardar ... en sus casas el Grano sufrirán por ello.»<sup>74</sup>



Este sentimiento renació en los últimos años del siglo, especialmente en 1795, cuando circulaban rumores por el país de exportaciones secretas a Francia. Por otra parte, los años 1795 y 1800 conocieron de nuevo el renacer de una conciencia regional tan vívida como la de cien años antes. Las carreteras fueron bloqueadas para impedir las exportaciones de la parroquia. Se detuvo a los carros y se descargaron en las ciudades por donde pasaban. El movimiento de grano en convoyes nocturnos asumió las proporciones de una operación militar:

Los carros crujen profundamente bajo sus pesadas cargas,  
mientras siguen su oscuro curso por los caminos;  
una rueda tras otra, en una temerosa procesión lenta,  
con media cosecha, a sus destinos van ...

La expedición secreta, como la noche  
que cubre sus intenciones, aún rehúye la luz ...  
mientras que el pobre labrador, cuando deja su lecho,  
ve el inmenso granero tan vacío como su cobertizo.<sup>75</sup>

Se amenazó con destruir los canales.<sup>76</sup> Se asaltaron barcos en los puertos. Los mineros de la mina de carbón de Nook, cerca de Haverfordwest, amenazaron con cerrar el estuario en un punto angosto. Ni las gabarras de los ríos Severn y Wye se libraron del ataque.<sup>77</sup>

La indignación podía inflamarse también contra un comerciante cuyas obligaciones con un mercado foráneo interrumpían los suministros regulares de la comunidad local. En 1795, un agricultor y tabernero acaudalado, próximo a Tiverton, se quejó al Ministerio de la Guerra de asambleas desordenadas «que amenazan con tirar abajo o quemar su casa porque recibe mantequilla de sus vecinos Agricultores y Lecheros, para enviarla con el carro por el camino vecinal, que pasa por su puerta, a ... Londres».<sup>78</sup> En Chudleigh (Devon), en el mismo año, la muchedumbre destrozó la maquinaria de un molinero que dejó de suministrar harina a la comunidad local porque había sido contratado por el Departamento de Avituallamiento de la Armada para hacer galletas para los barcos: esto originó (dice el interesado en una frase reveladora) «la Idea de que a echo [*sic*] mucho daño a la Comunidad».<sup>79</sup> Treinta años antes un grupo de comerciantes londinenses necesitó de la protección del ejército para sus depósitos de queso situados a lo largo del río Trent:

Los depósitos ... en peligro por los mineros amotinados no son propiedad de ningún monopolizador, sino de un numeroso cuerpo de traficantes de queso, y absolutamente necesarios para la recepción del queso, para transportarlo a Hull, y que desde allí se flete para Londres.<sup>80</sup>

Estos agravios se relacionan con la queja, ya observada, con respecto a la retirada de mercancías del mercado público. A medida que los comerciantes se alejaban de Londres y concurrían con mayor frecuencia a los mercados provinciales, podían ofrecer precios y comprar en grandes cantidades que provocaban en los agricultores un sentimiento de molestia al tener que atender los pequeños pedidos de los pobres. «Ahora no es negocio para el agricultor —escribía Davies en 1795— vender grano por *bushel* al por menor a este o aquel pobre; excepto en algunos lugares determinados, y como favor, a sus propios trabajadores.» Y donde los pobres cambiaban su demanda de grano por la de harina, la historia era muy parecida:

Ni el molinero ni el harinero venderán al trabajador una cantidad menor a un saco de harina por debajo del precio al por menor a que se vende en las tiendas, y el bolsillo del pobre pocas veces podrá permitirle comprar todo un saco de una sola vez.<sup>81</sup>

De aquí que el trabajador se viese empujado a la pequeña tienda al por menor, donde los precios eran más elevados.<sup>82</sup> Los viejos mercados decayeron, o, donde se mantuvieron, cambiaron sus funciones. Si un cliente intentaba comprar un solo queso o un pedazo de tocino —escribía Girdler en 1800— «está seguro de que le contestan con un insulto, y le comunican que todo el lote ha sido comprado por algún contratista londinense».<sup>83</sup>

Como expresiva de estos agravios —que algunas veces ocasionaron un motín— podemos tomar una carta anónima dejada en 1795 a la puerta del alcalde de Salisbury:

Caballeros de la Corporación yo les ruego pongan fin a esta práctica que se utilizan Rook y otros trajinantes en nuestros Mercados al darles la Libertad de Entrometerse en el Mercado en todo de tal manera que los Habitantes no pueden comprar un solo Artículo sin ir a parar para ello al Comerciante y Pagar precios Extorsionantes que ellos creen apropiados y aun avasallar a la Gente como si esta no mereciera ser tenida en consideración. Pero pronto les llegará su Fin, tan pronto como los Soldados hayan salido de la ciudad.

Se pidió a la corporación que ordenara a los trajinantes que salieran del mercado hasta que la gente del pueblo hubiera sido atendida, «y no permitáis a los Carniceros mandar la carne fuera en reses enteras sino obligarlos a cortarla en el Mercado y atender a la Ciudad primero». La carta informa al alcalde de que más de trescientos ciudadanos han «jurado positivamente ser fieles los unos a los otros para la Destrucción de los Trajinantes».<sup>84</sup>

Donde los trabajadores podían comprar cereales en pequeñas cantidades podían surgir graves problemas sobre pesos y medidas. «Somos exhortados en el Evangelio de San Lucas: Dad y se os dará, buena medida, apretada, remecida, desbordante será la que os echarán en vuestro seno.» Esto no era, desgraciadamente, la práctica que seguían todos los agricultores y comerciantes en la Inglaterra protestante. Un decreto de Carlos II había incluso dado a los pobres el derecho de *sacudir* la medida de harina; tan valioso era el grano del pobre que una pérdida en la medida podía significar la diferencia de pasar un día sin hogaza. El mismo decreto intentó, con una total falta de éxito, imponer la medida de Winchester, como patrón nacional. Una gran diversidad de medidas, que variaban incluso dentro de los límites de un mismo condado de un mercado ciudadano a otro, daba abundantes oportunidades para pequeñas ganancias. Las antiguas medidas eran generalmente mayores —algunas veces mucho mayores— que la de Winchester; a veces eran preferidas por los agricultores o comerciantes, pero más a menudo lo eran por los clientes. Un observador comentó que

las clases más bajas la detestaban [la medida de Winchester], por lo pequeño de su contenido, y los comerciantes ... los instigaban a ello, siendo su interés mantener toda aquella incertidumbre con respecto a los pesos y las medidas.<sup>85</sup>

Los intentos de cambiar la medida encontraron muchas veces resistencia y, ocasionalmente, dieron lugar a motines. Una carta de un minero de Clee Hill (Shropshire) a un «Compañero de Infortunio» declaraba:

El Parlamento para nuestro alivio para ayudarnos a morir de hambre va a reducir nuestras Medidas y Pesos al Nivel más bajo. Somos alrededor de Diez mil personas conjuradas y listas en todo momento. Y queremos que toméis las Armas y Chafarotes y juréis ser fieles los unos a los otros ... No tenemos más que una Vida que Perder y no vamos a morir de hambre ...<sup>86</sup>

Unas cartas a agricultores de Northiam (Sussex) advertían:

Caballeros todo lo que deseo es que toméis esto como una advertencia a todos vosotros para que dejéis los pequeños *bushels* y toméis la antigua medida nuevamente porque si no lo hacéis habrá una gran compañía que quemará la medida pequeña cuando vosotros estéis en la cama y dormidos y vuestros graneros y almiarres y a vosotros también con ellos ...<sup>87</sup>

Un colaborador de los *Annals of Agriculture* de Hampshire explicó en 1795 que los pobres

han concebido erróneamente la idea de que el precio del grano ha aumentado por la última reforma del *bushel* de nueve galones a la medida de Winchester, habiendo pasado esto en un momento en que subían los precios en el mercado, por lo cual se pagó igual cantidad de dinero por ocho galones que la que se solía pagar por nueve ...

Confieso —continúa— que tengo una predilección indudable por la medida de nueve galones, porque es la medida más aproximada a un *bushel* de harina; y por consiguiente, el pobre es capaz de juzgar qué es lo que debe pagar por un *bushel* de harina, lo cual, en la medida presente, requiere más aritmética de la que él puede conocer.<sup>88</sup>

Aun así, las nociones aritméticas del pobre podían no haber sido tan erróneas. Los cambios en las medidas, como los cambios en la moneda decimal, tendían por arte de magia a desfavorecer al consumidor.

Si los pobres compraban (a fines de siglo) menos cantidad de grano en el mercado público, esto indicaba también el ascenso hacia una condición de mayor importancia del molinero. El molinero ocupó, durante muchos siglos, un lugar en el folclore popular tan pronto envidiable como lo contrario. Por un lado, se le consideraba un libertino fabulosamente afortunado, cuyas proezas se perpetúan aún quizá en el sentido vernáculo de la palabra «moler». Quizá lo adecuado del molino de pueblo, oculto en un lugar apartado del río, al cual las mujeres y doncellas del pueblo traían su grano para molerlo; quizá también su poder sobre los medios de subsistencia; quizá su condición social en el pueblo, que le convertía en un buen partido; todo pudo haber contribuido a la leyenda:

Una joven moza vigorosa tan vigorosa y alegre  
fue al molino un día ...

Traigo un celemn de grano para moler  
sólo puedo quedarme un momento.

Ven siéntate, dulce y hermosa querida mía  
no puedo moler tu grano, me lo temo,  
mis piedras están altas y el agua baja  
no puedo moler pues el molino no anda.

Entonces ella se sentó sobre un saco  
hablaron de esto y aquello  
hablaron de amor, y de que era agradable.  
Ella pronto descubrió que el molino molería ...<sup>89\*</sup>

\* A brisk young lass so brisk and gay / She went unto the mil one day ... / There's a peck of corn all for to grind / I can but stay a little time // Come sit you down my sweet pretty dear

Por otro lado, la reputación del molinero era menos envidiable. «¡Amar!», exclama Nellie Dean en *Cumbres borrascosas*: «¡Amar! ¿Oyó alguien alguna vez cosa parecida? Podía también hablar de amar al molinero que viene una vez al año a comprar nuestro grano». Si creemos todo lo que se ha escrito sobre él en estos años, la historia del molinero ha cambiado poco desde el «Cuento de Reeves», de Chaucer. Pero mientras que al pequeño molinero rural se le acusaba de costumbres típicamente medievales —recipientes excesivamente grandes para recolectar el impuesto en especie, harina oculta en las cajas de las piedras, etc.—, a su duplicado, el molinero más importante, se le acusaba de agregar nuevos y mucho más osados desfalcos:

Antes robaba con discreción,  
pero ahora es un ladrón escandaloso.\*

En un extremo aún tenemos el pequeño molino rural exigiendo impuestos de acuerdo con su propia costumbre. El impuesto se podía cobrar en harina (siempre de «la mejor de las harinas, y de la harina más fina que está en el centro de la tolva»), y como la proporción no variaba con las fluctuaciones de precios, era una ventaja para el molinero si los precios eran altos. Alrededor de los pequeños molinos que exigían impuestos (aun donde el impuesto había sido conmutado por pagos en dinero) las injusticias se multiplicaban, y había intentos espasmódicos de regulación.<sup>90</sup> Desde que los molineros se dedicaron con mayor intensidad al comercio y a moler el grano por propia cuenta para los panaderos, tenían poco tiempo para los pequeños clientes (con un saco o dos de grano espigado); de aquí tardanzas sin fin; y de aquí también que, cuando se devolvía la harina al cliente, podía ser el producto de otro grano de calidad inferior. (Hubo quejas de que algunos molineros compraban a mitad de precio grano dañado y que lo mezclaban con el grano de sus clientes.)<sup>91</sup> Al transcurrir el siglo, el paso de muchos molinos a fines industriales colocó a los pequeños molinos de trigo supervivientes en una posición más ventajosa. Y en 1796 estas injusticias se hicieron sentir con suficiente fuerza como para permitir a sir Francis Bassett presentar la *Miller's Toll Bill* (Ley de Impuestos del Molinero), que intentaba regular más estrictamente sus prácticas de pesos y medidas.<sup>92</sup>

---

/ I cannot grind your corn I fear / My stones is high and my water low / I cannot grind for the mill won't go. // Then she sat down all on a sack / They talked of this and they talked of that / They talked of love, of love proved kind / She soon found out the mill would grind ...

\* For ther-biforn he stal but curteisly, / But now he was a thief outrageously.

Sin embargo, estos molineros eran, por supuesto, la gentecilla del siglo XVIII. Los grandes molineros del valle del Támesis y de las grandes ciudades respondían a un tipo diferente de empresarios que comerciaban ampliamente en harina y malta. A los molineros no les afectaba la Tasa del Pan (Assize of Bread), y podían hacer repercutir inmediatamente sobre el consumidor cualquier alza en el precio del grano. Inglaterra tenía también, en el siglo XVIII, sus *banalités* menos conocidas, incluyendo esos vestigios extraordinarios, los molinos con derechos señoriales, que ejercían un monopolio absoluto en el molino de grano (y venta de harina) en centros fabriles importantes, entre ellos Manchester, Bradford y Leeds.<sup>93</sup> En la mayoría de los casos, los feudatarios que poseían los derechos señoriales por la utilización del molino los vendían o arrendaban a especuladores privados. Más tormentosa aún fue la historia de los Molinos-Escuela en Manchester, cuyos derechos señoriales eran destinados a dotación caritativa para mantener la escuela secundaria. Dos arrendatarios de estos derechos, poco populares, inspiraron en 1737 los versos del doctor Byrom:

*Huesos y Piel*, eran dos molineros flacos,  
que mataban de hambre a la ciudad, o andaban cerca de ello;  
pero sepan, *Piel y Huesos*,  
que Carne y Sangre no pueden soportarlo.\*

Cuando, en 1757, los nuevos arrendatarios quisieron prohibir la importación de harina a la ciudad en desarrollo, mientras que al mismo tiempo manejaban sus molinos (se alegaba) con extorsión y demora, la carne y la sangre no pudieron realmente soportarlo por más tiempo. En la famosa «pelea de la colina Shud» de ese año, por lo menos cuatro hombres fueron muertos a tiros de mosquete, pero finalmente se abolieron los derechos de molienda.<sup>94</sup> E incluso en donde no obtenían ese tipo de derechos, un molino podía igualmente dominar a una populosa comunidad, y podía provocar la furia o un deterioro evidente de su calidad. Los molinos fueron el blanco visible y tangible de algunos de los motines urbanos más serios del siglo. Los molinos de Albion en el puente de Blackfriars (los primeros molinos de vapor de Londres) eran gobernados por un sindicato cuasi filantrópico; sin embargo, cuando se quemaron en 1791, los londinenses bailaron y cantaron baladas de júbilo en las calles.<sup>95</sup> El primer molino de vapor de Birmingham (Snow Hill) no lo pasó mejor, pues fue blanco de un ataque masivo en 1795.

\* *Bone and Skin*, two millers thin, / Would starve the town, or near it; / But be it known, to *Skin and Bone*, / That Flesh and Blood can't bear it.

Puede parecer a primera vista muy curioso que tanto los comerciantes como los molineros continuaran figurando entre los objetivos de los motines de fines de siglo, cuando en muchos puntos de las Midlands y del Sur (y seguramente en áreas urbanas) la clase obrera se había acostumbrado a comprar pan en las panaderías, más que grano o harina en los mercados. No sabemos lo bastante para hacer un gráfico del cambio con exactitud, y seguramente se siguió cociendo el pan en las casas en gran medida.<sup>96</sup> Pero aun donde el cambio fue completo, no se debe subestimar la complejidad de la situación ni los objetivos de la multitud. Hubo, por supuesto, muchísimos pequeños motines frente a las panaderías, y muchas veces la multitud «fijaba el precio» del pan. Pero el panadero (cuyo trabajo en tiempos de precios altos puede haber sido muy poco envidiable) era el único que, entre todos los que bregaban con las necesidades de la gente (terratenientes, agricultores, arrieros y molineros), se hallaba en contacto diario con el consumidor, y se encontraba más protegido que cualquiera de los demás por la visible insignia del paternalismo. El Assize of Bread limitó clara y públicamente sus beneficios legítimos (tendiendo también de este modo a dejar el comercio de panadería en manos de numerosos pequeños comerciantes con poco capital) protegiéndolos así, hasta cierto punto, de la cólera popular. Incluso Charles Smith, el hábil exponente del libre comercio, pensaba que la continuación del Assize era oportuna: «En Pueblos y Ciudades grandes siempre será necesario establecer el Assize, para convencer al pueblo de que el precio que exigen los Panaderos no es más que lo que creen razonable los magistrados».<sup>97</sup>

El efecto psicológico del Assize fue, por ello, considerable. El panadero no podía tener esperanza de aumentar sus beneficios por encima de la cantidad calculada en el Assize más que con pequeñas estratagemas, algunas de las cuales —como el pan de peso escaso, adulteración, mezcla de harinas baratas y dañadas— estaban sujetas a rectificaciones legales o a recibir represalias instantáneas de la multitud. El panadero, ciertamente, tenía a veces que atender a sus propias relaciones públicas, incluso hasta el extremo de tener que poner a la multitud a su favor: cuando Hannah Pain de Kettering se quejó a los alguaciles sobre la escasez de peso del pan, el panadero «levantó al populacho contra ella... y dijo que merecía ser azotada, pues ya había suficientes heces de la sociedad de este tipo».<sup>98</sup> Muchas corporaciones, a lo largo del siglo, hicieron un gran espectáculo de la supervisión de pesos y medidas, y del castigo de los transgresores.<sup>99</sup> El «Justice Overdo» de Ben Jonson estaba todavía ocupado en las calles de Reading, Conventry o Londres:

Alegre, entra en todas las cervecerías y baja a todos los sótanos; mide las tortas ... pesa las hogazas de pan en su dedo corazón ... da las tortas a los pobres, el pan al hambriento, las natillas a sus niños.

Dentro de esta tradición encontramos a un magistrado de Londres, en 1795, que, llegando al escenario de un motín en Seven Dials, donde la multitud estaba ya demoliendo una panadería acusada de vender pan de peso escaso, intervino, se apoderó de las mercancías del panadero, pesó las hogazas y, encontrándolas realmente deficientes de peso, las distribuyó entre la multitud.<sup>100</sup>

Sin duda los panaderos, que conocían a sus clientes, se quejaban a veces de su impotencia para reducir los precios, y dirigían a la multitud hacia el molino o el mercado de granos. «Después de vaciar muchas panaderías —relataba el molinero de Snow Hill, Birmingham, refiriéndose al ataque de 1795—, vinieron en grandes grupos contra nosotros ...»<sup>101</sup> Pero en muchos casos la multitud elegía claramente sus propios blancos, eludiendo deliberadamente a los panaderos. Así, en 1740, en Norwich la gente «fue a casa de cada uno de los Panaderos de la Ciudad, y fijó una Nota en su Puerta con estas palabras: "Trigo a Diez y Seis Chelines la Rastra"». En el mismo año, en Wisbeach obligaron a «los Comerciantes a vender Trigo a cuatro peniques el *bushel* ... no sólo a ellos, sino también a los Panaderos, donde ellos regulaban los Pesos y Precios del Pan».<sup>102</sup>

Pero a esta altura está claro que estamos tratando con un modelo de acción mucho más complejo que el que se puede explicar satisfactoriamente por un encuentro cara a cara entre el populacho y molineros determinados, comerciantes o panaderos. Es necesario dibujar una imagen más amplia de las acciones de la multitud.

## V

Se ha sugerido que el término «motín» representa un instrumento de análisis tosco para muchos de los agravios y circunstancias concretos. Es también un término impreciso para describir los movimientos populares. Si buscamos la fórmula característica de la acción directa, deberíamos tomar, no las disputas en las panaderías en las afueras de Londres, ni aun las grandes refriegas provocadas por el descontento contra los grandes molineros, sino los «levantamientos populares» (muy especialmente los de 1740, 1756, 1766, 1795 y 1800), en los cuales los mineros del carbón y del estaño, los tejedores y operarios de calcetería fueron quienes se destacaron. Lo extraordinario de estas «insurrecciones» es,



en primer lugar, su disciplina y, en segundo lugar, el hecho de que exhiben un modelo de conducta cuyo origen debemos buscar unos cientos de años atrás; que más bien gana complejidad en el siglo XVIII; que se repite, aparentemente de manera espontánea, en diferentes puntos del país y después del transcurso de muchos años tranquilos. La acción central en este modelo no es el saqueo de graneros ni el robo de grano o harina, sino el acto de «fijar el precio».

Lo extraordinario de este modelo es que reproduce, a veces con gran precisión, las medidas de emergencia en épocas de escasez, cuya función, entre los años 1580 y 1630, fue codificada en el *Book of Orders*. Estas medidas de emergencia se emplearon en épocas de escasez en los últimos años del reinado de Isabel I, y se pusieron en vigor, en forma un tanto revisada, durante el reinado de Carlos I, en 1630. Durante el reinado de Isabel I se exigía a los magistrados la asistencia a los mercados locales,

y donde encuentre que es insuficiente la cantidad traída para abastecer y atender a dichos mercados y especialmente a las clases más pobres, se dirigirá a las casas de los Agricultores y otros dedicados a la labranza ... y verá qué depósitos y provisiones de grano han retenido tanto trillado como no trillado ...

Podían entonces ordenar a los agricultores mandar «cantidades convenientes» al mercado, para ser vendidas, «y esto a precio razonable». Los alguaciles adquirieron luego autoridad para «establecer un cierto precio por *bushel* de toda clase de grano».<sup>103</sup> La reina y su Consejo opinaban que los altos precios se debían en parte a los monopolistas y en parte a la «avaricia» de los cultivadores de grano, quienes «no están satisfechos con ninguna ganancia moderada, sino que buscan y proyectan medios de mantener altos los precios con la consiguiente manifiesta opresión de la clase más pobre». Las órdenes se deben imponer «sin ninguna parcialidad que perdone a ningún hombre».<sup>104</sup>

En esencia, pues, el *Book of Orders* otorgaba a los magistrados el poder (con la ayuda de tribunales locales) de inspeccionar las existencias de cereales en cámaras y graneros;<sup>105</sup> de ordenar el envío de ciertas cantidades al mercado; y de imponer con severidad todas las normas de la legislación sobre licencias y acaparamiento. No se podía vender grano fuera del mercado público, «salvo a algunos pobres artesanos, o Jornaleros de la parroquia en que viven, que no pueden llegar convenientemente a las Ciudades con Mercado». Las Ordenanzas de 1630 no facultaban explícitamente a los alguaciles para fijar el precio, pero les ordenaban asistir al mercado y asegurarse de que «se proveía a los pobres de los Granos necesarios ... con tan-

ta conveniencia en los Precios, como se pudiera obtener por medio de la Persuasión más enérgica de los alguaciles». El poder de fijar el precio del grano o la harina quedaba, en casos de emergencia, a mitad de camino entre la imposición y la persuasión.<sup>106</sup>

Esta legislación de emergencia se fue desmoronando durante las guerras civiles.<sup>107</sup> Pero la memoria popular, especialmente en una sociedad analfabeta es extraordinariamente larga. Poca duda cabe de que hay una tradición directa que se extiende desde el *Book of Orders* de 1630 a los movimientos de los trabajadores pañeros en el este y oeste de Inglaterra durante el siglo XVIII. (La persona instruida también tiene recuerdos muy profundos: el propio *Book of Orders* se volvió a publicar, extraoficialmente, en 1662, y nuevamente en 1758, con un discurso preliminar para el lector que se refería a la actual «alianza perversa para producir la escasez».)<sup>108</sup>

Las ordenanzas mismas eran en parte una respuesta a las presiones de los pobres:

El Grano es tan caro

Que no dudo que muchos morirán de hambre este año.

Así decía una copla fijada a la entrada de la iglesia en la parroquia de Wye (Kent) en 1630:

Si no os ocupáis de esto

algunos de vosotros vais a pasarlo mal.

Nuestras almas nos son caras,

de nuestro cuerpo tenemos algún cuidado.

Antes de levantarnos

menos cantidad será suficiente ...

Vosotros que estáis establecidos

mirad de no deshonorar vuestras profesiones ...<sup>109</sup>

Ciento treinta años después (1768) se clavaron nuevamente hojas incendiarias en las puertas de las iglesias (así como en las enseñas de las posadas) de parroquias dentro del mismo contorno de Scray, en Kent, incitando a los pobres a sublevarse.<sup>110</sup> Pueden observarse muchas continuidades semejantes, aunque sin duda el modelo de acción directa se extendió a nuestros distritos en el siglo XVIII. En muchas ocasiones, en las antiguas regiones fabriles del Este y el Oeste, la multitud sostuvo que, puesto que las autoridades se negaban a imponer «las leyes», tenían que imponerlas por sí mismos. En 1693, en Banbury y Chipping Norton la multitud

sacó el grano a la fuerza de los carros, cuando se lo llevaban los acaparadores, diciendo que estaban resueltos a ejecutar las leyes, ya que los magistrados no se ocupaban de hacerlo.<sup>111</sup>

Durante los desórdenes que se extendieron por el Oeste en 1766 el *sheriff* de Gloucestershire, un pañero, no pudo ocultar su respeto por los amotinados, los cuales

fueron ... a una casa de labranza y atentamente expresaron su deseo de que se trillara y llevara al mercado el trigo y se vendiera en cinco chelines por *bushel*, prometido lo cual y habiéndoles dado algunas provisiones sin solicitarlas, se marcharon sin la menor violencia u ofensa.

Si seguimos otros pasajes del relato del *sheriff* podemos encontrar la mayor parte de las características que presentan estas acciones:

El Viernes pasado, al toque de trompeta, se puso en pie una muchedumbre compuesta toda ella de la gente más baja, como tejedores, menestrales, labradores, aprendices y chicos, etc.

«Se dirigieron a un molino harinero que está cerca del pueblo ... abrieron los costales de Harina y la repartieron y se la llevaron y destruyeron el grano, etc.» Tres días después envió otro informe:

Visitaron a Agricultores, Molineros, Panaderos y tiendas de buhoneros, vendiendo grano, harina, pan, queso, mantequilla y tocino a sus propios precios. En general devolvieron el producto (es decir, el dinero) a los propietarios o en ausencia de ellos dejaron el dinero; y se comportaron con gran regularidad y decencia donde no encontraron oposición, con desenfreno y violencia donde la encontraron; pero saquearon muy poco, para evitar lo cual no permiten ahora a las Mujeres y a los muchachos que les acompañen.

Después de visitar los molinos y mercados en los alrededores de Gloucester, Stroud y Cirencester, se dividieron en grupos de cincuenta y cien, y visitaron las aldeas y fincas pidiendo que se llevara el grano al mercado a precios justos, y entrando a la fuerza en los graneros. Un grupo grande visitó al *sheriff* en persona, soltaron sus porras mientras les hablaba de sus delitos, escucharon con paciencia, «gritaron alegremente Dios Salve al Rey» y después recogieron sus porras y volvieron a la buena labor de fijar el precio. El movimiento tuvo en parte el carácter de huelga general de todo el distrito textil: «los amotinados entraron en nuestros talleres ... y forzaron a salir a todos los hombres quisieran o no unirse a ellos».<sup>112</sup>

Fue éste un movimiento extraordinariamente disciplinado y a gran escala. Pero el relato nos lleva a observar características que se encuentran repetidamente. Así, el movimiento de la multitud desde el mercado hacia los molinos y de allí (como en el *Book of Orders*) a las fincas, donde se inspeccionaban las existencias y se ordenaba a los agricultores enviar el grano al mercado al precio dictado por la multitud; todo esto se encuentra habitualmente. Ello iba a veces acompañado de la tradicional ronda de visitas a las residencias de las personas importantes para pedir contribuciones, forzadas o voluntarias. En Norwich, en 1740, la multitud, después de obligar a la baja de precios en la ciudad, y de apoderarse, en el río, de una barcaza cargada de trigo y centeno, pidió contribuciones a los ricos de la ciudad:

El martes por la Mañana temprano, se reunieron nuevamente, al toque de los Cuernos; y después de una breve Confabulación, se dividieron en grupos y salieron del Pueblo por diferentes Puertas, llevando delante de ellos un largo cartel que proponía visitar a los Caballeros y Agricultores de las aldeas vecinas, para exigirles Dinero, Cerveza Fuerte, etc. En muchos lugares, donde la Generosidad de la Gente no respondía a sus Expectaciones, se dice que mostraron su resentimiento pisoteando el Grano de los Campos ...

Las multitudes, en su deambular con el propósito de inspeccionar, se mostraron muy activas durante este año, especialmente en Durham y Northumberland, el West Riding y varias zonas del norte de Gales. Los manifestantes en contra de la exportación, que salieron de Dewsbury (abril de 1740), iban encabezados por un tamborilero y «algo parecido a una enseña o bandera»; realizaron un recorrido regular por los molinos locales, destruyendo maquinaria, cortando sacos y llevándose grano y harina. En 1766, la multitud que recorría el valle del Támesis en acto de inspeccionar se bautizó a sí misma con el nombre de «los Reguladores»; un agricultor aterrorizado les permitió dormir en la paja de su corral y «pudo oír desde su Aposento que hablaban entre sí sobre a quién habían asustado más, y dónde habían tenido mejor fortuna». El modelo continúa en la década de 1790: en Ellesmere (Shropshire) la multitud detuvo el grano que era conducido a los molinos y amenazó individualmente a los agricultores; en el bosque del Deán los mineros visitaron los molinos y las viviendas de los agricultores, exigiendo dinero «a las personas que encontraban en la carretera»; en el oeste de Cornualles los mineros del estaño visitaron las fincas con un dogal en una mano y en la otra un acuerdo escrito de llevar el grano a precios reducidos al mercado.<sup>113</sup>

Lo notable es la moderación, más que el desorden. Y no cabe la menor duda de que estas acciones eran aprobadas por un consenso popular abrumador; se siente la profunda convicción de que los precios *deben* ser regulados en épocas de escasez, y de que los explotadores se excluyen a sí mismos de la sociedad. En ocasiones, la multitud intentaba por persuasión o por fuerza atraerse a un magistrado, jefe de la policía de la parroquia o a algún otro representante de la autoridad, para presidir la *taxation populaire*. En 1766 en Drayton (Oxfordshire), miembros de un tropel fueron a casa de John Lyford

y le preguntaron si era Jefe de Policía; al contestar «sí» Cheer le dijo que debía acompañarlos a la Cruz y recibir el dinero de tres sacos de harina que habían tomado de una tal Betty Smith y que venderían a cinco chelines el *bushel*.

La misma muchedumbre se agenció al jefe de policía de Abingdon para el mismo servicio. El jefe de policía de Handborough (también en Oxfordshire) fue requerido de manera similar en 1795; la multitud fijó un precio —y un precio considerable— de 40 chelines el saco de un carro de harina que había sido interceptado, y le fue entregado el dinero correspondiente a no menos de quince sacos. En la isla de Ely, en el mismo año, «el populacho insistió en comprar carne a 4 peniques la libra, y pidieron al Sr. Gardner, un Magistrado, que supervisara la venta, como había hecho el Alcalde en Cambridge el Sábado por la noche». Y también en 1795 hubo cierto número de ocasiones en que la milicia o las tropas regulares supervisaron ventas forzadas, algunas veces a punta de bayoneta, mientras sus oficiales miraban resueltamente hacia otro lado. Una operación combinada de soldados y muchedumbre forzó al alcalde de Chichester a acceder a fijar el precio del pan. En Wells, miembros del 122 regimiento empezaron

a abuchear a los que ellos denominaban acaparadores o traficantes de mantequilla, a quienes persiguieron en distintas partes del pueblo; se apoderaron de la mantequilla; la reunieron toda; le pusieron centinelas; y después la echaron, y la mezclaron en una cuba; y después la vendieron al por menor, pesándola en balanzas y vendiéndola al precio de 8 peniques la libra ... aunque el precio normal que le daban los intermediarios era algo más de 10 peniques.<sup>114</sup>

Sería absurdo sugerir que, cuando se abría una brecha tan grande en los muros del respeto, muchos no aprovecharan la oportunidad para llevarse mercancías sin pagar. Pero existen abundantes testimonios de lo contrario, y algunos son impresionantes. Está el caso de los encajeros de Honiton

que, en 1766, quitaron el grano a los agricultores, lo vendieron en el mercado a precio popular y devolvieron a los agricultores, no sólo el dinero, sino también los sacos; la muchedumbre de Oldham, en 1800, racionó a cada comprador a dos celemines por cabeza, y las muchas ocasiones en que se detenían los carros en la carretera se vendía su contenido y se confiaba el dinero al carretero.<sup>115</sup>

Más aún, en aquellos casos en que se tomaban las mercancías sin pagarlas, o en que se cometían actos de violencia, sería prudente averiguar si el caso presenta alguna circunstancia particular agravante. Esta distinción se hace en el informe de una acción llevada a cabo en Portsea (Hampshire) en 1795. Los panaderos y carniceros fueron los primeros a quienes la multitud ofreció los precios por ella fijados: «a los que se amoldaron a estas exigencias se les pagó con exactitud», pero los que se negaron vieron sus tiendas desvalijadas, «sin recibir más dinero que el que quiso dejar el populacho». Los canteros de Port Isaac (Cornualles), en el mismo año, se apoderaron de la cebada almacenada para la exportación, pagando un precio razonablemente alto de 11 peniques el *bushel*, advirtiendo al mismo tiempo al propietario que «si pretendía transportar el remanente vendrían y lo tomarían sin compensación alguna». Con frecuencia aparecen motivaciones de castigo o venganza. El gran motín de Newcastle de 1740, en que los mineros y los bateleros irrumpieron en el ayuntamiento, destruyeron los libros, se repartieron el contenido de las arcas municipales y arrojaron barro y piedra a los concejales, se produjo tan sólo a consecuencia de dos provocaciones: primero, tras romperse un acuerdo entre los dirigentes de los mineros y los comerciantes (en el que actuó un concejal como árbitro), acuerdo que fijaba los precios del grano; segundo, cuando representantes de la autoridad, aterrorizados, dispararon contra la multitud desde las escaleras del ayuntamiento. En 1766, en Gloucestershire, se dispararon tiros contra la multitud desde una casa, lo cual, escribe el *sheriff*,

les molestó tanto que entraron por la fuerza en la casa, y destruyeron todos los muebles, ventanas, etc., y quitaron parte de las tejas; después reconocieron que se arrepentían mucho de este acto porque no era el dueño de la casa (que estaba fuera) el que había disparado contra ellos.

En 1795 los mineros del estaño organizaron un ataque contra un comerciante de Penryn (Cornualles) que había sido contratado para enviarles cebada, pero que les había mandado grano estropeado y en germinación. Cuando se atacaba a los molinos y se estropeaba la maquinaria, era a menudo como consecuencia de una advertencia prolongada que no había sido escuchada, o como castigo a alguna práctica escandalosa.<sup>116</sup>

Realmente, si deseamos poner en duda la visión no lineal y espasmódica del motín de subsistencias, no tenemos más que apuntar hacia este tema continuado de la intimidación popular, en el que hombres y mujeres a punto de morir de inanición atacaban no obstante molinos y graneros, no para robar el alimento, sino para castigar a los propietarios. Repetidamente, se derramaban el grano o la harina a lo largo de carreteras y setos, se arrojaban al río, se estropeaba la maquinaria y se abrían las compuertas del molino. Ante ejemplos de un comportamiento tal, las autoridades reaccionaban tanto con indignación como con asombro. Era un comportamiento (en su opinión) sintomático del estado de ánimo «frenético» y destemplado de una gente cuyo cerebro estaba excitado por el hambre. En 1795, tanto el justicia mayor como Arthur Young dirigieron discursos a los pobres en los que se destacaba que la destrucción del grano no era el mejor medio de mejorar el suministro de pan. Hannah More añadió una «Homilía de Medio Penique». Un versificador de 1800 nos da un ejemplo bastante más vivo de estas amonestaciones a las clases bajas:

Cuando pasas las horas con tus Amigos del campo,  
y tomas, con la abundancia que quieras, el vaso desbordante,  
cuando todo se vuelve tranquilo, si oyes por casualidad  
«que son los Acaparadores los que encarecen tanto el grano;  
que necesitan y conseguirán pan: ya han comido bastante  
arroz y Sopa, y engrudos por el estilo:  
lo tomarán sin pedirlo y se esforzarán por la fuerza y la violencia  
en vengarse de estos ladrones de granos»:  
John jura que luchará mientras le quede aliento,  
«es mejor ser colgado que morir de hambre:  
quemará el granero del Señor Hoardum, eso hará,  
sofocará al viejo Filchbag, y destruirá su molino».  
Y cuando preparen la Púa y la Horca  
y todos los útiles de la guerra rústica ...  
háblables de los males que acompañan los actos ilegales,  
acciones que, comenzadas en la ira, terminan en dolor,  
que quemar pajares, y destruir molinos,  
no producirá grano ni llenará los estómagos.<sup>117</sup>

¿Pero eran realmente tan ignorantes los pobres? Uno sospecha que, los molineros y comerciantes que estaban ojo avizor con respecto a la gente y al tiempo procuraban elevar al máximo sus beneficios, conocían mejor las circunstancias que los poetastros sentados en sus escritorios. Pues los pobres tenían sus propias fuentes de información. Trabajaban en los

puertos. Transportaban las barcazas a lo largo de los canales. Conducían los carros y manejaban las barreras de peaje. Trabajaban en los graneros y molinos... Con frecuencia conocían los hechos locales muchos mejor que la *gentry*; en muchas acciones fueron derechos a las provisiones de grano escondidas cuya existencia habían negado, de buena fe, los jueces de paz. Si es cierto que los rumores iban muchas veces más allá de todo límite, tenían siempre al menos su raíz en una ligera base de realidad. Los pobres sabían que la única forma de someter a los ricos era retorcerles el brazo.

## VI

Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres. Sabemos que en 1693 una gran cantidad de mujeres se dirigieron al mercado de Northampton, con «cuchillos escondidos en sus corpiños para forzar la venta del grano según su propia evaluación». En un motín contra la exportación en 1737, en Poole (Dorset), se informó que «los Grupos se componen de muchas Mujeres, y los Hombres las apoyan, y Juran que si alguien se atreve a molestar a alguna de las Mujeres en sus Acciones, ellas pueden levantar un Gran Número de Hombres y destruir tanto Barcos como Cargamentos». El populacho fue alzado, en Stockton (Furham) en 1740, por una «Señora con un palo y un cuerno». En Haverfordwest (Pembroke), en 1795, un anticuado juez de paz que intentó, con ayuda de un subalterno, luchar con los mineros del carbón, se quejó de que «las mujeres incitaban a los Hombres a la pelea, y eran perfectas furias. Recibí algunos golpes de alguna de ellas sobre mis Espaldas...». Un periódico de Birmingham describía los motines de Snow Hill como obra de «una chusma, incitada por furiosas mujeres». En docenas de casos ocurre lo mismo: las mujeres apedreando a un comerciante poco popular con sus propias patatas, o combinando astutamente la furia con el cálculo de que eran algo más inmunes que los hombres a las represalias de las autoridades; «las mujeres dijeron a los hombres del vulgo —dijo el magistrado de Haverfordwest refiriéndose a los soldados— que ellas sabían que las tenían en sus Corazones y que no les harían ningún daño».<sup>118</sup>

Estas mujeres parecen haber pertenecido a una prehistoria de su sexo anterior a la Caída, y no haber tenido conciencia de que debían haber esperado unos doscientos años para su liberación. (Southey podía escribir, como lugar común, en 1807: «Las mujeres están más dispuestas a amotinarse: tienen menos temor a la ley, en parte por ignorancia, y en parte porque abusan del privilegio de su sexo, y por consiguiente en todo tumulto público sobresalen en violencia y ferocidad».)<sup>119</sup> Eran también, por supuesto,



las más involucradas en la compra y venta cara a cara, las más sensibles a la trascendencia del precio, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior. Es probable que con mucha frecuencia las mujeres precipitaran los movimientos espontáneos, pero otros tipos de acciones se preparaban con más cuidado. Algunas veces se clavaban carteles en las puertas de iglesias o posadas. En 1740

se pregonó en Ketring un Partido de Fútbol de Quinientos Hombres de un lugar, pero la intención era Destruir los Molinos de la Señora Betey Jesmaine.

Es posible que a finales de siglo se hiciera más corriente la distribución de avisos escritos a mano. Proveniente de Wakefield (Yorkshire), 1795:

Para avisar

A todas las Mujeres domiciliadas en Wakefield que se desea se reúnan en la Iglesia Nueva ... el próximo Viernes a las Nueve ... para fijar el precio del trigo ...

Por deseo de los habitantes de Halifax  
que se reunirán con ellas allí.

De Stratton (Cornualles), 1801:

A todos los Hombres trabajadores y Comerciantes en la Centena de Stratton que están dispuestos a salvar a sus Mujeres e Hijos de la Terrible condición de ser llevados a la Muerte por Hambre por el agricultor insensible y acaparador ... Reuníos todos inmediatamente y marchad en temeroso Orden de Batalla hacia las Viviendas de los agricultores usureros, y Obligadlos a Vender el Grano en el Mercado, a un precio justo y razonable ...<sup>120</sup>

La acción espontánea en pequeña escala podía derivarse de una especie de abucheo o griterío ritual frente a la tienda del vendedor al por menor,<sup>121</sup> de la interceptación de carros de grano o harina al pasar por un centro populoso, o de la simple congregación de una multitud amenazante. Con gran rapidez se desarrollaba una situación de negociación: el propietario de las provisiones sabía muy bien que si no aceptaba voluntariamente el precio impuesto por la multitud (y su conformidad hacía muy difícil cualquier prosecución subsiguiente) corría el peligro de perder todas sus mercancías. Cuando fue interceptado un carro con sacos de trigo y harina en Handborough (Oxfordshire), en 1795, unas mujeres se subieron al carro y tiraron los sacos a los lados de la carretera.

Algunas de las personas allí reunidas dijeron que darían Cuarenta Chelines por el Saco de Harina, y que pagarían eso, y no darían más, y que si eso no era bastante, lo tomarían por la fuerza.

El propietario (un *yeoman*) lo aceptó finalmente: «Si tiene que ser ése el precio, que lo sea». El procedimiento de forzar la negociación se puede ver con igual claridad en la declaración de Thomas Smith, un panadero, que fue a Hadstock (Essex) con pan en sus alforjas (1795). Fue detenido en la calle de la aldea por un grupo de cuarenta o más mujeres y niños. Una de las mujeres (esposa de un trabajador) detuvo su caballo

y habiéndole preguntado si había rebajado el precio del Pan, él le dijo que no tenía Órdenes de los Molineros de rebajarlo, y ella dijo entonces «Por Dios que si no lo rebajas no dejarás ningún Pan en este Pueblo» ...

Varias personas entre la multitud ofrecieron entonces 9 peniques por un pan de 4 libras, mientras que él pedía 19 peniques. Entonces «juraron que si no se lo daba a 9 peniques la Hogaza se lo quitarían, y antes de que pudiera dar otra respuesta, varias Personas que estaban a su alrededor sacaron varias Hogazas de sus Cestas ...» Sólo al llegar a este punto aceptó Smith vender a 9 peniques la hogaza. La negociación fue bien entendida por ambas partes, y los vendedores al por menor, que tenían que contar con sus clientes tanto en los años buenos como en los malos, capitulaban con frecuencia ante las primeras señales de turbulencia por parte de la multitud.

En disturbios a gran escala, una vez formado el núcleo del motín, el resto de la muchedumbre era a menudo levantado a toque de trompeta y tambores. «El lunes pasado —comenzaba una carta de un magistrado de Shropshire en 1756—, los mineros de Broseley se reunieron al son de las trompetas, y se dirigieron al Mercado de Wenlock ...» El punto crítico era la reunión de un núcleo determinado. El destacado papel de los mineros no se explica por su «virilidad» y por el hecho de estar particularmente expuestos a la explotación del consumidor, sino también por su número y por la natural disciplina de una comunidad minera. «El jueves por la mañana —declaró John Todd, un minero de la mina de carbón de Heaton, Gateshead (1740)—, en el momento en que empezaba la ronda de noche», sus compañeros de mina, «en número de 60 u 80 detuvieron la bomba de agua de la mina ... y se propuso venir a Newcastle para fijar los precios del grano ...» Cuando vinieron desde la mina de carbón de Nook a Haverfordwest, en 1795 el magistrado relata que su ayudante dijo:

Doctor, aquí vienen los mineros ... yo levanté la vista y vi una gran multitud de hombres, mujeres y niños con porras de roble que bajaban por la calle gritando «todos a una, todos a una»,

los mineros explicaron más tarde que habían venido a petición de los pobres de la ciudad, que no tenían el ánimo necesario para fijar el precio por su cuenta.<sup>122</sup>

La composición de la multitud en cuanto a profesiones nos proporciona pocas sorpresas. Era (al parecer) bastante representativa de las ocupaciones de las «clases más bajas» en las zonas de motines. En Witney (Oxfordshire) encontramos informes contra un tejedor de mantas, un sastre, la mujer de un vendedor de bebidas alcohólicas y un criado; en Saffron Walden (Essex) acusaciones contra dos cabestreros, un zapatero, un albañil, un carpintero, un aserrador, un trabajador del estambre y nueve labradores; en varias aldeas de Devonshire (Sampford Peverell, Burlescomb, Culmstock) nos encontramos con que se acusa a un hilandero, dos tejedores, un cardador de lana, un zapatero, un bordador y diez trabajadores; en el suceso de Handborough se habló en una información de un carpintero, un cantero, un aserrador y siete labradores.<sup>123</sup> Había menos acusaciones en relación a la supuesta instigación por parte de personas con una posición superior en la vida de las que Rudé y otros han observado en Francia,<sup>124</sup> a pesar de que se sugería con frecuencia que los trabajadores eran alentados por sus superiores a adoptar un tono hostil hacia agricultores e intermediarios. Un observador del suroeste sostenía en 1801 que los motines estaban

ciertamente dirigidos por comerciantes inferiores, cardadores y disidentes, que se mantenían apartados pero, por su lenguaje e inmediata influencia, gobernaban a las clases bajas.<sup>125</sup>

Ocasionalmente, se adujo que personas que empleaban muchos trabajadores habían animado a sus propios obreros a actuar.<sup>126</sup>

Otra diferencia importante, en comparación con Francia, era la relativa inactividad de los braceros agrícolas de Inglaterra en contraste con la actividad de los *vignerons* y el pequeño campesinado francés. Muchos productores de cereal, por supuesto, continuaron con la costumbre de vender grano barato a sus propios braceros. Pero esto se aplicaba sólo a los braceros regulares, con contratos anuales, y a ciertos distritos. Por otra parte, los trabajadores rurales sí que participaban en los motines cuando otro grupo (como los mineros) formaba el núcleo original, o cuando una cierta actividad los reunía en número suficiente. Cuando un grupo

grande de braceros recorrió el valle del Támesis en 1766, la acción había comenzado entre cuadrillas que trabajaban en la barrera de portazgo de una carretera, quienes dijeron «con una sola voz: Vamos todos a una a Newsbury en una corporación para Poner más Barato el Pan». Una vez en el pueblo, lograron más apoyos, desfilando por la plaza y dando tres vítores. En East Anglia, en 1795, se creó un núcleo similar entre los *bankers* (cuadrillas «empleadas para limpiar Zanjas de Drenaje y en la presa»). Los *bankers* estaban también menos sujetos a la identificación inmediata y al castigo, o a las venganzas del paternalismo rural, que los trabajadores de la tierra, puesto que eran, «en su mayor parte, extranjeros de diferentes comarcas los cuales no son tan fácilmente apaciguados como los que viven en el lugar». <sup>127</sup>

En realidad, el motín de subsistencias no precisaba de un alto grado de organización. Necesitaba un consenso de apoyo en la comunidad, y un modelo de acción heredado, con sus propios objetivos y restricciones. La persistencia de esta forma de acción suscita una cuestión interesante: ¿hasta qué punto tuvo, en cualquier sentido, éxito? ¿Hubiera continuado durante tantos años —realmente cientos de años— si hubiera fracasado decididamente en lograr sus objetivos, y no hubiera dejado tras de sí más que unos pocos molinos destruidos y víctimas en las horcas? Es una pregunta especialmente difícil de contestar; pero que debe ser planteada.

## VII

A corto plazo, parece probable que el motín y la fijación de precios frustraran sus propios objetivos. Los agricultores se veían a veces intimidados hasta tal punto que se negaban después, durante varias semanas, a llevar sus productos al mercado. Es probable que la interdicción del movimiento del grano dentro de la región no hiciera más que agravar la escasez en otras. Aunque pueden encontrarse ejemplos en que el motín parece producir una caída de los precios, y ejemplos también de lo contrario, e incluso otros en los que parece haber poca diferencia en el movimiento de precios en mercados donde hubo y no hubo motín, ninguno de esos ejemplos —sean calculados por agregación o por término medio— tiene por qué revelar necesariamente el efecto que la *expectación* del motín producía sobre la situación total del mercado. <sup>128</sup>

Podemos tomar una analogía de la guerra. Los beneficios reales inmediatos de la guerra rara vez son significativos, ni para vencedores ni para vencidos, pero los beneficios que se pueden obtener de la *amenaza* de guerra pueden ser considerables y, sin embargo, la amenaza de guerra no com-

porta terror alguno si no se llega nunca a la sanción de la guerra. Si el mercado fue un campo de batalla de la guerra de clases en la misma medida en que llegaron a serlo la fábrica y la mina durante la Revolución industrial, entonces la amenaza del motín afectaría a la situación total del mercado, no sólo en años de escasez, sino también en años de cosecha media, y no sólo en pueblos destacados por su susceptibilidad al motín, sino también en aldeas donde las autoridades deseaban preservar una tradición de paz. Por muy meticulosamente que cuantifiquemos los datos disponibles, éstos no pueden mostrarnos a qué nivel habrían subido los precios si se hubiera eliminado totalmente la amenaza del motín.

Las autoridades de zonas propensas al motín dominaban a menudo los disturbios de manera equilibrada y competente. Esto nos permite a veces olvidar que el motín era una calamidad que producía con frecuencia una profunda dislocación de las relaciones sociales de la comunidad, cuyos efectos podían perdurar durante años. Los magistrados provinciales se encontraban muchas veces en un extremado aislamiento. Las tropas, si es que se las llamaba, podían tardar dos, tres o más días en llegar, y la multitud lo sabía muy bien. El *sheriff* de Gloucestershire, en los primeros días del «levantamiento» de 1766, no pudo sino acudir al mercado de Stroud con sus «hombres de jabalina». Un magistrado de Suffolk, en 1709, se abstuvo de encarcelar a los dirigentes de la muchedumbre porque «el Populacho amenazó con destruir tanto su casa como el Calabozo si castigaba a cualquiera de sus compañeros». Otro magistrado que, en 1740, dirigió un harapiento y nada marcial *posse comitatus* a través del Yorkshire del norte hasta Durham, haciendo prisioneros por el camino, quedó desalentado al ver a los ciudadanos de Durham darse la vuelta y liberar a dos de los presos a la puerta de la cárcel. (Tales rescates eran normales.) Un exportador de grano, de Flint, tuvo una experiencia aún más desagradable en el mismo año: los amotinados entraron en su casa, se bebieron la cerveza y el vino de su bodega, y permanecieron

con una Espada Desnuda apuntando al pecho de mi Nuera ... Tienen muchas Armas de Fuego, Picas y Espadas. Cinco de ellos con Picas declaran que cuatro son suficientes para llevar mis Cuatro Cuartos y el otro mi cabeza en triunfo con ellos ...

La cuestión del orden no era ni mucho menos sencilla. La insuficiencia de las fuerzas civiles se combinaba con la repugnancia a emplear la fuerza militar. Los funcionarios mismos tenían la suficiente humanidad y estaban acorralados por ambigüedades suficientes, en cuanto a sus poderes en caso de disturbios civiles, como para mostrar una marcada falta de entusiasmo por ser empleados en este «Servicio Odioso». <sup>129</sup> Si los magistrados locales

llamaban a las tropas, o autorizaban el uso de armas de fuego, tenían que seguir viviendo en el distrito después de la marcha de las tropas, incurriendo en el odio de la población local, quizá recibiendo cartas amenazadoras o siendo víctimas de rupturas de ventanas e incluso de incendios. Las tropas alojadas en un pueblo se hacían rápidamente impopulares incluso entre aquellos que al principio las habían llamado. Con extraña regularidad las peticiones para recibir ayuda de tropas son seguidas, en los documentos del Ministerio del Interior o del Ministerio de la Guerra, tras un intervalo de cinco o seis semanas, por peticiones para su retirada. Una lastimosa súplica de los habitantes de Sunderland, encabezada por su rector, pedía en 1800 la retirada del 68 regimiento:

Su principal objetivo es el robo. Varias personas han sido golpeadas y despojadas de sus relojes, y siempre se ha hecho de la manera más violenta y brutal.

A un joven le fracturaron el cráneo, a otro le cortaron el labio superior. Los habitantes de Wantage, Farringdon y Abingdon pidieron

en nombre de Dios ... que se lleven de este lugar la sección del Regimiento de Lord Landaff o si no el Asesinato será forzosamente la consecuencia, pues un grupo de Villanos como éste no ha entrado nunca en este pueblo.

Un magistrado local, que apoyaba esta petición, añadía que el

salvaje comportamiento de los soldados ... exaspera a la población hasta lo indecible. El trato normal de los campesinos en ferias y mercados se ha deteriorado mucho.<sup>130</sup>

El motín era una calamidad. El «orden» que podía seguir tras el motín podía ser una calamidad aún mayor. De aquí la ansiedad de las autoridades por anticiparse al suceso o abortarlo con rapidez en sus primeras fases, por medio de su presencia personal, por exhortaciones y concesiones. En una carta de 1773 el alcalde de Penryn, sitiado por iracundos mineros del estaño, escribe que el pueblo fue visitado por trescientos

de aquellos bandidos, con los cuales nos vimos forzados a parlamentar y llegar a un acuerdo por el cual les permitimos que obtuvieran el grano a un tercio menos de lo que había costado a los propietarios.

Tales acuerdos, más o menos forzados, eran corrientes. Un experimentado magistrado de Warwickshire, sir Richard Newdigate, anotó en su diario del 27 de septiembre de 1766:

A las once cabalgué a Nuneaton ... y, con las personas principales del pueblo, me entrevisté con los mineros y el populacho de Bedworth que vinieron vociferando y armados con palos, pidieron lo que querían, prometí satisfacer todas sus peticiones razonables si se apaciguaban y tiraban sus palos lo cual hicieron todos en el prado; después fui con ellos a todas las casas en que creían se había acaparado y permití a 5 o 6 entrar para registrar y persuadir a los dueños de vender el queso que se encontrase ...

Entonces los mineros abandonaron en orden el pueblo, después de que sir Richard Newdigate y otros dos les hubieran dado cada uno media guinea. Habían actuado, en efecto, de acuerdo con el *Book of Orders*.<sup>131</sup>

Este tipo de negociación, en los comienzos del motín, solía garantizar concesiones a la multitud. Pero debemos también observar los esfuerzos de los magistrados y terratenientes para prevenir el motín. Así, un magistrado de Shropshire en 1756 describe cómo los mineros «dicen que si los agricultores no traen su grano a los mercados, irán ellos a sus casas para trillarlo ellos mismos»:

Yo he enviado orden a mis arrendatarios para que cada uno lleve cierta cantidad de grano al mercado los sábados como único medio de prevenir mayores daños.

En el mismo año se puede ver a los magistrados de Devon realizando esfuerzos similares. Se había producido motines en Ottery, el grano de los agricultores había sido arrebatado y vendido a 5 chelines un *bushel* y varios molinos habían sido atacados. Sir George Yonge envió a su criado a fijar un pasquín admonitorio y conciliador en el mercado:

El populacho se congregó, insultó a mi Criado e intimidó al Pregonero ... al leer el pasquín declararon que no servía, no necesitaban molestar a los Caballeros porque Ellos fijarían el precio a 4 chelines 9 peniques en el próximo Día de Mercado: en vista de esto fui ayer al Pueblo y dije, tanto a la Gente Común como a los de mejor clase, que si la situación no permanecía tranquila habría de llamar al ejército ...

Él y dos miembros de la *gentry* de la vecindad enviaron su propio grano a los mercados locales:

He ordenado que el mío se venda a 5 chelines 3 peniques y 5 chelines 6 peniques por *bushel* a la gente más pobre, puesto que hemos decidido mantenerlo algo por encima del precio dictado por el populacho. Consultaré con los molineros para saber si pueden darnos algo de Harina ...

El alcalde de Exeter contestó a Yonge que las autoridades de la ciudad habían ordenado que se vendiera el grano a 9 chelines 6 peniques: «Todo quedó tranquilo en cuanto los agricultores bajaron el precio ...». Medidas similares se tomaban todavía en Devon en 1801, «ciertos caballeros entre los más respetables de la vecindad de Exeter ... ordenaron ... a sus Arrendatarios llevar el Grano al Mercado bajo pena de no renovarles los arrendamientos». En 1795 y 1800-1801, órdenes como éstas de los terratenientes tradicionalistas a sus arrendatarios eran frecuentes en otros condados. El conde de Warwick (un archipaternalista y defensor de la legislación contra los acaparadores con el máximo rigor) recorrió en persona sus propiedades dando órdenes como éstas a sus arrendatarios.<sup>132</sup>

Presiones tales, en prevención de un motín, pueden haber sido más eficaces de lo que se ha supuesto en cuanto a llevar grano al mercado, frenar la subida de precios e impedir ciertos tipo de lucro. Más aún, una predisposición al motín era ciertamente efectiva como advertencia a los ricos de que debían poner la organización de la beneficencia parroquial y de la caridad —grano y pan subvencionado para los pobres— en buenas condiciones. En enero de 1757, la corporación de Reading acordó:

que se organizara una suscripción para reunir dinero para comprar Pan que será distribuido entre los Pobres ... a un precio que se fijará muy por debajo del precio actual del Pan ...

La corporación misma donó 21 libras.<sup>133</sup> Tales medidas se adoptaban con mucha frecuencia, por iniciativa unas veces de una corporación, otras de un individuo de la *gentry*, algunas de las *Quarter Sessions*, otras de las autoridades parroquiales, o de los patronos, especialmente de aquellos que empleaban un número considerable de trabajadores (como los mineros del plomo) en distritos aislados.

Las medidas tomadas en 1795 fueron especialmente amplias, variadas y bien documentadas. Iban desde suscripciones directas para reducir el precio del pan (las parroquias enviaban a veces sus propios agentes directamente a los puertos a comprar grano importado), pasando por precios subvencionados para los pobres, hasta el sistema Speenhamland.\* El examen de dichas medidas nos adentraría más profundamente en la historia de las leyes de pobres de lo que es nuestra intención,<sup>134</sup> pero los efectos eran en

\* Sistema de ayuda a los pobres adoptado en 1795 por los magistrados del Berkshire y que se mantuvo en gran parte de Inglaterra incluso hasta principios del siglo XIX. (*N. de las t.*)



ocasiones curiosos. Las suscripciones, aunque tranquilizaban una zona, podían provocar un motín en otra adyacente al despertar un agudo sentimiento de desigualdad. En 1740, un acuerdo concertado en Newcastle para reducir los precios entre los comerciantes y una delegación de una manifestación de mineros (actuando concejales como mediadores) tuvieron como consecuencia que la ciudad se viera inundada por «gente del campo» de las aldeas de los alrededores; se intentó sin éxito limitar la venta a personas con un certificado escrito de un «Ajustador, un Encargado del Depósito del Carbón, un Medidor o un Capillero». La participación de soldados con motines encaminados a fijar el precio fue explicada por el duque de Richmond como producto de una desigualdad similar: alegaban los soldados que «mientras la Gente del Campo es socorrida por sus Parroquias y Suscripciones, los Soldados no reciben ningún Beneficio similar». Además, tales suscripciones, aunque su intención era «sobornar» al motín (real o potencial), podían a menudo producir el efecto de *eleva*r el precio del pan para los que no participaban del beneficio de la suscripción.<sup>135</sup> Este proceso puede observarse en Devon del sur, donde las autoridades actuaban todavía en 1801 dentro de la tradición de 1757. Una multitud se manifestó en Exeter, en el mercado, pidiendo trigo a 10 chelines el *bushel*:

Los Caballeros y los Agricultores se reunieron y el Pueblo esperó su decisión ... fueron informados de que no se aceptaría ningún precio que ellos propusieran o fijaran, y principalmente porque el principio de Fijar un Precio encontraría su oposición. Los Agricultores después acordaron el de 12 chelines y que cada Habitante lo obtuviera en proporción a su Familia ...

Los Argumentos de los descontentos en Exmouth son muy contundentes. «Dadnos cualquier cantidad que permitan las Existencias disponibles, y a un precio por el cual podamos obtenerla, y estaremos satisfechos; no aceptaremos ninguna Suscripción de la *Gentry* porque aumenta el precio, y supone una privación para ellos.»<sup>136</sup>

Lo que importa aquí no es solamente que los precios, en momentos de escasez, estuvieran determinados por muchos otros factores además de las simples fuerzas del mercado: cualquiera con un conocimiento, incluso pequeño, de las muy difamadas fuentes «literarias» tiene que ser consciente de ello. Es más importante observar todo el contexto socioeconómico dentro del cual operaba el mercado, y la lógica de la presión popular. Otro ejemplo, esta vez de un mercado libre de motines hasta el momento, puede demostrarnos esta lógica en acción. El relato proviene de un agricultor acomodado, John Toogod en Sherborne (Dorset). El año 1757 comenzó con una «queja general» contra los precios altos, y frecuentes informes de motines en otros lugares:

El 30 de abril, siendo Día de Mercado, muchos de nuestros ociosos e insolentes Hombres y Mujeres Pobres se reunieron y empezaron un Motín en la Plaza del Mercado, fueron al Molino de Oborn y trajeron muchos Sacos de Harina y dividieron el Botín aquí en Triunfo.

El lunes siguiente de encontró en la Abadía una carta anónima, dirigida al hermano de Toogood (que acababa de vender 10 *bushels* de trigo a 14 chelines 10 peniques —«verdaderamente un precio alto»— a un molinero): «Señor, si no traéis vuestro Trigo al Mercado, y lo vendéis a un precio razonable, serán destruidos vuestros graneros ...».

Puesto que los motines son una Cosa muy nueva en Sherborne ... y puesto que las Parroquias vecinas parecían estar a punto de participar en este Deporte pensé que no había Tiempo que perder, y que era conveniente aplastar este Mal de Rafz, para lo cual tomamos las siguientes Medidas.

Habiendo convocado una Reunión en el Hospicio, se acordó que el señor Jeffrey y yo hiciéramos un Informe de todas las Familias del Pueblo más necesitadas, hecho esto, reunimos alrededor de 100 libras por Suscripciones y, antes del Siguiente Día de Mercado, nuestro Juez de Paz y otros habitantes principales hicieron una Procesión a través de todo el Pueblo y publicaron por medio del Pregonero del Pueblo el siguiente Aviso:

«Que se entregará a las Familias Pobres de este Pueblo una Cantidad de Trigo suficiente para su Mantenimiento todas las Semanas hasta la Cosecha al Precio de 8 chelines por *bushel* y que si cualquier persona después de este aviso público utiliza cualquier expresión amenazadora o cometiera cualquier motín o Desorden en este Pueblo será el culpable condenado a Prisión en el acto».

Después contrataron la compra de trigo a 10 chelines y 12 peniques el *bushel*, suministrándolo a la «Lista de Pobres» a 8 chelines hasta la cosecha. (60 *bushels* a la semana en este período supondrían un subsidio de entre 100 y 200 libras.)

Por estos medios restauramos la Paz, y desilusionamos a muchos Sujetos vagos y desordenados de las Parroquias Vecinas, que aparecieron en el Mercado con los Sacos vacíos, esperando haber obtenido Grano sin Dinero.

John Toogood, escribiendo este relato para guía de sus hijos, concluía con el consejo:

Si circunstancias como éstas concurren en el futuro en vuestra Vida y alguno se dedica a los Negocios de la Agricultura, no dejéis que os tiente un ojo Codicioso a ser los primeros en aumentar el Precio del Grano, sino dejad mejor que

vuestra Conducta muestre alguna Compasión y Caridad hacia la Condición del Pobre ...<sup>137</sup>

Es dentro de un contexto como éste donde se puede descubrir la función del motín. Éste pudo ser contraproducente a corto plazo, aunque no se haya demostrado todavía. Pero, repetimos, el motín era una calamidad social que debía evitarse a cualquier coste. Podía consistir en lograr un término medio entre un precio «económico» muy alto en el mercado y un precio «moral» tradicional determinado por la multitud. Este término se podía alcanzar por medio de la intervención de los paternalistas, por la automoderación de agricultores y comerciantes, o conquistando a una parte de la multitud por medio de la caridad y los subsidios. Como cantaba alegremente Hannah More, en el personaje del sentencioso Jack Anvil al intentar disuadir éste a Tom Hood de unirse al motín:

Así, trabajaré todo el día, y el Domingo buscaré  
en la Iglesia cómo soportar todas las necesidades de la semana.  
Las gentes de bien, también, nos proporcionarán provisiones.  
Harán suscripciones ... y renunciarán a sus bizcochos y pasteles.

*Derry down*<sup>138</sup>

Sí, *Derry down* y ¡tra-lará-lará! Sin embargo, siendo como era el carácter de las gentes de bien, era más probable que un motín ruidoso en la parroquia vecina engrasara las ruedas de la caridad que la imagen de Jack Anvil arrodillado en la iglesia. Como lo expresaron sucintamente las coplas colocadas *fuera* de las puertas de la iglesia en Kent en 1630:

Cuanto antes nos levantemos  
menos sufriremos.\*

## VIII

Hemos estado examinando un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del bienestar público en tiempos de escasez. Normalmente no es útil examinarlo con relación a

\* Before we arise / Less will safise.

intenciones políticas claras y articuladas, a pesar de que éstas surgieran a veces por coincidencia casual. Pueden encontrarse a menudo frases de rebelión, normalmente destinadas (sospecho) a helar la sangre de los ricos con su efecto teatral. Se decía que los mineros de Newcastle, animados por el éxito de la toma del ayuntamiento, «eran partidarios de poner en práctica los antiguos principios niveladores»; al menos desgarraron los retratos de Carlos II y Jacobo II e hicieron pedazos sus marcos. En contraste, los barqueros de Henley (Oxfordshire) gritaron «Viva el Pretendiente» en 1743, y alguien en Woodbridge (Suffolk) clavó un aviso en el mercado, en 1766, que el magistrado local consideró «particularmente descarado y sedicioso y de alta y delicada significación»: «Deseamos —decía— que nuestro exiliado Rey pueda venir o enviar algunos funcionarios». Es posible que esa misma intención amenazante tuvieran en el Suroeste, en 1753, las amenazas de que «los Franceses estarán aquí pronto».<sup>139</sup>

Más habituales son las amenazas generales de «nivelación» e imprecaciones contra los ricos. En Witney (1767) una carta aseguraba a los alguaciles de la ciudad que la gente no permitiría a «estos malditos pillos resollantes y cebados que Maten de Hambre a los Pobres de Manera tan Endemoniada para que ellos puedan dedicarse a la caza, las carreras de caballos, etc., y para mantener a sus familias en el Orgullo y la extravagancia». Una carta dirigida al Gold Cross de Snow Hill en Birmingham (1766) firmada por «Kidderminster y Stourbridge», se acerca más al tipo de la copla

... tenemos un Ejército de más de tres mil todos dispuestos a luchar  
y maldito sea si no hacemos polvo el ejército del Rey  
si resulta que el Rey y el Parlamento no lo remedian  
convertiremos Inglaterra en Basura  
y si incluso así no abaratan las cosas  
maldito sea si no quemamos el Parlamento y lo arreglamos todo...\*

En 1772, una carta de Colchester, dirigida a todos los agricultores, molineros, carniceros, tenderos y comerciantes de granos, advertía a todos los «Malditos Pillos» que tuvieran cuidado,

\* ... there is a smal Army of us upwards of three thousand all ready to fight / & I'll be dam'd if we don't make the King's Army to shite / If so be the King & Parliament don't order better / we will turn England into a Litter / & if so be as things don't get cheaper / I'll be damd if we don't burn down the Parliament House & make all better ...

porque estamos en noviembre y tenemos unas doscientas o trescientas bombas listas para los Molineros y para todos, y no habrá ni rey ni parlamento sólo una maraña de pólvora por toda la nación.

En 1766, se advirtió a los *gentleman* de Fareham (Hampshire) que se prepararan «para una guerra del Populacho o Civil» que «arrancaría a Jorge de su trono y derrumbaría las casas de los pillos y destruiría los sitios de los Legisladores». «Es mejor Soportar un Yugo Extranjero que ser maltratados de esta forma», escribía un aldeano de cerca de Hereford al año siguiente. Y casos similares se encuentran en casi todos los lugares de Inglaterra. Es, principalmente, retórica, aunque una retórica que deshace la retórica de los historiadores respecto a la deferencia y solidaridad social en la Inglaterra de Jorge III.<sup>140</sup>

Únicamente en 1795 y 1800-1801, cuando es frecuente encontrar un matiz jacobino en estas cartas y volantes, tenemos la impresión de que existe una corriente subterránea de motivaciones políticas articuladas. Un tajante ejemplo de ellas es cierta copla dirigida a «los que hacen los caldos y los Amasadores» que alarmó a un magistrado de Maldon (Essex):

Queréis que se alimenten los pobres de bazofia y granos  
y bajo la guillotina querríamos ver vuestras cabezas  
porque creo que es una vergüenza atender a los pobres así,  
y creo que algunas de vuestras cabezas serán un buen espectáculo.\*

Cientos y cientos de cartas como éstas circularon en estos años. De Uley (Gloucestershire), «no el Rey sino una Constitución abajo abajo abajo oh caed altos gorros y orgullosos sombreros por siempre abajo abajo...». En Lewes (Sussex), después de haber sido ejecutados varios hombres de la milicia por su participación en la fijación de precios, fue colocado un cartel: «¡A las armas, soldados!»,

levantaos y vengad vuestra causa  
contra esos malditos bestias, Pitt y Jorge,  
porque ya que no pueden mandaros a Francia  
a ser asesinados como Cerdos, o atravesados por una Lanza,  
sois requeridos urgentemente para que volváis rápidamente  
y os maten como Cuervos, o colgados por turno ...\*\*

\* On Swill & Grains you wish the poor to be fed / And underneath the Guillintine we could wish to see your heads / For I think it is a great shame to serve the poor so — / And I think a few of your heads will make a pretty show.

\*\* Arise and revenge your cause / On those bloody numskulls, Pitt and George, / For since they no longer can send you to France / To be murdered like Swine, or pierc'd by the Lan-

En Ramsbury (Wiltshire), en 1800, se fijó un cartel en un árbol:

Terminad con vuestro Lujurioso Gobierno tanto espiritual como temporal o os Moriréis de Hambre. Os han quitado el Pan, Queso, Carne, etc., etc., etc., etc., y hasta vuestras vidas os han quitado a miles en sus Expediciones que la Familia Borbónica defienda su propia causa y volvamos nuestra vista, los verdaderos ingleses, hacia nosotros devolvamos a algunos a Hanover de donde salieron. Abajo con vuestra Constitución. Erigid una república o vosotros y vuestros hijos pasaréis hambre el Resto de vuestros días. Queridos Hermanos, reclinareís vuestras cabezas y moriréis bajo estos Devoradores de Hombres y dejaréis a vuestros hijos bajo el peso del Gobierno de Pillos que os está devorando.

Dios Salve a los Pobres y abajo Jorge III.<sup>141</sup>

Pero estos años de crisis bélicas (1800-1801) necesitarían un estudio aparte. Estamos llegando al fin de una tradición, y la nueva apenas ha surgido. En estos años, la forma alternativa de presión económica —presión sobre los salarios— se hace más vigorosa; hay también algo más que retórica bajo el lenguaje sedicioso: organización obrera clandestina, juramentos, los sombríos «Ingleses unidos». En 1812 los motines tradicionales de subsistencias coinciden con el ludismo. En 1816, los trabajadores de East Anglia no solamente fijan los precios, sino que también exigen un salario mínimo y el fin del socorro Speenhamland. Estos motines se acercan a la revuelta de los jornaleros, muy diferente, de 1830. La antigua forma de acción subsiste en los años 1840 e incluso más tarde, con raíces especialmente profundas en el suroeste.<sup>142</sup> Pero en las nuevas zonas de la Revolución industrial evoluciona gradualmente hacia otras formas de acción. La ruptura en los precios del trigo después de las guerras facilitó la transición. En las ciudades del Norte, la lucha contra los agiotistas de grano dio paso a la lucha contra las leyes de cereales.

Hay otra razón por la cual los años 1795 y 1800-1801 nos sitúan en un terreno histórico distinto. Las formas de acción que hemos examinado dependen de un conjunto particular de relaciones sociales, un equilibrio especial entre la autoridad paternalista y la muchedumbre. Este equilibrio se dislocó con las guerras, por dos motivos. En primer lugar, el antijacobinismo de la *gentry* produjo un nuevo temor hacia cualquier forma de actividad popular; los magistrados estaban dispuestos a ver señales de sedición en las acciones encaminadas a la fijación de precios,

---

ce, / You are sent for by Express to make a speedy Return / To be shot like a Crow, or hang'd in your Turn ...

incluso cuando no existía tal sedición; el temor a la invasión levantó a los Voluntarios, dando de esta forma a los poderes civiles medios mucho más inmediatos para enfrentarse a la muchedumbre, no parlamentando y con concesiones, sino con la represión.<sup>143</sup> En segundo lugar, esta represión resultaba legitimada, en opinión de las autoridades centrales y de muchas locales, por el triunfo de una nueva ideología de economía política.

El secretario del Interior, duque de Portland, sirvió como diputado temporal de este triunfo celestial. Hizo gala, en 1800-1801, de una firmeza completamente nueva, no solamente en su manera de tratar los desórdenes, sino al anular y reconvenir a las autoridades locales que todavía apoyaban el viejo paternalismo. En septiembre de 1800 tuvo lugar en Oxford un episodio significativo. Por un cierto asunto relacionado con la determinación del precio de la mantequilla en el mercado, la caballería hizo su aparición en la ciudad (a petición —se descubrió— del subsecretario). El secretario del Ayuntamiento, por indicación del alcalde y los magistrados, escribió al secretario de la Guerra, expresando su «sorpresa porque un cuerpo del ejército de soldados de caballería haya aparecido esta mañana temprano»:

Tengo el placer de informarle que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción ...

«No obstante la extrema tensión de los tiempos», las autoridades de la ciudad eran de la «decidida opinión» de que no había «lugar en esta ciudad para la presencia del Ejército regular», especialmente porque los magistrados estaban desplegando la mayor actividad para reprimir «lo que ellos creen que es una de las causas principales de la carestía, los delitos de acaparamiento, monopolio y reventa ...».

La carta del secretario del Ayuntamiento fue enviada al duque de Portland, de quien recibió una grave reprimenda:

Su Excelencia ... desea que informe al Alcalde y Magistrados, que, puesto que su situación oficial le permite apreciar de manera muy especial el alcance del daño público que se seguirá inevitablemente de la continuación de los sucesos tumultuosos que han tenido lugar en varias partes del Reino como consecuencia de la actual escasez de provisiones, se considera más inmediatamente obligado a ejercer su propio juicio y discreción en ordenar que se tomen las medidas adecuadas para la eliminación inmediata y efectiva de tan peligrosas

acciones. Porque lamentando mucho Su Excelencia la causa de estos Motines, nada es más cierto que éstos no pueden producir otro efecto que el de aumentar el mal más allá de todo posible cálculo. Su Excelencia, por tanto, no puede permitirse pasar en silencio la parte de su carta que afirma «que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción».

Lejos de considerar esta circunstancia desde el punto de vista trivial en que aparece en su carta (incluso suponiendo que no esté conectada con otras de naturaleza similar y aún más peligrosas, que esperamos no sea el caso), Su Excelencia lo ve desde el punto de vista de un ataque violento e injustificado a la propiedad, preñado de las más fatales consecuencias para la Ciudad de Oxford y sus habitantes de cualquier clase; lo cual, Su Excelencia da por supuesto que el Alcalde y Magistrados debían haber pensado que era su obligado deber suprimir y castigar mediante el inmediato apresamiento y condena de los transgresores.<sup>144</sup>

A lo largo de 1800 y 1801, el duque de Portland se ocupó de imponer las mismas doctrinas. El remedio contra los desórdenes era el ejército o los voluntarios; incluso las generosas suscripciones para conseguir grano barato debían ser desaconsejadas, porque agotaban las existencias; la persuasión ejercida sobre agricultores o comerciantes para reducir los precios era delito contra la economía política. En abril de 1801 escribía al conde Mount Edgcombe,

Su Señoría debe excusar la libertad que me tomo de no dejar pasar desapercibido el acuerdo al cual, según menciona, han llegado voluntariamente los Agricultores de Cornualles para proveer a los Mercados de Grano y otros Artículos de Provisión a Precios reducidos ...

El duque había recibido información de que los agricultores habían sido objeto de presiones por parte de las autoridades del condado:

... mi experiencia ... me obliga a decir que toda empresa de este tipo no se puede justificar por la naturaleza de las cosas y tiene inevitablemente, y pronto, que aumentar y agravar la desgracia que pretende aliviar, y me atreveré incluso a afirmar que cuanto más general se haga más perjudiciales serán las consecuencias que a la fuerza la acompañarán, porque necesariamente impide el Empleo de Capital en la Agricultura ...<sup>145</sup>

La «naturaleza de las cosas» que en otros momentos había hecho imperativa, en épocas de escasez por lo menos, una solidaridad simbólica entre



las autoridades y los pobres, dictaba ahora la solidaridad entre las autoridades y «el Empleo de Capital». Es, quizá, adecuado que el ideólogo que sintetizó un antijacobinismo histérico con la nueva economía política fuese quien firmase la sentencia de muerte de aquel paternalismo que, en sus más sustanciosos pasajes de retórica, había celebrado. «El *Pobre Trabajador* —exclamó Burke—, dejemos que la compasión se muestre en la acción»,

pero que nadie se lamente por su condición. No es un alivio para sus míseras circunstancias; es sólo un insulto para su mísero entendimiento ... Paciencia, trabajo, sobriedad, frugalidad y religión le deben ser recomendados; todo lo demás es un *fraude* total.<sup>146</sup>

Contra un tono como éste, el cartel de Ramsbury era la única respuesta posible.

## IX

Espero que de este relato haya surgido un cuadro algo diferente del acostumbrado. He intentado describir, no un espasmo involuntario, sino un modelo de comportamiento del cual no tendría por qué avergonzarse un isleño de Trobriand.

Es difícil reimaginar los supuestos morales de otra configuración social. No nos es fácil concebir que pudo haber una época, dentro de una comunidad menor y más integrada, en que parecía «antinatural» que un hombre se beneficiara de las necesidades de otro, y cuando se daba por supuesto que, en momentos de escasez, los precios de estas «necesidades» debían permanecer al nivel acostumbrado, incluso aunque pudiera haber menos.

«La economía del municipio medieval —escribió R. H. Tawney— era tal, que el consumo ostentaba, en cierta medida, la misma primacía en la mentalidad pública, como árbitro indiscutido del esfuerzo económico, que el siglo XIX atribuía a los beneficios.»<sup>147</sup> Estos supuestos se encontraban, naturalmente, fuertemente amenazados mucho antes del siglo XVIII. Pero en nuestras historias se abrevian con demasiada frecuencia las grandes transiciones. Abandonamos el acaparamiento y la doctrina del precio justo en el siglo XVII y empezamos la historia de la economía de libre mercado en el siglo XIX. Pero la muerte de la antigua economía moral de abastecimientos tardó tanto en consumarse como la muerte de la intervención paternalista en la industria y el comercio. El consumidor de-

fendió sus viejas nociones de derecho con la misma tenacidad que (quizá el mismo hombre en otro papel) defendió su situación profesional como artesano.

Estas nociones de derecho estaban claramente articuladas y llevaron durante mucho tiempo el *imprimatur* de la Iglesia. El *Book of Orders* de 1630 consideraba el precepto moral y el ejemplo como una parte integral de las medidas de emergencia:

Que todas las buenas Medidas y Persuaciones sean utilizadas por los Justicias en sus distintas Divisiones, y por Admoniciones y Exhortaciones en Sermones en las Iglesias ... que los Pobres sean provistos de Grano a Precios convenientes y caritativos. Y además de esto, que las clases más ricas sean seriamente movidas por la caridad cristiana, a hacer que su grano se venda al Precio común del Mercado a las clases más pobres: Una acción piadosa, que será sin duda recompensada por Dios Todopoderoso.

Por lo menos uno de estos sermones, predicado en Bodmin y Fowey (Cornualles) (antes de reunirse la *Quarter Session*), en 1630, por el reverendo Charles Fitz-Geffrey, era todavía conocido por los lectores del siglo XVIII. Los acaparadores de trigo eran denunciados como

esos que odian al Hombre, contrarios al bien Común, como si el mundo se hubiera hecho sólo para ellos, que se apropiarían de la tierra, y de sus frutos, exclusivamente para ellos ... como las Codornices engordan con Cicuta, que es un veneno para otras criaturas, así ellos se alimentan de la escasez ...

Son «enemigos de Dios y del Hombre, opuestos tanto a la Gracia como a la Naturaleza». Por lo que respecta al comerciante, que exporta grano en momentos de escasez, «el sabor del lucro le es dulce, a pesar de haberlo sacado hurgando en el charco de la más sucia profesión de Europa ...». <sup>148</sup>

Al avanzar el siglo XVII enmudeció este tipo de exhortación, especialmente entre los puritanos. En Baxter, una parte del precepto moral se diluye en una parte de casuística y otra de prudencia comercial: «debe ejercerse la caridad así como la justicia», si bien los productos podían ser retenidos en espera de la subida de precios, esto no debía hacerse «en perjuicio de la nación, como si ... el retenerlos fuera la causa de la escasez». <sup>149</sup> Las antiguas enseñanzas morales se dividieron, progresivamente, entre la *gentry* paternalista por un lado, y la plebe rebelde por otro. Hay un epitafio en la iglesia de Stoneleigh (Warwickshire) dedicado a Humphrey How, portero de lady Leigh, que murió en 1688:

Aquí Yace un Fiel Amigo del Pobre  
 que repartió Abundantes Limosnas de la Despensa de su señor  
 no Lloréis pobre gente aunque haya Muerto Vuestro Servidor  
 el Señor en persona Os Dará Pan a Diario  
 si el Mercado Sube no Protestéis Amargamente Contra sus Precios  
 el Precio es Siempre el Mismo a las Puertas de Stone Leigh.<sup>150</sup>

Los antiguos preceptos resonaron a lo largo del siglo XVIII y ocasionalmente podían todavía oírse desde el púlpito:

La Exacción de cualquier tipo es vil; pero en lo que se refiere al grano es del tipo más vil. Recae con más peso sobre los Pobres, es robarles porque lo son ... es asesinar abiertamente a *aquellos* que se encuentran medio muertos y saquear el Barco naufragado... éstos son los Asesinos acusados por el hijo de *Sir-rach*, cuando dijo: *El Pan del Pobre es su vida: aquel que se lo robare es por ello un Hombre Sanguinario* ... Con justicia se puede llamar a tales opresores «*Hombres Sanguinarios*»; y con seguridad que de la Sangre de aquellos que mueren por su culpa se les tomará cuenta.<sup>151</sup>

Se encontraban con más frecuencia en folletos o periódicos:

Mantener alto el Precio del Sostén mismo de la vida en una Venta tan extravagante, que el Pobre ... no puede comprarlo es la mayor iniquidad de que cualquier hombre puede ser culpable; no es menos que el Asesinato, no, el más Cruel Asesinato.<sup>152</sup>

A veces en hojas sueltas impresas y baladas:

idos ahora hombres ricos de corazón duro,  
 llorad y gritad en vuestra desgracia,  
 vuestro oro corrupto se levantará contra vosotros,  
 y será Testigo contra vuestras almas ...<sup>153</sup>

y frecuentemente en cartas anónimas. «No hagáis del dinero vuestro dios», se advertía a los *gentleman* de Newbury en 1772:

sino pensad en los pobres, vosotros grandes hombres pensáis ir al cielo o al infierno, pensad en el sermón que se predicó el 15 de marzo porque malditos seamos si no os obligamos pensáis matar de hambre a los pobres vosotros malditos hijos de puta ...<sup>154</sup>

«¡Mujer Avariciosa!», decían los mineros del estaño dirigiéndose a una acaparadora de trigo de Cornualles, en 1795:

Estamos ... decididos a reunirnos y marchar inmediatamente hasta llegar a tu Ídolo o tu Dios o tu Moisés [?], a quien consideras como tal y destruirlo y lo mismo tu Casa ...<sup>155</sup>

Hoy no damos importancia a los mecanismos extorsionadores de una economía de mercado no regulado porque a la mayoría de nosotros nos causan sólo inconvenientes y perjuicios de poca monta. En el siglo XVIII no era éste el caso. Las escaseces eran verdaderas escaseces. Los precios altos significaban vientres hinchados y niños enfermos cuyo alimento consistía en un pan basto hecho con harina rancia. No se ha publicado todavía ningún testimonio que muestre algo parecido a la clásica *crise des subsistances* francesa en la Inglaterra del siglo XVIII:<sup>156</sup> es verdad que la mortalidad de 1795 no se aproximó a la de Francia en el mismo año, pero hubo lo que la clase acomodada describió como una desgracia «verdaderamente penosa»; la subida de precios, escribió uno, «les ha despojado de las Ropas que cubrían sus hombros, les ha arrancado los zapatos y las medias de los pies, y arrebatado la comida de la boca».<sup>157</sup> El levantamiento de los mineros del estaño en Cornualles fue precedido de escenas angustiosas: los hombres se desmayaban en el trabajo y tenían que ser llevados a sus casas por sus compañeros, que no estaban en mucho mejor estado. La escasez fue acompañada por una epidemia de «Fiebre Amarilla», muy probablemente la ictericia que acompaña a la inanición.<sup>158</sup> En un año como éste, el «buhonero» de Wordsworth deambulaba entre las cabañas y vio

Las desgracias de aquella estación; muchos ricos  
se hundían como en un sueño entre los pobres,  
y muchos pobres dejaron de vivir,  
y sus lugares no les reconocieron ...<sup>159</sup>

Ahora bien, si el mercado era el punto en el que los trabajadores sentían con mayor frecuencia que estaban expuestos a la explotación, era también el lugar —especialmente en distritos rurales o en distritos fabriles dispersos— donde podían llegar a organizarse con más facilidad. La comercialización (o la «compra») se hace progresivamente más impersonal en una sociedad industrial madura. En la Inglaterra o la Francia del siglo XVIII (en regiones del sur de Italia, o de Haití, o de la India rural, o del África de hoy) el mercado permaneció como nexo social tanto como económico. Era el lugar donde se llevaban a cabo cientos de transacciones sociales y personales, donde se comunicaban las noticias, circulaban el rumor y la murmuración y se discutía de política (cuando se hacía) en las

posadas o bodegas que rodeaban la plaza del mercado. Era el lugar donde la gente, por razón de su número, sentía por un momento que era fuerte.<sup>160</sup>

Las confrontaciones en el mercado, en una sociedad «preindustrial», son, por supuesto, más universales que cualquier experiencia nacional, y los preceptos morales elementales del «precio razonable» son igualmente universales. Se puede sugerir, en verdad, la supervivencia en Inglaterra de una imagería pagana que alcanza niveles más oscuros que el simbolismo cristiano. Pocos rituales folclóricos han sobrevivido con tanto vigor hasta fines del siglo XVIII como toda la parafernalia hogareña durante la cosecha, con sus encantos, sus cenas, sus ferias y festivales; incluso en áreas fabriles el año transcurría todavía al ritmo de las estaciones y no al de los bancos. La escasez representa siempre para tales comunidades un profundo impacto psíquico que, cuando va acompañado del conocimiento de injusticias y de la sospecha de que la escasez es manipulada, el choque se convierte en furia.

Impresiona, al abrirse el nuevo siglo, el creciente simbolismo de la sangre y su asimilación a la demanda de pan. En Nottingham, en 1812, las mujeres marcharon con una hogaza colocada en lo alto de un palo, listada de rojo y atada con un crespón negro, representando el «hambre sangrienta, engalanada de arpillera». En Yeovil (Somerset), en 1816, apareció una carta anónima, «Sangre y Sangre y Sangre, tiene que haber una Revolución General ...», firmada con un tosco corazón sangrante. En los motines de East Anglia, en el mismo año, frases como «Tomaremos sangre antes de cenar». En Plymouth, «una *Hogaza* que ha sido *bañada en sangre*, con un corazón a su lado, fue encontrada en las calles». En los grandes motines de Merthyr, de 1831, se sacrificó un ternero y una hogaza empapada en su sangre, clavada en el asta de una bandera, sirvió como emblema de la revuelta.<sup>161</sup>

Esta furia en relación con el grano es una culminación curiosa de la época de los adelantos agrícolas. En la década de 1790, la *gentry* misma estaba algo perpleja. Paralizados a veces por un exceso de alimentos nutritivos,<sup>162</sup> los magistrados, de vez en cuando, abandonaban su industriosa compilación de archivos para los discípulos de sir Lewis Namier, y miraban desde las alturas de sus parques a los campos de cereales donde sus labriegos pasaban hambre. (Más de un magistrado escribió al Home Office, en coyuntura tan crítica, describiendo las medidas que tomaría contra los amotinados si no estuviera confinado en su casa por la gota.) El condado no estará seguro durante la cosecha, escribió el señor lugarteniente de Cambridgeshire, «sin algunos soldados, pues había oído que el Pueblo tenía la intención de llevarse el trigo sin pedirlo cuando estu-

viera maduro». Consideraba esto como «verdaderamente un asunto muy serio» y «en este campo abierto, muy fácil de que se haga, por lo menos a hurtadillas». <sup>163</sup>

«No pondrás freno al buey que trilla el grano.» El avance de la nueva economía política de libre mercado supuso también el desmoronamiento de la antigua economía moral de aprovisionamiento. Después de las guerras lo único que quedaba de ella era la caridad, y el Speenhamland. La economía «moral» de la multitud tardó más tiempo en morir: es recogida en los primeros molinos harineros cooperativos, por algunos de los socialistas seguidores de Owen, y subsistió durante años en algún fondo de las entrañas de la Sociedad Cooperativa Mayorista. Un síntoma de su final desaparición es que hayamos podido aceptar durante tanto tiempo un cuadro abreviado y «economicista» del motín de subsistencias, como respuesta directa, espasmódica e irracional al hambre: un cuadro que es en sí mismo un producto de la economía política que redujo las reciprocidades humanas al nexo salarial. Más generosa, pero también más autoritaria, fue la afirmación del *sheriff* de Gloucestershire en 1766. Las masas de aquel año, escribió, habían cometido muchos actos de violencia,

algunos de desenfreno y excesos; y en algunas ocasiones algunos actos de valor, prudencia, justicia y consecuencia con aquellos que pretendían obtener. <sup>164</sup>

## Notas

1. M. Beloff, *Public order and popular disturbances, 1660-1714*, Oxford, 1938, p.75.
2. R. F. Wearmouth, *Methodism and the common people of the eighteenth century*, Londres, 1945, esp. caps. 1 y 2.
3. T. S. Ashton y J. Sykes, *The coal industry of the eighteenth century*, Manchester, 1929, p. 131.
4. Charles Wilson, *England's apprenticeship, 1603-1763*, Londres, 1965, p. 345. Es cierto que los magistrados de Falmouth informaron al duque de Newcastle (16 de noviembre de 1727) de que «los revoltosos mineros del estaño» habían «irrumpido y saqueado varias despensas y graneros de cereal». Su informe concluye con un comentario que sugiere que no fueron mucho más capaces que algunos historiadores modernos de comprender la racionalidad de la acción directa de los mineros: «la causa de estos atropellos, según pretendían los amotinados, era la escasez de grano en el condado, pero esta sugerencia es probablemente falsa, pues la mayoría de los que se llevaron el grano lo dieron o lo vendieron a un cuarto de su precio», PRO, SP 36/4/22.
5. W. W. Rostow, *British economy in the nineteenth century*, Oxford, 1948, esp. pp. 122-125. Entre los más interesantes estudios que relacionan precios-cosechas y disturbios populares están: E. J. Hobsbawm, «Economic fluctuations and some social movements», en *Labouring men*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979), y T. S. Ashton, *Economic Fluctuations in England, 1700-1800*, Oxford, 1959.

6. He encontrado de la máxima utilidad el estudio pionero de R. B. Rose, «Eighteenth century price riots and public policy in England», *International Review of Social History*, VI (1961), y G. Rudé, *The crowd in history*, Nueva York, 1964.
7. C. Smith, *Three tracts on the corn-trade and corn-laws*, Londres, 1766<sup>2</sup>, pp. 140, 182-185.
8. Fitzjohn Brand, *A determination of the average depression of wheat in war below that of the preceding peace...*, Londres, 1800, pp. 62-63, 96.
9. Estas generalizaciones se ven corroboradas por las «respuestas de las ciudades sobre el consumo de pan», presentadas al Consejo Privado en 1796, que se encuentran en PRO, PC 1/33/A.87 y A.88.
10. Para *maslin* (un pan hecho de varios cereales), véase sir William Ashley, *The bread of our forefathers*, Oxford, 1928, pp. 16-19.
11. C. Smith, *op. cit.*, p. 194 (para 1765). Pero el alcalde de Newcastle informaba (4 de mayo de 1796) de que el pan de centeno era «muy usado por los trabajadores empleados en la industria del carbón», y un informador de Hexham Abbey decía que cebada y legumbres secas, o alubias, «es el único pan de los trabajadores pobres y de los criados de los agricultores e incluso de muchos agricultores», con centeno o *maslin* en las ciudades; PRO, PC 1/33/A.88.
12. Nathaniel Forster, *An enquiry into the cause of the high price of provisions*, Londres, 1767, pp. 144-147.
13. J. S. Girdler, *Observations on the pernicious consequences of forestalling, regrating and ingrossing*, Londres, 1800, p. 88.
14. El problema fue discutido con lucidez en [gobernador] Pownall, *Considerations on the scarcity and high prices of bread-corn and bread*, Cambridge, 1795, esp. pp. 25-27. Véase también también lord John Sheffield, *Remarks on the deficiency of grain occasioned by the bad harvest of 1799*, Londres, 1800, esp. pp. 105-106, para la evidencia de que (1795) «no hay pan doméstico hecho en Londres». Un corresponsal de Honiton describía en 1766 el pan doméstico como «una infame mezcla de salvado molido y cernido, al cual se añade la peor clase de harina inclasificable»; *Hist. MSS. Comm., City of Exeter*, serie LXXIII (1916), p. 255. Sobre esta compleja cuestión, véase además S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *Economic Journal*, XIV (1904), esp. pp. 203-206.
15. Véase, por ejemplo, lord Hawkesbury al duque de Portland, 19 de mayo de 1797, en PRO, HO 42/34.
16. R. N. Salaman, *The history and social influence of the potato*, Cambridge, 1949, esp. pp. 493-517. La resistencia se extendía desde las regiones consumidoras de trigo del sur y del centro a las consumidoras de avena del norte; un corresponsal de Stockport en 1795 observó que «se ha hecho una muy generosa suscripción con el propósito de distribuir harina de avena u otras provisiones entre los pobres a precios reducidos. (Esta medida, siento decirlo, da poca satisfacción al pueblo, que todavía clama e insiste en obtener pan de trigo)»; PRO, WO 1/1094. Véase también J. L. y B. Hammond, *The village labourer*, Londres, ed. 1966, pp. 119-123.
17. PRO, PC 1/33/A.88. Compárese la respuesta de J. Boucher, párroco de Epsom, 8 de noviembre de 1800, en HO 42/45: «Nuevos pobres viven no sólo del mejor pan de trigo, sino casi sólo de pan».
18. PRO, PC 1/33/A.88.
19. PRO, PC 1/33/A.88; *Reading Mercury*, 16 de febrero de 1801. La hostilidad contra estos cambios en la molienda, que fueron impuestos por una ley de 1800 (41 Geo. III, c.16), fue especialmente fuerte en Surrey y en Sussex. Los demandantes presentaron muestras del nuevo pan a un juez de paz de Surrey: «Dijeron que era de sabor agradable (y era cierto), que no podía mantenerles en su trabajo diario y que producía dolencias de los intestinos, a ellos y en particular a sus hijos»; Thomas Turton a Portland, 7 de febrero de 1801, HO 42/61. La ley fue abolida en 1801; 42 Geo. III, c.2.

20. Véanse especialmente los presupuestos en D. Davies, *The case of labourers in husbandry*, Bath, 1795, y en sir Frederick Eden, *The state of the poor*, Londres, 1797. También D. J. V. Jones, «The corn riots in Wales, 1792-1801», *Welsh Hist. Rev.*, II, 4 (1965), Ap. I, p. 347.
21. El mejor estudio general de los mercados de grano del siglo XVIII es todavía el de R. B. Westerfield, *Middlemen in English business, 1660-1760*, New Haven, 1915, cap. 2. Véase también N. S. B. Gras, *The evolution of the English corn market from the twelfth to the eighteenth century*, Cambridge, Mass., 1915; D. G. Barnes, *A History of the English corn laws*, Londres, 1930; C. R. Fay, *The corn laws and social England*, Cambridge, 1932; E. Lipson, *Economic history of England*, Londres, 1956<sup>6</sup>, II, pp. 419-448; L. W. Moffitt, *England on the eve of the Industrial Revolution*, Londres, 1925, cap. 3; G. E. Fussell y C. Goodmen, «Traffic in farm produce in eighteenth century England», *Agricultural History*, XII, 2 (1938); Janet Blackman, «The food supply of an industrial town (Sheffield)», *Business History*, V (1963).
22. S. y B. Webb, «The Assize of Bread».
23. J. Aikin, *A description of the country from thirty to forty miles round Manchester*, Londres, 1795, p. 286. Uno de los mejores archivos de un buen regulado mercado señorial del siglo XVIII es el de Manchester. Aquí fueron nombrados durante todo el siglo vigilantes de mercado para el pescado y la carne, para pesos y medidas de grano, para carnes blancas, para el Assize of Bread, así como catadores de cerveza y agentes para impedir «monopolio, acaparamiento y regateo»; hasta los años 1750 fueron frecuentes las multas por peso o medida escasos, carnes invendibles, etc.; la supervisión fue después algo más ligera (aunque continuó), con un resurgimiento de la vigilancia en los años 1790. Se impusieron multas por vender cargas de grano antes de que sonara la campana del mercado en 1734, 1737 y 1748 (cuando William Wyatt fue multado con 200 chelines «por vender antes de que sonara la campana y declarar que vendería a cualquier hora del día a pesar del señor, del manor o de cualquier otra persona»), y otra vez en 1766; *The Court Leet records of the manor of Manchester*, ed. J. P. Earwaker, Manchester, 1888-1889, vols. VII, VIII, IX, *passim*. Para la regulación del acaparamiento en Manchester, véase más adelante nota 64.
24. Proclamación del secretario municipal de Exeter, 28 de marzo de 1795, PRO, HO 42/34.
25. S. y B. Webb, *op. cit.*, *passim*, y J. Burnett, «The baking industry in the nineteenth century», *Business History*, V (1963), pp. 98-99.
26. *Rural economy in Yorkshire in 1641* (Surtees Society, XXXIII), 1857, pp. 99-105.
27. *The Complete English Tradesman*, Londres, 1717, II, parte 2.
28. Anónimo, *An Essay to Prove that Regrators, Engrossers, Forestallers, Hawkers, and Jobbers of Corn, Cattle, and other Marketable Goods are Destructive of Trade, Oppressors to the Poor, and a Common Nuisance to the Kingdom in General*, Londres, 1719, pp. 13, 18-20.
29. Bucks, CRO, Quarter Sessions, día de San Miguel, 1710.
30. *Commons Journals*, 2 de marzo de 1733.
31. PRO, PC 1/6/63.
32. *Calendar of Home Office Papers* (1879), 1766, pp. 92-94.
33. *Ibid.*, pp. 91-92.
34. *Gentlemen's Magazine*, XXVII (1757), p. 286.
35. Carta anónima en PRO, SP 37/9.
36. Pueden encontrarse ejemplos, dentro de una abundante literatura, en *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 534; anónimo [Ralph Courteville], *The Cries of the Public*, Londres, 1758, p. 25; Anón. [C. L.], *A Letter to a Member of Parliament proposing Amendments to the Laws against Forestallers, Ingrossers, and Regrators*, Londres, 1757, pp. 5-8; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1756), p. 199; Forster, *op. cit.*, p. 97.
37. Anónimo, *An Enquiry into the Price of Wheat, Malt...*, Londres, 1768, pp. 119-123.



38. Véase, por ejemplo, Davies (*infra*, p. 385). Se informó desde Cornualles en 1795 que «muchos agricultores rehúsan vender [cebada] en pequeñas cantidades a los pobres, lo cual causa grandes murmuraciones»; PRO, HO 42/34, y desde Essex en 1800 que «en algunos lugares no se efectúan ventas excepto en los sitios ordinarios, donde compradores y vendedores (principalmente molineros y agentes) cenan juntos ... el beneficio del Mercado se ha perdido casi para el vecindario»; tales prácticas son mencionadas «con gran indignación por las clases más bajas»; PRO, HO 42/54.
39. PRO, HO 42/35.
40. F. J. Fisher, «The development of the London food market, 1540-1640», *Econ. Hist. Review*, V (1934-1935).
41. Cargo de lord Kenyon al *Grand Jury* del tribunal de Shropshire, *Annals of Agriculture*, XXV (1795), pp. 110-111. Pero no estaba proclamando una nueva visión de la ley: la edición de *Justice*, de Burns, correspondiente a 1780, II, pp. 213-214, ya había hecho hincapié en que (a pesar de las leyes de 1663 y 1772), «en la *common law*, todos los esfuerzos por subir el precio común de cualquier mercancía ... ya sea propagando falsos rumores o comprando cosas en el mercado antes de la hora acostumbrada, o comprando y vendiendo otra vez la misma cosa en el mismo mercado» seguían siendo delitos.
42. Girdler (*op. cit.*, pp. 212-260) da una lista de varias sentencias en 1795 y 1800. En varios condados se establecieron asociaciones privadas para juzgar a los acaparadores.; Rev. J. Malham, *The scarcity of grain considered*, Salisbury, 1800, pp. 335-344. El acaparamiento, etc., siguieron siendo delitos de *common law* hasta 1844; W. Holdsworth, *History of English law*, Londres, ed. 1938, XI, p. 472. Véase también más adelante la nota 64.
43. Véanse, por ejemplo, Gras, *op. cit.*, p. 241 («... como ha demostrado Adam Smith ...»); M. Olson, *Economics of the wartime shortage* (Carolina del Norte, 1963), p. 53 («La gente buscaba rápidamente una víctima propiciatoria»).
44. J. Arbuthnot («Un agricultor»), *An Inquiry into the Connection Between the Present Price of Provisions and the Size of Farms*, Londres, 1773, p. 88.
45. La «digresión con respecto al Comercio de Granos y a las Leyes de Cereales», de Adam Smith, está en el libro IV, cap. 5 de *The wealth of nations*.
46. R. H. Tawney discute el problema en *Religion and the rise of capitalism*, Londres, 1926, pero no es esencial para su tesis.
47. La sugerencia fue hecha, sin embargo, por alguno de los oponentes de Smith. Un panflelista, que pretendía conocerle bien, sostenía que Adam Smith le había dicho que «la Religión Cristiana degradaba la mente humana», y que la «Sodomía era una cosa en sí indiferente». No sorprende que sostuviera puntos de vista inhumanos sobre el comercio de granos; anónimo, *Thoughts of an Old Man of Independent Mind though Dependent Fortune on the Present High Prices of Corn*, Londres, 1800, p. 4.
48. A nivel de intención no veo razón para discrepar del profesor A. W. Coats, «The classical economists and the labourer», en E. L. Jones y G. E. Mingay, eds., *Land, labour and population*, Londres, 1967. Pero la intención es una mala medida del interés ideológico y de las consecuencias históricas.
49. Smith opinaba que las dos iban a la par: «Las leyes concernientes al grano pueden compararse en todas partes a las leyes concernientes a la religión. La gente se siente tan interesada en lo que se refiere, bien a su subsistencia en esta vida, bien a su felicidad en la vida futura, que el gobierno debe ceder ante sus prejuicios ... ».
50. Véase, sin embargo, A. Everitt, «The marketing of agricultural produce», en Joan Thirsk, ed., *The agrarian history of England and Wales*, vol. IV: 1500-1640, Cambridge, 1967, y D. Baker, «The marketing of corn in the first half of the eighteenth-century: North-east Kent», *Agric. Hist. Rev.*, XVIII (1970).
51. Hay alguna información útil en R. Bennett y J. Elton, *History of corn milling*, Liverpool, 1898, 4 vols.

52. Emanuel Collins, *Lying Detected*, Bristol, 1758, pp. 66-67. Esto parece confirmado por los presupuestos de Davies y Eden (véase nota 20), y por los observadores del siglo XIX: véase E. P. Thompson y E. Yeo, eds., *The unknown mayhew*, Londres, 1971, Ap. II. E. H. Phelps Brown y S. V. Hopkins, «Seven centuries of the prices of consumables compared with builders' wage rates», *Economica*, XXII (1956), pp. 297-298, conceden que sólo un 20 por 100 del presupuesto total doméstico se gastaba en alimentos harinosos, aunque los presupuestos de Davies y de Eden (tomados en años de precios altos) muestran un término medio del 53 por 100. Esto sugiere nuevamente que en tales años el consumo de pan permaneció estable, pero otros artículos alimenticios fueron suprimidos por completo. Es posible que en Londres hubiera ya una mayor diversificación de la dieta hacia la década de 1790. P. Colqhoun escribió a Portland, 9 de julio de 1795, que había abundancia de verduras en el mercado de Spitalfields, especialmente patatas, «ese gran sustituto del pan», zanahorias y nabos; PRO, PC 1/27/A.54.
53. *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), pp. 470, 473. Davenant había estimado en 1699 que una deficiencia de un décimo en la cosecha subía el precio tres décimos; sir C. Whitworth, *The political and commercial works of Charles Davenant*, Londres, 1771, II, p. 224. El problema está tratado en el artículo de W. M. Stern, «The bread crisis in Britain, 1795-1796», *Economica*, nueva ser., XXXI (1964), y J. D. Gould, «Agricultural fluctuations and the English economy in the eighteenth century», *Jl. Ec. Hist.*, XXII (1926). Gould hace hincapié sobre un punto mencionado a menudo en justificaciones contemporáneas de los precios altos (p. ej., *Farmer's Magazine*, II, 1801, p. 81), según el cual los pequeños agricultores en años de escasez necesitaban toda la cosecha para simiente y para su propio consumo: en factores como éste ve él «la principal explicación teórica de la extrema volatilidad de los precios de granos en los comienzos de la época moderna». Se requeriría más investigación del funcionamiento real del mercado antes de que tales explicaciones fueran convincentes.
54. Anónimo [«Un agricultor»], *Three Letters to a Member of the House of Commons ... Concerning the Prices of Provisions*, Londres, 1766, pp. 18-19. Para otros ejemplos, véase lord John Sheffield, *Observations on the Corn Bill* (1791), p. 43; Anón., *Inquiry into the Causes and Remedies of the late and Present Scarcity and high Price of Provisions*, Londres, 1800, p. 33; J. S. Fry, *Letters on the Corn Trade*, Bristol, 1816, pp. 10-11.
55. Olson, *Economics of the wartime shortage*, cap. 3; W. F. Galpin, *The grain supply of England during the Napoleonic period*, Nueva York, 1925.
56. Véase, p. ej., Anónimo [«Un preparador de malta del Oeste»], *Considerations on the present High Prices of Provisions, and the Necessities of Life*, Londres, 1764, p. 10.
57. «Espero —escribía un terrateniente de Yorkshire en 1708— que la escasez de grano, que probablemente continuará bastantes años, hará la agricultura muy rentable para nosotros, roturando y mejorando toda nuestra nueva tierra», citado por Beloff, *op. cit.*, p. 57.
58. El hecho es observado en Anónimo, *A Letter to the Rt. Hon. William Pitt ... on the Causes of the High Price of Provisions*, Hereford, 1795, p. 8; Anónimo [«Una Sociedad de Agricultores Prácticos»], *A Letter to the Rt. Hon. Lord Somerville*, Londres, 1800, p. 49; Cf.; L. S. Pressnell, *Country banking in the Industrial Revolution*, Oxford, 1956, pp. 346-348.
59. C. W. J. Grainger y C. M. Elliott, «A fresh look at wheat prices and markets in the eighteenth century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.<sup>a</sup> ser., XX (1967), p. 252.
60. E. M. Hampson, *The treatment of poverty in Cambridgeshire, 1597-1834*, Cambridge, 1934, p. 211.
61. Adam Smith observó casi sesenta años después que «el odio popular ... que afecta al comercio del grano en los años de escasez, únicos años en que puede ser muy rentable, induce a gente de carácter y fortuna adversos a tomar parte en él. Se abandona a un grupo inferior de comerciantes». Veinticinco años más tarde el conde Fitzwilliam escribía: «Los

comerciantes de grano se están retirando del comercio, temerosos de traficar con un artículo comercial que les ha convertido en merecedores de tanta injuria y calumnia, dirigida por un populacho ignorante, sin poder confiar en la protección de aquellos que deben ser más ilustrados»; Fitzwilliam a Portland, 3 septiembre 1800, PRO, HO 42/51. Pero un examen de las fortunas de familias tales como los Howards, Frys y Gurneys podría poner en duda tal prueba literaria.

62. Collins, *op. cit.*, pp. 67-74. En 1756 varias capillas de los cuáqueros fueron atacadas durante motines de subsistencias en las Midlands; *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 408.
63. Anónimo, *Reflections on the present high price of provisions, and the complaints and disturbances arising therefrom* (1766), pp. 26-27, 31.
64. Contrariamente a la suposición común, la legislación sobre acaparamiento no había caído en desuso en la primera mitad del siglo XVIII. Los juicios eran poco frecuentes, pero suficientes para sugerir que tenían algún efecto en regular el pequeño comercio en el mercado abierto. En Manchester (véase nota 23) se impusieron multas por acaparamiento o regateo a veces anualmente, a veces cada dos o tres años, desde 1731 a 1759 (siete multas). Los productos implicados incluían mantequilla, queso, leche, ostras, pescado, carne, zanahorias, guisantes, patatas, nabos, pepinos, manzanas, alubias, uvas, pasas de Corinto, cerezas, pichones, aves de corral, pero muy raramente avena y trigo. Después de 1760 las multas son menos frecuentes pero incluyen 1766 (trigo y mantequilla), 1780 (avena y anguilas), 1785 (carne) y 1796, 1797 y 1799 (en todos, patatas). Simbólicamente, el número de agentes de *Court Leet* nombrados anualmente para impedir el acaparamiento subió de 3 o 4 (1730-1795) a 7 en 1695, 15 en 1796, 16 en 1797. Además, los transgresores fueron juzgados ocasionalmente (como en 1757) en *Quarter Sessions*. Véase Earwaker, *Court Leet Records* (citado en nota 23), vols. VII, VIII y IX, y *Constables' Account* (nota 68), II, p. 94. Para otros ejemplos de delitos, véanse *Quarter Sessions* de Essex, acusaciones, 2 de septiembre de 1709, 9 de julio de 1711 (acaparamiento de avena), y también 1711 para casos de especuladores de pescado, trigo, centeno, mantequilla y, de nuevo, 13 de enero 1729/1730; Essex CRO, Calendario de Acusaciones, Q/SR 541, Q/SR 548, Q/SPb b 3; denuncias de los alguaciles por especular con cerdos, octubre de 1735 y octubre de 1746; Bury St. Edmunds y West Suffolk CRO, DB 1/8 (5); *idem* para la especulación con mantequilla, Nottingham, 6 de enero de 1745/5, *Records of the Borough of Nottingham* (Nottingham, 1914), VI, p. 209; condena por especular con aves de corral (multa 13 chelines y 4 peniques) en Atherstone Court Leet y Court Baron, 18 de octubre de 1748; Warwick, CRO, 12/24, 23; amonestaciones contra la especulación de mantequilla, etc., mercado de Woodbridge, 30 de agosto de 1756; Ipswich y East Suffolk CRO, V 5/9/6-3. En la mayoría de los registros de *Quarter Sessions* o mercados se encuentra algún procesamiento, antes de 1757. El autor de *Reflections* (citado en la nota anterior), escribiendo en 1766, dice que estos «estatutos casi olvidados y pasados por alto» se empleaban para el procesamiento de «algunos traficantes sumisos y agiotistas indigentes o aterrorizados», y da a entender que los «factores principales» han despreciado «estas amenazas», creyendo que eran una ley mala (p. 37). Para 1795 y 1800, véase la nota 42: los casos más importantes de procesamiento de grandes comerciantes fueron los de Rushby, por especular con avena (1799); véase Barnes, *op. cit.*, pp. 81-83; y de Waddington, condenado por especulación con lúpulo en el tribunal de Worcester, véase *Times*, 4 de agosto de 1800 y (para la confirmación de la condena al ser apelada) I East 143 en *ER*, CII, pp. 56-68.
65. Girdler, *op. cit.*, pp. 295-296.
66. Emanuel Collins, *op. cit.*, pp. 16-37; P. Markham, *Syhoroc*, Londres, 1758, I, pp. 11-31; *Poison Detected: or Frightful Truths ... in a Treatise on Bread*, Londres, 1757, esp. pp. 16-38.
67. Véase, por ejemplo, John Smith, *An Impartial Relation of Facts Concerning the Malepractices of Bakers*, Londres, s.f., ¿1740?

68. J. P. Earwaker, *The Constables' Accounts of the Manor of Manchester*, Manchester, 1891, III, pp. 359-361; F. Nicholson y E. Axon; «The Hatfield family of Manchester, and the food riots of 1757 and 1812», *Trans. Lancs. and Chesh., antiq. Soc.*, XXVIII (1910-1911), pp. 83-90.
69. *Calendar State Papers, Domestic*, 1631, p. 545.
70. PRO, PC 1/2/165.
71. D. G. D. Isaac, «A study of popular disturbance in Britain, 1714-1754», Universidad de Edimburgo, tesis doctoral, 1953, cap. 1.
72. *Calendar of Home Office Papers*, 1773, p. 30.
73. PRO, SP 36/50.
74. *London Gazette*, marzo de 1783, n.º 12.422.
75. S. J. Pratt, *Sympathy and Other Poems*, Londres, 1807, pp. 222-223. [Deep groan the wag-gons with their pond'rous loads, / As their dark course they bend along the roads; / Wheel following wheel, in dread procession slow, / With half a harvest, to their points they go ... / The secret expedition, like the night / That covers its intents, still shuns the light ... / While the poor ploughman, when he leaves his bed, / Sees the huge barn as empty as his shed.]
76. Algunos años antes Wedgwood había oído «amenazar ... con destruir nuestros canales y dejar salir el agua», porque las provisiones pasaban por Staffordshire camino de Manchester desde East Anglia; J. Wedgwood, *Address to the young inhabitants of the Pottery* (Newcastle, 1783).
77. PRO, PC 1/27/A.54; A.55-7; HO 42/34; 42/35; 42/36; véase también Stern, *op. cit.*, y E. P. Thompson, *The making of the English working class*, Penguin, ed., 1968, pp. 70-73.
78. PRO, WO 1/1082, John Ashley, 24 de junio de 1795.
79. PRO, HO 42/34.
80. PRO, WO 1/986 fo. 69.
81. Davies, *op. cit.*, pp. 33-34.
82. «El primer principio que deja sentado un panadero, cuando viene a una parroquia, es hacer a todos los pobres deudores suyos; luego hace el pan del peso y calidad que le place ...», *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 557.
83. Girdler, *op. cit.*, p. 147.
84. PRO, HO 42/34.
85. *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), p. 327; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1756), p. 198. La diferencia entre *bushels* podía ser muy considerable: frente al *bushel* de Winchester de 8 galones, el de Stamford tenía 16, el de Carlisle, 24 y el de Chester, 32; véase J. Houghton, *A Collection for Improvement of Hus bandry and Trade*, Londres, 1727, n.º XLVI, 23 de junio de 1693.
86. *London Gazette*, marzo de 1767, n.º 10.710.
87. Noviembre de 1793, en PRO, HO 42/27. Las medidas en cuestión eran para malta.
88. *Annals of Agriculture*, XXIV (1795), pp. 51-52.
89. James Reeves, *The idiom of the people* (1958), p. 156. Véase también Brit. Lib. Place MSS, Add MSS 27.825 para «A pretty maid she to the miller would go», segunda estrofa:  
     Entonces el molinero la acorraló contra la tolva  
     gozosa el alma retozonamente  
     le levantó la ropa, y le puso el tapón  
     porque dice ella que el trigo me molerán fino y gratis.  
 [Then the miller he laid her against the mill hopper / Merry a soul so wantonly / He pulled up her cloaths, and he put in the stopper / For says she I'll have my corn ground small and free.]
90. Véanse Markham, *Syhoroc*, II, p. 15; Bennett y Elton, *op. cit.*, III, pp. 150.165; información de John Spyry contra el molinero de Millbrig Mill, 1740, por tomar a veces una sexta parte, a veces una séptima parte y a veces una octava parte en pago: papeles de las West Riding Sessions, County Hall, Wakefield.

91. Véase Girdler, *op. cit.*, pp. 102-106, 212.
92. *Annals of Agriculture*, XXIII (1795), pp. 179-191; Bennett y Elton, *op. cit.*, III, p. 166; 36: Geo III, c. 85.
93. Véanse Bennett y Elton, *op. cit.*, III, pp. 204 ss., W. Cudworth, «The Bradford Soke», *The Bradford Antiquary* (Bradford, 1888), I, pp. 74 ss.
94. Véase la nota 68, y Bennet y Elton, *op. cit.*, pp. 19-74 ss.
95. *Ibid.*, III, pp. 204-206.
96. Respuestas de las ciudades a las preguntas del Consejo Privado, 1796, en PRO, PC 1/33/A.88: por ejemplo, el alcalde de York, 16 de abril de 1796, «los pobres pueden hacerse cocer el pan en los hornos comunes ...»; alcalde de Lancaster, 10 de abril, «cada familia compra su propia harina y elabora su propio pan»; alcalde de Leeds, 4 de abril, es costumbre «comprar trigo o harina y elaborar el pan propio y cocerlo uno mismo o pagar para que te lo cuezan». Un estudio de los panaderos en el *hundred* de Corby (Northamptonshire) en 1757 indica que de 31 parroquias, una (la de Wilbarston) tenía cuatro panaderos, otra tenía tres, tres tenían dos, ocho tenían uno, y catorce no tenían ningún panadero residente (cuatro no respondieron); Northants, CRO, H (K) 170.
97. Smith, *Three tracts on the corn-trade*, p. 30.
98. Interrogatorio de Harmah Pain, 12 de agosto de 1757, Northants, CRO, H(K) 167 (I).
99. Llama la atención que los castigos de estos delitos tuvieran fuerza simbólica: así, 6 acusaciones por peso falso o insuficiente en los tribunales de Bury St. Edmunds, y West Suffolk CRO, D8/1/8(5); 6 multados por peso deficiente en Maidenhead, octubre de 1766, Berks., CRO, M/JMI. En Reading, sin embargo, parece que la vigilancia era bastante constante, en los años buenos tanto como en los malos, Central Public Library, Reading, R/MJ Acc. 167, Court Leet y Visión de Franpledge. En Manchester los funcionarios del mercado vigilaron hasta la década de 1750, fueron más despreocupados a partir de la citada fecha, pero se mostraron muy activos en abril de 1796, Earwaker, *Court Leet Records*, IX, pp. 113-114.
100. *Gentlemen Magazine*, LXV (1795), p. 697.
101. Cuaderno manuscrito de Edward Pickering, Birmingham City Ref. Lib. M 22.11.
102. *Ipswich Journal*, 12 y 26 de julio de 1740. (Debo estas referencias al doctor R. W. Malcolmson, de la Queen's University, Ontario.) En modo alguno creía la multitud que los panaderos eran sus principales adversarios, y con frecuencia las formas de presión eran de una complejidad considerable; así, papeles «incendiarios» colocados en los alrededores de Tenterden (1768) incitaban a la gente a alzarse y obligar a los agricultores a vender su trigo a los molineros o a los pobres por 10 libras el cargamento, y amenazaban con destruir a los molineros que dieran un precio más elevado a los agricultores; Shelburne, 25 de mayo de 1768, PRO, SP 44/199.
103. «A coppie of the Councells her[e] for graine delyv<sup>rd</sup> al Bodmyn the xith of May 1586»; Bodleian Library, Rawlinson MSS B 285, fols. 66-67.
104. Hay algún informe sobre el funcionamiento del *Book of Orders* en E. M. Leonard, *Early history of English poor relief*, Cambridge, 1900; Gras, *op. cit.*, pp. 236-242; Lipson, *op. cit.*, III, pp. 440-450; B. E. Supple, *Commercial crisis and change in England, 1600-1642*, Cambridge, 1964, p. 117. Hay documentos que ilustran su funcionamiento en *Official Papers of Nathaniel Bacon of Stiffkey*, Norfolk (Camden Society, 3.<sup>a</sup> ser., XXVI, 1915), pp. 130-157.
105. Para un ejemplo, véase *Victoria County history*, Oxfordshire, ed. de W. Page (1907), II, pp. 193-194.
106. Por un Acta de 1534 (25 Henry VIII, c. 2), el Consejo Privado tenía poder para tasar los precios del grano en caso de emergencia. En una nota más bien confusa, Gras (*op. cit.*, pp. 132-133) opina que, después de 1550, dicho poder no se usó nunca. En cualquier caso no fue olvidado; una proclama de 1603 aparece para fijar los precios (Seligman Co-

llection, Columbia Univ. Lib., Proclamations, James I, 1603); el *Book of Orders* de 1630 concluye con la advertencia de que, «si los dueños de grano y otros propietarios de viveres ... no cumplen voluntariamente estas órdenes», Su Majestad «dará orden de que sean fijados Precios razonables»; el Consejo Privado intentó controlar los precios por medio de una proclama en 1709, Liverpool Papers, Brit. Mus., add. MS. 38.353, fol. 195, y el asunto fue activamente discutido en 1757; véase Smith, *Three tracts on the corn trade*, pp. 29, 35. Y (aparte del Assize of Bread) subsistieron otros poderes de tasa de precios. En 1681 en el mercado de Oxford (controlado por la Universidad) se fijaron precios para la mantequilla, queso, aves, carne, tocino, velas, avena y alubias; «The Oxford Market», *Collectanea*, 2.ª ser., Oxford, 1890, pp. 127-128. Parece que el Assize of Ale desapareció en Middlesex en 1692 (Lipson, *op. cit.*, II, p. 501) y en 1762 se autorizó a los cerveceros a subir el precio de una forma razonable (por 2 Geo. III, c. 14); pero cuando en 1762 se propuso elevar el precio en medio penique el cuartillo, sir John Fielding escribió al conde de Suffolk que el aumento «no puede considerarse razonable; ni se someterán a él los súbditos»; *Calendar of Home Office Papers*, 1773, pp. 9-14 P. Mathias, *The brewing industry in England, 1700-1830*, Cambridge, 1959, p. 360.

107. G. D. Ramsay, «Industrial *laissez-faire* and the policy of Cromwell», *Econ. Hist. Rev.*, 1.ª ser., XVI (1946), esp. pp. 103-104; M. James, *Social Problems and policy during the Puritan Revolution*, Londres, 1930, pp. 264-271.
108. *Seasonable orders offered from former precedents whereby the price of corn ... may be much abated* (1662), reimpresión de las Elizabethan Orders; J. Masie, *Orders appointed by His Majestie King Charles I (1758)*.
109. *Calendar State Papers, Domestic*, 1630, p. 387. [If you see not to this / Sum of you will speed amis. / Our souls they are dear: / For our bodys have sume ceare / Before we arise / Less will safise ... / You that are set in place / See that youre profesion you doe not disgrace ...]
110. *Calendar of Home Office Papers*, 1768, p. 342.
111. Westerfield, *op. cit.*, p. 148.
112. Cartas de W. Dalloway, Brimscomb, 17 y 20 de septiembre de 1766, en PRO, PC 1/8/41.
113. Norwich, 1740: *Ipswich Journal*, 26 de julio de 1740; Dewsbury, 1740; J. L. Kaye y cinco magistrados, Wakefield, 30 de abril de 1740, en PRO, SP 36/50; Thames Valley, 1766, testimonio de Bartholomew Freeman de Bisham Farm, 2 de octubre de 1766, en PRO, TS 11/995/3707; Ellesmere, 1795: PRO, WO 1/1089, fol. 359; Bosque del Deán; John Turner, alcalde de Gloucester 24 de junio de 1795, PRO, WO 1/1087; Cornualles, véase John G. Rule, «Some social aspects of the Cornish industrial revolution», en Roger Burt, ed., *Industry and society in the southwest*, Exeter, 1970, pp. 90-91.
114. Drayton, Oxon, relación contra Wm. Denley y otros tres, en PRO, TS 11/995/3707; Handborough, información de Robert Prior, alguacil, 6 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116; Isla de Ely, lord Hardwicke, Wimpole, 27 de julio de 1795, PRO, H043/35 y H. Gunning, *Reminiscences of Cambridge* (1854), II, pp. 5-7; Chichester; duque de Richmond, Goodwood, 14 de abril de 1795, PRO, WO 1/1092; Wells; «Verax» 28 de abril de 1795, PRO, WO 1/1082 y rev. J. Turner, 28 de abril, HO 42/34. Para el ejemplo de un alguacil que fue ejecutado por su participación en un motín de estañeros en Saint Austell, 1729, véase Rule, *op. cit.*, p. 90.
115. R. B. Rose, *op. cit.*, p. 435; Edwin Butterworth, *Historical sketches of Oldham*, Oldham, 1856, pp. 137-139, 144-145.
116. Portsea, *Gentleman's Magazine*, LXV (1795), p. 343; Port Isaac; sir W. Molesworth, 23 de marzo de 1795, PRO, HO 42/34; Newcastle, *Gentleman's Magazine* X (1740), p. 355, y varias fuentes en PRO, SP 36/51, en Northumberland CRO y Newcastle City Archive Office; Gloucestershire, 1766; PRO, PC 1/8/41; Penryn, 1795; PRO, HO 42/34.
117. Anónimo, *Contentment: or Hints to servants, on the present scarcity* (hoja suelta, 1800). [When with your country Friends your hours you pass, / And take, as oft you're wont,

the copious glass, / When all grow mellow, if perchance you hear / «That "tis th" Engrossers make the corn so dear; / »They must and will have bread; they've had enough / »Of Rice and Soup, and all such *squashy* stuff: / »They'll help themselves: and strive by might and main / »To be reveng'd on all such rogues in grain»: / John swears he'll fight as long as he has breath, / «'Twere better to be hang'd than starv'd to death: / »He'll burn Squire Hoardurn's garner, so he will, / »Tuck up old Filchbag, and pull down his mill». / Now when the Prong and Pitchfork they prepare / And all the implements of rustick var ... / Tell them what ills unlawful deeds attend, / Deeds, which in wrath begun, and sorrow end, / That burning barns, and pulling down a mill, / Will neither corn produce, nor bellies fill.]

118. Northampton; *Calendar State Papers, Domestic*, 1693, p. 397; Poole, memorial de Chitty y Lefebare, mercaderes, incluido en Holles, Newcastle, 26 de mayo de 1737, PRO, SP 41/10; Stockton, Edward Goddard, 24 de mayo de 1740, PRO, SP 36/50 («Encontramos una Señora con un palo y un cuerno que iba camino de Norton para sublevar a la gente ... le quitamos el cuerno mientras ella nos colmaba de improperios y la seguimos hasta la ciudad, donde sublevó a tanta gente como pudo ... Ordenamos que la mujer fuera apresada ... Ella no paraba de gritar: «¡Malditos seáis todos! ¿Dejaréis que sufra o vaya a la cárcel?»); Haverfordwest: PRO, HO 42/35; Birmingham; J. A. Langford, *A century of Birmingham Life*, Birmingham, 1868, II, p. 52.
119. *Letters from England*, Londres, 1814, II, p. 47. Las mujeres tenían otros recursos además de la ferocidad: un coronel de Voluntarios se lamentaba de que «el Diablo en forma de Mujeres está ahora usando toda su influencia para inducir a la tropa a romper su lealtad a sus Oficiales»; Lt-Col. J. Entwisle, Rochdale, 5 de agosto de 1795, PRO, WO 1/1086.
120. Kettering; PRO, SP 36/50: para otros ejemplos del uso del fútbol para congregar a las masas, véase R. M. Malcolmson, «Popular Recreations in English Society, 1700-1850», tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1970, pp. 89-90; Wakefield; PRO, HO 42/35; Stratton, aviso manuscrito, fechado el 8 de abril y firmado «Cato», en PRO, HO 42/61 fol. 718.
121. Un corresponsal de Rosemary Lane (Londres), 2 de julio de 1795, se quejó de que le despertara a las 5 de la madrugada «un espantoso quejido (como lo llama la Chusma), pero yo lo llamaría chillidos», PRO, WO I/1089, fol. 719.
122. Broseley, T. Whitmore, 11 de noviembre de 1756, PRO, SP 36/136; Gateshead, información de John Todd en Newcastle City Archives; Haverfordwest, PRO, HO 42/35.
123. Witney, información de Thomas Hudson, 10 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116; Saffron Walden, acusaciones por delitos el 27 de julio de 1795, PRO, tribunal 35/236; Devonshire, calendario para el Circuito de Verano, 1795, PRO tribunal 24/43; Handborough, información de James Stevens, cabeza de decena de vecinos, 6 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116. Los trece amotinados de Berkshire en 1766 juzgados por la encomienda especial fueron calificados de «braceros»; de las 66 personas que comparecieron ante la encomienda especial en Gloucester en 1766, 51 fueron calificados de «braceros», 10 eran esposas de «braceros», 3 eran solteronas: las calificaciones revelan poco; G. B. *Deputy Keeper of Public Records*, 5th Report (1844), 11, pp. 198-199, 202-204. Para el País de Gales, 1793-1801, véase Jones, «Corn riots in Wales», App. III, p. 350. Para Dundee, 1772, véase S. G. E. Lythe, «The Tayside meal mobs», *Scot. Hist. Rev.*, XLVI (1967), p. 34: un portero, un cantero, tres tejedores y un marinero fueron acusados.
124. Véase Rudé, *The crowd in history*, p. 38.
125. Teniente general J. G. Simcoe, 27 de marzo de 1801, PRO, HO 42/61.
126. Así, en un motín provocado por la exportación en Flint (1740) hubo alegaciones de que el mayordomo de sir Thomas Mostyn había encontrado armas para sus propios mineros: diversas deposiciones en PRO, SP 36/51.

127. Newbury; escrito en PRO, TS 11/995/3707; East Anglia; B. Clayton, Boston, 11 de agosto de 1795, PRO, HO 42/35.
128. Indudablemente, investigaciones pormenorizadas de movimientos de precios a corto plazo en relación con los motines, que varios investigadores desarrollan ahora con ayuda de ordenadores, ayudará a afinar la cuestión; pero las variables son muchas, y la evidencia con respecto a algunas (*anticipación* de motín, persuasión ejercida sobre arrendatarios, comerciantes, etc., suscripciones caritativas, aplicación de precios para pobres, etc.) es a menudo difícil de encontrar y de cuantificar.
129. «... un Servicio de lo más Odioso que nada salvo la Necesidad puede justificar», vizconde Barrington a Weymouth, 18 de abril de 1768, PRO, WO 4/3, fols. 316-317.
130. Sunderland; petición en PRO, WO 40/17; Wantage y Abingdon; petición a sir G. Young y C. Dundas, 6 de abril de 1795, *ibid.*
131. Penryn; PRO, WO 40/17; Warwickshire; H. C. Wood, «The diaries of sir Roger Newdigate, 1751-1806», *Trans. Birmingham Archaeological Soc.*, LXXVIII (1962), p. 43.
132. Shropshire; T. Whitmore, 11 de noviembre de 1756, PRO, SP 36/136; Devon; HMC, *City of Exeter*, serie LXXIII (1916), pp. 255-257; Devon, 1801; teniente general J. G. Simcoe, 27 de marzo de 1801, PRO, HO 42/61; Warwick; T. W. Whitley, *The parliamentary representation of the city of Coventry* (Coventry, 1894), p. 214.
133. Diario manuscrito del ayuntamiento de Reading, Central Public Library, Reading; anotación del 24 de enero de 1757. Se desembolsaron 30 libras «para el actual precio elevado del Pan» el 12 de julio de 1795.
134. Especialmente útiles son las respuestas de los corresponsales en *Annals of Agriculture*, XXIV y XXV (1795). Véase también S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *op. cit.*, pp. 208-209; J. L. y B. Hammond, *op. cit.*, cap. VI; W. M. Stern, *op. cit.*, pp. 181-186.
135. Un punto que debe ser considerado en todo análisis cuantificado: el precio que quedaba en el mercado después de un motín podía *subir*, aunque, a consecuencia del motín o de la amenaza de motín, el pobre pudiera recibir grano a precios subvencionados.
136. Newcastle; anuncio del 24 de junio de 1740 en City Archives Office; duque de Richmond, 13 de abril de 1795, PRO, WO 1/1092; Devon; James Coleridge, 29 de marzo de 1801, HO 42/61.
137. Diario manuscrito de John Toogood, Dorset CRO, D 170/1.
138. «The Riot: or, half a loaf is better than no bread, &c», 1795, en Hannah More, *Works* (1830), 11, pp. 86-88. [So I'll work the whole day, and on Sundays, I'll seek / At Church how to bear all the wants of the week. / The gentlefolks, too, will afford us supplies, / They'll subscribe — and they'll give up their puddings and pies. / *Derry down.*]
139. Newcastle; crónica manuscrita de los motines en City Archives; Henley; Isaac, *op. cit.*, p. 186; Woodbridge; PRO, WO 1/873: 1753; manuscrito de Newcastle Brit. Lib. Add MS 32732, fol. 343. El conde de Poulet, gobernador de Somerset, informó en otra carta al duque de Newcastle de que algunos miembros de la chusma «vinieron a hablar un lenguaje *leveller*, es decir, no comprendían por qué algunos eran ricos y otros, pobres»; *ibid.*, fols. 214-215.
140. Witney; *London Gazette*, noviembre de 1767, n.º 10.179; Birmingham; PRO, WO 1/873; Colchester; *London Gazette*, noviembre de 1772, n.º 11.304; Fareham; *ibid.*, enero de 1767, n.º 10.690; Hereford; *ibid.*, abril de 1767, n.º 10.717.
141. Maldon; PRO, WO 40/17; Uley; W. G. Baker, octubre de 1795, HO 42/36; Lewes; HO 42/35; Ramsbury; adjunto en rev. E. Meyrick, 12 de junio de 1800, HO 42/50.
142. Véase A. Rowe, «The food riots of the forties in Cornwall» *Report of Royal Cornwall Polytechnic Society* (1942), pp. 51-67. Hubo motines de subsistencias en las Tierras Altas de Escocia en 1847; en Teignmouth y Exeter en noviembre de 1867; y en Norwich un episodio curioso (la «Batalla de Ham Rum») todavía en 1886.
143. J. R. Western, «The Volunteer movement as an anti-revolutionary force, 1793-1801», *Eng. Hist. Rev.*, LXXI (1956).



144. W. Taunton, 6 de septiembre de 1800; I. King a Taunton, 7 de septiembre de 1800, PRO, WO 40/17 y HO 43/12. En sus cartas privadas, Portland se esforzó todavía más y escribió al doctor Hughes del Jesus College, Oxford (12 de septiembre) sobre el «injusto y poco juicioso proceder de nuestro necio ayuntamiento», Universidad de Nottingham, Portland MSS, PwV III.
145. Portland, 25 de abril de 1801, PRO, HO 43/13, pp. 24-27. El 4 de octubre de 1800, Portland escribió al vicerrector de la Universidad de Oxford (el doctor Marlow) sobre los peligros de que el pueblo «se abandonara a la idea de que sus dificultades eran imputables a la avaricia y la rapacidad de aquellos que, en lugar de ser denominados acaparadores, son, hablando correctamente, los abastecedores y providentes Mayordomos del Público», Universidad de Nottingham, Portland MSS, PwV III.
146. E. Burke, *Thoughts and Details on Scarcity, originally presented to the Rt. Hon. William Pitt in ... November, 1795*, Londres, 1800, p. 4. Indudablemente, este panfleto tuvo influencia sobre Pitt y Portland, y puede haber contribuido a las más duras disposiciones de 1800.
147. R. H. Tawney, *Religion and the rise of capitalism*, Londres, 1926, p. 33.
148. C. Fitz-Geffrey, *God's Blessing upon the Providers of Corne: and God's Curse upon the Hoarders*, Londres, 1631; repr. 1648, pp. 7, 8, 13.
149. Tawney, *op. cit.*, p. 222. Véase también C. Hill, *Society and puritanism in pre-revolutionary England*, Londres, 1964, esp. pp. 277-278.
150. Debo esta información al profesor David Montgomery. [Here Lyes a Faithful Friend unto the Poore / Who dealt Large Almes out of his Lord<sup>es</sup> Store / Weepe Not Poore People Tho' Y<sup>e</sup> Servat's Dead / The Lord himselfe Will Give You Dayly Breade / If Markets Rise Raile Not Against Their Rates / The Price is Stil the Same at Stone Leigh Gates.]
151. Anónimo [«A clergyman in the country»], *Artificial dearth: or, the iniquity and danger of withholding com* (1756), pp. 20-21.
152. Carta al *Sherborne Mercury*, 5 de septiembre de 1757.
153. «A serious call to the Gentlemen Farmers, on the present exorbitant Prices of Provisions», hoja suelta, sin fecha, en la colección Seligman (Hojas sueltas, Precios), Universidad de Columbia. [Go now you hard-hearted rich men, / In your miseries, weep and howl, / Your canker'd gold will rise against you, / And Witness be against your souls ... ]
154. *London Gazette*, marzo de 1772, n.º 11.233.
155. Carta de «Captains Audacious, Fortitude, Presumption and dread not», fechada el 28 de diciembre de 1795, «Polgooth and other mines», y dirigida a Mrs. Herring, *ibid.*, 1796, p. 45.
156. Esto no equivale a argüir que tales datos no vayan a obtenerse pronto en relación con las crisis demográficas locales o regionales.
157. *Annals of Agriculture*, XXIV (1795), p. 159 (datos procedentes de Dunmow, Essex).
158. Carta de 24 de junio de 1795 en PRO; PC 1/27/A.54; varias cartas, esp. 29 de marzo de 1795, HO 42/34.
159. W. Wordsworth, *Poetical works*, ed. de E. de Selincourt y Helen Darbishire (Oxford, 1959), V, p. 391. [The hardships of that season; many rich / Sank down as in a dream among the poor, / And of the poor did many cease to be, And their place knew them not ... ]
160. Sidney Mintz, «Internal market systems as mechanisms of social articulation», *Intermediate societies, social mobility and communication*, American Ethnological Society, 1959, y del mismo autor «Peasant markets», *Scientific American*, CCIII (1960), pp. 112-122.
161. Nottingham; J. F. Sutton, *The date-book of Nottingham* (Nottingham, 1880), p. 286; Yeovil; PRO, HO 42/150; East Anglia; A. J. Peacock, *Bread or blood* (1965), *passim*; Merthyr; G. A. Williams, «The insurrection at Merthyr Tydfil in 1831», *Trans. Hon. Soc. of Cymmrodorion*, 2, (Session, 1965), pp. 227-228.

162. En 1795, cuando entregaba a los pobres pan negro subvencionado de su propia parroquia, el párroco Woodforde no dejó de cumplir con la obligación de su propia cena: 6 de marzo, «... para cenar Un Par de Pollos hervidos y Cabeza de Cerdo, muy buena sopa de Guisantes, un excelente filete de Vaca hervido, un prodigiosamente bueno, grande y muy gordo Pavo asado, Macarrones, Tarta de crema», etc.; James Woodforde, *Diary of a country parson*, ed. J. Beresford, World's Classics, Londres, 1963, pp. 483, 485.
163. Lord Hardwicke, 27 de julio de 1795, PRO, HO 42/35
164. W. Dalloway, 20 de septiembre de 1766, PRO, PC I/8/41.

# EL DELITO DE ANONIMATO

De TRADICIÓN, REVUELTA Y CONSCIENCIA DE CLASE\*

*Te diré mi nombre,  
pero no me lo permite mi simpleza.*

MINERO DE CARBÓN DE NEWCASTLE (1765)

## I

La carta anónima de amenaza es una forma característica de protesta social en cualquier sociedad que haya traspasado un cierto umbral de alfabetización, en la cual las formas de defensa colectiva organizada sean débiles y las personas que puedan identificarse como organizadores de la protesta estén expuestas a una inmediata represalia. Los mismos medios pueden, igualmente, emplearse para el agravio personal y como instrumento de extorsión; su uso para estos fines no pertenece a una fase determinada de desarrollo social y continúa hoy día. No puede trazarse una línea clara de demarcación entre estos dos tipos de acción, a pesar de que la diferencia entre ellos (en ciertos contextos) es evidente. Ambos se examinarán en este ensayo. Desde el punto de vista del destinatario, en cualquier caso, el efecto de estas amenazas anónimas sobre su serenidad puede ser prácticamente el mismo. Recibir este tipo de cartas puede producir miedo y es perturbador; puede ocasionar estados de extrema ansiedad, insomnio, sospechas sobre amigos y vecinos y formas de paranoia comprensibles.

Este estudio se basa principalmente en datos del siglo XVIII. Será mejor comenzar por explicar la naturaleza y los límites de la fuente de la cual se obtuvieron los datos centrales. *The London Gazette: Published by Authority* puede parecer una fuente inverosímil para el que trabaja en historia popular. La *Gazette*, que salía dos veces a la semana, era, sin duda, la publica-

\* *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, traducción de Eva Rodríguez, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 173-238. («The Crime of Anonymity», en Douglas Hay, Peter Linebaug, John G. Rule, E. P. Thompson, y Cal Winslow, *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*, Pantheon Books, Nueva York, 1975.)

ción de más augusta autoridad. En sus páginas aparecían las proclamaciones de reyes y consejos privados, disposiciones de la corte, comunicaciones de nombramientos navales y militares, promociones y comisiones, notas oficiales de Whitehall, el Almirantazgo, el War Office, la Fiscalía; listas de bancarrota; la prórroga o reunión del Parlamento.<sup>1</sup>

Así, en el n.º 10.752, de finales de agosto de 1767, encontramos noticias sobre la elección de pares escoceses como miembros de la Cámara de los Lores; una revista del rey de España a la guarnición de Madrid; los movimientos del nuncio papal; mientras que desde Berlín se anunciaba que

la Boda de la princesa Louisa-Henrietta Wilhelmina de Brandenburgo con el Príncipe Regente de Anhalt Dessau fue solemnemente celebrada en la Capilla Real de Charlottenbourg por el Reverendo Mr. Sack ... Después de lo cual la Obra de Teatro Francesa llamada *Turcaret* se representó en la Orangerie ...

Los jardines estaban iluminados y hubo baile, al que asistió el rey de Prusia, y duró hasta la mañana siguiente. Inmediatamente a continuación, codo con codo con la princesa Louisa-Henrietta Wilhelmina, aparece una noticia algo diferente, dirigida a sir Richard Betenson de Sevenoaks, Kent:

Sir: Su Baillo o Intendente propiamente es una especie de canalla para los Trabajadores y si no le despiden Puede ser que Vea su Casa arder si las Piedras no Arden, maldito Hijo de Puta, te cortaremos el cuello de Oreja a oreja a menos que Dejes 50 libras bajo el Segundo Árbol de Staple Nashes desde su casa frente a las Puertas Grandes cerca de la Conejera el Miércoles próximo por la Mañana ...\*

Ésta era, por supuesto, como la precedente, una nota oficial, aunque no había sido incluida por el autor de la carta sino por el secretario de Estado. Nos evitaremos muchas explicaciones si reproducimos por entero las palabras con que tales cartas se acompañaban:

*Whitehall, 8 de agosto de 1767*

Habiendo sido humildemente informado el Rey, de que la siguiente carta amenazadora e incendiaria, fue recibida el [fecha] por Sir Richard Betenson ... y conteniendo las Palabras y Letras siguientes [se reproduce la carta, respetando

\* En ésta, como en el resto de las cartas anónimas, se ha respetado todo lo posible tanto la sintaxis como la puntuación originales, esperando que conserven algo de su carácter. Por otra parte, la ortografía original, que es en la mayoría de los casos simplemente una transcripción de sonidos, no se ha podido conservar. (*N. de la t.*)

su ortografía] Su Majestad, para el mejor descubrimiento y conducción ante la Justicia de las Personas Responsables de Escribir la mencionada Carta ... amenazadora, se complace por la presente en prometer Su gracioso Perdón a cualquiera de ellos (excepto la persona que en efecto escribió la dicha Carta) que delate a su Cómplice ... de forma que así él, ella, o ellos puedan ser aprehendidos y condenados.

Shelburne

Y para mayor estímulo, el dicho Sir Richard Betenson, Bart, promete por la presente una Recompensa de Cien Libras para cualquier Persona o Personas que efectúen tal Descubrimiento ... a ser pagadas por él después de la Condena de ... los Culpables.

Rich. Betenson

El punto crítico en todo este asunto es que la *Gazette* sólo intervino cuando fue ofrecido un perdón oficial a cambio de la información que condujera a la condena; y la autoridad para hacerlo había que obtenerla del secretario de Estado.<sup>2</sup> En algunos casos, en que estaban implicados un funcionario público o propiedad pública, se ofrecía también una recompensa oficial. Más generalmente, cuando se amenazaba a un ciudadano particular, él mismo reunía el dinero para la recompensa. Para hacer más fácil la detección del autor de la carta, éstas se publicaban a menudo por entero, con su ortografía original y sus feroces imprecaciones.

De ahí que las *London Gazettes* descansan, como tantas otras trampas de langosta bisemanales, en el fondo del mar de la Inglaterra de Namier, capturando a muchas criaturas curiosas que no rompen nunca, en circunstancias normales, la suave superficie de las aguas de la historiografía del siglo XVIII.<sup>3</sup> Parece útil repasar el periódico sistemáticamente desde 1750 a 1820, tanto para contar estas cartas como para examinar el carácter de las mismas. Tal es la evidencia central de este estudio, complementada con el uso de documentos de Estado (especialmente entre 1795 y 1802), la prensa provincial y otras fuentes.<sup>4</sup>

Por varias razones, el panorama se hace muy confuso después de 1811. Un recuento de los años 1750-1811 resulta en unas 284 cartas u hojas sueltas aparecidas en la *Gazette* (anónimas y escritas a mano), con una media aproximada de 4,7 al año.<sup>5</sup> En realidad la incidencia es mucho más irregular. Tomando solamente aquellas cartas que indican agravios de tipo social o económico de carácter general, y excluyendo aquellas que son evidentemente obra de chantajistas particulares, los años culminantes de cartas publicadas en la *Gazette* se muestran en el cuadro 1.

CUADRO 1. *Cartas aparecidas en la Gazette*

|      |    |  |   |           |    |
|------|----|--|---|-----------|----|
| 1800 | 35 |  | o | 1800-1802 | 49 |
| 1766 | 17 |  |   | 1766-1767 | 27 |
| 1796 | 11 |  |   | 1795-1796 | 17 |
| 1767 | 10 |  |   |           |    |
| 1801 | 7  |  |   |           |    |
| 1802 | 7  |  |   |           |    |
| 1771 | 6  |  |   |           |    |
| 1792 | 6  |  |   |           |    |
| 1795 | 6  |  |   |           |    |

Se ha intentado, en ocasiones con pocas pruebas, clasificar estas 284 cartas en asuntos de agravio «particular» o «social». Es posible que el intento sea desencaminado: como demuestra la carta a sir Richard Betenson, una carta de chantaje privada puede indicar un agravio general («Su Bailío o Intendente ... es una especie de canalla para los Trabajadores»); un comerciante chantajista arruinado pudo ser a su vez víctima de otro tipo de extorsión y de igual modo puede la protesta social coexistir con el agravio personal. Por consiguiente no se ofrece una línea absoluta de definición entre el agravio «social» y de otros tipos. Pero la distinción puede ayudarnos en el progreso de nuestro análisis (cuadro 2).

CUADRO 2. *Agravios*

|  |     |                     |
|--|-----|---------------------|
| Relativos a crímenes <sup>6</sup>                                  | 13  |                     |
| Claramente chantaje o agravio particular                           | 36  | o 49 «particulares» |
| Agravios claramente sociales, económicos, políticos o comunitarios | 216 |                     |
| Agravios probablemente sociales                                    | 19  | o 235 «sociales»    |
| Total  | 284 |                     |

He intentado también enumerar la naturaleza de la principal amenaza que contiene la carta (cuadro 3).<sup>7</sup>

Se observará que, tomando los cuadros 1 y 2 conjuntamente, el asesinato era la amenaza más corriente en casos «particulares»: aproximadamente el 71 por 100 de todas las amenazas, comparado con el 34,5 por 100 en los casos «sociales». Pero si tomamos los cuadros 3 y 4, dando nuevamente cifras aproximadas, el incendio premeditado es un tipo de amenaza que se encuentra con mayor frecuencia en los casos «sociales»:

CUADRO 3. *Naturaleza de las amenazas*

|  | Social | Privado | Total |
|--|--------|---------|-------|
| 1. Asesinato   | 60     | 20      | 80    |
| 2. No explícita («te lo haremos»,<br>· «sacaremos la sangre», etc.), implicando<br>asesinato | 25     | 9       | 34    |
| 3. Incendio premeditado y asesinato  | 36     | 3       | 39    |
| 4. Incendio premeditado  | 68     | 9       | 77    |
| 5. Destrucción o voladura de edificios,<br>ataque a maquinaria, etc.                         | 16     | —       | 16    |
| 6. Armarse, guerra civil, rebelión,<br>traición, etc.  | 31     | —       | 31    |
| 7. Mutilación del destinatario   | 3      | —       | 3     |
| 8. Mutilación de ganado, descortezar árboles<br>o cortarlos, etc.                            | 3      | —       | 3     |
| 9. Otras   | 2      | —       | 2     |
| Totales  | 244    | 41      | 285   |

40 por 100 frente a 29 por 100 en los «particulares». Los demás tipos de amenaza pertenecen por entero al primero.

En el cuadro 4 dejamos a un lado (por el momento) los casos particulares y consideramos sólo los sociales, o supuestamente sociales. Partiendo

CUADRO 4. *Destinatarios de las amenazas*

|   |     |
|---|-----|
| Gentry y nobleza  | 44  |
| Maestros fabricantes, comerciantes, molineros   | 41  |
| Personas que detentan algún puesto oficial<br>(excluidos alcaldes y jueces de paz)                  | 27  |
| Alcaldes  | 23  |
| Magistrados   | 18  |
| Agricultores  | 17  |
| Clero   | 11  |
| Recaudadores de consumos  | 7   |
| Esquiroles  | 2   |
| Notas escritas a mano de carácter general («A todos<br>los agricultores», «Caballeros de...», etc.) | 39  |
| Otros   | 19  |
| Total   | 248 |

\* Autoridades = 68.

de la insuficiente evidencia de las *Gazettes* pueden identificarse los destinatarios de las amenazas.

En el último cuadro se ofrece la categorización más tentativa. Sin buscar el origen de cada caso en otras fuentes, es imposible, partiendo de la evidencia de una sola carta, obtener una noción exacta del agravio en cuestión; en cualquier caso, muchas cartas revelan más de un agravio. No obstante, el número de cuestiones capaces de provocar a los hombres a proferir amenazas asesinas o incendiarias es en sí mismo interesante (cuadro 5).

CUADRO 5. *Particularización de los agravios*

|   |     |
|---|-----|
| Precio del pan, grano, alimentos: contra acaparadores y monopolistas  | 72  |
| Industriales: máquinas, salarios, esquirols, etc.   | 34  |
| Intentos de ejercer presión sobre el curso de la justicia (algunos «sociales» otros «particulares»)   | 21  |
| Relativos a política (política local, sedición; pero excluyendo la mayor parte de las cartas sobre subsistencias-más-sedición de los años 1800) | 19  |
| Agravios privados (por ejemplo, criados despedidos)   | 11  |
| Cerramiento de campos, derechos del común   | 9   |
| Contrabando   | 7   |
| Pobres y leyes de pobres  | 5   |
| Caza furtiva  | 5   |
| Caminos de portazgo   | 4   |
| Patrullas de reclutamiento  | 3   |
| Voluntarios   | 2   |
| Sorteo de milicia   | 2   |
| Emolumentos de los criados (gratificaciones establecidas por la costumbre)  | 2   |
| Licencias de cervecerías  | 2   |
| Salarios de trabajadores rurales  | 2   |
| Agravios identificables; sólo un caso de cada uno   | 25  |
| Total   | 225 |

Esta tabulación (basada en el agravio central de cada carta) induce también en ciertos puntos a conclusiones erróneas. Así, mientras que sólo dos de las cartas están enteramente dedicadas a los bajos salarios de los trabajadores rurales, muchas de las 72 cartas originadas por los altos precios de los alimentos también se quejan del nivel de los salarios del trabajador. Las 25 cartas que expresan cada una un agravio distinto varían desde la protesta agraria (contra los diezmos, en apoyo de medidas tradicionales, en



defensa del espiguelo, contra las máquinas de trilla), pasando por una serie de agravios políticos y religiosos (antipapistas, antimetodistas, nacionalismo galés) hasta un agravio contra un «maldito villano putero».

## II

Estos cuadros dan un cierto indicio. Pero es necesario cualificar la impresión que ofrecen.

En primer lugar, el número de cartas aparecidas en las *Gazettes* no dan un índice constante del número real de cartas que se escribían. Indica simplemente el número de ocasiones en que las cartas se tomaron con suficiente seriedad, tanto por parte del destinatario como por el secretario de Estado, para ofrecer un perdón oficial. Y no era cosa fácil conseguirlo. En general sucedía sólo cuando: a) el receptor de la amenaza era una persona que tuviera parte en el gobierno, o b) se proporcionaban pruebas de que existía peligro de que se realizara la amenaza (o formaba parte de una serie de amenazas, una o más de las cuales habían sido ya llevadas a cabo, como en los casos de incendios provocados, motines o destrucción de maquinaria), o c) el carácter sedicioso del documento fuera muy alarmante para las autoridades.

En segundo lugar, las disposiciones bajo varios gobiernos de distintos secretarios de Estado y sus subalternos aumentaron la oscilación de estas variables. No todas las administraciones tenían la misma opinión sobre la utilidad de reproducir la cartas en la *Gazette*. Y sólo una minoría de los receptores de estas cartas se molestarían en emplear este método tentativo de control. La aparición de una carta en la *Gazette* implicaba demora, correspondencia con el gobierno, gastos de inserción (3 libras, 3 chelines y 6 peniques en 1800) y también la oferta de una recompensa algo superior a la que en otro caso parecería necesaria. Los destinatarios de tales cartas podían más sencillamente poner un anuncio inmediatamente en la prensa local para recibir información y ofrecer una recompensa directamente a los delatores, aunque actuando en esta forma no podía, naturalmente, ofrecerse el perdón.<sup>8</sup> Finalmente, podemos preguntarnos hasta qué punto el sistema bien comprobado de perdones y recompensas del siglo XVIII era de gran utilidad para tratar un delito que (como el incendio premeditado) podía llevarse a cabo secretamente por un solo individuo sin cómplices.

Se pueden observar algunas de estas variables en acción durante los años 1795-1805. En 1795 sólo aparecieron en la *Gazette* seis cartas de protesta social, pero en realidad entre los documentos del Home Office se conservan muchas más enviadas por corresponsales nerviosos. Es evidente

que en este año el gobierno no quiso dar más publicidad a los sentimientos ofensivos y sediciosos de las cartas. En 1796 se publicaron en la *Gazette* unas cuantas más (once de protesta social), pero el duque de Portland todavía aconsejaba prudencia. En noviembre escribía para decir que aceptaba que una hoja que le enviara el alcalde de Londres era del carácter más violento:

Pero visto que no parece producir ningún efecto, quizá su Señoría acordará conmigo que es una prueba de que el buen sentido y la buena disposición generales de las gentes les lleva a tratarla precisamente en la manera que deseamos.<sup>9</sup>

No se ganaría nada publicándola. Cuando le fue enviada una carta sediciosa de Yeovil, en 1799, el duque tampoco se inclinó «a darle notoriedad mediante su publicación en la *Gazette*». <sup>10</sup>

En 1800, sin embargo, cuando la multiplicación de motines e incendios hizo evidente que ya no se podía confiar en «el buen sentido y la buena disposición generales de las gentes» y cuando se hicieron corrientes ciertas escalofrantes amenazas «jacobinas», no menos de 35 de estas cartas aparecieron en la *Gazette*. Ésta era todavía una pequeña proporción (desde luego inferior al 25 por 100) de las cartas enviadas al Home Office.<sup>11</sup> Portland aconsejaba en general la vigilancia, el empleo de delatores y, sólo en el caso de que tuviera probabilidades de éxito, publicar la carta.<sup>12</sup> Esta política se continuó a lo largo de 1800 y hasta 1801 en los casos que supuestamente afectaban al interés público.<sup>13</sup> Hacia 1804 el péndulo había oscilado otra vez hacia la prudencia extremada. En marzo de 1804 el secretario del Home Office contestaba a una petición:

Tengo dudas sobre la conveniencia de publicar en la *Gazette* ... el papel sedicioso ... Quizá fuera más apropiado insertar en el Periódico Regional el comienzo y final del párrafo original, identificándolo y señalándolo así suficientemente, sin promulgar los perniciosos sentimientos que contiene ...<sup>14</sup>

Otras autoridades habían llegado a un acuerdo similar en fecha algo anterior a ésta. En octubre de 1800 las autoridades de Birmingham, que veían estos sentimientos perniciosos aparecer a diario por todas partes en hojas, carteles y letreros escritos en la pared, sólo pudieron permitirse la publicación en la *Gazette* de una proclama que comenzaba:

Puesto que ... varios papeles explosivos (uno de los cuales empieza con «Compatriotas» y otro con «Libertad») han sido lanzados en las calles y pegados en las paredes ...<sup>15</sup>

Después de estos años se confirmó la política de reticencia. Sólo tres o cuatro cartas aparecieron en la *Gazette* en 1811 y unas cinco en 1812, y sin embargo ambos años vieron, como se comprueba en los documentos del Home Office, una fecunda y animada actividad epistolar. Desde entonces se hizo normal la publicación del hecho, pero no del contenido de la carta.

Por todo ello, las cifras sólo dan un índice confuso de la extensión de este tipo de actividad. Lo que pervive en las *Gazettes* es sólo lo que queda después de que pasara por la criba una cantidad mucho mayor. Y sin duda numerosas cartas de amenaza fueron recibidas por personas que no se molestaron nunca en informar a las autoridades: en 1800 el alcalde de Londres hizo referencia a tales cartas «de las cuales entre unas cosas y otras recibo muchas y no les presto atención». <sup>16</sup> De aquellas que se enviaban a la *Gazette*, la mayoría quedaban sin publicar. También está el número desconocido e incognoscible de cartas de chantaje o amenaza que nunca vieron la luz porque sus destinatarios las mantuvieron en secreto y se avinieron a las demandas que en ellas se hacían. Con toda certeza no se puede permitir que las cifras dadas anteriormente penetren en los intestinos de un ordenador como la cantidad de violencia premeditada de la Inglaterra preindustrial.

### III

El chantaje personal, como el rapto y algunas formas de secuestro, parece ser un delito endémico que medra con la publicidad. Es quizá posible fechar con exactitud aceptable la primera vez en que este tipo de delito tuvo publicidad nacional.

En el verano y otoño de 1730 aparecieron cartas amenazantes, de forma muy espectacular, en Bristol. Se lanzaban en el interior de talleres y casas, y se tiraban en las calles, exigiendo en ellas pequeñas sumas de dinero bajo la amenaza de incendio. Parece posible que algún receptor timorato se aviniera a ello. En octubre, al señor George Packer, que se había negado varias veces a la demanda de pagar seis guineas, le fue incendiada su casa y parte de su astillero. Su familia tuvo suerte de escapar con vida. Pocos días después se daba parte de una serie de cartas amenazadoras desde muchos puntos del país. En noviembre se emitió una proclama en que se ofrecía el perdón y una recompensa, la muy considerable suma de 300 libras, a cambio de la información que pudiera producir una sola condena; los transgresores estaban expuestos a la pena de muerte por una cláusula del Black Act de 1723 (véase más adelante, p. 462). La proclama no parece más que haber dado mayor publicidad al delito. El incendio de la casa de

Packer, observaba Boyer, «ha dado la idea a todo perdido Miserable en todo el País de aprovecharse de ello» y la práctica de enviar cartas incendiarias fue comparada al fuego con que amenazaban, por extenderse con igual velocidad y terror.<sup>17</sup> Algunas de las cartas eran claramente de extorsión: a un agricultor de Hammersmith, al cual se le pedían diez guineas y que colocó algunas monedas de medio penique en una trampa frustrada, le incendiaron los almiarres y el granero.<sup>18</sup> Otras indican el empleo del mismo medio para expresar agravios personales: al señor Spragging, un mercader de balsas de Newark, se le advirtió:

Spragging, recuerda que no eres más que Polvo,  
y muy injusto con tu Vecino:  
no tienes escrúpulos para lo grande ni lo pequeño,  
hasta que de una vez caiga sobre ti la Venganza.  
Pienso en lo pronto que te verás perdido;  
en llamas de Fuego arderán tus Balsas ...<sup>19</sup>

Los transgresores de Bristol nunca fueron condenados.<sup>20</sup> Pero muchos de sus imitadores acabaron en la horca. Se logró condenar a algunas personas en Lincolnshire, Kent y Hertfordshire y se pagaron las recompensas de 300 libras.<sup>21</sup> Jeremiah Fitch, un ebanista, fue uno de estos transgresores. Había escrito a un rico agricultor, Goodman Jenkyns de Harpenden, una carta que comenzaba:

Ésta, con mis Respetos a usted y el deseo de que, con todo Cariffo, me deposite 30 libras Bajo el Poste que hay al lado de la casa de Henry Hudson ... el Viernes por la noche a las ocho del Reloj, si no lo hace, le quemaré la Casa hasta las Cenizas Maldita sea su Sangre; y Maldito sea Señor, si vigila, o declara este secreto a nadie maldita sea mi Sangre si no le toca Morir...

Pero Goodman Jenkyns puso una guardia de cuatro hombres y Fitch fue detectado.<sup>22</sup>

Los observadores contemporáneos indicaban que éste era «un delito nuevo», aunque ello parece improbable.<sup>23</sup> El ejemplo de ejecución en varios distritos parece haber terminado con la epidemia, aunque el delito subsistió en la memoria de las gentes y desde ese momento se produjo un goteo de amenazas incendiarias similares. Pero —como demuestra el caso de Fitch— era un delito que se iniciaba con facilidad, pero era muy difícil concluir con fortuna. El chantajista tenía que arreglárselas por todos los medios para obtener su demanda sin miedo a ser detectado. Las estrategias propuestas por algunos de los que escribieron estas cartas inspiraron en 1730 a un satírico de Norwich:

Si no pone Seis Nuevos Medios Peniques, en Patrón,  
 en un Zapato Viejo (no queremos hacer Daño),  
 y lo coloca en la mismísima Piedra Cimera  
 de la Torre alta de Christ Church, a Medianoche, solo ...<sup>24</sup>

Puesto que es probable que la víctima informara a la policía o esperara con sus amigos y criados en el lugar donde había de depositarse el dinero, el chantajista sólo podía conseguir su propósito en condiciones limitadas:

1) Si el chantajista estaba en efecto en posesión de información relativa a los antecedentes penales, actos sexuales impropios o cosas por el estilo, de la víctima; información que sería tremendamente perjudicial para la víctima en caso de hacerse pública. Éstas eran, desde luego, las condiciones más ventajosas para el chantaje, y exactamente por el mismo motivo estos delitos raramente se descubrían.<sup>25</sup>

2) Si el chantaje era parte de un sistema fraudulento de protección con medios efectivos y bien conocidos de represalia contra los que se negaran a aceptarlo.

3) Si podía aterrorizarse a la víctima lo suficiente para asegurarse su anuencia y su silencio, mediante la violencia misma de las amenazas físicas.

Este último punto nos ayuda a explicar la extremada violencia del estilo preferido por aquellos que escribían estas cartas. El problema puede observarse en una carta recibida por un caballero de Ayrshire en 1775:

Hay seis de nosotros que habiendo sido reducidos a la Miseria por la Desgracia te hemos elegido para nuestro Auxilio, la Providencia te ha capacitado para ello y nosotros nos ocuparemos de que estés dispuesto a hacerlo. Por tanto depositarás 50 libras en moneda: debajo de la Piedra Ancha que hay al Final del Extremo Sur del Malecón de Piedra a la Derecha según vas de Slophouse a Ayr y que sea Oro o Plata y que ... quede allí una Semana ...

Pero evidentemente era probable que la víctima pusiera el lugar bajo vigilancia, por lo que el autor detalló sus propias disposiciones:

Si eres tan necio como para intentar saber quiénes somos estás perdido. Uno de nosotros cogerá el Dinero mientras tres permanecen en Vigilancia con un Par de Buenas Pistolas cada uno y dos quedan en la casa para Vengarse si molestas a los demás y con un Barril de Pólvora dispuesto para volar tu Casa —Así que ya ves que el Silencio es igualmente necesario para ambas Partes.<sup>26</sup>

Esta sutil y muy bien escrita carta no logró quizá credibilidad: no era probable que los poseedores de al menos seis buenas pistolas y un barril de

pólvora arriesgaran sus vidas por 50 libras. Un estilo más corriente es el que intenta arrasar por la fuerza misma del estilo. Un comerciante de vinos de Northampton recibió una petición de 800 libras «para el próximo Jueves» (en enero de 1763):

Si no haces lo que te ordenamos Te someteremos a las mayores Torturas ...  
Tú Villano de Perra Tú Ladrón te voy a volar los Sesos. Maldita sea tu Sangre Perro.<sup>27</sup>

Otras cartas sugerían un conocimiento personal entre el autor y la víctima; quizá el chantajista había sido un mercader llevado a la ruina por las actividades del receptor:

He sido tu amigo Mucho y espero que no quedaré sin recompensa por ello  
Yo soy una Gran Amistad tuya que por la Necesidad es Llevada al mal Camino,

fue informado un boticario de Holborn en 1760.<sup>28</sup> Este corresponsal sólo pedía una guinea. En 1763 se notificó solemnemente a George Bryant, un refinador de Deptford:

Señor para hacerle saber que estoy en gran Necesidad de un poco de Dinero o si no me verá obligado a Cerrar el Comercio o Dejar el Negocio ...

100 libras serían suficientes para esta ocasión, de otro modo la casa del señor Bryant sería incendiada.<sup>29</sup> A un señor de Blackfriars se le dijo en 1764 que llevara 50 libras

Bajo los Pies de una Estatua de Piedra muy vieja con la nariz de la estatua rota que queda toda Directamente enfrente de la Entrada de la puerta norte de la abadía de Westminster en la primera Nave.

El precio de la negativa sería la «voladura de sesos» del señor; «Soy un mercader que conoces bien y te devolveré el dinero el 17 del mes próximo».<sup>30</sup> Cuando recordamos la desastrosa cárcel de deudores y la negativa caballeresca de muchos miembros de las clases más acomodadas a pagar las cuentas de los mercaderes, tendremos quizá un contexto en el que colocar algunas de estas colectas forzadas.

Excepto cuando el caso llega de hecho a los tribunales, poco puede sacarse de estas cartas. Hay ocasionalmente la insinuación de protección fraudulenta o una exacción general de dinero por parte de un grupo o «patrulla». El comercio de contrabando suponía repentinas necesidades de

capital para la compra de mercancías de un barco arribado; también exigía la intimidación de delatores.<sup>31</sup>

Suky Boswell, criada de un oficial de impuestos de consumos de Eastbourne, recibió en 1771 una carta que no pudo haberle dejado dudas sobre su intención: «Suky Boswell teniendo unos pocos momentos libres pensé que no Podía ocuparme en cosa mejor que mandarte una Línea o dos ...». El delito de Boswell consistía en haber sido demasiado diligente en favor de su señor: «Haciendo vigilancia para tu señor esa noche se fue con los soldados». Y pasa al clímax:

Tengo que matarte y te voy a matar Maldita sea tu sangre te voy a Cortar el cuello de Oreja a Oreja Maldita Maldita y Doblemente Maldita te voy a asar el Hígado ... que Dios todopoderoso maldiga a tu Alma Maldita seas Maldita seas ...<sup>32</sup>

Se advirtió a otro oficial de impuestos de Redcar en 1774, que se mantuviera alejado de las arenas: «Harías bien en ... tomar lo que te damos como hacen otros oficiales y si no lo haces juraremos que te dejas sobornar, será mejor que lo tomes por ello y no te condenes».<sup>33</sup>

Sin duda estas cartas, en el continuo conflicto entre contrabandistas y oficiales de impuestos de consumos, satisfacían su función. Podían haber sido efectivas en un contexto mucho más amplio que éste. Las etapas mediante las cuales podía ser un delincuente finalmente conducido a (o librado de) la horca estaban, como demuestra Douglas Hay, abiertas en varios puntos a la presión y la influencia. Pero, puesto que muchos de los procesos se iniciaban de forma privada, estaban en los mismos puntos abiertos a la presión de los amigos del acusado. Existen cartas anónimas que puntúan cada una de las etapas. Así, en primer lugar se lanzaban amenazas para intimidar al demandante antes de que hubiera comenzado ningún tipo de acción, o inmediatamente después con la esperanza de que la acción fuera abandonada.<sup>34</sup> Y hay también muchos ejemplos de demandantes excesivamente diligentes, celosos o avariciosos (tanto funcionarios públicos como personas particulares) que recibieron advertencias. El presidente de las Salas de Surrey incurrió en la hostilidad de los deudores albergados en el santuario de Southwark Mint, que se refirieron a él como «¡un viejo, enorme Monstruo Villano sin Paralelo! ¡Fruto de feroces Dragones, Infierno y Furia!». <sup>35</sup> Al recaudador de impuestos de consumos de Bristol se le ordenó que «no firmara más Órdenes de Prisión» y «P. S. No permita que el Sr. Lion aparezca en la picota». <sup>36</sup> Cuando en 1776 el alcalde y los jueces de Norwich lanzaron una campaña para procesar a los estafadores de hilaza se les advirtió que abandonar los trámites o «con Seguridad sufriréis en vuestras personas». <sup>37</sup>

Siguieron amenazas a magistrados, jueces y especialmente a testigos: «por Cristo vivo y eterno que te mato como aparezcas en contra mía como testigo ...».<sup>38</sup> Si el acusado era condenado, podían sobrevenir amenazas dirigidas al fiscal (para asegurar el perdón) o a las autoridades (para liberar al reo). En 1810 un patrón de Londres recibió una nota:

He estado en el Campo. He recibido una carta de mi Amigo que les has desterrado a él y a otro por 10 libras de salitre. Si hubiera sabido que tú y tu Empleado les ibais a acusar les habría quitado de en medio a ellos, a ti y a tu Empleado. Estoy decidido a mataros a los dos ... si no Sacáis a los dos.<sup>39</sup>

Si demandante o delator habían recibido dinero por sus actos podía esperarse que su persecución fuera aún más intensa. En 1775 un magistrado de Londres recibió esta carta:

Señor sentimos ser tan importunos pero anoche se Condenó a Muerte a Jones en el old Bayley por motivo del Robo del general fitzroy que fue Descubierto por el Sr. Nickalls que dio la información ... Entonces el Sr. Nickalls tiene derecho a la Recompensa por esta circunstancia por eso el Sr. Nickalls puede estar seguro del todo que no vive más que la persona que está bajo Pena de muerte ... porque estamos Decididos a poner fin a los días de Nickalls si se queda en esta metrópolis porque lo hizo sólo por dinero.<sup>40</sup>

Las amenazas como ésta no conseguían probablemente más que apretar la cuerda alrededor del cuello del reo, puesto que, como ha demostrado Hay, el ejercicio de la prerrogativa de perdón estaba sostenido por una elaborada ideología que sólo permitía que el mismo surgiera desde arriba como acto de gracia hacia el suplicante debidamente respetuoso. Las amenazas en esta etapa sólo podían acelerar la ejecución y quizá por este motivo son escasas. Pero una vez acabados los trámites legales, podían recomenzar las amenazas. En casos menores, como delitos de caza, esto era corriente. Después de que Rudston Calverley Rudston de Pocklington, East Yorks, obtuviera la condena de cuatro cazadores furtivos en 1793, se le dijo:

Rudston nuestra maldad es demasiado grande para soportarla por lo tanto si no te parece bien Devolver todo el dinero de los jóvenes otra vez quemaremos y destruiremos todo lo que tienes y después pagarás con la vida.<sup>41</sup>

En asuntos de mayor envergadura, en que los reos habían sido ya ejecutados o desterrados, poco podía hacerse. Varias cartas exigen la bajada y enterramiento inmediatos del criminal ahorcado.<sup>42</sup> Y en algunas ocasiones se asediaba al demandante con amenazas de venganza. En 1776 un tal Gird-



wood, él mismo en cierto momento preso en Newgate, escribió al demandante de un amigo:

Señor, siento enterarme de que un caballero como usted sea culpable de Tomar la Vida de MacAllester a cambio de dos o tres guineas; pero no lo olvidará uno que acaba de volver para vengar su causa ... Yo sigo los caminos, aunque he estado fuera de Londres; pero al recibir una carta de MacAllester antes de morir, para buscar venganza, he venido a la ciudad ...

Girdwood fue detectado porque pasó la carta mediante una mujer que vendía provisiones a las puertas de la cárcel. Fue condenado, se rechazó la apelación y fue ejecutado.<sup>43</sup>

Incluso insignificantes chantajistas intentaban presentarse como parte de una «patrulla» o confederación; los que escribían por agravios más generales se presentaban como una confederación de treinta, noventa o varios miles, unidos por los más solemnes juramentos para vengar sus injurias. Cuando estaban implicados contrabandistas, personas que hubieran participado en motines de subsistencias o agrupaciones de comercio ilegal, las amenazas eran verdaderamente peligrosas. Después de los motines de subsistencias de Norwich en 1776, de Halifax en 1770 y de Staffordshire y Nottingham en 1800, se advirtió a las autoridades que liberaran o suspendieran las sentencias de sus prisioneros bajo pena de represalias. En Norwich dieciséis hombres «están juramentados por un terrible y grande Juramento» para quemar las casas de los grandes:

los 16 Hombres pues tienen 80 bolsas hechas de papel fuerte llenas de Brea y Azufre atadas con una mecha de salitre en la boca de ellas éstas las embutiremos en Ventanas casas y en los montones de Leña la noche en que cualquiera de los Prisioneros sea Colgado ...

Pero se colgó a varios de los prisioneros. Los magistrados de Staffordshire recibieron una elocuente carta que les amenazaba con la muerte y el incendio:

pues Estamos decididos a que ellos no sean encerrados más por la misma causa que es sólo el pan y que Lucharemos hasta la última gota de nuestra sangre las cabezas de esta Nación en general villanos y causan el hambre entre los pobres mientras que ellos viven en la abundancia. Pan Pan Pan es el grito de los pobres Niños y habéis permitido que el precio pase de nuestro alcance Queremos que se impriman hojas qué pensáis hacer en relación a esta carta porque estamos por la Guerra o la Paz.<sup>44</sup>

La única respuesta que recibió el autor fue, naturalmente, un anuncio en la *Gazette* en que se ofrecía el perdón a cambio de la información que sirviera para su detención y 170 libras de recompensa. Este tipo de notas se insertaban también en la prensa local y además circulaban con frecuencia como hojas sueltas o carteles de proclama. En asuntos de agravios sociales generales, esto daba publicidad a una curiosa especie de diálogo entre las autoridades y la multitud. La aparición en la *Gazette* era una forma muy solicitada de publicidad y muchos autores meditaban sus mejores florituras retóricas con el cuidado del escritor que manda su primera obra a la imprenta. En 1767 se dirigió lo siguiente al alcalde de Chester: «Dios Maldiga tu sangre, tu casa arderá muy pronto si no te ocupas mejor de los Mercados». «Pon esto en el Periódico.»<sup>45</sup> Una carta de Stourbridge del mismo año que amenazaba con tirar todas las cárceles y prisiones con la fuerza de más de 2.000 hombres armados, concluía: «Sr. Rabley queremos que ponga esto en la Gaceta de Birmingham ... si no lo haces Palabra que tiraremos tu casa».<sup>46</sup>

Hubo autores que alcanzaron su objetivo. Un ejemplo interesante de este diálogo puede verse en un episodio de la larga lucha por los precios de los tejedores de Spitalfields en las décadas de 1760 y 1770. En la primera hubo una larga campaña de notas amenazantes contra los tejedores o maestros que no colaboraban, destrucciones de la seda en los telares, etc. En los años 1770 se procesó a muchos cortadores de seda en el Old Bailey bajo acusaciones capitales y fueron ejecutados.<sup>47</sup> En abril de 1771 el testigo principal de la Corona, un trazador llamado Daniel Clark, fue visto por dos tejedores en Shoreditch, asaltado, perseguido de un refugio a otro por una multitud cada vez mayor, arrastrado y golpeado a lo largo de varias calles de Shoreditch y Spitalfields, arrojado a un estanque en Hare Street Field y allí muerto a pedradas. Siguió a ello una campaña de anuncios y contra-anuncios. El rey ofreció una recompensa de 100 libras por la información que condenara a los asaltantes de Clark. Como respuesta, David Wilmot, un activo magistrado de Bethnal Green, recibió una carta firmada por «Uno de diez Mil»:

Tú Bribón el Tipo que matamos el Martes juró para que mataran a mi más querido amigo si hubiera tenido mil Vidas se las habría quitado con gusto y si intentas ponerte de su parte como parece por tu Anuncio puedes estar seguro de que Tú y tu Familia no existiréis más de un Mes ...

Era evidente que el autor no había estudiado los modelos de estas cartas que de vez en cuando publicaba la *Gazette*, pues concluía: «No lo juraré como es costumbre en estas cartas pero si crees lo que es Verdad cree en

mi palabra». Wilmot efectivamente publicó esta carta y ofreció una recompensa por la información que le llevara hasta el autor. Animado por todo ello, el autor envió cuatro días después una carta tres veces más extensa con una defensa más amplia de los que habían linchado a Clark, «ese detestable Objeto muerto de su venganza que estaba sediento de su sangre no por ningún motivo de Justicia sino simplemente por la Recompensa».

Ya estamos satisfechos habiendo acabado con ese Monstruo de Forma humana, por miedo al cual permanecieron muchas familias en Condiciones de morir de hambre manteniéndolas alejadas de su principal Subsistencia por Miedo a que Informara contra ellas.

«Sabe esto entrometido villano» se advirtió al juez Wilmot,

que ni la mayor Recompensa de Gracia del Rey será el medio ni de Descubrirnos ni de Acobardar al escritor de estas Cartas y sus Compañeros en este Asunto, en proseguir con Venganza insaciable y profunda sus intenciones contra ti ... P. S. Ahora puedes solicitar al Rey una recompensa mayor y verás con qué Resultado.<sup>48</sup>

Está claro que, al menos entre la muchedumbre, los anuncios de la *Gazette* o la prensa local encontraban atentos lectores; y los individuos de esta muchedumbre veían en ellos una forma posible de expresar agravios y demandas. No se puede, en este nivel de análisis, sacar mucho más del género. El chantaje personal es un delito que aparece en cualquier sociedad no alfabetizada. Mientras que el predominio de los procesos privados abrió en el siglo XVIII ciertos canales a la presión, mediante amenazas, sobre el demandante y los testigos, no puede demostrarse que esta presión fuera generalmente efectiva; y las amenazas dirigidas contra los tribunales o las autoridades probablemente eran contraproducentes. Las cartas de este tipo ofrecen un contrapunto patético e ineficaz al verdadero intercambio de influencias e intereses que discurría entre los poderosos. Sólo en contextos conflictivos específicos —contrabando, agitación agraria, actividad sindical ilícita o protesta social masiva— adquieren importancia estas cartas. Y en estos casos pueden alguna vez ser consideradas intrínsecas de las formas de organización protodemocráticas, profundamente características de las relaciones sociales y económicas del siglo XVIII.

## IV

En una sociedad prescriptiva que, en mito si no en realidad, descansaba sobre relaciones de paternalismo y deferencia, dominio y subordinación, existían muchas razones para que los hombres desearan permanecer en el anonimato. En modo alguno era el anonimato exclusivamente refugio de los pobres. Incluso el caballero, el profesional desde luego, podía desear la atención de la autoridad sin ofender a su influyente vecino. La investigación en los archivos del siglo XVIII nos proporciona una impresión de visión doble. Entre los papeles del patrimonio privado de la nobleza y la alta *gentry* encontramos cartas serviles de inspectores, comerciantes, abogados y solicitantes de favores. Pero en los documentos de Estado parece que entramos en contacto con una sociedad de seres furtivos y delatores. A lo largo del siglo XVIII cierto porcentaje del correo del secretario de Estado era anónimo.

Incluso propuestas de elevada complejidad para el bien público —relativas a impuestos, regulación de mercados, leyes de pobres, impuestos sobre consumos— podían aparecer sin firma.<sup>49</sup> Porque también éstas podían implicar cierta crítica de alguna figura influyente local. Asuntos más delicados —en que se señalaba a un caballero que era papista o a un presunto jacobita o se descubría la corrupción en algún puesto oficial— llegaban por correo casi siempre sin firma. A menudo se seguía un elaborado ritual con el fin de obtener protección antes de descubrirse. El autor que prometía información sobre algún negocio fraudulento firmaba la carta con iniciales; el secretario de Estado anunciaba entonces en la *Gazette* que si «R. S.» se decidía a aparecer en un lugar y hora determinados con más información se le prometía la impunidad y quizá una recompensa; después podía celebrarse la reunión. En la prensa y revistas públicas también se libraban estas guerras por escrito de insinuación y asesinato bajo seudónimo. El ciudadano inglés, nacido libre, se escurría de un lado a otro con una máscara y envuelto en una capa al estilo de Guy Fawkes.

Si así era incluso en los órdenes más altos, el anonimato constituía la esencia de cualquier forma primera de protesta industrial o social. La amenaza de victimización era constante; la protección que la comunidad podía ofrecer al rebelde conocido contra la vindicación de los «influyentes» era escasa; las consecuencias de la victimización sobre la vida entera de la víctima eran totales. De ello que en numerosísimas ocasiones, a lo largo de todo el siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX la única protesta conocida es esta admonitoria y anónima «voz del pobre». En las primeras décadas del siglo XVIII se encuentran expresiones de jacobitismo popular (aunque indujeran más a la balada o la tonada silbada que a la carta

articulada) o de los virulentos «verdaderos azules» de Taunton: «A todo maldito Bribón partidario wig que no vote a Popham le cortaremos el cuello el próximo día de Navidad».<sup>50</sup> Hacia 1811 se encuentran prematuras cartas «Swing», como la de los obreros de Early Court, cerca de Reading:

Sangre y Venganza contra Tu Vida y Tu Propiedad por quitarnos nuestro Trabajo con tu Máquina de Trillar ... si no la dejas ... te vamos a Trillar los Almiarres con Fuego y Bañarte el Cuerpo en sangre. Cómo Mirará la Gente de Reading para ver Early Court toda en Llamas.<sup>51</sup>

Entre ambas fechas hay muestras de todo tipo de agravios de la época: patrullas de reclutamiento, sorteos de la milicia, tribunales locales corruptos, escándalos electorales, derechos consuetudinarios y licencias de cervecerías.

Las cartas son de dos tipos: las que están dirigidas a los ricos, autoridades o patronos, y las dirigidas a los compañeros de trabajo o a «la multitud». Hasta la década de 1790 el primer grupo es con mucho el mayor, aunque quizá lo único que podamos decir es que éstas eran las que se conservaban con mayor frecuencia y más aparecían en la *Gazette*, ya que era menos probable que las amenazas garabateadas o los jeroglíficos que envolvían un ladrillo y eran lanzados al interior de talleres o echados bajo la puerta de las casas de esquirols se publicaran o se archivaran.<sup>52</sup> A partir de 1790 aumenta el segundo grupo: pero ahora encontramos con menos frecuencia la carta que la hoja suelta o el cartel. Y las del grupo primero pueden a su vez dividirse, habiendo sido unas dirigidas a los ricos o acomodados de la localidad y algunas veces clavadas a la puerta de la iglesia o en la cruz del mercado, y otras a individuos en particular. La gran mayoría de ambos tipos adoptan un tono y una forma de tratamiento similares y se distinguen por el uso del pronombre plural «nosotros». Rara vez hay en ellas un agravio personal, sino más bien el sentido compartido de injusticia de los pobres en general. Y el estilo parece imponer ciertos límites a los autores: intentan desde luego presentar no el agravio personal, sino el colectivo. Esto es lo que presta un interés excepcional a tales documentos. Pocas veces puede demostrarse que una carta dada indique una protesta general y no la voz de un loco: uno queda reducido a juzgar por la «sensación» que produce la carta, su estilo, la particularización del agravio, tanto como por las pruebas de actos de apoyo —motín o destrucción de máquinas—. Tales pruebas van apareciendo con regularidad.

Con tantos agravios entre los que elegir, limitaremos nuestro estudio a tres contextos distintos: las cartas referentes a conflictos industriales; las surgidas en contextos agrarios; y finalmente el grupo mayor de cartas y ho-

jas, las que se refieren a precios y motines de subsistencias y que pasan, en 1795 y 1800, a la sedición «jacobina».

Las cartas del primer grupo surgen de muchos contextos, pero la mayoría pertenecen claramente al primer sindicalismo ilegal, con sus ejecuciones sumarias: la destrucción de las herramientas y los materiales de los esquirols o de patronos que contrataban a hombres sin aprendizaje, la intimidación de los contrincantes.<sup>53</sup> Al maestro carpintero de navío de Chatham se le dijo en 1764:

Sr. Allen

Canalla —porque no puedo llamarte Caballero te he escrito para que sepas que sin ti están mejor los Carpinteros y todo el Astillero en general muy pronto vas a Salir del Libro de la Vida ... Eres como el Rico que se negó a dar a Lázaro las migas que caían de su mesa ...<sup>54</sup>

En 1763 se amenazó a los maestros zapateros y calceteros de Londres para que satisficieran las demandas que se hacían sobre los precios: «Malditos sois peores que asaltadores de caminos porque rebajáis los precios».<sup>55</sup> A finales de la década de 1780 llegaban cartas como ésta de zapateros de Londres, estampadores de calicó de Lancashire y tejedores de Glasgow, Manchester y Newbury. «Un Buen Oficial Zapatero» se dirigió a un maestro en estos términos:

Maldito Insignificante Soberbio Arrogante Bribón todos los que Trabajan para ti te detestan ... Pero espero acabar Pronto con tu soberbia Eliminando la Vecindad donde vives ... y si puedo Empujaría tu maldita Insignificante Persona en medio de las Llamas ...<sup>56</sup>

En 1794 se pasó la siguiente nota bajo la puerta del vestíbulo de la Compañía de Tejedores de Mantas de Witney:

Ésta es para informarles Señores que aquí hay un acuerdo hecho entre algunos Hombres que cualquiera que no dé a los oficiales tejedores los dos peniques ... Cuidaros o moriréis y vaya cosa por la que morir oprimir a los pobres.<sup>57</sup>

La destrucción de máquinas y el incendio industrial provocado casi siempre iban acompañados de cartas. Un grupo de éstas hacen su aparición en los años 1780 y 1790, procedentes de la industria algodonera de Lancashire, donde abundaban los estampadores de calicó.<sup>58</sup> La serie más vivaz procede, entre 1799 y 1803, de los tundidores y obreros de la confección, en su resistencia ludita a la introducción de las máquinas de tundir. Las amenazas se dirigen igualmente contra patronos y obreros que desafiaban las reglas de los tundidores:

Los Oficiales Tundidores de Bradford Trowbridge Melksham Chipinham Calne y Devizes: Han a Cordado Pagaros a los 4 que seguís trabajando ... si no abandonáis podéis esperar la Ley de los Tundidores; que es ser hecho Cuartos. Y vuestra Carne y Huesos Quemados y Vuestras Cenizas Llevadas por el Viento Os envío esto como amigo ...<sup>59</sup>

Las amenazas de este tipo (como en el ludismo, mejor documentado, de los Midlands y el Norte en 1811-1813)<sup>60</sup> infundían mayor terror por la repetición de las acciones, por lo general más contra la propiedad que contra las personas.<sup>61</sup>

En el contexto agrario o en la pequeña ciudad mercado las cartas empezaron pronto —los «Blacks» de los bosques de Berkshire y Hampshire ya las utilizaban en 1723— y, como medio de presión masiva, continuaron aún más tiempo: las cartas «Swing» de 1830 produjeron un clímax, pero hubo cartas similares que acompañaron incendios en East Anglia en las décadas de 1840 y 1850. Éstas constituyen algunos de los ejemplos más tristes del género, especialmente las escritas en el siglo XIX: el testimonio de hombres llevados a la violencia por las humillaciones de las leyes de pobres, los bajos salarios, el abuso de la caridad. Los ejemplos del XVIII son a menudo más complejos, haciendo referencia a derechos del común, cerramiento, espigueo o costumbres locales. Hay unas cuantas que muestran el testimonio, cuidadosamente redactado, de las demandas de los pobres. No podemos demostrar que sean típicas; pero, puesto que se encuentran entre los únicos legados articulados que se conservan de millones de personas supuestamente sin posibilidad de expresión articulada, merecen especial atención. Los mejores ejemplos, como las cartas de «los Conspiradores» de Cheshunt (1799) y la dirigida a los «Caballeros de Ashill» (1816),<sup>62</sup> tienen categoría de importantes documentos sociales.

En nueve de las cartas aparecidas en la *Gazette* dominan el cerramiento de campos o los derechos del común. Durante la resistencia al cerramiento de Holland Fen, cerca de Boston (Lines), en 1769 se advirtió al promotor del mismo:

Sr. Barlow como ha sido uno de los Principales Ingenieros con respecto a hollandfen y ha utilizado su máximo poder para conseguir la Villana Ley del Parlamento para quitar a los pobres su Derecho por la Fuerza y el fraude ... éste no es más que el Principio de los Males ...

Las cartas se entregaban con un tiro de pistola por la ventana, acompañadas de la destrucción de cercas, incendio de almiaros y disparos contra el ganado. Una estaba firmada: «Una cerca abierta para Siempre».<sup>63</sup>

Cualquier resistencia continuada y a gran escala al cerramiento era probablemente acompañada por cartas. Pero hasta el siglo XIX, en que los trabajadores fueron reducidos en muchas áreas a un nivel general de pobreza, los agravios incluían a los pequeños propietarios o arrendadores, pequeños ganaderos y habitantes de la ciudad con intereses en el común de la localidad. Una extensa carta de Bicester de 1800 atacaba a la *gentry* por contribuir a los fondos de pobres, a los voluntarios, agricultores, molineros, panaderos, tenderos y matarifes (de cerdos) y concluía con una protesta contra el cerramiento y la pérdida de la trilla de invierno: «estos Jueces y Caballeros han cerrado los Campos y son la causa del abandono de los desgranadores El Diablo les pondrá en Faldones del Infierno a Latigazos». Una carta de Hungerford de 1763 denunciaba la incautación ilícita de un dinero que debía ir a los pobres procedente del arrendamiento de tierras del pueblo:

A quien queréis mantenéis vivo y a quien Queréis matáis de hambre y a quien queréis Engordáis y a quien Queréis lo destruí y ahora Vuestros Corazones se Llenan de Soberbia y Sabéis que no hay una Ley de pobres que no sea alterada Yo voy a hacerme Justicia ...<sup>64</sup>

En 1780 todavía escocía el agravio: los «Caballero Condestable y arrendadores libres» de Hungerford fueron nuevamente acusados de «quitarles los Derechos a los Pobres» y de no pagar por «Comunes muertos» (posiblemente los derechos «muertos» o no utilizados de apacentamiento en el común que debían cederse para la caridad).<sup>65</sup>

Hubo otros centros que parecen haber tenido una larga tradición epistolar; o quizá entre los magistrados de aquellos lugares y ciudades era costumbre prestar atención a las cartas. En Petworth (Sussex) las manifestaciones contra los precios tuvieron lugar en 1790 y se colocaron copias de un elocuente manifiesto en verso en las puertas de la iglesia, el poste de flagelación y otros lugares. En 1795 se advirtió a un molinero que su molino sería destruido porque «vosotros Molineros y Labradores estáis todos de acuerdo para matarnos de hambre a los pobres ... lo que podéis pensar de vosotros no lo sabemos». <sup>66</sup> Y durante los motines «Swing» de 1830 se advirtió a William Stovolt:

Caballero, cuide su ganado y su persona porque estamos resueltos a quemar la casa del Sr. S. y quizá todo Petworth porque como empecemos Dios sabe cuál será el final porque creemos que Petworth ha tenido lluvia bastante tiempo ...<sup>67</sup>



«Cuando penetra el Espíritu de Motín en la Gente», observaba en 1739 el autor de un folleto, «Nadie sabe la Consecuencia. El *Populacho* tenía ya su *Máxima*, "Que Adán no hizo *Testamento*; que son Hijos suyos y deben Participar de las Posesiones de su Padre".»<sup>68</sup> Por lo tanto, en cualquier episodio general de disturbios agrarios o de motín de subsistencias, cierto número de agravios suben a la superficie en estas cartas, apoyándose en un sentimiento igualitario general. Esto se observa en los años de motines 1766, 1795 y 1800-1801; en las revueltas de East Anglia de 1816; en los motines «Swing» de 1830 y en los incendios que siguieron en los años 1840. Se piensa generalmente que los motines «Rebecca» de la década de 1840 estaban dirigidos principalmente contra los caminos de portazgo, pero la realidad es que en sus cartas Rebecca se proponía ajustar décadas enteras de cuentas particulares y generales. Éstas podían afectar a los derechos generales de tenencia o a ofensas muy especiales cometidas por individuos: haber estropeado un río salmonero, la negativa a mantener hijos ilegítimos o (en una denuncia al vicario de Eglwyserow, Cardiganshire) el que

Alimenta sus ovejas en el patio de la iglesia con la hierba que crece de la putrefacción de cuerpos humanos estas ovejas luego son matadas para nuestro Mercado de Cardigan y nos han ... hecho caníbales sin nuestro conocimiento.

Sus caballos pacían sobre las tumbas y las rompían; estaba usurpando tierra común y se había apoderado de una capilla construida por los metodistas.<sup>69</sup>

Lo que distingue la carta agraria en Inglaterra, desde luego después de 1790 (y a veces antes), es el recurso siempre presente a la amenaza de incendio. La amenaza se cumplía con frecuencia: en efecto, la carta se encontraba a veces en la escena del fuego. El incendio premeditado es un delito tan tremendo e indiscriminatorio, para la opinión urbana, que los historiadores apenas se han molestado en considerar esta táctica de protesta: primero se le retira la simpatía y luego la atención. Pero en una situación en que la *gentry* y los agricultores patronos tenían un control absoluto sobre la vida del trabajador y su familia, y en la cual (como en 1816 y 1830) las manifestaciones de protesta abiertas y no violentas eran tratadas con ejecuciones y destierros, es difícil pensar qué otras formas de protesta quedaban.<sup>70</sup> El incendio rural raramente era indiscriminado, casi nunca se cobraba vidas humanas y muy pocas veces vidas del ganado. Estaba dirigido en primer lugar contra las hacinas de grano y el almiar, y después contra las dependencias accesorias o el granero. Puesto que las hacinas de grano representaban una parte sustancial del capital del labrador, sus ganancias sobre el producto anual, era un punto de la mayor vulnerabilidad. Es posiblemente cierto que el incendio fuera un acto fútil y contra-

producente, pero sólo se ha supuesto el caso, no se ha sometido a una prueba de eficacia.

Una carta muy «triste» del rector de una aldea de Hampshire aterrizado con estos medios en 1729 (en circunstancias peculiares) proporciona una idea de la «deplorable condición» a que podían quedar reducidos los habitantes:

Nuestros agricultores, trabajadores y criados están todos agotados por la fatiga, el miedo, la vigilancia; y tan pronto como vuelve la noche nos encontramos todos bajo el terrible miedo de que ardan nuestras casas y graneros ... se consume nuestro grano ... y de que nosotros y nuestras familias perezamos en las llamas.<sup>71</sup>

Los ejemplos de comunidades o individuos que vivían a la sombra de esta clase de terror eran lo suficientemente numerosos en la Gran Bretaña del siglo XVIII y comienzos del XIX para que las amenazas tuvieran credibilidad. Los patronos rurales, mayores y guardianes de pobres, administradores de la caridad, conservadores y guardas de caza no debían de ser indiferentes al contraterror de los pobres.

Cuando nos ocupamos del grupo mayor de cartas aparecidas en la *Gazette* —las que tratan sobre precios de alimentos y prácticas de mercado— se puede ofrecer una explicación funcional con mayor confianza. Hasta llegar a los años del ludismo, «Swing» y Rebecca, sin duda el *annus mirabilis* de las cartas de amenaza fue 1800. Las más de 30 cartas sediciosas aparecidas en la *Gazette* ese año se encuentran en el extremo final de una tradición establecida que aparece en cualquier año de motines extensos de subsistencias. Sólo una de estas cartas se publicó en la *Gazette* en 1756 (dirigida a un harinero de Newbury: «si no dejas de llevar la Harina a Bristol te vamos a golpear ... la Cabeza»),<sup>72</sup> once en 1766, siete en 1767, dos en 1772, sólo una en 1795, año de un gran motín de subsistencias, y ocho en 1796.

Muchas de ellas no eran tanto cartas como notas u hojas que satisfacían el doble propósito de amenazar a los ricos y dar publicidad a los agravios e intenciones de amotinarse de la multitud. La tradición —un aviso clavado en la puerta de la iglesia— se remonta al menos a los primeros años del siglo XVIII.<sup>73</sup> Aunque los agravios contra molineros individuales, traficantes, etc., se mencionan a menudo, las notas están dirigidas a los compañeros de trabajo de la localidad o a los ricos de la misma en general.

La producción de éstas era tan habitual (en épocas de escasez y altos precios), los agravios que se expresan son de tal autenticidad y tan a menudo acompañados por acciones de regulación de precios o «motín», y

aparecen en tantos lugares del país, que sería ridículo sugerir que son obra de «locos». Ya he analizado su función en el modelo de motín de subsistencias, donde puede en ocasiones demostrarse que su aparición era una señal efectiva para que las autoridades intentaran contener los precios, regular los mercados, instituir subsidios o activar la caridad, en previsión del motín.<sup>74</sup> En este sentido podemos decir que la carta u hoja eran perfectamente entendidas, por ambas partes del conflicto de mercado, como elemento interno de un código regular y ritualizado de comportamiento; si las autoridades no le prestaban atención lo hacían a su propio riesgo.

Es por ello por lo que hay que leer estas cartas bajo el criterio de este código. Su intención es seria, pero no puede tomarse literalmente. Si en alguna ocasión previa a 1760 la multitud utilizó amenazas jacobitas («estamos deseando que nuestro Rey exilado pudiera ... mandar algunos oficiales»),<sup>75</sup> no es necesario entender esto como indicio de una activa organización jacobita: es simplemente la amenaza que se consideraba más apta para poner en estado de pánico a las autoridades whig. Si se alardea ruidosamente de confederaciones, miles de hombres bajo juramento y demás («hay ... 3 mil todos listos para luchar y maldita sea si no reducimos a mierda el ejército del Rey»)<sup>76</sup> no tenemos por qué suponer que tal confederación, tanto armar y jurar son verdaderos. Éste es un género literario anónimo: contrariamente a la carta agraria que llevaba a menudo a la ejecución de exactamente aquello con que se amenazaba (el incendio), este tipo de carta daba ocasión no a una insurrección, incendio o asesinato masivos (como se prometía), sino a acciones controladas de fijación de precios, o acciones de represalia contra molineros o traficantes, en las cuales raramente había incendios o derramamiento de sangre.

Éste es, sin duda, parte del interés y alguna vez del humor torvo y consciente de estas cartas. Sus autores, evidentemente, se deshacían la cabeza y pulían su estilo con la esperanza de producir el máximo terror en el alma de los grandes —grandes que con frecuencia conocían bien y a los cuales acataban humildemente en las calles a la luz del día—. La carta de Middleton de 1762 y la de los mineros de Clee Hill (Shropshire) nos dan la pauta, como lo hace también un papel de 1767 «lanzado últimamente dentro de la Casa de una Persona de Kidderminster»:

Ésta es para dar Aviso a regatones y acaparadores de grano que ha habido algunos en particular vigilando vuestros Movimientos y Habrá dentro de una semana algunos Hombres Venidos de las Minas de carbón por la Noche para Hacer arder fuegos en todos los aposentos de los acaparadores de grano pero la mejor manera de salvaros poned al Pregonero a trabajar y vended todas vuestras existencias a los Pobres a una Tasa Razonable ...<sup>77</sup>

Lo que pedían no era de ninguna manera utópico: esta medida precisamente, subvencionar el grano, era una respuesta acostumbrada de las autoridades a la escasez. Dicha carta era muy probablemente un producto colectivo, ya que papeles similares «han sido recientemente colocados en muchos lugares» de Kidderminster.

Hasta la década de 1790 las cartas, aunque tenían con frecuencia un tono igualador, estaban dirigidas contra los agravios de mercado y precios propios de la época, haciendo a menudo referencia a determinados traficantes o molineros. Las cartas de Norwich y Swansea de 1766 y de Carlisle de 1783 constituyen buenos ejemplos.<sup>78</sup> Norwich tenía corresponsales activos y elocuentes. Una áspera carta de octubre de 1766 fue seguida de otras composiciones floridas, en que el autor se presentaba como uno de «un grupo selecto» de conjurados para quemar la ciudad:

La Ciudad habría sido una llama anoche ... pero yo empleé toda la Elocuencia de que Dispongo y obtuve permiso para escribiros la cual es la última vez que puedo interceder en vuestro favor ... Si pensáis en salvar la Ciudad y vuestras personas alterad Inmediatamente el Sábado por la Mañana el precio de la mayoría de los Comestibles para empezar —mientras haré todo lo que me atreva para persuadirles cosa imposible sin esta Alteración ...<sup>79</sup>

Es cuestionable que el autor de esta carta juzgara adecuadamente la psicología de sus destinatarios. Pero queda poca duda de que los autores de la carta fijada en el poste de la picota del mercado de Salisbury en 1767 juzgaron acertadamente la mentalidad de los receptores.

#### Caballeros labradores

Labradores tomad  
cuenta esta vez  
antes de que sea  
demasiado tarde

Antes de  
Navidades  
algunos de  
vosotros  
seréis tan  
Pobres como  
nosotros si  
no Vendéis  
más Barato

Ésta es para que sepáis que  
Nosotros hemos robado una  
Oveja, Para lo cual la razón fue  
porque vosotros vendíais el  
Trigo tan caro y si no Bajáis el  
precio de vuestro Trigo  
Vendremos de noche y  
haremos arder vuestros  
Graneros y Hacinas caballeros  
Labradores vamos en Serio  
ahora y Ello lo veréis para  
vuestra desgracia pronto.<sup>80</sup>

Las cartas de 1795 y posteriores continuaron enumerando agravios determinados y amenazando a hombres identificables. Pero las amenazas sediciosas e igualadoras se hacen más generales y, aunque conservan su carácter teatral, insinúan la existencia de una cultura subterránea más seria de painitas y «jacobinos»: el escribir en paredes y pavimentos, conocido en Londres al menos desde la época de Wilkes, se convirtió en un medio de propaganda mucho más serio durante las guerras francesas. James Bisset, un reformador de Birmingham, observaba en sus memorias que el primer cartel que vio en las paredes de la ciudad fue en la década de 1780, dirigido contra el brutal azotamiento de soldados de la milicia de Wiltshire. Él mismo compuso un poema sobre la escritura en las paredes, confeccionado con «verdaderos memorándums anotados en la época». En 1791 (en el momento de los motines de Priestley) se veía «Iglesia y Rey», «¡Fuera Paine!» y «Malditos Jacobinos». Pero hacia mediados de la década de 1790:

Cuando el comercio estaba totalmente arruinado y todo muerto  
las paredes rebosaban horror, se leía «sangre o pan».  
Empezaron a volverse las tornas con celeridad:  
Se borró «Iglesia y Rey» y se trazaron horcas,  
en lugar de «Fuera foxitas», «Fuera Priestley», «Fuera Paine»  
escribieron después «Fuera Portland», fuera los malditos canallas del grano;  
nuevas inscripciones se vieron a diario en las casas:  
«Fuera regatones», «No más guerra» y «Maldito Pitt» también recuerdo,  
«Fuera Rey, Lores y Comunes», «Hogazas grandes», «Revolución»,  
«Fuera Impuestos», «Fuera Diezmos», y sin embargo «Constitución Libre».<sup>81</sup>

En los años «clandestinos» posteriores a 1795 se organizó la escritura de cierto número de hojas idénticas en algunos centros extensos de reforma y los spenceanos adoptaron la forma de propaganda que les ofrecían las inscripciones con tiza en la pared.<sup>82</sup> Pero las cartas sediciosas esparcidas por todo el país en 1800 fueron casi con seguridad obra de painitas independientes, apoyados por una oleada de motines de subsistencias y sentimientos antibélicos. Procedente de Hitchin:

Salid con coraje y resolución si permitís a esos Villanos estaréis siempre presos en estas cadenas ... que venga el repartidor de sopa con doctrinas y buenas palabras sobre mantener la casa limpia y a la Esposa sonriente mandadle a su casa ...<sup>83</sup>

De Clare (Suffolk): «Caballeros ... si no dais más salario a los hombres por el tiempo que hacen maldita sea si no hacemos una francia de ello».<sup>84</sup> De Wakefield:

Maldita sea tu Alma Metodista que te acabaremos tú Condestable malditos sean tus ojos ... si no nos asignas una hogaza de un cuarto cuida tu vida maldito sea el Rey Jorge tercero y Billy Pitt ... malditas sean vuestras Patatas de engaño ... Que Inglaterra caiga como rocío sobre el suelo y florezcan siempre los jacobinos ...<sup>85</sup>

Está claro que estas composiciones, por el tono alarmante de las cartas con que las acompañaban los magistrados al mandarlas al secretario del Interior, con frecuencia habían conseguido su propósito. Cuando un clérigo de Ramsbury (Wiltshire) tuvo que copiar un papel que se había fijado a un árbol en el centro de la parroquia y estaba firmado «Dios salve a los pobres y abajo Jorge III» no pudo evitar que le temblaran las manos: «Es tal señor el Contenido del Papel, que siento escalofríos de horror al transcribirlo».<sup>86</sup>

Fue contra estos papeles escalofriantes contra los que Hannah More y sus amigos tomaron la pluma. La nota sediciosa que hizo su aparición en los años 1790 no se extinguió nunca: reviviría en todo contexto en el cual la agitación abierta produjera el peligro de persecución y victimización, especialmente en los años del ludismo, en 1816-1820, y en contextos de protesta agraria. Si la carta u hoja anónima se hicieron infrecuentes en otros contextos después de 1830, fue debido a que había sido desplazada por la prensa radical y cartista.

## V

Durante la mayor parte del período que nos ocupa, escribir tales cartas constituía un delito capital. No sólo era un crimen, sino un crimen extraordinariamente serio, y la publicación de cartas en la *Gazette* (con su séquito de perdones y recompensas) era índice de la gravedad con que se consideraban. Estas cartas eran normalmente descritas como «incendiarias» porque generalmente amenazaban con el incendio. Los que las escribían enviaban, hacían circular o eran cómplices de cualquiera de estas acciones arriesgaban sus vidas.

Escribir cartas amenazadoras puede constituir por supuesto un delito de derecho común (como la conspiración) o entrar en los límites del libelo sedicioso o la difamación.<sup>87</sup> Este delito parece haber atraído una especial atención de la legislación en el Black Act (1723) por el cual una persona cualquiera «que envíe a sabiendas una carta sin nombre» (o con nombre ficticio) «pidiendo dinero, caza, u otro objeto de valor cualquiera» era culpable de felonía sin exclusión del clero.<sup>88</sup> Los términos en que se redactó esta ley parecen haber creado cierta confusión: ¿eran culpables los transgresores

que amenazaban pero no pedían dinero o caza?<sup>89</sup> Hacia 1754 (27 George II c. 15) se amplió la definición. Se había producido motines de grano en 1753, y en el preámbulo de la nueva ley se declaraba:

Puesto que diversas cartas han sido enviadas a muchos de los súbditos de Su Majestad amenazando sus vidas o con quemar sus casas, no pidiendo las mencionadas cartas dinero, caza u objetos de valor, que están sujetos a la pena de la mencionada ley ...

(el Black Act), los autores de las cartas que amenazaban con el asesinato o el incendio de «casas, dependencias accesorias, graneros, almiarés de cereal o grano, heno o paja», incurrían igualmente en culpabilidad. En 1757 se aprobó otra ley, dirigida contra los chantajistas que amenazaran con acusar a una persona cualquiera de haber cometido ofensas con fines de extorsionar dinero: pero la pena por este delito era sólo un destierro de siete años, hasta 1823, cuando la pena capital que conllevaban las tres primeras leyes fue reducida a una pena máxima de destierro de por vida. Esto supuso un cambio afortunado para los escritores de cartas «Swing» de 1830.<sup>90</sup>

No dispongo de cifras que indiquen el número de prendimientos y condenas por estos delitos en el siglo XVIII. Existen algunas para comienzos del XIX, y éstas inducen a pensar que las condenas eran escasas y que había un grado extraordinariamente alto de absoluciones. Así, de 1810 a 1818 —años de industriiosidad epistolar, que incluyen el ludismo, los disturbios de 1816 de East Anglia y la agitación radical de la posguerra— tenemos:<sup>91</sup>

|               | 1810 | 1811 | 1812 | 1813 | 1814 | 1815 | 1816 | 1817 | 1818 |
|---------------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| Apresamientos | 3    | —    | 5    | 2    | 1    | 2    | 2    | 1    | 1    |
| Absoluciones  | 2    | —    | 2    | —    | —    | 1    | 1    | 1    | 1    |
| Condenas      | 1    | —    | 3    | 2    | 1    | 2    | 1    | —    | —    |

Las cifras son muy similares a lo largo de los diez próximos años: 1820 vio seis apresamientos y dos condenas (ambas penas de muerte) y 1824 (el año después de que terminara la pena de muerte) vio siete apresamientos y, nuevamente, dos condenas. Ningún otro año presenció tantos apresamientos. El aumento de éstos después de 1828 es significativo:<sup>92</sup>

|               | 1828 | 1829 | 1830 | 1831 | 1832 | 1833 | 1834 | 1835 | 1836 | 1837 |
|---------------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| Apresamientos | 3    | 4    | 4    | 62   | 6    | 12   | 11   | 15   | 7    | 3    |
| Absoluciones  |      |      |      |      |      |      |      |      |      |      |
| sin recurso   | 2    | 2    | 3    | 38   | 2    | 5    | 6    | 10   | 7    | 1    |
| Condenas      | 1    | 2    | 1    | 24   | 4    | 7    | 5    | 5    | —    | 2    |

Mientras que no puede ofrecerse una cifra precisa, no existe evidencia alguna en ningún año del siglo XVIII que con respecto a apresamiento o condenas tenga un grado siquiera aproximado al de 1831 —las consecuencias de la «Última Revuelta Laboral»—. Es éste un delito cuya incidencia rebasa toda cuantificación: ha de permanecer como una «cifra oscura».<sup>93</sup>

Lo que queda es un caso u otro que la investigación ha descubierto (o descubrirá) en los archivos de los tribunales o la prensa. La alta proporción de delitos con relación a los apresamientos se debe a la extremada dificultad para detectar a los transgresores; una dificultad mucho más acusada en casos de protesta social que en casos de chantaje, puesto que el chantajista era vulnerable en el momento en que intentaba recoger el botín. Y la alta proporción de absoluciones con respecto a las condenas indica la dificultad para probar el delito.

Incluso en 1830 no existían «expertos en grafología» acreditados. El juez Alderson, famoso por la forma en que dirigió la Comisión Especial de Winchester en el invierno de 1830-1831, se vio no obstante en grandes dificultades para instruir al jurado con justeza en un caso en el que un abogado, Henry Pollexfen, fue acusado de escribir una carta amenazadora a un magistrado:

Las pruebas en relación con la letra eran en general muy vagas e insatisfactorias y no existe una cuestión sobre la que los hombres puedan con más facilidad engañarse.

Él indicó que eran necesarias más y más firmes pruebas, tales como el hallazgo de las dos mitades de una misma hoja de papel.<sup>94</sup>

Se juzgó inocente al acusado en este caso. Y nos preguntamos si el juez Alderson recordaría sus propias advertencias cuando, dos semanas más tarde, en Salisbury, condenó a un próspero labrador, Isaac Looker, al destierro perpetuo por escribir a un labrador vecino: «Si vas a jurar en contra de un hombre y ponerlo en prisión, verás tu granja totalmente quemada, y tu maldita cabeza cortada». Hubo testigos que juraron que Isaac Looker había declarado en la taberna que los trabajadores tenían razón en moverse en pro del aumento de salarios y la reducción de diezmos y rentas, y que no eran ellos sino los magistrados y soldados los que creaban disturbios. Si se dejaba en paz a la gente, harían pacíficamente lo que tuvieran que hacer. Este tipo de prueba debió llenar los espíritus de los jueces y el jurado especial con una fuerte sospecha de la culpabilidad de Looker. Se demostró entonces que, en efecto, la carta coincidía exactamente con media hoja encontrada en el escritorio de Looker y que la filigrana había sido cortada. Muchos de los testigos de la acusación afirmaron con toda convicción que



se trataba de la letra de Looker, aunque los testigos de la defensa lo negaron. El jurado juzgó culpable al acusado. Alderson no hizo esfuerzos por ocultar que también ésta era su inclinación. Las vehementes protestas de inocencia de Isaac Looker no encontraron más que esta observación:

Todos sabemos que un hombre que puede ser culpable de un delito tal como éste por el que has sido condenado, no vacilará en negarlo como lo haces tú ahora. Yo prefiero guiarme por las pruebas que se han ofrecido en tu caso antes que por las más solemnes declaraciones incluso en el patíbulo.

La mención del patíbulo produjo una oleada de nostalgia en el espíritu del juez; de haber sido todavía posible aplicar la pena de muerte a este delito, dijo al labrador, tenía pocas dudas de que habría recurrido a ella. Al desterrar a Looker a perpetuidad añadió: «Serás enviado a una región donde encontrarás pocos peores que tú».

Agotado por este ejercicio de retórica disciplinaria, el juez se retiró para tomar un refrigerio. En el intervalo, el hijo de 18 años del labrador, Edward, apareció y confesó haber escrito él la carta. Su padre no estaba en casa ese día y no sabía nada de ello. Dos de sus primos estaban por entonces encarcelados esperando juicio por su participación en los disturbios «Swing»: «Oí decir a las gentes que saldrían mis primos si se escribían cartas amenazantes». Ligeramente molesto, el juez Alderson sometió inmediatamente a juicio a Isaac Looker *otra vez* por escribir las cartas o por ayudar e inducir a su hijo. Pero el caso no se sostenía y fue absuelto. Esta vez todos los expertos en escritura podían ver que la carta estaba sin duda escrita con mejor pulso del que el viejo labrador podía tener. Edward, su hijo, fue entonces condenado a siete años de destierro.<sup>95</sup>

Este episodio sirve para destacar la dificultad que había para lograr la condena, una dificultad quizá incrementada por la repugnancia de los jurados del siglo XVIII a enviar a un hombre a la muerte por escribir unas cuantas líneas en papel. Puesto que había pocas condenas, se sigue que existe poca información sobre los autores de las cartas. Se dieron varios casos de ejecución poco tiempo después de la aprobación del Black Act. Los casos son patéticos: torpes aficionados probando su fortuna con el chantaje. El primer ejecutado por ese delito fue probablemente Bryan Smith, un católico irlandés, en Tyburn, 1725. Un amigo suyo estaba bajo pena de destierro por el robo de una cuchara de plata de una taberna: al pedir un *gill*\* de vino del Rin y un poco de azúcar, se le trajo éste con una cuchara

\* Medida de líquidos equivalente a 1/8 de litro (*N. de la t.*)

de plata, que se había llevado. Smith escribió al demandante amenazando su vida si su amigo era desterrado. Ocurrió que el destierro fue efectivamente suspendido. Un testigo declaró:

No había manera de persuadir a Smith de que su carta no había sido la causa de ello. Se puso extrañamente orgulloso, y mucho admiraba su ingenio y su invención, como si nadie más que él pudiera haber hecho lo mismo.

Se animó a probar suerte una segunda vez. Se buscó un cómplice, un sastre con el cual pretendió tener una deuda de 27 libras. Después escribió al barón Antonio López Suaffo una carta amenazando con el asesinato y el incendio, firmada «John Brown», en la que pedía a Suaffo que pagara su deuda al sastre. Fue una artimaña tonta. El sastre fue por supuesto arrestado y detenido en Newgate hasta que dio pruebas contra Smith. Éstas fueron corroboradas por «la letra, ortografía, imprecaciones y trabucaciones irlandesas» de la carta. Smith fue uno de los primeros en adoptar la moda de ir en el carro que le llevaba a Tyburn con la mortaja puesta, lo cual resultó ser un error mayor que todos los que había cometido previamente. Mientras el verdugo se ocupaba de sus compañeros de sufrimiento, Smith sacó la cabeza del lazo y saltó por encima del carro entre la multitud; saltando con la mortaja de aquí para allá como un fantasma de pantomima fue fácilmente capturado.<sup>96</sup>

Jephthah Big, colgado en Tyburn en 1729, había probado su suerte con medios de extorsión igualmente torpes y con igual falta de éxito. Según el juez ordinario de Newgate tenía 25 años, era aprendiz fabricante de cajas de pistola, sin trabajo (dado, por supuesto, en los términos rituales acostumbrados, a «beber, blasfemar, putear, etc.»), y sus padres le habían dado una buena educación en lectura y escritura. Su salida de Tyburn no fue mucho más decorosa que la de Smith, pues se agarró a la cuerda y quedó colgando de sus manos un minuto o dos después de que retiraran la carreta. Esto pudo proporcionar impresiones fuertes a la multitud. Tanto Smith como Big parecen haberse lamentado de que no sabían que su delito fuera capital, aunque Big admitió que había oído hablar de dos o tres que habían sufrido por la misma ley.<sup>97</sup> Y, en otros momentos, otros sufrirían por ella.<sup>98</sup>

¿Qué clase de hombre escribía las cartas de protesta social? Hasta los años 1830 y 1840 las condenas son tan escasas que tanto sus causas como sus personajes permanecen en la oscuridad. Quisiéramos ofrecer, como tipo de una clase determinada de escritor de cartas, a William Tillotson, juzgado culpable de sedición en 1804. Tillotson era un hombre mayor que, según el informe de la Corona, había, gran parte de su vida

vagabundeado por el país a peleas de gallos, *rush bearings*\* y diversiones de esta clase, pretendiendo reunir pieles de liebre y conejo y vender baratijas, anillos, y otros pequeños artículos de este tipo generalmente vendidos por buhoneros ... Siempre ha sido merecidamente considerado como una persona blasfema, sediciosa y desafecta, y sospechoso de obtener sus medios de vida y disipación en otros modos que los que pretende profesar.

Tillotson, procedente de Colne (Lancashire), pasó el día después del 6 de agosto de 1803 bebiendo en una posada de Grindleton, situada en los bosques de Clitheroe en el límite entre Yorkshire y Lancashire, y «borracho toda o gran parte del día, cantando y hablando de la forma más blasfema, sediciosa y licenciosa que pueda imaginarse». La expectante imaginación encuentra que sus bromas obscenas y sedientas de sangre estaban dirigidas contra el rey Jorge, el señor Pitt y la *gentry* del país en general.<sup>99</sup>

Pero este anciano traidor —esta escandalosa antítesis del noble y moralista buhonero de la «Excursion» de Wordsworth— no era, en la medida en que los datos nos permiten conocerlo, un escritor de cartas. Pertenecía a una tradición más antigua, oral, de sedición, cuya expresión tomaba la forma de juegos de palabras rimadas, canciones, poesías, profecías y cantinelas complicadas.<sup>100</sup> Un candidato más apto como «tipo» puede ser Charles Alderson, un oficial talabartero de Lowestoft, que en efecto escribió tres cartas sediciosas a un magistrado en 1793. Las dos primeras cartas están llenas de hostilidad apasionada contra la guerra con la Francia revolucionaria. Alderson pretendía haber descubierto un arma secreta que derrotaría al ejército del duque de York y forzaría a Gran Bretaña a firmar la paz; estaba dispuesto a revelar su secreto al magistrado si podía tener la seguridad de la colaboración de éste. Al no recibir esta seguridad escribió otra carta, en los términos habituales, amenazando con esperarle algún día para castigarle.

Habiendo sido identificado, Alderson fue llevado por el destinatario ante el Quarter Session (tribunal inferior que se reúne trimestralmente) de Beccles. Pero el magistrado amenazado se negó a querellarse contra él, debido a que Alderson tenía una «imaginación perturbada». Sus compañeros magistrados, sin embargo, no iban a permitir que el talabartero se fuera tan fácilmente y le encarcelaron nuevamente, esta vez por sedición. No podían de ninguna manera tolerar la indulgencia hacia un hombre que había escrito:

Yo estoy ... del todo convencido que la vida de cualquier hombre del mundo incluso el más oprimido africano tiene y debe tener más valor en consideración de ellos que todos los ingresos del Rey Jorge tercero y de toda su familia ...

\* Ceremonia anual de los distritos del Norte en la que se llevan juncos y guirnaldas a la iglesia y se esparcen sobre el suelo o se decoran las paredes con ellos. (*N. de la t.*)

Se trajo a un antiguo patrón suyo para que testificara que Alderson no mostraba señales de locura, excepto que «solía pasar gran parte de su tiempo y particularmente los Domingos en la lectura de viejos Libros de Historia». <sup>101</sup> Es ésta una querrela peligrosa, que justifica ampliamente el encarcelamiento de un hombre.

Alderson no es del todo atípico: su erudición, sus citas de Pope, sus intentos de escribir con un estilo literario distinguido, pueden comprobarse en otras cartas; y éstas se hacen bastante más frecuentes en los años de ludismo y de la posguerra, cuando los excéntricos entusiastas y los tipos raros se dedicaron a escribir elaboradas amenazas epistolares. Aunque sus composiciones eran más breves, puede identificarse a uno de estos hombres de 1830: Joseph Saville, un fabricante de trenzado de paja que traqueteaba por Cambridgeshire en un birlocho en el cual se encontraron entre 600 y 700 cartas de agitación. Era éste un hombre que solía distribuir trabajo entre los *cottagers*, y sin duda entregó también algún trabajo de copia. Estas cartas eran necesariamente breves:

Oh vosotros Clérigos de la iglesia de Inglaterra, que os  
ahogáis con un hilo  
y os tragáis un camello, desdichados desdichados desdichados seais,  
algún día tendréis vuestra recompensa      Swing

Si no os comportáis mejor y dais al Pobre lo suyo  
os haré la visita o no me llamo      Swing

Vosotros clero, Víboras, amáis el Diezmo, el Comino y  
la Menta; sois devoradores de hombres y no salvadores de almas  
sino dirigentes Ciegos de los Ciegos, dos veces muertos, arrancados  
por la Raíz      Swing

Saville fue descrito como una especie de vociferador metodista y él no hizo ningún intento por negar que había distribuido las cartas. Lo que sí negó, enérgicamente, fue que tuviera interés alguno en la política. Los funcionarios de su parroquia vinieron lealmente a su defensa en los periódicos locales, deplorando su «locura» pero describiéndole como autor de una Sociedad para Enfermos y una Escuela Dominical:

Hacia Navidad proporciona una buena cena a las viudas pobres; ha dado una gran cantidad de patatas a los pobres; ha puesto los medios para distribuir unos cientos de bushels de carbón en invierno ... para beneficio de aquéllos; ha sido uno de los primeros en bajar la renta de sus arrendatarios; es un efusivo defensor y protector de Sociedades Bíblicas y Misioneras ...

Saville alegó en su defensa que había actuado sencillamente según las palabras de las Escrituras, especialmente aquellas que comenzaban: «Desdichados escribas y fariseos ...». No fue el primero ni el último en aparecer ante un tribunal cristiano por tomar los textos cristianos demasiado literalmente, aunque, como escriba de algún tipo que era, podía haber sospechado que también a él le vendrían desdichas. No obstante, tuvo la gran fortuna de no aparecer ante el juez Alderson, de haber tenido el leal apoyo de su parroquia (era difícilmente posible tener un carácter mejor que el que le adjudicaron) y de haber sido juzgado en una región en que los disturbios habían sido comparativamente poco importantes. Se le impuso una multa de 50 libras y se le encarceló doce meses.<sup>102</sup>

Era ésta sin duda una sentencia suave. Otros autores «Swing» recibieron destierros (de siete a catorce años o de por vida); las mismas sentencias se impusieron en East Anglia en la década de 1840 e incluso en la de 1850 (aunque entonces hay ya más indicios de clemencia) podían esperarse dos años de trabajos forzados.<sup>103</sup> Estas sentencias recaían generalmente en trabajadores —jóvenes como Edward Looker— o en ocasiones en hombres que tuvieran alguna ocupación subalterna.<sup>104</sup> Hacia la década de 1830 es demostrable que en la Inglaterra rural el avance intelectual y el del incendiarismo iban de la mano. Cuando la epidemia de cartas «Swing» estaba en su apogeo, un periódico de York informaba de que «se ha detectado a unos muchachos de la escuela Skidby como autores de las cartas a los labradores del lugar». <sup>105</sup> Thomas Brown, un obrero de 17 años desterrado a perpetuidad por el tribunal de Lewes por el delito, declaró que el viejo y el joven Miller (ambos trabajadores) le habían inducido a ello, puesto que ellos no sabían escribir.<sup>106</sup> Para los analfabetos, el hecho de la escritura parece algunas veces tener poderes mágicos.<sup>107</sup>

Todavía nos hemos aproximado muy poco a los autores de cartas de protesta social y rebelión del siglo XVIII. Pero cuando aparece un rostro, cosa ya muy rara, no parece ser el de un perturbado; es simplemente el de un miembro de una comunidad trabajadora que padecía de agravios comunes, quizá un poco destacado del resto por sus aptitudes literarias. Thomas Bannister, un agricultor *yeoman* de Windsor Forest, que metió unas cartas furiosamente amenazadoras en un agujero de la puerta del establo de un vecino una mañana de enero de 1724 temprano —una acción acompañada de ruptura de ventanas, corte de correas de carreta, ruptura de cercas y mutilación del ganado— parece haber sido un *yeoman* típico de la región, de familia establecida allí desde antiguo; y su vecino parece haberle ofendido al ofrecer pruebas que llevaron a la condena de otros hombres de la localidad.<sup>108</sup>

En alguna ocasión la correspondencia de las autoridades señala a un posible autor, aunque las pruebas no fueran lo suficientemente firmes como para condenarlo. En el momento más tenso del antijacobinismo este tipo de fuente debe ser utilizada con extremo cuidado. Como pudieron comprobar Wordsworth en Alfoxden y William Blake en Felpham, cualquier forastero, especialmente si se encerraba a menudo con libros y papel, podía con facilidad ser sospechoso de revolucionario o espía francés. En 1795 el alcalde de Hastings escribió a Portland asegurándole que era imposible que las hojas sediciosas y cartas de amenaza que circulaban en la ciudad pudieran ser obra de la mano de un ciudadano de Hastings, pues éstos «se habían distinguido siempre» por su afección al rey y a la Constitución. Pero se alegraba de poder señalar al verdadero autor, un tal señor Leigh, un forastero recientemente establecido en un alojamiento de la ciudad. Este hombre, «de mediana estatura, pelo moreno sin empolvar atado detrás en una trenza, chaleco y casaca negros, calzón de nanquín» y un «aspecto triste», pudo quizá no haber sido un conspirador, pero fue desde luego objeto de una conspiración. El alcalde, los oficiales de la milicia, el patrón del alojamiento, la criada, todos vigilaban sus menores movimientos. Se observaban con cuidado las direcciones de sus cartas y cuando pidió a la muchacha de 18 años de su albergue que le enviara una carta,

La muchacha ... viendo que una de sus cartas estaba dirigida a *lord Stanhope* tuvo la curiosidad de abrir una esquina, pero sólo pudo leer la siguiente porción de una línea: «Noticias, ya sabe que estoy aquí con ese propósito» ...

El patrón del alojamiento se quedó con la carta siguiente con ánimo de examinarla. El hombre «se ocupa generalmente en leer *Los derechos del hombre* de Paine, las *Profecías* de Brother ... su conversación es indecente en extremo cuando habla del Rey o del Gobierno y ... se ha tomado infinitas molestias para mezclarse con los soldados ... dándoles dinero para beber, etc.». El alcalde añadía, con aparente autocontradicción, que el patrón del albergue

guarda una vasta cantidad de su escritura que se parece con exactitud a las cartas de amenaza que he recibido, pero como él puede con facilidad disimular su letra natural, y pocas veces escribe dos veces de igual modo, no tengo posibilidad de detenerle con probabilidad de condenarle.

Admitía la falta de pruebas, pero no tenía «la más fugaz duda que fuera el Hombre». Mientras escribía este ensayo de detección criminal llegó

un aviso para el alcalde en que se le notificaba que el forastero estaba a punto de marcharse de Hastings, y a pie. Sin duda tenía motivos.<sup>109</sup>

A nosotros condenar a este desconocido en ausencia puede hacernos dudar. Pero un magistrado subalterno de Gloucestershire tomó una serie de medidas de detección más concienzudas. Todo el episodio, que ilustra el tipo de «diálogo» que existía entre las autoridades y la multitud por este medio, merece una detallada recapitulación. El 16 de julio de 1795 un caballero de Uley, Gloucestershire, encontró la siguiente nota en su jardín:

Acuérdate de los pobres en desgracia por culpa de los precios altos de tus provisiones si no las consecuencias serán fatales para muchos en todas las parroquias de alrededor cómo crees que puede un hombre mantener a la familia con el cuarto de harina a un chelín y aquí hay un hombre de esta parroquia que dice que los pobres no estuvieron mejor nunca como están ahora un golpe fatal le caiga a él y a su casa y toda su propiedad ya somos 500 conjurados a ser leales hasta el fin y tenemos 510.000 balas de cañón preparadas y podemos tener pólvora con decirlo y todo lo que hace falta para el propósito de que no haya Rey sino constitución abajo abajo abajo oh vosotros fatales copetes y sombreros altivos que siempre seréis tumbados por nosotros.

Otro caballero recibió una nota similar el mismo día y otra nota más se encontró en otra casa pocos días después. Los tres caballeros se entrevistaron con el magistrado y acordaron mantener las cartas en secreto mientras se llevaban a cabo pesquisas. Pero se comprobó que esto era imposible, puesto que dos de las notas habían sido encontradas por obreros de una fábrica textil, que habían difundido su contenido por doquier. El juez de paz (el reverendo William Lloyd Baker) emitió entonces una declaración pública en el sentido de que «algunas gestiones que teníamos la intención de llevar a cabo para auxilio de los pobres serán suspendidas durante una semana» a consecuencia de las cartas. Es éste un buen momento de la lucha de «apariencias» en el equilibrio entre paternalismo y deferencia: es decir, estas «gestiones» para la ayuda caritativa no se había aún realizado —y fueron quizá sugeridas por las cartas y el miedo a la revuelta—, pero de ningún modo podía parecer que hubiera sido aceleradas como respuesta a la coacción. El reverendo Baker entendía el juego de amenazas y contra-amenazas perfectamente bien. Vivía en un distrito en el cual más de una casa de pañeros había sido totalmente quemada, y su propia casa tenía una campana de alarma que, en días tranquilos, podía ser oída por 6.000 personas.<sup>110</sup>

Al llegar a este punto se distribuyeron en Uley alimentos subvencionados entre los pobres. Pero el descontento corresponsal no estaba satisfecho aún y poco tiempo después dejó otro comunicado cerca del taller don-

de «distribuimos las provisiones». En él se alegaba que el pan subvencionado de los señores a 1 chelín las 5  $\frac{1}{2}$  libras no podía compararse con el pan que proporcionaba un panadero de la parroquia a 13 peniques las 6 libras de pan «blanco como la nieve». Tampoco quedaba muy bien parado si se comparaba con Cambridge, donde los pobres reciben un *bushel* de trigo por 10 chelines: «Tropa sedienta de sangre ... recordad a Dives y a Lázaro».

Los señores hicieron caso omiso de este ejemplo de ingratitud y continuaron como antes, terminando su subvención el 3 de septiembre: «teníamos grandes motivos para imaginar que todos estaban contentos con lo que se había hecho hasta el quince de septiembre en que se encontró la siguiente nota ... »:

La miseria de la gente industriosa por la carestía de las provisiones está pidiendo una junta inmediata por tanto se desea una reunión el próximo Lunes por la mañana 21 a las nueve de la mañana en hampton coman para deliberar qué pasos tomar para una alteración inmediata. Sed tan amables de darlo a conocer a más. Con ello no os retraséis o si no moriremos todos de hambre inmediatamente.

Se alertó a las tropas y un magistrado vecino de Minchinhampton Common se dirigió ese día a dicho campo. No vio nada; pero se había cambiado la hora y por la tarde se reunieron unas 300 personas, aunque sin dirigente o plan concertado alguno. Volvieron a reunirse, en menor cantidad, el 5 de octubre y nuevamente fueron vigilados por las tropas.

Baker y sus amigos llevaron entonces a cabo una investigación sistemática. Algunas personas de Uley que habían estado en las reuniones fueron interrogadas. La búsqueda se centró en tres hombres que habían sido particularmente activos en el reclutamiento de público. Las sospechas recayeron sobre uno de ellos, y el curso de las pruebas parece haber sido algo más convincente en este caso que en el del forastero de Hastings. Se sabía que este hombre había asistido a las reuniones y había pedido la asistencia de otros; las habladurías de taberna «entre las gentes de clase baja» le señalaban como autor; se reunieron muestras de su letra («unas pocas cuentas») y se comprobaron cuidadosamente con la de la nota «en que algunas de las letras tenían formas muy especiales». El sospechoso era un sastre que había nacido y vivido toda su vida en Uley: «un individuo oscuro», y aquellos con los que se relacionaba eran «todos igualmente oscuros».

Pero aun cuando las pruebas pudieran convencer a un jurado, Baker y sus compañeros magistrados no estaban seguros de cómo proceder. Al principio pensaron dar al sastre una severa reprimenda y advertirle de que



era vigilado, puesto que «temíamos que por su delito no estaba sujeto al castigo que nosotros deseábamos». Esto se debía probablemente a que las cartas no estaban dirigidas a ninguna persona en particular y no exigían dinero o amenazaban con el incendio o el asesinato de una persona, aunque había prevenido a algunas personas no mencionadas: «esperad perder la cabeza sin más» y otras, que hacían referencia a armas y combates, eran claramente sediciosas. El hecho de las dos reuniones terminó por decidir a los magistrados a presentar todo el caso ante Portland para pedirle su opinión. En su respuesta Portland alabó a los magistrados por su vigilancia, pero recomendó precaución:

La persona en cuestión está en una situación de vida tan baja, y sus esfuerzos parecen haber producido tan escaso efecto en la Región que me inclino a pensar que quizá fuera la mejor manera de evitar conflictos en el futuro hacerle saber que los Magistrados están bien enterados de sus intentos y que contemplan la posibilidad de proceder contra él, lo cual posiblemente le induzca a abandonar la Región ...<sup>111</sup>

En cualquier caso debían disuadirle de repetir la práctica, y si lo hiciera debían tomar «medidas adecuadas» para llevarlo ante la justicia. Cuáles debían ser esas medidas adecuadas es algo que no indicaba el secretario del Interior; probablemente la acusación de sedición sería la que tuviera mayores posibilidades de prosperar.<sup>112</sup>

Este caso nos muestra todo el proceso del «diálogo» en acción e ilustra la función de las cartas. Muestra también que los magistrados con cierta capacidad de decisión tardaban muchas semanas en informar al gobierno de estas cartas, si es que lo hacían, si creían que podían ocuparse del asunto por sí solos. Finalmente, puede indicar una razón más para que las numerosas cartas de 1795 no fueran publicadas y se mantuvieran alejadas de la *Gazette*. El gobierno adoptaba aún la posición tradicional de que la amenaza sería de carácter político o sedicioso no podía proceder de «oscuros individuos» y «bajas» situaciones de vida, sino de hombres situados en lugares más altos. Un extraño con libros, un malecón, una casaca negra y calzón de nanquín tenía más probabilidades de atraer la atención que el sastre de la aldea de Gloucestershire; la información de que Wordsworth y su hermana estaban explorando las «vistas» de la costa de Somerset fue suficiente para que se enviara a toda prisa a Stowey un agente del gobierno. Si el anónimo escrito del ser oscuro no iba acompañado de actos de incendio premeditado, disparos o revuelta, entonces hasta una fecha tan tardía como 1795 el gobierno estaba dispuesto a dejarlos pasar. En 1800, cuando se hizo manifiesta la existencia

de una cultura popular painita y subterránea, el mismo Portland cambió de posición.

Hay otro caso de escritor de cartas bastante bien documentado, aunque en éste no sea de ninguna manera tan probable que el autor fuera correctamente identificado. En la parroquia de Stogursey, Somerset, estuvo en actividad uno de estos escritores entre 1794 y 1800. En 1794 se fijaron seis hojas en favor de los pobres de seis parroquias, exigiendo en ellas un aumento de los salarios; si no se hacía, 360 hombres «tomarán las armas». En 1795 se introdujo una nota similar por debajo de la puerta de una estancia del mercado en que los señores de la localidad supervisaban la venta de cebada subvencionada. Lo que tiene esta carta de especial es que, aunque es correcta y tiene fuerza, muestra una ortografía irregular («deturmed» en lugar de «determined», «genearel», en lugar de «general»), y sin embargo termina con cuatro líneas de verso latino bien escritas. Las sospechas recayeron sobre un tal Joseph Brown, trabajador de la parroquia, del cual se sabía que era hombre que podía leer y escribir. Había servido brevemente en los voluntarios de Somerset como sargento y uno de sus oficiales, un teniente cirujano, pretendió haber reconocido su letra al confrontarla con las listas de los enfermos confeccionadas por Brown durante su servicio voluntario. A Brown se le abrió un sumario que existe en borrador, pero el caso estaba montado exclusivamente sobre su letra. Además, al citar la carta completa en el sumario se omitían las líneas en latín; esto podría indicar que no se encontraron pruebas de que Brown supiera latín y que, incluso si había participado en la carta, debía tener un cómplice con aficiones clásicas.<sup>113</sup> Desgraciadamente Coleridge había marchado de Nether Stowey (a unas tres millas de Stogursey) dos años antes, de modo que no podemos atribuirle los latines. Pero había con seguridad otros aspirantes a los honores literarios en las aldeas de Somerset, hecho que quedó ilustrado en la hoja fijada en la ciudad-mercado de Wellington (Somerset) en 1801:

Levantad pues vuestros tristes corazones  
no muráis de hambre por decreto de Pitt  
Montad la sagrada Guillotina  
y proclamad — ¡Libertad francesa!

Cientos de composiciones de este estilo nunca llegaron hasta el Home Office. No obstante, sigue produciendo cierta perplejidad enterarse de lo que el gobierno creía estar haciendo en 1800 al reproducir, y darles por tanto mayor publicidad, en la *Gazette* tantos ejemplos de sedición. Porque Portland informó a un corresponsal de que:

Debo admitir que no recuerdo ningún caso en que se efectuara descubrimiento alguno por la oferta de recompensa o perdón, como tampoco de que las amenazas contenidas en cartas incendiarias fueran llevadas a cabo.

Estaba, sin embargo, «persuadido ... de que publicarlas ... operaba en forma preventiva».<sup>114</sup> Estos datos son en un sentido importantes: confirman la impresión de que se seguían muy pocos procesamientos con éxito en estos años. Pero, en otro sentido, Portland, que escribía confidencialmente a un amigo, estaba haciendo una afirmación que inducía directamente al error. Puede ser cierto que pocas veces sucediera el asesinato a estas amenazas. Pero los desórdenes e incendios directamente asociados a las cartas de amenaza pasaban por sus manos todos los meses.

De hecho, este mismo corresponsal, W. Baker, miembro parlamentario regional de Hertfordshire, estaba en condiciones de contradecir la afirmación de Portland. El 15 de julio de 1800 se incendiaron graneros, cobertizos y parte del grano pertenecientes a Robert Young de Holwells, cerca de Bishop's Hatfield, Hertfordshire. El delito apareció en la *Gazette* el 19 de julio. El mismo día, el labrador Young recibió una carta firmada «Dr. Steady» que comenzaba:

Siento que tu grano fuera destruido era a lo que yo me oponía pero el próximo paso no será destruir tu Grano sino que puedes decir a todos los Labradores que se contengan como tú lo has hecho o sus vidas se fatigarán poco tiempo si no venden el grano mucho más barato inmediatamente y lo mismo las vidas de ese maldito grupo de Vendedores y acaparadores de Mark Lane que mantienen el precio alto como lo han hecho pronto serán arruinados.

Somos más de 1.000 en Harford Essex y Londres ... tenemos muchos amigos en Armas que no sospecháis, pero estoy obligado a asistir a su Noche de Junta pero no en una casa pública ...

Esta carta fue enviada desde Londres y podía, claro está, proceder de cualquiera que hubiera tomado la dirección de Young de la *Gazette*. Baker mandó la carta a Portland y le insistió para que se publicara. Portland, como ya vimos, se resistía. Pero el 11 de septiembre el labrador sufrió el incendio de otro montón de avena en su patio. El labrador Young, informaba Baker, está «muy afectado por la agitación de su espíritu», menos, parece, por motivo de sus pérdidas, que estaban aseguradas, que por la hostilidad que le rodeaba y la reputación de avaricia que se había creado. Se habían «hecho circular con mucha malicia» rumores sobre la cantidad de grano que guardaba, rumores que «él está dispuesto a contradecir de la manera más solemne y formalizada». «El pobre hombre ... está tan afectado ... que su vida se ha hecho verdaderamente desgraciada.»<sup>115</sup>

En este caso los incendiarios y el autor no eran necesariamente cómplices. Pero en estos mismos meses Portland debió enterarse de algunos casos en que ambos tenían que estar directamente conectados. Así, en Whiteparish, Wiltshire, se encontró esta carta en febrero de 1800:

El que lo encuentre  
ábralo y  
léalo y lleve las  
nuevas por todo  
White-Parish

Si todos los labradores de White-Parish no bajan  
mucho el Trigo sus Graneros serán quemados y ellos  
estarán en el centro de ellos, es inútil ofrecer  
recompensas porque no tengo a nadie más que a mí Amén.

Bajo la carta seguía en la *Gazette* otro anuncio (con la firma de Portland):

Y puesto que las Amenazas que hay más arriba (en Parte) han sido Ejecutadas por alguna mala Persona o Personas desconocidas, en el Incendio premeditado de la noche del ... 12 del Corriente de dos Graneros, un Establo, una Cantidad de Heno y Paja, una ternera cebada ...

y otros artículos de la hacienda de un caballero de Whiteparish, se publicó la acostumbrada oferta de perdón y recompensa.<sup>116</sup> Estas cartas no podían nunca tomarse simplemente como gestos teatrales. Como escribiera el joven Thomas Brown a lord Sheffield en 1830, «Escribo mal, pero incendio bien Señor».<sup>117</sup>

## VI

Si los autores de las cartas eran variados, es esperable que los estilos de las cartas lo sean también. La generalización no nos sirve de mucho. La ortografía de las cartas es interesante, aunque en ocasiones fuera deliberadamente simulada. Con frecuencia son detectables el dialecto o la cadencia del lenguaje regional —del West Country, irlandés, de East Anglia. Eran escritas por hombres que conocían el alfabeto, pero que escribían más de oído que por los criterios de memoria y vista. Hay cartas trabajadas tan toscamente en las décadas de 1820 o 1830 como en la de 1760, aunque al llegar al siglo XIX hay más cartas que indican la presencia de «intelectua-

les» en el movimiento: maestros de escuela, comerciantes, dependientes, artesanos con un estante de libros.

Quizá fuera posible encontrar datos en las cartas para hacer una nota a pie de página en una historia de la literatura popular. Claramente, la llegada de una forma masiva de agitación que incluye avisos colocados en la plaza del mercado, hojas sueltas y carteles escritos en las paredes supone un público masivo gran parte del cual sabría leer. Una revisión rápida de las cartas indica que se está produciendo un movimiento de salida de las ciudades más grandes (en la década de 1760, Londres, Tauton, Tiverton, Plymouth, Chester, Nottingham, Norwich, etc.) hacia la aldea o la pequeña ciudad mercado (en la década de 1790, Whiteparish, varias aldeas de Essex, Newport [Isla de Wight], Petworth, Odiham, Bideford, Stogursey, Uley, Crediton y otras). Pero hemos advertido una carta de los mineros de Clee Hill en 1767; otra de los mineros del Noreste en 1765, y los agricultores *yeomen* de Berkshire las emplearon en la década de 1720. Escocia reivindica su fama de progreso en la educación proporcionando algunos de los ejemplos más antiguos de composiciones literarias muy pulidas; y la astucia del componente presbiteriano de la cultura escocesa se asoma incluso entre las escasamente eclesiásticas imprecaciones, como cuando se advirtió al teniente coronel John Crawford de Crawfordland, Ayrshire, que no «perjudicara al País con los Consejos de una Puta abominable y una mujer Adúltera». <sup>118</sup> Hasta la aparición de una Rebecca a menudo muy culta, las composiciones galesas habituales no mostraban ningún progreso educacional con respecto al inglés (aunque es posible que las cartas escritas en galés ofrezcan pruebas distintas). <sup>119</sup> A juzgar por los datos que ofrece la *Gazette*, hasta 1790 el norte y la parte norte de los Midlands eran zonas atrasadas en comparación con el sur y el área sur de los Midlands, el este y especialmente el oeste.

Aunque la mayor parte de los autores dejaban que el oído guiara su ortografía, muchos caían también en el estilo formal y mimético exigido por el género epistolar. Se advertía al destinatario de que el autor se proponía quemar, no su «casa», sino su «aposento», el dinero del chantaje debía depositarse en el agujero de un árbol en tal día del «presente», los asesinos juraban actuar a «la primera oportunidad». Frases como éstas, al elevar el estilo, querían de algún modo elevar la amenaza. Al igual que las florituras literarias que sin duda producían gran satisfacción a sus autores. Un señor de Devon recibió en 1779 una carta en la que se le describía como:

Un Espalda Estrecha, Piojoso, falso, Pequeño Perjuro, Pequeño Bribón. No te hago más caso que a la Hoja de un Aspen que se Marchita y desaparece ... <sup>120</sup>

Los floreos literarios de los painitas de la década de 1790 caían con demasiada frecuencia en el cliché con sus «hijos de la libertad», «grilletes monárquicos» o la advertencia, suavizada por el alto estilo, de una carta enviada al alcalde de Plymouth (1729): «teme ponerte al alcance de una Daga bien afilada».<sup>121</sup>

Las cartas más refinadas corresponden probablemente a los últimos años de la tradición, al menos en las ciudades, de 1800 a los años 1830. Un maestro algodonero de Manchester recibió en 1812 una que comenzaba: «Señor, Empezamos con el Lenguaje del antiguo Profeta, al decir que la Destrucción está Próxima, y ¿por qué? porque nosotros los Hiladores de Algodón de esta Ciudad hemos servido para levantarnos del Estiércol a la Independencia».<sup>122</sup> Pero los escritores de este estilo pueden en ocasiones ser igualados por sus antecesores del siglo XVIII, como aquél de Norwich que en 1766, después de amenazar con arrasar la ciudad a sangre y fuego, terminaba con una «noble Sentencia de Horacio» en latín.<sup>123</sup> También en la forma algunas de las cartas seguían las fórmulas de la autoridad o la administración. Cierta cantidad de notas escritas a mano fijadas en plazas de mercado adoptaban los «Comoquiera que es» y demás finezas de las proclamas oficiales. Otras incluían formalidades epistolares conmovedoras. Una carta (Ayrshire, 1775) que a continuación expresaba las amenazas chantajistas más horripilantes empezaba: «Señor, Es ésta quizá la Carta más interesante que ha recibido nunca ya que su Vida depende de que se avenga a lo que se pide».<sup>124</sup> El alcalde de Nottingham recibió una carta en 1800 compuesta con una atención impecable a las formas:<sup>125</sup>

Señor,

Si los Hombres que fueron cogidos el Sábado pasado no son puestos en libertad mañana por la noche, el Matadero, la Lonja y toda la Plaza serán incendiados, si tiene un Ejército de Condestables no podrán evitarlo porque los tablonés engrasados arderán bien —

Esperando que considere todo esto.

Quedo su humilde Servidor

Will. Johnston.

Hasta Ned Ludd, el capitán Swing y Rebecca, no había preferencia por ningún seudónimo. Los que se elegían variaban desde el «Probono Público» a EL MONSTRUO. Cuando se solicitó del primer magistrado de Tewkesbury que convocara una junta en 1795 para hacer una petición de paz, so pena de que le atravesaran los sesos con una bala, los firmantes eran: «Venganza, Fuerza, Maldad, Determinación».<sup>126</sup> Los mineros de estaño de Polgooth, Cornualles, firmaron su carta: «Capitanes Audaces, Fuerza, So-

berbia y sin miedo». <sup>127</sup> En Sussex una queja por ser las medidas pequeñas (1793) estaba firmada: «del viejo diablo que os llevará a todos si no cambiáis». <sup>128</sup> Escalofrantes amenazas se colocaron en una aldea de Somerset sobre la firma: <sup>129</sup>

Tira fuerte Tira Diablo  
el diablo lleve a Ambos  
ahora Bebamos  
almas joviales

Se dirigieron cartas a agricultores y traficantes en dos aldeas de Northamptonshire en 1800 en estos términos: «Si no Bajáis el grano destruiremos vuestros campos con Fuego ... destruiremos todas vuestras ovejas y ... arrancaremos todos vuestros nabos ...». En el sobre, al lado del nombre del destinatario se había escrito: «Walentine». <sup>130</sup> Una carta escrita en Newport (isla de Wight) contra la patrulla de reclutamiento en 1793, se firmaba simplemente «estamos por los derechos de Tom Paine, Regatón». <sup>131</sup>

No cabe duda de que algunos de estos escritores disfrutaban con sus extravagancias estilísticas. Meses, quizá años, de resentimiento contenido y de supuesta deferencia se descargaban en unas cuantas líneas. De Bideford (1812): «Tu esqueleto si es que se encuentra se dará a los Perros si es que tiene algo húmedo que los Animales puedan devorar». <sup>132</sup> Se trataba posiblemente del mismo autor que había advertido a un molinero de Bideford diez años antes de que «el Diablo te molerá la cabeza en polvo como muele el Grano el molino». <sup>133</sup> Una carta de Dumfries de 1771, que constituye un excelente ejemplo de «proclama» popular, advertía a acaparadores, monopolistas y traficantes (y a los que «ayuden o asistan a alguien que haya acaparado», etc.):

Para el gran Daño y Perjuicio del País, en particular de los Pobres, para Violación de las leyes de Dios y la Naturaleza, por ésta se da Aviso Público, de que desde esta Fecha, desistan de tan pecaminosas Prácticas, bajo Pena de ver sus Casas totalmente quemadas, y castigados en sus Personas en Proporción al Puesto que tengan, así si Magistrado con Mutilación, y si Mercader con que le corten las Orejas ante la Cruz. <sup>134</sup>

Un escritor de Bridgnorth advertía, menos solemnemente, a agricultores y molineros: «les cortaremos las Orejas y les rajaremos la Nariz como marca para que el país los conozca». <sup>135</sup>

El mejor estilo literario que la mayoría de los autores aspiraban a lograr no era el de John Locke ni siquiera el de Tom Paine, sino el de la Biblia. La

abundancia de referencias bíblicas ya se ha debido de reflejar a lo largo de este ensayo. El Antiguo Testamento se prestaba fácilmente a la imprecación; y si los autores apelaban a la moral, como generalmente hacían, era con estas referencias a textos y estilo bíblicos. Los autores evocaban a Lázaro y el rico, comparaban a patronos y capataces con Herodes o recordaban los sermones predicados en la iglesia. Un lugar corriente para fijar sus notas era la puerta de la iglesia; otras cartas se enviaban al clero con la petición de que se leyeran en la iglesia. En una aldea de Suffolk en 1800 se clavó en la puerta de la iglesia lo que parecen ser unos versículos:

... el primero que mezcle el grano perderá la cabeza,  
 pues vuestra intención es matarnos de hambre ...  
 Pero el señor ha [¿Elevado?] tanto nuestro Valor  
 que antes de morir lucharemos hasta la muerte  
 porque pobres contra ricos en todo el territorio  
 conquistarán a los ricos y los tendrán en su Poder.  
 Por tanto arrepentíos de vuestros pecados no lo toméis a mal  
 es vuestra Crueldad la Causa de todo esto  
 el día ha sido señalado en que veréis  
 que los pobres compartirán todo esto.

A ser leído en la Iglesia por el Cura después del sermón.<sup>136</sup>

Su lectura, entre las diversas amonestaciones y avisos parroquiales, debía despertar preocupación. Así, también una carta enviada a varias parroquias de Essex en 1800 concluía:

Quemaremos y destruiremos todo lo que Encontremos especialmente los grandes terratenientes y los hombres más severos de cada parroquia con los pobres ...

Nos portaremos bien con los clérigos que lean esto en la Iglesia si no es hombre muerto de noche o de día por algún medio destruiremos al rey y su familia y también el Parlamento.<sup>137</sup>

Lo que sorprende de esta carta es que sabemos que al menos en un caso (un local de reunión de disidentes) se acató la petición.<sup>138</sup>

La mayor parte de las referencias bíblicas se aprecian como eco o alusión. En alguna ocasión se pide la ayuda del Dios de las Batallas, como en Exeter (1801): «Sangre y Fuego es la palabra, y por Dios Todopoderoso no escapan a nuestra venganza, hemos clamado en vano a los Hombres, ahora apelamos a Dios ...».<sup>139</sup> Con más frecuencia se apela a un código moral de caridad, procedente de los Evangelios. Un señor, probablemente



harinero de High Wycombe fue advertido en 1800 de que era probable que fuera

enviado al infierno antes de la hora que Dios te ha señalado vivir con todos los lujos de la Vida y tu pobre vecino Vestido con Harapos y muriendo de hambre por falta de alimentos sus Hijos llorando por Pan y no tenerlo para dárselo tienes que Leer el Capítulo 12 de Lucas y el Capítulo 8 de Amós. Pero tú eres tan Ajeno a los Evangelios como a aquel que los envió ...<sup>140</sup>

Hay pocas cartas que hagan referencias tan explícitas: puede suponerse que en el siglo xvii habrían sido más frecuentes las citas de textos. Tampoco parece, por la evidencia de que hoy se dispone, que fuera a menudo empleado este modo de expresión por los escritores grandilocuentes o milenaristas, aunque, si se recibían este tipo de cartas, los magistrados pudieron hacer caso omiso de ellas como producto de locos. La expresión de fe en un más allá en que los ricos ardan en el infierno y los pobres encuentren su recompensa aparece con más frecuencia. El cirujano del *Sandwich* que se había presentado como testigo contra Richard Parker, el amotinador del navío en 1797, fue notificado de que:

El Sr. Parker ... está esperamos donde los villanos infernales como tú no podréis nunca entrar porque el infierno se hizo para malvados tan ruines y abominables y los que son ... como tú son vasijas de ira hechas para eterna destrucción oh cómo amargará vuestras almas por toda la Eternidad Ver al Bendito Parker lleno de Gozo y felicidad y Gloria en la dichosa presencia de Dios y Cristo y los Ángeles Santos, cuando estéis vosotros en compañía de diablos y Almas condenadas, y llenos de ira, Miseria y Dolor por los siglos de los siglos.<sup>141</sup>

Otro recurso estilístico interesante: se habrá observado ya que cierto número de cartas caen, en algún momento, en el verso de rima tosca o la copla. En algunos casos —dirigidas a un público amplio más que a un individuo— tal es el máximo refinamiento de estilo. En otros casos —los ejemplos de Wellington (Somerset) o Maldon—<sup>142</sup> nos encontramos ante una auténtica propaganda por medio de la poesía. Pero en otros sospechamos estar en presencia de ejemplos tardíos de una tradición mnemotécnica más antigua. Lo siguiente se encontró en la puerta de una iglesia de Kent en 1603:

De pobres hay más  
que van de puerta en portón  
vosotros que estáis establecidos  
ved de no deshonorar vuestra profesión.

Estos versos tienen una calidad mágica, como las adivinanzas rimadas de Merlín, las de Mother Shipton y «la última profecía de una vaca de Cumberland»:

Dos duros inviernos, una húmeda primavera  
un verano sangriento y el rey fuera

circulaban a lo largo del siglo XVIII, estaban aún vivos en los años 1790 y nos recuerdan las adivinanzas del bufón de *El rey Lear*. Los escritos de Joanna Southcott constituyen un final adulterado de esta tradición y tienen la cualidad del encantamiento incluso con mal verso. Una amenaza rimada al pie de una carta evoca cierta fuerza mágica adicional:

Creerás que es difícil cuando esto leas  
mas con tu Vida pagarás de veras.

O, al final de una carta incendiaria enviada a un cervecero de Newbury en 1810:

Con la campana empezaremos y así  
Continuaremos hasta que todo al infierno mandemos.<sup>143</sup>

## VII

La carta anónima de amenaza fue un componente intrínseco de la protesta social e individual en la compleja sociedad de industria fabril y progreso agrícola capitalista que los especialistas persisten en llamar sociedad «preindustrial». En su aspecto rural acompañaba algunas veces, puntuaba e iluminaba los motivos del incendio premeditado, la ruptura de cercas, el desjarretado del ganado y así sucesivamente. En minas, talleres, astilleros e industria textil acompañaba a la organización sindical ilícita y a la ruptura de máquinas.<sup>144</sup> En años de precios altos su función de obstaculizar ciertas prácticas de tráfico y mercado y estimular la caridad o los alimentos subvencionados es clara. En tales circunstancias jugaban algunas veces el papel de canal de «negociación» dentro del equilibrio paternalista-plebeyo.

Estas generalizaciones no nos llevan muy lejos. Ni tampoco llegaríamos lejos si limitáramos nuestro examen a las formas de una fase subsiguiente de organización —la huelga o la pequeña imprenta—, ya que cada una de ellas tiene multitud de funciones y expresa multitud de voces. Para

continuar el estudio debemos resituar cada carta o grupo de cartas según la especificidad de su propio contexto.

Al final, la forma como tal puede ligarse sólo mediante dos temas unificadores. Primero, el acto de enviar la carta, con el fin que sea, constituye un delito; a ojos de la ley todo estilo literario, culto o semianalfabeto, y todo agravio, estaban reducidos a un nivel común. Y sus autores eran delincuentes sobre los cuales pendía la amenaza del patíbulo o el destierro. En segundo lugar, estas cartas constituyen, en muchos casos —y a lo largo de muchas décadas—, la *única* expresión literaria superviviente de todas las personas con pocas posibilidades de expresión. La «oscura figura» del delito mismo queda empequeñecida por la figura aún más oscura de la conciencia plebeya a lo largo de la mayor parte del siglo XVIII y, en zonas rurales, hasta bien avanzado el siglo XIX. ¿Cuáles eran los sentimientos de los de abajo en una sociedad cuya ideología manifiesta era el paternalismo?

De no haberse escrito nunca estas cartas podríamos suponer, aunque sería difícilmente demostrable, que entre 1750 y 1810 Inglaterra fue siempre un país de moderado consenso, dentro del cual los órdenes inferiores mostraban su gratitud hacia el paternalismo humanitario con la debida medida de deferencia; o, si no exactamente así, entonces una sociedad en que hasta la década de 1790 la *gentry* llegó a tener una hegemonía tan abrumadora que el orden impuesto parecía tan fuera de dudas como la bóveda del cielo. Al menos ha sido posible demostrar que aquí y allá se encontraba algo que no era precisamente deferencia. «Lord Buckingham», observó en 1793 el escritor de una hoja suelta de Norwich, «que murió el otro día tenía Treinta Mil Libras, al año por tener el Culo en la Cámara de los Lores y no hacer nada».<sup>145</sup> Esta afirmación debería quizá incluirse en una nota a pie de página de la *Historia del Parlamento*. También los historiadores de regimientos militares pasan algunas veces por alto ciertos aspectos de su estudio que eran aparentes a los observadores de la época: «No tememos a los Soldados», decía un autor de Exeter (1801), «ni a los Voluntarios (vulgarmente llamados los Perros de Presa del Labrador)».<sup>146</sup>

O, si retrocedemos a fechas más tempranas del siglo con expectativas condicionadas por mucha de la historiografía del siglo XVIII, sólo con dificultad podremos reconocer en «esa zorra vieja de Clifton» a lady Clifton de Clifton Hall, Nottingham.<sup>147</sup> Ni las expectativas sobre el funcionamiento imparcial de la ley nos habrán preparado para un informe como el de Southall Court of Requests (Tribunal de Instancias) (1757): «Porque estos Comisarios Prespetrenc no tienen la menor idea de Conciencia porque juran que un Cuervo negro es blanco por una moneda de Seis Peniques».<sup>148</sup> O, en otro caso, un aldeano de Hampshire envió una carta en 1798 a Henry

Chichley Plowden que puede modificar las opiniones ortodoxas sobre los modos en que la riqueza comercial, de vuelta en Inglaterra, fertilizaba las revueltas agrarias e industriales:

Eres un maldito Villano y Maldita y Villanamente has hecho tu Dinero y Maldito y Villano eres por no pagar donde lo debes crees que puedes hacer como en las Indias pero o mucho me equivoco o no lo harás porque mataste miles de pobres para coger sus riquezas y ahora haces un dios de ellas.<sup>149</sup>

Sabemos ya lo suficiente sobre las acciones de la multitud del siglo XVIII para desconfiar de la más bien confortable historiografía dominante hasta época reciente. De acuerdo con estas explicaciones, el caballero inglés que vivía en el campo estaba «próximo a la vida sencilla de la gente sencilla» y «nunca lejos de un humanitarismo normal»: y «el honor, la dignidad, la consideración, cortesía y caballerosidad eran todas virtudes esenciales del carácter del caballero y todas se derivaban parcialmente de la naturaleza de la vida del campo».<sup>150</sup> Un escritor de Witney (1767) mostraba la vida del campo con colores diferentes:

No permitáis que esos malditos resollantes barrigudos Bribones maten de Hambre a la gente de tan Infernal Manera con el propósito de que ellos puedan dedicarse a la caza, las carreras de caballos, etc., y para mantener a sus familias en la Arrogancia.<sup>151</sup>

Y en 1800 un habitante de Henley-on-Thames, que había tenido la suerte de ver a los voluntarios en acción contra la multitud, ofreció a los historiadores un almacén alternativo de análisis:

Vosotros caballeros como gustáis de Lllamaros —Aunque en ello os Equivoicáis— porque sois un montón de los más Condenables Canallas que Nunca Existió.<sup>152</sup>

Sin duda un autor que había sido atropellado por los *yeomen* escribía desde una posición de parcialidad. Pero las voces permanecen en el interior de nuestro oído. Y nos impulsan a una última e importante reflexión. La vehemencia misma del estilo no debe inducirnos erróneamente al extremo opuesto, según el cual la Inglaterra plebeya del siglo XVIII estaría compuesta por revolucionarios impotentes, unos pocos de los cuales se expresaban de forma articulada (en la *Gazette*) mientras los restantes rumiaban aisladamente su cólera. Pues las imprecaciones y la vehemencia son el otro lado de la moneda de la deferencia. Son aquellos que provienen de una cultura religiosa en la cual el juramento y la blasfemia entrañan los mayo-

res poderes mágicos. Y son aquellos que no pueden expresar sus agravios abiertamente, que no pueden formar sus propias organizaciones o hacer circular sus propios folletos y su prensa, cuyas voces irrumpen anónimamente con fuerza desmedida.

Pero no debemos dejarnos confundir con esto. *Si surgía la oportunidad*, las voces insurrectas podían ser seguidas por acciones de insurrección. Podía ocurrir, desde luego, que los revolucionarios salieran a las calles, como en París hacia 1791, empleando estas voces. Pero *sin esa oportunidad* las voces podían volver, con extraordinaria celeridad, al silencio o a la abyecta dependencia. Esto se nota en muchas de las cartas, especialmente en las que se escribieron anteriormente a la influencia de Tom Paine. Puede observarse en el tono oscilante de una carta de los *commoners* de Cheshunt en 1799: «Nosotros como aves rapaces esperaremos secretamente para que corra la sangre» de los que preparaban el cerramiento «cuyos nombres y lugares de habitación son como heridas putrefactas para nuestra nariz»; por otra parte, si en lugar de cerrar el mismo caballero hubiera efectuado una regulación justa de los derechos del común, entonces «en lugar de ser despreciable sería tu Nombre como un Ungüento Olorífero vertido sobre nosotros».

Dejamos a tu consideración si quieres que te eliminemos de la tierra de los vivos o si quieres tener el corazón de los pobres y todo si se lo pides porque si procedes a cerrar nuestra sangre hervirá como un caldero y si vas a regularlo entonces ... llegaremos y entregaremos nuestros corazones y nuestras voces a ello y a ti para siempre ...

Y, nuevamente, tras todo esto hay una resignación a la inevitabilidad del orden social establecido: los pobres, por la amenaza o incluso por la violencia, recuerdan a los ricos ciertas obligaciones hipotéticas. Lo que muestran las cartas no es la falta de deferencia en este tipo de sociedad, sino ciertos aspectos de su carácter y sus límites. Esta deferencia no tiene calidad interior: estos escritores no aman a sus amos, pero, finalmente, tienen que resignarse al hecho de que probablemente seguirán siendo sus amos mientras dure su vida. Así ocurre en instituciones menores que profesan valores paternalistas; el suboficial puede despreciar u odiar a sus oficiales, el criado de la gran casa o del *college* despreciar a aquellos a quienes sirve, pero la dependencia exige que se paguen ciertas deudas de conducta y lenguaje.<sup>153</sup>

De aquí que el historiador que se enfrenta a cartas como éstas y vuelve después a la prensa permitida o a los periódicos de los grandes tenga la impresión de visión doble. En la superficie todo es consenso, deferencia, con-

formidad; los dependientes solicitan el favor abyectamente; todo está en su lugar; ni una palabra contra la ilustre casa de Hannover o la Gloriosa Constitución rompe las apacibles aguas de la ilusión. Y entonces, desde un nivel oscuro y anónimo, salta ante la vista fugazmente la injuria jacobita o igualadora. No debemos tomar ni la reverencia ni la imprecación como indicación de la verdad final; ambas podían fluir del mismo espíritu, según permitieran las circunstancias y el cálculo de ventajas. Ahora parece, nos dice Richard Cobb, que la mitad de los ayudas de cámara del París prerrevolucionario, que seguían a los nobles servilmente a través de los elegantes *salons*, alimentaban en sus fantasías visiones de guillotinas cayendo sobre los blancos y empolvados cuellos que les rodeaban.<sup>154</sup> Pero, de no haberse levantado nunca la guillotina, las fantasías de estos criados permanecerían desconocidas. Y los historiadores podrían escribir sobre la deferencia, incluso el consenso, del *ancien régime*. La deferencia de la Inglaterra del siglo XVIII pudo ser algo similar.

## Notas

1. Para una historia general de la *London Gazette* (citada en adelante LG), véase P. M. Handover, *A History of the London Gazette, 1665-1965*, 1965.
2. Para la maquinaria de recompensas y perdones, véase Leon Radzinowicz, *A History of English Criminal Law and its Administration from 1750*, 4 vols., 1948-1968, esp. vol. II, secciones 4 y 5.
3. La *Gazette* es, por supuesto, una importante fuente no sólo para las imprecaciones, sino también para las acciones, puesto que las recompensas ofrecidas a cambio de información sobre asesinatos, contrabando, incendios premeditados, motines industriales, etc., también aparecen en sus páginas.
4. He contraído una gran deuda con E. E. Dodd por su ayuda para el estudio de las *Gazettes* y con Malcolm Thomas, cuyo amplio conocimiento de los documentos del Home Office entre 1790 y 1803 ha estado a mi disposición. Pude disponer de su ayuda con la asistencia de una beca para la investigación de los motines de subsistencias de la Nuffield Foundation en 1968-1969.
5. No se pretende ofrecer una precisión decisiva. La mención de cartas aparecidas en la *Gazette* que no dan información sobre el asunto o el contenido de las mismas han sido omitidas de este cálculo.
6. Por «relativos a crímenes» quiero decir intentos de influir sobre el curso de la justicia, amenazas a testigos, etc. Hay de hecho 21 de estas cartas, pero 8 de las mismas me ha parecido posible colocarlas en agravios «sociales».
7. En algunos casos una carta contiene distintas amenazas, o amenazas concernientes a varias personas: por ejemplo, asesinato al alcalde, destrucción de las propiedades al molinero, incendio al labrador: esto explica las discrepancias en las cifras entre los cuadros 2 y 3, 4 y 5.
8. Para ejemplos de anuncios locales, véase *Aris's Birmingham Gazette* (11 agosto 1766, 9 marzo 1767); *Reading Mercury* (10 marzo 1800).
9. PRO, HO 43.8, p. 144.

10. PRO, HO 43.11, p. 131.
11. No se puede proporcionar una cifra exacta. Los libros de correspondencia enviada del Home Office en 1800 muestran que se había acusado recibo de más de 80 de estas cartas; pero la búsqueda entre las cartas recibidas muestra unas 150 cartas recibidas en ese año. Puesto que ciertas cartas adjuntas se devolvían al remitente, otras eran enviadas a las oficinas de la *Gazette*, y otras aparecen en los papeles del War Office, 150 debe de ser una subestimación de las que se llevaban directamente al gobierno. Además, muchos correspondientes se referían en términos generales a la frecuencia de tales cartas, pero no enviaban más ejemplos.
12. En febrero se aconsejó a los magistrados de Birmingham que «emplearan algunos agentes discretos y de confianza para observar, durante la noche, en los lugares más sospechosos»; J. King a los magistrados de Birmingham, 25 febrero 1800, PRO, HO 43.11, p. 374. Dos semanas más tarde Portland parece haberse puesto más nervioso: «Desearía que se pudiera hacer un ejemplo cuanto antes de esos escritos y de la distribución de hojas inflamatorias y amenazantes»; y Portland al marqués de Townshend, 10 marzo 1800, HO 43.11.
13. Portland no aconsejaba la consistente publicación en la *Gazette*: para un ejemplo contrario en esta época, véase sus intercambios con W. Baker, MP (miembro del Parlamento) citados anteriormente, p. 335. Y se resistió obstinadamente a publicar en la *Gazette* (o a ofrecer un perdón o una recompensa) en los casos en que las cartas eran de carácter más privado y escandaloso que público. A un destinatario (un magistrado) escribió que anunciarla «tendería a hacer públicas las maliciosas y sin fundamento sugerencias ... sin la menor posibilidad de llevar a sus autores hasta la justicia»; véase F. Adams, JP a Portland, 2 junio 1800, PRO, HO 42.50 y HO 43.11, pp. 511-512. No se podía ofrecer perdón y recompensa de no estar implicados los intereses de la generalidad del país; J. King a J. Taylor, 11 junio 1800, HO 43.11, pp. 518-519.
14. Éste era, sin embargo, un caso especial, siendo la carta en cuestión en galés, y habiendo sido proporcionada una traducción a la *Gazette*: claramente esto le habría proporcionado una publicidad superflua; Charles Yorke a C. W. W. Wynne, 5 marzo 1804, PRO, HO 43.14, pp. 434-435.
15. *Aris's Birmingham Gazette* (6 octubre 1800); y *ibid* (3 noviembre 1800), para una hoja que comenzaba: «Vive la Republic!».
16. PRO, HO 42.51, fols. 166-168.
17. A. Boyer, *Political State of Great Britain*, 1730, XL pp. 439, 497-499, 505-515, 590-593, 600; Samuel Seyer, *Memoirs Historical and Topographical of Bristol and its Neighbourhood*, Bristol, 1823, II, pp. 578-579; J. P. Malcolm, *Anecdotes of the Manner and Customs of London during the Eighteenth Century*, 1810, I, pp. 145-146; *LG*, 17-21 noviembre 1730.
18. Boyer, *op. cit.*, 1731, XLI, p. 83.
19. *Ibid.*, XL, p. 508. Un barbero, antiguo cerero, fue llevado a la cárcel como sospechoso de ser el autor.
20. Muchos fueron juzgados en el Tribunal (*Assizes*) de Bristol en marzo de 1731, pero todos fueron absueltos por falta de pruebas. En 1738 los delitos parecen reaparecer en Bristol; Boyer, *op. cit.*, XLI, p. 309-310; 1738, LV, p. 179.
21. Véase la clasificación de pagas de recompensa en PRO, T. 53.36, fols. 58-64, 65-67.
22. *Ibid.*, y Boyer, *op. cit.*, XLI, p. 310.
23. *Ibid.*, XL, p. 506. El chantaje abierto, acompañado de amenazas asesinas, era conocido con anterioridad, por supuesto: en efecto, se había colgado a hombres por este motivo en la década de 1720 (véase *infra*, p. 465). Posiblemente la amenaza incendiaria se creía nueva.
24. *Ibid.*, XLI, pp. 90-91, reimpresso de la *Norwich Gazette*. La punta de la aguja de Christ Church estaba a 309 pies del suelo: el autor advertía además al destinatario de que no colocara vigilancia en la veleta.

25. Para un ejemplo de un asunto de ese estilo que no se hizo público, véase Universidad de Nottingham, Manvers Coll. B 92. En este caso, el vicario de Edwinstowe (Notts.), que en 1824 había despedido de su servicio a una tal Sra. Clark, parece haber sido chantajeado por algún allegado de dicha señora que escribió: «yo os vi a ti y a la Sra. Clark salir de la cocina y entrar juntos en el excusado y cuando habíais hecho aquello para lo que habíais entrado, salir». Pero puesto que el autor no pedía dinero sino simplemente «su respuesta», no pudo ser juzgado por felonía.
26. *LG*, n.º 11538 (febrero 1775). Cada *Gazette* está fechada para un período de tres o cuatro días, de modo que es más sencillo identificarlas por su número que por la fecha. La fecha que se da entre paréntesis indica el mes en que la carta fue enviada por primera vez, que era algunas veces unas semanas antes de que fuera publicada en la *Gazette*. Desde 1785 en adelante cada año de la *Gazette* estaba paginado consecutivamente; Handover, *op. cit.*, p. 59.
27. *LG*, n.º 10282 (enero 1763).
28. *LG*, n.º 9971 (enero 1760).
29. *LG*, n.º 10282 (enero 1763).
30. *LG*, n.º 10392 (febrero 1764).
31. Véase Cal Winslow, pp. 154-156. Un cirujano de Hackney recibió una carta que comenzaba: «Sr. Toulmin ésta procede de una sanguinaria confederación de contrabandistas que están cortos de fondos y han perdido tres caballos en los últimos quince días de modo buen señor que insistimos en que nos mande 20 guineas ...»; *LG*, n.º 12118 (septiembre 1780).
32. *LG*, n.º 11128 (marzo 1771).
33. *LG*, n.º 11521 (diciembre 1774).
34. Véase, por ejemplo, *LG*, n.º 12095 (junio 1780), n.º 12107 (agosto 1780).
35. Véase *Commons' Journals*, XX, pp. 156-157 (febrero 1723).
36. *LG*, n.º 11793 (agosto 1776).
37. *LG*, n.º 11731 (diciembre 1776).
38. *LG*, n.º 16341 (enero 1810); véase también n.º 15017 (marzo 1798).
39. *LG*, n.º 16341 (febrero 1810).
40. *LG*, n.º 11569 (junio 1775).
41. PRO, HO 42.27, fol. 722.
42. Por ejemplo, *LG*, n.º 9327 (octubre 1753). El arcediano Robert Oliver de Preston fue informado de que él «y todo Clérigo de este pueblo no eran Nada más que Herejes y Almas malditas si William Whittle ese hombre bueno es colgado en los próximos 10 días podéis estar bien Seguros de que volaréis a vuestra Perdición»; *LG*, n.º 10616 (abril 1766).
43. R. v. *Girdwood*, 1 Leach 142.
44. Norwich, *LG*, n.º 10690 (diciembre 1766); véase también n.º 10671 (octubre 1766), y R. v. *Royce*, 4 Burr. 2073; Halifax, *LG*, n.º 11038 (abril 1770); Staffordshire y Nottingham, *LG*, n.º 1800, p. 475 (mayo 1800).
45. *LG*, n.º 10720 (abril 1767).
46. *LG*, n.º 10713 (marzo 1767); PRO, WO 1.873.
47. Para documentos ilustrativos del largo conflicto de los trabajadores de seda de Spitalfields, véase *Calendar of Home Office papers of the Reign of George III*, 1878, I, pp. 312-313; III, pp. 273-274; IV, pp. 39-43.
48. *LG*, n.º 11136 y 11138 (abril 1771). La primera carta de Spitalfields publicada en la *Gazette*, en el n.º 10354 (octubre 1763).
49. Un gran paquete de este tipo de comunicación anónima recibido por Robert Harley, duque de Oxford, en las primeras décadas del siglo XVIII, puede encontrarse en British Museum, Portland Loan 29.11.
50. *LG*, n.º 10724 (abril 1767).
51. *LG*, 1811, p. 1760 (septiembre 1811).



52. D. J. V. Jones en *Before Rebecca* 1973, p. 99, cita excelentes ejemplos de éstos (algunas veces decorados con toros rojos esquemáticos; etc.), en el contexto del «Ganado Escocés» en el «dominio negro» de carbón y hierro del Sur de Gales; comenta (p. 100) su extrema efectividad para precipitar huelgas, intimidar a esquiroleros, y así sucesivamente. Prácticamente la misma efectividad prevalecía probablemente en la década de 1760 en la industria sedera de Spitalfields y en la industria lanera del Oeste inglés hacia 1800. Estas advertencias (y ocasionalmente las dirigidas a la *gentry* o a los patronos) iban a veces acompañadas de horribles énfasis de manchones de sangre sobre el papel, un pájaro muerto u otro animal en el umbral de la puerta, o incluso el corazón de un animal matado; véase por ejemplo, Yeovil, 1816, PRO, HO 42.150; E. P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present*, 50 (febrero 1971), p. 135.
53. Las cartas pueden insertarse en el contexto definido con tanta claridad por E. J. Hobsbawm en «The Machine Breakers», *Past and Present*, n.º 1 (1952) y *Labouring Men*, 1963.
54. LG, n.º 10398 (febrero 1764).
55. LG, n.º 10287 y 10288 (febrero 1763).
56. LG, n.º 12854 (mayo 1787).
57. LG, n.º 13723 (octubre 1794).
58. Por ejemplo, LG, 1785, p. 586 (diciembre 1785); n.º 12720 (enero 1786); 1786, p. 203 (Tejedores de Glasgow, abril 1786); 1792, p. 191 (marzo 1792).
59. LG, 1802, p. 386 (abril 1802).
60. Buenos ejemplos de cartas luiditas pueden encontrarse en W. B. Crump, *The Leeds Woollen Industry, 1780-1820*, Leeds, 1931, pp. 229-230 (el West Riding); J. Russell, «The Luddites»; *Transactions of the Thoroton Society*, X (1906), pp. 53-62 (Nottingham); E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, 1968, esp. pp. 607-608, 620, 626, 639, 643-644, 658, 784.
61. Véase, por ejemplo, LG, 1802, p. 1047 (septiembre 1802), en que se enumeran delitos cometidos en este distrito agitado en el verano de 1802, que incluyen incendios de almiares, interceptar los carros y cortar los paños, disparar pistolas en el interior de las casas, ataques armados a máquinas tundidoras, destrucción de maquinaria e incendio de edificios.
62. Para la carta Ashill, véase A. J. Peacock, *Bread or Blood*, 1965, pp. 65-66.
63. LG, n.º 10960 (julio 1769); n.º 10964 (julio 1769); n.º 11027 (marzo 1770).
64. LG, n.º 10287 (enero 1763).
65. LG, n.º 12191 (mayo 1781).
66. LG, 1795, p. 192 (diciembre 1794).
67. Carta en QO/EW 51, East Sussex RO, citada en Monju Dutt, «The Agricultural Labourers' Revolt of 1830 in Kent, Surrey and Sussex», tesis doctoral no publicada, Universidad de Londres, 1966, p. 375.
68. «Philaethes» [William Temple], *The Case as it now stands between the Clothiers, Weavers, and other Manufacturers, with regard to the late Riot in the County of Wilts*, 1739, p. 37.
69. Carta recibida por E. Lloyd Hall, 25 agosto 1843, PRO HO 45.454 (ii), fol. 468. Véase también, H. T. Evans, *Rebecca and her Daughters*, Cardiff, 1910, pp. 34-35, 68-69, 194-195.
70. Cf. Raymond Williams, *The Country and the City*, 1973, pp. 184-185; sobre cartas incendiarias comparar A. Abbiateci, «Les incendiaires dans la France du XVIII<sup>e</sup> siècle», *Annales E. S. C.*, XXV, n.º 1 (enero-febrero 1970), pp. 229-248.
71. PRO, SP 36.14 (i), fol. 125. Véase E. P. Thompson, *Whigs and Hunters*, Allen Lane, 1975, cap. 10.
72. LG, n.º 9613 (agosto 1756). Estas cartas se estaban escribiendo con toda seguridad en los años de precios altos de 1740 y 1753; véase por ejemplo *Newcastle Journal* (28 junio 1740), en el que se informaba de la condena de un hombre en Swaffham Bulbeck (Cambridgeshire) por enviar cartas anónimas al molinero amenazando con quemar sus molinos si el

precio de la harina no bajaba; y para un ejemplo en 1753 véase periódicos de Newcastle, Brit. Mus. Add. MSS 32,732, fol. 353.

73. *Calendar State Papers (Domestic)*, 1630, p. 387.
74. Véase «The Moral...», *op. cit.*, pp. 76-136, esp. el caso de Sherborne ((Dorset) examinado en la pp. 125-126.
75. Para el lugar de tales cartas dentro del «teatro» y «contrateatro» de la sociedad del siglo XVIII, véase mi «Patrician Society, Plebeian Culture», *Journal of Social History*, VII, n.º 4 (verano 1974), pp. 382-405.
76. Carta adjunta en PRO, WO 1.873, fols. 505-510; LG, n.º 10713 (marzo 1767).
77. LG, n.º 10710 (marzo 1767).
78. Para Carlisle, véase mi «Moral Economy», *op. cit.*, p. 99.
79. LG, n.º 10671 (octubre 1766), y n.º 10690 (diciembre 1766).
80. LG, n.º 10784 (noviembre 1767).
81. James Bisset, «Reminiscences» (Birmingham Reference Library, MS 263924), pp. 74, 153-154. Compárese W. Villers y otros (magistrados de Staffordshire en la vecindad de Birmingham) a Portland, 3 octubre 1800, PRO, HO 42.52, fols. 364-365: «Se hacen inscripciones constantemente sobre las paredes de los edificios públicos incitando a la revuelta. La Proclama del Rey fijada juntamente con las Hojas en que se ofrecían recompensas por el descubrimiento de los autores de los papeles sediciosos han sido manchadas con una especie de pintura que se parece a la Sangre ...».
82. Véase Thompson, *The Making of the English Working Class*, p. 177.
83. LG, 1800, p. 202 (febrero 1800).
84. LG, 1800, p. 1308 (noviembre 1800).
85. LG, 1800, p. 1454 (diciembre 1800).
86. Rev. Edward Meyrick a Portland, 12 junio 1800 (y adjunta) PRO, HO 42.50. Para la carta, véase «Moral Economy», *op. cit.*, p. 128.
87. Véase 11 Mod. Rep. 137, para *R. v. Woodward* (1707) y el juicio de Holt, C. J.: «toda extorsión es una auténtica transgresión».
88. 9 George I c. 22.
89. Bajo 12 George I c. 34 (1727), los trabajadores que escribían cartas amenazadoras a los maestros en la industria lanera estaban expuestos a un destierro de siete años: esta ley fue extendida por 22 George II c. 27 a los trabajadores de las industrias de fieltro, sombreros, seda, mohair, piel, cáñamo, lino, hilo, algodón, fustán, hierro y curtidos.
90. Para la situación de la ley antes de la derogación, véase E. H. Hyde, *Treatise of Pleas of the Crown*, 1803, II pp. 1104-1126; para la posición en el momento de derogación, véase Radzinowicz, *op. cit.*, vol. I, p. 641, y *The Charge of ... Baron Vaughan ... at the Special Commission at Winchester*, diciembre 1830, pp. 13-14.
91. *Parliamentary Papers (PP)*, 1819, VIII, pp. 125 ss.
92. *PP*, 1826-1827, XIX, pp. 187 ss.; 1831-1832, XIX; 1835, XLV. E. J. Hobsbawm y George Rude, *Captain Swing*, 1969, encuentran (en 1830-1831) 42 nombres de hombres y mujeres juzgados procedentes de 22 distritos por escribir cartas «Swing». Solamente fueron condenados 13, de los cuales seis fueron desterrados (p. 241).
93. En 1723, cuando se aprobó el Black Act, se enviaron mensajes amenazadores con frecuencia, en los agitados distritos de Berkshire y Hampshire: pero yo sólo he encontrado evidencia de dos juicios (véase *Whigs and Hunters, passim*). He examinado tanto la prensa como los documentos de los tribunales de Assize en otros períodos tope de escritura de cartas (por ejemplo, 1766-1767, 1800) y no he encontrado apenas juicios. Pero el derecho de precedentes proporciona evidencia de un continuo goteo de acusaciones; véase East, *op. cit.*, pp. 1104-1126: por ejemplo el caso de Jepson y Springett (Essex, 1798), el caso de John Heming (Warwickshire, 1799).

94. *The Times* (24 diciembre 1830).
95. J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, edición de 1920, pp. 271-272; *The Times* (7 enero 1831).
96. *Select Trials for Murder &c at the Old Bailey, 1734-1735*, II, pp. 31-34; el *Account* del Ordinario, 30 abril 1725.
97. *Select Trials for Murder...*, II, pp. 292-295.
98. Para las condenas en 1730-1731, véase *supra*, p. 443; para el caso de Girdler, *supra*, p. 447-448. Peter Linebaugh observa un chantajista menos principiante en Robert Brownjohn, marinero durante diez años, que se jactaba de haber enviado con éxito cierto número de cartas de extorsión; fue ejecutado en 1738; el *Account* del Ordinario, 8 marzo 1738 y *The Proceedings*, 13-16 enero 1738.
99. Informe de la Corona en PRO, TS 11.1070.5025.
100. Véase Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic*, 1971, esp. cap. 13: «Ancient Prophecies». Éste es el tipo de «cantinela» que continuó hasta bien entrado el siglo XIX como atestigua Mayhew. Su adaptación a fines sediciosos puede quedar ilustrada en un caso de Bath, en 1797, en que algunos jornaleros zapateros y un jornalero herrero se vieron en dificultades por haber repartido hojas inflamatorias en cervcerías, acompañadas por la «parole» (cantinela verbal): «había un Plano [refiriéndose al rey] entre Dos Agudos, que eran Pitt y Dundas, y el Villano fue apresado, porque había perdido todo su Dinero en el Banco de Venecia»; véase J. Jeffreys a Portland, 11 agosto 1797, en PRO, HO 42.41. Véase también una hoja de Birmingham encabezada: «A las Armas Compatriotas, A las Armas» (septiembre 1800) y que continuaba: «Let the deep Pitt be made Level and all his bandette Beheaded ...» («Llenemos el profundo pozo [Pitt se utiliza aquí jugando con la palabra *pit* —pozo— y utilizándolo en este sentido] y pierdan todos sus bandidos la cabeza»; HO 42.52, fol. 363).
101. Informe de la Corona en PRO, TS 11.460.1544.
102. «F. Singleton» (de hecho A. J. Peacock), «Captain Swing in East Anglia», *Bulletin of the Society for the Study of Labour History*, n.º 8 (primavera 1964), pp. 13-15; *Suffolk Herald*, citado en *The Times* (23 diciembre 1830).
103. He tenido la ventaja de ver dos excelentes estudios que tratan ambos sobre cartas amenazantes relacionadas con incendios en East Anglia; A. J. Peacock, «Village Radicalism in East Anglia, 1800-1850», en J. P. D. Dunbadin, ed., *Rural Discontent in Nineteenth-Century Britain*, 1974, y otro de Julian Harber sobre el incendiarismo en Suffolk en los años 1840 (sin publicar). A William Cornish de Gelderstone, que se declaró culpable de haber enviado una carta amenazadora a un labrador que utilizaba maquinaria en 1853, le fue otorgada clemencia, que había solicitado la acusación, y recibió sólo dos años de trabajos forzados; *Norfolk Chronicle* (23 julio 1853).
104. Hobsbawm y Rudé (*op. cit.*, pp. 131-132, 241) identifican entre los escritores «Swing» acusados a cuatro trabajadores, un jardinero, dos maestros de escuela, un empleado de fiscal y un jornalero sastre del cual se decía que era un predicador «vociferante». (El sastre fue desterrado, pero los maestros de escuela y el empleado fueron perdonados; *The Times*, n. 22, 24 diciembre 1830.) Los escritores de cartas de Peacock eran en su mayoría jóvenes obreros: Josiah How, un trabajador de 17 años de Huntingdonshire, que ganaba 5 chelines, 1 penique a la semana, amenazó a su patrón con incendio en 1835 si no «se comportaba mejor» con sus trabajadores, y en 1844 Edmund Botwright, de 22 años, dejó una carta en el escenario del incendio: «Vosotros malditos labradores no podríais vivir si no fuera por los pobres, son ellos los que os mantienen vivos, malditos bribones». Harber identifica a Samuel Stow, un obrero de 31 años (y cazador furtivo) de Polestead, Suffolk, desterrado por diez años (en 1845) por una carta amenazadora. Hobsbawm y Rudé (*op. cit.* p. 241) identifican a cinco mujeres encausadas por el delito en 1830-1831; yo sólo he encontrado dos casos de transgresores femeninos juzgados en el siglo XVIII.

105. *The Times* (21 diciembre 1830). Durante la «Guerra del Pequeño Inglés» de Cardiganshire contra el cerramiento en la década de 1820, las autoridades sospechaban que el autor de cartas anónimas era James Morris, «anteriormente Clérigo de la Iglesia Establecida, pero privado de esa dignidad por mala conducta; tiene una Escuela para la educación de Niños en la Vecindad, y vagabundea de una Cabaña a Otra para buscarse el Sustento: es uno de los más difíciles Transgresores; D. J. V. Jones, «More Light on "Rhyfel y Sais Bach"», *Ceredigion*, IV (1965) pp. 88-89.
106. *The Times* (22 diciembre 1830); J. L. y B. Hammond, *op. cit.*, p. 286.
107. Véase J. R. Godoy, ed., *Literary in Traditional Societies*, Cambridge, 1968, pp. 13-17.
108. PRO, Assi 5.44 (ii); *Whigs and Hunters*, cap. 3
109. Edward Milward, alcalde de Hastings, a Portland, 1 mayo 1795, PRO, HO 42.34. La carta tiene una anotación: «Leigh es miembro del LCS [London Corresponding Society] y estaba distribuyendo las publicaciones de Eaton, etc., etc.». Véase también HO 43.6, pp. 344, 402, y HO 42.52, fols. 304-305.
110. Para Baker, véase E. Moir, *Local Government in Gloucestershire, 1775-1800: A Study of the Justices of the Peace*, Bristol and Gloucestershire Archaeological Society Records, vol. VIII, 1969, pp. 145, 150-151.
111. El endose de Portland de la carta de Baker es más breve: «Si el Escritor de la Hoja puede ser lo suficientemente *asustado* para que abandone la región entonces la mejor manera de evitar disturbios casi parece ser... [el resto ininteligible]».
112. Baker a Portland, s. f. [octubre 1795], PRO HO 42.36; Portland a Baker, 22 octubre 1795, HO 43.7, pp. 219-220.
113. Existen informaciones y borradores de encausamientos en una copia transcrita de «papeles relativos a los motines de Stogursey de 1794-1801 en posesión de Lord St. Audries». Esta transcripción la conserva el vicario de Stogursey, con quien estoy en deuda por su permiso para citar del mismo.
114. Baker a Portland, 17 agosto 1800, PRO, HO 42.50; Portland a Baker, 24 agosto 1800, HO 43.12, p. 78.
115. *LG*, 1800, pp. 814, 1120-1121; Baker a Portland, 12, 18 septiembre 1800, PRO, HO 42.51.
116. *LG*, 1800, p. 202 (febrero 1800); G. J. Fort a W. Hussey, Esq., MP, 19 febrero 1800, PRO, HO 42.49. Otro caso que se había presentado a Portland fue el de graneros, etc., incendiados en Odiham (Hants.), en las tierras de un teniente de sir H. P. St. John Mildmay, seguidos una semana después por una furiosa carta en que se pedían responsabilidades y se amenazaba con más acciones: el vicario de Odiham sospechaba (sobre la evidencia de la letra) «de un hombre de muy buen carácter —empleado por la mayoría de los labradores, y suficientemente opulento como para no sentir la presión de la actual escasez con gran severidad—»; *LG*, 1800, p. 248; las cartas de Mildmay y del reverendo J. W. Beadon en HO 42.49. Otros ejemplos de cartas directamente asociadas con incendios o motines incluyen los de Wedmore (Somerset) 2 abril, Lewes, 17 abril, Nottingham, 25 abril 1800 (todas en HO 42.49); Wimborne (Dorset), 19 junio, distrito de Taunton, 31 julio 1800 (HO 42.50); Blandford, 9 septiembre 1800 (HO 42.51); Haverfordwest (HO 42.53) y otras.
117. J. L. y B. Hammond. *op. cit.*, p. 286.
118. *LG*, n.º 12084 (abril 1780).
119. Véase una de las primeras cartas nacionalistas galesas en *LG*, n.º 11368 (julio 1773).
120. *LG*, n.º 11956 (enero 1779).
121. *LG*, 1792, p. 953 (diciembre 1792).
122. Carta al Sr. Kirby, maestro de algodón, Ancoats, adjunta en Holt, 22 febrero 1812, PRO, HO 42.120.
123. *LG*, n.º 10671 (octubre 1766). En 1840, un cartista de Gloucester envió una carta al marqués de Normanby que debió de proporcionar al autor gran satisfacción: la carta ame-

nazaba con represalias contra todos los implicados en el juicio de John Frost y sus compañeros insurgentes en Monmouth: «Estad seguros habrá un glorioso *cor-de-main-come-e-fo* será una verdadera *Chef-d'oeuvre* con *ec-la*, podéis estar seguros todos estáis en lista y marcados —no están los pobres sufriendo lo imposible por sus malditas leyes de pobres y no vais a casar a vuestro rapaz Vic con una rata alemana para darle 100.000 al año ... Si os enfrentáis a nosotros será ésta una época sobre la que aquellos de vosotros que logréis escapar diréis que es *sui-gen-e-vis*. ¿Puede Srta. Vic creer que logrará consumir su estado *cannubialis* derramando la sangre de esas pobres criaturas en Monmouth ...?». PRO, HO 40.57, fol. 13.

124. LG, n.º 11538 (enero 1775).
125. LG, 1800, p. 475 (mayo 1800).
126. LG, n.º 13805 (julio 1795).
127. LG, 1796, p. 45 (diciembre 1795).
128. PRO HO 42.27, citado en «Moral Economy», *op. cit.*, p. 102.
129. LG, 1800, p. 1093 (septiembre 1800).
130. LG, 1800, p. 1455 (diciembre 1800).
131. LG, 1793, p. 292 (marzo 1793).
132. PRO, HO 42.121, citado en Thompson, *op. cit.*, p. 68.
133. LG, n.º 15540 (diciembre 1802).
134. LG, n.º 11133 (marzo 1771).
135. LG, n.º 15327 (enero 1801).
136. LG, 1801, p. 56 (diciembre 1800).
137. LG, 1800, p. 814 (julio 1800). Estas cartas fueron encontradas en las parroquias de Fenchingfield Old Samford, New Samford y Great Bardfield.
138. El eclesiástico se excusó de leerlo por «miedo personal»; véase Thos Ruggles a Portland, 24 junio 1800, PRO, HO 42.50. Cuando la carta apareció en la *Gazette*, Ruggles pidió copias extra del diario para colocarlo en las puertas de las iglesias de aldeas desafortunadas: se creía que la *Gazette* oficial sería más efectiva que las advertencias de las autoridades locales; Ruggles a Portland, 6 julio 1800, *ibid.*
139. LG, n.º 15349 (marzo 1801).
140. LG, n.º 15302 (octubre 1800).
141. LG, n.º 14033 (agosto 1797).
142. *Calendar State Papers (Domestic)*, 1630, p. 387.
143. LG, 1810, p. 632 (abril 1810).
144. ... Tan tardíamente como 1869 o 1870 John Wilson, el pocero primitivo metodista que llegaría a ser miembro del parlamento y dirigente de los mineros de Durham, creyó necesario llevar a cabo una propaganda clandestina anónima en su intento de organizar la zona minera de Haswell. «Empezaron a aparecer notas misteriosas en las poleas y los carros ... escritas en pedazos de papel de unas tres pulgadas cuadradas»; pero de acuerdo con lo que Wilson recordaba sus notas incitaban a la organización («Levantaos y Afirmad vuestra Hombría») y no incluían amenazas; John Wilson, *Memories of a Labour Leader*, 1910, p. 223.
145. LG, 1793, p. 926 (octubre 1793).
146. LG n.º 15349 (marzo 1801).
147. LG, n.º 10366 (noviembre 1763).
148. LG, n.º 9754 (octubre 1757). Por «Prespetrenc» yo entiendo «Presbyterians».
149. LG, 1798, p. 76 (enero 1798).
150. R. J. White, *Waterloo to Peterloo*, 1957, pp. 40-41; F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth-Century*, 1963, p. 16.
151. LG, n.º 10779 (noviembre 1767).
152. LG, 1800, pp. 346-347 (marzo 1800).

153. Es precisamente en una relación de dependencia amo-criado, en la que los contactos personales son frecuentes y se sufren injusticias personales contra las cuales la protesta es fútil, donde los sentimientos de resentimiento u odio pueden ser más violentos y más personales. Incluso los mercaderes que prosperaban, cuya prosperidad dependía de que supieran ocultar sus sentimientos ante sus clientes, arrogantes y malgastadores de tiempo pueden sufrir estos sentimientos: Francis Place habla de esto en su autobiografía, que pone quizá más calor en este punto que en cualquier otro de derechos políticos generales: «Yo sabía ... que el camino más beneficioso a seguir era el de bailar atendiendo a gentes tontas, hacerme aceptable a petimetres, satisfacer sus caprichos, no tener opiniones propias ... Sabía bien que para poder ganar dinero tenía que consentir en someterme a muchas indignidades, a la insolencia, a la tiranía y la injusticia. No tenía opción entre esto y ser un mendigo; y estaba decidido a no ser un mendigo ... En pocas palabras un hombre para ser un buen sastre, tiene que ser o un filósofo o un miserable esclavo tembloroso cuyos sentimientos no hubieran sido nunca elevados a la altura de la hombría»; *The Autobiography of Francis Place*, ed. Mary Thale, Cambridge, 1972, pp. 216-217.
154. El director administrativo de la Oficina de Fuegos del Distrito (que contaba con gran experiencia) también observó que las personas dependientes más íntimas de los poderosos eran las más dadas a cometer incendios premeditados y a escribir cartas incendiarias. Aconsejó a sus empleados, durante el episodio «Swing»: «Los criados de la víctima, gente empleada por él e incluso de su confianza, viviendo en sus tierras, y cerca del lugar incendiado, son frecuentemente capaces de cometer estos actos. Un desprecio, una negativa, una supuesta rudeza, ni siquiera incluso la gratificación de sentimientos de envidia y malicia, son motivos suficientes para cierta clase de gente para cometer estos actos. Algunos de los intentos más decididos de quemar una casa que tenemos registrados han sido cometidos por criados». La circular iba encabezada «Para el Descubrimiento de un Incendiario en la Región», 24 diciembre 1830, PRO, HO 40.25, citado en Radzinowicz, *op. cit.*, II, pp. 450-454.

# EL IMPERIO DE LA LEY

De *WHIGS AND HUNTERS: THE ORIGIN OF THE BLACK ACT*\*

Sería sensato terminar aquí. Pero ya que podemos haber provocado en los lectores de este estudio ciertas reflexiones generales sobre la ley y sobre las tradiciones británicas, quizá podamos permitirnos nosotros mismos la misma indulgencia.

Para cierta posición intermedia tradicional de la historiografía nacional puede ser evidente el interés de este tema (la Black Act y su evolución). Pero actualmente esta posición intermedia está siendo desgastada al menos desde dos direcciones. Por una parte el punto de vista desde el cual los historiadores políticos y sociales británicos han acostumbrado a considerar su propia historia está, muy apropiadamente, poniéndose en tela de juicio. Según se disipan las últimas ilusiones imperiales del siglo veinte, la preocupación por la historia y la cultura de una pequeña isla situada junto a las costas de Europa queda expuesta a la acusación de narcisismo. La cultura constitucionalista que floreció aquí en condiciones favorables es un episodio demasiado excepcional para ser portador de cualquier significado universal. Si consideramos esto en lo que a sus propios valores de autosuficiencia se refiere, quedamos presos de su propia estrechez de miras.

La complacencia de la preocupación histórica nacional ha de ser atemperada por puntos de vista alternativos. Si consideramos a Gran Bretaña desde el punto de vista de la expansión del capitalismo europeo, el ataque a los derechos y leyes interiores quedará minimizado en comparación con el historial exterior del comercio de esclavos, de la East India Company y del imperialismo comercial y militar. O, recogiendo un brillante y novedoso punto de vista conservador, la historia de unos pocos derechos consuetudinarios perdidos y de unos pocos ladrones de ganado ahorcados es un asunto baladí en comparación con las dimensiones de la represión

\* «The Rule of Law», en *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act*, Pantheon Books, Nueva York, 1975. Traducción de Alberto Clavería.

masiva casi diaria de la crónica del siglo veinte. ¿Que hay leyes partidistas que han supuesto un trato brutal para unos pocos silvicultores? ¿Y qué es esto en comparación con las pautas del Tercer Reich? ¿Los aldeanos de Winkfield se han visto privados del acceso a la turba de Swinley Rails? ¿Y qué es esto en comparación con la liquidación de los *kulaks*? Lo notable (se nos recuerda) no es que las leyes se forzasen, sino el hecho de que en el siglo XVIII la justicia imperase por doquier. Pedir más justicia que ésta es un despliegue de mero sentimentalismo. En cualquier caso, hemos de ajustar nuestro sentido de la proporción; frente a los puñados de personas llevadas a Tyburn para su ejecución (y los puñados más pequeños que fueron llevadas en la época Tudor) hemos de ver legiones enteras ejecutadas por las epidemias o la escasez.

Desde tales puntos de vista preocuparse por los aciertos y los errores de la ley de un puñado de hombres en 1723 es preocuparse por trivialidades. Y a idéntica conclusión se llegará mediante una modificación del punto de vista, que puede coexistir con algunos de esos mismos alegatos. Florecen éstos bajo la forma de un marxismo muy elaborado pero en el fondo sumamente esquemático que, para nuestra sorpresa, parece brotar siguiendo los pasos de aquellos de nosotros que somos de una tradición marxista más antigua. Desde esta perspectiva la ley, quizá más claramente que cualquier otra elaboración cultural o institucional, forma parte por definición de una «superestructura» que se adapta a las necesidades de una infraestructura de fuerzas productivas y de relaciones de producción. En cuanto tal es a todas luces un instrumento de la clase que es de hecho la dominante: define y a la vez defiende las exigencias de los dominantes en lo referente a recursos y a fuerza de trabajo —dice qué es propiedad y qué es delito— y media en las relaciones de clase con una serie de normas y sanciones oportunas, todas las cuales, a fin de cuentas, confirman y consolidan el vigente poder de clase. Así pues el imperio de la ley no es sino otra máscara del dominio de una clase. Al revolucionario puede no interesarle la ley, excepto como manifestación del poder y la hipocresía de la clase dominante; su objetivo sería simplemente derrocarla. De modo que, una vez más, manifestar sorpresa ante la Black Act o ante los jueces parciales, a no ser que se trate de confirmar e ilustrar teorías que podrían demostrarse fácilmente sin todo este esfuerzo, es simplemente revelar la propia ingenuidad.

Así que la vieja posición intermedia de la historiografía se está desmoronando por ambos lados. Yo estoy en un saliente muy estrecho viendo cómo suben las mareas. O, para ser más explícito, aquí estoy sentado en mi estudio, tengo cincuenta años y en el suelo y el escritorio se amontonan cinco años de notas, fotocopias y borradores descartados; una vez más el



reloj marca altas horas y en un momento de lucidez me veo a mí mismo como un anacronismo. ¿Por qué he pasado estos años intentando averiguar algo que en sus estructuras esenciales pudo haber sido conocido sin investigación alguna? Y maldito lo que importa quién le dio instrucciones a Parson Power, qué formas aportó a la horca «Vulcan» Gates o cómo un oscuro tabernero de Richmond logró eludir una pena de muerte ya decidida por los magistrados, el primer ministro y el rey.

Estoy dispuesto a pensar que es cosa que importa; tengo un interés creado (a lo largo de cinco años de trabajo) para pensar que es posible. Pero mostrar tal cosa ha de implicar la evacuación de suposiciones admitidas —ese estrecho saliente de la tradicional posición intermedia— y pasar a un saliente teórico aún más estrecho. Lo que sería aceptado, pues debe hacerlo, por parte de la crítica marxista-estructural; de hecho, algunas partes de este estudio han confirmado las funciones de la ley como límite de clase y como falseamiento. Pero rechazaría su posterior reduccionismo y modificaría su tipología de estructuras superior e inferior, pero determinante.

En primer lugar, análisis del siglo XVIII (y quizá de otros siglos) ponen en tela de juicio la validez de disgregar la ley como un todo y situarla en alguna superestructura psicológica. La ley, considerada como institución (los tribunales, con su teatro de clase y sus procedimientos de clase) o en lo que al personal se refiere (los jueces, los abogados, los jueces de paz), puede ser asimilada muy fácilmente a los que pertenecen a la clase dominante. Pero todo lo que está vinculado a «la ley» no está subsumido a tales instituciones. La ley puede ser considerada también como ideología, o como reglas y sanciones particulares que mantienen una relación definida y activa (que es con frecuencia campo de batalla) con las normas sociales; finalmente, puede ser considerada simplemente en virtud de sus propias lógica, normas y procedimientos; esto es, simplemente *como ley*. Y sin ley no es posible concebir sociedad compleja alguna.

Hemos de insistir en este punto, dado que hoy día algunos teóricos son incapaces de considerar la ley más que en términos de «la pasma» tomándola con manifestantes inofensivos o fumadores de cáñamo. No soy una autoridad en el siglo XX, pero en el XVIII las cosas eran más complicadas. Para mayor seguridad he intentado mostrar en la evolución de la Black Act una expresión del dominio de una oligarquía *whig* que creó nuevas leyes y forzó viejas formas legales con vistas a legitimar sus propiedades y su rango; tanto instrumental como ideológicamente, en gran medida esta oligarquía se sirvió de la ley como un moderno estructuralista marxista esperaría que lo hiciese. Pero decir esto no es lo mismo que afirmar que los dominantes necesitaban la ley con vistas a oprimir a los dominados, mien-

tras que éstos no necesitaban ley alguna. Lo que con frecuencia se cuestionaba no era la propiedad, apoyada por la ley, contra la no-propiedad; se trataba de definiciones alternativas de derechos de propiedad: para el terrateniente, cercados; para el aldeano, derechos consuetudinarios; para la burocracia forestal, «terrenos reservados» para la caza; para los silvicultores, el derecho de siega. Y de hecho, en la medida en que siguiera siendo posible los dominados —si podían hacerse con fondos y con un abogado— lucharían por sus derechos sirviéndose de la ley; ocasionalmente los arrendatarios, basándose en precedentes legales del siglo xvi, podían de hecho ganar un caso. Cuando dejó de ser posible seguir luchando con ayuda de la ley, los hombres aún experimentaron un sentimiento de agravio legal: los acaudalados habían obtenido su poder por medios ilegítimos.

Por otra parte, si escrutamos de cerca semejante contexto agrario, cada vez se hace más insostenible la distinción entre ley por una parte, concedida como un elemento de «superestructura», y realidad de las fuerzas y relaciones de producción por otra. Pues frecuentemente la ley era una definición de la *práctica* agraria de hecho, como ha venido siendo «desde tiempo inmemorial». ¿Cómo podemos distinguir entre la actividad de cultivar o de extraer piedra y los derechos a ese campo o a esa cantera? El cultivador o el silvicultor, en su ocupación cotidiana, se movían en el seno de estructuras legales visibles o invisibles: ese hito que indicaba la división entre campos; ese antiguo roble —visitado en procesión cada día de rogativas— que indicaba los límites de los pastos parroquiales; esos otros recuerdos invisibles (pero poderosos y en ocasiones legalmente válidos) en virtud de los cuales las parroquias tenían derecho de siega en este baldío o no lo tenían; esa costumbre escrita o no escrita que decidía cuántas y a quién correspondían las jornadas de trabajo de las tierras del común: ¿eran sólo para arrendatarios y poseedores de feudo franco o para toda la población?

Así pues la «ley» estaba profundamente imbricada con las bases mismas de las relaciones de producción, que sin dicha ley hubieran sido inoperantes. Y en segundo lugar, esta ley, por definición o según las reglas (imperfectamente aplicables por medio de formas legales institucionales) era confirmada por normas tenazmente transmitidas en el seno de la comunidad. Había normas alternativas, lo que nada tiene de especial; era un punto no de consenso, sino de conflicto. De modo que no podemos, simplemente, tomar toda ley como ideología y asimilar también esto al aparato de estado de una clase dominante. Por el contrario, las reglas de los silvicultores se revelarían como valores apasionadamente defendidos que les impulsaron a un curso de acción que a su vez les conduciría a un encarnizado conflicto... con «la ley».

De modo que una vez más hemos vuelto a *esa* ley: los procedimientos institucionalizados de la clase dominante. Lo cual, indudablemente, ya no

merece nuestra atención teórica; podemos considerarla *tout court* un instrumento de poder de clase. Con todo, hemos de tomar esta formulación y comprobar si su claridad cristalina sobrevive a la inmersión en escepticismo. Para asegurarnos podemos abandonar el campo tradicional del academicismo liberal, que presenta la del siglo dieciocho como una sociedad de consenso dominada dentro de los parámetros del paternalismo y la deferencia y gobernada por un «imperio de la ley» que llega (aunque imperfectamente) a la imparcialidad. Ésta no es la sociedad que hemos examinado; no hemos contemplado una sociedad de consenso; y hemos visto cómo la ley era ideada y utilizada, directa e instrumentalmente, para imponer un poder de clase. Tampoco podemos aceptar un refinamiento sociológico del viejo punto de vista que acentúa las imperfecciones y la parcialidad de la ley y su subordinación a los requerimientos funcionales de los grupos de intereses socioeconómicos. Pues lo que hemos observado es algo más que la ley como medio de doblegar, que puede forzarse y que supone un poder efectivo sea cual sea el interés. La ley del siglo dieciocho era algo más sólido. Más allá y por encima de su capacidad de doblegar, disponía de funciones instrumentales por derecho propio, en tanto que ideología; en tanto que ideología que no sólo servía, en la mayoría de los aspectos, al poder de clase, sino que además le daba legitimidad. Donde más se expresaba la hegemonía de la *gentry* y la aristocracia del siglo XVIII no era en la fuerza militar ni en las mistificaciones de cierto clero o de la prensa, ni siquiera en la coacción económica, sino en los ritos del despacho de los jueces de paz, en las *Quarter Sessions*, en la pompa de las sesiones de los tribunales y en el teatro de Tyburn.

Así pues la ley (estamos de acuerdo) instrumentalmente puede considerarse que mediaba y reforzaba las relaciones de clase existentes, e ideológicamente les ofrecía una legitimación. Pero hemos de llevar nuestras definiciones un poco más allá. Si decimos que las relaciones de clase existentes estaban mediadas por la ley no es lo mismo que si decimos que la ley no era sino esas relaciones traducidas a otros términos que enmascaban o falseaban la realidad. Esto puede ser verdad con harta frecuencia, pero no es toda la verdad. Pues las relaciones de clase se expresaban no de cualquier manera que a uno le gustase, sino a través de las formas legales; y la ley, como otras instituciones que de vez en cuando pueden ser vistas como mediadoras (y enmascaradoras) de las relaciones de clase existentes (como la Iglesia o los medios de comunicación), tiene sus propias características, su historia, su lógica y su evolución propias e independientes.

Por otra parte la gente no es tan estúpida como algunos filósofos estructuralistas suponen. No se dejarán engañar por el primero que se calce una peluca. Es inherente al carácter especial de la ley, como corpus de normas y procedimientos, que aplique criterios lógicos con referencia a pau-

tas de universalidad y equidad. Es cierto que algunas categorías de personas podían ser excluidas de esta lógica (como los niños o los esclavos), que otras categorías podían ser privadas de acceso a partes de esa lógica (como las mujeres o, en muchas formas legales del siglo XVIII, quienes no tenían ciertos tipos de propiedad) y que los pobres frecuentemente podían quedar excluidos debido a su penuria de los caros procedimientos legales. Todo esto, y más, es verdad. Pero si es demasiado lo que de esto es verdad, las consecuencias son totalmente contraproducentes. La mayoría de los hombres tienen un fuerte sentido de la justicia, al menos en lo que a sus propios intereses se refiere. Si la ley es notoriamente parcial e injusta, no enmascarará nada, no legitimará nada, en nada contribuirá a hegemonía de clase alguna. La condición previa esencial para la efectividad de la ley es, en lo que a su función de ideología se refiere, que manifieste una independencia de manipulaciones groseras y parezca ser justa. Su propia lógica y sus criterios de equidad no puede aparentar semejante inconsistencia, *siendo* a veces, de hecho, realmente justa. Es más, no se da con frecuencia el caso de que una ideología dominante pueda ser descalificada como mera hipocresía; incluso los dominantes experimentan la necesidad de legitimar su poder, de moralizar sus funciones, de sentirse ellos mismos útiles y justos. En el caso de una formación histórica antigua como la ley, disciplina cuyo dominio requiere años de estudio esforzado, siempre habrá algunos hombres que crean activamente en sus propios procedimientos y en la lógica de la justicia. La ley puede ser retórica, pero no es preciso que sea retórica hueca. Los *Commentaries* de Blackstone suponen un ejercicio intelectual mucho más riguroso del que hubiera podido salir de la pluma de un apologista.

Ignoro qué validez transcultural pueden tener tales reflexiones. Pero ciertamente son aplicables a Inglaterra en el siglo XVIII. En un importante ensayo de *Albion's Fatal Tree*, Douglas Hay sostiene que en dicho siglo la ley asumió una preeminencia inusual como ideología legitimadora central, desplazando la autoridad religiosa y las sanciones de siglos anteriores. Lo que en el siglo XIX abrió a su vez camino a las sanciones económicas y a la ideología del libre mercado y del liberalismo económico. Mírese adonde se mire, la noción de ley satura la retórica de la Inglaterra del siglo XVIII. La monarquía absoluta estaba situada tras el alto seto de la ley; las propiedades de tierras estaban ligadas por vínculos y acuerdos matrimoniales a base de elaborados tejidos legales; la autoridad y la propiedad puntuaban su poder con «ejemplos» regulares aplicados mediante los ahorcamientos públicos. Es más, se hicieron inmensos esfuerzos (y Hay ha explorado sus formas) para proyectar la imagen de una clase dominante sujeta ella misma al imperio de la ley y cuya legitimidad descansaba sobre la equidad y la universalidad de tales formas legales. Y los do-

minantes estaban, en aspectos importantes, voluntaria o involuntariamente presos de su propia retórica; practicaban los juegos del poder según las normas que les convenían, pero no podían quebrantar estas normas, pues se cargarían el juego entero. Finalmente, en la medida en que los dominados restaban importancia a esta retórica debido a su hipocresía, al menos parcialmente era asumida como parte de la retórica de la muchedumbre plebeya, de los «ingleses libres por nacimiento» con su privacidad inviolable, su *habeas corpus* y su igualdad ante la ley. Si esta retórica era una máscara, se trataba de una máscara de la que se apropiaría John Wilkes a la cabeza de diez mil seguidores enmascarados.

De modo que, en esta isla y en dicho siglo, por encima de todo hay que resistirse a cualquier deslizamiento hacia el reduccionismo estructural. Que pasa por alto, entre otras cosas, el inmenso capital de lucha humana contra la monarquía absoluta de los dos siglos anteriores, heredado, en las formas y tradiciones de la ley, por la *gentry* del siglo XVIII. Pues en los siglos XVI y XVII la ley había sido no tanto un instrumento de poder de clase como el principal escenario del conflicto. En el curso del conflicto la propia ley había sido cambiada; heredada por la *gentry* del siglo XVIII, esta ley modificada fue, literalmente, básica para su completa adquisición del poder y de los medios de supervivencia. Quita la ley y la prerrogativa real o la presunción de la aristocracia retrocederán para limitarse a sus propiedades y a sus vidas; quita la ley y se romperá la cuerda que mantiene sus tierras y sus matrimonios ligados. Pero era inherente a la propia naturaleza del medio que habían escogido para su defensa que no pudiera reservarse para ser usado en exclusiva por su propia clase. En sus formas y tradiciones la ley está vinculada a principios de equidad y universalidad que forzosamente hubieron de extenderse a todo tipo y rango de hombres. Y al ser esto tan necesario, la ideología pudo convertir la necesidad en ventaja. Lo que había sido ideado por los hombres con propiedades como defensa frente al poder arbitrario podía convertirse en un servicio, a modo de apología de la propiedad frente a la carencia de propiedad. Apología que era de utilidad en gran medida, pues esa «carencia de propiedad», como hemos visto, abarcaba a multitudes de hombres y mujeres que a su vez gozaban, de hecho, de insignificantes derechos de propiedad o derechos de uso rurales cuya definición era inconcebible sin las formas de la ley. De modo que la ideología del gran choque echó raíces en un suelo poco profundo pero realista. Y los tribunales dieron cuerpo a la ideología con el escrupuloso cuidado con que a veces juzgaban derechos insignificantes y siempre preservaban propiedades y formas.

Así pues la conclusión a que llegamos (ley = poder de clase) no es simple, sino compleja y contradictoria. Por una parte es cierto que la ley me-

dia las relaciones de clase existentes en beneficio de los dominantes; y esto no sólo es así, sino que según avanzaba el siglo la ley se convirtió en una magnífica herramienta con la que dichos dominantes podían imponer nuevas definiciones de propiedad para aún mayor beneficio suyo, caso de la extinción por ley de derechos de uso rurales indefinidos y del fomento de los cercados. Por otra parte, la ley mediaba estas relaciones de clase por medio de formas legales que una y otra vez imponían inhibiciones en lo que a las acciones de los dominantes se refiere. Pues hay una enorme diferencia, que la experiencia del siglo xx habrá hecho evidente incluso al pensador más exaltado, entre el poder extralegal arbitrario y el imperio de la ley. Y los dominantes (de hecho, la totalidad de la clase dominante) no sólo se vieron inhibidos por sus propias formas legales en lo que se refiere al uso directo y sin mediación de la fuerza (encarcelamiento arbitrario, uso de tropas contra la multitud, tortura y esas otras ventajas del poder que todos conocemos), sino que además creían en dichas normas, y en la retórica ideológica que las acompañaba, lo suficiente como para permitir en ciertas zonas limitadas que la propia ley fuera un foro genuino en el que debatir ciertos tipos de conflictos de clase. Incluso se dieron ocasiones (me acuerdo de John Wilkes y de varios de los juicios de la década de 1790) en que el propio gobierno se retiró de los tribunales derrotado. Paradójicamente dichas ocasiones sirvieron para consolidar el poder, para ensalzar su legitimidad y para inhibir los movimientos revolucionarios. Pero, para volver a la paradoja, estas mismas ocasiones permitieron al poder llegar aún más allá, dentro de los controles constitucionales.

La retórica y las normas de una sociedad son muchísimo más que imposturas. Al mismo tiempo pueden modificar en profundidad y de distintas maneras el comportamiento de los poderosos y defraudar a los que carecen de poder. Pueden disfrazar las verdaderas realidades del poder, pero al mismo tiempo pueden poner coto a ese poder y controlar sus intrusiones. Y es frecuentemente desde dentro de esta misma retórica como se desarrolla una crítica radical del funcionamiento de la sociedad: los reformadores de la década de 1790 aparecieron vestidos, inicialmente, con la retórica de Locke y de Blackstone.

Estas reflexiones me llevan a conclusiones que pueden diferir de las que algunos lectores esperan. En este estudio he mostrado una oligarquía política que ideaba leyes crueles y opresivas para servir a sus propios intereses. He mostrado a jueces que, tanto como los obispos, estaban sujetos a influencia política, cuyo sentido de la justicia era de farsa y cuya interpretación de las leyes sólo servía para aumentar su inherente propensión de clase. Y, desde luego, creo que el presente estudio ha mostrado que para

muchos elementos de la élite dominante de Inglaterra las normas legales eran una molestia a manipular y a torcer de las maneras que pudieran; y que la lealtad de hombres como Walpole, Hardwicke o Paxton a la retórica legal en gran medida era de farsa. Mas no concluyo de ello que el propio imperio de la ley fuera una farsa. Por el contrario, creo que las inhibiciones impuestas al poder por las leyes son un legado tan considerable como cualquiera de los precedentes de las luchas de los siglos XVII y XVIII, además de un verdadero y destacado logro cultural de las burguesías rural y mercantil y de los pequeños *yeomen* y los artesanos que les dieron su apoyo.

Es más, esta noción de la regulación y resolución de los conflictos por medio del imperio de la ley —y la elaboración de normas y procedimientos que realizaron en ocasiones algún movimiento de aproximación en la dirección del ideal— me parece un logro cultural de significado universal. No formulo reclamación alguna en cuanto a la imparcialidad abstracta, extrahistórica, de dichas normas. En un contexto de enormes desigualdades de clase la equidad de la ley siempre ha de ser falsa en algún sitio. Trasplantada como lo fue a contextos aún más injustos, esta ley pudo llegar a ser un instrumento imperialista. Pues se ha abierto camino en buena parte del globo. Pero incluso en estos lugares las normas y la retórica han impuesto algunas inhibiciones al poder imperial. Si la retórica era una máscara, se trataba de una máscara que tomarían prestada Gandhi y Nehru a la cabeza de un millón de seguidores enmascarados.

En modo alguno soy un ingenuo en lo que a esto se refiere. No es éste el libro de uno que admira embobado a las celebridades. Solamente insisto en el punto evidente, que algunos marxistas modernos pasan por alto, de que entre poder arbitrario e imperio de la ley hay una diferencia. Debemos exponer los fraudes y desigualdades que pueden esconderse tras esta ley. Pero creo que el propio imperio de la ley, la imposición al poder de inhibiciones eficaces y la defensa de los ciudadanos de las omni-invasoras exigencias del poder son un valiosísimo patrimonio de la humanidad. Negar o minimizar este patrimonio es, en este peligroso siglo en que los recursos y las pretensiones del poder siguen aumentando, un gravísimo error de abstracción intelectual. Más aún, se trata de un error que tiende a perpetuarse, que nos anima a abandonar la lucha contra las malas leyes y los procedimientos límite de clases y a quedarnos inermes ante el poder. Es tirar por la borda toda una herencia de lucha *referente* a la ley y dentro de las formas de la ley, cuya continuidad nunca puede quebrantarse sin poner en peligro inmediato a hombres y mujeres.

Puedo estar equivocado en todo esto. Me dicen que, un poco más allá del horizonte, están a punto de surgir nuevas formas de poder de la clase

trabajadora que, al estar basadas en relaciones de producción igualitarias, no precisarán de inhibición y podrán evitar las restricciones negativas del legalismo burgués. Un historiador no está cualificado para pronunciarse sobre semejantes proyecciones utópicas. Todo lo que sabe es que no puede aducir prueba histórica alguna en apoyo de las mismas. Su consejo sería: observa este nuevo poder durante uno o dos siglos antes de talar tus setos.

Por ello gatee a lo largo de mi propio y precario saliente. Es cierto que en la historia puede considerarse que la ley media y legitima las relaciones de clase existentes. Sus formas y procedimientos pueden cristalizar dichas relaciones y enmascarar una posterior injusticia. Pero este mediar a través de las formas de la ley es cosa un tanto diferente del ejercicio de la fuerza sin mediación. Las formas y la retórica de la ley adquieren una identidad diferente que en ocasiones inhibirán al poder y darán cierta protección a los carentes de poder. Sólo en la medida en que se vea que sucede esto puede la ley ser de utilidad en otros aspectos, en tanto que ideología. Por otra parte la ley, en sus dos aspectos, en tanto que normas y procedimientos formales y en tanto que ideología, no puede ser analizada con provecho en los términos metafóricos de una superestructura diferente de una infraestructura. Aunque esto abarca una amplia y obvia parte de la verdad, las normas y categorías de la ley penetran en cada una de las capas de la sociedad, llevan a cabo una definición tanto vertical como horizontal de los derechos y rangos de los hombres y contribuyen a la autodefinición o sentido de la identidad de los hombres. En cuanto tal la ley no sólo ha sido impuesta *sobre* los hombres desde arriba: además ha sido un medio en cuyo interior se han debatido otros conflictos sociales. En parte, las propias relaciones de producción sólo son significativas en lo que a sus definiciones según la ley se refiere: el siervo y el jornalero libre; el *cottager* con derechos sobre el común y el habitante que carece de ellos; el proletario no libre y el piquetero consciente de sus derechos; el jornalero sin tierra que sin embargo puede demandar a su empleador por uso de la violencia. Y aunque el actual funcionamiento de la ley en sociedades divididas en clases presenta una y otra vez el déficit de su propia retórica de equidad, la noción del imperio de la ley es en sí misma un patrimonio incommensurable.

Este logro cultural —la tendencia a la consecución de un valor universal— tuvo uno de sus orígenes en la jurisprudencia romana. El derecho consuetudinario inglés no codificado ofrecía una notación alternativa de la ley en unos aspectos más flexible y poco escrupulosa —y por ello más doblegable al «sentido común» de la clase dominante— y en otros más asequible como medio a través del cual pudo hallar expresión el conflicto social, especialmente donde podía hacerse sentir el sentido de «justicia



natural» del jurado. Desde que esta tradición llegó a su madurez en la Inglaterra del siglo XVIII, sus exigencias llamaron la atención del historiador. Y puesto que aún puede hallarse parte de la herencia de ese momento cultural en contextos que han cambiado mucho, como Estados Unidos, la India y ciertos países de África, es importante volver a examinar las pretensiones del donante imperialista.

Sostengo pues la necesidad de una revaloración de la ley del siglo XVIII, de la que este estudio sólo ofrece un fragmento. Dicho estudio se ha centrado en una ley mala, preparada por malos legisladores y ampliada por las interpretaciones de malos jueces. En la historia de la Black Act no hay nada que se preste a ser defendido en términos de justicia natural. De todos modos este estudio no prueba que toda ley sea mala en cuanto tal. También esta ley limitaba a los dominantes para que actuaran solamente de los modos que sus formas permitían; estas formas les causaban problemas; no siempre pudieron ignorar el sentido de justicia natural de los miembros del jurado; y cabe imaginar cómo hubiera actuado Walpole, de no haber estado sujeto en modo alguno a formas legales, contra jacobitas o perturbadores de Richmond Park.

Si suponemos que la ley no es más que un modo fraudulento y pomposo de registrar y ejercer el poder de clase, no necesitaremos desperdiciar nuestro esfuerzo estudiando su historia y sus formas. Una ley [*Act*] sería en gran medida igual que otra, y todas, desde el punto de vista del dominado, serían negras [*Black*]. Es por *asuntos* legales por lo que nos hemos preocupado de esta historia. Y esto es también una respuesta a esos pensadores universales, impacientes con todo menos con la *longue durée*, a quien no se puede molestar con carretadas de víctimas en Tyburn cuando las comparan con los índices de mortandad infantil. Las víctimas de la viruela sólo dan testimonio de su propia pobreza y de la infancia de la ciencia médica; las víctimas de la horca son ejemplares de un código consciente y elaborado que se justifica en nombre de un valor humano universal. Y puesto que mantenemos que este valor es un patrimonio de la humanidad que aún resulta de utilidad para el mundo, el funcionamiento de ese código merece nuestra atención más escrupulosa. Sólo cuando seguimos las complejidades de su funcionamiento podemos mostrar lo que valía, cómo era forzada, cómo proclamaba valores que en la práctica eran falsificados. Cuando consideramos a Walpole acosando a John Huntridge, al juez Page dictando sus sentencias de muerte, a lord Hardwicke sacando de contexto las cláusulas de su ley y a lord Mansfield entregado a sus manejos, sentimos desprecio por hombres cuya práctica contradice la retumbante retórica de la época. Pero sentimos desprecio no por considerar despectivamente la noción de una ley justa y equitativa, sino porque dicha noción

ha sido traicionada por sus propios profesores. A la sensibilidad moderna que considera esto sólo desde el punto de vista de nuestros propios archipiélagos de *gulags* y de *stalags*, para cuyos arquitectos la noción misma del imperio de la ley sería una herejía criminal, mis respuestas le parecerán recargadas. La plebe inglesa del siglo XVIII disponía de un imperio de la ley de cierto tipo, y debían considerarse afortunados. ¿Qué otra cosa podían esperar?

De hecho algunos de ellos tuvieron la impertinencia y el defectuoso sentido de la perspectiva histórica de esperar justicia. Ciertamente los hombres podían quejarse en el cadalso con sus «últimas palabras» si les parecía que en algún aspecto no se habían seguido las formas legales debidas. (Nos acordamos de Vulcan Gates quejándose de que como era analfabeto no podía leer su propio nombramiento; e interpretando el papel que le tocaba en Tyburn sólo al ver la cadena colgante del *sheriff*.) En cuanto a la ley y la justicia como aspiraciones ideales, el problema es que o se pretende su absoluta validez o carecen por completo de existencia. Si juzgo que la Black Act era atroz, esto es así no sólo desde el punto de vista de la justicia natural, y no sólo desde el punto de vista de los oprimidos por la ley, sino también según cierta noción ideal de las pautas a que «la ley», como reguladora de los conflictos de intereses humanos, debe atenerse. Pues «la ley», con su lógica de equidad, siempre debe intentar superar las desigualdades de poder de clase a las que instrumentalmente tiene que servir. Y «la ley», en tanto que ideología que pretende conciliar los intereses de todos los rangos de hombres, siempre debe entrar en conflicto con el partidismo ideológico de clase.

Nos enfrentamos entonces a una paradoja. La obra de los juristas de los siglos XVI y XVII, apoyada por las luchas prácticas de hombres como Hampden y Lilburne, fue transmitida como un legado al siglo XVIII, dando origen en la mente de algunos hombres al panorama de una aspiración ideal en pos de valores legales universales. Pienso en Swift o en Goldsmith, o, más cualificados, en sir William Blackstone o sir Michael Foster. Si hoy día tenemos nociones ideales de lo que puede ser la ley, proceden en parte de aquel momento cultural. Es en parte en términos de las propias aspiraciones de esa época como juzgamos la Black Act y la encontramos deficiente. Pero al mismo tiempo, ese mismo siglo, gobernado como lo estuvo por las formas legales, proporciona un ejemplo de manual del uso de la ley como instrumento y como ideología para servir a los intereses de la clase dominante. A los oligarcas y a la alta nobleza les contentaba estar sujetos al imperio de la ley sólo porque esta ley les resultaba práctica y ajustada a su hegemonía y a su retórica de legitimidad. Esta paradoja está en el núcleo del presente estudio. También estaba en el núcleo de la sociedad del

siglo XVIII. Pero además constituyó una paradoja que en definitiva dicha sociedad no pudo superar, pues la paradoja se mantuvo inalterada en un posterior equilibrio de las fuerzas de clase. Cuando las luchas de 1790-1832 indicaron que dicho equilibrio había cambiado, los gobernantes de Inglaterra se vieron frente a alternativas alarmantes. Podían prescindir del imperio de la ley, dismantelar sus elaboradas estructuras constitucionales, contradecir su propia retórica y ejercer el poder por la fuerza; o podían someterse a sus propias normas y rendir su hegemonía. En la campaña contra Paine y los impresores, en las Two Acts (1795), en las Combination Acts (1799-1800), en la represión de Peterloo (1819) y en las Six Acts (1820) dieron pasos titubeantes en la primera dirección. Pero al final, en vez de destruir su propia imagen de sí y rechazar 150 años de legalidad constitucional, se rindieron a la ley. En esta rendición iluminaron retrospectivamente la historia de su clase, gracias a lo cual recuperaron parte de su honor; pese a Walpole, pese a Paxton, pese a Page y a Hardwicke, aquella retórica no había sido del todo una farsa.

### III

---

## Historia y teoría



# LA LÓGICA DE LA HISTORIA

De MISERIA DE LA TEORÍA\*

Ahora tendrá lugar un breve intermedio. Pueden ustedes suponer que las luces se han encendido y que los acomodadores avanzan por los pasillos con bandejas llenas de helados. Durante este entreacto mi propósito es discutir de lógica histórica. Los filósofos o sociólogos a quienes no guste este tema o que sean profundamente escépticos a su respecto quedan advertidos para que se retiren al salón de descanso o al bar. Pueden volver a reunirse con nosotros más adelante.

No es fácil discutir este tema. No hace mucho, estando en Cambridge como invitado en un seminario de distinguidos antropólogos, cuando se me pidió que justificara una cierta afirmación, respondí que estaba validada por la «lógica histórica». Mis atentos huéspedes estallaron en una franca hilaridad. Yo participé en la risa, por supuesto; pero también me vi empujado a reflexionar sobre el significado «antropológico» del intercambio. Pues es habitual, entre los rituales académicos para los especialistas de disciplinas diversas, profesar respeto no tanto por los hallazgos de la disciplina de los demás, cuando por las auténticas credenciales de la disciplina misma. Y si un seminario de historiadores se echara a reír por las *credenciales* mismas de un filósofo o un antropólogo (esto es, de la lógica o disciplina central de su trabajo intelectual), se tomaría como una ofensa. El significado del intercambio aludido consiste en que se da por sentado en muy amplios sectores que la «historia» es una excepción a esta regla; que la disciplina central de su práctica es una ocasión de regocijo; y que, lejos de tomarlo como una ofensa, yo mismo, como especialista en esta materia, iba a participar en el regocijo.

No es difícil ver cómo ocurre tal cosa. Las maneras de escribir la historia son tan diversas, las técnicas empleadas por los historiadores son tan varia-

\* *Miseria de la teoría*, traducción de Joaquim Sempere, Crítica, Barcelona, 1981, pp. 65-85. («Historical Logic», en *The Poverty of Theory and Other Essays*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.)

das, los temas de investigación histórica son tan desiguales, y, por encima de todo, las conclusiones son tan polémicas y tan duramente controvertidas dentro de la propia profesión que resulta difícil aducir una coherencia disciplinaria. Y me doy perfecta cuenta de que hay cosas en la Cambridge School of History susceptibles de provocar carcajadas antropológicas u otras. No obstante, el estudio de la historia es un empeño muy antiguo, y sería sorprendente que fuera el único entre las ciencias y las humanidades que haya sido incapaz de desarrollar su propia disciplina durante varios miles de años, es decir, su propio discurso de la demostración. Y no veo qué pueda ser dicho discurso a menos que adopte la forma de una lógica histórica.

Yo argüiría que se trata de una lógica *diferenciada*, apropiada a los materiales del historiador. No puede ser útilmente valorada según los mismos criterios que la física, por las razones aducidas por Popper y por otros muchos; «la historia» no depara laboratorios para la verificación experimental, proporciona la evidencia de causas necesarias pero nunca —a mi juicio— de causas suficientes, las «leyes» —o, en términos más de mi gusto, la lógica o las presiones— del proceso social y económico son siempre interferidas por contingencias de maneras tales que invalidarían toda regla en las ciencias experimentales, y así sucesivamente. Pero estas razones no son objeciones a la lógica histórica, ni justifican (como supone Popper) la acusación de «historicismo» contra toda noción de la historia como registro de un proceso unificado con su «racionalidad» propia. Simplemente ilustran —y ocasionalmente definen, lo cual resulta más provechoso— la conclusión de que la lógica histórica no es lo mismo que los procedimientos disciplinarios de la física.

La lógica histórica tampoco puede sujetarse a los mismos criterios que la lógica analítica, que es el discurso de la demostración propio del filósofo. Las razones de esto residen no en la falta de lógica de los historiadores, sino en su necesidad de una lógica de *tipo* distinto, apropiada a fenómenos que están siempre en movimiento, que revelan —incluso en un mismo momento— manifestaciones contradictorias, cuyas particulares evidencias sólo pueden hallar su definición en contextos particulares, y cuyos términos generales de análisis (es decir, las preguntas adecuadas para interrogar los datos empíricos), sin embargo, raramente son constantes, sino que más bien cambian según los movimientos del acontecimiento histórico: en la medida en que cambia el objeto de la investigación, así cambian también las preguntas adecuadas. Como ha comentado Sartre: «La historia no es orden. Es desorden: un desorden racional. En el momento mismo de mantener un orden, es decir una estructura, la historia está ya en camino de deshacerlo».<sup>1</sup>

Ahora bien, un desorden de esta clase rompe todo procedimiento de lógica analítica, la cual, como primera condición, debe manejar términos

no ambiguos y mantenerlos fuertemente en un solo lugar. Ya hemos señalado la propensión de los filósofos, cuando examinan las credenciales epistemológicas de «la historia», a colocar sobre su mesa «hechos» aislados, en lugar de los materiales acostumbrados de los historiadores: los datos empíricos del comportamiento (incluyendo el comportamiento mental, cultural) en su acaecer a lo largo del tiempo. Cuando Althusser y muchos otros acusan a los historiadores de «no tener teoría», deberían meditar sobre si lo que ellos toman por inocencia o letargo no es un *rechazo* explícito y consciente: el rechazo de conceptos analíticos estáticos, propios de una lógica inadecuada para la historia.

Por «lógica histórica» entiendo un método lógico de investigación adecuado a los materiales históricos, concebido, en el mayor grado posible, para contrastar hipótesis relativas a estructuras, causaciones, etcétera, y para eliminar procedimientos autoconfirmatorios («ejemplos», «ilustraciones»). El discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico, diálogo conducido por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica por el otro. El interrogador es la lógica histórica; el instrumento interrogativo una hipótesis (por ejemplo, la manera en que diversos fenómenos hayan podido actuar unos sobre otros); el que contesta es el dato empírico, con sus propiedades concretas. Llamar a esto lógica no equivale, naturalmente, a pretender que siempre aparezca evidencia en la práctica de todos los historiadores, o que aparezca en todos los pasos de la actividad de un historiador. (No es exclusivo de la historia, según creo, el ser incapaz de mantener sus propias profesiones de fe.) Pero ello supone decir que esta lógica no se despliega involuntariamente; que la disciplina requiere una preparación ardua; y que tres mil años de ejercicio nos han enseñado alguna cosa. Y supone decir que es esta lógica la que constituye el tribunal de última instancia de la disciplina: adviértase bien, no «los datos empíricos» por sí mismos, sino los datos empíricos interrogados de este modo.

Definir plenamente esta lógica —y replicar de paso a algunas de las objeciones de Popper— requeriría escribir un ensayo diferente, y más académico, con muchos ejemplos e ilustraciones. Puesto que me refiero más particularmente a las posiciones de Althusser, puede bastar con ofrecer, en defensa del materialismo histórico, algunas proposiciones.

1) El objeto inmediato del conocimiento histórico (esto es, los materiales a partir de los cuales este conocimiento es aducido) se compone de «hechos» o datos empíricos que ciertamente tienen una existencia real, pero que sólo son cognoscibles por vías que son —y deben ser— incumbencia de procedimientos históricos vigilantes. Esta proposición ha sido ya discutida.



2) El conocimiento histórico es, por su naturaleza, a) provisional e incompleto, aunque no por ello falso; b) selectivo, aunque no por ello falso, c) limitado y definido por las preguntas formuladas a los datos empíricos (y los conceptos que informan estas preguntas) y, por lo tanto, sólo «verdadero» dentro del campo así definido. En estos respectos, el conocimiento histórico puede distanciarse de otros paradigmas del conocimiento cuando se le somete a investigación epistemológica. En este sentido, estoy dispuesto a admitir que la tentativa de designar la historia como «ciencia» ha sido siempre poco provechosa y fuente de confusiones.<sup>2</sup> Si Marx y, más aún, Engels cayeron a veces en este error, entonces podemos disculparnos, pero no deberíamos confundir esta pretensión con su manera real de escribir historia. Marx sabía ciertamente, también, que la Historia era una musa, y que las «humanidades» construyen conocimientos.

3) Los datos empíricos históricos tienen determinadas propiedades. Aunque se les puede plantear un número cualquiera de preguntas, sólo algunas serán las apropiadas. Mientras que puede proponerse cualquier teoría del proceso histórico, todas las teorías que no están conformes con las determinaciones de los datos empíricos son falsas. En esto reside el tribunal de apelación de la disciplina. En este sentido es verdad (aquí podemos coincidir con Popper) que, mientras que el conocimiento histórico debe siempre andar escaso de pruebas positivas (del tipo apropiado para las ciencias experimentales), el conocimiento histórico falso está generalmente sujeto a refutación.<sup>3</sup>

4) De estas proposiciones se sigue que la relación entre el conocimiento histórico y su objeto no puede entenderse en ningún caso en términos que supongan que uno es función (inferencia, revelación, abstracción, atribución o «ilustración») del otro. El instrumento interrogativo y la respuesta son mutuamente determinantes, y su relación sólo puede entenderse como diálogo.

A continuación pueden presentarse otras cuatro proposiciones algo más extensamente.

5) El objeto del conocimiento histórico es la historia «real», cuyos datos empíricos deben necesariamente ser incompletos e imperfectos. Suponer que un «presente», por el hecho de moverse hacia un «pasado», cambia por esto de estatuto ontológico, equivale a no comprender ni el pasado ni el presente.<sup>4</sup> La realidad palpable de nuestro propio presente (ya pasando) no puede en modo alguno cambiar por el mero hecho de estar, *ya ahora*, convirtiéndose en el pasado de la posteridad. No hay duda de que la posteridad no puede interrogarlo enteramente de las mismas maneras; no hay duda de que usted y yo, como instantes y como actores que vivimos una experiencia dentro de nuestro presente, sobreviviremos

únicamente como determinados datos empíricos de nuestros actos o pensamientos.

Mientras que los historiadores pueden tomar una decisión para seleccionar a partir de esos datos y escribir una historia de aspectos discretos del conjunto (una biografía, la historia de una institución, una historia de caza de zorros, etc.), el objeto real se mantiene unitario. El pasado humano no es una agregación de historias discretas, sino un conjunto unitario de comportamientos humanos en los que cada aspecto se relaciona de determinadas maneras con los otros, análogamente a como los actores individuales entran entre sí en determinadas relaciones (mediante el mercado, mediante relaciones de poder y subordinación, etc.). En la medida en que estas acciones y relaciones dan origen a cambios, que se convierten en el objeto de la investigación racional, podemos definir esta suma como un *proceso* histórico, es decir, una suma de *prácticas* ordenadas y estructuradas de maneras racionales. Si bien esta definición se formula como respuesta a la pregunta planteada,<sup>5</sup> no «se inventa» el proceso. Aquí debemos tomar posición contra Goldmann y con Bloch. Los procesos acabados de cambio histórico, con sus intrincadas relaciones causales, ocurrieron de verdad, y la historiografía puede falsearlos o entenderlos mal, pero no puede en lo más mínimo modificar el estatuto ontológico del pasado. El objetivo de la disciplina histórica es alcanzar esta verdad de la historia.

Cada época, o cada investigador, pueden proponer nuevas preguntas a los datos históricos, o pueden llevar a la luz nuevos niveles de facticidad. En este sentido, «la historia», considerada como la suma de los productos de la investigación histórica, cambiará, y deberá hacerlo, con las preocupaciones de cada generación o, por decirlo así, de cada sexo, de cada nación, de cada clase social. Pero esto no supone, ni mucho menos, que los acontecimientos pasados en sí mismos cambien con cada interrogador, ni que los datos empíricos sean indeterminados. Los desacuerdos entre historiadores pueden ser de diversa índole, pero se reduzcan a meras confrontaciones de actitudes o a ejercicios ideológicos si no se conviniera que tienen lugar dentro de una disciplina común cuya finalidad es el conocimiento objetivo.

A esta proposición hay que añadir un aditamento. Cuando hablamos de la «inteligibilidad» de la historia, podemos querer aludir a la intelección de la racionalidad (de la causación, etc.) del proceso histórico: éste es un conocimiento objetivo, revelado en un diálogo con datos empíricos determinados. Pero podemos también querer aludir a la «significación» de este pasado, su sentido *para nosotros*; se trata de un juicio evaluativo y subjetivo, y a tales interrogantes los datos empíricos no pueden proporcionar res-

puestas. Esto no implica la conclusión de que tal ejercicio sea impropia. Podemos estar de acuerdo (con Popper) en que cada generación, cada historiador tiene derecho a expresar un «punto de vista», o (con Kolakowski) en que tenemos derecho a atribuir tal «inteligibilidad inmanente» a la historia como un «acto de fe», con tal de que distingamos que esto se basa no en procedimientos científicos sino en una «elección de valores».<sup>6</sup>

Podemos estar de acuerdo no sólo en que tales juicios en cuanto al «sentido» de la historia son una actividad correcta e importante, una manera en que los actores de hoy identifican sus valores y sus fines, sino también en que es una actividad *inevitable*. Esto es, las preocupaciones de cada generación, sexo o clase deben inevitablemente tener un contenido normativo, que hallará expresión en las preguntas formuladas a los datos empíricos. Pero esto en modo alguno pone en tela de juicio la objetividad de los datos. Es simplemente un enunciado referente a la complejidad no sólo de la historia, sino de nosotros mismos (a la vez seres racionales y valoradores), complejidad que invade todas las formas de autoconocimiento social y que requiere en todas las disciplinas salvaguardas metodológicas. Es precisamente en el ámbito de la lógica histórica donde las atribuciones de sentido son expuestas a la luz, en caso de ser encubiertas e impropias; es ahí donde los historiadores se sorprenden unos a otros. Una historiadora feminista dirá, o debería decir, que tal libro de historia es erróneo no porque haya sido escrito por un hombre, sino porque su autor ha omitido datos contiguos o ha planteado preguntas conceptualmente inadecuadas: de ahí que se haya impuesto a las respuestas un «sentido» o una tendenciosidad masculina. Lo mismo ocurre con las argumentaciones algo intemperantes que yo y mis colegas marxistas a menudo provocamos en el seno de la profesión académica. Nunca —o raras veces— se apela a una elección de valores, sino a la lógica de la disciplina. Y si negamos las concretas propiedades del objeto, entonces no subsiste ninguna disciplina.

Pero no puedo terminar con este aditamento dando la impresión de que atribuir «sentido», entendido como significación de valor, sea motivo de lamentación, consecuencia de la falibilidad humana. Creo que es mucho más importante que eso. No me siento nada embarazado, cuando formulo los resultados de mi propia investigación histórica, por ofrecer juicios de valor sobre el pasado, sea abierta y activamente o en forma de ironías y apartes. Esto es correcto, por una parte, porque el historiador examina vidas y opciones individuales, y no sólo una sucesión (un proceso) histórica. Y si bien no debemos atribuir valor a un proceso, las mismas objeciones no surgen con igual fuerza tratándose de las opciones de personas individuales, cuyos actos e intenciones pueden ciertamente ser juzgados (como

lo fueron por sus contemporáneos) dentro del contexto histórico debido y relevante.

Pero éste es sólo un caso especial de una cuestión más general. Sólo nosotros, los que ahora vivimos, podemos dar un «sentido» al pasado. Ahora bien, este pasado siempre ha sido, entre otras cosas, el resultado de un razonamiento sobre valores. Al recuperar ese proceso, al mostrar cómo aconteció realmente la secuencia causal, debemos, hasta donde la disciplina lo permita, mantener nuestros propios valores en suspenso. Pero, una vez recuperada esta historia, quedamos en libertad para expresar nuestros juicios sobre ella.

Tal enjuiciamiento debe estar, a su vez, bajo controles históricos. El juicio ha de ser adecuado a los materiales. Es absurdo lamentar que la burguesía no haya sido comunitaria o que los *levellers* no implantaran una sociedad anarcosindicalista. Lo que podemos hacer, más bien, es identificarnos con ciertos valores defendidos por actores del pasado y rechazar otros. Podemos dar nuestro voto a Winstanley y a Swift; y votar contra Walpole y sir Edwin Chadwick.

Nuestro voto no cambiará nada. Y no obstante, en otro sentido, puede cambiarlo todo. Porque estamos diciendo que estos valores, y no esos otros, son los que hacen que esta historia tenga sentido *para nosotros*, y que éstos son los valores que tratamos de extender y apoyar en nuestro presente. Si lo logramos, volvemos a la historia y la dotamos de nuestras propias significaciones: damos la mano a Swift. Apoyamos en nuestro presente los valores de Winstanley y nos pronunciamos a favor de que se abomine del tipo de oportunismo bajo y cruel que distinguió la política de Walpole.

Al final, también nosotros moriremos, nuestras vidas yacerán inertes dentro del proceso acabado y nuestras intenciones yacerán asimiladas dentro de un acontecimiento pasado que nosotros nunca nos propusimos. Lo que podemos esperar es que los hombres y mujeres del futuro retornen hacia nosotros, que afirmen y renueven nuestros significados y que hagan inteligible nuestra historia dentro de su propio tiempo presente. Ellos solos tendrán el poder de seleccionar entre los muchos sentidos ofrecidos por nuestro conflicto presente, y de transmutar alguna de las partes de nuestro proceso en el progreso de ellos.

Pues «progreso» es un concepto o bien carente de sentido, o, peor aún, cuando se imputa como atributo *al* pasado (y tales atribuciones sí pueden ser denunciadas con propiedad como «historicistas»), susceptible sólo de adquirir un sentido desde una particular posición en el presente, una posición de valor en busca de su propia genealogía. Tales genealogías *existen* entre los datos empíricos: ha habido hombres y mujeres de honor, valentía y «visión de futuro», y movimientos históricos dotados de estas cualida-

des. Pero pese a la autoridad de Goldmann, debemos afirmar no que «la realidad histórica cambia de una a otra época con modificaciones en la jerarquía de los valores», sino que el «sentido» que atribuimos a esa realidad cambia de esta manera.

El «aditamento» a mi proposición nos ha apartado un poco de nuestro camino. La proposición concernía a la objetividad de la historia «real». Parece como si volviéramos, una y otra vez, a las vueltas cada vez más estrechas de este remolino epistemológico. Tratemos de avanzar.

6) La investigación de la historia como proceso, como acaecimiento o «desorden racional», implica nociones de causación, de contradicción, de mediación y de organización sistemática (a veces estructurante) de la vida social, política, económica e intelectual. Estas nociones elaboradas<sup>7</sup> «pertenecen» a la teoría histórica, sufren un proceso de refinado mediante los procedimientos de esta teoría y son pensadas en el pensamiento. Pero no es cierto que pertenezcan *sólo* a la teoría. Cada noción, o concepto, surge de compromisos empíricos, y por muy abstractos que sean los procedimientos de su interrogación de sí mismo, debe ser llevado de nuevo a confrontación con las propiedades dadas de los datos empíricos, y ha de asumir su defensa ante jueces atentos del «tribunal de apelación» de la historia. Una vez más, se trata de una cuestión de diálogo, en el sentido más crítico. En el sentido de que una tesis (el concepto o hipótesis) es puesta en relación con su antítesis (determinación objetiva atórica) y de ello resulta una síntesis (conocimiento histórico), lo cual puede llamarse la dialéctica del conocimiento histórico. Mejor dicho, hubiéramos podido llamarlo así antes de que la «dialéctica» fuera rudamente sustraída de nuestro alcance y convertida en juguete de la escolástica.

La práctica histórica está sobre todo involucrada en este tipo de diálogo; con una confrontación entre conceptos o hipótesis<sup>8</sup> heredados, inadecuados o sesgados por una ideología, por una parte, y datos empíricos recientes o no convenientes, por otra; con la elaboración de nuevas hipótesis; con la prueba de estas hipótesis contrastadas con los datos empíricos, lo cual puede suponer interrogar los datos existentes de otras maneras o investigar más allá para confirmar o refutar las nuevas nociones; desechando las hipótesis que no satisfacen estas pruebas, y mejorando o revisando las que las satisfacen, a la luz de este compromiso.

En la medida en que una noción halle el respaldo de los datos empíricos, tiene uno pleno derecho a decir que *existe*, «ahí fuera», en la historia real. Naturalmente, no se trata de que exista realmente como una suerte de plasma adherido a los hechos o como una invisible almendra dentro de la cáscara de las apariencias. Lo que decimos es que la noción (concepto, hipótesis sobre causación) ha sido sometida a un diálogo disciplinado con

los datos empíricos, y que ha probado que «funciona»; es decir, no ha quedado refutada por datos contrarios, y además organiza o «explica» satisfactoriamente datos empíricos hasta ahora inexplicables; en consecuencia, es una representación adecuada (aunque aproximada) de la secuencia causal, o racionalidad, de esos acontecimientos, y concuerda —dentro de la lógica de la disciplina histórica— con un proceso que de hecho aconteció en el pasado. De ahí que exista simultáneamente tanto como conocimiento «verdadero» cuanto como adecuada representación de una propiedad real de aquellos acontecimientos.

7) El materialismo histórico difiere de otras ordenaciones interpretativas de los datos históricos no —o no necesariamente— por ninguna premisa epistemológica, sino por sus categorías, sus hipótesis características y procedimientos concomitantes<sup>9</sup> y el declarado parentesco conceptual entre éstas y los conceptos elaborados por los cultivadores marxistas de otras disciplinas. Yo no veo la historiografía marxista como si fuera algo *subordinado* a algún corpus general de marxismo-como-teoría, situado en alguna otra parte (¿tal vez en la filosofía?). Al contrario, si hay un terreno común a todas las prácticas marxistas, debe estar allí donde el propio Marx lo situó, en el materialismo histórico. Tal es el terreno del que brota toda la teoría marxista y al que debe retornar en definitiva.

Al decir esto no estoy diciendo que los historiadores marxistas no estén en deuda, por ciertos conceptos, con una teoría marxista general cuyo alcance se extiende a marxistas que trabajan en otros campos y que se enriquece con sus hallazgos. Esto es evidentemente lo que ocurre; nuestro trabajo se desarrolla en un intercambio constante. Lo que discuto es que se trate de una Teoría que tiene un Hogar independientemente de tales prácticas: un Hogar textual que se valida a sí mismo, o un Hogar radicado en la sabiduría de algún partido marxista, o un Hogar en una práctica teórica purificada. La patria de la teoría marxista sigue estando donde siempre ha estado, el objeto real humano en todas sus manifestaciones (pasadas y presentes); objeto que, sin embargo, no puede ser conocido por un simple vistazo teórico (como si la Teoría pudiera engullir la realidad de un trago), sino sólo a través de disciplinas discretas, informadas por conceptos unitarios. Estas disciplinas o prácticas se encuentran en las fronteras de cada una con los demás, intercambian conceptos, conversan entre sí y se corrigen mutuamente los errores. La filosofía puede —y debe— supervisar, afinar y auxiliar la conversación. Pero si dejamos que la filosofía trate de *abstraer* los conceptos respecto de las prácticas y construya a partir de ellos un Hogar para la Teoría independientemente de éstas, y además lejos de todo diálogo con el objeto de la teoría, entonces tendremos... ¡el teatro de Althusser!

De ahí se sigue que si los conceptos marxistas (es decir, conceptos desarrollados por Marx y dentro de la tradición marxista) difieren de otros conceptos interpretativos en la práctica histórica, y si resultan ser más «verdad» o más adecuados para la explicación que otros, esto será porque resisten mejor la prueba de la lógica histórica, y no por «derivar de» una verdadera Teoría externa a esta disciplina. En cualquier caso, no han sido inferidos de esta manera. En la medida en que yo mismo tengo una deuda profunda con la práctica del propio Marx en lo referente a ciertos conceptos, me niego a rehuir responsabilidades apoyándome en su autoridad o a esquivar las críticas huyendo de un salto del tribunal de apelación. Para el conocimiento histórico, este tribunal reside en la disciplina de la historia y en ninguna otra parte.

La apelación puede adoptar dos formas: a) la empírica, que ya ha sido suficientemente examinada, y b) la teórica, es decir, la apelación a la coherencia, adecuación y consistencia de los conceptos, y a su congruencia con el conocimiento de disciplinas vecinas. Pero ambas formas de apelación sólo pueden ser efectuadas mediante el vocabulario de la lógica histórica. El tribunal ha estado reunido en juicio contra el materialismo histórico durante un centenar de años, y su sentencia es continuamente aplazada. El aplazamiento es en efecto un tributo a la robustez de la tradición: durante este largo intervalo se han defendido casos contra un centenar de otros sistemas interpretativos, y los acusados han resultado absueltos. El hecho de que el tribunal no haya fallado decisivamente en favor del materialismo histórico no se debe sólo al prejuicio ideológico de algunos de los jueces (aunque hay mucho de eso), sino también a la naturaleza provisional de los conceptos explicativos, a los silencios (o ausencia de mediaciones) *existentes* en ellos, al carácter primitivo y no reconstruido de algunas de las categorías y a que los datos empíricos no son concluyentes.

8) Mi proposición final aconseja aplicar una reserva fundamental sobre la epistemología althusseriana, así como sobre ciertos estructuralismos o sistemas funcionales (por ejemplo, la sociología de Parsons) que periódicamente tratan de invadir la disciplina histórica. Ciertas categorías críticas y ciertos conceptos empleados por el materialismo histórico sólo pueden ser comprendidos *como categorías históricas*: esto es, como categorías o conceptos apropiados para la investigación de procesos, para el examen de «hechos» que, incluso en el momento de ser interrogados, cambian de forma (o conservan la forma pero cambian de «sentido») o se disuelven en otros hechos; conceptos apropiados para el manejo de datos empíricos no susceptibles de representación conceptual estática, sino sólo como manifestación o contradicción.

La construcción de conceptos históricos no es, por supuesto, un privilegio especial reservado al materialismo histórico. Tales conceptos surgen en el seno del discurso común de los historiadores o son desarrollados en disciplinas adyacentes. El concepto clásico de la crisis de subsistencia<sup>10</sup> propone una secuencia racional de acontecimientos: por ejemplo, mala cosecha → hambre → aumento de la mortalidad → agotamiento de las reservas de grano para el año siguiente → segunda mala cosecha → hambre extrema → tasa altísima de mortalidad acompañada de epidemias → aumento brusco de la tasa de natalidad. El concepto del ciclo de desarrollo familiar propone una particular secuencia en tres generaciones dentro de la misma unidad familiar campesina, modificada por las condiciones particulares, de tenencia de la tierra y por el régimen de herencias. Estos conceptos, que resultan de la generalización por la lógica a partir de muchos ejemplos, son aplicados a los datos empíricos no como «modelos» sino más bien como «expectativas». No imponen una regla, sino que activan y facilitan la interrogación de los datos, aunque a menudo se descubra que cada caso diverge, en tal o cual aspecto, de la regla. El dato —y el acontecimiento real— no es regido por una regla, pero no podría ser comprendido sin la regla, a la que ofrece sus propias irregularidades. Esto provoca malestar entre algunos filósofos, e incluso sociólogos, que consideran que un concepto con tanta elasticidad no es un concepto verdadero, y que una regla no es una regla a menos que la evidencia se conforme a ella y se mantenga firme en un lugar dado.

Los conceptos y las reglas históricos a menudo son de esta clase. Muestran una gran elasticidad y admiten muchas irregularidades; el historiador parece alejarse del rigor al sumirse en las más amplias generalizaciones en un momento, mientras que en el momento siguiente se sume en las particularidades que determinan un caso concreto cualquiera. Esto provoca desconfianza, e incluso risa, en otras disciplinas. El materialismo histórico emplea conceptos de igual generalidad y elasticidad —«explotación», «hegemonía», «lucha de clases»—, y los emplea más como expectativas que como reglas. E incluso categorías que parecen ofrecer menos elasticidad —«feudalismo», «capitalismo», «burguesía»— aparecen en la práctica histórica no como tipos ideales que se llenan de contenido a lo largo de la evolución histórica, sino como familias enteras de casos especiales, familias que incluyen a huérfanos adoptados y a retoños de la mezcla de razas tipológicas. La historia no sabe de verbos regulares.

La desdicha de los historiadores marxistas (y sin duda nuestra particular desdicha actual) es que algunos de nuestros conceptos son moneda corriente en un universo intelectual más amplio y son adoptados en otras disciplinas, que les imponen su propia lógica y los reducen a categorías es-



táticas, ahistóricas. Ninguna categoría histórica ha sido peor interpretada, atormentada, vulnerada y deshistorizada que la de clase social;<sup>11</sup> una formación histórica que define a sus propios sujetos, que los hombres y mujeres elaboran a partir de su propia experiencia de lucha, ha sido reducida a una categoría estática, o a un efecto de una ulterior estructura de la que los seres humanos no son agentes sino vectores. Althusser y Poulantzas no sólo han infligido este perjuicio a la historia marxista, sino que además, a continuación, ¡se lamentan de que la historia, de cuyos brazos han arrebatado este concepto, no tenga ninguna teoría adecuada de las clases! Lo que no han entendido, ni ellos ni muchos otros, de todos los matices ideológicos, es que no es tarea de la historia —y nunca lo ha sido— construir este tipo de teoría inelástica. Y si el propio Marx tuvo alguna prioridad metodológica suprema, fue precisamente la destrucción del mercadeo de teorías ahistóricas de este tipo.

La historia no es una fábrica para la producción de una Teoría Máxima, a modo de un Concorde de la atmósfera global; tampoco es una cadena para la producción de teorías enanas en serie. No es tampoco ninguna estación experimental gigantesca en que la teoría fabricada en otra parte pueda ser «aplicada», «contrastada» y «confirmada». No es ésta en modo alguno su tarea. Su tarea consiste en rescatar, «explicar» y «comprender» su objeto, la historia real. Las teorías que los historiadores aducen van dirigidas a este objetivo, dentro de los límites de la lógica histórica, y no hay cirugía alguna que pueda trasplantar teorías foráneas, como órganos no modificados, a otras lógicas conceptuales estáticas, o viceversa. Nuestro objetivo es el conocimiento histórico; proponemos nuestras hipótesis para explicar tal formación social concreta del pasado, tal secuencia concreta de causas.

Nuestro conocimiento —así lo esperamos— no por ello está aprisionado en ese pasado. Nos ayuda a saber quiénes somos, por qué estamos aquí, qué posibilidades humanas se han desplegado, y a conocer lo que podemos conocer de la lógica y de las formas del proceso social. Parte de este conocimiento puede ser teorizado menos como regla que como expectativa. Y con otros conocimientos y otras teorías, podrían y deberían tener lugar intercambios. Pero el intercambio exige vigilancia, en cuanto la moneda teórica de una disciplina es cambiada por la de otra. La filosofía no debería estar en cada frontera como un traficante que ofrece falsos billetes de banco «universales», con circulación en todos los países. En lugar de esto, podría poner en funcionamiento una oficina de cambio con la misión de estar vigilante.

Aquellas tesis del materialismo histórico que se refieren a la relación entre ser social y conciencia social, a las relaciones de producción y a sus

determinaciones, a los modos de explotación, a la lucha de clases, a la ideología o a las formaciones sociales y económicas capitalistas, proceden —ateniéndonos a uno de los polos del «diálogo»— de la observación de la secuencia de acontecimientos históricos *a lo largo del tiempo*. Esta observación no opera sobre hechos discretos *seriatim*, sino sobre *conjuntos* de hechos con sus propias regularidades: de la repetición de ciertos tipos de acontecimiento; de la congruencia de ciertas clases de conducta en contextos diferentes; en suma, de los datos sobre formaciones sociales sistemáticas y de una lógica común del proceso. Las teorías históricas que resultan (no espontáneamente, sino, por atenernos al otro polo del diálogo, en virtud de una ardua conceptualización) no pueden ser sometidas a prueba, como a veces se supone, deteniendo el proceso, «congelando» la historia y tomando de ella un corte geológico estático, que mostraría el capitalismo o las jerarquías de clases en un momento dado del tiempo como si fueran estructuras elaboradas.<sup>12</sup> Cuando hacemos investigación histórica no pasamos a saltos de una «foto fija» a otra, cada una de las cuales nos mostraría un momento del tiempo social inmovilizado en una sola posición eterna, pues cada una de estas «fotos fijas» no es sólo un momento del ser sino también un momento del devenir; e incluso en cada uno de los cortes supuestamente estáticos se encontrarán contradicciones y vínculos, elementos dominantes y subordinados, energías en decadencia o en ascenso. Todo momento histórico es a la vez resultado de los procesos anteriores e índice que señala la dirección de su decurso futuro.

Hay dificultades bien conocidas tanto para explicar el proceso histórico como para verificar toda explicación. «La historia» misma es el único laboratorio posible para el experimento, y nuestra única dotación experimental es la lógica histórica. Si forzamos analogías inadecuadas con las ciencias experimentales, pronto nos daremos cuenta de que el asunto es insatisfactorio. La historia nunca puede permitirse el lujo de unas condiciones para efectuar experimentos idénticos; y si mediante procedimientos comparativos podemos observar experimentos algo similares en distintos laboratorios nacionales (el surgimiento del estado-nación, la industrialización), nunca podemos volver a tales laboratorios, imponer nuestras condiciones y realizar de nuevo el experimento de punta a punta.

Pero tales analogías nunca han sido provechosas. El que las dificultades de la explicación en historia sean inmensas no debería sorprender a nadie. Nosotros mismos habitamos el mismo elemento —un presente convirtiéndose en pasado—, que es un elemento humano de costumbres, necesidades, razón, voluntad, ilusión y deseo, y deberíamos saber que *está* hecho de una materia obstinada. Y sin embargo hay un sentido en el *cual* el pasado mejora respecto del presente, pues «la historia» sigue *siendo* *en*

propio laboratorio como proceso y como acontecer. Un corte estático puede mostrarnos ciertos elementos (A, B y C) en mutua interrelación o contradicción; el acontecer a lo largo del tiempo nos mostrará cómo fueron vividas estas relaciones, qué luchas se libraron en torno a ellas y cómo fueron resueltas, y de qué manera ABC dio origen a D; y este acontecer, a su vez, arrojará luz retrospectivamente sobre las maneras en que los elementos estuvieron previamente relacionados y sobre la fuerza de la contradicción.

En este sentido el acontecer confirma o invalida, refuerza o matiza la hipótesis explicativa. Se trata de un mal laboratorio en un sentido: que el acontecimiento tuviera lugar de tal o cual manera puede ser resultado de algún elemento contingente (X) omitido en la explicación; así,  $ABC + X$  puede haber dado un determinado desenlace (D), pero  $ABC + Y$  podría haber dado otro (E); y olvidar esto equivale a caer en la conocida falacia *post hoc ergo propter hoc*. Éste es un problema reiterado de toda explicación histórica, y los filósofos que han examinado nuestros procedimientos se han recreado en él. Pero olvidan que en otro sentido «la historia» es un buen laboratorio, dado que el proceso y el acontecer están presentes en cada momento del dato empírico, poniendo a prueba cada hipótesis con uno u otro resultado, proporcionando conclusiones para cada experimento humano que haya sido alguna vez efectuado. Nuestra lógica es falible. Pero la multiplicidad misma de experimentos y su recíproca congruencia limitan los peligros de error. Los datos referentes a cualquier episodio particular pueden ser imperfectos: habrá muchísimas lagunas cuando consideremos el acontecer en forma de hechos discretos seriados; pero sobreviven los suficientes datos —por lo menos en la historia menos distante—<sup>13</sup> para revelar la lógica de este proceso, su resultado, las formaciones sociales que le son propias y el modo en que ABC dio lugar de hecho a D.

Podemos aclarar mejor este punto tomando un problema no del pasado sino del presente histórico. La Unión Soviética es el problema que tomamos. Para explicar uno de los aspectos de este problema —¿quién detenta el poder y hacia dónde se dirige el proceso político?—, se proponen una serie de hipótesis explicativas. Por ejemplo, la Unión Soviética es un estado obrero (tal vez con ciertas «deformaciones») capaz de un ascendente desarrollo propio, sin severas luchas internas ni rupturas de continuidad: todos los «defectos» pueden ser corregidos desde dentro, bajo la guía de un partido proletario configurado por la Teoría Marxista y, por ende, provisto de las «instrucciones para el uso» de la historia. O la Unión Soviética es un estado en el cual el poder ha caído en manos de una nueva clase burocrática, cuyo interés consiste en asegurar sus propios privilegios y la continuidad de su dominio del poder; esta clase sólo será derrocada me-

dante otra revolución proletaria. O el estado soviético es el instrumento de una forma histórica específica de industrialización forzada que ha entronizado una serie arbitraria y contingente de grupos dominantes, de los cuales cabe ahora esperar que sean los agentes de la «modernización» de la sociedad soviética capaz de llevarla a una conformidad tardía e imperfecta con ese auténtico modelo de sociedad que para el hombre moderno es Estados Unidos. O el estado soviético sólo puede comprenderse —y éste es el punto de vista más cercano al mío— con ayuda del concepto de «parasitismo»; y los interrogantes de si sus grupos dirigentes tienden a cristalizar o no en una *clase* burocrática, o de si se puede imponer a estos grupos reformas episódicas mediante presiones de varios tipos (a partir de las necesidades y resistencias de trabajadores y campesinos, a partir de intelectuales disidentes y a partir de la lógica derivada de sus propias contradicciones internas, de las luchas de facciones y de su incapacidad para llevar a cabo funciones esenciales, etc.), siguen siendo preguntas históricamente inconclusas e indeterminadas, que pueden precipitarse hacia una u otra dirección más concluyentemente determinada en virtud de contingencias múltiples.

Hay un sentido real e importante en el cual estas —u otras— hipótesis sólo hallarán confirmación o refutación en la praxis del propio acontecer de los hechos. El experimento aún no está concluido, y, por mucho que a Althusser le desagrade la expresión familiar usada por Engels, «la prueba del pastel está en el comérselo». El resultado, cuando sea sometido a examen por futuros historiadores, puede confirmar una de las hipótesis o puede sugerir una hipótesis totalmente nueva. Cualquiera que sea la «confirmación», si se da, nunca puede pasar de ser aproximada; la historia no está gobernada por leyes y no conoce causas suficientes, y si algunos historiadores futuros suponen lo contrario, estarán cayendo en el error de *post hoc ergo propter hoc*. Las hipótesis o la mezcla de ideología y de autoconciencia que nosotros, o el pueblo soviético, adoptamos en la actualidad son factores que entrarán como elementos dentro del acontecer real. Y si alguna «contingencia» diferente se hubiera abatido sobre dichos elementos (por ejemplo, si la crisis de Cuba hubiera desembocado en una tercera guerra mundial), entonces todo habría acontecido de forma diferente, las fuerzas militares y de seguridad se habrían fortalecido enormemente y, en tal caso, podría resultar que una hipótesis distinta tuviera capacidad explicativa.

Pero ésta no es una salvedad tan devastadora como a primera vista puede parecer. Pues será *la manera* en que las cosas acontezcan, *la manera* en que el «experimento» se desarrolle, lo que proporcionará a los historiadores futuros una inmensa capacidad adicional de comprensión respecto

de cuáles son las relaciones cruciales que estructuran a la sociedad soviética y que en nuestro presente histórico están detrás de las apariencias. El «resultado» les proporcionará capacidad adicional para comprender qué elementos de gran peso (tal vez, por ejemplo, la ideología estatal del marxismo-leninismo) estaban destinados, en los hechos, a mostrar su fragilidad y su caída, y qué otros elementos, inarticulados y laxamente estructurados, prefiguraban una oposición emergente. Los historiadores del futuro, que sabrán *cómo* habrán ocurrido las cosas, tendrán con ello una ayuda poderosa para comprender no por qué *tenían que* acaecer de esta manera, sino por qué acaecieron de hecho así: esto es, observarán en el laboratorio de los sucesos los datos empíricos de la determinación entendida no como ley regular sino como «fijación de límites» y «aplicación de presiones».<sup>14</sup> Y los historiadores de hoy tienen exactamente la misma posición respecto del pasado histórico, que es, simultáneamente, su objeto de investigación y su laboratorio experimental.

Que la explicación histórica no pueda tratar con absolutos ni aducir causas suficientes irrita grandemente a ciertas almas simples e impacientes. Suponen que si la explicación histórica no puede ser el Todo, entonces no es Nada; se reduce a una narración fenomenológica consecutiva. Esto es un estúpido error. Pues la explicación histórica revela no de qué manera la historia *debió* acontecer, sino por qué aconteció de esta manera y no de otra; que el proceso no es arbitrario, sino que tiene su propia regularidad y racionalidad; que ciertos tipos de acontecimientos (políticos, económicos, culturales) han de ser relacionados no de la manera que a uno le guste, sino de maneras concretas y dentro de determinados campos de posibilidad; que ciertas formaciones sociales no están gobernadas por una «ley» ni son «efectos» de un teorema estructural estático, sino que se caracterizan por determinadas relaciones y por una determinada lógica del proceso. Y así sucesivamente. Y muchísimo más. Nuestro conocimiento puede no satisfacer a ciertos filósofos, pero basta para tenernos ocupados.

Hemos dejado atrás nuestra octava proposición, y ahora podemos formularla de nuevo. Las categorías apropiadas a la investigación de la historia son categorías históricas. El materialismo histórico se distingue de otros sistemas interpretativos por su consistencia obstinada (obstinación que a veces, por desgracia, ha derivado en doctrinarismo) en elaborar tales categorías, y por su articulación de éstas dentro de una totalidad conceptual. Esta totalidad no es una «verdad» teórica acabada (o Teoría); pero tampoco es un «modelo» artificioso; es un *conocimiento* en desarrollo, aunque un conocimiento provisional y aproximado con muchos silencios e impurezas. El desarrollo de este conocimiento tiene lugar tanto en la teoría como en la práctica; surge de un diálogo; y su discurso de la demostración

se formula en los términos de la lógica histórica. Las operaciones efectivas de esta lógica no aparecen, punto por punto, en cada página del libro de un historiador; si lo hicieran, los libros de historia acabarían con la paciencia de cualquiera. Pero esta lógica debería estar implícita en cada compromiso empírico y explícita en el modo en que el historiador se sitúa ante los datos empíricos y en las preguntas planteadas. No pretendo que la lógica histórica sea siempre tan rigurosa o tan consciente de sí misma como debería serlo; ni que nuestra práctica concuerde muy a menudo con nuestras declaraciones. Sólo pretendo que esta lógica existe. Y que no somos todos nosotros unos niños de pecho.

## Notas

1. «Sartre aujourd'hui», *L'Arc*, n.º 30, trad. al inglés en *Telos*, 9 (1971), p. 110-116.
2. Esta tentativa ha nacido en parte debido a los auténticos esfuerzos hechos para establecer procedimientos «científicos» de investigación (cuantitativos, demográficos, etc.); pero en parte ha surgido de la postura académica de los «científicos sociales», en sus intentos por mantener una cierta paridad de nivel con sus colegas de las ciencias naturales en el seno de las estructuras educativas (y frente a los organismos que deciden las subvenciones), dominados por criterios utilitarios. La noción más antigua de la historia como una de las «humanidades» sometida a disciplina fue siempre más exacta, aunque fuera propia de aficionados.
3. La «regla de realidad» de J. H. Hexter —«la versión más probable que pueda sostenerse con los datos empíricos relevantes de que se dispone»— es en sí misma útil. Por desgracia, su autor la ha puesto en obra de maneras cada vez más perjudiciales, en apoyo del supuesto previo de que *toda* versión «marxista» *debe* ser improbable.
4. Para un ejemplo prístino de esta falta de comprensión, véase Hindess y Hirst, *Pre-capitalist modes of production*, Londres, 1975, p. 312.
5. Esto no significa que la «historia» deba verse *sólo* como proceso. En nuestro tiempo, los historiadores —y sin duda los historiadores marxistas— han seleccionado el proceso (y las cuestiones concomitantes de relación y causación) como el objeto supremo de la investigación. Hay otras formas legítimas de interrogar los datos.
6. Leszek Kolakowski, «Historical understanding and the intelligibility of history», *Tri-Quarterly*, 22 (otoño 1971), pp. 103-117. He ofrecido una restricción a este razonamiento en mi «Open letter to Kolakowski».
7. Véase la interesante distinción de Sartre entre «noción» y «concepto» a que me he referido en otro lugar. No obstante, seguiré haciendo uso de ambos.
8. Por «conceptos» (o nociones) entiendo categorías generales —de clase, ideología, estado-nación, feudalismo, etc., o formas y secuencias históricas específicas, como crisis de subsistencias, ciclo de desarrollo familiar, etc.—, y por «hipótesis» entiendo la organización conceptual de los datos empíricos destinada a explicar episodios particulares de causación y relación.
9. Puede hallarse una provechosa elucidación de estos procedimientos en E. J. Hobsbawm, «Karl Marx's contribution to historiography», en R. Blackburn, editor, *Ideology and social science*, 1972 [hay trad. cast.: *Ideología y ciencias sociales*, trad. de E. Ruiz Capillas, Grijalbo, Barcelona-Buenos Aires-México, 1977].

10. Por el cual estamos en deuda particularmente con la demografía histórica francesa.
11. He expuesto de nuevo recientemente mi posición en «Eighteenth-century English society: class struggle without class?», *Social History*, III, n.º 2 (mayo 1978) [hay trad. cast. en el volumen E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979]. Véase también E. J. Hobsbawm, «Class consciousness in history», en I. Meszaros, ed., *Aspects of history and class consciousness*, 1971, y C. Castoriadis, «On the history of the workers' movement», *Telos*, 30 (invierno 1976-1977).
12. Tales «modelos» estáticos pueden naturalmente desempeñar un papel útil en ciertos tipos de investigaciones.
13. El problema de las «lagunas» en la información sobre las sociedades antiguas es examinado en M. I. Finley, *The use and abuse of history*, 1971, p. 69-71 [hay trad. cast.: *Uso y abuso de la historia*, Crítica, Barcelona, 1977].
14. Véase Raymond Williams, *Marxism and literature*, y el importante capítulo sobre «Determinación».

# MARXISMO E HISTORIA

De MISERIA DE LA TEORÍA\*

¿De qué se trata? Sería sencillo descartar todo el razonamiento sobre la base de que Althusser ha planteado una cuestión ilegítima, pero exigida por sus previas confusiones epistemológicas. Ésta es, de hecho, una parte importante de la respuesta, y una respuesta suficiente a Althusser, y puede ser justificada brevemente. Lo que propone es una pseudo-oposición. Por un lado, presenta la Teoría (y el propio *Capital*) como algo que «se desarrolla exclusivamente en el ámbito del conocimiento y que concierne exclusivamente al orden necesario de la aparición y desaparición de conceptos en el discurso de la demostración científica» (LC, I, p. 144). Por otro lado, frente a este proyecto bastante ambicioso, presenta los mezquinos proyectos del «empirismo», que no son sino «ideología». Engels trata de revolver los dos, lo cual sería desastroso (¡el signo de la Bestia empirista!), ya que el discurso de la demostración ha de exigir, como requisito previo, la fijeza y la no ambigüedad de los conceptos. Pero ya hemos visto que la noción de «empirismo» de Althusser es falsa y que impone los cánones de la filosofía a procedimientos y disciplinas del todo diferentes. No necesitamos llevar más allá este razonamiento.

Incluso en relación con sus propios términos, el razonamiento de Althusser ofrece contradicciones internas y evasivas. Así, nos dice que «tenemos todo el derecho de decir que la teoría de la economía política marxista deriva de la teoría marxista de la historia, como una de sus regiones»; pero también nos dice (véase p. 14) que la teoría de la historia, incluso ahora, cien años después de *El capital*, «no existe en un sentido real». De modo que, en una de sus «regiones», la teoría política marxista procedía de «una teoría ausente». A la vez que afirma esto, Althusser elude el hecho evidente

\* *Miseria de la teoría*, traducción de Joaquim Sempere, Crítica, Barcelona, 1981, pp. 93-117; bajo el título de «Sobre el carácter epistemológico de las categorías históricas». («Marxism and History», en *The Poverty of Nations and Other Essays*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.)



de que en *otra* de sus regiones esta economía política derivaba, muy directamente, de la confrontación con los datos empíricos, sea directamente (del montón de informes oficiales, etc., a los que Marx pagó tan generoso tributo),<sup>1</sup> o menos directamente, mediante un examen intensivo y crítico de los estudios de base empírica de otros escritores.

Así pues, Althusser empezó con un mal razonamiento, y luego arregló la expresión con atavíos para mejorar su aspecto. Engels aparece formulando dos proposiciones. En primer lugar el carácter intrínsecamente «aproximado» de todos nuestros conceptos, y especialmente de los conceptos necesariamente «fijos» que proceden del análisis del desarrollo social cambiante, *no* fijo, y que sirven para este análisis. Esto puede ser «banal» en su «obviedad» para un filósofo, que supone que «es sólo otra manera de decir que la abstracción como tal es abstracta», «admirable *tautología*» que raramente se le cae a Althusser de la boca. Pero para un historiador o un economista de hecho esto (aunque como teoría sea «obvio») es excepcionalmente complejo: se trata de una obviedad que en la práctica puede olvidarse con demasiada facilidad y que necesitamos que nos recuerden.

Además Engels no sólo dice que los conceptos y su «objeto real» sean diferentes. Ciertamente es que exagera la nota en un momento de exasperación frente a la vieja escolástica burguesa y a los nuevos «marxistas» esquemáticos a la vez: «para la ciencia las definiciones carecen de valor». Comprendemos con creces su exasperación. Pero la intención de su carta a Schmidt consiste en argüir: *a*) que no por ser todos los conceptos aproximaciones son en consecuencia «ficciones»; *b*) que sólo los conceptos nos pueden permitir «dar sentido» a la realidad objetiva, comprenderla y conocerla; y *c*) que, no obstante, incluso en el acto de conocer podemos —y deberíamos— saber que nuestros conceptos son más abstractos y más lógicos que la diversidad de esa realidad, *lo cual podemos saber también* por observación empírica. No podemos entender la sociedad medieval europea sin el concepto de feudalismo, si bien con ayuda de este concepto podemos también saber que el feudalismo, en su lógica conceptual, nunca se expresó «en su plena forma clásica»; lo cual es otra manera de decir que el feudalismo es un concepto heurístico que representa —y corresponde a— formaciones sociales reales, pero que lo hace según la manera que es propia a todos los conceptos semejantes, de una manera sumamente depurada y lógica. La definición no nos puede dar el acontecimiento real. En cualquier caso, las palabras de Engels son más claras que mi glosa. Lo que reiteran, como tantas otras veces en estas últimas cartas, es el clamor en pro de la «dialéctica», cuyo verdadero sentido no se halla tanto en su intento de reducirla a un código formal como en su práctica. Y una parte importante de su práctica es precisamente ese «diálogo» entre concepto y datos empíricos que ya he examinado.

La segunda proposición de Engels se refiere a la naturaleza de los conceptos específicamente *históricos*, adecuados a la comprensión de materiales en continuo cambio. Althusser se pronuncia contra la idea de que «la teoría de la economía política es afectada incluso en sus conceptos por la particular *cualidad* de la historia real (su “material” que es “cambiante”)». La respuesta más inmediata a esto es que si el objeto real de este conocimiento es cambiante pero los conceptos no pueden abarcar los procesos de cambio, entonces obtendremos una pésima economía política. No sólo la economía política marxista, sino también la ortodoxa burguesa, tenían un auténtico arsenal de tales categorías de cambio (leyes de esto y aquello, tasas crecientes y decrecientes de lo otro, incluso las tendencias de la oferta y la demanda). Contra lo que Althusser quiere pronunciarse es contra lo que considera una irreverencia ante la fijeza de las categorías. Engels dice no sólo que los objetos cambian, sino también que *los propios conceptos* deben estar «sujetos a cambio y transformación». Para Althusser el capitalismo debe ser una cosa, u otra cosa, o nada de nada. No puede ser ahora una cosa y mañana otra. Y si es una sola cosa, entonces las categorías esenciales deben seguir siendo las mismas, aunque se dé mucho «juego» en su interior. Si las categorías cambian como el objeto cambia, según un «coeficiente de movilidad», entonces la ciencia o la Teoría están perdidas; vamos a la deriva entre las corrientes de los fenómenos, y son esas mismas corrientes las que mueven el timón; nos convertimos en los «servidores» de la historia (según la expresión que usó Marx para acusar a los discípulos de Ranke).

Pero no está claro que Engels nos haya dejado así, flotando a merced de las olas. Las palabras perjudiciales, a mi juicio, no son las que dicen que «los conceptos ... están sujetos a cambio y transformación» (pues esto puede perfectamente indicar —y de hecho lo indica, según la intención de Engels— el esforzado diálogo teórico-empírico implícito en toda transformación), sino las que preceden a aquéllas, es decir, «sus reflejos mentales».<sup>2</sup> Y Engels puede estar igualmente apuntando —y creo que precisamente es lo que hace cuando examina el concepto de «feudalismo»— a la peculiar flexibilidad de los conceptos que son apropiados para el análisis histórico, esto es, la necesaria generalidad y elasticidad de las categorías históricas, válidas como expectativas más que como reglas. He tenido bastantes ocasiones en mi propia actividad de historiador que observar que si a una categoría tan generosa como «la clase obrera» unos teóricos le confieren impropriamente una determinada rigidez para hacerla corresponder a un momento histórico particular de la presencia de clase (momento ideal, además), esto dará muy pronto unos resultados histórico-políticos falsos y desastrosos; y sin embargo sin la elástica categoría de clase —una expecta-

tiva justificada por los datos empíricos—, no habría podido desarrollar en absoluto ningún trabajo de historiador.

De modo que pienso que Engels dice cosas sensatas, mientras que Althusser lo ha tergiversado y afirma cosas carentes por completo de sentido. No obstante, es verdad que subsiste un verdadero problema. No podemos simplemente decir que Engels tiene razón y Althusser se equivoca. Althusser ha formulado mal el problema, pero por lo menos podemos admitir que ha señalado hacia el área donde reside el problema. El problema concierne, por una parte, a los diferentes modos de análisis de la *estructura* y el *proceso*. Y, por otra parte, al estatuto de la «economía política» y, por ende, al estatuto de *El capital*. Empezaremos por este segundo aspecto.

Debemos empezar aceptando, de entrada, que *El capital* no es una obra de «historia». Hay en ella una historia del desarrollo de las formas del capital, pero raras veces se formula dentro del marco de la disciplina histórica, ni se somete a prueba por los procedimientos de la lógica histórica. Los pasajes históricos son algo más que «ejemplos» e «ilustraciones», pero algo menos que historia real. Explicaremos esto más a fondo dentro de un rato. Pero debemos decir de buen principio que Marx, al escribir *El capital*, nunca pretendió estar escribiendo la historia del capitalismo. Esto es sabido, pero vamos a aportar pruebas que lo recuerden. Marx esperaba —como era manifiesto desde sus manuscritos de los *Grundrisse*— que su obra iba «también a dar la clave para la comprensión del pasado, una tarea con entidad propia que, es de esperar, podremos asimismo emprender».<sup>3</sup> Esta esperanza no se cumplió. La obra culminada fue la que Marx describió (a Lassalle en 1858) como «una crítica de las categorías económicas del sistema de la economía burguesa, presentada críticamente»; y que trataba, según dijo a Kugelmann, de «el capital en general». El primer volumen «contiene lo que los ingleses llaman “los principios de la economía política”». Y su título fue *El capital. Crítica de la economía política*.<sup>4</sup>

Una manera de avanzar puede consistir en tomar por un momento cierto distanciamiento respecto de la estructura e inquirir qué tipo de estructura es. Primeramente hay que observar que parte de la potencia de la obra proviene no de sus explícitos procedimientos ni de la exposición de su objeto, sino de elecciones en cuanto a valores (junto a una vigorosa y relevante expresión de las mismas) que posiblemente no podían ser deducidas de los procedimientos conceptuales mismos y que no constituyen el objeto de estudio. Es decir, Marx no sólo pone al descubierto los procesos económicos de explotación, sino que además expresa indignación —o logra evocarla mediante la presentación de sus datos— ante el sufrimiento, la pobreza, el trabajo infantil y el despilfarro de potencialidades humanas, así como desprecio hacia las mixtificaciones intelectuales y la apologética.

Comento lo anterior no para alabarlo ni para condenarlo, aunque su relevancia puede mostrarse luego. Dado que la elección de valor hecha por Marx sólo podría justificarse con referencia a una «región» que Althusser descarta secamente como «ideología», tal vez debiéramos explicarla —incluso perdonarla— como un vestigio de moralismo burgués, y hasta de humanismo. No hay duda de que tales vestigios no aparecen en Althusser ni en Balibar: cuando han «leído» *El capital* lo han desinfectado de todo eso. Podemos preferir la primera a la segunda «lectura» de *El capital*, o a la inversa; lo importante es que, a este respecto, se trata de libros diferentes.

En segundo lugar, se puede seguir de ahí —y creo que eso es lo que ocurre— que, si desinfectamos de esta manera *El capital* de todas sus intrusiones «moralistas», una parte muy considerable de esta obra —la mayor parte— podría tomarse *simplemente* como «lo que los ingleses llaman “los principios de la economía política”»: una crítica analítica de la «ciencia» existente y una exposición de una «ciencia» alternativa, de funciones, relaciones y leyes económicas. Es decir, si por «razones» exteriores de valor no desaprobáramos la explotación, el despilfarro y el sufrimiento, entonces nos veríamos confrontados con una estructura de las relaciones económicas dotada de leyes alternativas. A decir verdad, el lector cuyos intereses coinciden con los del «capital» encontraría pesimistas sus conclusiones, puesto que presenta el sistema en rápida progresión hacia una crisis final (que todavía no se ha producido). Pero no podría aportar razones «científicas» de su desacuerdo.

Estas dos consideraciones no son introducidas con propósitos «moralistas». Nos ayudan a avistar *El capital* dentro del contexto intelectual del momento de su génesis. Y nos recuerdan que las nociones de *estructura* y de *sistema* no fueron invenciones de Marx (aunque a veces cabría suponer que lo fueron a juzgar por ciertas afirmaciones contemporáneas). En la Gran Bretaña del siglo XVIII tuvimos, como es sabido, estructuras maravillosas, admiración del mundo y envidia de los franceses. En particular, las estructuras constitucionales eran ejemplares, y tal vez era un don de Dios a los británicos:

Incomparable constitución de Gran Bretaña, mezcla  
de poderes que entre sí se contrarrestan y se apoyan,  
monarcas, lores y comunes ...

O según la conocida analogía mecánica, tal como la formula William Blackstone:

Así, cada brazo de nuestro sistema de gobierno apoya y es apoyado, regula y es regulado por los restantes ... Como tres fuerzas distintas en mecánica, juntas

impulsan la máquina del gobierno en una dirección distinta a la que habría resultado de la acción separada de cada una de ellas ...

Dios, como Bacon había señalado, actúa mediante causas segundas, y estas causas, sea en la naturaleza, en la psicología o en la política, a menudo aparecen como *conjuntos* de causas interactuantes (estructuras). Los conjuntos que proponía el materialismo mecánico seguían el paradigma del reloj o de la fábrica. El conjunto constitucional estaba gobernado por las reglas de la ley. Pero la economía política burguesa, desde Adam Smith en adelante, descubrió un conjunto diferente, que se veía más como un «proceso natural» cuyo nexa era el mercado, donde resultaban mediados los intereses particulares en interacción, bajo el gobierno de las leyes de dicho mercado. En la época en que Marx se enfrentó con ella, esta economía política se había convertido realmente, por obra de Malthus, Ricardo y los utilitaristas, en una estructura muy sofisticada, rigurosa en sus procedimientos y de muy amplio alcance en sus pretensiones.

Marx identificó esta estructura como su principal adversario, y dedicó todas las energías de su mente a desbaratarla.<sup>5</sup> Durante casi veinte años, ésta fue su principal preocupación. Tuvo que penetrar en cada una de las categorías de la economía política, romperla a trozos y reestructurarla. Podemos ver los testimonios de estos encuentros en los manuscritos de 1857-1858 conocidos como *Grundrisse*, y es habitual admirar su ardor exhaustivo. Yo comparto esta admiración. Pero no puedo admirarlos en su globalidad. Porque hay pruebas también de que Marx fue *cogido en una trampa*: la trampa tendida por «la economía política». O por decirlo con mayor precaución, estaba siendo sorbido por un remolino teórico y, por muy poderosamente que moviera sus brazos y nadara contra la corriente, lentamente iba girando en torno al vórtice que amenazaba con engullirlo. Valor, capital, trabajo, dinero, valor, reaparecen una y otra vez, son interrogados, recategorizados, sólo para retornar una vez más en las corrientes circulares bajo las mismas viejas formas, para someterse a la misma interrogación.<sup>6</sup> Ni siquiera puedo estar de acuerdo en que *debía* ser así, en que el pensamiento de Marx sólo podía desarrollarse de esta manera. Si uno considera la avanzadilla filosófica de la década de 1840 y las proposiciones que configuran *La ideología alemana* y el *Manifiesto del Partido Comunista*, podría parecer que en los siguientes quince años hay signos de estancamiento, e incluso de regresión. Pese al significado del encuentro *económico* en los *Grundrisse*, y pese a las ricas hipótesis que aparecen en sus intersticios (en cuanto a las formaciones precapitalistas y a otros temas), hay algo en la confrontación de Marx con la economía política que es obsesivo.

Pues, ¿qué era esa «economía política»? No ofrecía una explicación completa de la sociedad o de su historia; o, si lo pretendía, entonces sus conclusiones estaban contenidas en sus premisas. Estas premisas planteaban que era posible no sólo identificar como «económicas» ciertas actividades particulares, sino también aislarlas de las otras actividades (políticas, religiosas, legales, «morales» —así se definía entonces el área de las normas y los valores—, culturales, etc.) como campo especial de estudio; allí donde se demostraba que ese aislamiento era imposible, como en los casos de encabalgamiento de «la política» o «las leyes» *sobre* la actividad «económica», entonces tal encabalgamiento podía juzgarse como una interferencia impropia con el proceso económico «natural», o como un conjunto de problemas de segundo orden, o como el cumplimiento de fines económicos por otros medios.

También podía plantearse —aunque no necesariamente— que la vida económica, y con Malthus la demografía, eran problemas de primer orden, y que ellos determinaban (o que deberían determinar, en un estado «libre», y que acabarían por hacerlo) el desarrollo social en su conjunto. Estos elementos «subyacían» a las elaboradas sobreestructuras de la civilización, determinando la riqueza de las naciones y la senda y la dirección del «progreso». Una vez así aisladas, las actividades económicas se convertían en el objeto de una «ciencia», cuyos postulados primarios eran los intereses y las necesidades: el interés propio a un micronivel, y los intereses de grupos («agricultura» e «industria») o incluso de clases («Trabajo» y «Capital») a un macronivel, estando los grupos y las clases definidos de acuerdo con las premisas económicas de la ciencia. Desarrollar semejante ciencia con rigor exigía dar a las categorías definiciones cuidadosas y firmeza, una lógica matemática y la continua circulación interna y el reconocimiento de sus propios conceptos: sus conclusiones eran aclamadas como «leyes».

Ésta es la estructura de la «economía política». Desde fuera, en la década de 1840, a ojos de Marx aparecía como ideología, o, peor aún, como apologética. Entró dentro de su dominio con la intención de derribarla. Pero una vez dentro, por numerosas que fueran las categorías que destruyó (y aunque las destruyera muchas veces), la estructura quedó en pie. Pues las premisas suponían que era posible aislar las actividades económicas de esta manera y desarrollarlas como ciencia de primer orden *de la sociedad*. Es más exacto decir que Marx, en la época de los *Grundrisse*, no procedió tanto a permanecer en la estructura de «la economía política» como a desarrollar una *anti*-estructura, pero dentro de sus mismas premisas. Los postulados dejaron de ser el interés individual de los hombres y pasaron a ser la lógica y las formas del capital, a las cuales los hombres

estaban subordinados; el capital fue expuesto no como el benigno donante de beneficios sino como el apropiador de plustrabajo; los «intereses» de grupo quedaron expuestos como clases antagonistas; y la contradicción desplazó al progreso como principio motor. Pero lo que resulta al final no es el derribo de «la economía política», sino *otra* «economía política».<sup>7</sup>

En la medida en que las categorías de Marx eran anticategorías, el marxismo quedó marcado, en un estadio crítico de su desarrollo, por las categorías de la economía política; la principal de ellas era la noción de «lo económico» como actividad de primer orden, susceptible de ser aislada de esta manera, como objeto de una ciencia generadora de leyes cuya operación recubriría las actividades de segundo orden. Y hay aún otra huella que es difícil identificar sin parecer absurdo. Pero las absurdidades a que este error han conducido en la obra de Althusser y de sus colegas —es decir, las absurdidades de un cierto tipo de estructuralismo «marxista» estático y tautológico— nos permiten arriesgarnos a arrostrar el ridículo. Hay una vertiente importante en que el discurrir del pensamiento de Marx, en los *Grundrisse*, está encerrado en el interior de una estructura estática, *antihistórica*.

Cuando recordamos que Marx y Engels ridiculizaron sin cesar las pretensiones de la ciencia económica, burguesa de descubrir leyes «fijas y eternas», independientes de su especificación histórica; cuando recordamos el movimiento que ellos observaron *dentro* de la estructura: la acumulación de capital, la tasa decreciente del beneficio; y cuando recordamos que Marx esbozó el capital, incluso en los *Grundrisse*, en función del desarrollo de sus formas históricas, entonces la proposición anterior parece absurda. Al fin y al cabo, Marx y Engels fueron quienes hicieron posible el nacimiento del materialismo histórico. Sin embargo, la proposición puede justificarse. Pues una vez el capital ha emergido, su desarrollo viene determinado por la lógica innata inherente a la categoría, y a las relaciones derivadas de ella, de un modo muy semejante a como «el mercado» opera dentro de la economía política burguesa, y a como lo hace todavía hoy dentro de alguna de las «teorías de la modernización» actuales. El capital es una categoría operativa que marca la ley de su propio desarrollo, y el capital-ismo es el resultado, en las formaciones sociales, de esa ley. Este modo de análisis ha de ser necesariamente antihistórico, dado que la historia efectiva sólo puede verse como la expresión de otras leyes ulteriores; y los datos históricos o los contemporáneos —empíricamente establecidos— se verán entonces tal como los ve Althusser, es decir, como conjunto de ejemplos o ilustraciones que confirman esas leyes. Ahora bien, cuando el capital y sus relaciones se contemplan como una estructura, en un momento dado, de las formas del capital, entonces esta estructura tiene una inmovi-

lidad categorial: es decir, no puede tolerar la interferencia de ninguna influencia desde cualquier otra región (desde cualquier región no admitida en virtud de los términos y del discurso de esta disciplina) que pudiera modificar sus relaciones, pues esto amenazaría la integridad y la fijeza de las propias categorías.

Ésta es una manera de pensar fuera de lo corriente en un materialista, pues el capital se ha convertido en Idea, que se despliega en la historia. Recordamos con tanta nitidez las imprecaciones de Marx contra el idealismo, y sus protestas de haber invertido a Hegel, que no nos permitimos a nosotros mismos ver lo que con toda evidencia está ahí. En los *Grundrisse* —y no una vez o dos, sino en el entero modo de su presentación— tenemos ejemplos de hegelianismo *no reconstruido*. El capital pone condiciones «*de acuerdo con su esencia inmanente*»,<sup>8</sup> recordándonos que Marx había estudiado la Filosofía de la Naturaleza de Hegel y que había anotado de «la Idea en cuanto naturaleza» que «la realidad es puesta con determinación inmanente de forma».<sup>9</sup> El capital pone esto y lo otro, crea esto y lo otro, y si hemos de concebir el capital-ismo («la constitución interna de la sociedad moderna»), sólo puede ser como «el capital en la totalidad de sus relaciones».<sup>10</sup>

Es cierto que Marx nos recuerda (¿o acaso se lo está recordando a sí mismo?) que «las nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción» del capital «no se desarrollan a partir de la *nada* ... ni del seno de la Idea que se pone a sí misma». Pero a continuación añade:

Si bien en el complicado sistema burgués cada relación económica presupone cada una de las otras en su forma económica burguesa, y todo lo que es puesto es también presupuesto, esto mismo ocurre con todo sistema orgánico. Este sistema orgánico mismo, como totalidad, tiene sus presupuestos, y su desarrollo hacia su totalidad consiste precisamente en subordinar todos los elementos de la sociedad a sí mismo, o en crear a partir de sí mismo los órganos que todavía le faltan.<sup>11</sup>

El «sistema orgánico» es entonces su propio sujeto, y es esta estasis o *clausura* antihistórica lo que he venido señalando. El «ello» del interior de este organismo es el capital, el alma del órgano, y este «ello» subordina todos los elementos de la sociedad a sí mismo y crea de dentro de la sociedad misma sus propios órganos.

La cuestión estriba no sólo en que a la luz de esta clase de error las admoniciones de Engels a Schmidt son necesarias y saludables, que los conceptos y las leyes económicas no tienen realidad alguna «salvo como aproximación» («¿correspondió jamás el feudalismo a su concepto?»). Hay una



cuestión de mayor importancia. Pues Marx ha atravesado una línea conceptual invisible al pasar del *capital* (una abstracción de la economía política y el objeto genuino de su reflexión) al *capitalismo* («el complicado sistema burgués»), esto es, la entera sociedad concebida como «sistema orgánico». Pero la entera sociedad abarca muchas actividades y relaciones (de poder, de conciencia, sexuales, culturales, normativas) que no son el objeto propio de la economía política, que han sido *definidas fuera* de la economía política y para las cuales esta disciplina no tiene términos con qué designarlas. Por consiguiente la economía política no puede mostrar el *capital-ismo* como «el capital en la totalidad de sus relaciones»: no tiene lenguaje o vocabulario para hacerlo. Sólo un materialismo histórico que pudiera reunir todas las actividades y relaciones dentro de una visión coherente podría hacer esto. Y a mi juicio el materialismo histórico posterior *no* ha encontrado este tipo de «organismo», que elabore su propia autorrealización con lógica idealista inexorable, ni ha encontrado tampoco ninguna sociedad que pueda ser descrita simplemente como «el capital en la totalidad de sus relaciones». *Nunca* «nosotros» le hemos dejado llegar tan lejos: incluso el fascismo, que podría ser presentado como la más feroz manifestación de «ello», debería ser glosado como una expresión de su irracionalidad, y no de su intrínseca lógica racional. Pero el materialismo histórico ha visto que Marx tuvo una intuición sumamente profunda, una intuición que de hecho *precedió* a los *Grundrisse*: que la lógica del proceso capitalista ha hallado expresión dentro de todas las actividades de una sociedad y ha ejercido una presión determinante sobre su desarrollo y su forma, permitiéndonos entonces hablar de capitalismo o de sociedades capitalistas. Pero ésta es una conclusión muy diferente, una conclusión diferenciada en un punto crítico, que nos da un estructuralismo organicista por un lado (y en última instancia una Idea del capital que se despliega a sí misma) y un proceso histórico real por el otro.

Esto es sólo una parte de los *Grundrisse*, por supuesto. Y, naturalmente, Marx se consideraba a sí mismo, y con pugnacidad, un materialista. En su introducción vindicaba su método consistente en proceder a partir de abstracciones hacia lo concreto en el pensamiento; y este método fue ampliamente justificado en sus resultados: sólo mediante la más fiera abstracción podía desgajar aquellas categorías. Pero también anticipaba, caballerosamente, los peligros inherentes al método. Hegel se extravió porque, al proceder según este método, «cayó en la ilusión de concebir lo real como el producto del pensamiento en su autodespliegue». Parecía muy fácil desechar esta ilusión y sin embargo seguir procediendo según un método en gran medida idéntico. Pero si bien Marx nunca olvidó que el pensamiento no se generaba a sí mismo, sino que era «más bien el producto de

la elaboración de la observación y de la idea en conceptos»,<sup>12</sup> este modo de abstracción aún pudo ocasionalmente hacerle aparecer el capital como el despliegue de su propia idea.

Creo que, durante unos diez años, Marx *estuvo* cogido en esta trampa. Los males que hubo de padecer en su vida, desde sus dilaciones hasta sus carbunclos, no pueden ser atribuidos todos ellos a la burguesía. Cuando se puso a escribir *El capital*, en cierta medida había saltado por encima de la trampa. No soy suficientemente especialista en el tema para describir esta parcial liberación, pero sugeriría cuatro consideraciones. Primeramente, la trampa nunca le tuvo totalmente atrapado. Marx había concebido el *capital-ismo* en términos históricos en la década de 1840 y siguió haciéndolo, aunque espasmódicamente, en los *Grundrisse*; durante todos aquellos años continuaron fluyendo de su pluma análisis políticos aplicados y concretos. En segundo lugar, y además de lo anterior, continuó su trayectoria vital —no sólo en su observación histórica, sino también en su experiencia política práctica— como actor histórico en su propio papel específico y como observador del crecimiento, decurso y recesión de las luchas de la clase obrera en Europa. Estas dos consideraciones son obvias.

Las otras dos pueden ser más polémicas. En cuanto a la tercera, yo subrayaría una vez más la importante influencia de *El origen de las especies* (1859). Soy consciente de que mi admiración por Darwin es considerada como una amable (o delictiva) excentricidad, y de que hay una opinión generalizada entre los intelectuales progresistas que atribuye a Darwin los pecados de evolucionismo teleológico, positivismo, maltusianismo social y apologética de la explotación (la «supervivencia de los más aptos») y del racismo.<sup>13</sup> Pero no estoy convencido de la validez de tales objeciones; y, por prurito de honestidad, ni siquiera estoy convencido de que todos estos críticos hayan leído *El origen de las especies* ni evaluaciones científicas informadas sobre esta obra. Sé muy bien cómo las ideas de Darwin fueron utilizadas por otros, y también conozco sus ulteriores (y escasas) equivocaciones. Pero lo notable en su obra es la manera en que argumenta con todo rigor, y de un modo empírico, la lógica de la evolución, que *no* es una teleología, cuyas conclusiones *no* están contenidas en sus premisas, y que no obstante está sujeta a explicación racional.<sup>14</sup> En cualquier caso, mi admiración, sea o no inocente, estuvo sin duda compartida por Engels y Marx. Marx leyó el libro en 1860, y enseguida escribió a Engels: «Aunque está desarrollado en el crudo estilo inglés, éste es el libro que contiene la base de nuestro punto de vista en la historia natural». Al mes siguiente escribió a Lassalle que el libro

es muy importante y me sirve como base en la ciencia natural para la lucha de clases en la historia ... Pese a todas sus deficiencias, no sólo *se da en él por vez*

primera el golpe de muerte a la «teleología» en las ciencias naturales, sino que además su significado racional es explicado empíricamente.<sup>15</sup>

Hay aquí dos importantes reconocimientos. En primer lugar, Marx reconoce, de mala gana, que el método empírico, por muy «crudo» e «inglés» que sea, ha hecho una aportación sustancial al conocimiento. En segundo lugar, Marx reconoce que la explicación *no teleológica* de una lógica racional en el proceso natural constituye una «base de nuestro punto de vista», una «base en la ciencia natural para la lucha de clases en la historia». ¿Hay acaso aquí un reconocimiento de que tal «base» no había sido aportada antes (en los *Grundrisse*), e incluso la sugerencia de que Marx era consciente de que su modo de proceder por abstracción no era una prueba contra dicha teleología? No es que Marx supusiera que las analogías darwinianas pudieran ser trasladadas sin cambios del mundo animal al humano: muy pronto desaprobó a un correspondiente suyo que, con la ayuda de Malthus, suponía tal cosa.<sup>16</sup> Se trata más bien de una cuestión de método, según la cual la obra de Darwin se tomaba como ejemplo de la explicación racional de la lógica del proceso que, con distintos términos, debe desarrollarse en la práctica de los historiadores. Y no veo que estemos autorizados a dejar esto de lado como si se tratara de una fantasía pasajera. Aún en 1873 Marx se tomó la molestia de mandar a Darwin un ejemplar de *El capital*, con una dedicatoria suya como obsequio de «su sincero admirador».<sup>17</sup>

Fue en esta época (1860) cuando el trabajo de configurar *El capital* a partir de los *Grundrisse* comenzó. Y esto me lleva a mi cuarta consideración. Me da la impresión de que Marx era más autocrítico respecto a su obra anterior de lo que muchos comentaristas admiten. No me entretendré en tratar de desentrañar las diversas sugerencias que han quedado en sus escritos relativas a su insatisfacción por su propio trabajo.<sup>18</sup> Pero a mi juicio la redacción de *El capital* supuso una reestructuración radical de sus materiales, según caminos en parte influidos por *El origen de las especies*. Se ha dicho —lo ha dicho, por ejemplo, Martin Nicolaus, el editor de los *Grundrisse*— que los cambios pueden atribuirse al deseo de Marx de hacer su obra más «popular», más «concreta» y, por ende, de ponerla al alcance de un público más amplio del movimiento revolucionario; sin embargo, «la estructura interna de *El capital* es idéntica, en sus líneas principales, a la de los *Grundrisse*». En éstos, «el método es visible; en *El capital* está deliberadamente, conscientemente oculto ...». No pienso que sea así. Y aún estoy más en desacuerdo con el intento de interpretar la carta de Marx a Engels (15 de agosto de 1863) en la que le refiere el lento avance de *El capital* y le explica que «tuvo que darle la vuelta a todo», como si quisiera de-

cir que «tuvo que subvertir toda la economía política anterior». La frase es la siguiente: «cuando contemplo ahora esta recopilación y compruebo cómo tuve que darle la vuelta a todo, y cómo tuve que elaborar incluso la parte *histórica* a partir de un material que en parte era completamente desconocido»: esto no puede interpretarse de aquella manera. La «subversión» de la economía política anterior ya había sido hecha en los manuscritos de 1857-1858 (*Grundrisse*); lo nuevo era «la parte histórica» y el «darle la vuelta» al resto.<sup>19</sup>

Este darle la vuelta, a mi juicio, consistía no sólo en añadir una dimensión histórica a la obra, y mucha más ejemplificación concreta (derivada de la investigación empírica), sino también en tratar de someter a control y reducir a la explicación racional de los procesos las formulaciones «idealistas» (e incluso autorrealizantes, teleológicas) derivadas del método de abstracción. Lo que se introduce en *El capital*, de una nueva manera, es un sentido de la historia y una concreción de los ejemplos (todo ello acompañado, recordémoslo, de expresiones «extrañas» de ira).

No obstante, Nicolaus no va del todo errado; en parte —concretamente en cuanto antiestructura de la «economía política»— la estructura de *El capital* sigue siendo la misma que la de los *Grundrisse*.<sup>20</sup> Sigue siendo un estudio de la lógica del capital, no del capitalismo, y las dimensiones sociales y políticas de la historia, la ira y la comprensión de la lucha de clases surgen de una región independiente del sistema cerrado de la lógica económica. En este sentido, *El capital* era —y probablemente tenía que ser— un producto de una mezcla de razas teórica. Pero una tal mezcla de razas no es posible en el ámbito de la teoría, como no lo es tampoco en el reino animal, pues no podemos saltar por encima de la fijeza de las categorías ni de las especies. Por lo tanto, estamos obligados a estar de acuerdo con siete generaciones de críticos: *El capital* es una monumental incoherencia. Como economía política pura, se le puede reprochar que introduzca categorías externas; sus leyes no pueden verificarse y sus predicciones han resultado falsas. Como «historia» o como «sociología», se reduce a un «modelo» abstracto, con valor heurístico pero que sigue demasiado obsequiosamente unas leyes económicas ahistóricas.

*El capital* no era un ejercicio de un orden distinto al de la economía política burguesa madura, sino una confrontación radical *en el interior* de ese orden. Como tal, es a la vez la más alta realización de la «economía política» y el signo de la necesidad de su superación por el materialismo histórico. Afirmar lo primero no supone subestimar el logro de Marx, pues es sólo a la luz de este logro como podemos ahora formular este juicio. Pero el logro no *produce* el materialismo histórico, sólo proporciona las condiciones previas para su producción. Un conocimiento unitario de la socie-

dad (que siempre está en movimiento, y que es por lo tanto un conocimiento histórico) no puede conseguirse a partir de una «ciencia» que, como presupuesto de su disciplina, aísla ciertos tipos de actividad sólo para su estudio, pero no proporciona categorías para otros. Y la estructura de *El capital* conserva la marca de las categorías de su antagonista, en particular la propia «economía». En este sentido, es cierto que en *El capital* la «historia» es introducida para proveer de ejemplificación e «ilustración» a una estructura teórica que no deriva de esa disciplina. Aunque reticentemente, tenemos que avanzar algunos pasos hacia las posiciones de Althusser y Balibar. Pero no necesitamos llegar hasta el final, pues tales «ilustraciones» habrían carecido de todo valor si fueran *erróneas*, arrancadas de los relatos heredados «de la historia», y si no fueran objeto de una búsqueda («tuve que elaborar incluso la parte *histórica* a partir de un material que en parte era completamente desconocido») y, a la vez, si no estuvieran sometidas a interrogación de maneras nuevas.

Es más cierto decir que la historia en *El capital*, y en los escritos anejos, es enormemente fructífera *como hipótesis*, y aun así como hipótesis que pone en cuestión, una y otra vez, la adecuación de las categorías de la economía política. Encontramos aquí un verdadero haz de hipótesis, configuradas por proposiciones teóricas consistentes (las presiones determinantes del modo de producción), hipótesis que desde entonces el materialismo histórico ha estado poniendo siempre en obra. Pero ponerlas en obra no ha supuesto sólo «someterlas a prueba» o «verificarlas»,<sup>21</sup> sino que ha supuesto también revisarlas y sustituirlas. Incluso las hipótesis históricas de Marx más elaboradas (por ejemplo, la referente a la lucha por alargar la jornada de trabajo, o al movimiento de las *enclosures* en Inglaterra y su relación con la oferta de mano de obra para la industria), como sus hipótesis más crípticas o complejas (por ejemplo, sobre la transición del feudalismo al capitalismo, o la «revolución burguesa» británica, o el «despotismo oriental» y el «modo de producción asiático»), siempre han estado sometidas, dentro del propio discurso de la demostración del materialismo histórico, a reformas o a cambios mucho más radicales.<sup>22</sup>

¿Cómo podía ser de otra manera? Suponer otra cosa equivaldría a suponer no sólo que todo puede ser dicho de golpe, sino además que la Teoría inmanente (o Conocimiento) halló su milagrosa materialización en Marx, no en su plena madurez, por supuesto (pues tenía que crecer aún hasta alcanzar la estatura de Althusser), pero ya conformada a la perfección y dotada de unas justas proporciones en todas sus partes. Éste es un cuento de hadas que se recita a los niños soviéticos en las clases primarias y que ni siquiera éstos se creen. El libro primero de *El capital* es rico en hipótesis históricas; los libros segundo y tercero lo son menos; la «anties-

estructura» de la economía política se estrecha una vez más.<sup>23</sup> La esperanza de Marx de que él mismo desarrollaría el materialismo histórico en gran medida no se cumplió. Se dejó al viejo payaso Friedrich Engels la tarea de hacer algunos intentos para remediarlo; y el ensayo de éste de antropología histórica, *El origen de la familia* (otra vez la influencia de Darwin!), es considerado hoy por la mayoría de los antropólogos marxistas como una ejemplificación de la infancia más que de la madurez de su conocimiento.

En sus últimos años, Engels, a la vista de lo que había, se alarmó y advirtió las consecuencias cada vez mayores de su gran omisión. Hay «muchas alusiones» a la teoría del materialismo histórico en *El capital* —escribió Engels a Bloch en 1890—, y «Marx escribió pocas cosas en las que no desempeñe algún papel». Pero no escribió nada en donde desempeñara un papel dominante, y había que apelar al *Anti-Dühring* y al *Ludwig Feuerbach* —indicaba Engels a Bloch— como lugares donde podía encontrarse «la expresión más detallada del materialismo histórico que exista, por lo que yo sé». Y el mismo año le decía a Conrad Schmidt:

Hay que estudiar toda la historia de nuevo, hay que examinar individualmente las condiciones de existencia de las diferentes formaciones de la sociedad antes de intentar inferir de ellas las nociones políticas, civiles y legales, estéticas, filosóficas, religiosas, etcétera, correspondientes a ellas. Hasta ahora sólo se ha hecho un poco en este terreno ...

Es tranquilizador meditar sobre la cantidad de actividades humanas (para ninguna de las cuales la economía política proporciona categorías) que vienen incluidas dentro del anterior enunciado. Pero Engels tenía un estado de ánimo cada vez más sosegado:

Demasiados de los alemanes más jóvenes se limitan a utilizar la expresión materialismo histórico (y *cualquier cosa* puede ser convertida en mera expresión verbal) con objeto de lograr que su conocimiento histórico relativamente pobre (pues la historia económica está todavía en pañales) quede articulado cuanto antes en un sistema coherente, y luego piensan de sí mismos que son algo tremendo.

De modo que Engels consideraba «todavía en pañales» no sólo el materialismo histórico, sino incluso la región de éste más inmediatamente próxima a *El capital*: la historia económica. Ahora le parecía, con creciente urgencia, que la principal debilidad de la inacabada obra crucial de la vida de Marx, *El capital*, consistía en que no era *suficientemente* histórica. Decía a Mehring en 1893:

Sólo hay una cuestión más que falla, y que ni Marx ni yo acertamos a subrayar suficientemente en nuestros escritos, y con respecto a la cual somos ambos igualmente culpables. Se trata de lo siguiente: ambos pusimos —y estábamos obligados a hacerlo— el acento principal en primer lugar en la derivación de las nociones políticas, jurídicas y otras de carácter ideológico, y de las acciones que tienen lugar por intermedio de estas nociones, a partir de hechos económicos básicos. Pero al hacerlo así, subestimábamos el lado formal —o sea, la manera en que tienen lugar estas nociones— en aras del contenido.

«Es la historia de siempre», continuaba diciendo Engels: «la forma siempre es subestimada al principio en beneficio del contenido». Pero este desacierto había dado pábulo a las críticas de los «ideologistas», con su

idea fatua ... según la cual por el hecho de negar un desarrollo histórico independiente de las diversas esferas ideológicas que desempeñan algún papel en la historia, también les negamos todo efecto en la historia. La base de esta idea es la corriente concepción adialéctica de causa y efecto como polos rígidamente opuestos, la total ignorancia de la interacción ...

Las cartas son conocidas, y hay quien puede preguntarse por qué las repito yo ahora. Lo hago para subrayar, en primer lugar, el inequívoco reconocimiento por parte de Engels de que Marx había *asumido* una teoría del materialismo histórico que ni había planteado plenamente ni había empezado a desarrollar. En lo que respecta a una parte de esa propuesta teórica, verdaderamente dependemos de las últimas cartas de Engels. Althusser ridiculiza estas cartas, pero es curioso advertir que él pueda, simultáneamente, tomar prestadas nociones de importancia central para su pensamiento (como «autonomía relativa» o «determinación en última instancia») que figuran al lado mismo, en la misma carta, de fragmentos que él satiriza. Añadiré que estas cartas nos eran tan familiares, a mí y a colegas míos unidos por la práctica del materialismo histórico, en 1948 como en 1978, y que constituyen el punto de partida desde el cual *empezamos*. No tuvimos que esperar a Althusser para descubrir que los problemas *críticos* residen en el área de la «autonomía relativa», etc.; estas expresiones apuntaban hacia los problemas que entonces destacábamos en nuestra práctica para someterlos a examen. Volveré sobre esta cuestión, pues indica una tradición marxista muy distinta a la de Althusser.

La segunda razón para repetir estas cartas es que en ellas vemos que Engels indica correctamente —según creo— el espacio del más grande (y el más peligroso y ambiguo) de los silencios reales que dejó Marx al morir, y que pronto iba a quedar sellado al morir también él. Pero en el mismo momento, y en los mismísimos términos en que toma en consideración

esta teoría ausente, revela ya la inadecuación de sus propios términos. Pues las «nociones políticas, jurídicas y otras de carácter ideológico» no pueden ser derivadas de «hechos económicos» en el interior de un discurso de economía política tan estricto que sus propias definiciones de «lo económico» no permitan el acceso a tales datos extraños. Y la idea de que los conceptos del marxismo deberían ser categorías históricas y «sujetas a cambio y transformación» causaría estragos en las credenciales del marxismo como «ciencia» exacta del modo de producción capitalista. De modo que Engels está diciendo, en efecto, que el materialismo histórico y la economía política marxista no han logrado encontrar un engarce común ni un vocabulario teórico capaz de abarcar a la vez proceso y estructura; que el marxismo está en peligro de quedar aprisionado en las categorías de *El capital*; pero que la presión del materialismo histórico incipiente puede verse dentro de su estructura (tanto en sus *inconsistencias* como en sus hipótesis), presión que él podía refrendar (a partir del resto de la obra de Marx y a partir de su prolongada colaboración en un proyecto común). Deseaba, en esas últimas cartas, dar al materialismo histórico una cédula de liberación respecto de la estructura de los viejos *Grundrisse*, pero no pudo resolver los problemas teóricos planteados en la tarea ni hallar los términos para hacerlo. El materialismo histórico posterior, en su práctica —pero insuficientemente en su teoría—, ha tratado de operar bajo esta cédula de liberación. Althusser y sus colegas tratan de retrotraer el materialismo histórico a la prisión de las categorías de la economía política.

Creo que los economistas marxistas contemporáneos tienen razón al advertir que «en *El capital* ... Marx usa repetidamente el concepto de circuito del capital para caracterizar la estructura de la economía capitalista», y, más aún, de la sociedad capitalista en general.<sup>24</sup> Pero el materialismo histórico (tal como fue asumido como hipótesis por Marx y tal como posteriormente ha sido desarrollado en nuestra práctica) también ha de tener que ver con otros «circuitos»: los del poder, de la reproducción de la ideología, etc., y éstos pertenecen a una lógica diferente y a otras categorías. Además, el análisis histórico no deja espacio para la contemplación estática de «circuitos», sino que está inmerso en momentos en que todos los sistemas funcionan a la vez y en que cada circuito suelta chispas en sus contactos con los otros. De modo que Engels, en este sentido, se equivocaba: no es cierto que él y Marx subestimaran «el lado formal —o sea, la manera en que tienen lugar estas nociones— en aras del contenido». Era, más bien, el desarrollo excesivo del lado formal, en la «antiestructura» de la economía política, lo que en su génesis y en su forma se derivaba de una construcción burguesa, y lo que confinaba el contenido histórico real dentro de formas ilícitas e intransitables.



Nuestra tarea ha de ser ahora abordar este problema desde un punto de vista distinto: la disyuntiva heurística entre «estructura» y «proceso». Pero, ¿podemos antes despedirnos de nuestro viejo payaso? Actualmente es de rigor convertir a Engels en víctima propiciatoria e impugnar en él cualquier cosa que uno decide impugnar en otros marxistas posteriores. De todo esto se ha escrito ya, y por obra de muchas manos, y no hace falta que insista nuevamente.<sup>25</sup> Estoy dispuesto a aceptar que varias de las acusaciones valen. Así, creo que es cierto que en sus escritos: 1) Engels dio crédito a la teoría epistemológica del «reflejo»;<sup>26</sup> 2) introdujo un paradigma de «proceso natural» (un darwinismo mal aplicado) en su obra antropológica e histórica, que derivó hacia un evolucionismo positivista; y 3) introdujo sin duda —como hizo Marx, lo cual es igualmente indudable— nociones historicistas de un desarrollo legaliforme y predeterminado. Éstas son acusaciones graves, si bien no puedo aceptar los alegatos que siempre establecen la inocencia de Marx y Lenin, dejando a Engels solo en el banquillo. Y a estas acusaciones yo he añadido las mías propias, que son sin embargo más marginales, en cuanto a la influencia desafortunada e imprudente de Engels sobre el incipiente movimiento socialista británico.<sup>27</sup> Pero, una vez dicho esto, ¡qué persona tan extraordinaria, entregada y versátil era! ¡Cuán de cerca siguió los acontecimientos de su época, cuánto se arriesgó —a menudo más que Marx— en combates con el pensamiento histórico y cultural de su tiempo, con qué profundidad y pasión se comprometió con un movimiento que se estaba extendiendo por los cinco continentes, y con cuánta generosidad se entregó en sus últimos años a los escritos de su viejo amigo y a la incesante correspondencia del movimiento! Si a veces nos vemos llevados a aprender de sus errores, probablemente él esperó que sucediera así. Y las cartas «revisionistas» de su última década son el motivo menos grave por el que quepa convertirlo en víctima propiciatoria.

Los jóvenes suelen dar por evidente que lo más viejo es peor que lo más joven, pero no veo que Engels ejemplifique esta afirmación general. El «general», en su última década, no renegó de las tesis de su juventud; más bien habló con nostalgia de «los días de pujanza» de la década de 1840, y a la luz de la sabiduría y de los presentimientos de la edad advirtió que había algo en el movimiento joven de los años 80 y 90 que se estaba apartando de las intuiciones de sus tesis primitivas y de las de Marx. Si por algo hay que castigarle, son precisamente estas últimas cartas de puntualización y advertencia las que dan menos motivo para el castigo. Admitimos que las cartas planteaban muchos problemas pero no los resolvían; pero si las advertencias hubieran sido plenamente atendidas, la historia del marxismo habría podido ser diferente. No permitiré que después de todo Friedrich

Engels sea desechado como un payaso senil. Hasta el final de su vida hay que tomarlo como él hubiera deseado: con su gran sensatez, con sus errores, con su amplitud de miras (aunque con excesiva posesividad «de familia») para comprender el movimiento, todo mezclado.

## Notas

1. K. Marx, *El capital* (ed. inglesa), 1938, p. xviii.
2. Es significativo que Althusser pase por encima del más serio error epistemológico de Engels (la «teoría del reflejo») sin ninguna crítica. Pues la crítica de la misma le habría llevado a: 1) una consideración de todo el problema del «diálogo»; 2) una consiguiente crítica de Lenin (véase la nota 6), y 3) a una autocritica que debiera haberle llevado a la autodestrucción, ya que su propia epistemología (con sus Generalidades I acudiendo sin ser llamadas ni sometidas a crítica) es una especie de teoría del reflejo «teoricista», reproducida de una forma idealista.
3. K. Marx, *Grundrisse* (ed. inglesa, Pelican, Gretna, 1973), p. 461.
4. El libro I de *El capital* («La producción capitalista») apareció, como es natural, antes que los libros II y III, y en la edición inglesa preparada por Engels llevaba el subtítulo de «Un análisis crítico de la producción capitalista».
5. Cuando hice esta observación evidente en 1965 fui severamente increpado por mi «visión increíblemente empobrecida de la obra de Marx» (Perry Anderson, «Socialism and pseudo-empiricism», *New Left Review*, 35, enero-febrero 1966, p. 21). Entonces yo no había leído los *Grundrisse*. La observación, a mi juicio, queda ahora corroborada sin discusión posible.
6. Marx a Lassalle, 22 febrero 1858: «La cosa avanza muy lentamente porque tan pronto como uno trata de hacer un balance final de cuestiones que uno se ha propuesto como objeto principal de estudio durante años, revelan cada vez nuevos aspectos y exigen una consideración renovada» (*Selected correspondence*, p. 224). Pero siete años antes Marx había asegurado a Engels que «en cinco semanas acabaré con todo el cagajón económico». Después se proponía lanzarse «a otra ciencia ... Empleo a cansarme de aquella». Citado en David McLellan, *Karl Marx. Su vida y sus ideas*, Crítica, Barcelona, 1977, p. 325.
7. Por supuesto sé que se trata de una temática controvertida sobre la que se han desplegado docenas y docenas de libros y tesis. Aquí me limito a exponer mi propia conclusión. Althusser ve también *El capital* como una obra de economía política (ciencia marxista), si bien él lo considera un mérito: «la teoría de la economía política, de la cual *El capital* es un ejemplo ... considera sólo una parte relativamente autónoma de la totalidad social» (I.C, I, p. 137). También concede que si el capítulo I de *El capital* no se lee en el sentido que él le atribuye, entonces «nos hallaríamos ante una obra de esencia hegeliana» (*ibid.*, p. 159). Repetidamente insiste en que el objeto de *El capital* no es la teoría ni las formaciones sociales, sino el modo de producción capitalista (por ejemplo, en LF, p. 76, y PH, p. 186). Colletti cree que el problema (¿hace Marx una crítica de la economía política burguesa o de la economía política como tal?) no queda resuelto; véase la entrevista en *New Left Review*, 86 (julio-agosto 1974), pp. 17-18. Castoriadis, examinando sustancialmente el mismo problema concluye lisa y llanamente que la teoría económica marxista es insostenible; véase *Telos*, 23 (1975), esp. pp. 143-149.
8. K. Marx, *Grundrisse*, ed. cit, p. 459; la cursiva es mía.

9. K. Marx-F. Engels, *Collected works*, Lawrence & Wishart, Londres, I, p. 510.
10. *Grundrisse*, ed. cit., p. 276. Roman Rosdolsky, *The making of Marx's «Capital»*, Londres, 1977, ha hecho un análisis definitivo de la estructura hegeliana de los *Grundrisse* y del estatuto central de que goza el concepto de «capital en general», estatuto que conserva su centralidad en *El capital*. La cuestión viene planteada a lo largo de toda la obra, pero véase esp. pp. 41-52, 367-368; adviértase también cómo subraya, de manera plenamente justificada, que «el modelo de una sociedad capitalista pura en la obra de Marx ... representó un recurso heurístico cuya finalidad era contribuir a ilustrar las tendencias de desarrollo del modo de producción capitalista, libre de «todas las circunstancias concomitantes perturbadoras»» (p. 493). Véase también I. I. Rubin, *Essays on Marx's theory of value*, Detroit, 1972, p. 117.
11. *Ibid.*, p. 278. Pasajes así refuerzan con su autoridad la visión de Althusser sobre la historia como un «proceso sin sujeto».
12. *Ibid.*, p. 101. Ahora existe, naturalmente, una abundantísima bibliografía sobre la relación Hegel-Marx. El intento de Althusser de negar la influencia hegeliana sobre *El capital* no le ha sobrevivido. Para mis fines, quiero subrayar la prolongada y continua influencia hegeliana en esos años críticos: para el período 1857-1858, véase McLellan, *op. cit.*, pp. 349-350; para los años 1861-1862, véase «Marx's précis of Hegel's doctrine of being in the Minor Logic», *International Review of Social History*, XXII, 3 (1977), y también T. Carver, «Marx and Hegel's Logic», *Political Studies*, XXII (1976), y Rosdolsky, *op. cit.*, *passim*.
13. Véase, por ejemplo, Anderson, «Socialism and pseudo-empiricism», pp. 19-21.
14. Cuando Gareth Stedman Jones, en «Engels and the end of classical German philosophy», *New Left Review*, 79 (mayo-junio 1973), se refiere, en la página 25, a «las leyes darwinistas de la evolución», no está claro para mí a qué leyes se alude; si bien es cierto que Engels, en la *Dialéctica de la naturaleza*, veía el proceso de la evolución como algo que ejemplificaba las leyes dialécticas; Darwin en cambio no.
15. K. Marx-F. Engels, *Selected correspondence*, pp. 125-126; las cursivas son mías. Engels había escrito previamente a Marx que Darwin había «acabado con» la teleología, y hablaba de su «espléndido intento ... de demostrar el desarrollo histórico en la naturaleza».
16. *Ibid.*, p. 198. McLellan, por una u otra razón, convierte el «golpe mortal» a la teleología —según expresión de Marx— en golpe a la «teleología religiosa» (cosa que Marx no dijo). Pero también documenta provechosamente las ulteriores críticas de Marx a Darwin (pp. 487 ss.). Estas críticas van desde comentarios a la penetración ideológica de ideas de competición (el «*bellum omnium contra omnes*» de Hobbes) al lamento, muy distinto, de que «en Darwin el progreso es meramente accidental». Lawrence Krader es la única autoridad que conozco que haya dado una definición erudita y exacta del punto en discusión: «La oposición a una ley teleológica y dotada de dirección que rija la naturaleza y el hombre es lo que aproximó a Marx a las concepciones de Darwin»; véase *The ethnological notebooks of Karl Marx*, Assen, 1974, esp. pp. 82-85, pero también pp. 2, 354-355, 392-393. Mientras que Engels empleó sin duda más analogías impropias entre evolución natural y proceso histórico que Marx, el intento de muchos marxólogos recientes de separar a Marx de la común admiración de ambos por Darwin es absurdo.
17. Véase el ensayo de Gerrata, útil aunque excesivamente reverencial, «Marx and Darwin», *New Left Review*, 82 (noviembre-diciembre 1973), pp. 79-80. No obstante, la suposición de que Marx había deseado dedicar un volumen de *El capital* a Darwin se ha demostrado que es falsa. (El correspondiente de Marx en esta ocasión fue Edward Avelin.) Véase Margaret A. Fay, «Did Marx offer to dedicate *Capital* to Darwin?», *Journal of History of Ideas*, XXXIX (enero-marzo 1978); y *Annals of Science*, XXXIII (1976).

18. Se puede citar la advertencia que se hace Marx a sí mismo en un pasaje de los *Grundrisse*, de «corregir el estilo idealista de este análisis».
19. Nicolaus (*Grundrisse*, p. 60) sigue en esto a Rosdolsky. Dado que la obra de Rosdolsky ha sido considerada entre algunos como definitiva, hace falta hacer un comentario crítico de este estudio tan serio y escrupuloso. Su comentario a todo el asunto de la dimensión histórica de *El capital* se reduce a una nota a pie de página (p. 25, n. 56), donde se rechaza la expresión «darle la vuelta a todo», y a breves juicios sobre la acumulación primitiva en los que se ensalzan los análisis históricos y empíricos de Marx por su «vivacidad y aptitud persuasiva» (p. 61), sin volver a hablar más de ellos apenas. En breve, Rosdolsky muestra escaso interés por el materialismo histórico, ve siempre la estructura hegeliana de *El capital* («el capital en general») como un mérito y, por consiguiente, no hace justicia a los críticos, incluidos los críticos marxistas y notablemente Rosa Luxemburg. No tengo competencia para juzgar el *status* de Rosdolsky como teórico economista; pero hay que lamentar que vea *El capital* sólo como ejercicio académico heurístico sobre la teoría económica, y que su estudio no contenga ningún examen de Darwin ni, más en general, del contexto intelectual y político. En suma, se trata de una obra seria pero profundamente ahistórica.
20. Como escribió Rosa Luxemburg en una carta privada desde la cárcel: «el celebrado libro I de *El capital*, con su rococó ornamentación hegeliana, me resulta del todo aborrecible» (*Briefe an Freunde*, p. 85, cit. en Rosdolsky, pp. 492-493). Mientras Althusser celebra precisamente estos elementos «rococó» elevándolos a la categoría de «ciencias», yo comparto el aborrecimiento que por ellos sentía Rosa Luxemburg.
21. Así, Balibar (LC, II, p. 80) declara que *El capital* pone en obra la «hipótesis» del materialismo histórico y «su verificación en base al ejemplo de la formación social capitalista». He aquí un buen ejemplo de la absurdidad general de Balibar. Una hipótesis histórica podría sólo ser «verificada» en la investigación histórica, mientras que —tal como él y Althusser repten *ad nauseam*— el objeto de *El capital* es el modo de producción capitalista y no «la formación social capitalista».
22. Los capítulos «históricos» de *El capital* han tenido por fuerza una influencia formativa superior sobre la tradición británica de historiografía marxista que sobre la de cualquier otro país; y por la misma razón la adopción servil de las hipótesis de Marx fue sustituida bastante pronto por un aprendizaje crítico de las mismas. Un caso interesante es el sugerente capítulo final del libro I sobre «Acumulación primitiva», donde se planteaban cuestiones que fueron reexaminadas por M. H. Dobb en *Studies in the development of capitalism* (1946), dando lugar a su vez a controversias que se resumen y examinan por John Saville en *Socialist Register* (1969). Pero las observaciones de Saville dejan temas abiertos (la acumulación mediante el «saqueo colonial») que están siendo abordados de nuevo desde direcciones varias (Wallerstein, Perry Anderson y los historiadores marxistas indios, como Irfan Habib), que reclaman una renovada atención al papel imperial y colonial de Gran Bretaña. Es de notar que precisamente las hipótesis de Marx más vivas son las que continúan sometidas a interrogación y revisión.
23. El propio Marx tuvo el cuidado, en varias ocasiones, de indicar los límites de esta estructura. Así, el libro III de *El capital* (Chicago, 1909), p. 37, empieza hablando del «proceso de movimiento del capital», y caracteriza el libro I como un análisis del proceso productivo capitalista «prescindiendo de todas las influencias secundarias provenientes de causas extrañas a él». En la p. 968 dice: «... los movimientos efectivos de competencia se salen de nuestro plan ... porque hasta ahora sólo tenemos la organización interna del modo de producción capitalista, por así decirlo, en su término medio ideal». Y así sucesivamente. En otras ocasiones fue menos cuidadoso.
24. Ben Fine y Laurence Harris, «Controversial issues in Marxist economic theory», *Socialist Register* (1976), p. 141.

25. Hay que señalar también la defensa de Engels por Sebastiano Timpanaro, *On Materialism*, New Left Books, Londres, 1976.
26. En cualquier caso, las credenciales positivistas de las ciencias naturales han estado durante mucho tiempo en el centro de la controversia, controversia que Caudwell anticipó en *The crisis in physics* y en *Further studies in a dying culture*.
27. En mi *William Morris, romantic to revolutionary*, Merlin, Londres, 1977 (ed. revisada).

IV

---

## Leyendo y escribiendo historia



# LA HISTORIA DESDE ABAJO

De *THE TIMES LITERARY SUPPLEMENT*\*

Una de las peculiaridades de los ingleses es que la historia de la «gente común» siempre ha sido distinta de la historia inglesa propiamente dicha. En países que han tenido tradiciones predominantemente revolucionarias o populistas la retórica de la democracia ha empapado la historiografía. En la historia inglesa propiamente dicha, la gente de esta isla —véanse la *Poor Law* (ley sobre la pobreza), la *Sanitary Reform* (reforma sanitaria) y la *Wages Policy* (política salarial)— es presentada como uno de los problemas que el gobierno ha tenido que manejar. Hasta el día de hoy son muchos los departamentos de historia universitarios que languidecen bajo el yugo normando y las cátedras se dedican a la descendencia de Guillermo el Bastardo.

Pues bien, hasta hace poco la «historia del laborismo» se ha definido por su antagonismo a esta ortodoxia. Lo que ha sido mucho más que una diferencia de asunto-tema. Es cosa que puede verse en los estilos y métodos: en los marxistas e inconformistas atraídos por ella. Edouard Bernstein, los Webb, Theodore Rothstein, los Hammond, H.N. Brailsford... ninguno va a parar a un puesto universitario convencional. Y varios de los que dieron hace pocos años el mayor impulso a la historia del laborismo eran profesores que, como R.H. Tawney, G.D.H. Cole, Dona Torr y el señor H.L. Beales, tenían una relación de participación inusualmente amplia con un público muy ajeno a los jardines de la academia. Se dedicaron al Ruskin College, al Left Book Club y al Partido Comunista, a la Workers Educational Association, a la temprana publicación de libros baratos y a la Rationalist Press Association (como presidente de la WEA, el profesor Asa Briggs ha heredado parte de esta tradición).

Era una tradición comprometida. Pagó este compromiso con una falta de recursos eruditos. El país con el movimiento laborista más antiguo del

\* «History from Below», en *The Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966. Traducción de Alberto Clavería.



mundo no tiene una biblioteca o institución dedicada a su estudio. Sólo en los últimos años la Transport House y dos o tres de los mayores sindicatos se han ocupado seriamente de la conservación de la riqueza documental de sus sótanos y sedes regionales.

A partir de las actividades durante un lapso de cincuenta años del talentoso librero que fue el difunto Leon Kashnor podría hacerse un comentario sobre la situación de la historia del laborismo. En el período de entreguerras y en los años cincuenta se dedicó casi exclusivamente a la formación de espléndidas colecciones sobre teoría económica primitiva, el jacobinismo inglés, el cartismo y demás, que vendió en Moscú, Estados Unidos, Amsterdam, Japón y Australia y al Instituto Feltrinelli de Milán. En este país no se vendió ni una colección.

Afortunadamente Londres está bien provista. En ella están el gran acúmulo de material del Museo Británico, la Goldsmiths' Collection de la universidad de Londres y la colección iniciada por los Webb y ampliada por una serie de estudiosos y bibliotecarios en la London School of Economics. Pero ninguna biblioteca provincial dispone de material que pueda competir con lo mejor de las colecciones de Kashnor. Y cualquier historiador inglés que quiera dedicarse a un estudio comparativo serio hará mejor en sacar un billete para Wisconsin, Columbia, Moscú, Milán (si volviera a abrirse el Instituto Feltrinelli) o el Institute for Social History de Amsterdam. Además no se aprecia el menor signo de que esta situación vaya a cambiar, como no sea para peor: pues a medida que año tras año disminuye el suministro, el apetito de libros estadounidense se va haciendo más feroz. Un librero londinense especializado en este campo y cuyos precios son de cuidado apenas se digna permitir a los bibliotecarios ingleses que echen un vistazo a sus catálogos. Y hace varios años, cuando parte de los manuscritos y libros del cartista y republicano W.J. Linton —perteneciente a la estirpe de grabadores radicales que va de Blake y Bewick hasta Walter Crane— se pusieron a la venta, se volatilizaron discretamente y fueron a parar a Milán y a Estados Unidos.

Pese a todo esto la historia del laborismo y de los sindicatos son actualmente campos con un alto nivel de ocupación; y en los seis últimos años la Society for the Study of Labour History (con su asociado escocés) ha reunido a investigadores de la antigua tradición comprometida con estudiosos a quienes este compromiso parece ajeno o incluso indebido. Es mucho lo que esta sociedad debe a los primeros editores de su *Bulletin*, el profesor Sidney Pollard y el doctor Royden Harrison, que le confirieron prestigio por su cuidadosa labor documental y bibliográfica.

Gran parte de la labor reciente ha consistido en llenar los espacios vacíos y corregir los bosquejos de los mapas dejados por los Webb y por G.D.H. Cole (de hecho John Saville ha dedicado varios años a preparar un diccionario biográfico del laborismo que tiene su origen en notas dejadas por Cole). Desde 1949 se han publicado no menos de nueve tomos sobre la organización nacional o regional de los mineros; entre los más interesantes se cuentan el exhaustivo estudio por J. E. William de *The Derbyshire Miners* y el estudio de E. W. Evans sobre *Mabon*, el dirigente de los mineros galeses. Se han añadido al estante cierto número de historias de sindicatos o industrias concretos bien hechas, entre ellas *The Foundry Workers* (J. Fyrth y H. Collins), *The Lace-Makers' Society* (N. H. Cuthbert) y *The Railwaymen* (P. Bagwell, sobre el NUR.). La *History of Labour in Sheffield* de Sidney Pollard, de mucho peso, ha mostrado el valor de un planteamiento regional, y los sindicatos se consideran no desde el punto de vista de su cuartel general nacional o de su conferencia anual, sino en un contexto industrial abundantemente documentado.

Una influencia que puede apreciarse claramente en algunas obras contemporáneas es la de la historia en tanto que relaciones industriales. Mientras aún se hace el viejo camino encantador demorándose en los años de la posguerra, la nueva Ciudad Deliciosa es vista como un estado de la situación en que un movimiento sindical racionalizado y disciplinado, gobernado por un TUC automatizado y que mira al futuro (que para sus reuniones políticas recurre siempre que hace falta a consejeros económicos cualificados), se integra profundamente en los órganos del estado y de los empleadores imponiendo una política salarial impecable y teniendo controlados a los alborotadores entre nosotros. Este mito, como todos los mitos, presenta una dificultad: qué sólo resulta convincente si se prescinde de buena parte de la verdadera historia. Las tempranas y tempestuosas historias de los sindicatos son consideradas como molestias de dentición: la patente preocupación política de las TCU y de los primeros Trades Councils es considerada una desviación indebida de la senda autorizada. Mientras que este marco puede detectarse ocasionalmente en el primer tomo de la sobria y sólidamente documentada nueva historia del *trade unionism* a partir de 1889 de H. A. Clegg, Alan Fox y A. F. Thompson, los autores cuidan de mantenerlo controlado: si bien en la perspectiva empobrecida del contexto político y social del movimiento laborista se da una pérdida, en el conocimiento cercano del contexto industrial y administrativo se da una ganancia compensadora. Tampoco es inevitable que el estudio de las relaciones industriales nos conduzca al objetivo del estado corporativo wilsoniano. Parte del mismo material histórico ha sido manejado por V. L. Allen con una intención diferente; B. Pribicevic ha aplicado el interés de un estudio-

so yugoslavo por el control de los trabajadores al análisis del movimiento de los representantes sindicales en 1910-1922 (este campo general ha atraído recientemente a otros investigadores titulados); si bien quizá el más original de todos los nuevos estudios sobre la historia sindical sea *Trade Union Growth, Structure and Policy*, de H. A. Turner. En este estudio de los sindicatos algodoneros de Lancashire el profesor Turner combina de manera novedosa el análisis narrativo, el comparativo y el estructural. Se trata de un libro que estimula al lector a reconsiderar conclusiones establecidas más allá del tema del propio autor.

Quienes deseen estar al tanto de las obras publicadas pueden consultar la bibliografía de la pulcra y exhaustiva *History of Trade Unionism* de Pelican, obra de H. M. Pelling; o, para un admirable análisis crítico, «Trade Union Historiography» de E. J. Hobsbawm, en el *Bulletin* de la sociedad de primavera de 1964. *Labouring Men*, también del doctor Hobsbawm, con su excelente estudio sobre los trabajadores del gas, es el principal libro aparecido con posterioridad a su propio artículo.

Cuando pasamos de la historia de los sindicatos a la del laborismo el tema pierde coherencia. Desde luego, se puede hacer referencia a la acumulación de trabajo en la zona general cartografiada por Cole. (La Historical Association acaba de publicar un panorama de obras recientes sobre el movimiento cartista muy útil realizado por F. M. Mather.) Acaso sea de más utilidad —aunque suponga ignorar mucha labor válida en el campo tradicional— indicar algunos de los modos en que actualmente están desguazándose las convenciones más antiguas sobre la historia del laborismo.

Los márgenes del tema se han vuelto tan borrosos que en el mismísimo momento en que la historia del laborismo ha hallado expresión institucional en su propia sociedad, el sentido de la palabra se está poniendo en tela de juicio. Se ha producido un desplazamiento del interés de las instituciones del laborismo (y sus dirigentes e ideología aprobados) a la cultura del pueblo trabajador.

Lo que era la historia del laborismo puede convertirse de hecho en un gran campo de pruebas para la sociología histórica. Lo cual no supone —y sería deplorable que así fuera— la adopción mostrenca de la terminología y de las categorías carentes de elaboración de una escuela sociológica favorecida y su imposición al conocimiento histórico existente. Donde tal cosa se hace ambas disciplinas resultan dañadas. Es en mayor medida una cuestión de interpretación mutua por medio de la cual el historiador encuentra en los escritos de sociología contemporánea problemas nuevos o nuevos modos de mirar los problemas viejos, se dedica a su investigación

con una actitud fecundada por conceptos sociológicos y al mismo tiempo desconfiada respecto de las categorías sociológicas, para llegar a resultados que (espera uno) pueden añadir a su vez a la teoría sociológica una dimensión histórica.

Actualmente hay algunas muestras de este tipo de trabajo en Francia, Italia y Estados Unidos; y además de *Annales ESC*, entre las revistas que están en su estela se cuentan *Comparative Studies in Society and History*, *Le Mouvement Sociale*, *Sociologie et Travail* y *Economic Development and Cultural Change*. De modo un tanto más empírico también están dándose en Inglaterra. Uno de los resultados de la disolución de una definición institucional de la historia del laborismo es que súbitamente vuelven a abrirse los límites cronológicos. Así como algunos historiadores de los siglos xvi y xvii tienden puentes que enlazan con la revolución industrial, del mismo modo algunos de nosotros hemos dejado de «empezar» en 1789 o 1832 para abrir una galería y retroceder hacia ellos. Así, el estudio de Christopher Hill sobre «The Uses of Sabbatarianism» en *Society and Puritanism in Pre-revolutionary England* trata aspectos destacados del tema de la ética puritana y la disciplina laboral. Éste fue además el tema de una conferencia convocada hace dos años por *Past and Present* y en la cual Keith Thomas ofreció un sugerente documento sobre «Work and Leisure in Pre-Industrial Society». Pero esto también guarda relación con una creciente preocupación entre los cultivadores de la historia económica por la temprana disciplina fabril, de la que son muestra los notables estudios de N. MacKendrick (sobre Wedgwood) en *Economic History Review* y de Pollard («The Adaptation of Labour», en su *Genesis of Industrial Management*).

Acabamos de empezar: una vez visto el problema de este modo, las relaciones se ofrecen por sí mismas por doquier. Por mi parte he sugerido que es posible considerar el metodismo temprano desde el mismo punto de vista, saliendo así del marco de metodismo-haleviano-o-revolución. El tema también está relacionado, aunque más lejanamente, con las funciones del sabbatarianismo y del Temperance Movement en la Inglaterra victoriana a que dedica sus investigaciones Brian Harrison desde hace varios años. Y por un camino aún más indirecto puede relacionarse con la interesante investigación sobre las costumbres sexuales victorianas publicada por Peter Cominos en la *International Review of Social History*. Está relacionado por otra parte —aunque en este caso nos pasamos a un tema que puede definirse independientemente— con la naturaleza de los desórdenes populares desde el siglo xvii hasta principios del xix (me acuerdo del reciente trabajo de George Rudé, Barrie Rose, A. J. Peacock, G.A. Williams,

D. V. D. Jones y Hobsbawm, entre otros) y con los modos en que parece cambiar el carácter social de la multitud según entramos en la revolución industrial, muriendo antiguas pautas de comportamiento (como los desórdenes de clase por el establecimiento de los precios de las subsistencias) y apareciendo nuevas pautas de agitación institucionalizada.

En este punto, desde luego, se desmoronan no sólo las viejas definiciones de tiempo, sino también las viejas definiciones de lugar. La disciplina laboral o los desórdenes debidos a las subsistencias no pueden estudiarse en tanto que fenómenos ingleses, como puedan serlo la Grand National Consolidated Trades Union o la Fabian Society. Los historiadores ingleses están aprendiendo de los franceses historiografía y técnicas para el análisis de los desórdenes, y tienen la suerte de disponer de Rudé y de Richard Cobb como intérpretes. (Hay que decir, de todos modos, que el estudio comparado es decepcionante si se avanza con rapidez excesiva: frecuentemente las semejanzas surgen de la historia, mientras que las diferencias sólo salen a la luz tras atenta investigación; y varios de los capítulos ingleses del popular *The Crowd in History* de Rudé —sobre el ludismo, sobre el cartismo e incluso sobre los desórdenes ingleses debidos a las subsistencias— están basados en investigaciones deficientes para las elevadas exigencias por él mismo instauradas.)

Si volvemos al tema de la disciplina laboral o al de los cambios de los roles familiares, de las pautas del ocio y de los valores de la comunidad durante la industrialización, el campo para el estudio comparado parece inacabable. Basta con fijarse por ejemplo en los estudios de Walter Elkans sobre la adaptación al trabajo en Uganda, o en el estudio de Beate Salz sobre Ecuador (en *Economic Development and Cultural Change*) para que surjan de sus páginas paralelismos con la Inglaterra o la Irlanda de los siglos xvii y xviii. La familiaridad con los estudios antropológicos sobre los mercados campesinos y tribales, como *Markets in Africa* de Bohannon y Dalton, nos prepara para volver a considerar todo el complejo de mercados y ferias de la Inglaterra preindustrial y para verlo como un nexo no sólo económico, sino también social.

Y sin embargo son pocos los historiadores que han hecho algo más que señalar este campo de comparaciones (es el caso del profesor Habbakuk y el doctor D.C. Coleman); por su parte sociólogos estadounidenses como los profesores Hoselitz y Wilbert Moore, que escriben sobre problemas de adaptación al trabajo en publicaciones de la Unesco, se han contentado con unos pocos e inexactos recuerdos históricos. Y, lo que es peor, algunos sociólogos occidentales están dispuestos a reducir a unas pocas frases tran-

quilizadoras más de un centenar de años de doloroso conflicto de transición, a dirigir a países en vías de desarrollo prédicas sobre «racionalidad» y «aspiraciones de realización y movilidad» y a desalentar cualquier análisis benévolo de los primeros movimientos laboristas aplicándoles términos supuestamente objetivos (pero en realidad profundamente estimativos), como «síntomas de disturbios».

Hoy día esta zona de comparación es todo un reto y una de las que más precisan de disciplina histórica. Mañana —o quizá de aquí a dos semanas— de repente el tema se pondrá de moda y oiremos hablar de él en la segunda cadena. En ese momento sus credenciales habrán de ser examinadas muy de cerca. Pues es probable que tal cosa suponga una proliferación extraordinaria de jerga pretenciosa, mientras la investigación histórica, que es aburrida y poco emocionante, seguirá detrás renqueando lentamente. Pero así como la sociología de la industrialización pudo vérselas con más historia, la historia económica de la revolución industrial necesita a todas luces algo de sociología.

Desde luego, algunos de los trabajos más válidos y rigurosos sobre aspectos cuantitativos de historia del laborismo se han publicado, y siguen publicándose, en la *Economic History Review* y en el *Journal of Economic History*. A estas alturas mi animadversión hacia estas distinguidas publicaciones es notoria; pero ya disponen de sus propias páginas, así como de un docena de departamentos de historia económica (de los cuales al menos la mitad están rigurosamente orientados a la cuantificación del desarrollo económico) desde donde defenderse. Volveré a dar mi opinión. En recientes estudios que han sido publicados se nos informa de que Speenhamland era una modalidad de asistencia benéfica que se ocupaba del desempleo crónico; de que la sugerencia de que los tejedores amenazados se inclinaron masivamente por el radicalismo y el cartismo es una hipótesis no atestiguada, y de que la noción de que los cercados hicieron sufrir a la gente común es una exageración sentimenta. Todos estos estudios son interesantes, pero en el primer caso no hay pruebas de que el autor haya consultado los archivos de un inspector de los pobres; en el segundo no parece haberse desatado ni uno de los relevantes legajos del Public Record Office, que proporciona pruebas aplastantes de las afiliaciones políticas de los tejedores; y en el tercer caso he de señalar que a todos esos departamentos de historia económica en sus décadas de existencia al parecer no les ha parecido de interés animar a un estudiante investigador a examinar las muy abundantes pruebas (desórdenes causados por los cercados, solicitudes, cartas anónimas y derribo de verjas) del descontento popular causado por los cercados.

Al llegar a cierto punto uno deja de defender cierta concepción de la historia: tiene que defender la propia historia. No ha de permitirse que quede sin criticar una metodología cuantitativa que hace caso omiso (por «literarias» o «atípicas») categorías enteras de pruebas. La revolución industrial no sólo conllevó un cambio de ritmo del crecimiento económico; conllevó además cambios de mayor alcance en el modo de vivir de la gente. Conceptos económicos como *time-preference* («preferencia temporal») y *backward sloping labour supply curve* («curva de bajada del suministro de trabajo») son tentativas (algo torpes) de describir problemas sociológicos de mayor amplitud.

El doctor R. M. Hartwell ha escrito recientemente en un estudio metodológico: «La sociología no ayuda al historiador de la revolución industrial». Si con esto quiere decirse que la única historia con sentido de la revolución industrial es una historia cuantitativa del crecimiento purgada de cualquier contenido social, se trata de una declaración autojustificatoria. La mera pretensión de introducir pruebas sociológicas ha de ser inadmisible, pues dichas pruebas desafiarían la autoridad del tribunal, o al menos sus pretensiones de jurisdicción global. Y si bien las intenciones son malinterpretadas, tal es, al menos, la impresión producida por la orientación general de obras de gran eminencia y ortodoxia. En el prefacio al cuarto volumen de la *Cambridge Economic History of Europe*, los editores explican que el primer volumen está dedicado a la población, la expansión territorial, el transporte y el cambio tecnológico; el volumen segundo se ocupa de los factores de la producción y las funciones empresarial y directiva; mientras que el tercer y más lejano volumen «estará dedicado principalmente a las políticas económica y fiscal, y quizá también a los cambios sociales que implica el desarrollo económico del mundo moderno». En ese «quizá» tenemos a la pobre infantería ensangrentada de la revolución industrial, sin cuyo trabajo y destreza ésta no hubiera pasado de ser una hipótesis sin probar. Resulta extraordinario que la historia económica, que en los tiempos juveniles del profesor Postan amenazaba seriamente a la historia inglesa propiamente dicha, haya llegado a ser su encarnación contemporánea. Felizmente el largo y sugerente ensayo del principal colaborador del primer volumen, el profesor David Landes, ofrece —como Phyllis Deane en su libro *The First Industrial Revolution*— un escrito algo más amplio que el de los editores.

He desarrollado el tema de la industrialización con extensión desproporcionada porque puede ilustrar ciertos aspectos de método: las potencialidades de la historia social del laborismo tras haber roto su anterior molde institucional y algunas de las resistencias intelectuales e institucionales. Pero

los ejemplos bien pueden haberse tomado de otras muchas zonas. La historia comparada ya empieza a adquirir cierta consistencia. Ha aportado un renovado interés por los movimientos milenaristas de Gran Bretaña en el siglo XIX. J. F. C. Harrison, un cerebro emigrado, ¡ay!, a Wisconsin, está terminando un estudio comparado sobre pensamiento owenista y colectividades en Gran Bretaña y Estados Unidos; el estudio de Henry Collins y Chimen Abramsky sobre el contexto británico de la Primera Internacional fue una contribución esencial a un tema internacional.

La historia de la cultura popular también sigue atrayendo un interés que va de los estudios históricos a los literarios: hay señales de que acaso pase pronto del estudio de la prensa y las lecturas populares laboristas a una nueva valoración, que lleva algún retraso, del folclore y la poesía popular. Harold Silver y Brian Simon han colmado nuestro conocimiento de la influencia socialista (owenista) y laborista sobre la evolución de la instrucción popular. Otra área de desarrollo es el estudio de la religión popular; no tanto un estudio de dimensiones nacionales o la historia de iglesias y sectas concretas como el microestudio de la composición social y el papel efectivo del metodismo en Cornualles o Shropshire o del Ejército de Salvación en Londres. La influencia de la historiografía francesa —y en especial de *Classes Laborieuses, Classes Dangereuses* de Chevalier— puede apreciarse en varias tesis de licenciatura en preparación: es probable que resulte de ello un importante trabajo sobre la descuidada historia social del Londres decimonónico y avances en los estudios demográficos y en la historia social del delito. Además este tipo de influencias son detectables en obras que a primera vista parecen mantenerse plenamente en el territorio convencional de la historia del laborismo.

Mientras H.A. Turner estudia un tema convencional (los sindicatos algodonereros) de modo sumamente original, Royden Harrison, en su *Before the Socialists* escoge un tema del corazón de la historia del laborismo, se apodera de cualquier nueva técnica que le parezca válida y apropiada para su inteligencia predominantemente histórica y vuelve al análisis político, al que aporta una nueva importancia. En un capítulo como «El 10 de abril y Spencer Walpole», que trata del equilibrio de fuerzas de clase en vísperas del Reform Bill de 1867 y de las diferentes posturas ideológicas defendidas por los partidarios y los opositores de la reforma, no es que haya un remedo de Marx, sino el aroma de la templada inteligencia del propio viejo.

Harrison, que ha escrito además sobre los portavoces del laborismo que no apoyaron al norte durante la guerra civil estadounidense, nos recordará de qué otra manera se está desmoronando la historia convencional del labo-



rismo. A fin de cuentas, en sus tiempos Horatio Bottomley tuvo en el pensamiento de algunas gentes trabajadoras tanta influencia como Ernest Bevin: y por cada artesano jacobino que había en Inglaterra en la década de 1790, probablemente había media docena que vociferaban belicosas baladas antigalicánistas. El creciente corpus de obras sobre darwinismo social (estoy pensando en el notable capítulo de Bernard Semmel sobre «The Coefficients») ha practicado este mismo tipo de ceguera, ya insostenible, respecto de la clase trabajadora y del pecado fabiano. Del mismo modo, hay cierto número de puntos en que la historia del laborismo es en el fondo inexplicable a no ser que sepamos muchísimo más sobre la historia *no* laborista. Pese a la labor de Pelling, Tsuzuki, Poirier, Bealey, Miliband, la señora Cole y demás sobre los orígenes del Partido Laborista, en realidad no podemos comprender el período completo entre 1880 y 1914 hasta que se sepa mucho más sobre los partidos Liberal y Conservador y sobre el trabajador completamente apático. Paul Johnson ha empezado a llenar este hueco con un estudio publicado en *Past and Present* sobre el radicalismo de la clase trabajadora londinense a finales de siglo.

He pasado por alto muchas obras y apenas he rozado los muy variados problemas de la historiografía del siglo xx. Lo que actualmente está sucediendo en lo que era la historia del laborismo no es tanto una desintegración como una liberación. En la medida en que estaba confinada a los antiguos congresos, en ciertos aspectos era un alter ego de la English History Proper, historia inglesa propiamente dicha. Ahora que se encuentra suficientemente segura como para salir del reducto en que la pusieron a buen recaudo Cole y sus sucesores, debido a que está más presente se ha hecho más peligrosa para el ámbito constitucional y parlamentario-político establecido. Sin duda es cierto que en la moderna historiografía inglesa hay un impulso muy activo. Quizá en este aspecto le resulte más salutar mantenerse algo desestabilizada, teniendo todavía parcialmente in mente a un público de extramuros. De otro modo tendría éxito y entonces se volvería oronda y adoptaría a su vez costumbres normandas.

# AGENDA PARA UNA HISTORIA RADICAL<sup>1</sup>

De *AGENDA PARA UNA HISTORIA RADICAL*\*

**M**e siento como un impostor aquí, porque durante seis años mi oficio ha estado sumergido en la actividad por la paz y les tengo que explicar a ustedes la posición desde la que ahora hablo. Han sido seis años, no de hacer sólo esto o lo otro de vez en cuando por la paz, sino de una actividad total a tiempo completo, si exceptuamos dos períodos cortos de docencia en este país. En cinco años he dado más de quinientos mítines, asistido a interminables reuniones de comités y visitado diecinueve o veinte países diferentes como emisario del movimiento por la paz. En mi propia casa he tenido un volumen de correspondencia que ha enterrado cualquier otra posibilidad de trabajo. Buena parte de ella han sido papeles fascinantes, cartas que procedían de diferentes partes del mundo. Se está produciendo un curiosísimo renacimiento del internacionalismo, de una forma muy curiosa, que no se da a través de las estructuras normales de los partidos políticos o las instituciones. En parte de forma accidental, hace unos años unos cuantos nombres saltaron a la palestra y se hicieron muy conocidos; entre ellos estaba el mío. La gente encontró mi dirección y me llegaron las cartas.

Algunas cartas deben ser atendidas de manera muy urgente. Pueden proceder del otro lado; pueden proceder de los húngaros independientes o de activistas pacifistas soviéticos perseguidos; pueden proceder del movimiento pacifista de Estados Unidos; pueden proceder de Canadá o Australia o de cualquier otro lugar. Y esto ha significado que realmente he abandonado forzosamente mi oficio de historiador durante un largo período.

No tengo siquiera una entrada válida a la Biblioteca Británica o a la Oficina del Registro Público. Cuando esta mañana pasaba ante la Biblioteca Pública de Nueva York sentí como un cuchillo dentro de mí, la sensa-

\* *Agenda para una historia radical*, traducción de Elena Grau y Eva Rodríguez, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 7-14. («Agenda for Radical History», en *Making History: Writings on History and Culture*, The New Press, Nueva York, 1994.)

ción de cuánto tiempo ha transcurrido desde que tuve la posibilidad de trabajar entre la multitud de cosas que allí hay. Al menos llevo siete años de retraso en mis lecturas, incluyendo las de amigos cercanos, colegas y antiguos estudiantes. Intento volver pero no hay una seguridad garantizada. Ésta no es una posición que se pueda dejar con facilidad. Tengo que decirles que este año, cuando intentaba ponerme a trabajar en *Customs in Common*,<sup>2</sup> de pronto tuve que dejarlo de lado e intentar dominar todo el extraño vocabulario de siglas y la tecnología de la Iniciativa de Defensa Estratégica, y editar y (en parte) escribir un libro sobre la guerra de las galaxias (*Star Wars*, Merlin Press, Londres, 1985).<sup>3</sup>

Pero todo esto ha entrañado también intercambios muy interesantes, y tal vez potencialmente muy importantes, entre el Este y el Oeste. No recomiendo a los demás que sigan mis pasos. Aunque una forma de liberarme, si es lo que quieren hacer, es conseguir más manos que se comprometan en este trabajo internacional. Sé que algunos de ustedes lo harán. ¡Pero espero que todas estas manos no empiecen por escribirme cartas!

No me disculpo. Cuando en mi propio país, como en el suyo, los grupos profesionales empezaron a formar sus propias organizaciones antinucleares, los historiadores tuvieron un ligero problema porque, a no ser que se dedicaran al período posterior a Hiroshima, no había realmente mucha historia con la que los historiadores pudiesen contribuir (pensaban) al movimiento antinuclear. Pero finalmente alguien salió con la pancarta adecuada para los Historiadores contra las Armas Nucleares: «Los historiadores piden que la historia continúe». Y tienen razón. Porque bajo la crítica de esta sombra de la guerra nuclear, cualquier charla sobre historia o cultura se vuelve vacua. Incluso en esta ciudad, uno de los centros de población más densos del mundo, que ahora se va a convertir en una base local para una armada nuclear pirata, los colegas y las facultades de aquí tienen que considerar su posición. Por consiguiente, no quiero de ningún modo ofrecer consejo a los futuros historiadores.

Si vuelvo a mi oficio, o como vuelvo a él, mis preocupaciones son más bien personales: como le decía William Morris a Burne-Jones cuando tenía mi edad, «la mejor forma de prolongar el resto de nuestros días, viejo amigo, es terminar nuestras viejas cosas». Y tal vez en cierto sentido tres de los que estamos en este estrado lo estamos haciendo y no es necesario que nos disculpemos por ello. Estamos completando y ampliando trabajos que iniciamos en algunos casos hace cuarenta o más años. Hace unos cuarenta y cinco años se produjo una ruptura y avance de la historia radical británica, particularmente aliada en este punto a la tradición marxista. (Siento utilizar metáforas militares.) Todavía estamos explotando el terreno que se abrió con aquel descubrimiento. Por lo que a mí respecta, en 1940, cuando

era un estudiante, se produjo a través de la obra de Christopher Hill: su primer estudio breve sobre 1640. A la edad de dieciséis años me senté para escribir un ejercicio, para la sexta clase de historia de la sociedad, sobre la interpretación marxista de la historia y la guerra civil inglesa hojeando la obra de Christopher, de Bernstein, de Petagorsky, los panfletos de Winstanley y tantos folletos de los *levellers* como pude conseguir, y algunos textos de Marx, Engels y Plejanov. Y a ésta siguieron otras rupturas y avances: pensemos en el magnífico ensayo de Eric sobre «The Tramping Artisan». El resto de nosotros seguimos adelante por aquella brecha.

Mis propias «viejas cosas», la mayor parte de las cuales están medio escritas o más que medio escritas, incluyen los estudios de historia social del siglo XVIII, la costumbre, la práctica y la cultura popular, a las que llamo *Customs in Common*, algunas de las cuales se han publicado ya; mi libro, escrito a medias, sobre William Blake; mi obra sobre los románticos en Inglaterra en la década de 1790: el joven Wordsworth, el joven Coleridge, y la declaración y la derrota de la causa de los derechos de las mujeres; y también tengo un libro que espero hacer, acerca de un rincón perdido de los Balcanes durante la segunda guerra mundial.

Si vuelvo, y cuando vuelva, ¿lo haré con una mirada diferente? Pienso que es posible. Tengo que decir honestamente, sin ningún sentido de crítica concreta o de afirmación teórica general, que cada vez estoy menos interesado en el marxismo como un sistema teórico. No soy pro, ni anti; sobre todo estoy aburrido de parte de la discusión que hay. Considero que parte de la discusión es una distracción de los problemas históricos, un impedimento para completar mi trabajo. Perry Anderson y yo tuvimos un debate o, más bien, yo tuve un debate con Althusser; hace unos diez años, y Perry, de una forma generosa y constructiva, hizo un comentario sobre este debate en su *Arguments in English Marxism*. Se me ha preguntado por qué no contesté a Perry. No siento necesidad de contestar a Perry. Pienso que tenía muchas cosas importantes e interesantes que decir. Pienso que lo podríamos llamar un empate. Lego a ustedes la continuación de este debate, si es que se debe continuar.

Sólo diré que Perry hizo dos cosas terribles: defendió a Walpole y mostró un respeto insuficiente por Jonathan Swift. Sobre estos dos puntos podría discutir algún tiempo con él, en particular porque considero que *Los viajes de Gulliver* es la crítica más feroz de las razones del poder que jamás se ha escrito. Todavía tiene una vitalidad extraordinaria. Y si, por razones políticas, intentamos devaluarlo, esto significa que, de algún modo, nuestras categorías son demasiado limitadas.

Aquí hay un problema político muy sencillo. Me resulta difícil decir que mi relación con la tradición marxista se debe a que, en la Gran Breta-

ña de la señora Thatcher, la prensa popular califica de «marxista» cualquier forma de radicalismo. Puedo dar un ejemplo: hace cuatro o cinco años, estaba con mi hija y detuvimos el coche y fuimos a pasear por un bosque de Oxfordshire. Teníamos a nuestro perro, que había visto un faisán. Afortunadamente retuvimos al perro por propia iniciativa cuando vino el guardabosque con una escopeta. Dijo que este bosque no era en la actualidad propiedad de un lord, sino de algún gran banco o institución financiera y que estábamos entrando en la finca de forma ilegal, etc. Yo estuve a punto de retirarme como un inglés respetuoso. Por desgracia, mi hija resultó ser una inglesa libre por nacimiento y empezó a darle bastantes réplicas acerca de los derechos civiles y de la ley de intrusión. Después de lo cual el guardabosque dijo: «¿Entonces ustedes qué son, *marxistas*?». En una situación como ésta, nadie va a negar que es marxista.

Me siento más cómodo con el término «materialismo histórico». Y también con la opinión de que las ideas y los valores están situados en un contexto material, y las necesidades materiales están situadas en un contexto de normas y expectativas; y de que uno da vueltas a este multilateral objeto social de investigación. Desde una perspectiva es un modo de producción, desde otra un modo de vida. El marxismo nos ha dado un vocabulario universal, aunque nos van a llegar algunas sorpresas. Un amigo mío estaba el año pasado en la Unión Soviética. Después de un seminario de historia en el que se trataban temas relativos a la lucha de clases y a las relaciones de clase, unos miembros de la profesión histórica soviética, que no eran «disidentes», le llevaron discretamente a un lado y le dijeron: «Los científicos serios ya no usan el concepto de clase en la Unión Soviética». A medida que se produzca una apertura entre el Este y el Oeste, podremos descubrir que la maleada ideología doctrinaria del pasado estalinista les ha dado tanta dentera a las criaturas, que el discurso se vuelve muy difícil.

Pienso que las categorías provisionales del marxismo a las que se ha referido Perry, las de clase, ideología y modo de producción, son difíciles, pero todavía son conceptos creativos. Pero, en particular, la noción histórica de la dialéctica entre el ser social y la conciencia social —aunque es una interrelación dialéctica que a veces preferiría invertir— es extraordinariamente poderosa e importante. No obstante, también veo en la tradición presiones hacia el reduccionismo, que dan prioridad a la «economía» por encima de la «cultura»; y una confusión radical introducida por la azarosa metáfora de «base y superestructura». Encuentro, en la tradición marxista —ahora hay muchos marxismos—, muchas cosas marcadas por lo que, en última instancia, es una definición capitalista de la necesidad humana, aunque fuera un trastocamiento revolucionario de aquella definición.

Esta definición de la necesidad, en términos materiales económicos, tiende a imponer una jerarquía de causación que da una prioridad insuficiente a otras necesidades: las necesidades de identidad, las necesidades de identidad de género, la necesidad de respeto y posición social entre las mismas gentes trabajadoras. Estoy completamente de acuerdo con todos los que hoy han hablado sobre la necesidad de tratar y ver la historia como una tela completa, como un registro objetivo de actividades relacionadas de manera causal, y también coincido con Perry en que el concepto de causa es extraordinariamente difícil, y que con respecto a él siempre alcanzamos sólo una comprensión aproximada.

Pienso que el énfasis renovado sobre el poder y las relaciones de poder, especialmente en la historia, es correcto. Algunos estudios de la «cultura» olvidan el contexto predominante del poder. Y sin embargo, algo que se ha denominado a sí mismo «marxismo» ha tenido pocas cosas útiles que decir acerca de muchos de los grandes problemas del siglo xx. La tenacidad del nacionalismo; el problema del nazismo en su conjunto; el problema del estalinismo; de la Revolución Cultural china; de la guerra fría en la actualidad, que en mi opinión no está siendo un conflicto entre modos de producción o economías, sino un conflicto que responde a un guión ideológico gastado que amenaza verdaderamente con ser terminal para todos los modos de producción por igual. Pienso que hemos tenido un vocabulario insuficiente para examinar la estructura de las relaciones de poder a través del simbolismo, desde el temor al imperio o la monarquía al actual temor a las armas nucleares. Debemos preocuparnos de manera creciente por descubrir la «racionalidad» de la sinrazón social. Esto no quiere decir levantar las manos y decir «no puede ocurrir nada en la historia», sino más bien encontrar las «razones» de la sinrazón social. Para dar un ejemplo, de entre los pocos artículos que he tenido tiempo de leer recientemente, el que más me fascinó de todos, y que se halla completamente fuera de mi campo, fue un artículo de Inga Clendinnen, publicado en *Past and Present* (mayo de 1985), sobre «The Cost of Courage in Aztec Society».

Y, de nuevo, ¿de dónde vienen la acción, las iniciativas, las ideas e incluso el amor que proceden del vocabulario materialista? Por este motivo estoy tan interesado en Blake y la pelea de Blake con los deístas y los utilitaristas godwinianos. Sus simpatías políticas estaban con muchas de sus posiciones; y, no obstante, al final dijo que debía haber una afirmación, «Amarás». ¿De dónde viene el afirmativo «Amarás»? Esta discusión con el necesitarianismo continúa la vieja discusión de Milton con la predestinación y prefigura la discusión actual con los determinismos y estructuralismos, que son ellos mismos productos ideológicamente modulados de una época derrotada y desilusionada. Si somos capaces de desestructurar la

guerra fría, puede llegar una nueva época de ideas, como en las décadas de 1790 y 1640.

No tengo más que decir excepto que nuestros impulsos radicales están refrenados de muchos modos. Hemos dicho poco con respecto a esto, pero todos lo sabemos. No conozco con exactitud cómo están las cosas en Estados Unidos, pero en Gran Bretaña, en los últimos diez años, percibo un cierre definitivo de la situación. Una falta de originalidad. Un jugar a lo seguro. Una situación en el empleo que es tan difícil que uno percibe una pérdida de vitalidad, una restricción de la iniciativa radical. Y esto se debe en parte a presiones políticas ideológicas directas.

Este simposio puede parecer más bien una invasión anglo-marxista de Manhattan. Recuerdo que hubo un Collège des Hautes Études que, durante la segunda guerra mundial, recibió la generosa acogida de la New School; me pregunto si somos los precursores de un *college* británico en el exilio, refugiados de Mrs. Thatcher.

No quiero decirle a nadie cómo escribir la historia. Deben descubrirlo a su manera. Los que estamos en el estrado nos hallamos tan sujetos a la formación y a las determinaciones de nuestra propia época como cualesquiera otros. Si otros continúan nuestro trabajo, lo continuarán de forma diferente. Lo que en él es radical exige ciertas relaciones entre la academia y la experiencia activa, sea en forma de la educación para adultos o del tipo de trabajo que MARHO y la *Radical History Review* hacen aquí en Manhattan; y también cierto recelo de que la sociedad insensibilizada nos asimile con facilidad, una conciencia de las determinaciones institucionales e ideológicas de las sociedades en las que trabajamos que se fundan en la sinrazón o en las razones del poder y las razones del dinero.

En la década de 1790, Wollstonecraft dijo: «La mente no tiene sexo». Sé que algunas feministas contemporáneas quieren revisar esta posición, porque la mente está profundamente situada en un contexto de género. Pero creo que queremos recordar el asombroso coraje de Wollstonecraft al decir precisamente esto en 1790. Cuando ella dijo que «la mente no tiene sexo», exigía a la vez el acceso de su género al mundo entero de la mente, y además rechazaba cualquier privilegio para su género. Si puedo utilizar una analogía, la historia radical no debería pedir tampoco privilegio alguno. La historia radical pide los niveles más exigentes de la disciplina histórica. La historia radical debe ser buena historia. Debe ser tan buena como la historia pueda serlo.

## Notas

1. La New School for Social Research, al tener conocimiento de que todos los participantes estaríamos en Nueva York al mismo tiempo, invitó a Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Perry Anderson y a mí mismo a participar en una discusión pública, el 20 de octubre de 1985. Ésta es mi contribución. Doy las gracias a la New School y a Margaret C. Jacob, que inició el diálogo. Las otras contribuciones se pueden encontrar en *Radical History Review*, n.º 36, 1986.
2. Hay trad. cast.: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995; reimpresión: 2000. Traducción de Jordi Beltrán y Eva Rodríguez.
3. Hay trad. cast.: *La guerra de las galaxias*, Barcelona, Crítica, 1986.





# SELECCIÓN DE LECTURAS COMPLEMENTARIAS

**P**ara una bibliografía selecta más completa de los trabajos publicados hasta 1993, incluidos los opúsculos y los artículos, véase Harvey J. Kaye y Keith McClelland, «E. P. Thompson: A Select Bibliography», en John Rule y Robert Malcomson, eds., *Protest and Survival: Essays for E. P. Thompson*, The New Press, Nueva York, 1993. (En castellano: *Protesta y sobrevivencia*, Hermann Blume, 1983.)

De los muchos obituarios y artículos más recientes, véanse especialmente:

Palmer, Bryan, *E. P. Thompson: Objections and Oppositions*, Verso, Londres y Nueva York, 1994.

Hobsbawm, E. J., «Edward Palmer Thompson», en *Proceedings of the British Academy*, 90 (1996) pp. 521-539.

Sarkar, Sumit, «The Relevance of E. P. Thompson», en *Writing Social History*, Oxford University Press, Delhi y Nueva York, 1997.

## Libros y recopilaciones de ensayos

*William Morris: Romantic to Revolutionary*, Lawrence Wishart, Londres, 1995; Monthly Review Press, Nueva York, 1961; ed. revisada: Merlin Press, Londres, 1997; Pantheon Books, Nueva York, 1977. (En castellano: *William Morris: de romántico a revolucionario*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1988.)

*The Making of the English Working Class*, Victor Gollancz, Londres, 1963; Pantheon Books, Nueva York, 1964; 2.ª ed. revisada, con un nuevo *postscriptum*. Harmondsworth, Penguin, Londres, 1968; 3.ª ed. con nuevo prefacio: 1980. (En castellano: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989, 2 vols.)

*Whigs and Hunters: The Origins of the Black Act*, Allen Lane, Londres, 1975; Pantheon Books, Nueva York, 1975; reeditado con un nuevo epílogo, en Penguin, Harmondsworth, 1977.

*The Poverty of Theory and Other Essays*, Merlin Press, Londres, 1978; Monthly Review Press, Nueva York, 1978. (En castellano: *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981.)

*Writing by Candlelight*, Merlin Press, Londres, 1985.

*Zero Option*, Merlin Press, Londres, 1982; publicado en Estados Unidos como *Beyond the Cold War: A New Approach to the Arms Race and Nuclear Annihilation*, Pantheon Books, Nueva York, 1982. (En castellano: *Opción cero*, Crítica, Barcelona, 1983.)

*Double Exposure*, Merlin Press, Londres, 1985.

*The Heavy Dancers*, Merlin Press, Londres, 1985; Pantheon, Nueva York, 1985; La edición americana excluye algunos ensayos seleccionados por la edición británica.

*The Sykaos Papers*, Boomsbury, Londres, 1988; Pantheon, Nueva York, 1988.

*Customs in Common*, Merlin Press, Londres, 1991; The New Press, Nueva York, 1991. (En castellano: *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995.)

*Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993; The New Press, Nueva York, 1993.

*Alien Homage: Edward Thompson and Rabindranath Tagore*, Oxford University Press, Delhi y Nueva York, 1993.

## Publicados póstumamente

*Persons and Polemics: Historical Essays*, Merlin Press, Londres, 1994; editado en Estados Unidos con el título *Making History: Writings on History and Culture*, The New Press, Nueva York, 1994.

*Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission*, editado por Dorothy Thompson, Merlin Press, Woodbridge, Suffolk, 1994; Stanford University Press, Stanford, California, 1994.

*The Romantics: England in a Revolutionary Age*, Merlin Press, Rendlesham, Gran Bretaña, 1997; The New Press, Nueva York, 1997.

*Collected Poems*, editado y con una introducción de Fred Inglis, Bloodaxe Books, Newcastle-on-Tyne, Gran Bretaña, 1999.

# SUMARIO

|   |   |
|---|---|
| Introducción, <i>Dorothy Thompson</i> ..... | 7 |
|---|---|

## I. POLÍTICA Y CULTURA

|  |     |
|--|-----|
| Prefacio .....   | 13  |
| ( <i>La formación de la clase obrera en Inglaterra</i> )           |     |
| 1. Explotación .....   | 19  |
| ( <i>La formación de la clase obrera en Inglaterra</i> )           |     |
| 2. Los tejedores .....   | 43  |
| ( <i>La formación de la clase obrera en Inglaterra</i> )           |     |
| 3. La consciencia de clase .....                                   | 92  |
| ( <i>La formación de la clase obrera en Inglaterra</i> )           |     |
| 4. Mary Wollstonecraft .....                                       | 216 |
| ( <i>Agenda para una historia radical</i> )                        |     |
| 5. La «Anti-Scrape» .....  | 225 |
| ( <i>William Morris. De romántico a revolucionario</i> )           |     |
| 6. El río de fuego .....   | 240 |
| ( <i>William Morris. De romántico a revolucionario</i> )           |     |
| 7. Post scriptum de 1976 .....                                     | 268 |
| ( <i>William Morris. De romántico a revolucionario</i> )           |     |
| 8. Repulsas y reconciliaciones .....                               | 315 |
| ( <i>«Alien Homage»: Edward Thompson and Rabindranath Tagore</i> ) |     |

## II. LEY Y COSTUMBRE

|   |     |
|---|-----|
| 9. El entramado hereditario .....           | 329 |
| ( <i>Agenda para una historia radical</i> ) |     |

|  |     |
|--|-----|
| 10. La economía «moral» de la multitud en la Inglaterra<br>del siglo XVIII ..... | 363 |
| <i>(Costumbres en común)</i>   |     |
| 11. El delito de anonimato .....   | 434 |
| <i>(Tradición, revuelta y consciencia de clase)</i>                              |     |
| 12. El imperio de la ley .....   | 494 |
| <i>(Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act)</i>                          |     |

### III. HISTORIA Y TEORÍA

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| 13. La lógica de la historia ..... | 509 |
| <i>(Miseria de la teoría)</i>      |     |
| 14. Marxismo e historia .....      | 527 |
| <i>(Miseria de la teoría)</i>      |     |

### IV. LEYENDO Y ESCRIBIENDO HISTORIA

|   |     |
|---|-----|
| 15. La historia desde abajo .....           | 551 |
| <i>(The Times Literary Supplement)</i>      |     |
| 16. Agenda para una historia radical .....  | 561 |
| <i>(Agenda para una historia radical)</i>   |     |
| Selección de lecturas complementarias ..... | 569 |

Los contenidos de este libro pueden ser  
reproducidos en todo o en parte, siempre  
y cuando se cite la fuente y se haga con  
fines académicos y no comerciales

**Esta obra, publicada por CRÍTICA, S.L.,  
se acabó de imprimir en los talleres de  
A & M Gràfic, el 29 de septiembre de 2002.**



# THOMPSON

E. P. Thompson fue uno de los historiadores más originales e influyentes del siglo XX, cuyas enseñanzas cambiaron radicalmente el modo en que no ya los historiadores, sino toda una generación contemplaba el pasado. Esta *Obra esencial*, la mayor recopilación de textos históricos de Thompson publicada en un solo volumen, contiene los pasos de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de *Costumbres en común* o de *William Morris*, *Albion's Fatal Tree* o *Whigs and Hunters*, que mejor reflejan el compromiso del saber con la imaginación y la convicción, actitud que rigió siempre la vida y la obra de Thompson. Esta introducción a la obra del gran historiador inglés que es, al mismo tiempo, una síntesis impagable de sus mejores páginas, nos ayuda a entender el proceso intelectual de una de las voces más elocuentes, poderosas e independientes de nuestro tiempo.